

LA ISLA DE LAS MIL HISTORIAS

CATHERINE
BANNER



Lectulandia

Una pequeña isla perdida en el Mediterráneo, entre Sicilia y el norte de África, es el escenario imaginado por Catherine Banner para desarrollar esta cautivadora alegoría sobre la radical transformación de Europa durante los últimos cien años. La historia comienza con la llegada a Castellamare de Amedeo Espósito, un joven originario de Florencia que viene a ocupar el puesto de médico permanente en ese remoto peñón, donde el tiempo parece haberse detenido antes de la primera guerra mundial. Allí establecerá su hogar e iniciará una larga saga cuyos miembros, hábiles narradores de historias, transmitirán de generación en generación los secretos de la familia y los avatares de un siglo vertiginoso y convulso.

Aunque Amedeo desembarca dispuesto a realizar su tarea con seriedad y rigor, un hombre inquieto y curioso como él no puede sustraerse al hechizo de la isla. Así pues, cuando surge la oportunidad de comprar el abandonado bar del pueblo, el joven doctor ignora que aquella «casa al borde de la noche», como se la conoce por estar ubicada en un sitio impresionante frente al inmenso mar, será un punto de inflexión en su vida y se convertirá en el centro social de Castellamare. Desde ese mirador privilegiado, Amedeo y su esposa Pina, una isleña inteligente y hermosa, verán transcurrir los acontecimientos más significativos de las décadas siguientes, desde la segunda guerra mundial hasta la era de internet, el turismo de masas y la terrible crisis financiera de 2008.

Unos personajes memorables, situados en un entorno natural imponente, hacen de La isla de las mil historias una novela singular, rebosante de vitalidad y fantasía, en la que la fuerza y la fragilidad del ser humano se manifiestan en un espacio casi mítico donde se difuminan los contornos entre leyenda y realidad.

Lectulandia

Catherine Banner

La isla de las mil historias

ePub r1.0

Titivillus 30.04.2018

Título original: *The House at the Edge of Night*

Catherine Banner, 2016

Traducción: Patricia Antón de Vez

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

**EDICIÓN
COMMEMORATIVA**



**5º ANIVERSARIO
EPUBLIBRE.ORG**

A Daniele

*Pero las islas solo pueden existir
si hemos amado en ellas.*

DEREK WALCOTT

PRIMERA PARTE

EL COLECCIONISTA DE HISTORIAS

1914-1921

Hubo un tiempo en que la isla entera de Castellamare sufría la maldición del llanto. Procedía de las cuevas junto al mar, y como los isleños habían construido sus casas con esas piedras, que antaño habían sido el fuego líquido del volcán, el llanto no tardó en resonar en las paredes de todos los edificios, en reverberar en las calles. Incluso el arco de entrada al pueblo gimoteaba por las noches como una novia plantada ante el altar.

Preocupados por esa maldición, los isleños discutían y peleaban entre sí. Padres en desacuerdo con sus hijos, madres enfrentadas a sus hijas, vecinos que no se hablaban; en resumen, nadie vivía en paz.

La cosa siguió así durante muchos años, hasta que, un otoño, se produjo un gran terremoto. Un estremecimiento agitó el corazón de la isla, un temblor espantoso que despertó a los isleños. El terremoto sacudió con estrépito los adoquines en las calles y los platos en los armarios, y los edificios empezaron a trepidar como si fueran de requesón. Al amanecer del día siguiente, hasta la última casa se había venido abajo.

Mientras las piedras caídas lloraban su pena, los isleños se reunieron para decidir qué debían hacer.

A la hija de un campesino, llamada Ágata, se le había aparecido la Virgen, y esa visión la llevó a concebir ideas propias sobre la maldición del llanto.

—La tristeza ha impregnado las piedras de la isla —declaró—. Debemos levantar un pueblo nuevo a partir de estas ruinas, y cuando hayamos llevado a cabo esa gran tarea, la maldición del llanto habrá desaparecido.

Y así, piedra a piedra, los isleños reconstruyeron el pueblo.

De una antigua leyenda de la isla, según la primera versión que me contó Pina Vella, de cuyo testimonio dejé constancia el día de la festividad de Santa Ágata de 1914.

Lo despertaron unos arañazos en los postigos. Debía de haberse quedado dormido.

—¡El bebé está en camino! —gritó alguien—. *Signor il dottore!*

Tan confuso estaba que creyó que se referían al bebé de su esposa, y ya se había levantado y acercado a la ventana envuelto en una maraña de sábanas cuando recordó que ella estaba durmiendo a su lado. Al otro lado del cristal vio la cara del campesino Rizzu, que flotaba como una luna en la oscuridad.

—¿De qué bebé hablas? —preguntó el doctor.

—Del bebé del *signor il conte*. ¿Cuál va a ser?

Para no despertar a su mujer, el médico se dirigió a la puerta. La luz de la luna bañaba el patio en una claridad extraña. Incluso Rizzu parecía distinto. El campesino llevaba puestos el chaleco y la corbata de los domingos, pero los lucía con rigidez, como si se los hubieran clavado al cuerpo.

—Esto es una equivocación —dijo el doctor—. No tengo instrucciones de traer al mundo al bebé del conde.

—Pero me ha enviado a buscarlo el *signor il conte* en persona.

—No tengo instrucciones de asistir a la *contessa* en el parto. Ha sido la comadrona quien se ha ocupado de todo su embarazo. D'Isantu habrá querido decir que fueras a buscarla a ella.

—No, no, la partera ya está allí. El conde lo quiere a usted también. Y ha dicho que era urgente. —Rizzu parecía orgulloso de la importancia de su mensaje—. ¿Va a venir? ¿Ahora mismo?

—El bebé de mi esposa va a llegar muy pronto. No quiero alejarme mucho de casa si puedo evitarlo.

Sin embargo, Rizzu no cejaba en su misión.

—El bebé de la *contessa* está naciendo ahora, en este mismo instante. No creo que eso pueda evitarse, *dottore*.

—¿Y la partera no puede apañárselas sola?

—No, *dottore*. Es un parto... complicado. Lo necesitan, porque el crío no va a poder salir sin esas tenazas plateadas que tiene usted.

Rizzu torció el gesto al verse obligado a hablar con franqueza de tales asuntos. Él no había presenciado el parto de uno solo de sus nueve hijos y prefería pensar que habían brotado de la tierra, como Adán y Eva.

—¿Va a venir? —repitió.

El doctor maldijo para sus adentros, porque estaba claro que no le quedaba más remedio.

—Voy a por el abrigo y el sombrero. Nos encontraremos en la carretera dentro de cinco minutos. ¿Has traído el burro y el carro? ¿O tenemos que ir andando?

—No, no, *dottore*, he traído el carro.

—Pues tenlo preparado.

Se vistió a oscuras. Según su reloj, eran las dos menos cuarto. Metió los instrumentos en el maletín: fórceps, tijeras de acero, un juego de jeringas (lo tenía todo dispuesto para el parto inminente de su esposa) y morfina y sulfato de magnesio por si había una emergencia. Cuando lo tuvo todo preparado, despertó a su mujer.

—*Amore*, ¿cada cuánto te despiertan los dolores? La *contessa* se ha puesto de parto antes de hora, maldita sea, y me han llamado para que la asista.

Su esposa frunció el ceño, molesta por que la hubiese despertado.

—Aún me falta mucho... déjame dormir...

Dios mediante, debería ser capaz de traer al mundo al crío de la *contessa* y volver a tiempo para hacer lo mismo con el de su mujer. Antes de marcharse, cruzó la plaza a la carrera y despertó a la anciana Gesuina, que había sido la partera de la isla hasta que empezó a perder la vista.

—*Signora Gesuina, mi dispiace*. ¿Querría hacerle compañía a mi esposa? Debo ir a asistir a otra paciente, y mi mujer ya está con dolores de parto.

—¿Quién es la otra paciente? —preguntó la partera—. Bendita sea santa Ágata, ¿acaso hay otra alma desgraciada al borde de la muerte en esta isla dejada de la mano de Dios para que tenga que dejar a su mujer en un momento así?

—La esposa del conde se ha puesto de parto antes de tiempo, y hay complicaciones. Necesitan que acuda con el fórceps.

—Así que la esposa del conde, ¿eh? ¿Y lo han llamado a usted para asistirle?

—Sí, *signora*.

—Por lo que me han contado, tiene usted razones suficientes para no querer traer al mundo al bebé de la *signora contessa*.

La anciana se sumió en un silencio lleno de malos augurios y el doctor fue incapaz de disimular su irritación.

—¿Y qué es lo que le han contado, *signora Gesuina*?

—Rumores —contestó ella.

—Sea como sea, ¿se quedará con mi mujer?

Gesuina recobró la serenidad.

—Sí, claro que sí, por santa Ágata. ¿Dónde está, muchacho? Deje que me agarre a usted para no tropezar en esos adoquines tan fastidiosos.

La mujer estaba, desde luego, casi ciega por completo. Lo siguió a través de la plaza agarrada al bajo de su abrigo y se instaló en una silla en un rincón del dormitorio. Él confió en que su mujer no se alarmara si veía a la anciana al despertarse.

Ya eran más de las dos. Le dio un beso en la frente a su esposa y se marchó.

Todavía maldiciendo por lo bajo, fue en busca de Rizzu y su carro tirado por un burro. Al diablo con el conde y su esposa. Ella se había negado a que él se ocupara de su embarazo y había preferido los cuidados de la partera de la isla. ¿A qué venían

ahora tantas prisas para que acudiera a la villa a las dos de la mañana? Era probable que las «complicaciones» no consistieran más que en una vuelta de cordón o en unos dolores especialmente violentos y que ni siquiera fuese necesario usar el fórceps... Aun así, tenía que dejar a su mujer desatendida mientras cruzaba el pueblo siguiendo sus órdenes.

Rizzu lo esperaba con el sombrero en las manos, como si estuviera en misa. Montaron en el carro, un artilugio extravagante, verde y amarillo. En sus tableros pintados se relataban historias de grandes batallas, naufragios y milagros que se habían producido en la isla. No era un vehículo diseñado para ir deprisa. En medio de un silencio solo interrumpido por el entrecocar azul de las olas, recorrieron las calles dormidas. La luna bruñía las hojas de las palmeras e iluminaba el lomo polvoriento del borrico.

—Dos criaturas a término en la isla —gruñó el doctor—. La de mi esposa y la de la *contessa*, y ambas llegan a la vez. ¿Quién quiere ser un *medico condotto*?

—Ah —respondió Rizzu, reacio a expresar su opinión sobre las tribulaciones de los médicos rurales—. Es una bendición por partida doble, ¿no, *dottore*? Dos bebés nacidos la misma noche... Nunca ha pasado en la isla.

—Es una molestia por partida doble.

Llegaron a la verja del conde a las dos y veinte. El médico cogió el abrigo, el sombrero, el maletín y el estetoscopio, y emprendió un trotecillo por el sendero para acabar cuanto antes con aquel asunto.

El conde montaba guardia ante la puerta del dormitorio de su esposa, en la parte moderna de la casa. El resplandor de la luz eléctrica en el rostro le confería un aspecto sudoroso, como de reptil.

—Llega tarde —dijo—. He mandado que fueran en su busca hace casi una hora.

—Ni siquiera tenía instrucciones de asistir este alumbramiento. —La irritación hizo que el doctor hablara con franqueza—. Mi esposa también está a punto de ponerse de parto, lleva días con dolores intermitentes. Dejarla ahora es de lo más inconveniente, maldita sea. Además, creía que la *contessa* solo quería que la asistiera la comadrona.

—Y así es. He sido yo quien ha solicitado su presencia. Carmela está ahí dentro; será mejor que la vea usted mismo.

El conde se hizo a un lado para que el doctor pudiera sortear su mole y entrar en la habitación de la condesa. La electricidad, recién instalada, lo volvía todo pálido. La comadrona estaba en plena tarea siguiendo un ritmo primigenio: respire, empuje, respire, empuje. Carmela, sin embargo, ni respiraba ni empujaba, y el médico se dio cuenta en ese momento de que no se trataba de una mera vuelta de cordón o de unos dolores especialmente violentos. Que una paciente en esa fase no empujara nunca era buena señal. Él no solía tener miedo en su trabajo, pero entonces lo sintió, arrastrándose como una corriente fría entre sus omóplatos.

—¡Por fin está aquí! —exclamó la partera con desdén.

Una diminuta criada se estremecía a los pies de la cama... ¿Cómo se llamaba...? Sí, Pierangela, le había tratado los juanetes una vez.

—Tráeme algo para lavarme las manos —le indicó—. ¿Cuánto tiempo lleva así la paciente?

—Ay, Dios... ¡lleva horas así, *signor il dottore!* —lloriqueó Pierangela, acercándole agua caliente y jabón.

—Lleva una hora sufriendo convulsiones —corrigió la partera—, y, además, ataques de agotamiento durante los que no parece ver nada ni a nadie.

—¿Cuándo han empezado las contracciones? —quiso saber el médico.

—Me hicieron venir ayer por la mañana. Temprano, a las siete.

Las siete de la mañana. Así que llevaban diecinueve horas luchando de esa manera.

—¿Y el embarazo ha sido sencillo?

—No, en absoluto. —La comadrona le tendió un fajo de papeles con brusquedad, ¡como si a aquellas alturas sus notas sobre el caso fueran a ayudarlo en algo!—. La *contessa* ha pasado el último mes postrada en cama con las manos hinchadas y fuertes dolores de cabeza. —Y añadió en un susurro—: Suponía que usted estaba al corriente.

—¡Las manos hinchadas y dolores de cabeza! —exclamó el doctor—. ¿Por qué no me llamaron?

—La *contessa* no quería —respondió la partera.

—Pero usted... Podría haberme llamado usted.

—El médico de Sicilia del *signor il conte* vino a visitarla la semana pasada. Dijo que no era nada. ¿Qué podía hacer yo?

—¡Debería estar dando a luz en el hospital de Siracusa, no aquí! —El doctor se enfrentó a la comadrona y a la aterrada Pierangela—. ¡No tengo instrumental para realizar una cesárea! ¡Ni siquiera tengo morfina suficiente!

—Ella se negaba a que lo llamáramos —insistió la partera—. Yo sospechaba que esto era una preclampsia, *dottore*, pero a mí nadie me escucha cuando se trata de estas cuestiones.

Que la mujer declinara toda responsabilidad lo puso furioso.

—¡Pues debería haberse empeñado en llevarla al hospital! ¡Debería haber insistido!

Pierangela dio rienda suelta a una ristra de lamentaciones espontáneas:

—Bendito sea *Gesù* y bendita la Virgen María Madre de Dios, y bendita sea santa Ágata, patrona de los que sufren, y benditos sean todos los santos...

La certeza de lo que debía hacerse confirió firmeza a las manos del médico. Siempre le ocurría, tarde o temprano.

—Que nadie entre en la habitación —ordenó—. Y preparen agua hirviendo y sábanas limpias. Todo debe estar limpio.

Llevaron el agua y retiraron las sábanas de debajo del cuerpo desmadejado de

Carmela. El doctor esterilizó una jeringuilla y la llenó con sulfato de magnesio para inyectárselo en el brazo. Pasaba de una tarea a la siguiente como si se tratara de una especie de ritual, el ángelus de mediodía o el rosario. Preparó la morfina, las tijeras, el fórceps.

—Tráigame aguja e hilo —le dijo a la partera—, y tenga listas gasas y tintura de yodo. Lo encontrará todo en mi maletín.

En un momento de lucidez, Carmela habló:

—Yo solo quería a la comadrona, no a ti...

Sin dirigirse a ella directamente, el doctor contestó:

—Pues ya no se puede hacer nada. Tenemos que sacar al bebé cuanto antes.

Preparó la morfina y la inyectó también en el brazo esbelto de la paciente. Luego, mientras Carmela se hundía bajo el peso de las drogas, levantó las tijeras y preparó la incisión trazándola primero en el aire. Un corte limpio de solo unos centímetros. Las sábanas... ¿dónde estaban las sábanas?

—Traigan otras limpias —ordenó—. Ahora mismo.

Pierangela daba traspiés de aquí para allá, alterada.

—¡Todo tiene que estar limpio! —protestó furibundo el doctor, que había aprendido su oficio entre el barro y el hielo de las trincheras de Trentino—. Absolutamente todo. Si no la matan las convulsiones, lo hará la sepsis.

En un nuevo intervalo de lucidez, Carmela lo miró a los ojos. El miedo agudizaba su mirada, una expresión que él había visto durante la guerra en un centenar de soldados bajo los efectos del éter, cuando daban señales de vida. El doctor le apoyó el dorso de la mano en el hombro y ese simple gesto cambió algo en la mujer, tal como él sabía que ocurriría. Carmela levantó la cabeza y, con toda la fuerza de una maldición, exclamó:

—¡Esto es obra tuya!

—Prepare más morfina —dijo él a la partera.

—Esto es obra tuya... —repitió Carmela—. Este niño es hijo tuyo. Todos lo sospechan menos tú. ¿Por qué te niegas a mirarme, Amedeo?

Él le administró la inyección sin mirarla siquiera a la cara, pero sintió que la habitación se tensaba con la fuerza de aquella acusación. En cuanto Carmela se sumió de nuevo en la inconsciencia, el doctor se arrodilló y llevó a cabo una única incisión, introdujo la mano hasta el bebé y lo giró de costado. Entonces, con ayuda del fórceps, lo extrajo con un solo movimiento.

Era un niño, y ya respiraba. Cortó el cordón umbilical y depositó al bebé en los brazos de la comadrona.

—La madre no estará a salvo hasta que se haya expulsado la placenta —dijo.

Y entonces, con un culebreo, la masa entera se soltó, y todo acabó en una confusión de sangre y llanto.

Carmela empezó a revivir al cabo de unos minutos, como él había anticipado. Se incorporó sobre las sábanas empapadas y exigió que le dieran el bebé. El alivio y la

carga que suponía ocultarlo provocaron náuseas al doctor. Se acercó a la ventana y contempló la avenida que se extendía hasta la verja de entrada y la carretera. Vio las esferas de luz verde que proyectaban las farolas entre los árboles. Se fijó en que, más allá de ellas, la vista era melancólica... Solo la ladera desnuda y el mar negro e interminable. Todo había cambiado desde la última vez que había contemplado aquellas cosas. La habitación había cambiado. Carmela había cambiado. Tanto que no habría sido capaz de reconocerlas.

Cuando recobró la compostura, volvió con sus pacientes. Comprobó el pulso de Carmela, el del niño. Cosió la incisión que había hecho y limpió la herida con gasas empapadas en yodo. Presidió la quema de la placenta, las sábanas ensangrentadas, las gasas y los vendajes. Solo entonces se permitió mirar a la propia Carmela. Absorta en la contemplación del bebé, ella ya no le prestaba atención. Al doctor se le hizo raro pensar que ese cuerpo al que el parto había agredido de aquella forma y que él acababa de pinchar, rajar y manosear sobre aquella cama fuera el mismo cuerpo intacto y joven que había visto la última vez. «Esto es obra tuya —había dicho Carmela—. Este niño es hijo tuyo». Se permitió una breve mirada al bebé. Era un niño lozano con una mata de pelusa negra: en esa etapa, un bebé podía ser de cualquiera, la verdad. Mientras lo examinaba, le pareció que adquiriría las facciones del conde: sus mejillas caídas, sus ojos saltones...

En cualquier caso, ella lo había acusado, eso era lo único que importaba.

Su cometido allí había terminado, y se sintió presa de un gran agotamiento. El conde apareció en el umbral, y las dos mujeres se apresuraron a lavar y tapar a Carmela. La labor de anunciar el alumbramiento recaía en el médico, y así lo hizo, con mayor orgullo del que sentía, interpretando su papel y pronunciando las palabras que se esperaban de él:

—Un bebé sano y lozano... Un varón robusto... Un caso de eclampsia... Confío en que la condesa tenga una buena recuperación.

El conde inspeccionó al bebé y luego hizo lo mismo con su esposa; después le dedicó una leve inclinación de cabeza y el doctor comprendió que podía retirarse.

Como su presencia ya no era deseada, lavó el instrumental, lo guardó en el maletín y recorrió los sombríos pasillos de la villa hasta llegar a la luz. El alba despuntaba con ese resplandor suave tan propio del Mediterráneo. Eran poco más de las seis de la mañana.

Una figura se dirigía a toda prisa hacia él entre los troncos de las palmeras. Rizzu.

—*Signor il dottore!* —exclamó el anciano con alegría—. ¡Ha tenido usted un varón!

Estaba tan exhausto que al principio no lo entendió.

—¡Un varón! —repitió Rizzu espantando con sus gritos a las palomas posadas en las palmeras—. ¡Su mujer ha dado a luz a un niño!

Cazzo! ¡Se le había olvidado! Corrió al encuentro de Rizzu.

—Ha sido un parto muy rápido —explicó el labriego olvidando el pudor—. ¡Una

hora! ¡Y, según Gesuina, podría haber traído al mundo al niño con los ojos cerrados! —El viejo calló un instante y luego añadió—: Que más o menos es lo que ha hecho. ¡Ja! Alabados sean el Señor y santa Ágata, alabados sean todos los santos...

El médico rechazó el tedioso carro y echó a correr por las calles en pleno amanecer. Las cigarras habían empezado a cantar y la luz penetraba en las callejas y en las plazas. Un centenar de viudas en un centenar de patios barrían con escobazos enérgicos e impacientes. Mientras avanzaba, tuvo la sensación de que la luz convergía con intensidad en su interior y lo pasaba por alto a la vez, como si el mundo entero estuviera cargado de ella.

El dormitorio olía a sangre y a agotamiento. Gesuina dormitaba sentada en una silla a los pies de la cama. El bebé también dormía, arrebujado en el pliegue de la cintura de su madre.

—Lo siento, *amore*.

—Ha sido más fácil de lo que esperaba —dijo su esposa, tan práctica como de costumbre—. ¡Tantos temores y al final todo ha acabado en una hora! Gesuina y yo nos las hemos apañado bien sin ti.

El doctor limpió los restos de la placenta. El niño se desperezaba y maullaba, era una criatura tan ajena a él como un gatito recién nacido. Sopesó su cuerpo diminuto, le inspeccionó las piernas y los brazos, le presionó las plantas de los pies, separó los dedos y, con una punzada de orgullo, le auscultó con el estetoscopio los latidos del corazón, semejantes a los de un pájaro. Su alegría era tan intensa que se sintió invadido por una ternura casi lírica. ¡Oh, qué distinta la sensación de un padre de la de un simple amante! ¡Ahora lo veía! ¿Por qué habría esperado tanto a engendrar un hijo? Comprendió que ninguna otra etapa de su vida había tenido importancia; todo había consistido tan solo en acumular fuerzas para aquel momento.

Ahora, sin embargo, tenía el problema del otro niño. Por la tarde, el rumor habría llegado hasta el último rincón de la isla, gracias a esa arpía de Carmela. ¡Un milagro, unos mellizos nacidos de madres distintas, venidos al mundo a la vez, como si se hubieran puesto de acuerdo! ¡Cómo iban a murmurar a su costa!

Su mujer yacía con la lasitud de un corredor de fondo. La examinó por todas partes, cubriéndola de besos... Más de los que le habría dado, ciertamente, de no haberlo incitado la culpa. Sabía que se avecinaba una tormenta de problemas: la partera y Pierangela habían oído las acusaciones de Carmela. Un rumor como aquel bastaría para convertir en enemigos a su esposa y a sus vecinos, quizá incluso para echarlo de la isla. Sin embargo, en aquel momento se negó a albergar en su interior nada que no fuese la luz.

Su propio nacimiento había sido un asunto sombrío que no se celebró y del que nadie dejó constancia.

En la ciudad de Florencia, sobre el río Arno, hay una plaza con iluminación tenue y sombras marinas. En uno de sus lados se alza un edificio con nueve pórticos, y en la pared de ese edificio hay una ventana con seis barrotes de hierro: tres horizontales y tres verticales. La herrumbre los ha oscurecido; durante las noches de invierno absorben el aire gélido, su humedad, su niebla. En aquellos tiempos, al otro lado de la ventana había un pilar de piedra, y sobre ese pilar, un cojín.

Fue allí donde dio comienzo la vida documentada del doctor, una noche de enero, cuando lo introdujeron sin ceremonias entre los barrotes de hierro. Sonó una campanilla. Desnudo y solo, el bebé se echó a llorar.

Se acercaron unas pisadas procedentes del interior. Unas manos lo levantaron. Lo recogieron contra un pecho almidonado y lo llevaron hasta la luz.

Cuando lo desarrollaron, las enfermeras del hospicio vieron que su cuerpo aún estaba tierno: un recién nacido, a pesar del tamaño. Llevaba una cinta roja colgada del cuello, y de ella pendía un medallón, partido por la mitad, con un santo.

—Podría ser san Cristóbal —dijo una de las enfermeras—. Mirad: dos piernas y tres líneas onduladas, como si fuera agua. O quizá se trate de algún santo del sur.

El niño parecía gozar de buena salud. Se lo asignaron a un ama de cría para la noche.

Al principio, el bebé era incapaz de mamar, pero la nodriza, Rita Fiducci, una mujer de lo más tenaz, continuó presionando el seno extenuado contra su boquita hasta que el crío empezó a dar grandes tragos entre sollozo y sollozo. Una vez saciado, se durmió. Rita lo meció y, con cierto tono de reprimenda, le canturreó:

—«*Amabara-bà, cic-cì, coc-cò!*».

Era una canción para niños algo mayores, pero a Rita aquel bebé le parecía demasiado robusto para las canciones de cuna habituales. Aquella nana acudiría a los pensamientos de Amedeo, en los momentos más extraños, durante todos y cada uno de los días del resto de su vida.

El director, antes de irse al concluir la jornada, fue a echar un vistazo al recién llegado. ¡Cinco bebés en una sola noche! Se estaba convirtiendo en una epidemia. Una tercera parte de todos los niños nacidos en Florencia pasaban ahora entre los barrotes de la ventana del hospicio para que los envolvieran, les pusieran nombre, los alimentaran, curaran sus enfermedades y los devolvieran al mundo que los había abandonado. El director abrió una entrada nueva en el gran libro amarillo de *Balie e Bambini* y anotó la hora de llegada del bebé, el ama de cría que se le había asignado y una descripción de la manta en la que lo habían encontrado («azul, con algunas

manchas de sangre») y del medallón («posiblemente de san Cristóbal»). También dejó constancia del tamaño anormal del crío, de cuatro kilos y novecientos gramos, el más grande que se había visto en el hospicio.

Luego cogió el medallón de hojalata, lo envolvió en un cuadrado de papel y lo guardó en una caja con la etiqueta «Enero de 1875». La caja ya estaba llena de otras baratijas en sobrecitos cuadrados: una botellita de perfume que pendía de una cadena de plata; la silueta en papel de una mujer cortada por la mitad; mitades o cuartas partes de medallones de hojalata, como fichas de una consigna. Más de la mitad de los niños llevaban algo consigo.

Tras considerarlo unos instantes, asignó al niño el apellido «Buonarolo». En la reciente oleada de bebés abandonados —dos mil solo durante el año anterior—, el director, la enfermera jefe y el personal a cargo de esta habían recurrido a cambiar un par de letras cada vez para inventar un apellido a cada niño, de modo que los cinco bebés de aquella noche se habían convertido en Buonareale, Buonarealo, Buonarala, Buonarola y Buonarolo. El nombre de «Amedeo», además, encajaría con aquel crío gigantesco: un nombre firme, propio de alguien temeroso de Dios. El director lo añadió y luego cerró el libro.

El niño volvió a despertar y succionó el pecho de Rita, esta vez con determinación. En su interior se forjaba ya la gran ambición de su vida: vivir, crecer y encontrar un hogar y una familia.

No era solo el crío más grande que se había visto en el hospicio, sino que además crecía el doble de rápido que los bebés Buonareale, Buonarealo, Buonarala y Buonarola. Hicieron falta dos amas de cría para alimentarlo y tuvieron que comprar una cuna especial para ponerla entre las camas de ambas, en lugar del moisés blanco y almidonado habitual, porque Amedeo se revolvía inquieto siempre que lo metían dentro, pues ya casi no cabía en él. Crecía a grandes estirones: «un niño torpe y desgarrado», decía Franca, su segunda nodriza; «un ángel bendito», lo llamaba Rita. Ella lo sujetaba en su regazo y le cantaba «*Amabara-bà, cic-cì, coc-cò*», para que el crío olvidara a ratos que no era su verdadera madre.

Cuando fue un poco mayor, Rita le leyó la buenaaventura con un mazo maltrecho de cartas del *tarocco*. El director la pilló haciéndolo y se lo prohibió. Amedeo no recordaba nada sobre su buenaaventura, pero sí las cartas, y le encantaban las historias que se escondían en ellas: el Ermitaño, los Amantes, el Ahorcado, el Demonio, la Torre... Rogó que le contaran otras y, en lugar de las de las cartas, Rita le contó una historia sobre una niña que se convertía en manzana, en árbol, en pájaro. También le contó un cuento sobre un zorro muy astuto. Después, el niño empezó a desear que un zorro durmiera a su lado en el suelo del dormitorio. Su sed de historias crecía. Franca le contó dos: la primera trataba sobre un demonio que se llamaba Nariz Plateada, y la segunda de un hechicero llamado Cuerpo Sin Alma. Tras oír aquellos cuentos,

Amedeo se encerró en el incómodo armario que había junto a la cama de Rita por si el demonio y el hechicero acudían en su busca, pero siguieron encantándole las historias.

Cuando Amedeo aún no había crecido del todo, Rita se marchó y nadie volvió a hablar nunca de ella. A él lo mandaron al campo durante un tiempo, a una casita con el suelo de tierra donde tuvo unos nuevos padres adoptivos. Si uno se sentaba en la letrina y miraba a través del ventanuco, veía la bóveda de niebla tóxica que era la ciudad de Florencia, donde él había nacido, y la reluciente serpiente del río Arno.

Alimentarlo era demasiado caro, aseguró su madre adoptiva; según ella, crecía tan deprisa que la ropa le quedaba pequeña enseguida. Lo devolvieron.

Para cuando Amedeo cumplió los seis años, en el hospicio, aparte de él, solo quedaban niñas. La ventana a través de la cual lo habían abandonado ya estaba cerrada. Los bebés tenían que llevarse a un despacho en una cesta, pues eso era «lo más civilizado», como decía Franca, su nodriza. De otro modo, según ella, la gente mala abandonaba a sus hijos por pura conveniencia. A medida que crecía, Amedeo empezó a preguntarse si a él lo habrían abandonado «por pura conveniencia» (creía que el significado de la frase era «sin querer»), y adoptó la costumbre de instalarse en los peldaños que había bajo la ventana cerrada por si su verdadera madre regresaba en su busca.

Una tarde de mayo, el médico que visitaba el hospicio se lo encontró allí cuando iba a examinar a los bebés. Siempre había dedicado una atención especial a Amedeo. Su tamaño, fuera de lo común, le provocaba dolores en las piernas y lo hacía propenso a toda clase de accidentes, por lo que requería los cuidados del doctor más a menudo de lo que este habría deseado.

—Vamos a ver, hombrecito —dijo el médico, a quien le costaba dirigirse a los niños con criterio una vez pasaban de los nueve meses—, así que no te has hecho daño en estas últimas semanas, ¿eh? Vamos mejorando. Pero ¿qué va a ser de ti?

Aquella tarde en particular, Amedeo venía sintiendo una cierta melancolía que en aquel momento encontró un foco de atención y adquirió forma. Se tomó la pregunta bastante más en serio de lo que había pretendido el doctor y se echó a llorar.

Eso dejó algo turbado al médico, que se hurgó los bolsillos y ofreció al niño, en rápida sucesión, una pastilla de violetas, una moneda de una lira, una entrada de teatro usada y un pañuelo con las letras «A» y «E» (Amedeo aceptó este último entre lágrimas).

—Vamos, vamos —dijo el doctor—. No son exactamente tus iniciales, pero tendrán que servir. La primera está bien: una «A» de Amedeo, ¿lo ves?, porque mi nombre de pila es Alfredo. Pero la segunda no. ¿Ya sabes leer? Bueno, supongo que no. Mi apellido es Espósito. Un buen apellido para un crío como tú, ya que significa «abandonado». Por supuesto, hoy en día no estaría permitido ponerle ese nombre a un

niño abandonado, por miedo a los prejuicios.

—¿A usted también lo abandonaron? —quiso saber Amedeo, que dejó de llorar durante unos instantes.

—No. Pero es posible que a mi bisabuelo sí, pues no tenemos ningún dato sobre él.

El niño se echó a llorar otra vez, como si el hecho de que el médico no fuera un crío abandonado le supusiera un agravio.

—Tómame una pastilla de violetas —lo animó el doctor.

—No me gustan —contestó Amedeo, que nunca las había probado.

—¿Y qué te gusta? —preguntó el médico.

El niño, todavía llorando, respondió:

—Las historias.

El galeno rebuscó en su memoria y desenterró un relato que recordaba vagamente que su propia ama de cría le había contado. Era la historia de un loro. El pájaro en cuestión quería impedir que una muchacha traicionara a su marido, y se las apañaba para hacerlo mediante un cuento fantástico que parecía no tener fin. El loro entraba volando por la ventana de la chica e iba narrándole la historia, que la tenía absorta durante días y noches enteros. Su marido regresaba y todo iba bien. O algo parecido.

Amedeo se puso en pie, se enjugó los ojos y dijo:

—Cuénteme bien esa historia.

El médico no fue capaz de recordarla con detalle. Pero a la semana siguiente le llevó a Amedeo una copia, un cuaderno de cubiertas de piel roja donde la había transcrito su ama de llaves, Serena, que la conocía bien, al menos en la versión particular de la familia de su abuela, de cuyos miembros se sabía que eran excelentes contadores de historias. No sabía muy bien por qué se había tomado la molestia de conseguirle la historia al niño. El cuaderno llevaba una flor de lis dorada en la cubierta. Era la cosa más hermosa que Amedeo había tenido en las manos. Al advertir su alegría, el doctor tuvo el impulso de regalárselo.

—Toma —le dijo satisfecho—. En este cuaderno podrás añadir más relatos o practicar la lectura y la escritura.

A partir de entonces, Amedeo adquirió la costumbre de escuchar las historias de todo el mundo: las enfermeras y las monjas, los sacerdotes de la Santissima Annunziata que pasaban ante la escalera de entrada del hospicio y los benefactores que acudían de visita. Y siempre que le gustaban las anotaba en su cuaderno.

Cuando a los trece años le preguntaron qué oficio le gustaría aprender, contestó que quería ser médico. Lo enviaron a un relojero. Y el relojero lo mandó de vuelta al cabo de tres días: el niño tenía unos dedos tan grandes que rompía los mecanismos diminutos. Amedeo fue a parar entonces a una panadería, pero el panadero se encontró con que tropezaba constantemente con el gigantesco aprendiz, y después de varios meses tolerándolo, se torció el tobillo en uno de esos encontronazos y ya no lo toleró más. Poco más tarde, Amedeo pasó un tiempo con un impresor. Aquello le

gustó, aunque acabaron devolviéndolo al hospicio debido al lamentable hábito de interrumpir su trabajo diez veces al día para leer las historias, lo cual hacía perder clientes y dinero al impresor.

Así pues, el muchacho se encontró sin oficio ni beneficio. Lo enviaron de nuevo a la escuela, a pesar de que era demasiado mayor para eso, y allí destacó por fin, pues todos los años terminó el primero, por delante de los hijos pequeños de empleados y tenderos entre cuyas filas se esforzaba. Él seguía insistiendo en su deseo de ser médico. Por lo que todos recordaban, el suyo sería el primer caso de un niño del hospicio que estudiara medicina, y el director pidió consejo al doctor Espósito.

—¿Podría hacerse? —quiso saber.

—Sí —contestó el médico—. Siempre que alguien pague los gastos y que algún otro se haga cargo de tutelarlo y educarlo. Y siempre que sea capaz de vencer esa torpeza suya, pero supongo que puede hacerse si el muchacho pone todo su empeño en ello.

Gracias a la insistencia del director del hospicio, uno de los benefactores se ofreció a pagar parte de los estudios de medicina de Amedeo, y otro a proporcionarle libros y ropa. El chico tuvo que perder dos años más en el servicio militar, pero cuando regresó, el doctor Espósito se rindió a lo inevitable —con los años le había cogido verdadero cariño a aquel muchacho tan torpe— y aceptó que enviaran a Amedeo a vivir con él. Se alojaría en el pequeño trastero que el médico tenía al fondo de la casa, comería siempre con el ama de llaves, Serena, y él en persona supervisaría su formación como médico. El muchacho tenía casi veintiún años y podía esperarse que velara por sí mismo en lo demás. El doctor se ocupó de que asistiera a las clases de la Facultad de Medicina del hospital de Santa Maria Nuova y de que por las noches se ganara el sustento lavando vasos en un bar entre la Via dell’Oriuolo y Borgo degli Albizi.

Aquellas disposiciones fueron todo un éxito. El chico se mostraba siempre complaciente: se apresuraba a encender el fuego o a recolocar la silla del médico cuando este entraba, y lo hacía de una forma que a Espósito, un soltero ya al filo de la vejez, le parecía emotivamente filial. Amedeo era además un compañero de conversación gratificante gracias al hecho de que se estudiaba a diario cada página del periódico y a que se abría paso metódicamente a través de la biblioteca del médico. En general, Espósito se alegraba de haberlo acogido. En ocasiones, invitaba al muchacho a cenar con él en su oscuro estudio, donde solía comer sentado a su escritorio, rodeado de todo un revoltijo de publicaciones científicas. El galeno era coleccionista y la estancia estaba llena de especímenes: mariposas, lombrices blancas en frascos, esculturas de coral, roedores polinesios disecados y otras curiosidades de la naturaleza que había reunido a lo largo de su vida prolongada y solitaria como el último de una larga dinastía de científicos. El muchacho sentía una fascinación especial por un modelo anatómico del ojo humano, hecho de cera, que reposaba sobre la mesa del vestíbulo, junto a los paraguas, y tenía la superficie levantada hacia atrás

para revelar la red de vasos sanguíneos que había debajo de ella. Sobre el hueco de la escalera, las barbas de una ballena pendían peligrosamente de dos alambres. Semejantes reliquias no perturbaban a Amedeo; bien al contrario, llegó a tomarles tanto cariño como al viejo doctor, y decidió que algún día él también tendría sus propias colecciones: una sala llena de especímenes científicos y una biblioteca repleta de libros. Su cuaderno rojo iba llenándose de historias; su cabeza, de los anhelos de un hombre educado a medias.

Cuando por fin obtuvo el título (Amedeo sabía por experiencia que todo tardaba el doble de tiempo si uno era un niño abandonado de pequeño), el joven no se convirtió en médico de hospital como su padre adoptivo, sino en *medico condotto*; y como gesto de deferencia hacia el anciano doctor, adoptó el apellido «Espósito». No conseguía encontrar un empleo permanente, pero practicaba su oficio en aldeas donde los médicos habían muerto de viejos o enfermado de puro agotamiento. Al no tener caballo ni bicicleta, Amedeo iba andando de una casita de piedra a otra bajo amaneceres lluviosos y noches gélidas. En las laderas que se extendían a los pies de Fiesole y Bagno a Ripoli, vendaba los tobillos rotos y los hombros corneados de campesinos y ganaderos y traía al mundo a los bebés de sus esposas. Enviaba cartas de solicitud a cada pueblo de la provincia en busca de una plaza, pero siempre en vano.

Entretanto, un año tras otro iba recolectando historias. Su vocación y su talante parecían invitar a las confidencias, de modo que los aldeanos le hablaban de hijas perdidas en el mar, de hermanos separados que, al reunirse por fin, se tomaban por extraños y se daban muerte el uno al otro, de pastores ciegos que se orientaban por el canto de los pájaros. Al parecer, a los pobres les gustaban más las historias tristes. Y para él los relatos seguían estando llenos de magia. Cuando volvía bajo la luz gris del amanecer al alojamiento temporal que habitara en ese momento, se lavaba las manos, se servía un café, abría las ventanas de par en par a los sonidos tranquilizadores de los vivos y ponía por escrito las historias en el cuaderno rojo. Lo hacía al margen de que a su paciente le hubiera correspondido en suerte la vida o la muerte, y siempre de manera solemne. Y de esa forma el cuaderno se llenó de los paisajes resplandecientes de un millar de vidas distintas.

Su propia vida, sin embargo, continuaba limitada a la superficie, desarraigada, como si en realidad no hubiera dado comienzo todavía. Era un hombre robusto y aquilino, con unas cejas que le trazaban una sola línea recta en la frente, y a pesar de que era muy alto no andaba disculpándose por ello, como solían hacer los hombres de su talla. Aun así, su altura y sus orígenes oscuros lo hacían parecer fuera de lugar, un forastero en todas partes. Cuando veía a los jóvenes hacer fotografías en la plaza del Duomo de Florencia o tomar chocolate en las mesitas de patas arqueadas ante los bares, tenía la sensación de que nunca había pertenecido a su misma especie. Su juventud había pasado y se sentía ya en los inicios de la mediana edad. Era un hombre solitario y de talante reservado que vestía con seriedad y pasaba las veladas

estudiando las publicaciones médicas y los domingos en el salón de su anciano padre adoptivo comentando las noticias de prensa, examinando los especímenes más recientes de la colección del viejo y jugando a las cartas. Cuando las barajaba, Amedeo solía recordar las historias del *tarocco* de su infancia: el Ahorcado, los Amantes, la Torre.

El anciano ya se había jubilado. Todavía pasaba consulta en el hospicio, que se había modernizado en los últimos años: los niños ocupaban ahora dormitorios especialmente ventilados y jugaban en unas terrazas grandes, llenas de ropa tendida, que se habían construido para tal propósito.

Amedeo continuaba mandando solicitudes para un puesto permanente. Enviaba cartas a todas partes: a aldeas del sur cuyos nombres nunca había oído, a *comunes* en las cimas de los Alpes, a islas insignificantes cuyos habitantes enviaban sus respuestas por barca a través de las aldeas vecinas porque aún no disponían de servicios postales.

Finalmente, en 1914 un alcalde mandó una carta de respuesta por esos medios tan indirectos. Se llamaba Arcangelo, según escribía, y su pueblo era Castellamare. Si Amedeo estaba dispuesto a viajar al sur, había una isla que carecía por completo de asistencia médica y que podría ofrecerle una plaza.

La isla en cuestión era una migaja entre las páginas del atlas de su padre adoptivo. Situada al sureste de Sicilia, era el lugar más lejano al que Amedeo podría haber viajado desde Florencia sin llegar a África. Contestó aquella misma tarde para aceptar el puesto.

Por fin un puesto permanente. Su padre adoptivo lo despidió en la estación, llorando pese a su intención de no hacerlo, y le prometió que en verano tomarían juntos un vaso de *limoncello* en una terraza cubierta de buganvillas (el doctor tenía una visión del sur imprecisa y romántica).

—Tal vez incluso me mude allí a pasar mi vejez —añadió.

Había llegado a considerar a Amedeo como un hijo de verdad y no adoptado, pero fue incapaz de formar las frases necesarias para expresarlo. Amedeo, por su parte, buscó una manera de darle las gracias, pero solo pudo estrecharle la mano. Y así se separaron. Nunca volvieron a verse con vida.

Amedeo viajó en tercera clase en un vapor que zarpó de Nápoles. Era la primera vez que surcaba el mar, y su amplitud y el siseo hidráulico del barco lo tenían mareado. Llevaba un baúl con el instrumental médico envuelto en haces de paja y una maletita de piel en la que había metido la poca ropa que tenía, las cosas para el afeitado, la pipa y el cuaderno de historias. También una flamante cámara Kodak de fuelle, un regalo inesperado de su padre adoptivo. Amedeo había decidido ser un hombre distinto en Castellamare, un hombre que viviera experiencias que pudieran fotografiarse, un hombre que tomara chocolate a sorbos pequeños en las terrazas de bares elegantes. No un expósito, ni un médico sin un céntimo que trabajara a destajo. Porque seguía habitando este mundo tan desnudo como había llegado a él, sin una esposa, sin un solo amigo salvo su padre adoptivo, sin descendientes. ¿Acaso no podía alterarse la vida? ¿No había empezado a alterarse ya al viajar hasta allí? Tenía casi cuarenta años. Ya era hora de embarcarse en la existencia real que siempre creyó que lo estaba esperando.

Desde la infancia, había tenido la sensación de navegar contra corriente, y lo mismo le ocurría en aquel momento: mirando atrás, observó que todos los vapores que zarpaban del puerto de Nápoles parecían avanzar meciéndose hacia el norte, como atraídos por una brújula invisible, mientras que su propio barco surcaba las olas hacia el sur, con la luz blanca de la luna retorciéndose bajo su proa. El vapor hizo escala en Salerno y Catania, y por fin atracó en Siracusa. Desde allí, Amedeo vio Castellamare por primera vez. La isla era un borrón pequeño y perturbador en el horizonte, una simple roca sobre el agua. No encontró un transbordador ni un vapor que lo llevara hasta allí, solo una barca de pesca que lucía el inquietante nombre de *Señor, ten piedad*. Sí, dijo el pescador, podía llevar a Amedeo hasta la isla, pero no por menos de veinticinco liras, porque con aquel viento tardaría el resto de la tarde en hacerlo.

La conversación entre ambos atrajo la atención de un anciano que trabajaba en un revoltijo de redes. Murmuró algo de que la isla era un sitio de mal agüero, víctima de la maldición del llanto, y empezó a contar una enrevesada historia sobre una cueva llena de calaveras blancas, pero el pescador, consciente de que estaba a punto de cerrar un trato, se apresuró a silenciarlo y echarlo de allí.

Y el trato se cerró, pues Amedeo no era supersticioso y, como tampoco estaba habituado a las costumbres del sur, no se sintió inclinado a regatear. Pagó las veinticinco liras y, con la ayuda del pescador, metió su baúl de instrumental médico bajo la bancada de la barca.

El pescador remaba y hablaba, remaba y hablaba. Le contó al doctor que la gente de Castellamare a duras penas se ganaba la vida pastoreando cabras y recogiendo

aceitunas. También pescaban atunes, a los que aporreaban con palos hasta matarlos. Y lo mismo hacían con otros peces, con toda clase de peces: los pescaban a palos, con anzuelo o lanzándoles arponazos bajo las agallas. Amedeo, que estaba mareado desde que había zarpado de Nápoles, mantuvo la boca firmemente cerrada mientras el pescador se explayaba en esos temas. Por fin arribaron al embarcadero de piedra de Castellamare.

El pescador lo dejó allí poco más tarde de las nueve. Amedeo observó la luz de tope del mástil de la *Señor, ten piedad* mientras desaparecía entre las olas y sintió que a su alrededor se instalaban un gran vacío y un profundo silencio, como si la isla estuviese deshabitada. De hecho, no se veía una sola luz en las pocas casas que se vislumbraban a lo largo de la costa. En el embarcadero de piedra, que aún conservaba vestigios de calor, había pétalos de buganvilla y adelfa diseminados, y en el aire flotaba un leve aroma a incienso. Amedeo dejó el baúl atrás y fue en busca de algún jornalero o pescador que dispusiera de una carretilla, pero lo único que encontró fue una antigua *tonnara* árabe con arcos de piedra en la que se veían varios naipes y colillas de cigarrillo desparramados y una capilla encalada que también resultó estar desierta. Desde el altar, la imagen de una santa a la que no reconoció lo miraba fijamente; estaba flanqueada por dos grandes jarrones de azucenas con los tallos combados por el calor.

La carta del alcalde Arcangelo le indicaba que subiera por la colina, donde encontraría el pueblo «más allá de una hilera de chumberas y tras haber cruzado un arco de piedra sobre la roca». Sus ojos se estaban adaptando a la oscuridad y distinguió los contornos de un asentamiento en el borde del acantilado: casas estrechas con los postigos cerrados, la fachada barroca desconchada de una iglesia, una torre cuadrada con una cúpula de esmalte azul que reflejaba la luz de las estrellas.

Amedeo no podía cargar con el baúl colina arriba. No le quedaba más remedio que subir sin él. Lo llevó con esfuerzo hasta la capilla, con la tranquilizadora sensación de que nadie lo tocaría en aquel refugio, y emprendió la marcha cargando solo con la maleta. El camino era pedregoso e irregular; los lagartos se movían entre la maleza que crecía en los márgenes. El ruido de las olas se elevaba con claridad en la penumbra, y cuando miró hacia abajo vio que el agua formaba remolinos de espuma en torno a las entradas de un centenar de cuevas pequeñas. Un poco más arriba, el tortuoso sendero se alejaba de la costa. Ante Amedeo apareció otra parte de la isla, menos abrupta y más ordenada, cortada en pequeñas franjas de campos de cultivo y rodeada por las casas de los lugareños, que parecían cajas de piedra. Pasó bajo las sombras de un olivar, entre las siluetas oscuras de las chumberas. Y allí, en efecto, había un arco de piedra, deslucido y medio desmoronado. Ahora que se encontraba en la cima de la isla, a plena merced del viento, advirtió que Castellamare no tenía un aspecto distinto al que ofrecía desde la distancia: seguía siendo una roca en medio de un vasto mar negro. Hacia el norte, las luces de Italia y Sicilia refulgían vagamente. Hacia el sur, nada interrumpía la oscuridad.

El pueblo mostraba la quietud ciega de un lugar poco habituado a los visitantes. La calle mayor quedaba iluminada a intervalos por bombillas de filamento ennegrecidas, y las calles laterales por una variedad de faroles de gas que pendían de los balcones. La abundancia de tomillo y albahaca impregnaba la oscuridad de un aroma intenso. Se vio obligado a cruzar el pueblo entero en busca de indicios de vida. Recorrió una calle de tiendas con los nombres en mayúsculas pintados en negro sobre el revoque, dejó atrás una fuente que olía a verdín y un mirador con vistas al mar. No había nadie. Justo cuando empezaba a desesperarse, distinguió el sonido de un canto. Deambuló por varios callejones sin iluminar, forcejeó con una cuerda de tender que pendía a baja altura y, después de un desafortunado encuentro con un perro callejero, subió por un largo tramo de escaleras hasta el extremo de una plaza. Y allí se topó por fin con los habitantes de Castellamare.

La plaza entera se hallaba sumida en un caos bullicioso. Las mujeres llevaban pescado en grandes bandejas sobre la cabeza, se vertía vino en los vasos y los compases circenses de guitarras y *organetti* se elevaban en la oscuridad. Un niño y una niña descalzos se abrían paso entre las piernas de la multitud empujando peligrosamente una carretilla. En un rincón tenía lugar la rifa de un burro, y hombres, mujeres y niños se daban codazos y empujones en torno al animal mientras agitaban boletos de color rosa. Sobre un pedestal se alzaba una gran efigie de escayola, una santa con una melena de cabello negro y una mirada inquietante, rodeada por un abanico de cien llamas rojas. Amedeo no tardaría en enterarse de que había llegado en plena celebración de la festividad anual de Santa Ágata. De entrada, sin embargo, no vio más que un caos extraordinario y mágico, distinto de cualquier cosa que hubiese presenciado hasta entonces.

Se internó en aquel caos como si se sumergiera en un mar caliente. Atravesó aromas de jazmín, anchoas y alcohol, distinguió retazos de italiano dialectal o con mucho acento y canciones quejumbrosas en una lengua que no reconocía, y cruzó el resplandor de las hogueras, las antorchas y el centenar de velas rojas que iluminaban a la santa fantasmal. Finalmente, cuando emergió de la multitud con la maleta aferrada contra el pecho, se encontró ante una casa extraordinaria.

De forma cuadrada y de un color ámbar desvaído, parecía suspendida en el extremo mismo de la colina, entre las luces de la plaza y la oscuridad del acantilado y el mar. El patio estaba cubierto de todo un despliegue de buganvillas y, entre las flores, sentados a unas mesitas, los isleños tomaban *limoncello* y *arancello*, jugaban a las cartas entre peleas y juramentos, se mecían al son de las canciones que desgranaba un *organetto*. Un letrero, con las palabras escritas en letra elegante, proclamaba: «Casa al Bordo della Notte». Casa al borde de la noche.

Un anciano diminuto se acercó a Amedeo tambaleándose un poco y alzó la vista hacia él.

—¿Quién es usted? —preguntó.

—Amedeo Espósito —contestó él, presentándose sobresaltado—. Soy el nuevo

médico.

El anciano se hinchó de pura satisfacción.

—¡El nuevo doctor! —exclamó—. ¡El nuevo doctor!

Amedeo se asustó al verse rodeado de isleños que aplaudían, le daban palmadas en el hombro, lo agarraban con fuerza del brazo. Tardó unos segundos en darse cuenta de qué era aquello: una bienvenida. El anciano diminuto empezó a pavonearse alegremente:

—Me llamo Rizzu. Este bar es de mi hermano. Los Rizzu somos una familia importante en la isla, como ya verá, *signor il dottore*. Le traeré algo de beber. Y también unas anchoas a la brasa, una bola de arroz y un plato de *mozzarella*.

Amedeo no había comido nada desde Siracusa, y de pronto le entró hambre. Tomó asiento. Le sirvieron bebidas y le despejaron una mesa. Poco después apareció el alcalde, Arcangelo, un tendero corpulento que se abría paso entre la multitud con ebria simpatía, todo sonrisas. Le estrechó la mano al doctor, le propinó una palmadita en el hombro y le dio la bienvenida a la isla. A continuación le presentó al sacerdote, un hombre enjuto a quien llamaban padre Ignazio y que, según Arcangelo, también era miembro del Ayuntamiento.

Después de aquella apresurada bienvenida, el alcalde se esfumó, pero el cura, tras carraspear con seriedad, se sentó junto a Amedeo.

—Supongo que todavía no le habrán presentado al *conte*, el teniente de alcalde. Esta es la primera vez que él no es el alcalde de esta isla, de modo que llega usted a nosotros en una época de gran modernización.

Amedeo, que creía que en el siglo xx no quedaba nada parecido a un conde en ninguna parte de Italia, no supo qué responder.

—No tardará en conocerlo —continuó el sacerdote—. No se preocupe. Cuanto antes, mejor.

Rizzu volvió a aparecer cargado con varios platos y acompañado de un anciano tan diminuto como él, a quien presentó como su hermano pequeño y propietario del local. Rizzu se encaramó a la silla al otro lado de Amedeo, le sirvió más licor y se lanzó a explicarle la historia de la isla y de la santa cuya fiesta se estaba celebrando en ese momento en la plaza.

—No dejes de decirle al padre Ignazio que tiene que hablar con el papa para que dé validez oficial a nuestra santa Ágata —le explicó a Amedeo—. Ha curado toda clase de enfermedades. Una vez nos libró de la maldición del llanto, y otra de una epidemia de fiebres tifoideas. También salvó a la isla de los invasores haciendo que una tormenta de peces voladores se abatiera sobre los barcos enemigos, y en una cuarta ocasión la santa tuvo la gracia, bendita sea, de curarle las piernas a una niña que se había caído a un pozo. Mire, ahí mismo tiene a la niña en cuestión... esa, la *signora Gesuina*...

Amedeo buscó entre la multitud —«¡No, *signore*, allí!»— y por fin comprendió que Rizzu señalaba a una mujer anciana que se mecía ciegamente al compás

quejumbroso del *organetto*.

—¿Cuándo ocurrió el milagro? —quiso saber.

—Oh, ya hace unos cuantos años —contestó el viejo—, pero esperamos que santa Ágata vuelva a concedernos otro milagro un año de estos. El día de su fiesta, paseamos su imagen por toda la costa. Y ella, como recompensa, bendice las barcas de pesca, el cultivo de nuevos campos y a todos los bebés nacidos en la isla. Este año son siete... ¡yo diría que va a estar ocupado, *dottore*!

—Y todas las niñas van a llamarse Ágata —añadió el cura, adusto—. Estoy seguro de que no hay un sitio en el mundo con más Ágatas que esta isla. En los últimos años ha habido una epidemia de Ágatas, y ahora nos vemos obligados a referirnos a ellas por sus atributos: Ágata la de los ojos verdes, Ágata la de la casa con la buganvilla, Ágata la hija de la hermana del panadero...

—¡Ágata es el mejor nombre que hay! —protestó Rizzu con ebria energía.

Bajó con dificultad de la silla y se alejó en busca de un poco de vino para el doctor, a quien no parecía gustarle el licor de la isla, pues se lo estaba bebiendo muy despacio, a juicio de Rizzu, y con toses y aspavientos innecesarios.

Entretanto, Amedeo hizo las delicias de la multitud al sacar su cuaderno de historias y tomar nota del relato de Rizzu sobre santa Ágata, que lo había conquistado por completo. Como todo lo demás aquella noche, le parecía algo hechizado y no del todo real, y no quería por nada del mundo que se le olvidara.

Cuando la gente se hubo dispersado un poco, el padre Ignazio se inclinó hacia Amedeo.

—Me temo que no van a dejarlo en paz. No hemos tenido un médico en la isla desde que los primeros marineros griegos atracaron aquí hace dos milenios. Los isleños acudirán a usted con sus juanetes y almorranas, sus gatos enfermos y sus hijas histéricas, con todo su bagaje de quejas médicas. Y con sus historias. Muchas más historias. Avisado queda.

—¿Nunca habían tenido un médico en la isla?

—No.

—¿Y qué hacen cuando alguien se pone enfermo?

El padre Ignazio extendió las manos con las palmas hacia arriba.

—Para las cosas graves, mandamos a los isleños a Sicilia en una barca de pesca.

—¿Y si amenaza tormenta o no hay ningún bote disponible? Yo he tenido ciertas dificultades para llegar hasta aquí; solo había un hombre dispuesto a traerme.

—Tengo unos cuantos medicamentos que puedo distribuir —explicó el sacerdote—, y esa buena mujer, la viuda Gesuina, atiende a las parturientas. Nos las apañamos como podemos entre nosotros. Pero sin duda era una lástima que las cosas estuvieran así. Será una alegría tenerle a usted aquí. Me rompe el corazón enterrar a los jóvenes sin tener a un médico que nos diga si podría haberse impedido.

—Pero ¿por qué no han buscado ustedes un médico hasta ahora?

A modo de respuesta, el padre Ignazio soltó un resoplido melancólico y sonoro.

—Una cuestión de política. El alcalde anterior no quería tenerlo. No le parecía necesario que hubiera un médico en la isla. Ahora el Ayuntamiento ha cambiado; yo mismo formo parte de él, y el maestro Vella también. Arcangelo es el alcalde, y nos ocupamos de que las cosas se hagan.

—¿Quién era el alcalde anterior?

—*Il conte d'Isantu* —contestó el cura.

—¿Ese conde al que todos andan esperando?

—Sí, *dottore*. Oficialmente ya no es conde, por supuesto. Sin embargo, desde la unificación, los isleños, malditos idiotas, han votado siempre a un d'Isantu u otro como alcalde en todas las elecciones. Excepto en esta ocasión... ¡Solo Dios y santa Ágata saben por qué!

—Ese conde ha sido alcalde durante años ¿y no le parecía necesario un médico? ¿Cuántos habitantes tiene Castellamare?

El padre Ignazio respondió que suponía que alrededor de un millar, aunque, hasta donde él sabía, nunca se había llevado a cabo un censo. Sin embargo, en ese momento el cura cambió bruscamente el tema de conversación hacia el alojamiento de Amedeo.

—Se hospedarán usted en casa del maestro de escuela, el profesor Vella, y de su esposa, Pina. Deben de estar por aquí, en algún sitio... Deje que vaya a buscarlos.

Se levantó de la mesa y regresó al cabo de unos minutos con el maestro y su mujer. *Il professore* era un hombre de mediana edad que llevaba el cabello peinado de lado con fijador. Le dio una palmada en el hombro a Amedeo y dijo:

—Ah, bien, bien, ¡por fin un hombre culto!

Su comentario hizo que el sacerdote soltara un bufido. *Il professore* tomó posesión de Amedeo y empezó a desgranar datos escogidos sobre la historia de la isla:

—Invadidos por ocho potencias distintas, ¡imagínese!... Y no tuvimos iglesia hasta el año 1500.

Alrededor de las tres, demasiado borracho para seguir hablando, cayó de lado desde su silla.

Acompañaron al maestro a su casa y Pina, su mujer, emergió entonces de las sombras. *Il professore* le había contado a Amedeo de un modo un tanto enrevesado que los isleños tenían sangre normanda, árabe, bizantina, griega, fenicia, española y romana, lo cual era evidente en Pina, que tenía el cabello negro como las amarras y los ojos de un sorprendente color opalino. La condujeron al interior del círculo y la exhortaron a relatar la que, según los isleños, era «la verdadera historia de Castellamare». Y así lo hizo, con voz titubeante pero bien audible: una historia de invasores y exiliados, de erupciones de fuego líquido y llantos fantasmales, de voces quejumbrosas y cuevas llenas del repiquetear de huesos blancos; una historia tan deslumbrante que Amedeo se esforzaría en recordarla debidamente al despertar al día siguiente, y de la que siempre creería haber olvidado su parte más importante, que

ninguna forma de narrarla podría ser tan buena como la de Pina Vella.

Concluido su relato, la mujer se excusó: debía comprobar que su marido había llegado a casa sano y salvo; quizá volviera hacia el final de la fiesta, y sin duda estaría allí para cuando esparcieran las flores.

—Pina es una mujer inteligente —comentó el cura mientras la veían marchar—. Yo la bauticé, le enseñé el catecismo. Demasiado culta para esta isla, y para su marido... Es una lástima, pero no soy capaz de convencer al *professore* de que renuncie a su puesto y deje que lo ocupe ella. Lo haría mucho mejor que él, porque ese hombre es un pelmazo terrible.

El viejo Rizzu, que había reaparecido para oír la historia de Pina, volvió a fanfarronear orgulloso:

—El padre Ignazio adora el escándalo. Le encanta provocarlos. Es el cura menos convencional que hemos tenido.

Aquello pareció complacer al sacerdote, que apuró de un trago su vaso de *arancello*.

En ese momento, la multitud se vio recorrida en oleadas por un alboroto, una suerte de estremecimiento colectivo.

—*Il conte* —declaró Rizzu—. Por fin está aquí.

—Ah —dijo el padre Ignazio—. Otro hombre para el que tengo muy poca paciencia. Discúlpeme, *dottore*, tengo que darme a la fuga.

Il conte, un hombre corpulento con chaqueta de terciopelo, hizo su aparición bajo la estatua de la santa. Amedeo se sorprendió por la forma en que se ganaba a la multitud, atrayendo su atención y aceptación. Unos isleños se inclinaban ante él y le estrechaban la mano; otros le ofrecían regalos —un plato de berenjenas, una botella de vino, un pollo vivo en una jaula de madera— que él aceptaba y luego depositaba en las manos de su séquito. La escena no parecía desconcertar a nadie más, aunque Amedeo advirtió que no todos se acercaban al conde o le tendían la mano para saludarlo.

Finalmente, el conde se detuvo ante ellos. El sacerdote se había esfumado y Rizzu cabeceaba y hacía reverencias a un lado de la mesa. Amedeo, dándose cuenta de que era lo que se esperaba de él, también se puso en pie.

—Tengo entendido —dijo el conde— que es usted el nuevo doctor. Soy Andrea d'Isantu, *conte*.

Amedeo se apresuró a presentarse.

—*Piacere* —añadió el conde sin sentirlo—. Esta es mi esposa, Carmela.

Una joven con pinta de aburrída surgió de la multitud. Tenía el pelo negro y rizado y llevaba un sombrero con una pluma vertical, siguiendo la moda de París y Londres, que no casaba en absoluto con las mejores galas de domingo, de décadas atrás, del resto de isleños.

—Carmela —dijo el conde, sacudiendo la mano en dirección a ella—. Trae café y licor. Trae vino. Y algo para picar, un pastelito o un *arancino*.

En cuanto hubo pronunciado aquellas palabras, el conde se acercó una silla, depositó su mole en ella y se sumió en un silencio premeditado y huraño.

—Bueno —dijo finalmente—, ¿cuándo ha llegado? ¿Quién lo ha recibido en el embarcadero?

—Sobre las nueve —contestó Amedeo—. Y no me ha recibido nadie; he llegado hasta aquí por mis propios medios. Pero ya me han presentado al *signor* Arcangelo y a un par de miembros del Ayuntamiento: el profesor Vella y el padre Ignazio.

—Usted es un hombre de ciudad, ¿cierto? ¿Un hombre del norte? Y ¿qué hace aquí, en este peñasco en los confines del mundo civilizado? Huir de algo, supongo.

El conde soltó una risa que pareció un ladrido.

Amedeo no supo qué responder a eso y se limitó a decir que había estado buscando un puesto de *medico condotto* a lo largo y ancho del país y que lo había encontrado en Castellamare.

—Bueno, confío en que se gane la vida. ¿De dónde procede su familia? Espósito... es un apellido curioso.

—No tengo familia, si exceptuamos a mi padre adoptivo —contestó el doctor.

Lo dijo sin tapujos, pues aquel hecho no solía avergonzarlo, aunque con el interrogatorio del conde y el calor incesante de la *piazza* había empezado a sudar un poco. Se pasó un dedo por el tieso cuello de la camisa.

—¿Un hombre sin familia? —preguntó el conde—. ¿Un hombre salido de la nada, un huérfano?

—Me crie al cuidado del Ospedale degli Innocenti en Florencia. Es un hospicio. Uno de los mejores —lo obligó a añadir el orgullo.

—Ah, ya me lo parecía por el apellido. Espósito. Abandonado.

Carmela reapareció, seguida por Rizzu y su hermano. Llevaban bandejas con tazas de borde dorado, un platillo con un abanico de pastelitos y una botella de *arancello* sin abrir.

—El mejor de todos —murmuró Rizzu, revoloteando en torno a la silla del conde.

—Carmela, sirve el licor.

Una vez más, el conde ni siquiera miró a su esposa. Ella se limitó a asentir, sirvió el licor a su marido y luego tomó asiento a cierta distancia cruzando las manos con recato.

—En la villa tenemos helado y licores como es debido. Nos los traen en barco desde Palermo. —El conde exhaló un suspiro burlón—. Me temo que en otros aspectos vamos a parecerle un pueblo bastante primitivo, *dottore*. No hay luz eléctrica ni bibliotecas. El aire del mar pudre los libros. ¡Ja! Además, estas gentes son analfabetas... Los únicos que sabemos leer somos yo mismo, el cura y el maestro... Y el tendero Arcangelo, a su manera. Y también Carmela, supongo, aunque por algún motivo cuesta considerarla una mujer cultivada, con sus revistas de moda y sus novelas francesas. ¡Ja! Espero que en ese hospicio lo hayan criado con gustos sencillos, porque esta isla sería una cruz para cualquier hombre civilizado.

—El indicio principal de una sociedad civilizada —replicó Amedeo, que acababa de formarse aquella opinión— es, para mí, tener empleado a un médico.

Al oír aquello, la bella Carmela, para consternación de Amedeo, dejó escapar una sonora carcajada. El conde revolvió el café y desgarró un pastelito en dos. Lo atacó a grandes bocados, tragó y se limpió las migajas de la boca.

—Emplear a un doctor en esta isla no ha sido prudente —dijo—. El nuevo alcalde y el Ayuntamiento se han equivocado de medio a medio. Es un gasto que no podemos permitirnos. De verdad que confío en que se gane usted la vida aquí, pero corren tiempos difíciles, y lamento decir que tal vez no dure ni un año.

El silencio se abatió sobre la mesa. Amedeo miró a Carmela a los ojos y se sintió turbado. Ella se inclinó levemente hacia él:

—Tiene que venir a cenar a la villa con nosotros —dijo con el rostro iluminado por cierta malicia contenida—. Mi marido y usted van a tener mucho de qué hablar.

—Es muy amable por su parte, pero dispondré de muy poco tiempo libre en cuanto asuma mis responsabilidades.

—Vaya, vaya... En ese caso, es posible que sí sobreviva —intervino el conde—. Por lo menos no ha traído consigo una esposa, y tampoco críos. Si solo debe mantenerse usted mismo y no tiene tiempo para distracciones sociales, tal vez salga adelante, aunque sea por los pelos y haciendo vida de soltero. Eso no sería vida para mí, pero quizá usted pueda arreglárselas. Qué conveniente que sea un expósito, un hombre sin esposa ni hijos, ¡un hombre sin la menor carga en este mundo!

En ese punto dirigió una mirada a Carmela, que aún parecía muy divertida.

—¿Qué me dice de usted, *signor il conte*? ¿Tienen muchos hijos usted y la *contessa*? —preguntó Amedeo, pues el instinto le decía que no tenían ninguno y, con mala intención, confiaba en meter el dedo en la llaga.

El conde, sin embargo, se limitó a negar con la cabeza.

—Mi esposa es estéril.

Carmela agachó la cabeza y Amedeo vio el rubor que le subía por el cuello al verse públicamente humillada de aquella forma. De un solo plumazo, el conde la había vencido a ella y silenciado al doctor, y entonces hizo ademán de retirarse. Cogió un último pastelito, se llevó la taza a los labios para apurar el café y volvió a tenderle la mano a Amedeo.

—Confío en que se gane la vida aquí —repitió.

—Le aseguro que esa es mi intención —contestó el doctor.

Cuando *il conte* se desvanecía ya entre la aglomeración de isleños, Amedeo oyó un resoplido melancólico y, al volverse, se encontró con el padre Ignazio a su espalda.

—Bien —dijo el cura—. Ha sobrevivido a su primer encuentro con *il conte*. A partir de ahora, solo puede ir a mejor.

—Carmela me da un poco de lástima —comentó Amedeo.

—Sí —respondió el padre Ignazio—, a todos nos da un poco de pena.

El amanecer llegó antes de lo esperado, con un resplandor grisáceo, y aun así la fiesta continuó. Amedeo, demasiado borracho para fiarse de sus pies y con unas ganas tremendas de irse a la cama, estaba sentado entre el sacerdote y Rizzu cuando la música vertiginosa se tornó aún más frenética, y la danza, todavía más desordenada. Los jugadores de cartas estaban inmersos en una partida de *scopa* que parecía llevar varias horas en marcha. Cada vez que un ganador recogía los naipes de encima de la mesa, los gritos se volvían más estridentes y los insultos más afablemente extravagantes. En la última mano, el diminuto hermano de Rizzu había saltado de su asiento triunfador, con las cartas en alto y volcando una jarra de *limoncello*. Mientras tanto, entre los bailarines, un joven con chaleco y chaqueta negra de campesino daba una serie de saltos peligrosos en torno al círculo. Y entonces, de repente, los bailarines se separaron, las cartas se recogieron y se formó un gran alboroto en la plaza.

—Diantre... ¡Ya es la hora de las flores! —exclamó el padre Ignazio, levantándose de la silla—. ¡Siempre se me olvida!

Se abrió paso entre la multitud con una agilidad sorprendente y se detuvo ante la imagen de la santa. Un grupo de chicos jóvenes la levantó en el aire. Por todas partes se abrían postigos con estrépito.

—¿Qué hacen? —preguntó Amedeo.

Pero Rizzu también se había ido. Estaba completamente solo en la terraza del bar.

El sacerdote entonó una plegaria. De pronto se produjo un gran despliegue de color, como una especie de fenómeno natural, una maravillosa lluvia de pétalos. Desde todas las ventanas altas, las mujeres arrojaban cestos enteros de adelfas y buganvillas, plumbagos y madreselvas, hasta que el aire se llenó de flores. Los niños chillaban y retozaban; los *organetti* y las guitarras atacaron un himno; los porteadores de la imagen de la santa la mecían sobre la multitud y, en medio de la confusión, las flores no cesaban de revolotear espesando el aire.

A Amedeo se le ocurrió de inmediato que aquello daría para una fotografía estupenda. Rebuscó en su maleta y montó la cámara de fuelle. La colocó sobre la mesa y tomó su primera instantánea: una imagen subexpuesta y con mucho grano del bar, la plaza, la lluvia de flores...

Reveló la fotografía semanas más tarde, en el cuarto oscuro que improvisó al fondo de su minúscula habitación en casa del maestro (útil, además, para esconderse de los sermones de *il professore*). Las flores eran meras vetas de blanco contra gris, pero aun así lo sorprendió la claridad de la imagen: era algo hermoso. Se trataba de la primera fotografía que había tomado en su vida. Entre los rostros de la multitud distinguió a algunas de las personas que aquella noche eran desconocidas e iban a convertirse en las figuras cotidianas de su vida: Rizzu y su hermano cogidos del brazo ante el bar, cuyas luces refulgían como estrellas cautivas; el padre Ignazio bajo la imagen de la santa; la sombra oscura del *conte*; Pina Vella en una ventana de un

primer piso y, guardando las distancias con respecto a la multitud, la bella Carmela.

Más tarde, llegaría a considerar profética aquella fotografía, pues en ella, como las historias que escondía el mazo de cartas de Rita Fiducci, se ocultaban los indicios de toda la vida que lo esperaba.

Más allá de las costas de la isla, aquel año de 1914 el mundo sufría un empujón largo y lento hacia la guerra. Al principio Amedeo no lo comprendió. La noticia del asesinato del archiduque en Sarajevo, que se produjo unas horas después de la milagrosa lluvia de flores, tardó trece días en llegar a Castellamare, y para entonces aquella isla tan reluciente y llena de vida le parecía ya el único mundo real. Sin embargo, no podía negarse que él era un forastero allí. Tan fuera de lugar como el gigante de uno de sus relatos, era tan alto que sufrió varias contusiones por el mero hecho de entrar y salir de las casas de sus pacientes. Además, las camas de la isla eran demasiado cortas para un hombre de su envergadura; se habían construido para los campesinos del siglo XIX, y se vio obligado a juntar dos de ellas y dormir atravesado hasta que le fabricaron una especial. (Años más tarde tendrían que hacer también un ataúd especial para dar cabida a sus casi dos metros, pues seguiría siendo, hasta el fin de sus días, el hombre más alto de Castellamare). De modo que Amedeo no encajó de inmediato, pero aun así, de un modo oscuro, trascendente, sintió que ya pertenecía a aquel lugar. Por ejemplo, cuando despertó a mediodía, después de la fiesta de Santa Ágata, descubrió que alguien había transportado su olvidado baúl de instrumental colina arriba para depositarlo ante su puerta. Y desde aquella misma mañana, el padre Ignazio lo buscó para comentar con él las noticias llegadas del continente.

—Usted es un hombre inteligente, Espósito, seguro que tendrá una opinión al respecto.

Los ancianos hermanos Rizzu lo abordaban en sus rondas matinales para pasar visita y lo atiborraban de café y bolas de arroz. Al cabo de un mes, las viudas del Comité de Santa Ágata le pidieron su opinión (aunque no era un hombre religioso y las había escandalizado el primer domingo al no asistir a misa) sobre los colores del hilo que debían encargarse para una banderola nueva dedicada a la santa. Y tras haberle extraído al pescador Pierino las espinas de un erizo de mar de un pie, el gremio de pescadores lo invitó a la *tonnara* para que presenciara la captura del atún.

Había un millar de batallas triviales en las que uno debía tomar partido (pues ya lo habían convencido de formar parte del Ayuntamiento en calidad de asesor); tuvo que enfrentarse a varios casos de tifus y a ocho bebés recién nacidos o a punto de hacerlo. Cuando Italia entró en la guerra, él iba de camino a inspeccionar la ciénaga para comprobar si podía drenarse y reducir así el riesgo de malaria; por algún motivo, le parecía que la ciénaga y la malaria tenían más importancia que la declaración de guerra, que merecía más la pena luchar en la batalla que se libraba allí, en Castellamare, contra la pestilencia y el agua estancada. La isla se le antojaba un país

distinto, no una parte de la Italia en la que había transcurrido su juventud solitaria.

Las tardes de los domingos el padre Ignazio le enseñaba a nadar, zambulléndose ante él en las olas con su traje de baño de lana negra. Y por las noches, cuando el maestro ya se había sumido en su sueño ebrio, Pina Vella le contaba en la terraza de su casa todas y cada una de las historias de la isla.

—Un lugar pequeño como este resulta opresivo —le advirtió el padre Ignazio—. Usted todavía no experimenta esa sensación, pero llegará a tenerla. Todos los visitantes que no han nacido en este lugar lo encuentran deliciosamente rústico. A mí también me lo pareció. Pero cualquiera que haya nacido en Castellamare lucha con todas sus fuerzas para marcharse de la isla, y algún día usted querrá hacer lo mismo. A mí me pasó cuando llevaba unos diez años aquí.

Sin embargo Amedeo, que siempre había tenido la sensación de ser ingrátido, de correr el riesgo de echar a flotar en el aire y alejarse de la tierra, agradecía la densidad sólida de aquel lugar, la estrechez de sus fronteras. Le divertía que sus pacientes siempre estuvieran al corriente de sus asuntos una hora antes que él. No lo turbaba que las viudas lo observaran con los ojos entornados y miradas curiosas desde las sillas de madera que colocaban ante sus casas, y le parecía reconfortante que desde la ventana de cualquiera de sus pacientes se viera la misma línea azul del mar. La isla tenía unos ocho kilómetros de longitud y en sus rondas diarias Amedeo la recorría por completo. Descubría los recovecos donde las cabras salvajes dormitaban a mediodía y perturbaba a su paso a las lagartijas que anidaban en las casas en ruinas de las afueras del pueblo; las hacía salir de sus escondites para ascender como agua por las paredes. Sentado ante el bar de los Rizzu, trazó un mapa de la isla en un pedazo de papel secante mientras el anciano asentía para mostrar su aprobación o señalaba los errores.

A principios de primavera envió una carta a su padre adoptivo para invitarlo a tomar *limoncello* con él en la Casa al Borde de la Noche, pues, en efecto, había una terraza con buganvillas —escribió con entusiasmo—, tal como el anciano doctor había pronosticado.

Sin embargo, el verano volvió y Amedeo no se sentó con su padre adoptivo bajo las enredaderas frescas. Al contrario, recibió un telegrama con instrucciones de viajar al norte.

Lo mandaron a las trincheras en Trentino.

Al verse arrancado de cuajo de la isla, dos cosas pasaron a ser vitales para él: la fotografía del día de Santa Ágata y su cuaderno de historias. Varios de sus colegas oficiales médicos habían llevado sus cámaras consigo contraviniendo las normas. Amedeo había dejado la suya en la isla, consciente de que en la guerra no habría nada que deseara retratar. Solo quería ver aquella imagen que ya existía, con la que se abriría camino de vuelta a casa. La sujetó a la parte interior de su gorra para protegerla del barro. Siempre había barro, y cuando no era barro era hielo, y cuando no era hielo, agua, y cuando no era agua, gas y niebla. Parecía un mundo compuesto de elementos, en el que había hombres que se dividían en fragmentos, hombres que echaban espuma, hombres que gritaban. En la Facultad de Medicina de Santa Maria Nuova no le habían enseñado a volver a ensamblar a un hombre hecho pedazos.

Llevaba su cuaderno de historias en el bolsillo interior del traje de campaña. La flor de lis dorada de la cubierta acabó por borrarse; la piel se volvió mate. Pero Amedeo descubrió que las historias, al igual que la fotografía, se erigían en testigos de la verdad de que había otro mundo distinto de aquel. Su cometido consistía sobre todo en recordarles esa realidad a los pacientes cuando ya no podía hacerse nada más. A un capitán traumatizado por la guerra en un hospital de campaña lleno de barro, o a un oficial de infantería gaseado que se recuperaba de la ceguera, solo tenía que preguntarles por su hogar, su infancia, su familia, y entonces veía brillar una chispa en los ojos del paciente y se obraba en él un cambio: las palabras emergían, titubeantes, y la historia particular de aquel paciente se desplegaba poco a poco, llenando el espacio que había entre ambos como si se tratara de una luz compartida en medio de la oscuridad.

Nunca registró por escrito aquellas historias. No quería recordarlas. Pero a veces de los labios del paciente no brotaba palabra alguna, y entonces Amedeo les contaba sus propias historias, los relatos imaginativos de su cuaderno, cuentos que habían evolucionado a lo largo de los siglos en las bocas de la gente humilde, calculados para alejar a las personas del mundo gris: la historia de la muchacha que se transformó en árbol, que se transformó en pájaro; la historia de los dos hermanos que se encontraron y no se reconocieron; la historia del loro que contaba cuentos. En toda la región llegaron a conocerlo como «el médico del hospital de campaña de Treviso que colecciona historias».

En ocasiones, hablaba a sus pacientes de la isla. El relato que ardía siempre en sus propios pensamientos era el que se contaba a sí mismo acerca de sobrevivir a aquella guerra y regresar a Castellamare. Para cuando la contienda llegó a su fin, Castellamare se había convertido en el único lugar en el que todavía creía. Todo lo

demás había caído tras el velo gris que la guerra había interpuesto.

Tenía muchas ganas de ver a su padre adoptivo. A medida que la guerra avanzaba y retrocedía, habían surgido temas de los que ya no podían hablar, grandes abismos entre sus experiencias que amenazaban con volverlos enemigos. «Tal vez debido a que eres un expósito —había escrito el anciano doctor—, careces del sentimiento patriótico natural de tus camaradas, y esta guerra te resulta más difícil de soportar».

«Tal vez debido a que soy un expósito —respondió Amedeo—, veo con mayor claridad sus falsedades».

Llevaba más de un año sin recibir cartas del viejo doctor, y ahora él, en las postales con membrete del ejército, se limitaba a escribir: «Con cariño, Amedeo». La guerra terminó, pero a él no lo licenciaron. Había soldados con gripe, aldeanos con gripe. Más variaciones de la misma muerte que había visto en las trincheras: la de los jóvenes y sanos, al igual que la de los viejos y débiles, con expresión de sorpresa en los rostros hinchados y un velo blanquecino en los ojos. Se liberó en 1919, y ya tenía cuarenta y cuatro años. A bordo del tren atestado que lo llevó hacia el sur hasta Florencia, atravesando pueblos desiertos y cerrados a cal y canto, lo invadió una sensación de desperdicio tan profunda que incluso notó su sabor de podredumbre en la boca. Aun así, vería a su padre adoptivo, regresaría a Castellamare y la vida daría comienzo una vez más de una forma u otra.

Fue directamente a la casa de su padre adoptivo. Cuando llamó a la puerta, le abrió una mujer tiesa como un palo, no el ama de llaves que él recordaba.

—¿Espósito? —repitió la mujer—. ¿El viejo doctor, quiere decir? Está muerto. La gripe acabó con él el invierno pasado.

Los parientes verdaderos de su padre adoptivo ya habían acudido desde Roma para llevarse todas sus cosas. Lo único que la mujer le devolvió a Amedeo fue el paquete de sus postales con membrete del ejército.

Le permitió recorrer las habitaciones de la casa. Habían desaparecido los frascos con serpientes, las máscaras, las barbas de ballena sobre las escaleras. Donde antaño colgaban sus piezas expuestas, solo quedaban ahora unos cuantos alambres y recuadros de papel pintado descolorido.

—Todos hemos perdido a alguien, ¿sabe? —espetó la mujer con cierto tono de reproche cuando Amedeo se echó a llorar.

El doctor regresó a Castellamare sintiéndose muy confuso. Le parecía que su viaje anterior, en el vapor napolitano, había tenido lugar en otra vida y que la guerra era lo único real que había experimentado: nunca había habitado junto a su padre adoptivo en aquella casa que parecía un museo; nunca se había licenciado como *medico condotto*; nunca había sido aprendiz del relojero ni del panadero ni del impresor.

Nunca había sido un bebé abandonado, nunca había nacido.

Pero Castellamare... Eso sí lo había vivido. El recuerdo de Castellamare perduraba.

El padre Ignazio le había escrito al acabar la guerra:

«Las cosas van muy mal por aquí. Muchos jóvenes ya no están entre nosotros (al menos veintisiete, según mis cálculos), otros continúan desaparecidos y los demás amenazan con marcharse, presas de la fiebre generalizada por América que parece estar arrasando la isla. La guerra ha hecho que en este lugar haya más estrecheces y mucha más hambre. Se encontrará con que pasamos muchas penurias».

Gracias a aquella carta del cura, Amedeo se enteró de que el hermano de Rizzu se había marchado a América. El bar estaba cerrado, pues nadie había querido quedárselo. Al profesor Vella, el maestro, lo habían matado. A dos de los nietos de Rizzu los habían matado. Solo el hogar del *conte*, a quien habían licenciado en Trentino en 1915 por una herida en la pierna, seguía intacto. Carmela, según escribía el cura, se había peleado con su marido y partido hacia el continente poco después del regreso del conde, pero este la había recuperado. Algo relacionado con un amante. («Ten cuidado con Carmela —lo advertiría más tarde Pina—. Esta guerra la ha vuelto imprudente»).

Pese a la carta del padre Ignazio, Amedeo no había esperado encontrarse el pueblo tan venido a menos. Llegó a la hora de la siesta y todas las casas de la calle mayor tenían los postigos cerrados. Se fijó, no obstante, en que algunas estaban cerradas por completo, con las puertas y ventanas tapiadas. En el exterior había objetos abandonados: una silla sin asiento, una planta de albahaca seca en una maceta resquebrajada. Dos críos jugaban en la tierra. Los reconoció vagamente, ya que él mismo los había traído al mundo; eran los gemelos de la familia Mazzu.

—Maddalena —llamó—. Ágato.

Los críos se acercaron, vacilantes.

—¿Dónde está el cura? —preguntó invadido por la acuciante necesidad de volver a ver a su viejo amigo, de comprobar que al menos Ignazio no había cambiado.

Los niños no lo sabían. Amedeo recorrió la misma ruta que había seguido durante su primera noche en la isla. La Casa al Borde de la Noche estaba cerrada a cal y canto, como le había contado el cura. El porche se combaba bajo el peso de las buganvillas descuidadas y los peldaños de entrada ya estaban plagados de malas hierbas.

Volvió a ocupar su antigua habitación en casa de Pina. Colgó la fotografía de la isla en la pared interior de piedra. Pina era la única persona de Castellamare que parecía caminar más erguida desde la guerra. Tras la muerte de su marido, la habían nombrado maestra de la escuela. Por la noche, ambos se sentaban con el padre Ignazio ante una botella de licor y hacían planes para rescatar a la isla de su

abandono. Tenían que modernizarse. Necesitaban un servicio de *ferry*, un hospital con dos salas. Hacía falta una segunda aula para la escuela y un sistema de seguros funerarios para los ancianos. El conde había sido elegido alcalde otra vez, se quejaba el cura, y ahora nada cambiaba en la isla. D'Isantu siempre estaba en Sicilia ocupándose de sus oscuros negocios con unos amigos de Catania o pasando largos meses en su finca palermitana, cuando en Castellamare había muchas cosas por hacer. El bar se venía abajo, los desaparecidos no regresaban y nadie jugaba a *scopa* en la plaza ni bailaba al son del *organetto*.

Cuando Amedeo volvió a ver a la hermosa Carmela, al cabo de unas semanas, lo tranquilizó encontrarla tan poco cambiada. Abordándolo en el camino de la costa, que recorría vestida de domingo y bajo una sombrilla, dejó bien claro su disgusto esbozando un mohín.

—*Dottore*, nunca pasa a hacernos una visita formal. Y, según dicen, ya hace un mes que ha regresado. Las cosas han sido de lo más aburridas por aquí, no tengo ningún reparo en decírselo. No había ropa ni comida decente. Ni siquiera visitantes, durante la epidemia de gripe. Pero me alegro de que haya vuelto sano y salvo, y probablemente como un héroe de guerra, a diferencia de mi marido.

Amedeo, que no tenía ni idea de que ella tuviera el más mínimo interés en su bienestar, no supo muy bien qué responder.

Carmela lo invitó a acompañarla a ver las cuevas, una rareza histórica que él no había visitado nunca antes de la guerra. Amedeo seguía sintiendo cierta curiosidad divertida, de modo que decidió aceptar. En cuanto estuvieron al abrigo de la húmeda oscuridad, ella empezó a besarlo, a acariciarlo.

Desconcertado, Amedeo supuso que Carmela pretendía convertirlo en su amante, como Pina le había advertido.

—No te preocupes por mi marido —le susurró ella al oído—. Nunca lo he querido, y la isla entera sabe que es un tirano y un idiota.

Amedeo se liberó y, a modo de excusa, murmuró que los niños Mazzu tenían fiebre y que le había prometido al anciano y viudo Donato que pasaría a visitarlo antes de mediodía.

Carmela se dedicó a perseguirlo durante dos semanas. Lo interceptaba en cualquier rincón silencioso de la isla durante sus rondas. El decimoquinto día, Amedeo cedió e hicieron el amor sobre las piedras frías de la cueva. No habría sabido decir por qué lo consintió al fin, pero ella se había mostrado muy insistente y después el médico descubrió que, en realidad, no lo lamentaba demasiado. Le costaba sentir algo en particular.

Mientras se vestía en la penumbra, trastabillando, algo crujió bajo sus pies. Se arrodilló y descubrió un alijo de huesos blanquecinos.

—No te alarmes —dijo Carmela riendo—. Llevan aquí dos mil años. ¿Creías que lo de la cueva llena de calaveras blancas era solo un bonito cuento popular? Adéntrate más y las verás. Los pescadores se niegan a poner un pie en esta cueva por

temor a las maldiciones.

Amedeo más bien retrocedió a trompicones hasta la luz. Se sacudieron la arena de la ropa y el pelo y él recogió la sombrilla de Carmela. Tras abotonarse la ropa interior y ceñirse la estrecha cinturilla de la chaqueta —que, pese a sus quejas sobre la falta de ropa nueva, todavía olía al tinte del sastre—, recuperó su habitual elegancia. Sacó un espejo plateado y, a la luz mortecina de la cueva, se recogió de nuevo el cabello. A Amedeo, semejante capacidad de recobrar la compostura le resultó atrayente y aterradora a un tiempo. Él estaba empapado, despeinado, aturdido; ella no parecía haber roto siquiera a sudar. Carmela volvió a ponerse el sombrero, ajustó el ángulo y lo miró tranquilamente a través del velo de tul con puntitos, como si volvieran a ser dos extraños. De nuevo, la viva imagen del decoro.

—*Dottor* Espósito, lo he entretenido demasiado y va a llegar tarde a ver a su próximo paciente.

Cuando ascendían de regreso al camino, ella le mostró una segunda cueva en la que no había huesos, sino centenares de piedras blancas y luminosas. Amedeo las reconoció, pues los pescadores de la isla las clavaban en sus barcas como talismanes.

—La próxima vez nos encontraremos en esta —comentó ella—, si la prefiere.

Volvieron al pueblo por separado. Carmela por la carretera principal, él por senderos y olivares en los que acabó con abrojos prendidos a los pantalones de lana buena. Pina le dirigió una mirada extraña cuando lo vio entrar en la casa, pero no dijo nada.

A partir de entonces, Carmela empezó a citarlo en las cuevas un par de veces por semana, y después, cuando *il conte* estaba ausente, también en la villa. Aquellas noches, Amedeo se sorprendía recorriendo el pueblo, hablando primero con todos, fingiendo para sus adentros que era libre de responder o no a la llamada de Carmela. Lo cierto era que no tenía esa libertad; nunca se negaba. Pero en tales ocasiones sus largos rodeos por el pueblo significaban que llegaba a la villa mucho después de que hubiese caído la noche, cuando podía tener la certeza de no ser visto. Durante el trayecto, cuando ya recorría con sigilo la avenida flanqueada de palmeras, Carmela aparecía en la ventana con una lámpara y lo hacía pasar en silencio a su habitación, con sus querubines barrocos de imitación y su techo de nubes desconchadas, para que los criados no advirtieran su presencia. Según le contó ella, el conde estaba considerando instalar la electricidad, pero, por el momento, sus encuentros tenían lugar bajo una luz tenue de tonos rosa y ambarino. Carmela imponía los términos de todas sus citas, y siempre lo despachaba antes del amanecer.

En cierta ocasión, Amedeo volvió a sacar el tema de su esposo.

—Mi marido es un completo idiota —dijo Carmela—. Ya le he sido infiel antes. Incluso me fui a Sicilia, pero él me hizo volver aquí. Me dijo que si tenía otra aventura acabaría con él. Pues estupendo. Espero que sea así.

Tanta frivolidad asustó a Amedeo.

—Pero, Carmela, la verdad...

—No te preocupes por si lo descubre. Él no ve nada. Hace meses que ni me mira. Está demasiado ocupado siendo un político importante, y yo me alegro de librarme de él. Tampoco estoy segura de que pase sus noches solo. No, esto nos viene muy bien a los dos. Solo se enteró de mi última aventura porque yo se lo conté. Además, Amedeo, lo oirás llegar sin problemas.

Hacía poco que el conde había adquirido un automóvil, el primero de la isla (y destinado, de hecho, a seguir siendo el único de Castellamare durante treinta años). Había hecho que lo llevaran desde Palermo y lo descargaran en el pequeño embarcadero con ayuda de cuerdas, con muchos aspavientos y gritos. Lo conducía de aquí para allá por los caminos de tierra y las carreteras empedradas; sentado al volante, sudando bajo el gorro de cuero y las gafas, inspeccionaba el trabajo de sus jornaleros en los campos. Los ancianos se santiguaban cuando *il conte* se aproximaba en aquella enorme caja metálica que soltaba toses y gruñidos formidables.

Una vez, cuando Amedeo salió de casa de Carmela al amanecer y echó a andar por la avenida, oyó el rugido áspero del automóvil a la vuelta de una curva. Con un retortijón doloroso en las tripas, se arrojó entre la hierba y vio el coche pasar levantando polvo e iluminando los troncos de los árboles.

Al parecer, últimamente llevaba una vida de la que no era dueño, una existencia extraña, como de ensueño.

Aquel año, también el día de Santa Ágata sufrió cambios.

Desde el amanecer hizo un calor ardiente, febril. La misa de la mañana —en una iglesia tan atiborrada que ni siquiera una mosca podía pasar entre los hombros de los isleños— no recibió ni un soplo de viento. El mediodía trajo consigo una luz muy brillante y sombras cortas. La tradición dictaba que la imagen de la santa debía llevarse a cada ensenada y curva de la costa: bordeando los campos pertenecientes al conde d'Isantu; sobre las almenas rocosas en el cabo más septentrional; a través de las aldeas desnudas de la orilla meridional; entrando y saliendo de las cuevas marinas (allí, por lo menos, la oscuridad era más fresca) y luego al embarcadero, donde la imagen era recibida con incienso y una tormenta de flores. Aquel año, sin embargo, no había pescadores jóvenes para llevarla a hombros, de modo que los más viejos tuvieron que cargar con ella. Pesaba media tonelada y durante la procesión por el perímetro de la costa los pescadores avejentados avanzaron dando traspiés, coronados por cercos de sudor como dejados por la marea. Había que ayudarlos a recobrar las fuerzas con sorbos de vino y enjuagarles la frente con paños fríos. Cuando llegaron al final del trayecto, los pescadores se zambulleron aliviados en las aguas de la bahía, pero descubrieron que apenas estaban lo bastante frescas para dejarlos satisfechos. El mar estaba apático y tibio, excepto en torno a las rocas, donde parecía hervir y formar

remolinos de espuma.

Se bendijeron los barcos, se bautizó a los tres bebés del año, y los isleños emprendieron el lento camino de regreso colina arriba. Mientras los pescadores avanzaban penosamente, el sol se ocultó por fin y los lugareños se congregaron en la plaza, aliviados por la oscuridad.

El viejo Mazzu sacó a rastras su burro más flaco para que lo rifaran, se afinaron las guitarras y se desempolvieron los *organetti* y las viudas emergieron de la cocina de Gesuina, donde llevaban encerradas desde el alba, cargando con bandejas de anchoas a la parrilla y calabacines rellenos. La Casa al Borde de la Noche, sin embargo, continuó sumida en la penumbra. Aquel año no hubo partidas de *scopa* en la terraza, ni baile, ni vasos de *arancello*. Antes de que amaneciera, los isleños ya estaban en la cama, sobrios.

Aquel otoño, Amedeo decidió comprar la Casa al Borde de la Noche. Ya no soportaba verla ahí, vacía, y ahora que la isla estaba medio desierta, las casas tenían menos valor que la sal. Incluso un *medico condotto* podía permitirse una.

Desde la partida de su hermano, era como si la llama de Rizzu se hubiese apagado.

—Esa casa se está viniendo abajo —dijo—. No va a servirle de nada. Trae mala suerte.

Al final, Amedeo solo pudo convencerlo de que aceptara quinientas liras y un pollo por ella. Incluso tuvo que regatear para subir el precio.

Dejó constancia de la compra y de la fecha en su cuaderno rojo: el 24 de septiembre de 1919. Ahora tenía un hogar y confiaba en ser capaz de dar alcance a la vida que había rozado con los dedos antes de la interrupción de la guerra. La casa, en efecto, se estaba cayendo a pedazos. Amedeo se instaló en las habitaciones del piso de arriba y procedió a reparar las paredes y reemplazar las puertas combadas. Comenzó a coleccionar cosas como había hecho su padre adoptivo. Recopiló historias, cachivaches y todo tipo de objetos pertenecientes a la isla. Recuperaba los trozos de cerámica y monedas romanas que los agricultores desechaban a diario y los llevaba con sumo cuidado a la Casa al Borde de la Noche. Colgó en las paredes azulejos decorados con colores fantásticos, con motivos de girasoles y flores de lis, y retratos de caballeros y damas nobles. Esas imágenes, con cientos de años de antigüedad, estaban pintadas con trazos precipitados y ondulantes que producían la sensación de que acabaran de secarse. Vincenzo, el artista, tenía muchos antepasados que habían pintado más azulejos de los que nadie necesitaría, así que los rescató de su sótano para dárselos a Amedeo de buena gana, pues le explicó que los turistas habían dejado de comprárselos en sus viajes a la península y estaba encantado de librarse de ellos.

De las catacumbas junto al mar, Amedeo extrajo montones de piedras blancas y

luminosas y las alineó en todos los alféizares del piso de arriba. Entretanto, sobre la mesa del vestíbulo iban amontonándose fruslerías pertenecientes a santa Ágata, pues aquella era a menudo la moneda con la que aquellos pacientes cuyo tratamiento no cubría el municipio le pagaban por traer al mundo a un bebé o por entablillar un brazo roto. Acumulaba miniaturas de la santa, botellas de agua bendita y una imagen en particular en la que santa Ágata se desgarraba el pecho para revelar un corazón de madera pintado de rojo. Aquella estatuilla le despertaba tanta ternura como temor. Nunca había encontrado consuelo en la religión.

En cualquier caso, Amedeo parecía haber empezado a entender por fin cómo era tener y vivir una existencia real. Todas las mañanas antes de iniciar su ronda se zambullía en el mar, convirtiéndose con ello en el blanco de las burlas de los pescadores, pues ningún hombre adulto de Castellamare habría nadado así, por pura diversión, cuando el otoño ya estaba al caer, ¡como si estuviera borracho! Cuando ascendía la colina, con el picor de la sal en los pliegues de la piel, se detenía a recoger una piedra blanca o un trozo de cerámica romana para llevárselo a la Casa al Borde de la Noche. Además de coleccionar cosas, Amedeo llevaba un registro de todo lo que compraba, así como de cada mejora que hacía en la casa. Las habitaciones de la planta baja seguían húmedas e inhabitables, y los dormitorios del piso de arriba, a oscuras y con los muebles cubiertos con guardapolvos. Al principio, el trabajo avanzaba despacio. En las noches de tormenta se veía obligado a dormir bajo una lona impermeable, y en esas ocasiones el médico sentía algo muy cercano a la felicidad.

Durante las primeras semanas de otoño, Amedeo emprendió un estudio sistemático de los relatos de la isla, porque había empezado a temer, dada la agitación general en que se había sumido el mundo, que aquellas historias se perdieran. No era el único preocupado por la desaparición de las cosas. Las historias brotaban a raudales, y Amedeo solo tenía que acudir a donde pudiera escucharlas, a los sitios a los que su ronda de visitas solía llevarlo: las lúgubres habitaciones de los pisos superiores donde las viudas desgranaban las cuentas del rosario; los cobertizos polvorientos de los pescadores; y, en las afueras del pueblo, las casas abandonadas, pedregosas y bíblicas, frecuentadas por los niños de la isla. Era en los sitios sombríos, por lo visto, donde se encontraban las historias. Cuando regresaba de esos lugares, Amedeo transcribía los relatos en su cuaderno.

Instaló su antigua cámara de fuelle en la única habitación seca: el pequeño desván de la buhardilla, lleno de cajas de embalar viejas que habían contenido, según sus rótulos, cigarrillos Modiano y licor Campari. Colgó una cortina roja en la entrada, como si la habitación fuera un estudio fotográfico. Para él, la Casa al Borde de la Noche era un enorme museo como la casa de su padre adoptivo, lleno de libros y objetos curiosos. Y a pesar de que no tenía esposa ni hijos, anhelaba fotografiar a sus descendientes, numerosos como las estrellas, cuyos retratos adornarían un día el pasillo y las paredes de la escalera.

Durante aquel caluroso otoño, tras la festividad de la santa, empezó a sentirse menos satisfecho de su relación con Carmela. Había adquirido el hábito de encomendarse a la temible estatuilla de santa Ágata cuando entraba o salía de casa, en especial si lo habían llamado para un parto o una muerte, pues, descreído como era, tenía la sensación de que aceptaría encantado la buena fortuna allá donde la encontrara. Era la misma desesperación, el mismo afán de vida que lo había llevado a sucumbir a Carmela y a comprar la casa: la sensación de que su existencia debía cambiar. Y, sin embargo, a veces, en las noches en que sus rondas lo habían conducido a la ventana iluminada de la villa de la condesa, la imagen parecía recibirlo con ojos tristes y llenos de reproche. Buscaba una esposa y una familia, parecía reprenderlo, pero ¿qué tenía aparte de ese incierto idilio con Carmela, que, a menudo, como la sopa aguada que tomaba los días en que sus pacientes no le habían pagado, lo dejaba más hambriento que antes?

A modo de penitencia, buscó la compañía de sus viejos amigos —el cura, la maestra, los miembros del Ayuntamiento— y se lanzó con fervor a la tarea de reparar la casa.

Una noche, mientras apuraban los posos de una de las viejas botellas de Campari, espesos como un jarabe, Pina Vella le contó la historia de la Casa al Borde de la Noche.

—Es el segundo edificio más antiguo de la isla, y los ancianos creen que trae mala suerte. Fue el último lugar en el que perduró la maldición del llanto, siglos atrás. Los isleños trataron de echar la casa abajo, pero los muros eran demasiado gruesos y no lo consiguieron. Además, ha sobrevivido a cuatro terremotos y a un corrimiento de tierras. Se ha ganado una especie de respeto.

—Entonces ¿cómo puede ser que dé mala suerte? —quiso saber Amedeo.

—Hay dos formas de verlo —contestó Pina—. Para sobrevivir a esas adversidades, una casa debe de haber sido bendecida por santa Ágata o maldecida por el demonio, una de las dos cosas. Eso es lo que dicen.

En cuanto al antiguo nombre de «Casa al Bordo della Notte», no sabía de dónde había salido.

—Algunos ancianos creen recordar que un tal Alberto Delanotte vivió aquí —explicó Pina.

—Es decir, que el nombre original pudo ser «Casa di Alberto Delanotte».

Aquella verdad tan poco poética le produjo cierta desazón a Amedeo.

—Pero yo prefiero creer que el nombre significa «al borde de la noche» —dijo Pina—. Porque lo está, si la miras en ambas direcciones desde aquí.

Amedeo miró hacia un lado. La terraza estaba iluminada por una única farola en torno a la cual volaban mosquitos y desde cuyo interior, donde disfrutaban del calor de los cristales, las lagartijas proyectaban sus sombras huidizas sobre las baldosas. Más allá se veían las tranquilizadoras luces del pueblo y, a lo lejos, la costa de Sicilia, que enmarcaba la isla a ambos lados, de modo que Castellamare podría haber sido

una península, un afloramiento rocoso de alguna masa mayor. Sin embargo, al mirar en la otra dirección, todo era mar y noche, un paisaje de vacío ininterrumpido hasta el norte de África.

—Es un lugar curioso para poner un bar —comentó Amedeo.

—Siempre lo ha sido —explicó Pina—. El primer conde no permitía abrir bares en el centro del pueblo por miedo a las borracheras y al juego. Antes de que los Rizzu tomaran las riendas del negocio, la casa estuvo vacía durante años. Muchos de los más viejos se negaban a cruzar el umbral. Y la verdad es que la mala suerte parece cebarse en ese sitio. Mira si no al hermano de Rizzu. Dos hijos muertos en dos años. Entenderás por qué la gente dice que la casa está maldita.

—Esta guerra del demonio ha sido la maldición —terció Amedeo—. No un viejo bar.

—Cierto —respondió Pina en voz baja.

Amedeo se preguntó si estaría pensando en su marido, pero Pina solo se concedió unos segundos para reflexionar mientras retorció su grueso cable de pelo negro con una mano. Después, se incorporó y añadió:

—Bueno, tengo que irme a casa.

Siempre había tenido que volver a casa debido al *professore*. Amedeo sintió curiosidad por saber si Pina experimentaba la misma sensación de soledad que él cuando recorría las habitaciones de su vieja casa junto a la iglesia. Sus vecinos de ambos lados habían emigrado a América. Incluso la belleza de aquella mujer parecía distante, tan intimidante como la de una estatua griega. Quizá por eso no había tenido pretendientes desde la muerte del profesor Vella. Amedeo sabía que el anciano padre de Pina había sido el maestro de escuela de la isla a principios de siglo; tras su muerte, el profesor Vella se había casado con ella, heredando así tanto a su hija como su aula. Ahora a Pina no le quedaban parientes en la isla salvo el pescador Pierino, que era una especie de primo lejano.

Más tarde, mientras apuraba a solas los posos del licor rojo, deseó haberse desahogado un poco con ella, pues Pina siempre se mostraba serena y lúcida, una mujer más fuerte que los muros de aquella vieja casa. Deseó haberle contado que la guerra había abierto una sima sombría dentro de él, una oscuridad que había tratado de llenar con una aventura con la esposa del *conte* y con la compra de la casa medio en ruinas, pero que en noches como aquella seguía siendo un pozo sin fin. Qué apropiado que viviera ahora en la Casa al Borde de la Noche, pues últimamente su propio espíritu podía dividirse en dos con toda precisión: una mitad de él era ligera y comprensible, y la otra, oscura y profunda como el mar.

En una ocasión, a finales de octubre, su amigo el padre Ignazio lo detuvo a la puerta de la iglesia.

—Venga a tomar un café conmigo, *dottore*.

Amedeo iba camino de examinar el ojo infectado de la cabra de los Mazzu — pues los isleños lo consideraban tanto médico como veterinario, sin distinción—, pero las palabras del sacerdote eran una orden, no una invitación, de modo que siguió a su amigo hasta la arcada austera que daba paso a su casa. Entraron en el patio, un sitio umbrío y verde, con olor a adelfas y donde nunca parecía hacer calor.

El padre Ignazio sirvió el café, dispuso tazas y platillos sobre la mesita oxidada y le dijo a Amedeo en tono grave:

—Ya va siendo hora de que haya una boda en esta pobre isla. De eso quería hablarle.

Turbado, Amedeo se limitó a revolver el café.

—Usted y Pina —añadió el sacerdote—. Más vale que se lo diga directamente. Esa muchacha le tiene mucho cariño, cualquiera puede verlo. Y mírese... ¡un soltero de casi cuarenta años!

Amedeo tenía cuarenta y cuatro, pero no lo corrigió.

—Me gustaría verla casada otra vez —continuó el cura—. Está muy sola, sobre todo desde que usted se fue para ponerse a dar martillazos en esa vieja Casa al Bordo della Notte.

Amedeo, sin saber muy bien qué responder, dijo al fin:

—Sigo viendo a Pina muy a menudo.

—Ya, pero ¿por qué no verla todos los días? Como marido y mujer. Amedeo, usted sería un buen esposo para ella. No se dedicaría a fastidiarla para que dejara de pensar y leer, como harían otros hombres menos cultos. Pina estaría encantada de casarse con usted, me apuesto diez mil liras... aunque no puedo decir a ciencia cierta que lo ame. Pero llegará a hacerlo, Amedeo. Su marido lleva muerto tres años. Además, no hacían buena pareja, su unión tuvo que ver con una cuestión familiar, algo sobre una casa y unos limoneros, no fue fruto del amor. Es una mujer excepcional, Amedeo, leal, con muchos recursos. Todavía es lo bastante joven para engendrar hijos, con un poco de suerte. ¿Por qué duda?

El doctor apuró el café y examinó las profundidades granuladas de la taza.

—A menos que haya otra mujer —añadió el cura—. No puedo negar que estos últimos meses he oído algunos rumores extraños.

—No —zanjó Amedeo—. No hay otra mujer.

—Entonces, al menos considérela. Me apena verlos a ambos deambulando alicaídos por sus casonas destartadas, los dos muy solos.

Pina. Aquello se le hacía tan extraño que se marchó aturdido.

Aquella tarde inspeccionó el ojo de la cabra en la granja de los Mazzu y recibió un buen mordisco en el pulgar por las molestias. Mazzu siempre le pagaba con comida, pues no tenía otra divisa, y Amedeo volvió al pueblo con los bolsillos cargados de avellanas y trufas blancas del olivar del labriego. Echó un vistazo a un caso serio de estreñimiento en la granja de los Dacosta y luego pasó a examinar a los dos nietos menores de Rizzu, que padecían una molesta urticaria. Los encontró,

todavía llenos de costras, forcejeando en un revoltijo formado por un surtido de hermanos y hermanas. El viernes a más tardar estaría tratándolos a todos, sin duda. En la isla había niños por todas partes, siempre. Verlos le provocaba un dolor en el pecho, hasta el punto de que apenas era capaz de mirarlos directamente. Cuando desinfectaba las espaldas menudas y calientes de los pequeños Rizzu, consolándolos mientras lloraban por el picor del yodo, sintió un fugaz mareo bajo aquel calor insólito. En realidad era su propio anhelo de un hijo lo que lo había abrumado tan de repente.

Fue hasta la casa de Pina y entró sin llamar. Ella estaba ante los fogones, con el cabello recogido, preparando un pollo. Amedeo esperó, con la boca seca, tratando de esbozar una sonrisa educada. Finalmente, se arrodilló a sus pies (ella no tenía ni padre ni hermanos vivos para solicitar su permiso) y le pidió que fuera su esposa.

—O que lo consideres, por lo menos —añadió cuando le flaqueó el valor.

Para su sorpresa, Pina accedió al instante y con lágrimas en los ojos.

—No me hace falta considerarlo, ya sé la respuesta... ¡Oh, Amedeo!

Acordaron que se casarían de inmediato. El último día de noviembre, el padre Ignazio unió sus manos ante la estatua de santa Ágata y la isla entera.

Pina fue la responsable de la primera fotografía conocida de Amedeo. Unos días después de la boda, le tendió una emboscada con la cámara de fuelle en lo alto de la escalera.

—¡No te muevas! —exclamó—. ¡No te muevas! ¡Deja que te tome una foto!

Amedeo, pillado por sorpresa, posó un tanto cohibido con una mano en la cintura. Acababa de volver de su ronda matutina de visitas y aún cargaba con el maletín de médico. También llevaba consigo su cuaderno de historias: el viudo Donato, a quien había atendido aquella mañana, acababa de relatarle las apariciones de la santa a su tía durante la fiesta en su honor de 1893. En la fotografía, Amedeo parecía arder de felicidad, estar poseído por ella, todo su ser inclinado hacia la mujer de detrás de la cámara. Resultó que Pina albergaba en su interior la pasión profunda que a él le había faltado desde hacía tanto tiempo. No la había encontrado en Carmela. La había encontrado en la maestra con el rostro de estatua griega. Estaba allí.

No habían tenido luna de miel, aunque en honor de su nueva esposa Amedeo había decidido que no trabajaría en nada que no fueran urgencias durante cinco días. Tras la boda, Pina, con su pequeño y pulcro baúl de pertenencias y sus cajas de libros, lo había seguido hasta la Casa al Borde de la Noche, que empezaba a ser habitable de nuevo. El edificio desprendía el fragante aroma morado de las buganvillas y en sus habitaciones resonaba el ruido del mar. La felicidad flotaba en el aire, vibraba entre las paredes; ahora parecía algo alcanzable. Aquella primera noche, Pina había recorrido la casa explorando todas las habitaciones medio olvidadas, con sus muebles tapados, abriendo de par en par todas las ventanas. Amedeo la seguía recogiendo las

horquillas que caían de las cuerdas de su cabello negro. Entonces, al llegar a la buhardilla de la casa, pícara de pronto, Pina se quitó la corona nupcial de adelfa y liberó el resto. Las hebras relucientes de su melena llenaron la habitación con su perfume, y Amedeo se encontró aferrándolas a puñados. Se persiguieron el uno al otro por todas las habitaciones de la casa y por primera vez aquel lugar volvió a parecer alegre, como lo había sido antes de la guerra.

Quiso la buena suerte que no hubiera enfermedades graves aquella semana, así que la pasaron sin que nadie perturbara su dicha. Amedeo se alegró de no haber llevado nunca a Carmela a la Casa al Borde de la Noche, de haber roto ya todos sus vínculos con ella. Decidió ser un hombre mejor. Y para su satisfacción, descubrió que su pasión por Pina aumentaba durante los maravillosos días de aquella luna de miel improvisada, cuando comían en viejos platos resquebrajados y en tazas de café como los pescadores en la mar y nunca abrían los postigos hasta el mediodía, y hacían el amor donde fuera que se encontraran: en los tablones recién pulidos del suelo, en el sofá de su estudio, cubierto con guardapolvos, en los colchones de paja de los dormitorios de invitados; durante aquellos días, el recuerdo de Carmela fue menguando, volviéndose menos elocuente, como algo que uno viera a través de un velo gris, que perteneciera a otra época, a su vida de antes de la guerra.

Pero no le había resultado nada fácil romper con ella. La *contessa* había reaccionado muy mal a la noticia de su compromiso, había amenazado con revelar a su esposo su relación con Amedeo si este no se sometía a sus insinuaciones una última vez, y otra, y otra más. De mala gana, él había seguido interpretando el papel de amante, rompiendo así el vínculo dolorosa y lentamente, y no de inmediato, como había deseado. Habían visitado por última vez las cuevas junto al mar la víspera de su boda —Amedeo ardía de vergüenza con solo confesárselo a sí mismo—. Y por fin, en la oscuridad rociada por el mar revuelto del otoño, se las había ingeniado para romper con Carmela para siempre. En su noche de bodas, Pina se preguntó por qué Amedeo estornudaba tanto, dónde podría haber pillado semejante resfriado.

Poco después de la boda, Pina se quedó embarazada, y ante la alegría que trajo esa noticia, la aventura con Carmela quedó olvidada, se convirtió en algo que Amedeo contemplaba de forma desapasionada, como si ni siquiera le hubiese ocurrido a él. No quería pensar en ello, porque cuando lo hacía lo invadía el oscuro temor de que en cualquier momento a Carmela se le metiera en la cabeza contarle la verdad a su marido. Dio gracias de que el conde estuviera ausente durante aquellos meses y se dedicó en cuerpo y alma a Pina.

¿Había sentido un atisbo de mal presentimiento cuando se enteró de que Carmela también había dado gracias en la capilla de santa Ágata por haber concebido un hijo? Ya no lo recordaba. En aquellos días, su amor por Pina y su propia felicidad habían empañado todo lo demás. Sin embargo, al continuar vacilando entre ambas —¡por debilidad, por temor al escándalo!— se había metido de algún modo en este aprieto. Había confiado en que su aventura con Carmela pasara inadvertida en la isla. Ahora

veía que podía convertirse en algo de proporciones monstruosas, de lo que le sería imposible zafarse, algo que podía hacer añicos toda su vida.

A media mañana del día que nació el hijo de Pina, ya se rumoreaba en la isla entera que el médico había traído al mundo a dos bebés, el de su esposa y el de su amante. Era el mayor escándalo que se había producido nunca en Castellamare. También era la diversión más emocionante, y hubo gente que se tomó el día libre en el trabajo para seguir de cerca su evolución.

Cuando Pina se enteró, volvió la cara hacia la pared y se echó a llorar. Al principio se negó incluso a amamantar a su hijo, y Amedeo tuvo que mecer en brazos por toda la casa al crío, que daba alaridos. El conde daba rienda suelta a su ira en las calles, ofreciendo todo un espectáculo. Hubo que llamar al sacerdote y al alcalde para que lo convencieran de abandonar la plaza, y Carmela, incorporada en la cama, se negaba a retractarse de su versión pese a las exhortaciones de sus amigas, la partera y los criados. Por primera vez en su matrimonio tenía ventaja sobre su marido y no estaba dispuesta a perderla. El padre de su hijo, repetía, era Amedeo Espósito. El médico y ella habían sido amantes durante medio año y sus encuentros solo habían cesado la víspera de la boda de Amedeo.

—Si el niño fuera de mi marido —decía—, ¿cómo es posible que llevemos casados seis años y no hayamos tenido hijos hasta ahora? ¡Si hasta me acusó de ser estéril delante del pueblo entero!

Nadie tenía respuesta para eso, y mucho menos Amedeo, que se maldecía por no haber considerado nunca que el incapaz de engendrar un hijo fuera *il conte*.

En tales circunstancias, solo vio una forma posible de actuar.

—Nunca he tenido un solo encuentro con ella —insistió (la desesperación prestaba cierta credibilidad a sus palabras)—. Nunca he hecho esas cosas de las que me acusa, ¡a Dios y a santa Ágata pongo por testigos!

Pina no se dejaba consolar. Carmela se negaba a desdecirse. En la Casa al Borde de la Noche todo era llanto y confusión.

Amedeo se sentía agradecido cuando sus obligaciones le permitían huir de la casa. El sonido de los sollozos de su amada Pina impregnaba las paredes por las noches (lo habían desterrado al piso de arriba y dormía en el sofá húmedo, bajo la lona alquitranada). Poco después, durante aquellos primeros días de la vida de su hijo, empezó a sentir que no era mal recibido únicamente en su propia casa, sino también en ciertos rincones de la isla. Cuando acudió a ver a la anciana *signora* Dacosta para comprobar cómo estaban sus reumáticas rodillas, ella se limitó a contestar que estaba «bastante bien, gracias, *dottore*» y le cerró la puerta en las narices, aunque era obvio que seguía cojeando. Advirtió que Gesuina cerraba los postigos con innecesaria energía siempre que él cruzaba la plaza. El tendero Arcangelo —con quien había formado parte del Ayuntamiento desde antes de la

guerra—, se excusaba cada vez que Amedeo entraba en su establecimiento y desaparecía enfurruñado en la trastienda hasta que se iba.

Entretanto, los pescadores informaron de que el conde había mandado llamar a su amigo el médico siciliano. El hombre acudió cargado de botellas de vino y cajas de mazapán palermitano. A altas horas de la noche, se oían las voces de ambos en la terraza de la villa: el conde rugía con una ira ebria y el galeno acaudalado lo consolaba. Carmela, al parecer, se había encerrado en su habitación con el bebé, y el conde se negaba a verla.

Al tercer día, el médico siciliano examinó al niño y, tras considerarlo unos instantes, declaró que sus características cuadraban con las del *conte* en todos los sentidos.

Amedeo sabía que era posible extraer sangre a un niño y al supuesto padre para determinar sus grupos sanguíneos y (sin total fiabilidad) probar así la paternidad. Era obvio que el doctor de Sicilia no leía las publicaciones médicas más recientes. Sin embargo, a la vista de aquella nueva evidencia, el conde experimentó un cambio radical.

—Ahora lo entiendo todo: ¡Carmela pretende avergonzarme! —declaró furibundo ante su amigo—. Ha urdido todo este asunto para deshonrarme. ¡Pretende quitarme a mi hijo y convertirme en el hazmerreír de la isla al afirmar que tuvo una aventura con ese Espósito, un médico bastardo con agujeros en los zapatos con el que apenas ha cruzado palabra en su vida! No pienso tolerarlo. Traedme al niño.

Arrancaron al crío del pecho de Carmela y se lo entregaron a su padre sin que dejara de soltar alaridos. El conde lo besó y le prodigó carantoñas y, tras darle unas cuantas vueltas, decidió llamarlo Andrea, que era su propio nombre de pila.

—Toma —dijo mientras sostenía a su hijo con los brazos extendidos, porque de la boca del crío brotaba ahora una espuma lechosa y poco apetitosa—. Llévalo de vuelta con su madre. Asunto zanjado. Es hijo mío.

La noticia de que al final el crío era hijo del conde corrió por toda la isla. Carmela y el doctor jamás habían tenido una aventura y toda la cuestión había sido una calumnia urdida por la condesa para desacreditar a su marido.

La mayoría de isleños, sin embargo, prefería la primera versión de la historia. Los acontecimientos de la semana maravillaron a Rizzu hasta tal punto que el anciano había vuelto a la vida.

—Es un milagro de santa Ágata —le dijo al cura—. ¡Dos bebés nacidos la misma noche! Un prodigio. El milagro por el que llevábamos esperando y rezando desde el inicio de la guerra... Más, ¡desde que la santa tuvo la misericordia de curarle las piernas a la *signora* Gesuina!

El padre Ignazio, que podaba los arbustos de adelfa de su jardín con la sotana arremangada, se limitó a arquear una ceja.

—¡Mellizos! ¡Mellizos milagrosos! —continuó Rizzu, en pleno arrobamiento—. Críos gemelos nacidos la misma noche de madres distintas, de la esposa estéril del

conde y de Pina, una mujer demasiado mayor para engendrar hijos.

—No creo que Pina tenga más de treinta años —terció el padre Ignazio—. Y no es ningún milagro que dos críos nazcan la misma noche, sino pura cuestión de estadística. No había pasado en el tiempo que yo llevo en la isla, pero tenía que suceder tarde o temprano. He visto a ambos niños, y no se parecen en nada.

Algo inquietaba a Rizzu.

—Oiga, padre, ¿cree usted esa historia sobre que Amedeo y la mujer del *conte* tenían un lío en las cuevas junto al mar?

—No —mintió el padre Ignazio y, sin querer, cortó de un tajo una docena de brotes del macizo de adelfas.

Al día siguiente, el doctor en persona acudió a visitar al cura. Amedeo se echó a llorar con la cabeza gacha y el padre Ignazio se encontró interpretando el incómodo papel de consolador, cuando en realidad se inclinaba más hacia el bando de Pina en aquella cuestión.

—Vamos, vamos —dijo mientras aporreaba el hombro del doctor—. Cállese. Tiene que llevar la cabeza bien alta, Amedeo. Cuando un rumor arraiga en un sitio tan pequeño como este, donde no hay otra cosa de qué hablar, puede ser la ruina de un hombre; puede expulsarlo de la isla, si usted lo permite.

—Es Pina quien me preocupa —contestó Amedeo—, no lo que anden diciendo los demás. No quiero que Pina crea que hice esas cosas.

—Hable con ella —sugirió el padre Ignazio—. Cuéntele la verdad, sea cual sea. Amedeo levantó la cabeza.

—Padre, la verdad es...

El cura alzó una mano.

—No, no. Nunca he sido su confesor y sé que usted no es un hombre religioso. Creo que es mejor que haga las paces con Pina y que a los demás no nos revele nada sobre el asunto. No le acarree más humillación a su esposa.

Cuando Amedeo llegó a casa, Pina dormía con una mano estirada sobre la cabeza, exponiendo el camisón y la curva ocre de su pecho derecho. Tenía las pestañas mojadas, y su melena negra, suelta, se desparramaba sobre las almohadas. Amedeo ya no lograba recordar cómo había podido amar a Carmela —si es que la había amado—, y por primera vez desde que había puesto un pie en aquella isla se sintió invadido por la nostalgia.

Pero por fin tenía un hijo. No le habían permitido tener al niño en brazos desde aquella primera mañana, de modo que lo cogió con cuidado y se lo llevó al piso de arriba. Qué diminuto era. Aquellas manos, aquella carita sonrosada, el pecho como un barril en miniatura que subía y bajaba.

Quería ofrecerle al niño algún regalo, un recuerdo. Y así, en susurros, le brindó lo primero que le pasó por la cabeza: le contó a su hijo la historia de la isla.

El primer nombre de la isla, Kallithea, se lo puso un grupo de marineros griegos que buscaba un hogar, le dijo al niño. Aquella palabra podía significar «la más hermosa» o «la que arde proféticamente». Ambas interpretaciones eran posibles, pues la isla era volcánica y los marineros de Siracusa afirmaban haber visto llamas resplandecientes brotando de ella. En aquel momento relucía como una almenara y los expedicionarios gobernaron su barco guiándose por su luz. Mientras surcaban a salvo las aguas hacia ella, el fuego de la cima de la isla fue menguando hasta apagarse.

Los marineros griegos atracaron y pasaron la noche en una serie de cuevas cuadradas horadadas en los acantilados. La isla era un lugar de aguas negras y muchas estrellas. De madrugada salió la luna e iluminó el mar, y el nítido sonido de un llanto despertó a los expedicionarios. Parecía rodearlos, brotar de las mismísimas rocas de la isla. Andando a tientas en la oscuridad, aquellos marineros descubrieron duras calaveras blancas y oyeron bajo sus pies el crujir de huesos. Las cuevas no eran cuevas, sino tumbas. Era obvio que allí había ocurrido algo terrible.

Los nuevos isleños prosperaron, salvo por una cosa: el sonido del llanto los perturbaba todas las noches y les provocaba sueños inquietantes. La situación fue volviéndose tan intolerable que decidieron dejar de dormir. Así, aquellos primeros pobladores, en su aldea de casitas de piedra, se convirtieron en un pueblo insomne. Se reunían en noches llenas de llamas y estrellas, y cantaban y tocaban la pandereta para ahogar los llantos. Pero ya fuera por el gemir de las voces o por el aislamiento de aquel lugar, con su mar negro y sus muchas constelaciones, todas sus canciones eran melancólicas. Nadie era capaz de componer un canto alegre, ni siquiera el más insigne de sus poetas. Incluso entonces, siglos más tarde, las canciones populares de Castellamare sonaban tan tristes a oídos de un forastero que si este las escuchaba el tiempo suficiente podía acabar volviéndose loco, le contó el médico a su hijo.

(Vacilante y en un susurro para no despertar a Pina, el médico entonó para su niño la más hermosa y menos melancólica de aquellas canciones).

Y estaba ya a punto de contarle a su hijo el resto de la historia, la de cómo se habían librado de la maldición del llanto gracias a una niña llamada Ágata, hija de un campesino, a la que se le había aparecido la Virgen, la de que los isleños habían reconstruido su pueblo piedra a piedra, cuando el bebé se agitó y soltó un grito, y Pina, en el piso de abajo, despertó al mismo tiempo que su niño, como por instinto.

—¡Amedeo! —llamó—. ¿Dónde está mi hijo?

Él acarició la carita del bebé.

—Ha llegado el momento de bajar a hablar con tu madre.

Cuando entró en la habitación, Pina aún estaba un poco desorientada. Amedeo lo supo por la forma en que le sonrió con languidez, como había hecho la primera mañana en la Casa al Borde de la Noche. Entonces su mujer recordó las dificultades que atravesaban y su expresión cambió.

—Dame a mi bebé —exigió.

Él le puso al niño en los brazos. La curva que formaban los hombros de Pina lo hizo sentirse rechazado, pero no se marchó.

—Necesito hablar contigo, Pina. Sé que te he hecho daño.

Ella ya no lloraba, pero permanecía erguida e inflexible.

—Sí, así es.

El médico empezó a suplicarle. No era su intención, pero lo hizo.

—Pina, *amore*, dime cómo puedo arreglarlo.

—Lo que más me duele es que me hayas mentido —contestó ella en voz baja, con una mirada severa.

Así que Amedeo le contó la verdad.

Pasó un buen rato antes de que Pina tuviera algo que decir.

—Me has deshonrado delante de todos —respondió finalmente—. De nuestros vecinos, de nuestros amigos, de la isla entera. ¿De verdad crees que puedes comportarte de ese modo y esperar que todos lo olviden? Esto no es una gran ciudad como Florencia. Cuando la gente se entera de algo así, ¡lo recuerda siempre! No tienen otra cosa de que hablar. Ahora, todos sabrán, y los hijos de sus hijos también, que estuviste con la esposa de otro hombre la víspera de tu propia boda.

—Rectificaré —insistió—. Es a ti a quien amo, Pina. Te demostraré que es cierto.

—¿No podemos irnos a alguna parte? —propuso ella—. Al norte, ¡a Florencia! ¿No puedes encontrar otro puesto de trabajo en alguna gran ciudad donde no conozcamos a nadie?

—¿Y marcharnos de la isla? —preguntó Amedeo. Sin poder evitarlo, derramó lágrimas de autocompasión. Cayeron como grandes gotas de lluvia sobre el bebé, que alzó la vista maravillado—. ¿No hay otra forma, Pina? Pídeme cualquier cosa menos eso.

Pina lo echó de la habitación.

Aquella tarde, el hijo adolescente de Arcangelo apareció con su bicicleta en el camino de tierra que descendía hasta la granja de los Rizzu. Amedeo estaba en la cocina examinando la infección cutánea de los niños. El muchacho bajó por la ladera envuelto en una nube de polvo y, tras apoyar la bicicleta contra el portón, se quitó el sombrero y entró en la cocina.

—Lo buscan, *signor il dottore* —dijo—. Una reunión especial del Ayuntamiento.

Cuando Amedeo acabó de vendar a los niños, emprendió el camino de regreso al pueblo. En la ladera, entre las chumberas, el polvo era sedoso y el calor le pesaba en la espalda. Arcangelo, sudoroso, lo abordó en los peldaños del ayuntamiento.

—Tiene que esperar fuera —dijo.

—¿Qué quiere decir con «fuera»?

—En el vestíbulo. No queremos que participe en la reunión. Vamos a debatir

sobre su puesto. —Arcangelo sacó un pañuelo y se lustró la frente—. Después de lo ocurrido esta semana, debemos considerar su situación en la isla. *Il conte* ha convocado una reunión especial, y usted tendrá que esperar nuestra decisión fuera.

El automóvil del conde se detuvo con un carraspeo. Su dueño subió los peldaños ataviado con su traje de lino inglés y el fajín de alcalde. Sin dirigir la palabra a Amedeo, agarró a Arcangelo del codo y lo arrastró hacia la penumbra del edificio.

Casi pisándoles los talones, ardiendo de rabia, apareció el padre Ignazio. Amedeo lo interceptó en la escalera.

—¿Qué está ocurriendo? —preguntó—. Van a debatir mi puesto de trabajo. A mí solo me han dicho que acudiera a una reunión especial, no me han contado nada de todo esto.

—Yo mismo acabo de enterarme —contestó el padre Ignazio.

—¿Y tengo que limitarme a esperar fuera?

—Lo resolveremos, Amedeo —dijo el sacerdote—. Esa es mi intención, desde luego.

Sentado en el banco barnizado del vestíbulo del ayuntamiento, Amedeo esperó. Del interior le llegaban gritos airados: la voz del conde y, para su sorpresa, la del cura.

—¡Maldito sea! —oyó exclamar al sacerdote—. ¿De verdad cree que va a encontrar a alguien que quiera ocupar su puesto? ¿Y qué me dice de cuando los Mazzu pillaron esas fiebres la Navidad pasada? ¿Y de la idea de drenar la ciénaga? ¡Ni un solo niño ha sucumbido a la malaria desde entonces! ¡Si hasta su propia esposa estaría muerta ahora, d'Isantu, igual que su hijo recién nacido, si no fuera por Amedeo Espósito!

Con un estrépito de puertas, los miembros del Ayuntamiento emergieron a la semipenumbra polvorienta del vestíbulo. Amedeo se puso en pie. Por primera vez desde que había llegado a la isla se sentía encorvado, en desventaja, como si su gran altura lo volviera vulnerable a los ataques. El sacerdote tenía el cuello rojo y su sotana ondeaba tras él.

—¡Lo han despojado de sus responsabilidades! ¡Es un maldito ultraje, una indecencia! ¡No pienso tratar más con estos *stronzi*!

Arcangelo dio un paso adelante para ofrecer una disculpa empalagosa.

—Como teniente de alcalde, me corresponde informarle de que se le ha suspendido de su cargo de médico y funcionario de salud pública. Debe entender que, en un pueblo como el nuestro, la buena reputación de los servidores públicos es de vital importancia...

Amedeo empezó a sudar, como si de pronto tuviera fiebre.

—¿Que abandone mis funciones? Pero ¡si no hay ninguna prueba en mi contra! ¡No me han acusado de ningún crimen!

—Aun así —terció Arcangelo—, ha habido ciertas sospechas.

—¿Y qué me dice de los pacientes que tengo en pleno tratamiento? La niña de los

Dacosta, Ágata, y la pierna rota del sobrino de Pierino; iba a quitarle el yeso mañana por la tarde para que no se pierda más días de la temporada del atún... —También pensó, como un tonto, en la cabra de los Mazzu. Tres días más tarde tendría que volver a sajarle el ojo—. ¿Durante cuánto tiempo tendré prohibido desempeñar mis funciones?

—Lo único que sé es que no podemos permitir que ocupe un cargo de confianza en este municipio sin haber estudiado el asunto más a fondo.

Amedeo, avergonzado, preguntó entonces:

—¿Y qué pasa con mi paga?

Sus ahorros habían mermado desde su boda con Pina, y el bebé tenía solo diez días.

—También quedará suspendida —contestó Arcangelo—. Le aconsejaría que buscara un empleo más allá de las costas de esta isla. Todos le estamos agradecidos por lo que ha hecho aquí, pero será mejor que se marche sin causar un escándalo.

La isla era el primer lugar que el médico había amado, pero ahora comprendía que también podía ser un lugar asfixiante, mezquino. ¿Cómo iban a poder quedarse, a menos que, mediante algún milagro de santa Ágata, aprendieran a sobrevivir solo con su sol y sus aguas? Volvió a su casa dando un largo rodeo. Ya no lograba imaginar una vida lejos de allí.

—Puede que aún haya alguna esperanza —le dijo el padre Ignazio aquella noche—. Solo Dios sabe lo mucho que costó encontrar a un médico dispuesto a trabajar en una isla tan alejada del mundo moderno, tan encerrada en sí misma. Tal vez no haya nadie que quiera ocupar su puesto. No todo el mundo sería capaz de sobrevivir aquí.

Sin embargo, al día siguiente el conde salió zumbando a resolver «un asunto político» en Sicilia y regresó seis días más tarde con un joven con gafas, pálido como un inglés, al que había convencido para ocupar el puesto de doctor temporalmente, hasta que pudieran nombrar a uno nuevo. El joven en cuestión tenía un título otorgado por la Universidad de Palermo y era hijo de un amigo del conde que antaño había sido una especie de duque en Punta Raisi. Lo instalaron en una casa vacía en la Via della Chiesa y le dieron instrucciones de asumir de inmediato las responsabilidades de Amedeo.

Este pasó cinco días sin salir de casa, subsistiendo con la comida que le llevaban las viudas de la isla y con los cuatro pollos que la familia Rizzu había enviado como pago por haber curado a los niños. Pina seguía hablando de abandonar la isla. Pero era una mujer de buen corazón, no podía evitarlo, y percibiendo la tristeza y el sufrimiento de su marido, cedió y empezó a permitirle al menos ver al niño, a quien finalmente había llamado Tullio. Durante aquellos días, Amedeo y su hijo se volvieron inseparables. Lo llevaba a todas partes acurrucado en el hombro o arrebujado en el brazo. En vista de sus tribulaciones, Pina pareció crecerse como había hecho después de la guerra. Al sexto día, hizo acudir a sus amigos a la casa: el padre Ignazio, Rizzu y hasta Gesuina, pese a sus reproches. («No apruebo sus

enredos, *dottore* —anunció la anciana—, pero está claro que esta isla no puede quedarse sin un médico como es debido. ¡Solo un demonio trataría de echarlo de aquí!»).

—Debemos interponer un recurso —aseguró el padre Ignazio.

Bajo la luz mortecina de la lámpara de la cocina cavernosa y con el bebé pasando de mano en mano, redactaron una carta dirigida al Gobierno de Roma. El padre Ignazio la dobló y la metió en un sobre que guardó en el interior de la sotana para que Pierino, el primo pescador de Pina, la enviara por correo al día siguiente desde Sicilia.

Varios días más tarde, justo después de la caída de la noche, se oyeron unos golpes en la ventana. Era el *signor* Dacosta, con el sombrero en las manos.

—*Signor il dottore*, la pequeña Ágata vuelve a estar enferma —anunció—, y el médico nuevo dice que no es más que garrotillo. Pero ya tuvo garrotillo, se acordará usted, y no fue así.

Tras una breve deliberación sobre la moralidad de lo que iba a hacer, pues le habían prohibido claramente ejercer, Amedeo cogió el abrigo y el sombrero y se adentró en la noche, siguiendo los pasos de Dacosta.

La granja de los Dacosta era la más pobre de la isla, pues quedaba entre la parte del sur, donde no crecía nada, y la ciénaga recién drenada. Encontró a la niña con la garganta seca, revolviéndose entre las sábanas enmarañadas junto a sus hermanos y hermanas dormidos. Amedeo sospechaba desde hacía un tiempo que Ágata padecía asma. Pidió que le llevaran una palangana con agua hirviendo y formó una pequeña tienda de campaña con sábanas empapadas sobre la cabeza de la cría.

—Inclínate hacia delante y apóyate sobre los codos —aconsejó—. Respira.

Poco a poco, Ágata recuperó el resuello entre sus brazos.

—No pienso llamar al nuevo una segunda vez —dijo Dacosta—. Él no tenía ni idea de ese truco con las sábanas.

—La niña se habría recuperado de todas formas —respondió Amedeo—. Solo tenía miedo.

—¡Pues vaya cabrón del *cazzo* está hecho el nuevo doctor, mira que asustar a mi hija! —soltó Dacosta, furibundo—. Eso no se lo aguanto. Gracias, *dottore*... Sabía que podía confiar en usted. Y no me importa si ha estado beneficiándose a todas las mujeres de esta isla —añadió.

En los días que siguieron empezó a notar que la marea cambiaba de nuevo a su favor, ya que, al compararlo con aquel forastero nuevo, los isleños comenzaron a ver a Amedeo como uno de los suyos. Otros rompieron la disciplina y acudieron a su casa en secreto, a través de callejuelas y callejones traseros, para pedirle que atendiera a

sus parientes enfermos.

Sin embargo, se trataba de los más pobres de la isla, y el coste de su tratamiento lo había pagado siempre el salario que Amedeo recibía del *comune*, no ellos de su propio bolsillo. Esos pacientes no podían pagarle con dinero, y las hortalizas y los pollos flacuchos que le regalaban no bastaban para que un hombre pudiera ir tirando, y mucho menos con una esposa y un hijo.

—Podríamos ir a Florencia —sugirió Pina—. Viviríamos en un apartamento en la ciudad, tendríamos agua corriente y un puesto de periódicos justo en la esquina, y oíríamos las campanadas del Duomo todas las mañanas. Más adelante, podríamos enviar al niño a una escuela decente, y a la universidad. Nadie de Castellamare ha ido a la universidad. No sé si está bien criar a un hijo en esta isla. ¿No nos dejará sin más? ¿No se irá a alguna ciudad o alguna guerra y no volveremos a verlo? —Y en tono amargo, concluyó—: Si yo hubiera sido un niño, lo habría hecho.

—Dame tiempo y lo solucionaré todo —contestó Amedeo para distanciarse del día en que tendría que plantearse abandonar la isla.

La primera noche del mes de octubre de 1920 empezó a pensar en la casa. Había sido un bar; podría volver a serlo. Reunió a sus amigos.

—¿Qué me decís de la Casa al Borde de la Noche? —preguntó—. Podría reabrirse. Podría hacerlo yo y ganarme el pan de esa manera.

—Pero este sitio se está viniendo abajo —intervino entonces Rizzu.

—Podría restaurarse —contestó Amedeo—. Yo mismo podría hacerlo.

—Madre mía —soltó Rizzu—. Nadie se acercaría a este sitio destartalado.

El padre Ignazio había estado reflexionando, y entonces decidió intervenir:

—No estoy tan seguro —dijo—. No me parece mala idea. D’Isantu trata de echarlo de la isla, así que mientras él sea el alcalde no va a recuperar su puesto. Pero no puede impedir que usted viva aquí si encuentra una ocupación distinta. Si Arcangelo o cualquier otro recuperan la alcaldía, quizá lo restituyan y las cosas vuelvan a la normalidad. Hasta entonces, ¿por qué no podría tener otro oficio?

Amedeo esperó la opinión de Pina, pues era su aprobación la que le hacía falta. En sus ojos creyó ver pasar con tristeza las campanas del Duomo y el puesto de periódicos de la esquina, el apartamento con grifos de agua caliente y la universidad para su hijo. Finalmente, alzó la vista y asintió con la cabeza.

Con aquel gesto, Amedeo comprendió que cabía la posibilidad de que todavía lo amara.

—Lo arreglaré —prometió—. Me ocuparé de que todo se arregle. Rizzu, enséñame qué debe hacerse con el bar.

—Esto era la barra —explicó Rizzu, señalando un viejo tablero apoyado contra la

pared y cubierto de polvo—. Aquí estaban las vitrinas con los pastelitos, las bolas de arroz, los bombones... Mi hermano iba a instalar una máquina de helados, pero nunca pudo pagar la entrada. Y aquí estaban las mesas, diez en total. Detrás de la barra también tenía tabaco, licores, cerillas, *aperitivi*, caramelos de menta, pastillas de violetas Leone, palillos, cuchillas de navaja de recambio, medias de seda para señoras (eran demasiado caras, nadie las compraba) y goma de mascar americana. También hacía bocadillos y preparaba café en unas tazas pequeñas sin asa. Esas tacitas todavía deben de estar guardadas en alguna habitación del fondo; no tendrá que comprar nuevas. Nuestra anciana madre, que Dios y santa Ágata se apiaden de su alma, solía preparar todos los pastelitos y bolas de arroz y traerlos colina arriba a las cinco de la mañana, y mi hermano los despachaba durante todo el día. Las bolas de arroz más ricas de la isla, mejores incluso que las de la *signora* Gesuina.

Amedeo, que no tenía ni idea de cómo hacer una bola de arroz y dudaba que Pina la tuviera, se limitó a asentir y apuntar todo aquello en su cuaderno rojo.

—Y también tenía periódicos del continente —continuó Rizzu con orgullo—. De Sicilia. Le pagaba al pescador Pierino para que los trajera en su barca. Eran de solo una semana antes, a veces dos si había temporal. La gente acudía aquí a leer las últimas noticias. Al principio, mi hermano cobraba diez *centesimi* por lectura, pero la gente decía que era mezquino por su parte.

Amedeo quitó el polvo de los espejos que había detrás de la barra. «Casa al Bordo della Notte», apareció escrito en cada uno de ellos con una letra sinuosa y extravagante. Al otro lado de las ventanas, más allá del caos de buganvillas, el mar parecía pender en el aire, atravesado por los diamantes negros de las barcas de pesca.

—Podría hacerse —declaró el doctor.

Trabajó todos y cada uno de los días de aquel invierno, barriendo y raspando, con los pulmones llenos del polvo de la casa. Tenía la extraña sensación de estar inmerso en una tarea tan fabulosa como la de los primeros isleños que habían reconstruido el pueblo piedra a piedra para acallar el llanto en sus muros.

Gesuina, moviéndose a tientas por la cocina, enseñó a Pina a preparar bolas de arroz y pastelitos y a saber cuándo un café alcanzaba el grado perfecto de intensidad o un chocolate a la taza quedaba adecuadamente cuajado.

—Debes recordar todo esto, muchacha —decía—, porque a mi edad las cosas se dicen solo una vez.

Pina anotó las recetas con su clara caligrafía de maestra de escuela en un viejo cuaderno de ejercicios que luego dejó en manos de Amedeo.

—El bar es tuyo —dijo—. Yo ya tendré bastante con cuidar de Tullio y del próximo bebé cuando llegue. Tendrás que hacer tú los pastelitos y las bolas de arroz.

Aunque se lo dijo con firmeza, cuando Amedeo abrió el cuaderno advirtió la precisión con la que Pina había apuntado cada receta, las observaciones pulcras y cuidadosas de los márgenes: «escurrir el arroz a fondo y no ponerle demasiada sal»; «media cucharadita más de manteca, fría, si la masa queda demasiado elástica». Al

verlo, se permitió abrigar una pequeña esperanza.

Además, Pina había empezado a hablar de otro bebé. Aquello le concedió otro vestigio de esperanza.

Amedeo había permitido que su mujer lo decidiera todo. En primer lugar, el nombre del niño. Tullio había sido el nombre del padre de Pina, y a ella le gustaba su sonido latino —«Es un nombre para un hombre importante», decía—. Y luego estaba la cuestión de ese segundo hijo pisándole los talones al primero. Iba a llamarse Flavio, Pina ya lo tenía decidido. Y el tercero, Aurelio. Como sus dos tíos. Y después, quizá, vendría una niña.

Un día, cuando Amedeo estaba inmerso en la tarea de adecentar el bar y rascaba el techo para eliminar la mugre llena de telarañas, la condesa pasó por allí empujando el cochecito con su bebé.

Amedeo permaneció inmóvil en lo alto de la escalera, y mientras los observaba, el crío soltó un chillido. Carmela lo sacó del cochecito para consolarlo y el médico vio una manita con el puño apretado, un borrón de pelo negro y una cara pálida y crispada por el llanto.

El niño le pareció una cosita cetrina y poco agraciada. Pensó con orgullo en su Tullio, que mamaba con fruición y había ganado ya casi dos kilos. A Amedeo le costaba pensar en Carmela sin maldecirla. Se alegró cuando desapareció de su vista.

Pina, Tullio y él subsistían casi por entero gracias a la caridad de los vecinos. Amedeo, que en su vida había empuñado un serrucho ni clavado un tablón del suelo hasta la compra de la Casa al Borde de la Noche, lo hacía todo solo. A veces, cuando se encaramaba a la escalera, sentía cierta debilidad, un mareo leve. Le daba los mejores alimentos a Pina para que a ella y al niño no les faltaran fuerzas. En una ocasión, mientras servía la sopa, su mujer le había apoyado una mano en la nuca y a él se le había erizado de pura gratitud toda la piel. Desde entonces no había vuelto a pasar, pero aquella fue su tercera razón para albergar esperanzas. Seguro que cuando el bar estuviese acabado ella empezaría a perdonarlo.

Con un puñado de liras que le prestaron sus amigos, encargó provisiones de la isla vecina: café, ingredientes para los pastelitos y las bolas de arroz, unas cuantas cajetillas de tabaco. En cuanto el negocio empezara a dar dinero, encargaría más. Contrató al pescador Pierino, como un favor a Pina, para que le llevara paquetes cada dos semanas en su barca y le prometió que le pagaría en cuanto el bar cubriera gastos. Cuando llegaron los primeros artículos, lo descorazonó que parecieran tan escasos, tan poca cosa. Aquella noche trabajó en la cocina hasta las tres de la madrugada preparando bandejas de bolas de arroz y de pasteles diminutos. De niño, sus manos habían sido demasiado grandes para el taller del relojero, pero habían extraído balas de las entrañas de soldados heridos, traído al mundo a bebés prematuros no mayores que su palma. Entonces las puso a trabajar para él.

Un día ventoso de marzo de 1921, la Casa al Borde de la Noche abrió sus puertas al público.

SEGUNDA PARTE

MARIA-GRAZIA Y EL HOMBRE SURGIDO DEL MAR

1922-1943

La hija de un rey iba casarse con un rico capitán de barco que la había reclamado como trofeo tras rescatarla de un monstruo marino. Pero su verdadero salvador había sido el grumete, a quien el capitán malvado había arrojado por la borda, y ahora la hija del rey no paraba de llorar. Había prometido al grumete que se casaría con él y le había dado un anillo, y ahora el muchacho había muerto, ahogado en el mar.

El día de la boda, los marineros del puerto vieron a un hombre surgir de las aguas. Estaba cubierto de algas de pies a cabeza, y de los bolsillos y los agujeros de la ropa le brotaban peces y gambas. Se encaramó al muelle y recorrió sin prisa las calles de la ciudad, con la cabeza y el cuerpo envueltos en unas algas que también arrastraba detrás de sí. En aquel preciso instante la procesión nupcial enfiló una calle y se topó frente a frente con el hombre cubierto de algas. Todos se detuvieron.

—¿Quién es ese? —preguntó el rey—. ¡Apresadlo!

Los guardias se le acercaron, pero el hombre envuelto en algas levantó una mano y el anillo de brillantes de su dedo centelleó bajo el sol.

—¡El anillo de mi hija! —exclamó el rey.

—Sí —contestó la muchacha—, este hombre fue mi salvador y con él me desposaré.

El hombre surgido del mar contó su historia. Y, pese a que parecía verde de tan cubierto de algas, ocupó su lugar junto a la novia vestida de blanco y se unió a ella en matrimonio.

Esta historia ligur me la contó por primera vez la viuda Gesuina, cuyo primo vivió un tiempo en Cinque Terre. Como la relataba una y otra vez, existen ahora muchas versiones de la misma en la isla, aunque esta está incompleta porque la *signora* Gesuina no era capaz de recordar el principio ni el final. Este fragmento lo tomé, con permiso de Gesuina, del libro de cuentos populares del *signor* Calvino, publicado en 1956.

El bar llevaba abierto menos de dos meses cuando Carmela apareció en la puerta con su bebé en brazos. Amedeo alzó la vista de la barra y reparó en su presencia con una impresión como la de una ráfaga repentina de viento. Casi había olvidado su aspecto, pero ahí estaba, la hermosa esposa del *conte*, su antigua amante, con aquella figura como de agua vertida en un jarrón. La media docena de clientes del bar se volvieron en sus asientos para mirarla con fijeza.

—He venido para hablar con el *signor* Espósito —anunció Carmela.

Amedeo sintió que todas las miradas se dirigían hacia él, pero Pina le puso una mano en el hombro y se apoyó al rollizo Tullio en la otra cadera.

—*Signora la contessa* —dijo—, no tiene nada... No tenemos nada que decirle.

Carmela soltó una carcajada, la misma risa, insultante y cautivadora que había recibido a Amedeo su primera noche en la isla.

—Deje que lo decida él, *signora*.

Pero Pina dio un paso al frente sosteniendo a Tullio ante ella. Carmela asió al enfermizo Andrea y se lo plantó también delante, como si fuera una protección. Tullio miró al otro crío a los ojos y esbozó una gran sonrisa babeante.

—No vuelva a visitar este bar —declaró Pina—. Ni usted, ni su marido, ni su hijo. ¿No han causado ya suficientes problemas en esta isla?

Carmela buscó la mirada de Amedeo, pero él le dio la espalda para estudiar la línea azul del mar, dolorosamente consciente del palpitar abrasador de su sangre en las sienas. La condesa se marchó por fin, y cuando cruzaba la plaza Amedeo se permitió mirarla. A través del cristal, le pareció al instante una mujer de envergadura corriente, que no llamaba la atención y que se abría paso con esfuerzo sobre los adoquines con sus zapatos de tacón, cargada con el niño. Pina, colocándose mejor a Tullio en la cadera, declaró:

—Pongo a Dios y a santa Ágata por testigos de que nunca volveremos a ver a un d'Isantu en este bar.

Seis meses después de su apertura, el bar empezó a dar beneficios, y aquel mismo verano Pina invitó a Amedeo de vuelta a su lecho de la habitación de piedra junto al patio.

—No hablemos más de Carmela d'Isantu —dijo.

Amedeo asintió de todo corazón. Tuvo la sensación de que a partir de entonces haría todo lo que Pina le pidiera.

A finales de aquel año, muy pocos clientes del bar hablaban ya sobre Carmela cuando Amedeo podía oírlos. Pina, una mujer que siempre cumplía su palabra, tuvo dos hijos varones más en rápida sucesión, y los llamó como sus tíos, Flavio y Aurelio. Cuando nació el último, ya nadie mencionaba en la isla la aventura con la

condesa.

—Porque esta isla vuelve a tener un corazón gracias a la apertura de la Casa al Borde de la Noche —decía Gesuina—. He ahí la pura verdad.

Pina había parido a sus tres niños con considerable eficacia, todos en el lapso de cuatro años, y ahora estaba volcada en su crianza. Años después, cuando Amedeo trataba de recordar aquella época, se encontraba con que los niños se le mezclaban en la cabeza, un revoltijo de deditos que se aferraban y de cabecitas calientes que olían a leche. Pasaba largas horas en su puesto tras la barra, apaciguado por el tintinear de los vasos y las piezas de dominó, el perfume de las buganvillas y el repiqueteo de las liras en la caja registradora. Durante aquellos años empezó a creer que llevaba una vida mejor de la que había tenido como *medico condotto*. Cuando veía pasar ante su ventana al joven médico, Vitale, caminando con dificultad, con el pelo empezando a ralear y las rodillas de los pantalones gastadas, trataba de reprimir su satisfacción.

Aunque le hubieran prohibido la práctica de la medicina, todavía había quienes recurrían a él en busca de ayuda. Llegaban a hurtadillas por la puerta del patio o se inclinaban sobre la barra para susurrarle sus peticiones: «*Signor il dottore*, mi Gisella sigue sufriendo con su artritis»; «*Signor il dottore*, ese joven doctor Vitale no le ha encajado bien la clavícula a mi sobrina después de que se cayera de la escalera... Estoy seguro, porque se le sale de sitio con un chasquido cada vez que intenta lavar los platos... ¿le echaría usted un vistazo?». Algunas familias, como la de los Mazzu o los Dacosta, desconfiaban sin tapujos del criterio del médico nuevo y acudían al bar a pedir la opinión de Amedeo sobre cualquier tos o fiebre. Esos isleños seguían refiriéndose abiertamente a Amedeo como «*il signor dottore*», y se limitaban a llamar al doctor Vitale «*il ragazzo nuovo*», el chico nuevo.

Aquello planteaba un dilema. Amedeo suponía que el joven estaba capacitado, pero que le faltaba cierta solemnidad y casi no tenía experiencia; nunca había entablillado el fémur roto de un hombre en una zanja encharcada a la luz de una vela, ni traído al mundo a un crío en un suelo cubierto de paja. Y cuando dudaba (el *signor Mazzu* le había contado aquello a Amedeo con el mayor desprecio, inclinándose sobre la barra para sisear su acusación como si informara sobre algún escándalo o infidelidad), cuando dudaba, ¡el joven doctor sacaba unos libros gordos de su maletín y los consultaba! ¡Libros! ¡Al doctor Espósito nunca le había hecho falta llevar un tocho de aquí para allá!

—Ya, pero sí consultaba libros —terció Amedeo—. Y revistas médicas, y toda clase de materiales escritos.

—Pero ¡no delante de sus pacientes! ¿Cómo va a confiar alguien en él? ¡Libros...! ¡Hacer algo así es indecente!

Finalmente, Amedeo resolvió la cuestión ofreciendo consejo gratis junto con el café y los pastelitos, sobre la barra del bar o, en casos más serios, en la fresca penumbra de su estudio en la buhardilla de la casa —después guardaba el instrumental médico en una vieja caja de licor Campari para evitar sospechas—.

Dado que le pagaban sobre todo con hortalizas y huevos y de vez en cuando con algún pollo vivo, concluyó que seguir ofreciendo consejo a los isleños de aquel modo no equivalía a practicar la medicina. Tenía la conciencia tranquila: ahora era un simple camarero y, si de vez en cuando ofrecía consejos como complemento, sin duda no era el primer camarero de la historia que lo hacía.

En esa época empezaron a vivir con mayores comodidades. La casa seguía cayéndose a pedazos, pero ahora Amedeo tenía dinero para revertir un poco la inercia, para poner bisagras nuevas en los postigos y dar capas de pintura sobre la mancha de humedad en el rincón de la habitación de los niños, que hasta entonces lo habían mantenido despierto siempre que tosían o suspiraban. Pierino, el pariente de Pina que trabajaba de pescador cuando había peces que pescar y que el resto del tiempo se dedicaba a cualquier tarea para la que lo contrataran sus vecinos, arrancó las malas hierbas del porche y volvió a pavimentarlo con baldosas viejas recuperadas de las cocinas de las casas en ruinas de las afueras del pueblo. Aquellas baldosas, rojas y muy manchadas, parecían contener mapas del mundo bajo su superficie. A Amedeo le gustaban, e hizo que Pierino las pusiera también en el retrete de la vieja casa, que él confiaba en transformar alguna vez en el cuarto de baño moderno con grifos de agua caliente y fría al que aspiraba Pina. Amedeo emparró las ramas de las buganvillas, y dieron tantas flores que, cada vez que la puerta de vaivén del bar se abría o cerraba, la ráfaga de aire caliente que entraba llevaba consigo su perfume.

Cuando Tullio tenía cuatro años, Flavio era un crío regordete que apenas había empezado a andar y Aurelio tenía solo unos meses, Pina volvió a quedarse embarazada.

Aquel bebé era distinto. Amedeo no había visto a su esposa sufrir con sus otros embarazos como le ocurriría con aquel. Por primera vez, la gestación la hacía sentir desalentada, angustiada. Se le hincharon los tobillos hasta hacerla cojear y tenía las manos rígidas, artríticas; ya no comía como debería hacerlo, solo tomaba pequeños bocados de los platos de los niños. Por las tardes, cuando hacía calor, se quedaba dormida sin querer, atravesada en la cama, hasta que los gritos y chillidos de los niños, enzarzados en alegres batallas y sin nadie que los controlara, obligaban a Amedeo a salir corriendo del bar hacia algún rincón distante de la casa. Tenía entonces que separar a Flavio y a Tullio, o liberar a un Aurelio que no paraba de dar alaridos de debajo del cesto de la ropa donde lo habían metido los otros, o quitarles cigarras del pelo.

Era obvio que las cosas no podían continuar de aquella manera.

—Debemos hacer algo con los niños —le dijo a su mujer una noche—. No pueden seguir así.

Pero Pina se mostraba lánguida y soñolienta; enferma como estaba, no parecía reparar en que los niños empezaban a desmadrarse. Seguía siendo hermosa, pero su cara había adquirido un matiz translúcido que a él, cuando la miraba, le daba miedo. Hasta entonces, siempre había sido tan firme como una estatua griega.

Finalmente, Gesuina accedió a echar una mano a Pina con los niños, y Rizzu se ofreció a ayudar a Amedeo en el bar.

—No lo hago por dinero —dijo Gesuina—, sino por cariño. Aunque el dinero también lo aceptaré.

Para entonces, la anciana estaba prácticamente ciega, pero tenía recursos y sabía moverse de aquí para allá. Era capaz de dormir a Aurelio en cuestión de minutos cantando junto a la cuna canciones de la isla con voz cascada. Si los dos mayores se peleaban, se les acercaba con sigilo por la espalda y los dejaba de una pieza con un alarmante y estentóreo «*Basta, ragazzi!*». En cuanto Gesuina se lo hizo cuatro o cinco veces, los niños dejaron de pelearse del todo. Y entonces, cuando ya los tuvo bajo control, la anciana se volvió dulce y se dedicó a atiborrarlos de ricota azucarada e higos recién cogidos que pelaba con sus propias manos.

Así pues, entre ambas, Gesuina y Pina consiguieron tener a los niños más o menos controlados y Amedeo y Rizzu pudieron mantener el bar abierto. El proceso del embarazo siguió hasta el otoño. Como Pina tenía antojo del polvo del suelo y de las ramitas de los nidos de las oropéndolas que caían de los álamos al patio, Gesuina predijo que aquel bebé sería una niña.

—Los antojos raros —explicó— siempre significan que se trata de una hembra.

La anciana tenía una lógica propia que no se le podía discutir, y todos empezaron a referirse al futuro bebé como «la niña».

Amedeo había previsto que su cuarto retoño naciera en el hospital de Siracusa. Su instrumental médico estaba anticuado y había tenido que tirar parte del mismo por culpa del óxido. Además, no había abierto una revista científica desde el año 1921. Simple y llanamente, no podía traer al mundo a un crío. Había asistido el parto de dos de sus hijos, pero tenía la sensación de que no podía afrontar esa responsabilidad por tercera vez.

—En cuanto salgas de cuentas, iremos a Sicilia en la barca de Pierino —anunció un día de primeros de noviembre mientras yacía junto a Pina y le acariciaba los mechones de cabello negro y los hombros doloridos; la primera tormenta del invierno sacudía las ventanas—. Te acompañaré hasta allí y podrás quedarte hasta que nazca el bebé.

Se había dispuesto todo: Rizzu tenía un primo en Sicilia en cuya granja Pina podría alojarse. Además, le pagarían veinte liras al día a la esposa del granjero para que le hiciera de enfermera. Cuando llegara el momento, el primo y su mujer la llevarían al hospital en el automóvil de un vecino.

Sin embargo, cuando Amedeo le expuso aquel plan, Pina no estuvo de acuerdo.

—¿Es por la superstición de Gesuina? —quiso saber él—. Dar a luz a un niño en el hospital es seguro, de verdad. No deberías escuchar a las viejas. Gesuina no ha estado en un hospital moderno en su vida y le dan miedo las luces eléctricas, los médicos con bata blanca y el olor a desinfectante, nada más.

—No se trata de eso —respondió Pina—. Lo del hospital no me importa. Es solo

una sensación que tengo.

Amedeo sabía muy bien que no debía reírse de la intuición de Pina. ¿No había pronosticado acaso los nacimientos de Flavio y Aurelio? Dos varones más, había dicho, y después tal vez una niña.

—Sé que mi bebé nacerá aquí, en la isla, igual que sus hermanos —dijo Pina—. Llegará en el momento que ella decida, antes de que estemos preparados. Lo sé con absoluta certeza.

Y resultó que Pina tenía razón. El bebé llegó de repente, en una avalancha de agua y sangre, ocho semanas antes de lo previsto.

Lo primero que Amedeo oyó fueron los gritos de Pina:

—¡Ay! ¡Ay!

Habían instalado una cortina entre el bar y la cocina durante los caóticos primeros tiempos del embarazo para que él pudiera oír los indicios de trifulca entre los niños. Gesuina la apartó entonces y entró cojeando.

—¿Dónde está, *dottore*?

—Aquí —contestó Amedeo—. Aquí estoy.

—Más vale que cierre el bar de inmediato y vaya a ver a la pobre Pina.

Los clientes prorrumpieron en una protesta apasionada, pero Gesuina aporreó la barra con un cazo de aluminio, hizo levantarse de sus sillas a los jugadores de dominó, los echó a todos a la plaza lluviosa y cerró firmemente los postigos para evitar sus miradas curiosas.

En la cocina, Pina estaba de pie en un charco y se aferraba el vientre con ambas manos.

—*Amore*... —susurró Amedeo, abrazándola.

Pero ella se zafó y empezó a deambular por la casa. Él solo podía seguirla mientras subía la escalera y la bajaba otra vez, cruzaba la cocina, entraba en el bar y volvía a salir dejando un rastro de sangre por todas partes. Amedeo iba tras ella y le hacía una pregunta tras otra, desesperado.

—¿Cuándo han empezado los dolores, *amore*? ¿Cuánto duran? ¿Son muy intensos? ¿Se parecen a los que tuviste con Tullio, Flavio y Aurelio o son distintos esta vez? Dímelo, *amore*. Me estás asustando, estás asustando a los niños.

Y era cierto. El pequeño Flavio se había puesto en pie agarrándose a la puerta de la cocina y observaba a su madre con los ojos muy abiertos. En alguna habitación del fondo, Aurelio chillaba pidiendo atención, totalmente olvidado.

—Es demasiado pronto —dijo Pina entre sollozos—. Llega demasiado pronto. Tengo que detener los dolores de parto o la niña morirá. Debería nacer en febrero y apenas estamos en diciembre.

Pero Amedeo veía con claridad que nada detendría ya a ese bebé.

—Túmbate, *amore*. Trata de empujar. Ya no se puede hacer nada más que traerlo

al mundo.

Gesuina asintió.

—Respire —la animó—. Empuje. Respire, *cara*. Empuje.

—¡No! —gimió Pina—. ¡No voy a empujar! No debo... ¡No puedo hacerlo!

—¡Traeré la estatua de santa Ágata! —exclamó Gesuina, y salió al pasillo arrastrando los pies.

Pero antes de que pudieran hacer nada más por ella, Pina se desplomó con un gran espasmo bajo la mesa de dominó. Amedeo tendió ambas manos y ayudó a la niña a nacer.

—¡Respira! —exclamó—. ¡Pina, está respirando!

—Mira qué pequeña es —gimió ella—. Qué pequeñita y qué débil. No vivirá, Amedeo, ¡y eso me romperá el corazón!

—Sí que vivirá —replicó él con vehemencia mientras secaba a la cría frotándola—. Vivirá.

Aun así, el miedo le encogió el estómago cuando examinó debidamente al bebé. Se fijó en las venitas pálidas que le recorrían la cabeza, en lo rosáceo y traslúcido que era el pequeñito tronco cilíndrico. Había traído al mundo a muy pocos críos tan diminutos, y casi todos ellos habían nacido muertos. En el hospital de Siracusa habrían sabido qué hacer, se reprochó. Pero eso ya no servía de nada, porque ¿cómo iba a hacer esa niña la travesía, en invierno y en la barca de pesca de Pierino? No, su hija viviría o moriría allí, en la isla, de eso no cabía duda.

—¿Y cómo se llamará? —preguntó mientras se abría la camisa y cobijaba al bebé tembloroso en su pecho, la única forma de ofrecerle calor que se le ocurrió en aquel momento de confusión.

—No puedo ponerle nombre —contestó Pina entre sollozos—. No puedo mirarla. Todavía no... Si no va a vivir, no quiero verla.

Nada lo había preparado para aquel cuarto retoño. La niña era demasiado débil para mamar del pecho de Pina, así que había que alimentarla gotita a gotita con la cuchara de plata del bautizo de Aurelio. Su esposa no podía parar de llorar, como si se hubiera quedado totalmente sin fuerzas. Amedeo cerró el bar y se hizo cargo del bebé él mismo, pues su mundo se había reducido hasta tal punto que ahora solo contenía a su hija. La paseaba en brazos de aquí para allá y pasaba las noches en vela sentado junto a su cuna, bajo la que había colocado un antiguo brasero de cama con brasas de carbón casi extinguidas, ya que la niña había nacido en lo más crudo y lluvioso del invierno de la isla y cada corriente de aire parecía destinada a matarla. Apenas lloraba. Seguía teniendo la cabeza cubierta de venitas y las orejas amoratadas tras el trauma del parto. Durante aquellas noches que ambos pasaban sin dormir, le contaba a su hija todos los relatos que conocía.

Le contó la historia de la niña que se convertía en manzana, que se convertía en

árbol, que se convertía en pájaro. Le contó la fábula del loro que mantenía a salvo a una joven esposa hilando para ella un cuento sin fin. Le contó un relato de Gesuina sobre un niño que hizo un pacto con el diablo para salvar la vida de su padre. El padre recobró la salud y el niño recorrió el mundo y llegó a ser rico y a cosechar éxitos, convertido en un rey poderoso, y todo aquello comenzó a gustarle tanto que olvidó el pacto. Al cabo de diez años, cuando el diablo acudió a buscarlo, el joven no quiso irse. Durante aquellas noches irreales en la buhardilla, con el retumbar distante del mar por todo sonido, Amedeo empezó a creer que todos aquellos relatos constituían, de algún extraño modo, su propia historia y la de su hija, que ambos estaban atrapados en una especie de lucha inmemorial que se había repetido una y otra vez, como ocurría en esas narraciones.

Como había hecho con el pequeño Tullio, le contó a la niña la historia de la isla. La de las cuevas y la maldición del llanto, y la de la pequeña Ágata, la hija del labriego que había acabado con aquel encantamiento y se había convertido en su santa, patrona de los infortunios.

Amedeo, que nunca había sido un hombre religioso, se encontró entonces vencido por la superstición. Nunca lo había inquietado pensar en si habría vida después de la muerte; ahora estaba impaciente por bautizar a la niña.

—Ponle tú el nombre —pidió Pina—. No soporto la idea de hacerlo yo si el Señor y santa Ágata van a arrebatárnosla después.

Amedeo sentía una inclinación especial por los nombres celestiales: Ángela, Santa, Madonnina. Finalmente, se decidió por Maria-Grazia, como la abuela de Pina. Le puso Ágata de segundo, por si a la santa le parecía conveniente arrojarle a cambio unas migajas de buena suerte. En aquellas primeras noches de la vida de su hija, le produjo sorpresa y una pizca de vergüenza descubrirse rogándole a la imagen.

—Bendita santa Ágata —rezaba—, si esto es alguna clase de escarmiento por mis pecados con Carmela, castígame de otro modo. Quítame lo que sea por las malas obras que he cometido en tu isla, pero no a mi hijita.

Era tanta su desesperación que pensaba que soportaría más fácilmente la pérdida de su esposa o la de sus hijos que la de aquella criatura frágil a la que apenas conocía, aquella niña que todavía debería estar en el vientre de Pina con los puñitos apretados y los ojos cerrados.

Los niños intuían que algo no iba bien. Habían interrumpido sus carreras por la escalera y sus luchas con palos en el patio. En cierta ocasión, uno de los primeros días, habían despertado sin querer al bebé al arrojar una pelota contra la pared de su cuarto, y la ira de su padre había sido tan tremenda que los había asustado a todos, incluso a Gesuina. Amedeo había cogido la pelota y la había tirado por la ventana hacia el monte espinoso. Desde aquel día, los niños jugaban en el patio casi sin hacer ruido, y hasta el más pequeño, Aurelio, parecía consciente de que su hermana pendía en el oscuro espacio entre la vida y la muerte.

Entretanto, el bar seguía cerrado y Gesuina impedía con firmeza el paso a los

vecinos, con sus regalos de berenjenas asadas y su afán de cotilleo. Aun así, corrió la noticia de que el cuarto retoño del *dottor* Espósito y Pina Vella se estaba muriendo.

Cuando la niña tenía diez días, Amedeo hizo que su amigo el padre Ignazio acudiera a bautizarla. Después, la familia se congregó en torno a la cuna y él tomó una fotografía. La instantánea se quedaría sin revelar hasta que se superara la crisis de los primeros meses del bebé. Más adelante, siempre que pasaba ante ella en la escalera, la imagen tenía la extraña capacidad de hacerlo romper a sudar. Ahí estaba su hija —sí, ¡desde luego había sido pequeñísima y frágil!—, con los ojos cerrados y los puños apretados. Cada vez que la niña dormía profundamente, a él lo invadía el temor y, apoyándole con mucha suavidad la cabeza sobre el pecho, escuchaba el murmullo leve de su respiración.

Amedeo seguía desentendiéndose del bar, aunque habían vuelto a abrir de manera intermitente a finales del invierno. Era incapaz de dar importancia a cualquier asunto que no fuera su hija. La niña solo conciliaba un sueño profundo en sus brazos, y únicamente tomaba leche de la cuchara cuando se la daba él. Rizzu empezó a ocuparse del bar por las tardes; Pina lo hacía cuando lograba convencer a los niños de que jugaran en silencio detrás de la barra, y por las noches, cuando la niña estaba más inquieta y Rizzu trabajaba como vigilante para *il conte*, Amedeo se fiaba de que los clientes se sirvieran sus propios licores y tabaco y dejaran el dinero en una cajita sobre la máquina registradora.

Rizzu clavó una estampita de santa Ágata con un corazón sangrante en la tapa de la caja.

—Para que la vergüenza los haga ser honrados a todos —explicó—. Ningún isleño de Castellamare sería capaz de robar, por supuesto, pero aún menos si se ve cara a cara con el bendito rostro de la santa.

Por si acaso, Rizzu engalanó la caja con rosarios, taladró dos agujeros en la tapa y encajó en ellos dos velas enormes que goteaban cera y le pidió prestado al padre Ignazio un crucifijo de madera pequeño para pegarlo en la parte interior, por si algún ladrón llegaba tan lejos como para abrirla.

Ya fuera gracias al rostro bendito de la santa o al miedo a quemarse los dedos, nadie robaba de la caja; todos pagaban la suma correcta por sus bebidas y el bar permaneció abierto de manera intermitente.

Hasta finales de enero, la niña no consiguió hacer acopio de la fuerza suficiente para mamar como es debido, y para entonces Pina ya no tenía leche. Pero la cría logró succionar un poco de un biberón con tetina de goma y empezó a aumentar de tamaño y verse más lozana, incluso a los ojos incrédulos de Amedeo. Aun así, su vida proseguía a trompicones, con vacilación. Una tos la hizo perder otras dos semanas, y cuando se le pasó, su piel mostró indicios de ictericia. Amedeo la sacaba al porche y la tendía al sol sobre su regazo protegiéndole los ojos con un pañuelo doblado, hasta que la piel fue perdiendo el tono amarillento.

Pesaba a su hija cada mañana en la balanza de latón que había detrás de la barra.

Por fin, una mañana de febrero del año 1926, notó un cambio en el fiel, un estremecimiento leve, y al día siguiente el platillo de latón cayó del todo. La cría había empezado a crecer en serio.

Al llegar la primavera ganaba peso como lo habían hecho sus otros hijos, y en verano ya sonreía; al cabo de poco rodaba sobre sí misma y empezaba a hacer los primeros intentos de gatear.

Amedeo advirtió entonces que había algún problema con el desarrollo de sus piernas. Ya lo había sospechado, pero ahora que la niña ya no era frágil en los demás aspectos lo veía con total claridad. Solo conseguía arrastrarse un poco levantándose del suelo utilizando los brazos, como un lagarto. Como mínimo, necesitaría un aparato ortopédico en las piernas. Pero eso no tenía importancia; nada la tenía si sobrevivía. De mala gana, el doctor volvió a sus obligaciones detrás de la barra, aunque seguía teniendo consigo a la cría, a la que dejaba reptar sobre una manta o dormir en sus brazos mientras servía pastelitos y café, en una especie de zurrón improvisado que le granjeaba las burlas de los aldeanos y la admiración de sus esposas.

Maria-Grazia, contra todo pronóstico, creció hasta convertirse en una niña alegre e independiente. Cuando gateaba por el suelo, reía suavemente para sí. Todo la hacía feliz: el sol; el gran manojito de llaves de la Casa al Borde de la Noche que su padre colgó de un cordel para que se balanceara sobre la niña; una rama de buganvilla que Gesuina le trajo del porche con los pétalos todavía cubiertos de escarcha. Los clientes más viejos del bar le prodigaban mimos y prometían rezar por ella y pasarle la ropa de sus nietos. También intentaban darle ricota azucarada con los dedos, incluso trocitos de pastel dorado si Amedeo no estaba ojo avizor.

El médico no llegó a creer que su hija no moriría hasta que la niña cumplió un año. Para entonces a todos los demás les resultaba tan obvio que incluso él tuvo que aceptarlo.

Así pues, las cosas empezaron a volver a la normalidad. Sin embargo, Pina había quedado muy afectada, y él también. Algo había cambiado en ellos durante los meses de lucha de su hija: ahora hasta una simple canción isleña llenaba de lágrimas los ojos de Pina, y Amedeo sentía esa misma ternura apenas contenida en su interior, como si algo se hubiese roto o ablandado, algún tipo de caparazón que antes lo hacía menos permeable al mundo. Pina le dijo una noche que lo había perdonado por la aventura con Carmela, que la había borrado de su pensamiento.

—No tendremos más hijos —añadió, acariciándole la mano en la oscuridad—. No creo que sea capaz de pasar por eso otra vez.

Amedeo estuvo de acuerdo. Bastaba con cuatro, sobre todo con tres varones tan belicosos y una niña que necesitaría un tratamiento especial. Porque, aunque ya se la veía bulliciosa y robusta, Maria-Grazia seguía rodeada de un halo milagroso, de la sensación de que su vida era fortuita, que estaba bendecida por la santa, y que nunca debería haber vivido.

En los cumpleaños de cada uno de sus hijos, Amedeo tomaba una fotografía. En la secuencia de imágenes de la niña, veía una lucha encarnizada, un alma tenaz como la de Pina que lidiaba con las circunstancias que le habían tocado. En la primera foto, Maria-Grazia estaba sentada en el regazo de su madre y la deformidad de sus piernas arqueadas saltaba a la vista. Pero en la segunda... ¡ya estaba de pie! Se aferraba a las manos de sus padres, animada por el orgullo que estos sentían. En la tercera imagen ya había logrado mantenerse de pie por sí sola. En cada pierna llevaba una bota con un artilugio metálico que le llegaba a la rodilla y acababa en una cincha de cuero. Las férulas ortopédicas le hacían adoptar una postura extraña, como de una luchadora en pleno combate. Los médicos del hospital de Siracusa le habían dicho a Amedeo que la niña debería llevarlas todos los días durante los diez años siguientes. Se las ajustarían cada otoño.

Por las noches, otro aparato le sujetaba los pies en una posición más rígida contra una barra de acero; tendría que usarlo hasta que tuviera como mínimo once o doce años, tal vez más, y se sustituiría por otro más ajustado aún a medida que fuera creciendo. Maria-Grazia nunca lloraba cuando le ceñían el aparato nocturno, aunque entornaba los ojos. Con aquel trasto puesto no podía moverse, ni siquiera volverse de costado, y si necesitaba ir al lavabo se veía obligada a llamar a su madre o a su padre para que la llevaran. A veces, desde su habitación de piedra en el piso de abajo nadie la oía cuando llamaba, y por la mañana la encontraban tendida pacientemente entre las sábanas mojadas, soportando las burlas de sus hermanos. No se quejó ni una sola vez de semejante humillación.

En la cuarta fotografía, Maria-Grazia aparecía plantada delante del mar con su postura de luchadora. Aquella imagen producía una punzada de dolor en el corazón de Amedeo, pues sabía que en aquel momento sus hermanos estaban retozando en las olas, fuera del encuadre. Las férulas de las piernas no podían meterse en el mar; incluso el aire salado de la isla las oxidaba y había que frotarlas con papel de lija y aplicarles aceite de oliva.

De todas las fotografías, su favorita era la quinta. En ella le daba la sensación de que Maria-Grazia, pese a sus dificultades, había empezado a hacerse valer sobre sus hermanos en un aspecto importante: mientras ellos avanzaban a trancas y barrancas en la escuela, ella mostraba una inteligencia extremada. En la imagen, Maria-Grazia estaba sumergida en el estudio de un libro de uno de sus hermanos, llevaba el cabello recogido en una trenza negra como la de su madre y rozaba levemente las páginas con ella. Sus ojos claros y ambarinos estaban enmarcados, como los de Pina, por unas pestañas largas y preciosas. Absorta en su placer privado, sonreía ante lo que fuera que estaba leyendo: historia, matemáticas, la *Ilíada*... ¿quién podía saberlo? La niña

era una erudita prodigiosa.

Al principio, el profesor Calleja se había negado a matricular a Maria-Grazia en la escuela, convencido de que la fragilidad de sus piernas debía indicar cierta debilidad mental. Cuando Pina recibió la carta en la que se le informaba de aquel hecho, cogió a Maria-Grazia de la mano y la llevó medio a rastras hasta la escuela. Allí, la niña se plantó delante de la pizarra y ante un profesor Calleja que, perplejo, se retorció las puntas del bigote de pie en un rincón. A petición de Pina, Maria-Grazia demostró su capacidad de contar hasta cien, de sumar, restar y multiplicar, de recitar poemas de Luigi Pirandello y describir las constelaciones de las estrellas visibles sobre Castellamare. Había aprendido todo aquello gracias al estudio coordinado e independiente de los libros de texto de sus hermanos. Cuando el maestro Calleja siguió mostrando sus reticencias, Pina cogió al azar un ejemplar de la *Divina comedia* del montón de libros que había sobre el escritorio y se lo tendió a su hija.

—Lee, *cara* —la exhortó—. ¡Lee!

Maria-Grazia ya sabía leer, y eso hizo, trabándose un poquito con el italiano peninsular y su extraña poesía, pronunciando las palabras sin comprenderlas:

—«En medio del camino de la vida, errante me encontré por selva oscura en que la recta vía era perdida. ¡Cuán dura cosa es decir cuál era...!».

—Muy bien —interrumpió el profesor Calleja, poco dispuesto a mostrarse generoso ante su derrota—. Puede empezar el colegio en otoño, y ya veremos cómo avanza. Si saca buenas notas, se quedará; si no, no.

A regañadientes, incluso accedió a prestarle a Maria-Grazia el ejemplar de la *Divina comedia* para que acabara de leerlo antes de que empezara la escuela.

Pina volvió a casa llevando a su hija a hombros, derramando lágrimas de rabia y orgullo.

La sexta fotografía se había tomado la víspera del inicio del curso escolar, un día más importante para la niña incluso que su cumpleaños o su santo. Se pasó toda la velada temblando como una hoja sacudida por el viento. En la imagen, Maria-Grazia lucía con orgullo una bata blanca de colegiala sobre los aparatos ortopédicos. En los brazos llevaba un montón de libros sujeto con un cordel. Sus hermanos habían tenido que compartirlos entre los tres, y lo cierto era que los habían abierto tan poco que dicho ahorro había quedado justificado. Los libros de Maria-Grazia, en cambio, eran nuevos: los habían encargado en Sicilia y Pierino los había transportado en su barca desde la librería de Siracusa hasta Castellamare cuidadosamente envueltos en papel de estraza.

Sus hermanos intentaban, a su manera, ser buenos con ella: la arrastraban a sus juegos bulliciosos y la defendían de los niños que le daban puntapiés en las férulas y le robaban los libros. Aun así, entre ellos había empezado a abrirse una brecha. Los chicos tenían sus propias preocupaciones urgentes. Tullio, un gigante como su padre, con el pelo negro y revuelto y las mismas cejas formidables, había desarrollado una obsesión arrolladora por el funcionamiento de los automóviles. Aurelio, el que se

llevaba menos años con Maria-Grazia, era un chaval de constitución fornida y talante concienzudo que siempre estaba nadando. El mediano, Flavio, de facciones oscuras y severas como las de su madre, se encerraba en su habitación para realizar largos experimentos con la trompeta. Los chicos tenían claro que Maria-Grazia era la más querida. Y Maria-Grazia tenía claro que ni el cariño ni la sabiduría podían remediar el hecho de que era una clase de persona distinta a sus hermanos, alguien que, mientras los demás niños armaban barullo, golpeaban cosas con palos y retozaban en el mar, se quedaba sentada con remilgo en la arena con sus aparatos ortopédicos y leía libros sobre las estrellas.

—Tu tratamiento progresa bien —le decía su padre en esas ocasiones para consolarla—. El año que viene podrás quitarte las férulas a ratitos para bañarte.

Maria-Grazia sabía que, para entonces, todos los niños nadarían más deprisa que ella o se habrían cansado de jugar en el mar, pero no decía nada.

Preocupado por la soledad de su hija, Amedeo alentaba su amistad con los clientes más viejos del bar y con los gatos callejeros que rondaban por el patio al atardecer. Una noche, Maria-Grazia se acercó a la barra llorando y condujo a su padre hasta una madriguera, donde un gatito negro y maltrecho, con el pelaje apelmazado por sus propios excrementos, soltaba maullidos lastimeros.

—Está enfermo —explicó Maria-Grazia entre sollozos.

Al agacharse, Amedeo descubrió una herida en el costado del animal, que notó caliente bajo los dedos.

—Tiene una infección, *cara*. No podemos hacer gran cosa por él si no le limpiamos la herida a menudo, y no estará dispuesto a quedarse el tiempo suficiente para que acabemos el tratamiento.

—Cúralo, papá.

Buena parte de los viejos clientes del bar habían salido tras ellos a la oscuridad, y ahora los rodeaban chasqueando la lengua, apenados, incluso aquellos que en el pueblo tenían fama de odiar a los gatos.

—Cúralo —insistió Maria-Grazia—. Papá, ve a buscar tu maletín de médico y cúralo.

—*Cara*, no sé si podré.

—Cúralo —corearon los viejos en tono acusador.

La madre del gatito los observaba desde un arbusto, marcando un ritmo cauteloso con la cola.

Amedeo, contra su propio juicio, se dejó convencer por su hija y fue a la habitación de la buhardilla en busca de su maletín.

—Cúralo —siguió repitiendo Maria-Grazia entre sollozos mientras su padre trabajaba—. No permitas que se muera.

Con las zarpas de la madre del gato clavadas en la espalda, Amedeo consiguió concluir la tarea y dejar al gatito limpio en su madriguera.

La gratitud llorosa de su hija no conocía límites. Tres semanas más tarde, cuando

la niña le llevó el gatito y le enseñó la herida, cubierta por una costra pulcra, y la dulzura con que el animal le lamía las manos, Amedeo estuvo a punto de echarse a llorar también.

—Está mejorando con el tratamiento —dijo la niña—. Igual que yo.

Y era cierto. Maria-Grazia sería menuda toda su vida, la única descendiente de Amedeo en la isla que no se convertiría en un gigante, pero en ella no había otros indicios, salvo los aparatos ortopédicos, de que sus padres hubieran temido alguna vez por su vida.

En el momento en que la preocupación de Amedeo empezó a centrarse en el futuro de Maria-Grazia y no en su supervivencia, el doctor tomó conciencia de que el mundo había experimentado un cambio. Las noticias del exterior, cuando les llegaban, no eran precisamente claras. Los problemas financieros en Estados Unidos habían sido tema de conversación en el bar durante un tiempo; los ancianos jugadores de *scopa* se habían maravillado ante las fotografías de familias ricas viviendo en sus automóviles, durmiendo bajo lonas impermeables. («¡Quién iba a pensar que los *americani* vivirían como nosotros, pobre gente! ¡Menos mal que mi 'Ncilino al final no se marchó a Chicago!»). El aislamiento de Castellamare, sin embargo, la había salvaguardado de graves problemas: aparte de encargar tabaco en Sicilia de vez en cuando, los isleños no tenían relación alguna con la economía de las grandes naciones. Como decía Rizzu, de haber sufrido la isla una depresión, no habría habido coches en los que pasar la noche, exceptuando el del *conte*, ni tampoco ningún sitio al que ir en ellos, y ningún isleño tenía acciones o participaciones de nada que no fuera el Comité de Santa Ágata o el Gremio de Pescadores.

Aun así, en los últimos días se había producido un movimiento tectónico cerca de las costas de la isla. Durante la caótica primera infancia de sus hijos, Amedeo apenas había sido consciente de los cambios producidos en Italia. Como si se tratara del sonido remoto de las olas que rompían en las cuevas junto al mar, el mundo exterior nunca le había parecido tan importante como el que se desarrollaba entre las paredes de su casa. El año en que nació Flavio se había producido alguna clase de desacuerdo con respecto a las elecciones (debido a un alarmante episodio de vómitos de Tullio, Amedeo había perdido la noción del tiempo y llegado a las urnas cuando ya estaban cerradas). Al escuchar las furibundas discusiones en el bar al día siguiente, había conseguido entender lo esencial del desacuerdo. Al parecer, ningún habitante de la isla había tenido intención de votar a los *fascisti*, a excepción del conde y quizá Arcangelo. Para remediarlo, d'Isantu había apostado a dos de sus representantes electorales en las puertas del ayuntamiento la noche de los comicios, armados con palos. Con ello, había convencido a los labriegos del conde de que la isla era un barco del que él podía expulsar a cualquier pasajero que se amotinara. Cuando llegó el momento del recuento de votos por parte del conde, los *fascisti* habían ganado por

mayoría.

Poco después, el periódico *La Stampa*, que les llegaba desde la lejana Turín, vino lleno de noticias sobre el asesinato de un diputado socialista, un tal *signor* Matteotti. A partir de entonces, durante un tiempo, no lograron obtener ni un solo ejemplar de ese periódico en toda la isla. Cuando volvió a circular, *La Stampa* ya no tenía nada más que comentar sobre Matteotti. Al principio Amedeo no le había dado mucha importancia a todo aquello, pues el único periódico por el que sus clientes mostraban interés era *La Gazzetta dello Sport*.

Recordaba que esas cosas habían sucedido, por supuesto. Recordaba, por ejemplo, que quienes habían votado a los *fascisti* y quienes no lo habían hecho habían pasado una temporada sin hablarse, con la consiguiente incomodidad para la celebración de la festividad de Santa Ágata de aquel año. Cuando llegó el momento de elegir al alcalde, los isleños no votaron por *il conte* ni por Arcangelo, sino por reabrir las nominaciones para incluir a otro candidato, un resultado sin precedentes en Castellamare. Después, no mucho más tarde, una orden del Duce llegada de Roma disolvió el Ayuntamiento. Ya no habría alcalde ni representantes elegidos, solo un *podestà*, lo cual hacía parecer un tanto irrelevante el enfrentamiento entre los *fascisti* y el resto de isleños. Como declaró en su primer discurso desde los peldaños del ayuntamiento el nuevo *podestà*, *il conte*, ya todos eran *fascisti*.

Hubo algunas protestas tímidas. Un pequeño grupo, de madrugada y fortificado por los licores de Amedeo, había arrancado la nueva bandera fascista y el retrato del busto calvo del Duce de la entrada del ayuntamiento. El sobrino adolescente de Rizzu, Bepe, y el pescador Pierino, que habían abrazado brevemente el comunismo durante la guerra, se lanzaban a cantar *La Internacional* siempre que pasaba el *signor* Arcangelo (al conde no se atrevían a hacérselo). Y entonces, una noche, dos agentes de d'Isantu sorprendieron a los dos *comunisti* de camino a casa, les dieron una buena tunda y los obligaron a beber medio litro de aceite de ricino. Después de aquello, nadie volvió a quejarse de que los hubieran convertido en *fascisti*, al menos abiertamente, pues, como decía Gesuina, «luego tenemos que vivir aquí todos juntos, ¿sabéis?».

—Solo son estupideces de los del norte —se quejó Rizzu tras la barra del bar. (Aún trabajaba de mozo y vigilante nocturno ocasional para *il conte*, pero tenía poca paciencia con su jefe más antiguo desde la emboscada a Bepe.)—. En Castellamare, nadie se había preocupado nunca hasta ahora de la política. Esos asuntos conciernen a Italia, no a nosotros.

—Todo esto se habrá acabado en un par de años —respondió Gesuina—. Si nuestro maldito destino es que nos gobierne otra gente, qué más da que sea este Duce, los españoles, los griegos, los borbones, los árabes o cualquiera que haya tenido su turno. Lo mejor que podemos hacer es ignorarlos y continuar con nuestros propios asuntos.

Siguiendo esa lógica, los dos viejos se reconciliaron con la nueva situación, y

durante un tiempo la calma volvió a reinar en la Casa al Borde de la Noche.

Entonces, poco después de que Maria-Grazia hubiera empezado la escuela, Il Duce se hizo dueño y señor de Castellamare.

Una tarde llegó al bar la noticia de que dos ordenanzas se habían presentado en la isla en una lancha motora y habían exigido hablar con *il conte* sobre la construcción de una prisión. No estaría destinada a los isleños (pues en Castellamare nunca se había cometido ningún delito grave), sino a los prisioneros del Duce. Solían exiliarlos de manera sistemática a esa clase de reductos remotos, explicaron los ordenanzas — como la isla Favignana en el oeste, con su forma de mariposa y los volcanes humeantes en torno a Lipari—, y Castellamare también había sido elegida como emplazamiento adecuado para tal propósito.

Los dos ordenanzas del Duce se alojaron en el ala de invitados de la villa del conde, y todas las noches bebían y armaban barullo en la terraza. Al cabo de tres días se marcharon y la prisión no volvió a mencionarse. Tres meses más tarde, un grupo de obreros llegó de Sicilia en lancha motora y empezó a reparar las casas en ruinas del otro lado de las murallas del pueblo con piedras y lona alquitranada («¡Un trabajo que podrían haber hecho los hombres de Castellamare!», se quejó Rizzu). La prisión empezaría a funcionar a finales de verano. Ocho milicianos fascistas, dos carabinieri y un teniente de la península —que tomaron en arriendo varias de las casas vacías que pertenecían al *conte* a un precio especialmente reducido— se ocuparían de los presos.

—En esta isla nunca nos han hecho falta *poliziotti* —refunfuñó Gesuina, ahora firmemente en contra de lo que estaba ocurriendo—. ¡Guardias! Siempre ha bastado y sobrado con un buen cachete o con una charla con la abuela de un muchacho. ¿Cómo voy a saber yo, con mi pobre vista, que no andan espiándome cuando camino por el pueblo?

Aquel verano los primeros presos políticos llegaron de Calabria en un barco gris, luciendo unas barbas tupidas que aterrorizaron a los niños. Emprendieron el largo ascenso desde el puerto en fila india y encadenados, de manera que se veían obligados a sincronizar el paso, como las orugas en los tallos de las buganvillas. Uno o dos de los que ocupaban los últimos puestos de la hilera habían llevado consigo a sus esposas e hijos. Los instalaron a todos en las casas a medio reparar y todas las tardes, a las cinco en punto, se oía el toque de corneta de los *fascisti* que los llamaba a sus habitaciones, donde los encerraban hasta el amanecer. *Il conte* había dejado bien claro a sus campesinos y jornaleros que no debían acercarse a los presos ni dirigirles la palabra.

Tras haber observado la marcha colina arriba de los prisioneros encadenados, Pina andaba de aquí para allá con los labios fruncidos de ira. De puertas adentro protestaba furiosamente contra Il Duce y su prisión, sus sermones belicosos en los periódicos y la presencia en Castellamare de sus odiosos guardias. De manera que, cuando Tullio y Flavio, con nueve y ocho años, respectivamente, llegaron del colegio

con camisas negras en miniatura y fusiles de madera (los juguetes más bonitos que habían pasado nunca por sus manos), los arrastró hasta la casa del profesor Calleja y le arrojó las armas a través de la ventana de la cocina.

—¡Ya me dirá qué es esto! —exigió.

—Lo llaman Opera Nazionale Balilla —intentó explicar el maestro, protegiéndose la cabeza de los proyectiles—. Es una organización juvenil, una organización deportiva. Se anima a todos los niños a sumarse a ella y convertirse en Balillas, no solo a sus hijos, *signora* Espósito. Son como los Exploradores Católicos.

—¡En mi casa no va a haber Balillas! —bramó Pina, haciendo caso omiso de los lamentos de sus hijos ante la pérdida de sus fusiles de juguete—. ¡En mi casa no entran armas! ¿Acaso la última guerra no arrebató lo suficiente a esta isla? Si mis hijos quieren formar parte de los Exploradores Católicos del padre Ignazio, pueden hacerlo.

Pero ahora los guardias fascistas eran una presencia constante: pasaban con estruendo en su lancha motora ante las rocas aisladas que los pescadores llamaban Morte delle Barche, levantaban piquetes en las esquinas y haraganeaban por el pueblo, así que pocas cosas podían decirse en público. Los guardias acudían habitualmente al bar en busca de tabaco y café solo y fuerte. Amedeo mantenía la cabeza gacha y de vez en cuando daba a hurtadillas a un prisionero una bola de arroz o una tajada de *mozzarella*.

Pina, en cambio, cuando veía a un preso merodeando con abatimiento por las calles (había oído decir que les daban cinco liras al día para ir tirando, menos de lo que ganaba el más humilde jornalero del *conte*), lo invitaba a entrar, lo sentaba a la mejor mesa y le ofrecía pan, pastelitos y café.

Los presos tenían permitido trabajar, pero en la isla siempre había habido el trabajo justo para sus habitantes. Aun así, Pina contrató a tres de ellos para que repararan el porche desvencijado. Los hombres trabajaron despacio, sin dejar de charlar de filosofía y arte en un italiano académico, y terminaron poniendo las vigas de madera al revés. El pescador Pierino enarcó las cejas cuando vio la obra acabada.

—No me parece gran cosa —opinó—. Da la sensación de que hayas puesto al conde a hacerlo, o al maestro... O a cualquiera de esos tipos listos que no saben distinguir una viga de un dintel ni aunque les caiga en la cabeza.

—Estos prisioneros son hombres cultos en sus ciudades de origen, Pierino —explicó Pina—. Uno es periodista en Trieste; el segundo, el profesor Vincio, da clases en la Facultad de Arqueología de la Universidad de Bolonia, y el tercero, Mario Vazzo, es un poeta con obra publicada.

—Eso lo explica todo —terció Pierino y, como favor a su prima, se ofreció a dejar el porche como debería haber quedado sin cobrarle nada.

Amedeo empezó a inquietarse con todo aquello, pues Pina estaba provocando que llamaran la atención entre los isleños. No obstante, como sabía que no servía de nada enfrentarse a ella cuando se le metía una idea en la cabeza, se concentró en la crianza

de sus hijos confiando en que aquello no fuera más que una tempestad pasajera que azotara la isla con su primer aguacero y después se alejase para descargar su furia en otro lugar. Ocuparse de los chicos era una buena distracción. Si querían conseguir que acabaran los últimos cursos de la escuela, tenían que persuadirlos de que dejaran de cazar lagartijas en el monte o de patear piedras en la plaza. Amedeo y Pina comprobaban sus avances en matemáticas, historia y francés, supervisaban su estudio del atlas y les leían obras literarias instructivas. Pero cazar a los tres varones para dedicarles dichas atenciones constituía una tarea en sí misma. Y luego estaba la niña, la más prometedora de sus hijos, que iba de aquí para allá sobre sus piernas tiesas, siempre curiosa y haciendo preguntas: «¿Por qué las lagartijas se esconden en las farolas? ¿Qué hace que el mar venga y vaya? ¿Por qué a Gesuina le crecen pelos en la barbilla como si fuera una alcachofa?». Además, todas las noches había que ayudarla a hacer los ejercicios para las piernas y ajustarle los aparatos ortopédicos. Para fortalecerla, si al anochecer hacía fresco su padre la llevaba a dar lentos paseos rodeando las murallas hasta el mirador, donde la niña se subía a la barandilla y le señalaba las constelaciones. En la escuela era la mejor de la clase, para irritación del maestro, y tan adelantada iba con respecto a los demás que, incluso con la reducción que este aplicaba a sus notas («Para impedir que se vuelva presumida»), Calleja no podía evitar que fuera la primera.

—Tal vez vayas a una universidad de la península —le decía Pina a su hija—. Podrías convertirte en una persona culta, una científica o una poetisa.

También animaba a sus hijos varones a pensar de esa forma, pero con menor convicción. En su caso, para convencerlos de los placeres de una educación como debía ser, los tentaba con las imágenes de plazas grandes y ajetreadas, llenas de puestos de helados y amplios ríos de luces urbanas, que aparecían en su viejo atlas de maestra. Sin embargo, ninguno de sus tres varones se habría acercado a menos de quince kilómetros de una universidad, pues les encantaban las olas y el monte y jugar al fútbol en la plaza, y ninguno soportaría verse encerrado en un aula. Maria-Grazia, no obstante, reverenciaba los libros con un fervor sagrado, como el amor que un pescador siente por el mar, y sus padres sentían un placer secreto ante el hecho de haber engendrado un retoño intelectual.

Sin embargo, el problema de tener una hija intelectual, como Amedeo fue constatando durante los años que siguieron, era que comprendía las cosas, las veía, que mantenía los ojos tercamente abiertos, igual que Pina. Y al igual que ocurría con su esposa, no había quien la persuadiera de que apartara la mirada.

Durante el verano de su noveno año de vida, Maria-Grazia presenció cinco cosas que iban a alterar su vida futura. De hecho, aquellos cinco sucesos llegarían a parecerle tan importantes que hasta el día de su muerte los recordaría extrañamente magnificados, como escenas vistas bajo agua clara, las imágenes más nítidas de su infancia. Lo primero que presenció fue una discusión sobre una papeleta de voto traspapelada.

Cuando volvía andando a casa aquella tarde polvorienta, Maria-Grazia se moría de ganas de que llegara el primer fin de semana en que pudiera bañarse. El verano anterior, su padre la había llevado al fin a la orilla y la había enseñado a nadar como a sus hermanos. Al sentir que sus piernas se movían en el agua, sin estorbos, Maria-Grazia había dejado escapar un grito de pura alegría. Pero nadar la había llevado a aborrecer caminar: desde entonces sus movimientos en tierra le parecían anquilosados y torpes. Tenía la sensación de haber nacido en el elemento equivocado, como la sirenita del cuento de su padre, pues en el aire notaba las piernas tan pesadas como si se movieran en el agua, y en el agua tan ingravidas como el aire.

Aquella tarde, cojeando tras sus hermanos de regreso a casa al salir del colegio, notó un cansancio casi insoportable en las piernas. Había aprendido a reconocer los días en que las articulaciones de la rodilla le crujían de la mañana a la noche y las pantorrillas, con sus abrazaderas metálicas, le parecían tan pesadas como si avanzaran por el fondo del mar. ¿Por qué no podía haber nacido animal acuático?

A medio camino, sus hermanos echaron a correr y la dejaron sola. Salieron huyendo, exaltados al verse libres de «ese *stronzo* del maestro Calleja» (como lo expresó Flavio). Siempre tenían que ir como bólidos, gritando y dando golpes por ahí. Debían de dirigirse a la granja de los Rizzu. Durante las vacaciones de Navidad, sus hermanos se habían inventado un juego con los tres Rizzu más pequeños. Lo llamaban «enemigos políticos», un nombre que les producía una maliciosa alegría. En él, los jugadores se dividían en dos bandos, los *fascisti* y los *comunisti*. Los primeros, armados con palos y latas de gasolina vacías, tenían que dar caza a los segundos — sus enemigos en política— de una punta a otra de la isla, amenazándolos con los términos más obscenos posibles y con la intención de darles una paliza y hacerles tragar litros de aceite de ricino. Era un juego muy estimulante, a veces violento, como todos los pasatiempos de sus hermanos, y a menudo acababa con un ojo a la funerala o una rodilla despellejada. Entonces su padre se veía obligado a sacar el instrumental médico de la caja de Campari y curar a los chicos.

En tales ocasiones, su madre se ponía furiosa y los acribillaba a preguntas, y Maria-Grazia se batía en retirada al patio, con su gato *Micetto*, hasta que pasaba el jaleo.

Cuando sus hermanos desaparecieron dando brincos entre la maleza, Maria-Grazia retomó su dolorosa caminata. Llegó a la terraza de la Casa al Borde de la Noche alrededor de la una, justo después de que la iglesia hubiese terminado de repicar el Ave María, y subió con esfuerzo los peldaños aferrándose a los tallos de las buganvillas. Una vez en lo alto, se detuvo al oír al gato.

Avanzó apoyándose en las mesas y por fin encontró al animal, atrapado patas arriba en un zarcillo de la enredadera. Se arrodilló con un gesto de dolor.

—Ven, *Micetto*. Mi lindo gatito... ¡*Micetto, Micettino!*

Algo había asustado terriblemente al animal. Cuando lo liberó, tenía la cola tiesa y gemía como un bebé.

—Tranquilo, *Micetto* —le susurró—. Vamos, *Micetto*, no pasa nada.

Quizá alguna vieja arpía a la que el calor volvía irritable le hubiera dado una patada otra vez, pensó.

—Les dije a papá y a mamá que no te dejaran salir del patio —murmuró con la cara entre el pelaje del gato—. Aquí fuera no estás seguro.

El animal tenía sus propios métodos de allanamiento de morada. Se sabía que era capaz de trepar por el calado del portón de atrás hasta llegar al pasador, que abría con una pata para colarse en la cocina y darse un festín de pollo frío. En cierta ocasión había entrado de noche por la ventana del bar y comido hasta sentirse tan lleno que se quedó dormido en la vitrina de la barra, hecho un ovillo sobre una bandeja de salami. Pero Maria-Grazia se temía que, como sus hermanos, tuviera un lado temerario: siempre andaba colándose en los patios de los isleños que más odio tenían a los gatos, de donde lo echaban a golpes de matamoscas o bien a escobazos; y no paraba de intentar arrojarlo bajo las ruedas del coche del *conte*. La niña lo arrebujó entre sus brazos.

En la plaza reinaba el silencio. El automóvil del conde estaba aparcado bajo la única palmera, tintineando en pleno calor. La única persona a la vista era un preso que holgazaneaba junto a la casa de Gesuina. ¿Le habría dado él una patada al gato? Aunque su madre siempre decía que los presos eran hombres importantes e inteligentes llegados del norte, a ella la asustaban un poco. Tullio decía que una vez había visto a dos de ellos en el porche a primera hora de la mañana recogiendo las colillas que habían tirado los isleños, soplándolas y metiéndoselas en el bolsillo. A sus hermanos aquello les hizo muchísima gracia, pero ella no lo encontró divertido, sino horroroso.

Subir los peldaños había sido un proceso penoso, y solo se percató del griterío que había en el bar cuando abrió la puerta de vaivén. Ante la barra, *il conte* y el robusto tendero, el *signor* Arcangelo, estaban montando una escena. Vestían sus camisas negras, las que, según decía su madre de puertas adentro, se ponían cuando pretendían causar problemas.

—¡Debería haber conservado la papeleta de voto que no utilizó! —gritaba el conde—. ¡Como prueba de que su voto fue para el partido! ¿O acaso quiere que los

fascisti crean que aquí somos todos bolcheviques?

—No he hecho nada malo —decía su padre de espaldas a ella y también a voz en grito, con el cogote, enrojecido por el nerviosismo—. Me limité a presentarme ayer por la tarde ante las urnas del ayuntamiento para depositar mi voto, fuera cual fuese, y me volví a casa.

—Bueno, bueno, vamos a ver —terció Arcangelo en un tono más tranquilizador—. Seamos sensatos. Estoy seguro de que guardó la papeleta que no le hizo falta, *signor* Espósito. Enséñenosla para que lo dejemos continuar con sus asuntos y no haremos más comentarios.

—Creía que se suponía que el voto era secreto —contestó su padre—. Por lo menos en la Italia en la que yo me crie.

Aquello le sonó extraño, pues Maria-Grazia nunca había considerado que su padre fuera de Italia, solo de Castellamare.

Pina apareció entonces en el umbral:

—¿Qué es todo este alboroto?

El *signor* Arcangelo tendió las manos con las palmas hacia arriba.

—*Signora* Espósito, todo esto es un malentendido. Ya les he dicho a su marido y al *signor il conte* que creo que las cosas se están saliendo de madre.

Con las manos y las mejillas salpicadas de harina, Pina dio un paso adelante.

—¿Qué es todo este alboroto? —repitió.

Arcangelo volvió a adoptar su tono conciliador.

—El conde y yo fuimos los encargados de escutar los votos de las elecciones de ayer, lo cual quiere decir...

—Ya sé lo que hace hoy en día un escrutador de votos —interrumpió Pina—. Parece haber olvidado que antes de casarme era una maestra cualificada, *signor* Arcangelo.

—Sí, por supuesto. Bueno, pues en el cumplimiento de nuestras funciones, *il conte* y yo descubrimos que ciertos individuos de esta isla, lamentablemente, votaron en contra de la lista de candidatos del Partido Fascista depositando en la urna la papeleta blanca del «No» en lugar de la tricolor del «Sí».

—Como tenían perfecto derecho a hacer —terció Pina.

El conde soltó un bufido tan fuerte como el de un león marino.

—Por lo tanto —concluyó Arcangelo como si nadie hubiera dicho nada—, hemos decidido que lo más prudente será pedir pruebas de su lealtad a todos los hombres en edad electoral de la isla, solo por tener constancia, por así decirlo, de quiénes no están contentos con los candidatos fascistas, y así poder esforzarnos en tranquilizarlos.

—Ya veo —respondió Pina—. Y se les ha ocurrido comprobar qué votó mi marido, por si es uno de los que votaron «No».

—Exactamente, *signora* Espósito.

—Amedeo —dijo Pina—, ¿tienes todavía la papeleta que no usaste?

Él bajó la vista durante unos instantes, y por fin contestó enfurruñado:

—Sí, Pina.

—Entonces ve a buscarla y pongamos fin a todas estas tonterías.

—Estoy seguro de que su marido ha votado que sí —dijo Arcangelo, tembloroso como una ricota—. Su familia siempre me ha merecido muy buena opinión, *signora* Espósito, y su difunto padre también, sin duda lo sabe. Así que estoy convencido de que el señor Espósito ha votado «Sí».

—Como es natural —terció Pina—, yo confío en lo contrario.

Se hizo un silencio afligido. Maria-Grazia supo gracias a él que su madre debía de haber dicho algo escandaloso.

Su padre describió la cortina y apareció de nuevo con una tarjeta blanca en la mano.

—Aquí está —dijo, dejándola sobre la barra—. Voté que sí. Esta es la papeleta del «No» que me sobró, así que ya ven que la del «Sí» fue a parar a la urna.

—Bien —repuso Arcangelo con un resoplido—. Me parece muy satisfactorio, *signor* Espósito, y no entiendo por qué ha armado tanto revuelo en lugar de mostrárnosla desde el principio. Se le ha exigido lo mismo a todo el mundo... Usted no es un caso especial, ¿sabe?

De pronto, su madre se puso furiosa, aunque quizá lo hubiera estado todo el rato.

—Por favor, salgan de nuestro bar. No tenemos nada más que hablar con ustedes.

Il conte y Arcangelo se marcharon dando un portazo, y *Micetto* se dio tal susto que saltó de los brazos de Maria-Grazia.

Cuando desaparecieron, su madre cogió la tarjeta blanca y la arrugó como si fuera cualquier chapuza perpetrada por uno de sus alumnos. Luego dijo:

—¿Has votado «Sí» a los *fascisti*? Me avergüenzo de ti.

Entonces les llegó el bramido del coche del *conte* desde el exterior. ¡*Micetto*! Maria-Grazia oía a su gatito. Abrió la puerta con brusquedad y, dando traspiés y maldiciendo las férulas ortopédicas, se lanzó escalones abajo por el porche. Pero perdió el equilibrio y fue a caer contra el vientre de alguien, que soltó todo el aire de sus pulmones con un gran resoplido.

—¡Ay! —chilló la niña, temiéndose que fuera Arcangelo o *il conte*—. Lo siento, *signore*...

El prisionero la ayudó a ponerse de pie.

—No te asustes —dijo en un italiano formal, como si hablara leyendo de un libro de poemas—. He pillado a este *gatto selvaggio* tratando de arrojarse a la calle. Tengo entendido que te pertenece.

Y le tendió con ambas manos a *Micetto*, que maullaba y se retorcía.

Así la encontraron sus padres diez minutos más tarde, jugando con el gato en compañía de aquel preso, un poeta que se llamaba Mario Vazzo, que sabía toda clase de cantos de la Italia peninsular y que fingió no darse cuenta cuando Maria-Grazia lloró un poquito y luego se limpió la nariz con la manga. Con ello, ni Pina ni Amedeo llegaron a saber que su hija había oído la discusión del voto. Pero Maria-Grazia

conservó aquella escena en el corazón para contemplarla en el futuro.

El segundo suceso que la niña presenció aquel año fue la paliza que le dieron al pescador Pierino.

Unas noches más adelante —o tal vez aquella misma noche—, despertó de repente porque su padre no había acudido, como solía hacer, a ponerle el artilugio que usaba al acostarse. Maria-Grazia se movió con esfuerzo hasta quedar sentada en el borde de la cama, bajo el recuadro de luz de luna que entraba a través de la ventana, y se masajeó las pantorrillas doloridas. El bar había cerrado ya y en el piso de abajo, en la cocina, las voces de sus padres subían y bajaban de volumen, igual que el motor de una lancha, una y otra vez, como ocurría a menudo últimamente. Flavio tosía. Llevaba todo el invierno pachucho, con una bronquitis prolongada para la que su padre no había podido conseguir los medicamentos adecuados. Maria-Grazia lo oía ensayar sin parar en la habitación que había debajo de la suya, arrancándole solo jadeos sibilantes a la trompeta. En ese momento trataba de ahogar un acceso de tos, lo que significaba que no quería que lo oyeran.

Tras ocho años de ejercicios, Maria-Grazia ya era capaz de caminar un poco sin las férulas. Se desplazó de lado hasta el rellano, donde casi tropezó con sus hermanos, alineados en los peldaños como *sarde* en lata, con la cabeza entre los balaustres, escuchando.

Flavio, con gesto hosco y feroz, quiso conminarla a irse con una mirada fulminante.

—Vas a hacer ruido con esas patas metálicas tuyas, ¡nos delatarás a todos!

—Pero si no las llevo puestas —replicó ella—. Y el que tose eres tú.

—Puedes quedarte si prometes no hablar —intervino Tullio.

Maria-Grazia se arrodilló junto a Aurelio. No oían qué estaban diciendo sus padres, solo el volumen variable de sus voces.

—*Cazzo!* —soltó Tullio—. Han entrado en el bar. Deben de saber que estamos escuchando.

—¡Y es culpa tuya por haber hecho ruido! —la acusó Flavio.

—No ha sido culpa suya en absoluto —intervino Aurelio, el más bueno de sus hermanos, y la gratitud la hizo sentir el súbito ardor de las lágrimas en los ojos.

Maria-Grazia quería a sus hermanos, pero desde que le alcanzaba la memoria había sido consciente de amarlos, de adorarlos, mucho más de lo que ellos la habían querido nunca ella. Incluido Aurelio. Siempre tenía la sensación de irles a la zaga, tratando de llamar su atención, enojada consigo misma por desearla. Y entonces, cayendo en la misma trampa, alardeó:

—Antes los he oído. A mamá le parece vergonzoso que Il Duce haya cambiado las normas para que solo pueda votarse «Sí» o «No» en las elecciones. Eso ha dicho, «vergonzoso», lo he oído muy bien. Dice que esto no es *democrazia* ni por asomo.

Flavio se volvió hacia ella con brusquedad.

—¿Y qué hay aparte de «Sí» o «No»? «Sí» para los *fascisti*, «No» si no te gustan. Si quieres saber mi opinión, te diré que Il Duce tiene mala prensa en esta casa.

Maria-Grazia se dio cuenta de que había herido sus sentimientos. Flavio había ganado premios por su dedicación a los Balillas. A sus casi trece años, el hermano mediano tenía una voz rebelde y la cara cubierta por una penosa constelación de acné, pero en las reuniones de Balillas empuñaba con rabia el fusil y entonaba con fervor las canciones patrióticas. Lo invitaban a reuniones especiales en las que tocaba la trompeta mientras el maestro Calleja marchaba de aquí para allá y el *dottor Vitale*, reclutado como ayudante del *professore* tras el aumento de la cifra de miembros, aporreaba un bombo enorme. Pina tenía la gentileza de fingir que admiraba las medallas de Flavio, y luego las relegaba a la habitación de atrás junto con la colección de fragmentos de cerámica de su padre, pero el chico, sin inmutarse, seguía trayendo más.

—Quizá tengas razón, Flavio —dijo Maria-Grazia en un intento de reparar el daño.

Pero su hermano se limitó a darle la espalda, enfadado. Flavio llevaba de mal humor toda la tarde. Había llegado a casa tarde, cansado y un poco abatido, con la trompeta en la mano. Había tosido tanto en la reunión de los Balillas que el maestro lo había mandado a casa.

Tullio acercó la oreja a los azulejos.

—Escuchad... Me parece oír a alguien más.

—Será el prisionero ese, Mario, pidiendo trabajo otra vez —dijo Flavio.

—No... ¡Chis! Es un vecino.

En efecto, quienquiera que fuese, hablaba el dialecto de la isla, ya que nadie del norte sería capaz de dejar fluir así sus lamentos, sin pausa y sin fin, como un río.

—Bueno, probablemente solo sea el viejo Rizzu que ha venido a emborracharse con papá —comentó Flavio—. A partir de ahora no oiremos nada sensato.

Y así fue, la discusión había llegado a su fin y solo les llegaba aquella voz lastimera.

—Yo diría que es su sobrino, Bepe —intervino entonces Maria-Grazia—. No me parece la voz del propio Rizzu... Además, se supone que esta noche estará trabajando en casa del *conte*.

Pero sus hermanos habían perdido el interés y regresaban con sigilo a la cama. Maria-Grazia, sin embargo, estaba más despierta que nunca. En las piernas, libres del agobiante aparato nocturno, notaba una especie de electricidad, la sensación de que estaban increíblemente vivas. ¡A lo mejor la gente se sentía así cuando tenía unas piernas normales como las de sus hermanos! Sentada en su cama, oyó a su padre subir la escalera. Esperaba que entrara a ponerle el aparato, pero su sombra cruzó ante la puerta y pasó de largo. Lo oyó subir hasta la pequeña habitación de la buhardilla, detenerse allí unos instantes y luego volver a bajar a la carrera. Abriendo

la puerta solo un resquicio, Maria-Grazia advirtió que llevaba el maletín de médico en una mano y el estetoscopio negro colgado al cuello.

Su padre iba a salir de la casa. De pronto, la sensación de fortaleza la abandonó, reemplazada por un miedo intenso. Se incorporó agarrándose a la cortina para mirar hacia el exterior bañado por la luna y lo vio cruzar el patio y desaparecer.

Se quedó allí sentada unos instantes, inmóvil, y luego se levantó y lo siguió.

No habría podido explicar qué le pasaba por la cabeza mientras bajaba la escalera, atravesaba la franja de luz de luna en el patio y abría la verja. Para entonces, su padre le llevaba bastante ventaja y tuvo que echar a correr, con las piernas tiesas como las de los soldaditos de madera de Flavio, para ascender la ligera cuesta sin caerse. Solo era capaz de atisbar el zapato de su padre y el balanceo del maletín de piel antes de que volviera la esquina de cada callejón. Darle alcance le llevó casi cinco minutos de esfuerzos coordinados. Cuando se le doblaron las piernas se dio cuenta de por qué correr le costaba más que de costumbre: no llevaba el aparato nocturno y, presa del pánico, había salido de casa sin ponerse tampoco las férulas que se suponía que no debía quitarse nunca. Y ahí estaba ahora, corriendo detrás de su padre, tan silenciosa como *Micetto*.

Al menos por allí los callejones eran muy angostos y podía plantar ambas manos en las paredes para impulsarse. Pasaron de largo las tiendas, la fuente que siempre olía a verdín, incluso en verano, y rodearon la pared lateral de la iglesia, donde no había nada a lo que agarrarse y estuvo a punto de caer. Como no podía ser de otra forma, las piernas habían empezado a temblarle como si tuviera fiebre muy alta, pero, gracias a Dios, su padre se detuvo justo entonces ante la casa estrecha donde vivía Pierino el pescador.

Pierino era pariente suyo, según le había contado su madre en cierta ocasión. Era un primo tan lejano que ya no recordaban con exactitud qué vínculo había entre ellos, pero a veces, por Navidad, las familias se enviaban mutuamente una botella de *limoncello* o una *cassata* junto con una tarjeta cariñosa. No obstante, Maria-Grazia solo había entrado una vez en casa de Pierino. Después de misa, Ágata la hija del panadero y esposa del pescador, la había hecho acudir para que pudieran rezar por la recuperación de sus piernas, y la niña se había sometido de mala gana a las manos apergaminadas de las ancianas en su frente y a la soporífera salmodia de avemarías y padrenuestros. En la fachada de la casa, Pierino había instalado varias cuerdas de tender para las sábanas y los delantales de sus ocho hijos, y de ese modo, mientras las mujeres rezaban por ella en el sopor caluroso de la salita del piso de arriba, la casa en sí parecía henchirse y atrapar el viento, con el sol bailando entre sus velas, como un barco en el mar.

Ahora la colada pendía flácida y la casa tenía los postigos cerrados.

Su padre se dirigió a la puerta lateral y, antes de que ella pudiera llamarlo, lo hicieron entrar. Solo dejó a sus espaldas el perfume de las plantas de albahaca que había rozado a su paso. Viéndose sola allí fuera, Maria-Grazia deseó al instante no

haberlo seguido.

Se apoyó en el alféizar y se asomó a la ventana de la cocina. Las piernas ya casi no le respondían. Sin embargo, se había apoderado de ella la feroz determinación de ver qué estaba pasando ahí dentro.

Y lo que vio fueron velas encendidas, como en un velatorio. Y a vecinos, todos hombres, cuyos nombres solo recordaba vagamente: pescadores y labriegos. Mazzu, Dacosta, Terazzu. Sobre la mesa vacía de la cocina, Pierino yacía tendido boca arriba y con el vello del pecho empapado en gasolina, como una tarde del verano anterior, cuando el motor de su barca se había partido en dos y lo había rociado de combustible. («Hicieron falta veinte cubos de agua caliente —se quejó su mujer, Ágata la hija del panadero—, y seguía apestando a gasolina. Se olía en cualquier parte de la casa: en la comida que yo preparaba, en los muebles de la salita, en los huevos de las gallinas del patio...»).

A través del cristal, Maria-Grazia veía ahora a esa misma anciana de pie junto a la cabeza de Pierino, y a la hija más pequeña de este, Santa Maria, a sus pies. Y ahí estaba también su propio padre, agachado para no golpearse la cabeza con el techo. Alguien encendió la luz eléctrica. Las vetas del pecho del pescador brillaron y Maria-Grazia comprendió al instante que no eran de gasolina, sino de sangre. Le habían arrancado tiras de piel.

Su padre dijo algo, y aunque el cristal absorbió parte de sus palabras, otras llegaron con claridad al callejón, donde la niña se encogió de terror.

—¿Cuándo? —dijo su padre.

—Hace dos horas —contestó Ágata la hija del panadero—. Votó que no, *signor il dottore*. Fue él quien lo hizo. Ojalá, por la gracia de santa Ágata, no se le hubiera metido en la cabeza votar «No».

Su padre empezó a lavarle el pecho a Pierino con un algodón empapado en un líquido claro, deteniéndose a quitar los granitos de arenilla que brillaban a la luz de la lámpara y que dejaba entonces en una mantequera, a su lado. Mientras el doctor trabajaba con las pinzas, el pecho de Pierino subía y bajaba. Su padre procedió entonces a vendarlo con ayuda de los pescadores, que levantaban a Pierino como si halaran sus redes llenas de *sarde*, y luego lo volvían a bajar.

—¿Quién ha hecho esto? —quiso saber su padre.

Ágata la hija del panadero se vino abajo y se dio la vuelta con la cara entre las manos.

Maria-Grazia escuchó la voz estentórea del viejo Rizzu.

—Lo han traído hasta aquí para arrojarlo en el callejón. La *signora* Ágata ha salido al oír el ruido, pensando que eran perros callejeros que armaban lío, y se ha encontrado a su marido ahí tirado en el suelo, como un montón de basura vieja. El responsable ya había huido corriendo... ¡menudo *figlio di puttana*! Le he presentado mi dimisión al *conte*, ya estoy harto de sus amigotes y de su política.

—¿Ha sido el conde quien lo ha hecho? ¿O Arcangelo?

Y entonces un susurro:

—No... no... *il conte* no. Ni el *signor* Arcangelo.

Pierino despertó tosiendo y empezó a retorcerse sobre la mesa. Amedeo le hizo tenderse de nuevo y continuó con el vendaje. El pescador siguió revolviéndose unos horribles minutos más antes de volver a quedar inmóvil. Su padre se concentró entonces en la cabeza y le afeitó el cuero cabelludo con una cuchilla. Apareció una herida, un tajo como el interior de una naranja sanguina. El doctor se afanó en el borde de esa herida con su aguja, empapándose los brazos en el jugo rojo de Pierino.

Maria-Grazia no conseguía apartar los dedos del alféizar. El terror los mantenía pegados a él. Empezó a inventarse una historia acerca de que lo que brotaba de Pierino no era su sangre, sino gasolina, o quizá la sangre inofensiva de un pez. El más joven de los pescadores, Totò, que era capaz de capturar veinte atunes pequeños en una sola tarde y después bailar toda la noche con una chica en la terraza del bar, había aparecido una vez ladera arriba, al amanecer, empapado en sangre como un verdugo. Afirmó haber estado luchando con un atún más grande que él mismo durante un día y una noche, y en efecto, los demás pescadores lo siguieron hasta la cocina de su madre, cantando y portando el cuerpo del atún en una tabla sobre sus cabezas.

También ellos iban cubiertos de sangre, y la anciana madre de Totò se había desmayado en el acto al verlos, antes siquiera de poder regañarlos por manchar las baldosas de la cocina.

Pero Maria-Grazia sabía que esa historia no era la verdadera, aquella vez no. Pierino era viejo. Solo un hombre joven como Totò podía luchar contra un atún.

Se percató entonces de que su padre casi había acabado de curar a Pierino. Cosía la costura abierta en la cabeza del pescador con la misma pulcritud con que su madre, Pina, remendaba los bombachos rotos de sus hermanos. Llevaba mucho rato dando puntadas. Mientras ella observaba, la luz gris del amanecer iluminó la piel gris de Pierino y se reflejó en el cristal haciendo que la escena se desvaneciera un poco. Finalmente, cuando su padre hubo acabado de coser, volvió a decir algo. Maria-Grazia no pudo oírlo todo, solo unas palabras aquí y allá en los silencios entre las olas, pues aquella mañana el mar estaba agitado. En un día normal, Pierino, vestido con el chaleco y los pantalones de *tweed* grasientos, habría salido ya hacia la orilla llevando a rastras sus redes y nasas.

—Una hemorragia cerebral —oyó Maria-Grazia—. No sé muy bien hasta qué punto... una recuperación difícil... Reposo y muchos cuidados...

Y Ágata la hija del panadero se desplomó sobre su marido como si llevara una cadena gruesa en torno al cuello. Cuando Amedeo salió por la puerta, también se movía pesadamente.

—¡Mariuzza! —exclamó al verla ante la ventana—. ¿Qué haces aquí? ¿Qué pasa?

A ella le temblaban las piernas; ya no podían sostenerla. No sabía cómo iba a volver a casa una vez que se soltara de aquel alféizar, y de repente, sintiendo más lástima por sí misma que por Pierino o Ágata la hija del panadero, o incluso que por

su pobre y cansado padre, se echó a llorar. Él se acercó, la cogió en brazos y le despegó los dedos del alféizar como quien arranca un *riccio di mare* de una roca.

—*Gesù*, Maria-Grazia. ¿Qué ocurre?

—Papá, me ha parecido que iba a pasar algo malo, así que he venido a buscarte, y entonces me he quedado aquí atascada porque ya no me respondían las piernas. No pretendía espiarte. He pensado que cuando salieras me encontrarías.

—¿Cuánto rato llevabas aquí? —preguntó su padre, sacudiéndola un poco—. ¿Qué has visto?

Maria-Grazia se sorprendió llorando con mayor violencia que nunca.

—Solo cinco minutos —gimió—. Solo cinco minutos. No he visto nada.

—¿Qué has visto?

—Nada... Nada.

Su padre la abrazó y la acunó. Finalmente la dejó en el suelo y la miró de arriba abajo.

—¿Dónde están tus férulas?

—No me las he puesto.

—¡Maria-Grazia! ¿Has venido andando hasta aquí por tu propio pie, sin las férulas?

—Sí, papá. Lo siento mucho.

Pero su padre la levantó en volandas y, pese al hedor a sangre y agotamiento que aún se aferraba a su cuerpo, la hizo dar vueltas y más vueltas de pura alegría.

Y recorriendo en brazos de su padre las calles en pleno despertar, Maria-Grazia empezó a sentirse un poco mejor. Según él, debían hacerlo a escondidas, porque ciertas personas no querían que él curase a Pierino, de modo que no la llevó por la calle mayor, sino por el callejón de la familia Fazzoli, donde el flamear de la colada le refrescaba la cara a Maria-Grazia al pasar. Poco después, su padre estaba acostándola de nuevo.

—¿Va a morir Pierino? —quiso saber.

—No. Duérmete, Mariuzza. Escucha el mar.

Se esforzó en subir hasta la superficie de la vigilia una sola vez, para preguntar con inquietud por la escuela. Pero su padre se limitó a acariciarle la frente y a susurrar:

—Chis. Chis. Ya habrá tiempo para el colegio mañana. Duérmete.

La niña se sumió en un letargo sin sueños, tan abrumador como el romper de las olas en la orilla.

Lo tercero que presenció Maria-Grazia aquel año en que cumplió los nueve también tuvo que ver con su padre.

Se acercaba el final del verano: las buganvillas se veían mustias y desgredadas, el polvo lo llenaba todo y los ánimos estaban por los suelos. Una tarde, sentada en el

porche con *Micetto*, la niña reparó en el alboroto que había en la plaza. Sus hermanos habían estado inmersos en el partido de fútbol que se disputaba a diario, mediante turnos de jugadores que iban alternándose, desde el final de la siesta hasta las once o las doce de la noche. Sin embargo, en ese momento el partido acababa de interrumpirse y se oían voces airadas. Cuando levantó la cabeza, advirtió que sus hermanos estaban en el centro del jaleo. Flavio y Filippo, el hijo menor de Arcangelo, se empujaban el uno al otro e intercambiaban insultos. Los chicos se convirtieron en una marea que avanzaba y retrocedía a medida que se lanzaban insultos y se arrojaban piedras. Filippo cogió su pelota y le soltó un escupitajo a Flavio, pero se quedó corto y aterrizó en el polvo. Tullio y Aurelio agarraron entonces a su furibundo hermano para llevárselo a rastras hacia la Casa al Borde de la Noche, y el resto de niños se dispersó. Sus hermanos consiguieron arrastrar a Flavio hasta la terraza del bar, donde se retorció para liberarse y subir los peldaños a la carrera.

Aquel verano Maria-Grazia estaba aprendiendo a quitarse de en medio. Cogió un gato en brazos y retrocedió hasta ocultarse tras unas ramas de la enredadera.

—Yo no he llegado a oír qué ha dicho —le siseaba Tullio a Flavio—. Y no vamos a dejarte ir a por él. Contrólate, Flavio. Si mamá te ve, sabrá que has estado peleándote y habrá problemas. Cuéntame qué te decía Filippo.

Para entonces, Flavio estaba hecho un basilisco.

—¡Ha hecho circular mentiras asquerosas sobre papá! —exclamó por fin—. Él y todos los demás, pero las de Filippo son las peores. Les ha dicho a todos que papá hizo cosas vergonzosas en las cuevas junto al mar con la mujer del *conte*, Carmela. Hace años, antes de que nosotros nacióéramos. Y no es verdad, ¡no me lo creo!

Maria-Grazia vio que Tullio se alejaba, se sentaba a la mesa más cercana y apoyaba la cabeza en la mano como hacía su padre cuando lo atenazaba alguna idea complicada que deseaba llevar a buen término. Flavio empezó a pasearse de aquí para allá por el porche y, finalmente, se puso a golpear los travesaños, presa de la frustración. Aurelio soltó un pequeño gemido, se acercó a él y lo cogió por el hombro.

—No es verdad —declaró por fin Tullio con solemnidad—. Claro que no. Pero alguien intenta deshonorar a nuestra familia. Alguien quiere reírse de papá por esas malditas elecciones de las que todos andan hablando. Alguien nos la tiene jurada, *ragazzi*.

—¡Es ese cabrón de Filippo! —Flavio no podía soportar que se hablara con tanta racionalidad de su enemigo—. ¡No es «alguien», sino él! ¡Es a él a quien le iría bien una buena tunda! ¡Quien merece que le partan los tobillos! ¡Si no me lo hubierais impedido, yo mismo lo habría hecho!

La puerta de vaivén se abrió y apareció su madre.

—¿Qué es lo que estoy oyendo? ¿Flavio? ¿Tullio?

Su tono de maestra bastó para que Tullio se levantara de un brinco del asiento, pero Flavio siguió dando rienda suelta a su ira.

—Mamá, los chicos del colegio han estado diciendo cosas sobre papá y tenemos que hacerlos entrar en razón a base de tortas, solo eso. Es asunto nuestro y de nadie más, ni tuyo ni de papá...

—¡Que no es asunto mío! Si te pillo peleándote otra vez, Flavio, sí que será asunto mío... Te quedarás en casa conmigo a coser calcetines, destripar pollos y pelar patatas durante todo el verano, ¡no saldrás ni una sola vez a jugar!

Pero, aunque los otros dos agacharon la cabeza y se movieron de aquí para allá arrastrando los pies, la ira de Flavio era inextinguible.

—¡No sabes lo que andan diciendo, mamá! Chismorrear diciendo que papá hizo cosas feas con la mujer del *conte*. ¡Aseguran que follaba con ella por toda la isla, detrás de los matorrales, en las cuevas junto al mar! ¡Y con esa *puttana*!

Pina no le dio un bofetón a Flavio, ni siquiera lo regañó por decir palabrotas.

—Baja la voz —dijo—. ¡Baja la voz ahora mismo, Flavio!

—¡No!

—Vas a bajar la voz.

—¡No, no lo haré!

De pronto, la ira de Pina se volvió más fuerte y enérgica que la de su hijo y acabó doblegándola.

—¡No toleraré que habléis así cuando nuestros vecinos pueden oírlo! ¡No pienso permitirlo! Entrad ahora mismo, todos. ¿Dónde se ha metido Maria-Grazia? ¡El *risotto* se está pegando a la cazuela mientras tengo que ocuparme de vosotros!

—¿Es verdad lo de papá? —musitó Tullio.

—Por supuesto que no... Por supuesto que vuestro padre no hizo esas cosas... ¿Por qué creéis que estoy tan enfadada? ¿Acaso no tenéis la suficiente inteligencia entre los tres para saber qué es verdad y qué no lo es?

Incluso Flavio, con los puños apretados, se rindió cuando Pina lo hizo entrar por la puerta. En la plaza solo quedaron el calor y el silencio.

Y oculta tras la enredadera, pese a la sensación horrible y angustiada que le encogía el pecho, Maria-Grazia tuvo la certeza de que su padre era inocente.

No mucho después, otro rumor empezó a circular por la isla. Según se decía, se había visto a Flavio llegando a casa tarde y tratando de pasar inadvertido la noche de la paliza a Pierino. Cuando le preguntaron al maestro Calleja a qué hora había mandado al chico a casa desde la reunión de los Balillas, su respuesta fue categórica: un buen rato antes de las nueve. Flavio no había llegado esa noche hasta las diez, y a Pierino lo habían encontrado justo a esa misma hora; Ágata la hija del panadero lo confirmó.

Una mañana, encontraron un objeto macabro hundido entre las ramas de las buganvillas del porche de la Casa al Borde de la Noche, algo que su padre trató de ocultarle a Maria-Grazia, pero que la niña vio con espantosa claridad: un látigo para caballos enorme, con las trallas cubiertas de una costra de sangre seca.

Aquella fue la cuarta escena que Maria-Grazia presenci6, la deshonra de su hermano. A lo largo de los a6os, los isle6os contar6an muchas historias sobre lo ocurrido la noche de la paliza a Pierino. La de Flavio fue la primera, y ella fue la primera de los Esp6sito en o6rla, susurrada a sus espaldas en el patio del colegio con muy malas intenciones.

Seg6n el rumor, Flavio Esp6sito, tras verse despachado antes de hora de la reuni6n de los Balillas, hab6a tomado el sendero oculto entre las chumberas y llegado a la carretera alrededor de las nueve y media, cuando Pierino regresaba del mar, solo y un poco borracho tras una buena jornada de pesca. Mientras sub6a la colina desde la *tonnara*, Pierino no repar6 en que el chico de los Esp6sito lo segu6a.

En la esquina oscura de la casa de Pierino, bajo la colada que ondeaba, Flavio hab6a atacado. Todos sab6an que el hijo del doctor era un buen fascista, uno de los favoritos del profesor Calleja, pero el chico hab6a ido demasiado lejos esta vez, la verdad —con una buena dosis de aceite de ricino habr6a bastado—; adem6s, ¿no era Pierino una especie de primo de su madre? Todo el asunto era vergonzoso. Con un golpe oportuno en la cabeza, Flavio hab6a dejado inconsciente a Pierino, y cuando el pescador cay6 al suelo, lo hab6a molido a latigazos en el pecho. Luego debi6 de volver a casa por caminos poco frecuentados y *vaneddi* y, despu6s de ocultar el látigo entre las ramas de la enredadera, hab6a subido los pelda6os de la Casa al Borde de la Noche y aparecido ante sus padres con la trompeta en la mano, como si fuera un muchacho inocente.

—¿Yo no lo hice! —exclam6 Flavio cuando su padre sostuvo el látigo ante 6l—. ¿Alguien lo ha puesto ah6 para deshonrarme, para deshonrarnos a todos, para que todos piensen que el culpable fui yo! No he visto ese látigo en mi vida. ¿Por qu6 iba yo a darle una paliza a Pierino? Es de la familia. Adem6s, el profesor Calleja me ech6 a las nueve y media.

Pero cuando su padre lo zarande6 agarr6ndolo de las muñecas y exigi6 que les contara de inmediato qui6n pod6a haber difundido un rumor tan perverso, Flavio no supo qu6 responder.

Lleg6 la noticia de que el mozo de cuadra del *conte* se hab6a percatado de la desaparici6n de un látigo antiguo como aquel de los establos de su se6or. No sab6a decir cu6ndo lo hab6an robado, pues hab6a estado colgado all6, cubierto de telara6as, durante m6s de cien a6os, y nunca le hab6a prestado atenci6n. Solo ahora se daba cuenta de repente de que ya no estaba, quiz6 desde hac6a unos seis meses. ¿No pod6a el chico de los Esp6sito haber entrado a hurtadillas para robarlo despu6s de abandonar aquella noche de la reuni6n de los Balillas?

—¿C6mo podr6a haberlo robado yo? ¿C6mo iba a hacerlo, si nunca he puesto un pie en esos establos? Adem6s, ¿qu6 hay de mi trompeta? La llev6 conmigo todo el tiempo. ¿C6mo iba a golpear a un hombre hasta dejarlo inconsciente con un látigo en una mano y una trompeta en la otra?

Por otro lado, ni Santa Maria ni 6gata la hija del panadero hab6an o6do toses en el

callejón aquella noche, y Flavio seguía padeciendo la misma tos que lo había atormentado todo el año.

Entretanto, el pobre Pierino estaba muy mal. Ya no podía hablar ni mover el costado derecho del cuerpo. Cuando su mujer y sus hijas le hablaban, brotaban las lágrimas en sus ojos de cordero degollado, pero no decía nada. La muerte lo rondaba; parecía solo cuestión de tiempo. Para muchos isleños, su silencio era una prueba más de la culpabilidad de Flavio.

Una noche, uno de los ancianos jugadores de *scopa* se atrevió a expresar esas sospechas demasiado abiertamente en el bar. Amedeo se irguió entonces en toda su estatura.

—No fue mi hijo —declaró—. Mi hijo no tuvo nada que ver con ese ataque vergonzoso. Alguien pretende tenderle una trampa para incriminarlo, pero nunca ha hecho nada malo. Cuando descubra quién es, tendrá que irse de esta isla, porque no dejaré de perseguirlo hasta que lo haga. ¿Cómo podéis dar crédito a una mentira tan perversa?

Después de aquello, nadie osó repetir la acusación. Y, un poco avergonzados, aquellos isleños que habían permitido que la historia se desbocara en su imaginación se acordaron entonces de que había sido el buen doctor Espósito, al fin y al cabo, quien había tratado a Pierino, y de que el pescador y la maestra eran primos lejanos. En la isla, sin embargo, las opiniones nunca volvieron a inclinarse del todo a favor de Flavio; el rumor había dejado una mancha en él, indefinible, imposible de quitar. Consciente de ello, Flavio se encerró en sí mismo y juró marcharse de allí.

La quinta escena que Maria-Grazia presencié fue más difícil de comprender, y no llegaría a hacerlo del todo hasta un cuarto de siglo después. Vio al prisionero-poeta Mario Vazzo, al anochecer, con el cabello aceitado y los zapatos sujetos con hilo de pescar de la antigua *tonnara*, darse la vuelta para irse tras el toque de corneta de los *fascisti*, y luego titubear, agarrar la muñeca de Pina y ponerle en la mano una única flor caída de la buganvilla.

Maria-Grazia también guardó aquello en su corazón.

La paliza a Pierino condujo, indirectamente, a la restitución de Amedeo como médico de la isla.

Aquel otoño, un rumor opuesto fue cobrando fuerza hasta sofocar aquel tan nefasto sobre Flavio. Alguien susurró en el bar que el *dottor* Vitale se había negado a curar las heridas de Pierino. Por eso habían mandado a buscar a Amedeo en plena noche y por eso era el antiguo médico, y no el que se suponía que ostentaba el cargo, quien supervisaba aún la recuperación del pescador. Para cuando cayó la noche, el rumor había alcanzado todos los rincones de la isla. Al día siguiente, el pobre *dottor* Vitale se encontró sin un solo paciente.

Entretanto, en los peldaños de la Casa al Borde de la Noche se había formado una cola desordenada de isleños enfermos o heridos.

—No puedo atenderlos —protestaba Amedeo ante las toses y los lamentos de sus aspirantes a pacientes—. Yo ya no soy el médico. Deben volver todos con el *dottor* Vitale, que está al corriente de sus tratamientos y tiene todas las medicinas.

Pero las campanadas a muerte por la reputación del *dottor* Vitale ya habían doblado.

La espantosa noche de la paliza a Pierino había cambiado a Amedeo. Las causantes de la alteración no fueron las heridas del pescador. Había suturado a soldados desmembrados en el río Piave; había visto a hombres destrozados por las bombas, hombres en carne viva por la metralla y las llamas. Siempre había sido capaz de separar esas cosas de su vida real, de la existencia que llevaba en privado, de puertas adentro en la Casa al Borde de la Noche. Sin embargo, cuando salió de aquella habitación manchada de sangre para encontrarse a Maria-Grazia de pie ante la ventana —su Mariuzza, la mejor y más pura de sus hijos—, la ira había hecho que la parte política de su ser despertara y se sacudiera, feroz como un oso tras la hibernación.

Se encontró entonces con que se iba convirtiendo gradualmente en un hombre político.

Permitió que Pina empleara al prisionero-poeta Mario Vazzo para trabajar en el bar por las tardes (los guardias impedían que cualquier preso trabajara hasta más allá de las cinco). Enviaban su salario directamente a su mujer y su hijo en Milán, quienes, según Mario, no habían padecido más que problemas desde que lo habían apresado a él, trasladándose de un piso a otro y con el crío acosado por una serie de resfriados y fiebres. A veces, sentado en el bar, el prisionero-poeta componía fragmentos de versos melancólicos en servilletas de papel que luego abandonaba y que Pina recuperaba después, orgullosa de que un poeta de verdad, un hombre culto, sirviera en la barra de la Casa al Borde de la Noche.

Nadie más tenía a un hombre ilustrado trabajando consigo, pues nadie más había empleado a un prisionero. De hecho, muchos dieron a entender que les parecía una verdadera vergüenza que prefirieran emplear a un hombre del norte, un hombre que ganaba cinco respetables liras al día, antes que a un oriundo de la isla. Pero Pina lo había decidido así, y Amedeo, a fin de cuentas, lo delegaba todo en Pina.

Mario Vazzo tenía una espléndida melena de cabello rizado que, en su nueva pobreza, atusaba con aceite de oliva. Interrogaba a Amedeo sobre las leyendas de la isla, y pasaba días enteros enfrascado en el cuaderno rojo del doctor, documentándose para lo que él llamaba «un drama épico en verso». (Rizzu soltó un bufido al oír aquello, y Pina contraatacó llamándolo a él «filisteo», y durante un rato estuvo a punto de estallar una guerra entre ambos). Pina no permitía que los isleños se burlaran de Mario Vazzo, y aunque muchos de los viejos campesinos y de las viudas no podían tomarse del todo en serio a un hombre que se ganaba la vida garabateando en servilletas, no tardaron en mostrar hacia el poeta una suerte de respeto por su relación con la antigua maestra. Además, el tipo sentía fascinación por las leyendas de la isla, un interés que Amedeo estaba encantado de fomentar y que halagaba a todo el mundo. Pina le había contado al poeta, muy al principio, la historia de Castellamare.

—Tiene que haber alguna explicación para eso —comentó él—. Para ese sonido como un llanto. Para todas esas calaveras blancas.

—Por supuesto que la habrá —dijo el viejo Rizzu—, pero será sobrenatural. Esta isla es un lugar misterioso.

El poeta ponía por escrito todas esas cosas. Cuando los *fascisti*, sus guardias, entraban en el bar, desaparecía de la vista tras la cortina.

Para remediarlo, Pina inició una campaña de resistencia pasiva: se limitaba a tomar nota de las preferencias de los guardias —pastillas de violetas, cigarrillos Modiano, una marca particular de *arancello* de Palermo— y no reponía las existencias, de modo que, para exasperación de estos, se encontraban con que no había nada de lo que pedían.

—*Mi dispiace* —decía Pina—. La guerra en Abisinia ha vuelto a interrumpir el transporte de provisiones, *signore*.

Los *fascisti* se dirigían entonces a la tienda de Arcangelo, donde nunca parecían tener el mismo problema con los suministros.

Era cierto que todos esos actos los llevaba a cabo Pina, pero Amedeo ya no quería ignorar lo que estaba ocurriendo en su isla. Su mujer siempre le había llevado ventaja, ya desde aquella primera noche en la que él la había perseguido por toda la casa recogiendo las horquillas que caían de su pelo. Ahora también iba por delante de él y, como siempre, tenía razón. Además, Pierino era su último pariente vivo, por distante que fuera, e insistía en enviar paquetes con comida todas las semanas a Ágata la hija del panadero pese a la escasez de víveres en su propia casa, pues la familia del pescador lo estaba pasando mal ahora que él ya no trabajaba.

Una mañana al despertar, los isleños descubrieron que el *dottor* Vitale se había marchado. Sin médico en la isla, *il conte* y Arcangelo no pudieron hacer gran cosa por impedir que la gente acudiera al bar para que la trataran. Y si Amedeo atendía también de vez en cuando a los prisioneros heridos o enfermos... Bueno, lo cierto es que era escrupuloso a la hora de esconder su instrumental y cubrir sus huellas, y, por si fuera poco, los isleños juraban no saber nada al respecto.

De ese modo, Amedeo retomó la práctica de la medicina. Además, *il conte* seguía teniendo su artrítica lesión de guerra, y Arcangelo sus indigestiones, y aunque ambos eran demasiado orgullosos para acudir al doctor directamente, no tardaron en empezar a mandar a sus hijos en busca de frascos de pastillas, como hacían todos los demás.

Durante los dieciséis años transcurridos desde el nacimiento de Tullio, Amedeo no había dejado de observar a su mellizo fantasmal, Andrea d'Isantu, en busca de indicios de semejanza. Sin embargo, pese a haber nacido prácticamente en el mismo minuto de la misma noche, los dos muchachos nunca se habían parecido y, que él supiera, nunca se habían dirigido la palabra excepto cuando la escuela o las actividades de los Balillas lo exigían. No obstante, Andrea tampoco había salido al conde. Siempre había sido un crío endeble, enjuto, más parecido al hijo de un pobre y sin una pizca de la opulenta gordura del *conte*. Ahora, a los dieciséis, su delgadez había dado paso a algo más nervudo y poderoso. Las notas de Andrea en la escuela, según los hijos de Amedeo, eran impecables (solo quedaban por debajo de las de Maria-Grazia, que empezaba a tomarle la delantera). Había destacado en los Balillas y pasado a formar parte de los Avanguardisti —donde superaba incluso al entusiasta Flavio en los deportes y las prácticas de tiro—, e iban a enviarlo a una universidad de la Italia peninsular, donde esperaba formar parte activa de los Fasci Giovanili di Combattimento y convertirse después en miembro del partido.

Amedeo trataba de entablar conversación con Andrea cuando este acudía todos los meses en busca de las aspirinas de su padre, pero el muchacho era extrañamente reservado. «Mis hijos me cuentan que vas muy bien en el colegio», le decía, y Andrea se limitaba a responder: «Sí, *dottore*, me va muy bien, gracias al maestro Calleja». O «¿Cómo se toma tu madre la perspectiva de que te marches a la universidad dentro de un par de años?», preguntaba sintiendo una punzada de culpa al mencionar a Carmela en voz alta por si daba algún indicio de sentir todavía algo por ella, pero el muchacho solo decía: «Bien, gracias, *dottore*. Comprende mis deseos de mejorar con mi marcha al continente».

Amedeo sabía que esto último era una mentira, por educada que fuera, porque siempre que había visto a Carmela con el chico —a cierta distancia, durante las fiestas del pueblo o circulando a bordo del automóvil del *conte*—, le había resultado obvio que adoraba a su hijo. En público, se aferraba a su brazo para sostenerse o

espantaba imaginarios mosquitos de su cabello. Andrea soportaba toda esa atención con la misma ecuanimidad clarividente con que lo soportaba todo, permitiendo que su madre lo acariciara y mimara sin sentir la necesidad de quitársela de encima como les habría pasado a otros chicos. Era más educado y sereno que su padre, y caía mejor en la isla, y, sin embargo, de algún extraño modo, transmitía la sensación de ser más peligroso.

—Con el conde, uno sabe a qué atenerse —decía Rizzu—. Por eso pude aguantar veintiséis años trabajando para él. Grita cuando está enfadado y ríe cuando está contento, y así sabes si vale más quitarte de en medio o darle coba para pedirle un favor. Incluso de niño era así. Su padre era mejor como terrateniente, pero a este, al *signor il conte* de ahora, cuesta poco adivinarle el pensamiento. Sin embargo, vaya usted a saber qué estará pensando ese Andrea, con esos ojos tan astutos. Es un chico educado, eso sí, pero diría que a la larga se convertirá en un patrón más duro de roer.

Aun así, Amedeo tenía poco tiempo para pensar en Andrea, porque sus propios hijos ya casi tenían la edad en que haría falta encontrarles ocupaciones.

Había sentido un amor feroz y desgarrador por sus tres varones cuando eran pequeños, pero los jóvenes en que se habían convertido lo llenaban a veces de inquietud. Parecían pertenecer más al mundo que había fuera de la Casa al Borde de la Noche que a Pina y a él. No habría imaginado jamás que la crianza de los hijos fuera así, un proceso lento de pérdida. El sombrío Flavio, el mediano, era el más preocupante. Había desarrollado una fascinación extraña por los *fascisti*, y en los últimos años eso lo había distanciado de su madre. Había insistido en clavar un retrato del Duce sobre su cama —hasta que un día Pina lo arrancó y lo metió en un cajón— y practicaba marchas fascistas con la trompeta todas las tardes. Últimamente, daba la sensación de que anduviese recorriendo siempre la isla con los pantalones bombachos y el fez negro de los Avanguardisti, encaramándose a montículos y dejándose caer en zanjas mientras disparaba armas. Cuando no estaba con los Balillas, Flavio era más cerrado que un *riccio di mare*: sombrío y adusto, de actitud reservada y costumbres rígidas, como el propio Amedeo había sido de joven.

Por el contrario, Tullio, con sus cejas pobladas, parecía incapaz de parar de hablar. Apoyado en el porche, con el cabello negro y espeso como el de su madre y la gran estatura de Amedeo, conquistaba a las muchachas que pasaban de camino a casa al salir de misa, intercambiaba pitillos con los pescadores y se ganaba la confianza de los viejos jugadores de *scopa*. En resumen, era objeto de la admiración de todos. Pero tanta seguridad en sí mismo inquietaba a su padre; parecía algo demasiado grande para caber en una isla de ocho kilómetros. Tullio parloteaba sin cesar sobre Estados Unidos, donde vivía un primo de los Rizzu que supuestamente conducía un automóvil enorme y tenía un refrigerador tras haber salido por sus propios medios de la Gran Depresión y progresado de forma espectacular. El propio Tullio no tardaría mucho en lanzarse también a cruzar el mar, se temía Amedeo. En más de una ocasión había tenido que arrancar a su hijo mayor del jardín de las buganvillas, donde lo había

descubierto enredado en los brazos de la mayor de las chicas Mazzu, para escándalo de los viejos jugadores de *scopa*. Además, el muchacho circulaba por la isla en su bicicleta a tanta velocidad que Pina se temía que acabara sufriendo un impacto mortal contra el automóvil del conde.

El menor de sus hijos, Aurelio, no hablaba de abandonar la isla, principalmente porque aún estaba embarcado en el doloroso y prolongado proceso de terminar los últimos cursos de la escuela. Amedeo tenía la sensación de que, de los varones, el pequeño era el que más le pertenecía. Aurelio aún se le acercaba a veces con sigilo para pedirle que le contara la historia más reciente de su cuaderno rojo, y aún se sentaba junto a su hermana en el porche para hacer rabiarse al gato, *Micetto*. El chico tenía una cara redonda y agradable, y una voz que todavía lo traicionaba de vez en cuando de manera encantadora. Pero Amedeo sabía que incluso él acabaría por cansarse de cazar lagartijas en el monte, de zambullirse en el mismo retazo de mar desde las mismas rocas cada fin de semana de verano, de los interminables partidos de fútbol en la plaza. Veía que su hijo pequeño seguía al mayor, Tullio, por todas partes, imitando sus andares arrogantes y alisándose el cabello con aceite para imitarlo.

Y ahora temía, en el fondo, que le hacía falta algún pretexto para impedir que sus inquietos hijos se marcharan de la isla. Así pues, decidió meterlos de lleno en la vida del bar. Les enseñó a preparar café y chocolate igual que Gesuina se lo había enseñado a él casi veinte años atrás, los tenía levantados hasta altas horas haciendo bolas de arroz y pastelitos y los tentaba con una modesta parte de los beneficios para que la gastaran en lo que quisieran: bombones, cromos de fútbol o regalos para las chicas del vecindario que merodeaban por el porche las noches de los sábados confiando en ver a «los chicos Espósito». Los tres caminaban con el aire arrogante que imaginaban a las estrellas cinematográficas de Estados Unidos y se aplicaban aceite en el pelo igual que el prisionero-poeta Mario Vazzo.

Lo cierto era que Amedeo estaba cada vez más absorto en sus labores de médico no oficial de la isla, así que se alegraba de contar con la ayuda de los chicos en el bar. En aquellos tiempos, la gente acudía a la parte trasera de la casa a que le sacaran una muela o le vendaran un brazo, y a la delantera a que le sirvieran vino dulce y café bien fuerte o a jugar a las cartas; y a veces hacían ambas cosas en el transcurso de la misma tarde. En la galería del porche, los pacientes convalecientes y otros clientes podían sentarse bajo el despliegue caótico de las enredaderas y tomar café o licores mientras contemplaban las vistas desde el singular emplazamiento del bar: en una dirección, la vasta extensión esplendorosa y bullente de Europa; en la otra, la inmensidad del mar.

Un día, Amedeo sorprendió a su hija llorando en los peldaños del porche.

—¿Qué te pasa, Mariuzza? —preguntó mientras la cubría de besos—. ¿Está

enfermo *Micetto*?

—No, no —contestó ella enfadada—. No es eso, papá.

—¿Pues qué es? ¿Te duelen las piernas?

—Papá, hace tres años que no me duelen las piernas.

Amedeo supuso que tenía razón.

—¿Qué te pasa, entonces?

Maria-Grazia soltó un pequeño bufido de irritación.

—¿Por qué nunca me dejas echar una mano en el bar? A Tullio, Flavio y Aurelio sí los dejas. Y ¿por qué no puedo ir a las *Piccole Italiane*, como las demás niñas, y participar en las marchas y en las acampadas y cantar himnos? Mis hermanos fueron a los Balillas. Sé cantar, papá. Y puedo ayudar en el bar, hacer cuentas y servir a los clientes mucho mejor que Tullio, que siempre anda enfrascado en esas revistas con fotos de coches, o que Aurelio, ¡que a duras penas sabe dónde tiene la cabeza!

Amedeo, un poco aturdido ante aquel torrente de reproches, contestó:

—Pero... ¿De verdad te apetece echar una mano en el bar? Eres una chica lista, podrías llegar a convertirte en una mujer culta. Y no me digas que quieres asistir a esos sábados de los fascistas, o a sus campamentos...

—¡Mis piernas están perfectamente! —estalló Maria-Grazia—. ¡Y todos los demás van a esas cosas! ¡Soy la única de toda la isla que no va!

Y sin más, la muchacha desapareció furibunda tras la cortina del bar. Amedeo oyó alejarse sus pasos a través de la casa —aún ligeramente inestables tras tantos años de aparatos— con una mezcla de exasperación y amor.

¿Incluso Maria-Grazia iba a convertirse en una adolescente recalcitrante? Le dio la sensación de que no podría soportarlo. Más tarde, fue en su busca y, calmándola con apodos cariñosos y una selección de pastelitos del bar, accedió a que asistiera a las *Piccole Italiane* a modo de prueba.

La prueba en cuestión resultó breve. La agrupación no la admitió en sus filas. Al maestro Calleja le pareció que no podría mantener el ritmo de las demás, que sus piernas debiluchas serían un impedimento.

Maria-Grazia subió corriendo los peldaños del bar hecha un mar de lágrimas e hizo caso omiso de las preguntas de su padre.

—¡No quiero volver a oír hablar de las *Piccole Italiane*! —exclamó—. ¡Me marcharé a Sicilia y me meteré monja!

Fue el poeta Mario Vazzo quien consiguió que saliera de nuevo, la serenó con sus encantos y finalmente la niña cedió y, un poco enfadada consigo misma, volvió a bajar.

—Mandaré a tu madre a hablar con ese idiota del maestro Calleja —dijo Amedeo—. Lo hará entrar en razón en un santiamén.

—No quiero saber nada más de la cuestión, papá —zanjó Maria-Grazia.

Él quería hablar con Pina del asunto, pero, al día siguiente, los periódicos venían llenos del Führer alemán, el gran amigo del Duce, y de su guerra en Polonia. Aunque

Il Duce se mantendría en sus trece y vacilaría un año más, esa guerra no tardaría en convertirse en el único tema de conversación posible para todos. Y fue esa guerra la que se llevó a los hijos varones de Amedeo, uno por uno, lejos de la isla.

Poco después de que Tullio hubiese cumplido diecinueve años, todos los chicos de su antigua clase de la escuela recibieron cartas en las que se les ordenaba viajar a Sicilia. Una vez allí, debían someterse a una revisión médica. Tullio regresó de dicho examen con un nuevo corte de pelo urbano y abrumado por pensamientos que lo volvían callado y meditabundo pese a que nunca había sido un muchacho introvertido. Lo habían declarado médicamente apto, y al cabo de unos meses llegó una carta con un sobre verde que le mandaba presentarse en el cuartel de Siracusa.

Tullio consideró el asunto durante medio día, tumbado boca arriba en el dormitorio abarrotado de las medallas de fútbol y los coches de hojalata de su infancia, tras haber dado órdenes a sus hermanos de que no lo molestaran. Pero aquella noche, cuando sus amigos se congregaron en el porche del bar a hablar de aviones y ametralladoras, de las ciudades de Italia y de montañas lejanas, parecía ensimismado. Cuando el bar cerró sus puertas, se plantó ante sus padres para anunciarles su decisión.

—Voy a ir. Si no lo hiciera, durante toda la vida tendría la sensación de haberme perdido el mundo real. Además, no tengo elección, así que más vale que todos nos lo tomemos con la mayor alegría posible.

Su decisión dejó a Pina destrozada, pese a que desde que era pequeño la mujer había pensado que Tullio debía vivir lejos de la isla. Le pareció indecente que no llorara o se resistiese, que se despidiera con una sonrisa desde la barca de pesca que lo alejó de ellos.

—Acabarán llevándoselos a todos —dijo ella entre sollozos—. Por santa Ágata y todos los santos, ¿por qué deseé que se me concedieran tres varones?

Tullio les envió a modo de recuerdo una fotografía suya ataviado con el uniforme del regimiento. Cada dos semanas les mandaba cartas en las que aludía solo vagamente a su paradero. Por el polvo que caía de sus páginas, les parecía que se trataba de algún lugar cálido como su propia isla —Libia o Abisinia, no el norte frío— y Pina al menos dio gracias por ello.

Cuando Flavio recibió su carta verde, ya tenía hecha la maleta y se había entrenado haciendo flexiones y abdominales en su dormitorio para estar «listo para la batalla». Tres semanas más tarde, les mandó desde el cuartel de Siracusa una carta impaciente y sin signos de puntuación junto con la fotografía correspondiente, y no volvieron a saber de él.

El horrible día de 1942 en que el más pequeño, Aurelio, partió de la isla, Amedeo permaneció de pie ante la barra del bar sin pronunciar palabra, con las manos separadas y apoyadas en ella para sostenerse, clavado allí igual que Maria-Grazia años atrás en el alféizar de piedra de la ventana del pescador Pierino. Ni a ella ni a su

madre se les ocurrió nada que decirle.

En su fotografía, Aurelio se veía lloroso y un poco añorado, con el cuello irritado por la navaja de afeitar.

Las fotografías de los regimientos de los Espósito se añadieron a las expuestas en el pasillo, y a veces, cuando Maria-Grazia bajaba por las mañanas sin hacer ruido por las escaleras, encontraba a su padre de pie ante ellas.

En aquella época, oyó llorar a sus padres, algo de lo que nunca había sido testigo. El llanto la despertó una noche, completamente desorientada.

—¡Nunca debería haberlos animado a marcharse! —oyó decir a Pina entre sollozos—. ¡Nunca debí hablarles de Italia más allá de nuestras costas, ni de las universidades, las ciudades o los *palazzi*!

Y su padre respondió:

—¿Quién ha conseguido retener a sus hijos? Se han llevado incluso a los hijos de Rizzu, el oficial de reclutamiento los sacó de la isla a rastras. ¿Cómo íbamos a mantener a los nuestros aquí?

—Da igual, *amore* —contestó Pina llorando—, no volverán a casa. Lo sé... no van a volver...

Y entonces la voz de su padre se tornó también aguda, lamentándose:

—¡Nunca debí hacer aquel trato con la santa! ¡No debería haber trocado la vida de Maria-Grazia por las tuyas! ¿Qué he hecho, Pina, *amore*, qué he hecho?

Nadie consiguió sacarle qué pretendía decir con eso, ni Pina, ni su hija. Pero fue como si él ya supiera que los chicos no iban a volver.

La noticia de que Tullio había desaparecido en combate llegó por telegrama. Había ocurrido en Egipto. La comunicación de que a Aurelio lo habían dado por muerto en la misma batalla llegó una semana más tarde: los dos chicos, Tullio, el mayor, siempre líder, y Aurelio, el menor, siempre seguidor, habían desaparecido juntos. La notificación sobre el mediano, Flavio, llegó tres meses después, aunque había desaparecido en combate casi en el mismo momento.

Luego llegó una carta más larga en la que se informaba a Amedeo de que Il Duce le había concedido a Flavio una medalla por los servicios prestados contra los británicos en Egipto. Su sargento incluía dicha medalla, porque era lo único que se había encontrado de Flavio durante la retirada.

Sosteniendo en las manos el disco de metal, Amedeo se vino abajo, y lo mismo le ocurrió a Pina. Con los hombros hundidos, el médico echó a los clientes del bar y cerró las puertas.

—Seguirán cerradas —añadió— hasta que encuentren a nuestro Tullio, nuestro Flavio y nuestro Aurelio.

Se retiró a su estudio en la buhardilla de la casa, donde sacaba brillo una y otra vez a la medalla de Flavio como si tratara de borrar el relieve del Duce grabado en su

cara de bronce. Volvió a sumergirse en sus historias, sumido en una perplejidad que lo hacía parecer drogado. Entretanto, Pina, a quien habían pedido que volviera a impartir clases en la escuela ahora que el maestro Calleja estaba combatiendo en Trípoli, cumplía con su cometido con calma, pero por la casa se movía como si estuviera aletargada, sin que la perturbaran ya la ira, la pasión ni el orgullo feroz, ni, de hecho, nada en absoluto. A Maria-Grazia le daba la sensación de estar viviendo no con su madre, sino con el fantasma de la misma, y con un doble de su padre, distraído y desamparado, que iba de aquí para allá como un anciano encorvado.

La Casa al Borde de la Noche seguía cerrada. En los espejos de detrás de la barra, en los que el nombre del local se había grabado con una letra sinuosa y enrevesada, empezaban a aparecer manchas de herrumbre, y las lagartijas se paseaban por ellos dejando rastros de huellas de cuatro dedos. El bar, igual que todas las cosas en la isla sometidas a la influencia del sol y el polvo, recuperó su perpetuo tono ambarino desvaído con alarmante velocidad, de modo que, visto desde la distancia, parecía la fotografía en sepia de un edificio.

Maria-Grazia acabó de crecer en medio de aquel silencio reverencial. Sus padres estaban deshechos y ella los atendía con cariño. Pero en su interior se desataba una tormenta. Ella no estaba deshecha: tenía casi diecisiete años, llevaba dentro de sí un prieto ovillo de vida y se sentía aplastada entre ellos dos, con su dolor y sus silencios, sin apenas espacio para respirar. No quería creer, como hacían ellos, que sus hermanos no iban a volver a casa, que nunca más descubrirían a Tullio enredado con alguna chica tras las buganvillas, que Flavio no volvería a interpretar con su trompeta una de sus marchas fascistas. Lo más difícil era lo de Aurelio, que (aunque nunca se lo había confesado a sus padres y se negaba a permitirse a sí misma recordarlo excepto muy de vez en cuando) había acudido a hurtadillas a su habitación de madrugada el día de su partida y llorado en sus brazos, atormentado por un temor sosegado. Sabía que Aurelio, siempre el más bondadoso de sus hermanos, en el fondo era como ella: nunca había querido marcharse de la isla, adoraba sus mediodías tras los postigos cerrados y sus caminos aplastados por el peso del calor y el silencio. A Aurelio le había bastado con aquel mundo pequeño, y aun así lo habían enviado muy lejos, cruzando el mar, para terminar perdido en los desiertos de África. Si se permitía pensar en eso, Maria-Grazia, al igual que sus padres, podía acabar negándose a seguir viviendo su propia vida. Así pues, por mera supervivencia, decidió no creer que sus hermanos habían muerto.

El verano siguiente a la partida de Aurelio, dos representantes del *conte* acudieron a la Casa al Borde de la Noche con una oferta por escrito para adquirir el bar.

—¿Por qué no? —soltó Amedeo con un aspaviento.

—¿Y qué harán Tullio, Flavio y Aurelio si vendemos el bar mientras ellos no están? —exclamó Maria-Grazia—. ¡Ten un poco de sentido común, papá!

—Las cuentas no cuadran —terció Amedeo—. Ya no tengo fuerzas para volver a abrir este sitio.

Maria-Grazia, cansada de los lloros de sus padres, asumió entonces el mando. Había acabado la escuela con las notas más altas: ochos y nueves, incluso dieces en aritmética y lengua y literatura italianas. Sin abrir siquiera los libros recibidos como premio (Pirandello, Dante y un volumen de poesía fascista), al día siguiente acometió la tarea de recuperar el bar. Si sus padres no eran capaces de ocuparse de la Casa al Borde de la Noche, lo haría ella.

Abrió sus puertas y empezó a dedicarse al negocio de manera limitada, en un intento de conjurar la ruina económica que había empezado a cernirse sobre ellos como la derrota que se cernía sobre el país entero. Cuando ahuyentó de los espejos a las lagartijas, que ya los consideraban su territorio, vio reflejarse en ellos el horizonte increíblemente azul del mar y se permitió soñar con el día en que sus hermanos lo cruzaran de regreso como héroes de guerra con medallas en el pecho. Entonces, tal vez, se convertiría en una mujer ilustrada, pero ahora no, todavía no.

Ya no podía conseguir el tabaco y las cerillas que antaño les llegaban de la isla vecina, ni los paquetes de goma de mascar o las botellas de licor. Un cargamento de *arancello* había sido objeto de un bombardeo en el estrecho de Messina; los pistachos para los pastelitos, que venían de Sicilia, ya no podían adquirirse porque los campesinos de esa isla, medio muertos de hambre tras haber perdido la mitad de la mano de obra en el esfuerzo bélico, consumían toda la cosecha para alimentarse. Desde los inicios de la guerra, las mujeres de Castellamare habían acaparado toda la comida llegada de fuera de sus costas que quedaba: latas de fruta y chocolate en polvo de la tienda de Arcangelo, paquetes de *biscotti*, salamis enormes. Maria-Grazia ya no podía conseguir café para el bar, y hacía mucho que era imposible preparar chocolate caliente. La panadería tampoco proporcionaba otra cosa que el pan duro y rústico de la isla, y cuando el suministro de harina se volvió esporádico, incluso este empezó a escasear y normalmente estaba seco y granuloso. Los cerdos de la isla estaban flacos, y el carnicero había recurrido a cortar los jamones en rodajas finas como pétalos para vender más por el mismo precio. Todo cuanto podía cosecharse en aquel verano de 1942 se recogió como de costumbre, pero después los aldeanos más desesperados irrumpieron en los campos como habían hecho en el siglo XIX y espigaron lo que quedaba, y otros se dedicaron a vagar por cercados y huertos abandonados en busca de las naranjas bergamotas, esas frutas rugosas que se dejaban en los árboles desde la temporada anterior y que unas veces resultaban succulentas y otras secas y arenosas por dentro. Los labriegos andaban también en busca de «verduras», que en realidad no eran más que malas hierbas y brotes de plantas, pero que podían atarse con cordel y venderse en el mercado. Recogían cubos de los grandes *babbaluci*, los caracoles que encontraban debajo de las rocas tras las lluvias y recolectaban frutos silvestres de los arbustos espinosos de las tierras de caza sin cultivar del *conte*.

Cuando llegara el final de la guerra, todos estarían comiendo caracoles y brotes verdes. Por el momento, Maria-Grazia servía burdas imitaciones de los magníficos

pastelitos de antaño, *arancello* y *limoncello* caseros —que compraba directamente a las viudas ancianas de la isla— y lo que ella bautizó como *caffè di guerra*: agua caliente con un residuo arenoso de café. De manera irregular y quejándose en voz bien alta, la gente continuó acudiendo a la Casa al Borde de la Noche, aunque solo fuera en busca de compañía. En los últimos años de la guerra, cuando todas las vías de ferrocarril habían sido bombardeadas y todos los puertos estaban ocupados, se inventaría platos fantásticos para los clientes con lo que quedaba disponible, una *limonata* sin nada de azúcar, café de achicoria, tostadas con tomate, tostadas con cebolla, tostadas con brotes verdes. De Sicilia podían conseguirse muy pocos bienes materiales, por la circulación constante de barcos de guerra en torno a la isla y porque en realidad no había nada que obtener. Pero de vez en cuando aparecían cosas extraordinarias en la playa. Una noche, el pescador ‘Ncilino, el yerno de Pierino, hizo correr la voz de que había una caja con varias radios sin cable que funcionaban a la perfección disponibles para venderse discretamente al mejor postor. Maria-Grazia lo abordó cuando regresaba de la playa y exigió ver los aparatos. Dos o tres de ellos habían sufrido daños al mojarse, otro tenía el dial destrozado y el último parecía intacto.

—Si me consigues las pilas —dijo Maria-Grazia— y si funciona, te la compraré.

El bar se estaba quedando anticuado y ella lo sabía, así que en un arranque de audacia que le impediría dormir durante varias noches, se gastó todos los beneficios de los dos primeros meses en aquella radio, superando incluso la oferta de Arcangelo, que quería adquirirla para su tienda. En cuanto ‘Ncilino consiguió las pilas, por medios que solo él conocía, la radio cobró vida.

Maria-Grazia la colocó sobre la barra. Le encantaban la emisora de la BBC, que podía sintonizarse de vez en cuando desde Malta («Si el viento sopla de donde toca», decía Gesuina) y cualquier otra que emitiera música de *jazz* u orquestal, tan distintas de las canciones lastimeras de la isla, que eran cuanto había escuchado hasta entonces. Sin embargo, haciendo gala de su astucia, la joven sintonizaba sobre todo emisoras que dieran noticias de la guerra. Ahora que el bar era suyo y que aquella radio podía informar a todo volumen del paradero de sus hijos, sobrinos y nietos, la gente entraba en tropel y se apiñaba en torno al aparato pese a tener que pagar nada menos que una lira por un *caffè di guerra* y una tostada de pan granuloso con unos cuantos brotes verdes encima.

—De haber sabido que te estaba vendiendo la única radio en toda Castellamare —comentó ‘Ncilino compungido—, te habría cobrado más por ella. Pero ahí la tienes, Maria-Grazia, eres una mujer de negocios muy lista, y no tengo nada más que decir. ¿Quién iba a sospechar que te convertirías en una joven tan astuta cuando andabas traqueteando por ahí con aquellos aparatos en las piernas?

Maria-Grazia sabía qué opinión habían tenido siempre sobre ella en la isla. Sabía que era, en el mejor de los casos, «esa pobre niña de los aparatos ortopédicos», y en el peor «la niña tullida», aunque hubiera dejado de llevarlos a los catorce años y

ahora se cansara solo cuando recorría largas distancias o caminaba cuesta arriba. No se había deshecho de aquellas férulas, sino que las había guardado en la vieja caja de licor Campari del estudio de su padre, en la buhardilla, entre otras reliquias de familia. A veces sentía el peso fantasmal de aquellos artilugios, y por lo visto el resto de los isleños seguía creyendo que aún los llevaba ciñéndole los tobillos. De hecho, la ciega Gesuina había tardado cuatro años en percatarse de que ya no los llevaba, por la simple razón de que nadie se había molestado en decírselo.

—Ya no oía el ruido, claro —explicó la anciana, que ya tenía casi noventa años y necesitaba que todas las mañanas la acompañaran hasta el bar y de vuelta—. Pero pensaba que era simplemente porque también me estaba quedando sorda.

Cuando empezó la guerra, Maria-Grazia tenía quince años. En aquella época, los varones jóvenes de Castellamare habían sufrido un cambio, una especie de fiebre: los chicos que no tardarían en partir habían empezado a cortejar a la desesperada incluso a sus compañeras de clase más inocentes, como si todos ellos estuvieran dejando un depósito a cuenta de futuras esposas y novias. Durante semanas, las chicas y sus galanes se habían dedicado a merodear por los callejones y las cuevas de la orilla para volver al anochecer con manchas rojizas en el cuello, como las de la piel de una platija, ganándose con ello las reprimendas de sus abuelas. Pero ningún chico cortejó a Maria-Grazia, y mientras ella esperaba sentada en los peldaños, comprendió con amargura que seguía ocupando un sitio aparte en aquella isla. Siempre sería una persona distinta: una chica por la que había que rezar, no de la que enamorarse.

Por esa y otras razones, Maria-Grazia no se percataba ahora de una simple verdad que habría resultado evidente en cualquier población más grande: la de que era hermosa.

En cualquier caso, durante aquellos años de guerra, cuando los grandes barcos grises producían verdaderos maremotos en las costas de la isla, cuando un sinnúmero de aviones —británicos según unos y alemanes según otros— cruzaban el inmenso cielo azul como nubes de mosquitos, advirtió que su forma de gobernar el bar despertaba respeto, aunque fuera a regañadientes y ganado con mucho esfuerzo. Pues todos veían cómo llevaba el negocio, con cautela, como el capitán de un barco pesquero que lo aleja de la ruina y las pérdidas para internarlo en aguas más seguras. Era amable con los viejos jugadores de *scopa* y las viudas de Santa Ágata; conquistaba por completo a los pescadores jubilados, como había hecho su hermano Tullio, y nadie podía negar que pasaba en pie ocho horas al día, o diez, tan erguida y alta (o casi) como cualquier otra chica en Castellamare.

Solo se permitía llorar por las noches, mientras barría colillas y los naipes de *scopa* combados del suelo, y no por autocompasión, sino por el absoluto agotamiento que le provocaban aquellas largas jornadas de trabajo, soledad y espera interminable.

Y entonces llegó el día de los barcos.

Como si fuera un milagro, empezaron a aparecer naves en el horizonte, unas grises y grandes como iglesias y otras diminutas, no mayores que la barca de pesca de Pierino. Ágata, la hermana del joven pescador Totò, que en su ausencia surcaba las aguas más profundas en la barca de su hermano, la *Santa Madonna*, con la misma audacia que él, llegó al bar aquella tarde con la nariz y las mejillas un poco quemadas. Informó de que se había acercado lo suficiente a los barcos para oír que a bordo se hablaba en «una especie de *inglese* extraño».

—¿Cuántos barcos hay? —Quisieron saber los viejos jugadores de *scopa*.

Ágata contestó que, según sus cálculos, había más de un millar.

—*Cazzo*, ¡quizá miles y miles de ellos!

Y añadió que, a juzgar por las ametralladoras y cañones que se veían a bordo, no estaban apiñándose en torno a Sicilia para hacer una visita turística a los templos griegos.

Al oír aquello se produjo un clamor de alegría, pues hacía mucho que los isleños habían dejado de fingir que simpatizaban con el fascismo o el socialismo o cualquier otro ismo, y preferían en cambio a cualquiera que pusiera punto final a la guerra para que sus hijos y sobrinos pudieran volver a casa.

La hermana de Totò, a quien todos llamaban «Ágata la pescadora», apuró dos vasos de agua y dos de *arancello* con unos labios tan secos como la tierra de la isla.

—Ojalá el tiempo fuera más clemente con ellos —continuó—. Ahí fuera hace un calor insoportable, pero se avecina un temporal *bastardo*, y todos esos *inglesi* acabarán mareados antes de tocar tierra, pues he oído decir que la mayoría de ellos ni siquiera se había hecho nunca a la mar.

Por supuesto, no había indicio alguno de temporal, pero todos los antepasados de Ágata la pescadora habían tenido aquel mismo don prodigioso de predecir el tiempo, así que nadie la contradijo. Poco después, con paso tranquilo y pinta de muchacho con sus pantalones masculinos y holgados y la boina, Ágata la pescadora se marchó para hacerse de nuevo a la mar.

—¡Lávate esa boca, jovencita! —exclamó Gesuina tras ella—. ¡No quiero volverte a oír decir *bastardo* ni *cazzo* aquí dentro, gracias!

—Lo siento, *nonna* —respondió la muchacha, avergonzada.

Los clientes se apelotonaron en torno a la radio, que transmitía una marcha fascista. Maria-Grazia sintonizó la emisora de la BBC. Esa sí tenía algo que decir. Escuchó atentamente, pero las voces inglesas no daban noticia alguna sobre barcos o el Mediterráneo.

—Hablan del tiempo que hace en Inglaterra —explicó.

—¿De verdad creéis que va a producirse una invasión? —preguntó un viejo jugador de *scopa*.

—Si fuera eso, no iban a contárnoslo —intervino Rizzu—. Pero la verdadera cuestión es si nuestra isla se librará o no... ¿Dejarán en paz Castellamare o tendremos que empuñar las horcas y los garfios atuneros para luchar?

—Dudo que Castellamare les sirva de gran cosa a los ingleses o los estadounidenses —intervino el padre Ignazio desde el rincón—, ni siquiera teniendo en cuenta su situación estratégica en el Mediterráneo y su evidente encanto natural.

—Ya, pero hemos sufrido una invasión tras otra desde que el primer bebé tomó aliento para llorar en esta isla —se lamentó Gesuina—. Y nuestro desdichado destino será que nos invadan otra vez... Perdone por llevarle la contraria, padre.

—No pasa nada —repuso el sacerdote, que se tapó la cara con el pañuelo.

El cura ya era un hombre anciano y se pasaba las tardes dormitando en el porche del bar. Pero ni siquiera él era capaz de dormir con el alboroto continuo de aquel día en concreto.

Maria-Grazia llamó a la puerta del dormitorio de piedra junto al patio y después a la del estudio en la buhardilla para despertar primero a su madre y luego a su padre.

—Dicen que los *inglesi* y los *americani* vienen para acá.

Su padre se levantó al instante y la siguió hasta el bar. Pero allí todavía se oía la música marcial y el ronroneo del ventilador del techo, y todo tenía el mismo aspecto que cualquier día de aquel último año. De modo que Amedeo regresó a la buhardilla de la casa y a su cuaderno de historias. Alrededor de las seis, cuando el calor empezaba a aflojar en el patio y en la plaza, llamó a su hija para que subiera.

—Tienes razón, Maria-Grazia. Observa el horizonte.

Su padre se inclinaba sobre unos prismáticos que habían pertenecido a Flavio, un premio de los Balillas. Ahora que la calima se había disipado un poco, los barcos eran bien visibles. Estaban reuniéndose a lo largo de la línea que separaba el cielo y el mar, dispuestos como gotas de lluvia sobre un cable.

Todo eso perturbó un poco a Maria-Grazia, la hizo vagar de una habitación a otra hasta salir al porche cuando en realidad debería haber estado ocupándose del bar.

Allí de pie, bajo la fresca maraña de enredaderas, oyó la voz de una niña. Miró bajo las mesas y descubrió a Concetta, que trataba sin éxito de tentar a *Micetto* para que saliera de la buganvilla.

—No quiere jugar conmigo —se quejó la cría.

—Ven, entra a tomar un vaso de *limonata* —dijo Maria-Grazia—. O un *arancino*, si tienes hambre.

—Ahí dentro están todos dándose empujones para llegar hasta la radio.

—Ya lo sé, pero ven conmigo. Te encontraré un sitio donde sentarte sin que te estorben.

Concetta, la hija de Arcangelo, era un espíritu libre que no parecía encajar en

ningún sitio; ni su padre ni su madre sabían qué hacer con ella. Despeinada y con la cara sucia, rondaba por la isla como un chaval, atrapando lagartijas que se guardaba en el delantal y aporreando cosas con un palo. La muchacha sufría de ataques severos; cuando tenía tres años, había caído redonda en plena plaza, presa de las convulsiones hasta que le salió espuma por la boca, y desde entonces los episodios no habían parado. Aunque Amedeo, tras examinarla, le había diagnosticado epilepsia, las ancianas del pueblo insistían en capturarla cuando vagaba por las calles para llevársela a rastras a la iglesia, donde rezaban avemarías y padrenuestros incontables por su alma atribulada.

Recientemente, para escapar de todas esas atenciones, Concetta se había aficionado a rondar por el bar, cerca de Maria-Grazia.

—Sí, por favor. Una *limonata*, por favor —pidió poniéndose en pie para revelar una frente cubierta por completo del polvo blanco del porche—. Y luego una bola de arroz, ¿o dos? —añadió esperanzada.

Maria-Grazia dejó un vaso y dos *arancini* sobre una servilleta en la barra y ayudó a la niña a sentarse en un taburete. A grandes mordiscos, Concetta devoró con satisfacción las bolas de arroz y luego apuró la limonada. De todos los clientes de Maria-Grazia, ella era la más agradecida. La niña no se acordaba de las gruesas bolas de arroz de antes de la guerra, que habían contado con la indiscutible ventaja de estar hechas con arroz de verdad y no con pan granuloso enrollado; tampoco sabía que la *limonata* era supuestamente dulce y no una bebida que te hacía esbozar una mueca y sorber entre dientes.

—Así está mejor —comentó Concetta satisfecha—. Me dolía la barriga de pasar hambre todo el día.

—¿Dónde has estado hoy? —preguntó Maria-Grazia.

—Por las rocas y las cuevas. Y con las cabras en casa de los Mazzu, pero hoy me he aburrido con ellas, porque aprieta mucho el calor y lo único que hacen es quedarse tumbadas y mover las orejas.

—Ten cuidado cuando andes sola por la isla —aconsejó Maria-Grazia—. Ahora mismo hay un montón de barcos en el mar preparándose para algo que está pasando en Sicilia.

No tenía muy claro sobre qué estaba advirtiendo a la niña.

—A mí no me preocupan los barcos —respondió Concetta—, a menos que hagan algo interesante como ponerse a combatir. Entonces sí que iría a verlos. —Le dio un último gran sorbo al vaso vacío—. ¿Por qué no le caigo bien a *Micetto*?

—Oh, él es así de arisco con todo el mundo, no debes preocuparte. Es salvaje por naturaleza, no como nosotros.

—Yo también soy salvaje por naturaleza —replicó Concetta, y no le faltaba razón.

Aquella noche, cuando Maria-Grazia estaba sentada a la mesa de la cocina entre sus padres, agobiada como de costumbre por el silencio que guardaba cada uno por su lado, advirtió que se acercaba una tormenta. Lo supo por la forma irregular en que rompían las olas y por los chasquidos de las ramas de las palmeras al partirse.

—Ágata la pescadora tenía razón —comentó mientras observaba a través de la ventana cómo se amontonaban las nubes.

—¿Cómo? —preguntó Pina.

—Un temporal.

Aquella noche en la habitación de su infancia, con sus remilgados cuadros de flores secas prensadas, sus fotografías de *Micetto* reveladas en casa y sus títulos escolares de bordes amarillentos, no conseguía dormirse. El insomnio la ponía furiosa, se sentía acosada por él, como si se tratara de un mosquito. ¿Por qué se negaba el sueño a llegar? En el exterior, las ráfagas violentas de viento desgarraban las palmeras y hacían aullar a *Micetto*. Del otro lado de la plaza le llegaba el golpeteo de los postigos de alguna casa.

Bajó a rescatar al gato como solía hacer cuando hacía mal tiempo, pero el animal se negó a tumbarse a dormir a los pies de su cama y prefirió dar vueltas y más vueltas por la habitación, con el pelaje erizado, hasta que Maria-Grazia se vio obligada a echarlo de allí otra vez. Entonces, por primera vez en su vida, el gato la mordió.

—¡*Micetto*! —lo regañó ella, pero el animal temblaba bajo las adelfas, completamente salvaje.

Cuando la tormenta se apaciguó durante unos instantes, Maria-Grazia creyó oír, por encima de las nubes, el zumbido quejumbroso de unos aviones.

Debió de dormirse durante un rato porque de repente la despertó un trueno tan tremendo que pareció que la casa se hiciera pedazos a su alrededor.

—¡Mamá! —gritó—. ¡Papá!

A ciegas, en la oscuridad de la escalera, se encontró con su padre.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó a gritos.

—Disparos de artillería pesada —contestó Amedeo.

—¿Aquí?

—No, *amore*. Ha sido más lejos de lo que parece. Están bombardeando la costa de Sicilia.

Subió corriendo con su padre a la buhardilla. Desde allí, el mar se desplegaba ante ellos. Grandes luces y explosiones desgarraban la oscuridad, y cuando estas iluminaban la noche Maria-Grazia veía un muro de humo que ocultaba las estrellas, como el límite de un incendio forestal. Las casas diminutas que siempre se habían alzado al otro lado del agua, tan vaporosas como un sueño, habían desaparecido bajo

masas de nubes. Por todas partes se elevaban columnas de agua, columnas de arena, y por toda la superficie del mar se veían restos que las olas zarandeaban de aquí para allá.

—Son de aviones —dijo su padre—. Esos pobres tipos deben de haberse estrellado por culpa de la tormenta.

—¿Crees que habrá sobrevivido alguno? ¿No podríamos enviar barcas?

—Están demasiado lejos.

Entretanto, la isla se había sumido en la más absoluta confusión. Alguien a quien el susto había sacado de la cama había subido hasta el campanario sin que el padre Ignazio pudiera impedirlo y había empezado a tañer la campana como si se estuviera produciendo una invasión. Mazzu y sus hijos habían echado mano de horcas y rifles de caza y habían zarpado en su barca en misión de rescate antes de que el resto de los pescadores pudiera detenerlos; era un intento inútil, pues con aquel bombardeo intenso los hundirían, sin duda. Entretanto, en la plaza se había congregado una multitud y un grupo de los jornaleros del *conte* había sacado la imagen de santa Ágata. Gesuina y las demás viudas le dirigían plegarias mientras el *podestà*, el conde en persona, un poco ridículo con la camisa de dormir, los calcetines de lana y las botas agrietadas de la Gran Guerra, corría de aquí para allá dando órdenes.

Se rumoreaba que los guardias de la prisión habían subido a bordo de su lancha motora gris y huido dejando a los presos sin vigilancia. Y en efecto, cuando *il conte* fue en su busca para que restablecieran algo parecido al orden, no encontró ni rastro de ellos.

Durante toda aquella noche no pararon de llegar barcos que vertían hombres tan pequeños como granos de arroz en la costa de Sicilia. Y cuando despuntó el alba, otra gran maravilla se hizo evidente: barcos como criaturas marinas que se adentraban en las playas y transitaban por ellas hasta desaparecer tierra adentro en la costa lejana.

La mañana trajo consigo un retumbar sordo que sugería que los *inglesi* y *americani* se habían abierto paso hasta el corazón de Sicilia. No quedaba otra que abrir el bar, y eso hizo Maria-Grazia. Cuando empujó los postigos, se encontró con que ya había un montón de vecinos esperando fuera, impacientes por seguir los acontecimientos en la única radio de la isla.

Durante toda la mañana, bajo el sonido de la artillería pesada, Maria-Grazia no paró de servir consumiciones. Entretanto, la radio no tenía nada nuevo que decir, como si no tuviera ni idea que se estaba disputando una batalla. Ni siquiera Pina, cuando volvió del colegio a la hora de comer, fue capaz de sacar nada en claro de la emisora de la BBC, pues la transmisión era demasiado rápida y entrecortada para entenderla.

Y así, cuando sucedió el milagro del hombre surgido del mar, nadie lo presenció, salvo la pequeña Concetta.

Entusiasmada ante los chasquidos y el estruendo de la batalla en la costa siciliana, Concetta había pasado la mañana deambulando por la isla en busca de un lugar desde donde verlo mejor. A mediodía había llegado a la punta más remota de Castellamare, donde el monte bajo descendía hasta las cuevas. El sol le caía a plomo en los hombros y se refugió en la primera abertura que encontró en la roca. Aquellas cuevas nunca le habían dado miedo, pese a que había oído hablar de su extraño llanto. Ella no creía en ningún absurdo fantasma griego.

A aquella hora el mar era una balsa de aceite, con una superficie apática y borrosa, y Sicilia parecía solo una sombra, como de vapor de agua. ¡Ojalá tuviera unos prismáticos, como los chicos de los Balillas! ¡Qué magnífico espectáculo de estrépito y humo!

Concetta no sabía qué era la guerra, pero el ruido y el caos que implicaba le gustaban, sin duda. Ambos casaban con su forma de ser. Siempre había observado el mundo que la rodeaba con suma cautela, sin saber si era seguro del todo. En sus seis años de vida la habían rociado con agua bendita y protegido con la señal de la cruz, sometida a innumerables emboscadas de ancianas piadosas que blandían efigies de santa Ágata y coaccionada por su padre a rezar el rosario, cuando ella solo quería ser libre y que la dejaran en paz. Para Concetta, el mundo era una roca en un mar azul brumoso y nunca se le había pasado por la cabeza que debiera tener algún sentido. No sabía qué edad tenía, ni los nombres de las demás islas, y coincidía con su madre en que las estrellas, las mareas y el océano eran un gran rompecabezas, al igual que su propia enfermedad. Aquel era un mundo sobre el que la gente lista, como la maestra Vella y el conde, leían en los libros, no un mundo que se inmiscuyera en el suyo.

Pero en aquel momento en el mar había algo que sí se inmiscuía, y Concetta sintió un escalofrío de miedo. Se acuclilló en la entrada de la cueva, encogiéndose como una piedra, y esperó.

Aquella cosa había empezado como un espacio entre olas, una negrura. Algo tan diminuto que podría haber sido un pez moribundo o una botella vacía. Ahora parecía más grande, más bien como un trozo de madera. La niña era la única que lo veía acercarse. Lentamente, la cosa oscura coronaba cada ola, se esfumaba, reaparecía. En ocasiones se partía y se convertía en dos borrones distintos; otras veces la calima la hacía elevarse, como si llevara a cabo una proeza de la levitación. En un momento dado, extendió un tentáculo, o una pierna, quizá un brazo, como si pretendiera agarrar algo. Fue entonces cuando Concetta comprendió, con una fuerte impresión, que la cosa estaba viva, o al menos a medias. ¿Cómo si no iba a hacer esos extraños movimientos en el agua, como los aspavientos de una medusa moribunda?

Se acercó un poco más y la niña reparó en que aquel objeto tenía dos brazos con los que se impulsaba a través del agua. Cuando estaba a unos metros de la orilla, entre las rocas que los pescadores llamaban Morte delle Barche, se detuvo y se dejó

llevar por las olas, subiendo y bajando con ellas. Entonces alzó un brazo y, con ímpetu repentino, se levantó y emergió del agua soltando unos gritos alarmantes y acuáticos.

Tan fascinada estaba Concetta que, sin darse cuenta, había salido de la cueva. Comprendió entonces que la criatura marina la había visto en la orilla y le hacía señas. Ella sentía los brazos tan pesados como si fueran de madera. Notaba en la garganta el sabor fuerte y extraño —como el del aceite de ricino con el que su padre frotaba el mostrador de la tienda— que siempre era el preludio de un ataque. Solo entonces tuvo la certeza de que estaba asustada. La criatura marina seguía abriéndose paso entre las olas que rompían. Se acercó a las rocas sumergidas, y el fuerte oleaje que había en aquella zona la arrastró al fondo y la hizo emerger de nuevo, una y otra vez, hasta que la arrojó contra la piedra triangular que llamaban «el Canetto». La criatura se aferró a ella con desesperación y, entrelazando las manos sobre la frente a modo de visera, Concetta aguzó la vista y advirtió que aquella cosa parecía un hombre de hombros huesudos y pecho fornido, de brazos largos como los de un mono y una cara tan blanca como la ricota.

La niña se moría de ganas de echar a correr. La criatura marina, haciendo acopio de sus últimas fuerzas, se empujó lejos de las rocas y volvió a zambullirse. El oleaje la hundió hasta el fondo un par de veces más, hasta que consiguió afianzar los pies en la arena fina a poca distancia de la orilla. Empezó a emerger del agua lentamente, con pasos vacilantes, hundiéndose y retrocediendo al ritmo de las olas y gorgoteando como si se ahogara.

—¡Eh! —exclamó—. ¡Eh!

Y entonces, un torrente de sonidos sin sentido. La criatura iba de verde, llevaba un arma en la mano y gesticulaba de manera frenética mientras seguía parlotando en su lengua incomprensible.

—*Salve, signore* —saludo Concetta, pues a aquellas alturas ya estaba casi convencida de que era humano, no animal.

El hombre llegó con gran esfuerzo hasta la orilla, chorreando agua, y cayó redondo en la arena, donde quedó espatarrado y ya no se movió más.

Plantada ante el refugio de la cueva, Concetta sintió que el ataque remitía y pasaba; el cielo azul se volvió menos opresivo y el calor menos agobiante, y de pronto su miedo también se evaporó.

Pasito a pasito, como hacía para capturar lagartijas en el monte, Concetta se acercó al hombre. Se arrodilló a su lado y vio que tenía el pelo amarillo, como el de un perro o un gato. Su piel era tan fina que en algunos sitios se transparentaba un poco y debajo se atisbaban zonas azules o grises. O a lo mejor solo era que tenía mucho frío. De algún sitio debajo de él caían gotas de sangre que hacían un agujero perfectamente redondo en la arena. Un cangrejo salió de las sombras y se acercó a ese agujero para trabajar en él de forma rítmica con ambas pinzas, como una anciana haciendo calceta. Después de observar a aquel hombre durante un buen rato, Concetta

preguntó:

—¿Quién eres?

El hombre abrió la boca para pedirle ayuda en inglés y decirle que su avión había caído al mar, pero ella solo oía una jerigonza incomprensible.

—Habla bien —respondió Concetta con cierta dureza—. En nuestro dialecto o en italiano. Deja que le eche un vistazo a tu hombro, he visto trabajar al doctor Espósito y sé cómo lo hace.

Pero el hombre soltó un grito y la apartó de un manotazo, parlotando de nuevo en esa jerga extranjera suya.

—Si no hablas como es debido no puedo ayudarte.

El hombre se estaba durmiendo. Cuando estuvo segura de que ya no tenía nada más que decir, Concetta se incorporó y echó a andar por la orilla hacia el pueblo.

Ascendió entre chumberas y matorrales, siguiendo un camino que solo ella conocía, y apareció en la plaza un poco después de las dos. Era la hora de la siesta y todas las casas tenían los postigos cerrados. Ni siquiera el cura, el padre Ignazio, andaba por ahí. Concetta subió los peldaños de la Casa al Borde de la Noche y empujó la puerta de vaivén. En un rincón, la viejísima Gesuina dormía sobre la radio. La hija del doctor estaba sentada detrás de la barra con un libro grueso apoyado en la máquina de café, bajo un ventilador de techo que giraba y giraba sin refrescar nada.

—Aquí estás, Concetta —dijo Maria-Grazia como siempre lo hacía, de esa forma que conseguía que te sintieras importante.

La niña se irguió en toda su estatura de poco más de un metro y dijo:

—Hay un hombre, está durmiendo en la playa. Será mejor que vengas, *signora* Maria-Grazia. Ahora mismo.

La joven dejó caer el libro sobre la barra.

—O, *Dio* —exclamó—. Has encontrado un muerto.

—No, ha salido del agua, ha salido nadando del mar. Va todo vestido de verde y tiene el pelo como el perro de los Mazzu, de un amarillo raro. Y la cara tan blanca como la ricota.

La hija del médico se puso en pie.

—¿Dónde lo has dejado, Concetta?

—En la zona de la Morte delle Barche, delante de las cuevas. —La niña consideró durante un instante si había olvidado contarle algo a Maria-Grazia—. Le sale sangre, y tiene un fusil.

Gesuina despertó con un resoplido.

—¿Qué has dicho? ¿Un hombre con un fusil? ¡Ay, nos han invadido!

Con alarmante velocidad, la anciana se levantó y arrastró los pies hasta salir del bar en busca de refuerzos.

—Ven conmigo —dijo Maria-Grazia, que tomó a Concetta de la mano y le dio la

vuelta al letrero de cartón en que se leía «CHIUSO» en cuanto franquearon la puerta del bar—. Será mejor que le cuentes a mi padre todo lo que acabas de decir, y deprisa, antes de que Gesuina empiece a armar revuelo.

Por las tardes, Amedeo solía echarse en el gastado sofá de terciopelo de la buhardilla, y últimamente se sumía en un sueño muy profundo que se prolongaba más y más y del que le costaba emerger. Muchas veces, cuando despertaba, el sol había descrito ya su arco sobre la isla y descendido, de modo que el mundo exterior quedaba solo iluminado por el crepúsculo. Aquel día, sin embargo, apenas había cerrado los ojos cuando se vio arrancado del sueño. Vio a su hija, que lo sacudía, y a Concetta, la niña de Arcangelo, descalza y con la cara sucia, con un vestido blanco traslúcido bajo la luz del sol y las piernas llenas de arena.

—¿Qué pasa? —preguntó con mayor irritación de la que pretendía.

Concetta se lanzó de inmediato a contar una historia confusa sobre un hombre pálido y fantasmal surgido del mar, vestido de verde, con el pelo como la paja...

—Está herido —interrumpió Maria-Grazia—. Es posible que necesite tu ayuda, papá.

—Y hablaba una lengua muy rara —añadió Concetta, que acababa de recordar aquello—. Decía cosas que no se entendían, y repetía algo parecido a «*jelpi, jelpi*».

Amedeo, ya despierto del todo, se incorporó hasta quedar sentado y miró a su hija a los ojos.

—¿Lo sabe alguien más?

—Solo yo —repuso Concetta dándose aires de importancia.

—Y Gesuina, que la ha oído cuando me lo contaba —añadió Maria-Grazia.

Amedeo cogió su maletín, que ahora siempre tenía a punto. Añadió más gasas, más vendas y un preciado vial de morfina, que llevaba unos días caducado, pero sería infinitamente mejor que nada si aquel hombre estaba mal.

—Vamos a necesitar que nos acompañen unas cuantas personas. Ignazio y un par de pescadores fuertes... Bepe y Ágata, la hermana de Totò. Ve a buscar sábanas limpias por si hace falta trasladarlo, Maria-Grazia.

Su hija salió corriendo y quitó las sábanas de las camas de las habitaciones vacías de sus hermanos.

Los tres cruzaron el pueblo para llamar a la puerta del sacerdote. Las calles estaban silenciosas bajo el ahogo de las cigarras y el calor. El padre Ignazio se unió a ellos de inmediato, y todos juntos fueron a despertar a Bepe, el sobrino de Rizzu. También él apareció al instante, asomando la cabeza por la ventana del piso de arriba de su casa, detrás de la iglesia.

—Hay un hombre herido que necesita ayuda —explicó Amedeo—. Nos hace falta gente para cargar con él, ¿vienes con nosotros?

Bepe desapareció; lo oyeron correr escalera abajo. Cuando abrió la puerta, el

padre Ignazio lo agarró del hombro.

—Es un soldado extranjero —dijo el cura en voz baja—. No sabemos en qué posición nos dejará con *il conte* y el Ayuntamiento el hecho de que le prestemos ayuda, pero vamos a hacerlo de todas formas. Si prefieres no involucrarte, vuelve a dentro.

Bepe asintió y entró una vez más en la casa. Salió de nuevo con la escopeta de caza al hombro. Ya en las afueras del pueblo, fueron en busca de Ágata la pescadora. No la encontraron durmiendo; estaba bajo la madreselva de trompeta en su patio, anudando una red nueva, con su perro, *Chiappi*, tendido a los pies. Los escuchó solo unos instantes antes de levantarse de un salto de la silla y coger al perro por el collar.

Concetta solía tenerle miedo a *Chiappi*, pero aquel día no: hizo caso omiso de los gruñidos malhumorados y soñolientos del animal y dijo:

—Escuchadme todos: conozco el camino más rápido.

—Pues llévanos hasta el paciente, Concetta —respondió Amedeo.

La niña los guio por su sendero particular, entre cactus, pasando bajo la valla de los viñedos de Mazzu y descendiendo por la pendiente escarpada hasta las cuevas. El médico, el cura, Maria-Grazia, Bepe el sobrino de Rizzu y Ágata la pescadora la seguían corriendo en solemne fila india.

Era lo más emocionante que le había pasado a Concetta en toda su vida.

El extranjero estaba tumbado a pleno sol, ligeramente de costado. Había dejado un profundo arañazo en la arena con una mano y su camisa desgarrada aleteaba exponiendo una gran herida en el hombro de la que brotaba sangre con ritmo regular. Maria-Grazia y los demás se quedaron atrás mientras su padre comprobaba la respiración y el pulso del hombre y luego le examinaba los brazos y las piernas en busca de otras lesiones. Acto seguido, les ordenó que lo trasladaran a la sombra de las cuevas. Sin saber muy bien por qué, Maria-Grazia se quedó a unos pasos de distancia y no los ayudó. Su padre se arrodilló junto al hombre y empezó a rasgarle el uniforme de campaña.

—Padre Ignazio, pásame unas gasas y yodo —le pidió al cura—. Reservaremos la morfina si no la necesita con urgencia. Es prácticamente la última que me queda. ¿Sabe alguien el inglés suficiente para hablar con él? Maria-Grazia, ¿tú, quizá?

—¡No! —exclamó ella alarmada—. Yo no puedo hablar con él, papá.

El hombre entreabrió los ojos y se volvió de costado en la arena, gimiendo.

—Mariuzza —llamó su padre—, ven aquí y aguántale la cabeza, ¿quieres? Que no se mueva mientras le pongo estas gasas.

Maria-Grazia no tenía ningunas ganas de acercarse, pero lo hizo. Se arrodilló y sostuvo la cabeza del extranjero con ambas manos. El pelo le recordó al de sus hermanos, alborotado por la sal y caliente, como el de Aurelio después de haberse bañado. Le observó el rostro y descubrió que no era desagradable, como había

esperado, sino franco y de nariz respingona, hermoso, como el de un niño. Cuando la joven apartó los restos de la camisa, un pesado disco de metal cayó del bolsillo a la arena. Concetta se hizo con él al instante, encantada.

—¿Qué es? ¿Es para mí? ¿Puedo quedármelo? ¿Es de Estados Unidos?

—No lo sé, *cara*. Devuélvesela a este hombre. A lo mejor se la dio su país por su valentía, como la medalla del Duce de mi hermano Flavio, así que es probable que tenga mucho valor para él.

El hombre tendió una mano y movió un poco los dedos llenos de arena.

—¿Lo ves? Quiere que se la devuelvas. Deja que la coja, tal vez así se sienta mejor.

Concetta puso la medalla en la palma del extranjero, pero este la dejó caer y continuó haciendo ademán de agarrar algo hasta que, finalmente, dio con el brazo de Maria-Grazia. Ella se encogió un poco, pero el hombre se negó a soltarla. Le bajó la mano por el brazo hasta encontrar la muñeca y ahí se quedó. Continuó aferrado a ella todo el tiempo que Amedeo invirtió en limpiar y desinfectar la herida.

Entretanto, Concetta desapareció en el interior de la cueva y regresó con una de las piedras blancas de la suerte. La introdujo en el bolsillo del hombre y luego se puso la medalla en torno al cuello.

—Ya está —dijo—. Un cambio justo. Esa piedra de la suerte es para él, y yo me quedaré con esto.

—¿Vivirá? —preguntó Maria-Grazia cuando el hombre estuvo vendado y el sacerdote hubo dejado caer entre sus labios un poco de agua de la fuente de Mazzu desde el cuenco que formaban sus propias manos.

Amedeo, que nunca se pronunciaba en un sentido u otro hasta que un paciente estaba claramente fuera de peligro, se limitó a enjugarse la frente con el pañuelo.

—Pase lo que pase, tenemos que llevarlo a casa para alejarlo de este calor.

—Es del norte, y allí tienen nieve —intervino Ágata la pescadora—. Es probable que este calor sea suficiente para matarlo.

—Preparad las sábanas —dijo el doctor—. Vosotros dos, Ágata y Bepe, lo asiréis por la parte de la cabeza porque sois los más fuertes; Ignazio y yo nos encargaremos de la de los pies.

—Mirad —dijo el cura, casi sin aliento, cuando levantaron al hombre en las sábanas extendidas—. Ahí viene la brigada de pelmazos del pueblo con sus camisas negras... Cuidado, *dottore*.

En efecto, un grupito oficioso se acercaba por la playa: *il conte*, Arcangelo el tendero y los dos administradores de las tierras del primero.

—Que Dios se apiade de todos nosotros —soltó Ágata la pescadora—. Perdone, padre, pero si Arcangelo se pone a hablar, aún estaremos aquí cuando acabe la guerra. Pongámonos en marcha.

Y eso trataron de hacer, pero los miembros del grupito ya cruzaban la arena hacia ellos con actitud fanfarrona. El conde se detuvo con las botas rozando los zapatos de

Amedeo. Le caían gotas de sudor de la nariz.

—¿Qué es esto? ¡Un soldado enemigo! Vosotros, apresadlo. Los demás miembros del Ayuntamiento están en camino, *signor* Espósito, lo obligaremos a entregarnos a este hombre.

El médico no dijo nada, pero hizo girar un poco al grupo que cargaba con la camilla improvisada para que Bepe y él quedaran entre *il conte* y el extranjero.

—¡Arcangelo! ¡Intendentes! Apresad a este soldado enemigo. ¡Arrestadlo! —vociferó el conde.

—No parece que vaya a pasar de esta noche, *signor il conte* —dijo Arcangelo, retorciéndose las manos—. Quizá vale más dejar que el médico se ocupe de él. ¿Qué le parece si permitimos que el doctor...?

—Este hombre no es el médico —zanjó *il conte*—. Solo es el dueño del bar. ¡Me sorprende tener que recordárselo, Arcangelo!

—Pues si no soy el médico —terció Amedeo—, no tendrá inconveniente en que me lleve a este hombre a casa conmigo. ¡A mi bar, que es propiedad privada y nada tiene que ver con sus amigos *fascisti* o su maldita guerra!

El conde se puso furioso.

—Por favor —intervino Maria-Grazia, que empezaba a notar caliente y seca la mano del soldado aferrada a su muñeca, como si tuviera fiebre—. Por favor, dejen que nos llevemos a este hombre al pueblo. Es un prisionero de guerra, de todos modos, al menos hasta que sepamos quién ha ganado en Sicilia, y tenemos que tratarlo con justicia, sobre todo ahora que los *inglesi* y *americani* están ahí mismo, al otro lado de estas aguas. Si alguien acude en su busca y descubre que no lo ha atendido un médico...

Nunca sabría qué la había llevado a soltar aquel discurso, pero su padre le dedicó un rápido gesto de asentimiento en cuanto hubo terminado.

Il conte esperó un buen rato antes de retroceder, pero finalmente lo hizo. Emprendieron la marcha por la arena, cargando con la camilla improvisada, con un trotecillo. Concetta aún llevaba la medalla al cuello, el soldado extranjero gemía y Maria-Grazia le asía la mano.

—¡Pina! —llamó el doctor cuando depositaban al extranjero sobre la mesa de la cocina, haciendo rodar varios melocotones—. ¡Ven aquí! ¡Necesito que hables inglés!

—¿Qué pasa? —preguntó ella.

—Tienes que hablarle a este hombre en inglés, *amore*, y averiguar qué le ha ocurrido. Maria-Grazia, tráeme las pinzas más pequeñas y otra botella de antiséptico. Hay que limpiarle bien de gravilla y arena la herida del hombro. Solo entonces veremos si le hace falta la morfina. ¡Pina! ¡Ven, por favor, y habla inglés por nosotros!

Cuando apareció en el umbral, su esposa se detuvo en seco y luego retrocedió un

paso.

—¿Quién es?

—No lo sabemos. Un soldado extranjero. Ha aparecido en la playa. Necesito que le pregunte cómo lo han herido, qué ha pasado, de dónde es y si hay algún otro a quien tengamos que rescatar. Si es así, los pescadores podrían sacar sus barcas, aunque dudo que quede nadie.

Pina, que sabía más inglés en teoría que en la práctica, se dejó caer pesadamente en una silla, miró al hombre con cara de perplejidad, se enroscó la trenza en una mano y por fin, titubeante, preguntó:

—*What your name? Who are you? Is there any person else?*

Concetta arrugó la nariz.

—¡Eso no es inglés!

Pero el hombre había vuelto la cabeza al oír la voz de Pina, y habló en un susurro:

—*Carr, Robert Carr. Paratrooper. No one else.*

—¿Qué ha dicho? —quiso saber Amedeo.

El hombre, que por fin había soltado la muñeca de Maria-Grazia, abrió los ojos. Eran los más fríos que la chica había visto en su vida, de un azul como el hielo del norte en el atlas ilustrado de sus hermanos, tan gélidos y extraños que retrocedió un poco, aunque no había nada desagradable en ellos.

—*Grazie* —dijo el paracaidista Robert Carr—. *Grazie mille.* —Y enseguida perdió el conocimiento.

En la mesa de la cocina de la Casa al Borde de la Noche, Amedeo quitaba los granos de arena de la herida del paracaidista y la empapaba con tintura de yodo. Entretanto, Pina había salido de su trance por primera vez en varios meses. Hirvió agua, fue en busca de sábanas limpias y abrió los postigos de la habitación de Flavio. Allí, sobre la cama de su hijo, fue donde tendieron a Robert Carr, que aún gemía, medio inconsciente. Amedeo montó guardia a sus pies armado con la escopeta de caza de Bepe, que el joven le había dejado por si los *fascisti* que quedaban en la zona decidían hacerles una visita.

Pero los *fascisti* se habían atrincherado en el ayuntamiento y mantenían una furibunda discusión sobre su plan de acción, ya que si era cierto que la guerra había terminado, tal vez dar cobijo a uno de los vencedores no fuera un gesto tan imprudente al fin y al cabo.

Entretanto, Gesuina, Bepe y Ágata la pescadora habían desatado una verdadera tormenta de cotilleos en la isla.

—¿Cómo se llama? —preguntaban todos—. ¿Quién es?

—Uobit, tengo entendido.

—¿Uobit? Qué nombre tan raro y pagano...

—No, no, es Rober.

—Carroverd, de Estados Unidos.

—Yo he oído que es inglés, de cerca del palacio de Buckingham y los Jardines de Kensington.

—A mí me han dicho que es espía.

—Qué va, nada de eso, es protestante.

—Pues dicen que tiene una ametralladora y que hay veinte más como él rondando por la isla, dispuestos a atacarnos en cuanto caiga la noche.

Pero el anochecer llegó y no hubo pandilla alguna de *inglesi* armados con ametralladoras que surgiera de la espesura o se presentase en la plaza. Más bien, los *inglesi* y *americani* pasaron ante la isla a cierta distancia, en una segunda oleada de barcos con grandes cañones, para bombardear de nuevo las costas de Sicilia. Una barca de pesca, la *Santa Madonna*, resultó hundida en la refriega y acabó en el lecho marino entre ambas islas. A Ágata la pescadora, que había salido en busca de más paracaidistas que rescatar, la pescaron y pusieron a salvo justo a tiempo unos pescadores sicilianos que pasaban por allí. Concetta, dando brincos de alegría y con la medalla del cautivo en torno al cuello, chillaba emocionada por los fuegos de artificio que los ejércitos combatientes habían desplegado en el cielo sobre Sicilia, unas luces tan bellas y tempestuosas como estrellas fugaces.

El bombardeo distante despertó a Robert, que se sorprendió enroscado entre las sábanas y tanteando con una mano en busca de su arma.

Anochecer. Una habitación fresca. Estantes con una ligera capa de polvo y sobre los que había una curiosa colección de objetos que transmitían el aroma intenso de la vida de otra persona. Trofeos de fútbol desconocidos, varias espadas de juguete — cada una en su propio cuadrado de fieltro marrón—, un osito de peluche de nariz puntiaguda y en proceso de desintegración. Un Etna de papel maché, con las laderas cubiertas por una capa de polvo tan gruesa que parecía nieve y un enjambre de soldaditos de madera en la cima. Un banderín con el símbolo de las fascas, eso sí lo reconocía. Una fotografía de un grupo de niños morenos y flacos, con pantalones cortos y chalecos blancos, que sacaban pecho mientras recibían medallas en una jornada deportiva. Otra imagen de los mismos niños con el uniforme de alguna clase de organización militar, con fez y bombachos. Una fotografía de una mujer con una trenza de cabello negro... a ella creyó reconocerla, era una de las personas que lo habían rescatado. Quemado por el sol, con la lengua reseca de sed, Robert se tendió otra vez entre las sábanas que olían a jabón extranjero y reflexionó sobre la situación.

De algún modo, había ido a parar ahí, a una oscura habitación de piedra, rodeado por la parafernalia de la infancia de algún otro. Era vagamente consciente de que aquel estruendo bélico infernal procedía de donde se suponía que él debía estar, pero recordaba bien poco. Ahora que lo tenía más cerca, distinguió con nitidez un severo retrato de Mussolini sobre el cabezal de la cama. Se esforzó en identificar el momento en que perdía la memoria.

Lo primero había sido el campamento en El Alamein, de eso sí se acordaba. Un poco antes de embarcar en el planeador, el sargento había entrado en la tienda con un plato de campaña lleno de agua y muy ufano por la emoción contenida. A Robert le habían caído unas gotas en el dorso de la mano, y recordaba haber notado que estaba caliente como la sangre.

—¡Nos movilizan! —reveló el sargento—. Según dicen, nos vamos a casa.

Robert no pretendía ser grosero, pero era un hombre científico hasta la médula.

—¿Quién lo ha dicho? —preguntó—. ¿Está seguro de que saben de qué hablan?

Pero al oírlo el sargento se puso a la defensiva y se negó a decir nada más.

Aun así, en el campamento había empezado a reinar un ambiente festivo. Robert se acordaba ahora un poco de El Alamein, sobre todo de la luz, de cómo los cegaba y hacía entrecerrar los ojos de forma involuntaria hasta que todos iban por ahí con el ceño fruncido el día entero.

Sí, de El Alamein se acordaba.

En el planeador, cuando el avión remolcador de los estadounidenses los elevaba a

través de un aire que él ya notó un poco turbulento, le tendieron un folleto con el título de «Guía de Sicilia para el soldado». Lo abrió al azar y leyó con poco entusiasmo de las páginas cada vez más ensombrecidas: «En verano, Sicilia es decididamente calurosa... La mayor parte de sus habitantes son católicos romanos y muy aficionados a las festividades de los santos... Los códigos morales son en apariencia muy rígidos, pues se basan en la religión católica y en la etiqueta española de los tiempos de los Borbones, pero en realidad su nivel es muy bajo, en particular en las zonas agrícolas». Como ya había oscurecido demasiado para leer el panfleto, lo guardó en el interior de su uniforme de campaña y se resignó a la idea de que no iban camino de casa.

Se repitió las curiosas fórmulas que había ideado para evitar pensar demasiado durante los vuelos interminables en planeador. Por ejemplo, que aquel sería su salto número setenta y nueve. Que, entre todos, los hombres que iban en el planeador habían saltado un mínimo de 1.975 veces. Que su velocidad era en ese momento de ciento quince millas por hora y su altitud de tres mil quinientos pies. Las dos últimas cifras eran pura especulación, por supuesto, pero para entonces ya conocía el avión bastante bien y era capaz de sentir su peso al moverse por el aire, el tirón del cable mientras el remolcador los llevaba hacia lo alto, el chasquido elástico cuando los liberaba. Semejante instinto suponía unas veces un consuelo —en los saltos tranquilos y con buen tiempo— y otras una preocupación, como aquel día, cuando no pudo evitar la certeza, desde el instante en que los levantaron del suelo, de que algo no funcionaba como debía.

Entonces la tormenta arremetió contra ellos de costado. Recordaba bien la primera sacudida, darse en la barbilla con las rodillas. Varios hombres soltaron gruñidos, maldiciendo al piloto del avión remolcador sin comprender que aquello era el preludio y no el acto principal. Pero él, Robert, había sabido en aquel preciso instante con espantosa certeza que iban a caer.

Qué extraño, no recordaba el descenso en sí, solo el golpe contra el agua cuando el mar salió a su encuentro. Y luego la sensación de hundirse y dar bandazos bajo las olas, la forma en que se combaba el fuselaje del planeador. También que varios hombres arremetieron con navajas y bayonetas contra el fuselaje y otros echaron mano de un martillo de madera y empezaron a aporrear el techo. Y el absurdo recuerdo, salido de la nada, de que los yanquis llamaban a sus planeadores, moles torpes y de color ocre, «ataúdes volantes». Entonces había visto desgarrarse la lona y se había colado por aquel agujero, retorciéndose y pataleando a ciegas, con el agua pasando rauda a su alrededor y con el único anhelo de alcanzar el aire y la luz. El alerón astillado, al desprenderse del ala, le había sajado el hombro mientras ascendía.

Subió como un torpedo a través de unas aguas que aullaban igual que el viento hasta llegar a la superficie de un mar negro y picado. Y se encontró completamente solo.

Del resto solo recordaba breves fogonazos: sin duda ya había ido perdiendo

sangre. Recordaba haberse encaramado al ala desprendida de otro planeador y que una ola enorme lo había hecho dar una vuelta completa dejándolo sin aire en los pulmones; recordaba que las explosiones de los obuses le clavaban en los oídos un torrente de aire tras otro. Que había gritado a una lejana lancha de desembarco que flotaba como una barcaza en la superficie que fuera a buscarlo. Que cuando al fin llegó hasta ella y se impulsó rampa arriba se encontró con que estaba vacía, con un agujero enorme que la hundía poco a poco y un sargento muerto y boca abajo en la popa. Que había dejado que el hombre se alejara flotando de él y que después, al amanecer, había nadado como en un sueño en aguas tranquilas, sintiendo la mano energética del sol en la nuca. Ante él había surgido una roca que, milagrosamente, se convirtió en una isla. Y entonces había oído la voz de una niña. Recordaba haber reptado por una rampa de arena ardiente y yacer bajo el sol mientras un cangrejo se afanaba en la arena llenándose las pinzas de sangre. Recordaba haber pensado que iba a morir y haberse resignado ya casi por completo a que así fuera cuando fueron a por él con aquella camilla improvisada.

Y ahora allí estaba, vendado y febril, en una habitación que pertenecía al hijo de un extranjero.

Trató de moverse una vez más y cobró plena conciencia del estado de su hombro. Un dolor le paralizaba todo el costado derecho como si fuera una red. Intentó quitarse los vendajes con la mano izquierda y los dientes para comprobar el estado de sus heridas, pero no tardó en desistir, temblando. Se deslizó entonces por la cama y recorrió las cortinas, liberando de sus pliegues una arena fina como el polvo.

Y entre las tablillas de los postigos apareció ante sus ojos un paraíso que se mecía suavemente. Olivares, palmeras, el amable horizonte azul del mar. No había rastro de la batalla en la que supuestamente debía estar combatiendo. Más adelante se enteraría de que aquella habitación no miraba hacia Sicilia, sino que estaba orientada hacia el lugar del que había venido, hacia el norte de África. En aquel momento, en la tarde del día de su rescate, el paisaje no hacía sino aumentar el misterio de aquel lugar. Podría haber estado en cualquier parte: en los Mares del Sur, el Pacífico, el escenario de alguna aventura de su niñez.

Pero aquella gente le había hablado en algún tipo de italiano. Tenía de eso un vago recuerdo. El hombre de las cejas alarmantes, la mujer que chapurreaba unas palabras de inglés y la muchacha que le había cogido la mano: los tres se habían dirigido a él en italiano. Con la mano sana, la izquierda, trató de buscar en el interior de su uniforme de campaña la *Guía de Sicilia para el soldado*, pero descubrió que tanto el folleto como el uniforme habían desaparecido. Ahora llevaba puesta la camisa de dormir de alguien, una prenda incómoda y larga como la túnica de un fantasma del siglo XIX.

Una sombra cruzó el umbral. El joven alzó la mirada y vio a la muchacha bajando por la escalera. El crepúsculo la atrapó en su quietud. Y entonces se produjo un segundo milagro. Robert, que no sabía que Maria-Grazia era la chica de los aparatos

ortopédicos en las piernas o la chica de quien nadie se había enamorado, que no sabía nada de ella aparte de que era hermosa y le había cogido la mano; Robert, que solía ser un hombre científico, pero que ahora lloraba de gratitud, pues la fiebre lo hacía delirar un poco y se hallaba bajo la influencia, aunque él no lo sabía, de una dosis formidable de morfina; Robert, al ver a Maria-Grazia doblar la esquina del rellano de la escalera, sucumbió a lo inevitable y empezó a enamorarse de ella.

Pisadas. Ante su mirada anhelante no apareció aquella muchacha hermosa, sino el médico de las cejas. El hombre entró en la habitación, dejó un vaso de agua en la mesita de noche y luego miró hacia la escalera.

—*Mia figlia* —dijo con convicción—. ¿*Fija*... hija?

—Su hija, *sì, sì*.

Robert asintió con energía para demostrar que sí, que lo entendía.

—Mi esposa *parla* una poco *inglesi* —explicó el médico—. *Io, no. Mi dispiace*. —Le puso el vaso de agua fría en la mano a Robert y le cerró los dedos con firmeza en torno a él—. Tomar, tomar.

Robert bebió, y cuando el doctor le hubo soltado la mano, se dirigió a él en inglés:

—Tenía un folleto, un librito. *Guía de Sicilia para el soldado*, con algunas palabras en italiano.

Al doctor le temblaron las cejas del esfuerzo, pero al final negó con la cabeza: no conseguía entenderlo.

—¿Un libro? ¿Un librito?

Robert volvió a intentarlo haciendo la mímica de abrir y cerrar con la mano buena. Entonces recordó una palabra de su latín escolar.

—¿*Liber*?

—¡Ah, un libro! Sí. —El médico salió de la habitación y volvió al cabo de unos minutos con un montón de libros—. *Ecco... scrittori inglesi*, Shakespeare, Chardicken. Así aprenderás italiano, ¿sí?

No tenía sentido volver a pedirle el folleto. Robert dejó que el doctor le depositara en el regazo aquellos libros que, cuando pudo examinarlos, resultaron ser *Historia de dos ciudades*, *David Copperfield* y las obras completas de Shakespeare, todos en italiano.

—De mi esposa —explicó el médico con evidente orgullo—. *Mestra*.

—¿Es maestra? —preguntó Robert, y el médico asintió—. Conozco bien estos libros —añadió, avergonzado al sentirse al borde de las lágrimas—. La verdad es que podría leerlos en italiano e identificar cada palabra del original inglés.

Captando el entusiasmo de Robert, aunque no el significado de sus palabras, el doctor asintió con ganas.

—Sí, sí, inglés.

Envalentonado, Robert señaló la habitación que lo rodeaba y formuló la pregunta que venía inquietándolo desde que había despertado.

—¿*Filius*? —preguntó, suponiendo que esa era la palabra—. ¿Un hijo? ¿Dónde está?

Pero las cejas del doctor se desplomaron al oír aquello.

—*Morto* —contestó. Levantó tres dedos—. *Tutti e tre figli. Morto, morto, morto.* Desaparecidos. Guerra. Probablemente muertos. Los tres hijos.

Acunando los libros en los brazos, Robert, para su profunda vergüenza, se echó a llorar. Unos sollozos incontrolables lo sacudieron, le impidieron respirar. Al parecer era incapaz de contenerlos, y el espantoso ruido que hacía atrajo a la mujer y a la muchacha. La familia no dio muestras de confusión ante aquel ataque de llanto: la mujer se limitó a ponerle la mano en el hombro y a murmurar palabras de consuelo, mientras la hija corría en busca de más agua. Él la aceptó agradecido y bebió. Cuando hubo apurado el vaso, la mujer le habló en su inglés balbuceante:

—No te avergüences, por favor... Quiero decirte algo, por favor: no debes tener vergüenza. Todos hemos perdido a alguien. Aquí todos sabemos lo que es perder.

La mujer temblaba un poco; la necesidad de expresar sus pensamientos parecía haberle liberado por fin la voz.

—Ya está —concluyó—. Dicho. Es posible no hablo muy bien inglés, pero tenía que decir eso. —Lo alivió del peso de los libros y los dejó sobre la mesita de noche—. Ahora debes dormir, por favor. Y cuando pongas mejor, empiezas a leer libros y a aprender italiano. No preocuparte. Mi marido vigilará con la escopeta por si los *fascisti* intentan venir, pero no creo que vuelvan.

En efecto, con el paso de los días los isleños empezaron a ver con claridad que la estrella de los *fascisti* experimentaba una rápida decadencia. *Il conte* y Arcangelo se habían deshecho de sus camisas negras y disuelto a los Balillas. El rumor sin fundamento de que los *inglesi* les quitarían las medallas y las fotografías militares de sus hijos, así como las cartas que informaban a esposas y madres de sus valerosas muertes en combate, llevó a muchos de los habitantes de Castellamare a salir con sigilo a sus jardines y huertos y a arrodillarse para ocultar bajo tierra aquellas reliquias. Incluso Amedeo fue una noche en busca de la medalla de Flavio, la envolvió en un pedazo de cuero y la enterró bajo la gran palmera del patio.

La luna volvía cerosas e irreales las hojas de las palmeras y teñía de plata el pelaje de *Micetto* mientras el gato dormía. Cuando el médico se dio la vuelta para entrar, sacudiéndose la tierra de los dedos, sintió que su dolor se había atenuado un poco, como una fiebre que hubiese llegado al punto de inflexión y bajado solo lo justo para resultar soportable.

Pina empezó a transmitirles fragmentos del pasado del extranjero. Según les contaba, era inglés, no estadounidense, lo cual, en opinión de Amedeo, explicaba su tartamudeo nervioso siempre que Maria-Grazia estaba presente. Tenía veinticinco años, dos más de los que habría tenido Tullio. Y aunque Pina tuvo que consultar el

diccionario y ni siquiera entonces estuvo segura, le pareció que el joven había utilizado el término inglés equivalente a «expósito» para referirse a sí mismo.

—¡No me digas! —exclamó Amedeo lleno de alegría—. Vaya, ¡pues entonces ya es un Espósito!

Pina lo miró entornando los ojos.

—*Amore*, no es hijo tuyo.

Pero ¿cómo no iba a parecerle aquel joven, en cierto sentido, una compensación? Amedeo incluso había empezado a abrigar la osada y trémula esperanza de que al menos uno de sus hijos volviera a casa una vez que la guerra se diera oficialmente por terminada. Porque, si a ese joven lo habían rescatado, también era posible que un inglés bondadoso hubiera hecho lo mismo por uno de sus chicos en alguna costa extranjera.

Con el paso de los días, también los isleños empezaron a pensar que el forastero herido que yacía en la casa del doctor no era una maldición, sino una bendición. Si los camaradas ingleses del soldado o los estadounidenses con sus *jeeps* y sus banderas llegaban a Castellamare, ¿no verían qué bien habían tratado a su hermano, cuidándolo como a uno de los suyos? Además, ¿acaso no era un milagro que santa Ágata les hubiera entregado al final de aquella contienda a un hombre ahogado surgido del mar? Ahora, de la mañana al atardecer, las viudas del pueblo aparecían en la puerta de la Casa al Borde de la Noche con bandejas de berenjena asada y botellas de licor casero para el extranjero. Cada noche, los pescadores llevaban *sarde* recién pescadas en su camino de vuelta colina arriba. Incluso unas cuantas muchachas cuyos novios estaban ausentes se presentaron con el pintalabios que no se las había visto lucir desde antes de la guerra y le preguntaron a Maria-Grazia si podían echar un vistazo al soldado.

Maria-Grazia despachaba a esas admiradoras, aunque se habría negado a admitir que en su corazón hubiera algo que no fuera indignada preocupación por la recuperación del inglés.

Y cuando las muchachas se fueron, no pudo resistirse a decirles desde la barra, aunque en voz demasiado baja para que la oyeran:

—No quiere veros. Ya está fuera de peligro, pero una sola mirada a esas caras pintarrajeadas bastaría para hacerlo enfermar otra vez.

Y Gesuina, a quien siempre le había parecido una gran injusticia que la pobre Maria-Grazia, tan buena chica, se llevara la peor parte entre sus compañeras de clase, despertó de su sopor y soltó una exclamación de alegría.

Pero lo cierto era que el soldado inglés no estaba fuera de peligro. Sentado junto a la cama del joven, Amedeo se sentía inmerso en la misma lucha que había tenido que librar durante el parto de cada uno de sus tres hijos más pequeños. El muchacho sufría accesos de fiebre repentinos y padecía una sed atroz. El hombro le supuraba, como si no quisiera curarse.

—Lávale la herida con agua bendecida por la imagen de santa Ágata —sugirió

Gesuina—. Con eso debería bastar.

—Lo que me hace falta son más comprimidos de sulfanilamida —terció Amedeo.

Gesuina frunció los labios ante aquella blasfemia, se alejó arrastrando los pies y regresó con un medallón de santa Ágata para ponérselo al inglés alrededor del cuello, una piedra de la suerte con la forma de la Madonna y un frasco de agua bendita de la última festividad de la patrona.

Para la enorme alegría de la anciana, la herida empezó a sanar. El joven soldado parecía irle ganando poco a poco la batalla a la infección hasta que, una mañana, Amedeo le destapó el hombro y, con un gesto de satisfacción, descubrió que estaba fresco y seco.

—Te picará un poco, pero no lo toques —le dijo al inglés mientras vendaba la herida, pues tenía por costumbre hablar constantemente a sus pacientes y no importaba si él lo entendía o no.

Robert captó lo suficiente para intuir que eran buenas noticias.

—*Grazie, grazie* —dijo.

—Ya es hora de que te levantes de esta cama —continuó el médico—. Te irá bien sentarte a ratitos en el porche o en el bar, y que te dé un poco el aire del mar.

El inglés asintió con la cabeza.

—*Mare, mare* —repitió, pues era la única palabra que había entendido.

Muchos isleños habían observado con suspicacia la ventana con los postigos cerrados del extranjero. Pero cuando por fin salió a las calles del pueblo descubrieron, para su sorpresa, que les caía bien. El hecho de que no hablara su idioma lo volvía curiosamente atento y deferente; asentía con amabilidad incluso ante las opiniones más descabelladas, limitándose a murmurar: «*Sì, sì, sì*». Siempre andaba rondando a Maria-Grazia en el bar, y tenía la halagadora costumbre de precipitarse a apartar la silla a los clientes o de agacharse para recuperar los naipes de los ancianos jugadores de *scopa* de debajo de la mesa, de donde emergía con la cara roja y aturullado, exactamente como la imagen que ellos tenían de un inglés en la cabeza. Sus intentos de aprender italiano eran una fuente de diversión cotidiana, y el día en que confundió la palabra «año» con «ano» se convertiría en legendario en la isla. («Jamás lo olvidaré —contaría Rizzu llorando de risa años más tarde—. Aquel joven preguntando cuántos “anos” tenía la *signora* Gesuina, ¡y la cara que puso ella! ¡Ja!»).

Es más, tanto *Micetto* como *Concetta* adoraban a Robert y, como dijo Gesuina con reticente aprobación: «Si les cae bien a ese bicho salvaje y esa niña indómita, le caerá bien a cualquiera».

Bajo aquel sol extraño, incapaz de cruzar más de dos palabras con Maria-Grazia, Robert descubrió que el amor que sentía por ella era en sí mismo como una fiebre, algo desmedido, una provocación constante. Si la había oído pasar por la escalera, corría a ocupar el aire que ella había respirado, ávido de captar algún vestigio de su perfume (que era seco y tenía un dejo a naranja). Si Maria-Grazia tocaba algo en la barra del bar, él lo cogía a escondidas por el mero placer de tocarlo también. El joven

tenía la serena convicción de que nadie había reparado en su adoración por ella. Incapaz de contener su pasión, incluso empezó a hablarle a Maria-Grazia de ella. Si la muchacha entraba en su habitación con una jarra de agua o un libro y se agachaba para depositar lo que fuera, él le decía en un tono neutro, como si se limitara a darle las gracias: «Deja que te haga el amor, aquí, ahora mismo, antes de que tu padre despierte de la siesta». Y mientras Maria-Grazia barría los rincones del bar después del cierre, Robert empezaba hablándole de las noticias de la radio o del tiempo y acababa informándola de que era la mujer más hermosa que había visto nunca, de que el aire mismo en el que se movía era sagrado.

Fue así como Maria-Grazia, que hablaba un inglés más que decente pero había sido demasiado tímida para admitirlo, se enteró, con una sacudida de alegría, de que él la amaba.

Robert, que había notado que ella se ruborizaba, se preguntó si su tono habría delatado sus sentimientos en cierta medida y decidió ser más prosaico en sus declaraciones; pero no dejó de hacerlas, pues le habría sido imposible, tanto como dejar de adorarla. Formaba parte del milagro de aquella isla, del mismísimo aire que respiraba allí.

Encorvado sobre la radio tratando de captar noticias sobre sus camaradas en las emisiones plagadas de interferencias de la BBC, Robert se enteró de que la incursión en Sicilia había sido un éxito, de que los italianos se habían rendido y de que los alemanes se habían replegado a Messina. Ahora que su hombro empezaba a sanar, sentía cierta inquietud por volver con su regimiento; al menos, la sentía la parte de sí mismo a la que todavía motivaba vagamente el deber. El resto, la mayor parte de él, deseaba quedarse en Castellamare, arrullado por las olas y el chirrido de las cigarras, declarándole con descaro su amor a Maria-Grazia; quedarse allí y olvidar que hubiera habido nunca una guerra.

Aquella vacilación, sin embargo, fue transformándose poco a poco en una suerte de desdicha. Si no se iba entonces, no lo haría nunca, y eso plantearía sus propias dificultades. Un día, durante la hora de la siesta, Maria-Grazia acudió a su habitación, donde él dormitaba con la radio a su lado recibiendo solo interferencias parásitas. Arrodillándose a su lado, la joven le tomó la mano y soltó una perorata en italiano, con las finas cejas tan arqueadas por la emoción como solían estarlo las de su padre. Robert no entendió nada, pero tuvo que reprimir el deseo de estrecharla entre sus brazos y pronunciar las primeras palabras en italiano que había buscado febrilmente en el diccionario escolar de Pina: «*Ti amo. Ti adoro*».

Sin embargo, se limitó a escuchar lo que ella decía: pareció plantearse algo, protestar, volver sobre sus pasos y, por fin, suplicar, después de lo cual guardó silencio, satisfecha al parecer, y dejó caer la mano que le sujetaba.

Sin una palabra más, subió la escalera hasta su propia habitación. Él la oyó

moverse por ahí arriba (con esa forma de andar, siempre un poco irregular). Oyó que se cepillaba el cabello con energía, el susurro de su ropa al caer al suelo de madera, el suspiro de la cama cuando se metió en ella. Era un mueble antiquísimo, como todas las camas de la casa, y demasiado corto para Maria-Grazia, que se acurrucaría un poco para caber bien, con una mirada lánguida en los preciosos ojos y la trenza negra, pesada como una cuerda, sobre la almohada.

A veces, cuando la trenza le caía sobre un hombro mientras trajinaba con una bandeja de pastelitos o barría los rincones del bar, Robert anhelaba asirla con ambas manos y besar su lustrosa extensión.

Si no se marchaba ahora, ¿cómo iba a resignarse de nuevo a la guerra que supuestamente debía estar librando?

Días atrás, había preparado una nota de despedida en italiano, aunque ahora se daba cuenta de que con ella no compensaba en lo más mínimo tanta amabilidad. Notaba la lengua tan pesada y febril como durante su enfermedad. Dejó el papel sobre la mesita de noche, cogió el fusil y se marchó mientras todos dormían.

Cuando pasaba ante la iglesia, tropezó con el padre Ignazio. El sacerdote observó el fusil, pensativo.

—¿Adónde ir, Robert Carr? —preguntó finalmente.

Pero el chico fingió no comprender su inglés y, tras sonreír y asentir varias veces con la cabeza, emprendió la huida por un callejón. Tomó el atajo de Concetta, entre matorrales y chumberas, y así consiguió llegar hasta la carretera sin que nadie lo viera. Pasó ante la granja de los Mazzu con un trotecillo, sujetándose el hombro con una mano, porque en realidad, ahora que estaba al aire libre, no lo sentía tan fuerte como había creído, sino caliente y dolorido. Casi deseó haberle permitido al cura que lo interceptara. Los perros de los Mazzu ladraron y se abalanzaron hacia él hasta donde se lo permitían sus cadenas, pero no hubo movimiento alguno tras las ventanas cerradas.

Cuando casi había llegado al muelle, oyó unas pisadas rápidas a cierta distancia. Era Maria-Grazia, que corría hacia él. Precisamente lo que más había temido, pues ahora se vería obligado a darle una explicación. La observó acercarse, con *Micetto* siguiéndola a toda velocidad y Concetta abriéndose paso entre los matorrales y gritando:

—¡Espera, Maria-Grazia! ¡Espérame!

Maria-Grazia se detuvo ante él. Y de pronto, de su boca manó una gran oleada de palabras en inglés:

—Te marchas. ¿Por qué te vas ahora, Robert? Todos queremos que quedes. Te traje aquí la gracia, la gracia de santa Ágata, todos lo creen. ¿Por qué te vas solo para que te maten en otra batalla? —Soltó un sollozo sin lágrimas—. Pensaba que subirías a mi habitación. Eso es lo que te pido. Pero en cambio te das la vuelta y te marchas... ¿Ha sido algo que he hecho o dicho, Robert? Con tu marcha pones muy tristes a mis padres. Nos pones muy tristes a todos.

Con cierta aspereza y un tanto avergonzado, Robert contestó:

—Estás hablando en inglés.

—Sí, sí. Siempre sé hablar inglés, solo que antes me daba demasiada vergüenza. Hoy te pido, en italiano, que subas a mi habitación, pero en cambio te vas y nos dejas.

—¿Y por qué no lo has hecho en inglés, ya que lo hablas?

Con expresión fiera, Maria-Grazia respondió:

—¿Por qué no me dices tú que me amas en italiano, si sabes hacerlo? Veo que dejas esa página abierta sobre tu mesa, una y otra vez.

—Bueno, pues te lo diré ahora —replicó Robert con mayor aspereza aún de la que pretendía—. *Ti amo. Ti adoro.* Pero tengo que marcharme.

—Tu hombro no está curado. No serás capaz de luchar con nadie con ese hombro, Robert... morirás.

—Está suficientemente curado como para andar hasta que encuentre a mi regimiento.

Maria-Grazia se echó a llorar.

—Morirás —repitió—. Todos los creen así. Ojalá Dios y santa Ágata hicieran que se te abriese de nuevo la herida, lo que sea para impedir que vuelvas a esa guerra.

—Me voy —zanjó él—. Me voy, y regresaré. ¿No te he dicho que te quiero?

Maria-Grazia lo siguió por la carretera polvorienta, sollozando.

En el muelle, Robert descubrió un hecho curioso: ningún pescador —ni Bepe, ni ‘Ncilino, ni siquiera Ágata la pescadora— estaba dispuesto a llevarlo a Sicilia. Plantados ante sus remos, todos se negaron categóricamente sacudiendo la cabeza. Ágata la pescadora soltó una perorata en dialecto con tanta furia que Robert se echó atrás.

—¿Por qué está enfadada? —preguntó a Maria-Grazia.

Que una de sus salvadoras se hubiese vuelto contra él lo hizo sentirse al borde de las lágrimas.

—No está enfadada, pero tampoco está dispuesta a llevarte.

—¿Qué ha dicho exactamente?

—Que no puedes marcharte ahora que la guerra ha terminado —contestó Maria-Grazia—. Dice que nos das buena suerte, que traes buena suerte. Dice que desde que llegaste no hacen más que pescar buenas *sarde* y atunes grandes... No es más que una superstición, claro...

Pero Ágata la pescadora no había terminado.

—¿Qué está diciendo ahora?

—Dice... Dice que esta isla ya ha perdido suficientes hombres buenos.

Robert, un poco trastornado por todo aquello, decidió que no le quedaba otra opción que ir a nado hasta Sicilia. Sosteniendo el fusil en alto, echó a correr y se arrojó al agua desde el muelle. Maria-Grazia, los pescadores, la niña y el gato lo observaron formando una hilera, tan perplejos que por fin guardaban silencio. Llegó hasta las rocas, gruñendo a causa del dolor en el hombro, y en ese punto se vio

obligado a bajar el fusil.

A duras penas oyó los gritos a su espalda. Al darse la vuelta, vio que se reunía una multitud en el extremo del muelle. Distinguió al doctor, Amedeo, y a Pina; también al sacerdote, el padre Ignazio; a la nieta de los Rizzu, que llevaba a Gesuina de la mano; y a los ancianos jugadores de *scopa*; incluso a Arcangelo el tendero, que apenas había cruzado tres palabras con él y hasta hacía un mes era fascista.

Tras pedirle en susurros a Pina la traducción correspondiente, Arcangelo gritó con cierta vacilación:

—Declaro en nombre de los ciudadanos que, si no se queda por voluntad propia, *il conte* y yo nos veremos obligados a hacerlo... *come si dice?* Prisionero de guerra. Vuelva ahora mismo, haga el favor, *signor Carr*.

Mientras avanzaba por el agua, jadeando entre la espuma y el aire salado, ligeramente mareado debido al agotamiento, Robert sintió que el dolor ardiente de su hombro se volvía más intenso y punzante. Se llevó una mano a la herida y un residuo pegajoso le manchó los dedos. Había vuelto a abrirse y supuraba, y siguió haciéndolo hasta después de que los tres pescadores, Bepe, 'Ncilino y Ágata, hubiesen vadeado hasta él para cogerlo en brazos y llevarlo a la orilla sano y salvo.

TERCERA PARTE

LA CIUDAD DE LOS MUERTOS

1944-1953

Hubo en otro tiempo una anciana a la que se le metió en la cabeza echarle una maldición a la hija de un rey. «Nunca te casarás —#declaró#— hasta que hayas encontrado al Hombre Muerto y lo hayas velado durante un año, tres meses, una semana y un día».

La niña creció y la maldición siguió obrando efecto. Aunque tenía muchos pretendientes y era muy hermosa, la muchacha no encontraba a ninguno que le gustara lo suficiente para convertirlo en su marido. «Padre —dijo al fin la princesa—, esto no funciona. Es evidente que no podré casarme hasta que encuentre al hombre con quien debo hacerlo según la maldición, pues ningún otro servirá. Así pues, tengo la intención de salir al mundo en busca del Hombre Muerto».

El rey, su padre, se echó a llorar, pero no hubo forma de disuadir a la muchacha, que al día siguiente ensilló su caballo, cargó en él las alforjas y se internó en el mundo en busca del Hombre Muerto.

Tras muchos años de viaje, llegó a un gran palacio blanco. La puerta estaba abierta, y las lámparas, encendidas. Un fuego ardía en la chimenea. La muchacha entró y fue de una habitación a otra hasta que, finalmente, en una alcoba del piso de arriba, encontró a un hombre muerto yaciendo ante el hogar. «Aquí está mi novio —dijo la princesa—. Y debo velarlo durante un año, tres meses, una semana y un día, hasta que despierte».

Y dicho esto, la muchacha se tumbó en las baldosas, ante la chimenea, y esperó a que el Hombre Muerto despertara.

Un relato de origen veneciano, también incluido en el *Decamerón* y en el libro de cuentos del *signor* Calvino, que de algún modo encontró su camino hasta Castellamare durante la Segunda Guerra Mundial. Soy de la creencia de que debió de llegar a través de uno de los prisioneros del norte. Lo grabé por primera vez en 1942, cuando el *signor* Rizzu me lo volvió a contar.

1

Las brasas de la guerra se extinguieron aquel verano en el que Maria-Grazia y Robert se convirtieron en amantes. Durante la primavera siguiente, cuando Sicilia llevaba ocho meses ocupada y los pescadores habían empezado, tímidamente, a aventurarse más lejos en sus salidas al mar, una barca desconocida apareció en el horizonte. Concetta y Maria-Grazia subieron corriendo al último piso de la casa para escudriñar el mar con los prismáticos de Flavio y descubrieron al pescador remando y a dos soldados estadounidenses con cascos de acero.

La llegada tardía de los estadounidenses a Castellamare fue un descuido. En realidad deberían haber ocupado la isla meses antes, pero en el caos que envolvía Siracusa los sicilianos simplemente habían olvidado mencionar a las fuerzas de ocupación que la pequeña isla que se alzaba en su horizonte estaba habitada. Solo al cabo de mucho tiempo, un coronel inclinado con una lupa sobre sus fotografías aéreas distinguió un manchón granuloso al sureste de Sicilia. Cuando aumentó la imagen, descubrió los bloques grises de un embarcadero y unas salpicaduras rojas que podían ser casas. Indagó al respecto en el mercado que había bajo la ventana de su despacho. «Sì, sì», dijeron los siracusanos, Castellamare estaba habitada, e incluso había albergado un campo de prisioneros con muchos hombres inteligentes del norte y cuatro o cinco guardias.

A la mañana siguiente, el coronel envió una barca a la islita vecina a investigar.

Los dos estadounidenses, un sargento y un teniente, habían ofrecido al propietario de la *Señor, ten piedad* un único billete de dólar por transportarlos a Castellamare. Atracaron poco después de las cuatro, bajo un calor de primavera bestial. El pescador amarró la barca al muelle desierto y señaló el camino que conducía a la cima de la isla entre olivares y cactus. Luego se sentó en el fondo del bote y empezó a disponer naipes sobre la bancada para hacer un solitario, dejando así muy clara su intención de quedarse atrás.

—Vamos a pasar un calor de narices subiendo hasta ahí —comentó el sargento.

—Por el camino encontraremos a alguien que tenga coche —terció el teniente.

El pescador esbozó una mueca.

—Aquí no hay coches —dijo con el desdén que los habitantes de la ciudad sienten por los pueblos—. Ni neveras, ni televisores, ni radios. Nada de nada. ¿Me entienden, *americani*?

En su penoso avance ladera arriba, los *americani* lo entendieron muy bien. En los campos, los tenaces zarcillos de las vides acababan de brotar, y al sargento le recordaron a su hogar y a los viñedos de California. En la distancia, cerca del mar, una hilera de braceros se movía como un solo hombre, y el ruido que hacían al hincar sus azadones en la tierra seca era audible incluso desde aquella altura. Junto a ellos,

en el camino de tierra, se veía la forma diminuta de un automóvil inesperado.

—¿Bajamos otra vez hasta ahí? —inquirió el sargento—. ¿Le preguntamos a esa gente?

—Probaremos primero en el pueblo —contestó el teniente, que no era capaz de enfrentarse de nuevo a la subida con aquel calor.

No encontraron más indicios de vida humana hasta que por fin cruzaron el maltrecho arco de entrada al pueblo. Este se había convertido en una especie de pizarra para consignas de todas las ideologías políticas. Los «¡Viva Il Duce!» y «¡Viva Mussolini!» ya estaban casi borrados, reemplazados por los nombres de los héroes de la Italia semiliberada: «¡Viva Badoglio!», «¡Viva Garibaldi!», «¡Viva il Re!».

El teniente asintió con la cabeza, satisfecho.

—Aquí no hay fascistas.

—Al menos ya no —terció el sargento.

El pescador de Siracusa se había equivocado en otra cosa: había una radio. Tras buscar un poco, la localizaron en la terraza del bar. Allí se encontraron con una curiosa mezcla de gente: viudas, ancianos jugadores de cartas, dos o tres pescadores y un soldado británico que tomaban café y discutían sobre el noticiero de la BBC.

—¿Dónde está el resto de su regimiento? —preguntó el teniente al soldado—. No nos habían informado de que las fuerzas británicas hubieran tomado ya esta isla.

Robert dejó la taza de café y se puso en pie.

—Es que no es así. Soy el único. El mar me trajo hasta aquí la noche del 9 de julio. Me vi separado de mi regimiento cuando el remolcador soltó nuestro aeroplano en medio del mar y no he vuelto a ver a ninguno de mis compañeros.

El sargento había oído a su cuñado, que era piloto de un avión remolcador, hablar de aquellos amerizajes: sabía que el viento y la lluvia habían confundido a los pilotos de los aviones, que habían soltado a los planeadores antes de hora; que los paracaidistas británicos habían acabado diseminados por las montañas, inmersos en aguas embravecidas o abandonados a su suerte en viñedos a cientos de kilómetros de las líneas enemigas. Durante los días siguientes, los que aún podían combatir lo habían hecho allí donde estaban y los que seguían flotando agarrados a los despojos habían sido rescatados y enviados de vuelta a Túnez en barco. La ira de algunos soldados británicos contra los pilotos de remolcador yanquis había sido tan violenta que habían tenido que confinarlos en campos.

—Menuda chapuza —murmuró el sargento—. Ya nos enteramos de todo eso.

El soldado británico se presentó:

—Pertenezco a la Sexta Sección de la Guardia Paracaidista, Tercer Batallón, Primera División Aerotransportada. ¿Saben si hay otros que hayan conseguido salir de sus planeadores? No paro de pensar en ello, hasta sueño con eso por las noches. ¿Consiguió salir alguno más?

—Solo hace seis meses que llegamos a Sicilia —respondió el teniente—. No

tengo ni idea. —Su mirada fue del soldado británico a los viejos que jugaban a las cartas, pasando por las viudas que murmuraban en el rincón y los dos pescadores que habían dejado sus periódicos para observar a los dos militares con interés benevolente—. Tenía entendido que aquí había un campo de prisioneros.

Llamaron a Pina, que condujo a los soldados por la calle mayor hasta la serie de casitas en ruinas que habían albergado a los prisioneros. Demasiado avergonzada para hablar inglés ante aquellos forasteros, explicó en un italiano formal que el campo ya no existía.

—Dice que era aquí donde tenían a los prisioneros —tradujo Robert—. No había un campo propiamente dicho, solo esto. Y dice que poco después de que empezaran los combates, los guardias fascistas se fueron. Fue justo cuando yo vine a parar a esta isla.

—¿Y qué ha sido de los prisioneros?

—Solo quedan un profesor de universidad y un par de diputados socialistas. Los demás también se han ido.

Incluso Mario Vazzo se había marchado. Había vuelto a la Italia peninsular en busca de su mujer y su hijo.

—¿Qué me dice del gobierno local? ¿Hay alguien con quien tengamos que tratar? ¿El alcalde?

Robert negó con la cabeza.

Para entonces, media isla se había enterado ya de la llegada de los soldados estadounidenses. La gente se apiñaba en torno a sus liberadores y les daba palmaditas en los hombros. Algunos empezaron a soltar vítores de «¡Viva l'America!». Concetta se zafó de la mano de Maria-Grazia y emergió al frente de la multitud para escrutar a los forasteros.

—Todo esto es rarísimo —dijo el teniente, que había confiado en tomar la isla a lo grande—. Nos dijeron que había un campo de prisioneros con cuatro o cinco guardias.

—Sí, sí —repuso Robert—. Ella dice que lo hubo, pero que ya no está.

—Traeos a los *americani* de vuelta al bar a tomar un café —propuso Rizzu—. Ofrecedles algo de comer y beber.

Guiaron a los soldados estadounidenses por las calles como si fueran invitados de honor, lo cual aplacó un poco al teniente. Una vez en la Casa al Borde de la Noche, rechazaron el *caffè di guerra* de Maria-Grazia, pero sí accedieron a sentarse en el bar, bajo el ventilador de techo, donde pidieron que hicieran acudir de inmediato al antiguo *podestà* de la isla.

Rizzu, orgullosamente sentado en el asiento delantero del coche por primera vez en su vida, hizo volver al *conte* de los campos. D'Isantu dedicó una rígida inclinación de cabeza a los liberadores.

—¿Entiende usted el inglés? —preguntó el teniente.

El conde, que nunca había sido un gran erudito, se vio obligado a decir que no. Se

les pidió a Robert y a Pina que tradujeran. Mientras *il conte* se ponía rojo y se miraba las rodillas, los soldados estadounidenses declararon la toma de la isla y lo exoneraron de sus obligaciones como alcalde. El conde dio un par de pasos arrastrando los pies y, tras unos segundos de tensión durante los que pareció que no sería capaz de reprimir la ira, se calmó y consintió en estrechar la mano a los soldados.

Estos se centraron entonces en el problema de qué hacer con Robert.

—Lo llevaremos de regreso a Siracusa —anunció el teniente—. Haremos que disfrute de una buena comilona y lo transferiremos a su regimiento.

—No puedo irme —contestó Robert—. Ya intenté marcharme, volver con mi regimiento, pero no funcionó. La herida del hombro empezó a sangrarme de nuevo en cuanto abandoné la isla.

—*Sì, sì* —intervino una isleña, una anciana de ojos ciegos velados por una telilla blanca—. *Un miracolo di Sant'Agata*.

—¿Qué ha dicho?

—Dice que es un milagro de santa Ágata.

—Venga ya —soltó el teniente—. Basta de tonterías. Lo sacaremos de aquí y lo llevaremos a un hospital como es debido, si está herido. Haremos que lo evacúen a Túnez o que lo envíen a casa, a Inglaterra, si es lo que quiere.

Pero Robert negó con la cabeza.

La multitud se abrió para permitir que Amedeo se adelantara y ofreciera un informe médico. Sí, sí, convino, con el hombro de Robert no se podía más que esperar a que sanara. Un período de descanso; no era aconsejable mover al paciente de la isla en esa etapa tan delicada.

—Déjeme ver ese hombro —exigió el oficial.

Robert se desabrochó la camisa y expuso la cicatriz, que había adquirido un tono plateado.

—La herida parece bastante curada —dijo el teniente—. No veo que esté tan mal...

—Pero cuando se va de la isla, la herida se abre.

Maria-Grazia había dado un paso adelante enroscándose la trenza de pelo negro.

Se oyeron murmullos de aprobación entre los isleños. El teniente recordó la guía de campo de Sicilia que les habían facilitado antes del desembarco en Messina. «La mayor parte de sus habitantes son católicos romanos y muy aficionados a las festividades de los santos». Al parecer, el británico tenía alguna clase de influencia en todas aquellas personas.

—La guerra debe de haberlo vuelto un poco chalado —susurró al oído del sargento.

Pero este último, claramente amedrentado, no parecía compartir su opinión.

—Yo no lo tengo tan claro. He oído hablar de otros milagros en esta guerra. Me los ha contado mi cuñado, Harvey, que pilota aviones.

—Venga ya. —El teniente, dirigiéndose solo a Robert, hizo otro intento—: ¿No preferiría venir con nosotros a Sicilia para comer como es debido, ver a un médico y averiguar qué ha sido de sus compañeros?

Pero Robert volvió a decir que no. No podía irse con ellos a la isla vecina y no estaba dispuesto a someterse a tratamiento médico en un hospital militar.

—No puedo irme —insistió—. Mi hombro solo puede sanar aquí, y este es el único médico que puede curarme.

En ese punto, por primera vez, el sargento decidió decir lo que pensaba:

—Ese hombro suyo no tiene mucho remedio. Que nos lo llevemos o lo dejemos aquí no supondrá una gran diferencia.

—Un desertor es un desertor —zanjó el teniente—. No podemos dejarlo aquí sin más.

El teniente había esperado mayor resistencia por parte del inglés, pero al final Robert se fue con ellos. Lo que no había esperado era la procesión de isleños que los siguió por el camino de tierra hasta el embarcadero, lamentándose y protestando en dialecto, y en algunos casos incluso llorando abiertamente al tiempo que se aferraban a las manos del inglés. El oficial, sudando mientras guiaba a un Robert pálido y taciturno agarrándolo del brazo, empezó a desear no haber pisado nunca aquella isla. Para empeorar las cosas, su sargento, un joven supersticioso criado en una chabola de California, sin duda estaba de parte del inglés.

En el embarcadero, los isleños esperaban en silencio a que los *americani* se llevaran a Robert. El teniente tuvo la sensación de que debía hacer alguna clase de declaración. Tras encaramarse a la bancada de la *Señor, ten piedad*, se dirigió a los aldeanos:

—Cuidaremos bien de su amigo. Nos ocuparemos de que reciba un buen tratamiento.

Los isleños continuaron mirando sin decir nada mientras Robert y Maria-Grazia se daban un abrazo muy breve. Y entonces el pescador soltó la amarra, con los *americani* y el inglés a bordo. Los isleños, apenados, no se movieron del embarcadero mientras la barca se alejaba.

—Menudo infierno de lugar —comentó el teniente.

—De mal agüero, en mi opinión —respondió el sargento.

Cuando la barca alcanzó el mar abierto y surcaba ya las aguas picadas entre Castellamare y Siracusa, el inglés murmuró algo. De la herida del hombro le brotaba sangre negra. El teniente hurgó en el botiquín de primeros auxilios y extrajo un apósito Carlisle de su envoltorio de plástico.

—Tome, póngase esto en el hombro. Nos ocuparemos de que reciba atención médica en cuanto haya desembarcado.

Entretanto, un recuerdo asaltó de pronto al sargento: cuando tenía quince o

dieciséis años y trabajaba en la cosecha en un rancho cerca de Soledad, había visto a un hombre caer de un carro, quedar ensartado en una horca y desangrarse en pocos segundos.

Cuando dejaron al soldado en el hospital de campaña inglés, se alegró de no tener nada más que ver con él.

Desde el 66.º Hospital General, en Catania, Robert, todavía sangrando, fue evacuado a Túnez, y una vez allí lo subieron a bordo de un buque hospital con destino a Southampton. Durante el trayecto estuvo postrado en su litera y solo pudo beber un poco de caldo de carne. De vez en cuando parecía que la herida empezaba a curarse, pero al cabo de unos días volvía a sangrar. Tenía altibajos de temperatura y lo atormentaban unos dolores de cabeza persistentes. La suya era una infección que ni el mercurio amoniacal ni los comprimidos de sulfanilamida parecían poder curar; por lo visto se trataba de algo más profundo, que había echado raíces en su interior.

Su regimiento, o lo que quedaba de él, estaba de instrucción más al norte, pero a Robert ya no podían destinarlo a ningún sitio. Mientras sus compañeros de la Sexta Sección de Paracaidistas descendían sobre Arnhem, él yacía en una cama con cortinas grises, mejorando unas veces, debilitándose otras, y soñaba con Maria-Grazia. Con las tardes calurosas que pasaba entre sus brazos cuando el resto del pueblo dormitaba tras los postigos cerrados, cuando contenían el aliento para no perturbar el silencio que reinaba en la isla; con su gruesa trenza de cabello negro; con la tranquilidad de despertarse a su lado en aquella habitación con palmeras y el horizonte azul del mar al otro lado de la ventana. No estaba seguro de si todas esas cosas habían ocurrido o solo las había imaginado. El mundo entero parecía un lugar sumergido del que se arrancaran grandes porciones de tiempo y en el que, sin embargo, los días en sí transcurrieran a rastras, con toda languidez. Aun así, él seguía aferrándose a la convicción de que una vez había sido amante de Maria-Grazia, y de que volvería a amarla.

Escuchaba la radio y comprendía que la guerra llegaba a un fin confuso. Oyó que se habían soltado dos bombas tremendas sobre Japón, que ciudades enteras habían quedado arrasadas, algo espantoso. Luego vino la rendición. Hitler estaba muerto, Mussolini estaba muerto. Sabía que los soldados no tardarían en regresar en barcos, en trenes, un gran éxodo de gente que recorrería el mundo conocido en todas las direcciones dejando atrás sus enemistades, como aves migratorias volviendo a casa.

En otoño de 1945, Maria-Grazia recibió una postal con la imagen de un hospital inglés de ladrillo rojo en el anverso. Aunque tan solo iba dirigida a «Maria-Grazia Espósito, la Casa al Borde de la Noche, isla de Castellamare», la carta había conseguido llegar. En ella se leía: «*Sto pensando a te*». «Estoy pensando en ti». Fue

así como supo que Robert había sobrevivido.

La pequeña Concetta la despertó antes de que hubiese amanecido.

—¡Maria-Grazia, baja! —exclamó, y su voz reverberó en el porche.

La joven emergió de unos sueños extraños acerca de cuevas negras, en los que caía. Tanteó en busca del pasador de la ventana y asomó la cabeza.

—¿Concetta?

Había caído una lluvia ligera y el cielo estaba plagado de estrellas.

—¡Maria-Grazia! —insistió la niña—. ¡Despierta! Ha llovido y los *babbaluci* han salido. Si vamos ya, pillaremos los mejores.

Maria-Grazia se vistió en la oscuridad y bajó la escalera dejando atrás las fotografías ensombrecidas de sus hermanos. En el patio, una ligera llovizna flotaba todavía en el aire; la noche parecía saturada de ella. Cogió dos cubos metálicos que aún tenían en su interior un poco de cieno de la última vez que habían ido a buscar caracoles. Sabía que otros habrían salido ya: los Mazzu, cuya cosecha había sido muy escasa aquel verano, y los infrautilizados braceros del *conte*.

—Vayamos a las casas en ruinas —sugirió Concetta—. A nadie se le ocurre buscar allí. Los *babbaluci* se esconden en las grietas de las paredes, pegados unos a otros formando una pelota. Los he visto. ¡Vamos, Maria-Grazia!

Concetta, a quien nunca se había visto cansada o desanimada, echó a correr a su lado a través de la penumbra húmeda. En la plaza, los labriegos ya empezaban a desperezarse. Unos esperaban a que los capataces del *conte* llegaran en el automóvil y los contrataran como jornaleros —era lo que siempre hacían cuando había poco trabajo—, pero otros se congregaban con un propósito distinto: su actitud era furtiva, llevaban banderas rojas y los dirigía el joven Bepe.

—¿Qué hacen? —quiso saber Concetta.

—Protestar —contestó Maria-Grazia—. Ven... déjalos.

El enfrentamiento entre los labriegos y el conde había tenido su inicio en una visita que Bepe había hecho a su primo en Palermo. Había vuelto en estado de gran agitación: la noche de su llegada, subió a la carrera los peldaños del bar con un periódico palermitano bajo el brazo y un arsenal de indignación justificada en el corazón.

—Hay leyes nuevas —anunció a los campesinos y pescadores sentados en torno a la mesa de *scopa*—. Acabo de enterarme, mi primo me ha hablado de ellas. Son reformas agrarias que llevan en vigor un año o más, pero nadie nos lo ha explicado. Pero ¡esas leyes nuevas también deben aplicarse en nuestra isla, igual que en el resto de Italia! A partir de ahora, se nos dará una proporción adecuada de nuestro grano y nuestras aceitunas, no la cuarta parte que suele ofrecernos *il conte*. Y los que no seáis agricultores arrendatarios o aparceros ya no tendréis que esperar todas las mañanas en

la plaza para que os den trabajo, sino que os han de proporcionar un contrato en toda regla. ¡Y tenemos derecho a tomar y ocupar todas las tierras que no estén cultivadas! ¡Incluso los terrenos inutilizados del *conte* son nuestros!

Los labriegos se reunieron en torno a Bepe y su periódico a regañadientes, poco dispuestos a dejarse engañar. Pero, en efecto, el periódico de Palermo corroboraba lo que Bepe había dicho; es más, añadió este, si las nuevas leyes no se cumplían debidamente, los *carabinieri* de la Italia peninsular acudirían para obligar al *conte* a seguirlos, porque el nuevo ministro de Agricultura era comunista y así lo había ordenado.

—Sí —confirmó Maria-Grazia desde el otro lado de la barra—. Aquí también ha salido en todos los periódicos, solo que en este bar nadie lee algo que no sea *La Gazzetta dello Sport*.

—Hay otra cosa importante —advirtió Bepe—. Antes de poder ocupar la tierra tenemos que formar una cooperativa.

—¿Una qué? —preguntó el aparcerero Mazzu con suspicacia—. Yo no pienso cooperar con ninguno de vosotros.

—Tenemos que formar una organización —explicó Bepe—. Solo quiero decir eso. Y tenemos que salir a ocupar las tierras todos juntos; solo así el Gobierno atenderá nuestras peticiones. Y... —Bepe se sacó un buen pedazo de tela roja de debajo de la chaqueta— llevaremos esta bandera del Partido Comunista cuando lo hagamos, y la clavaremos en la tierra con un palo. Si os ponéis a pensarlo, en la isla hay un montón de tierras sin cultivar... El terreno de caza del *conte*, y esa parte más pedregosa hacia el sur de la que nadie se preocupa nunca y que antaño eran tierras comunitarias —añadió, y un par de los campesinos más ancianos, al recordarlo, sintieron cómo se reavivaba una indignación antigua.

Poco a poco, Bepe recorrió la isla haciéndose oír. El año anterior, la cosecha no había sido buena para nadie, así que media isla estaba en deuda con *il conte* y sus capataces. El día en que el conde y su mujer partieron hacia su finca de Palermo, huyendo del calor de finales del verano, Bepe logró por fin convencer a los demás campesinos de pasar a la acción. La mañana del lunes siguiente, los hombres —acompañados por sus esposas con grandes cacerolas sobre la cabeza y una retaguardia desordenada de críos excitables— entraron en las tierras baldías del conde para reclamarlas como suyas. El erial pedregoso del este de la isla, ocupado hasta entonces solo por cabras salvajes y nidos de lagartos, se dividió en franjas con hilos de pescar bien tensos, y después se sembró trigo otoñal.

A la hora de comer, los capataces del *conte* aparecieron a lomos de burros y armados con rifles de caza.

—Tenéis que largaros de estas tierras —ordenaron.

Los labriegos se marcharon, pero volvieron cuando el trigo hubo brotado y, con talante subversivo, entresacaron las hileras de retoños.

Nadie sabía qué ocurriría cuando el calor remitiera y el conde regresara de

Palermo, pero ahora los campesinos emprendían otra marcha a los campos para reclamar sus tierras sin utilizar, los terrenos de caza en esta ocasión. Concetta los siguió durante unos pasos, atraída por el sonido del *organetto* con sordina de Bepe, hasta que sus caminos se bifurcaron. La senda de Maria-Grazia y Concetta las llevó ladera abajo por la colina desnuda, mientras que la procesión de labriegos siguió su descenso por la carretera, con las puntas de sus pitillos reluciendo como breves luciérnagas en la oscuridad. La música fue desvaneciéndose en su estela, y solo quedaron la penumbra y la lluvia. Maria-Grazia y Concetta, tras abrirse paso entre la hierba mojada y los macizos de cardos, llegaron a las casas abandonadas que una vez habían albergado a los prisioneros. Y en efecto, en cuanto se arrodilló entre los escombros, Maria-Grazia encontró *babbaluci* que asomaban la cabeza por todas partes.

Sintió una punzada de remordimiento cuando empezó a dejarlos caer en el cubo. Concetta iba llevando la cuenta con entusiasmo:

—Cincuenta y uno, cincuenta y dos, cincuenta y tres...

—Haremos un guiso —dijo Maria-Grazia—. Con aceite, perejil fresco y ajo, y un poquito de pimienta.

Con la llegada del alba, las casas en ruinas se encogieron hasta adquirir proporciones corrientes y los caracoles empezaron a hurgar más hondo en la tierra. Las dos trabajaron codo con codo, sin hablar, ganándole la partida al sol y al calor, hasta que uno de los cubos estuvo lleno.

—Maria-Grazia —dijo Concetta, observando el contenido—, ¿qué crees que habrá sido del *signor* Robert?

La joven se puso un poco tensa al oír aquello.

—¿A qué viene esa pregunta?

—A nada en especial. Pero ¿qué crees que le habrá pasado?

—No lo sé. Supongo que sigue en Inglaterra. Ya te enseñé la postal que mandó.

—Esa postal no decía gran cosa —terció Concetta—, y llegó hace más de un año.

—Me imagino que volvía a dolerle el hombro y que no tenía fuerzas para escribir más.

—¿Y no puedes escribirle tú?

Maria-Grazia negó con la cabeza. Había escrito al hospital un año antes. Le habían dicho que no tenían noticias suyas, que el paciente se había marchado y no sabían adónde.

Concetta sostuvo un caracol en alto y lo observó extender y retraer los cuernos como si estuviera bailando.

—¿No podríamos ir a buscarlo a Inglaterra? En barco, o en avión, las dos juntas, Maria-Grazia.

—Ay, Concetta, ya sabes el dineral que costaría, muchísimas liras. Además, él volverá en cuanto pueda, estoy segura.

La niña desapareció tras una pared. Maria-Grazia la oyó murmurar para sí y

arañar la tierra. Andaría buscando los caracoles más pequeños, los *attuppateddi*, que se escondían a dos o tres centímetros bajo tierra.

—No pongas los *attuppateddi* y los *babbaluci* juntos —avisó Maria-Grazia—. Se pelearán, como la última vez; además, los *attuppateddi* son más amargos y habrá que tenerlos en remojo con salvado un par de días para quitarles el mal sabor.

—Ajá... —Fue la huraña respuesta de Concetta.

Trabajaron hasta que el sol se alzó en el cielo y los caracoles restantes desaparecieron: los *babbaluci* en sus grietas y agujeros y los *attuppateddi* enterrados bien hondo. Concetta, rebozada en tierra hasta los codos, dejó caer el último puñado en el cubo.

—¿Puedo comerme un par ahora? —rogó—. No me importa que estén crudos.

—Ay, Concetta... Espera a que los hayamos guisado...

Solo cuando se incorporó, levantando el primer cubo, advirtió Maria-Grazia que la sombra de alguien que esperaba de pie tras ellas recaía sobre su espalda.

Por un instante, quizá porque Concetta acababa de mencionarlo, o porque esas cosas habían pasado cientos de veces en sus ensoñaciones secretas, mientras se volvía, estuvo convencida de que se trataba de Robert. Sin embargo, se trataba de un hombre vestido con ropa extraña y que no era de su talla, con una maltrecha maleta de cartón y el rostro de uno de sus hermanos. Un rostro un tanto crispado y con más arrugas, pero de algún modo familiar, con la nariz ancha, las facciones morenas y aquellas cejas pobladas bajo la mata de pelo bien untada con aceite. Cayó en la cuenta de quién era con una oleada de temor.

—¡Flavio! *Dio*, ¿eres tú?

—Maria-Grazia... —dijo el hombre que se parecía a su hermano.

—Oh, Flavio. ¿De verdad eres tú y no tu fantasma?

—¡Claro que soy yo!

—¿Dónde has estado? Nos dijeron que desapareciste en combate en el norte de África.

—¿No vas a darme la bienvenida?

Cuando Maria-Grazia lo abrazó, lo notó tenso, como si se resistiera un poco.

—Esperabas a otra persona —dijo—. Cuando te has dado la vuelta y me has visto, te has llevado una desilusión.

A Maria-Grazia se le escaparon las lágrimas.

—No... Es solo la impresión de verte. Ven a casa, con mamá y papá...

—¿Y Aurelio y Tullio? ¿Han vuelto ya?

—No hemos sabido nada de ellos.

Lo agarró de la muñeca para guiarlo, con Concetta trastabillando tras ellos con los cubos de caracoles.

Una vez dentro de las murallas, unas cuantas personas parecieron reconocer a Flavio y murmuraron un «*salve*» o un «*buongiorno*». Pero nadie se le acercó. Al advertirlo, Maria-Grazia empezó a hablar con un entusiasmo excesivo.

—¡Qué contenta estoy! Y ya verás que aquí las cosas no han cambiado nada... ¡Y tenemos tu medalla, además...!

Concetta, que se afanaba tras ellos, soltó los cubos y exclamó:

—¡Eh! ¡Eh!

Maria-Grazia se dio la vuelta.

—Perdona, *cara*... Es demasiado peso para ti sola, dame uno a mí.

Flavio tendió la mano para asir el otro.

—¿Qué son? —preguntó, apartándose un poco de aquella masa turbia.

—Caracoles.

—¿Para comer?

—¿Para qué si no? La verdad es que no ha habido mucho de lo que alimentarse últimamente. Pero gracias a Dios y a santa Ágata, tenemos pescadores... Estoy segura de que en el interior de Sicilia la gente pasa mucha más hambre que nosotros, tan lejos del mar y en esos sitios tan secos y pedregosos...

Cuando Flavio cogió el cubo, ella advirtió al instante que le faltaban todos los dedos de la mano derecha excepto el índice y el pulgar. Sintió la amenaza de las lágrimas.

—¿Qué te ha pasado en la mano?

—Oh... —Él se la miró por ambos lados, primero la palma y luego el dorso, como si la viera por primera vez, y por fin dijo—: Me los volaron de un disparo. Pero no hay mucho que contar al respecto, y preferiría no hacerlo.

Durante todo el trayecto por la calle mayor, Maria-Grazia trató de no mirar los muñones de aquellos pobres dedos que antaño danzaban sobre los pistones de una trompeta y le arrancaban notas brillantes.

Cuando llegaron a la casa, ella se detuvo y dejó el cubo en el suelo.

—Deja que entre yo primero. Déjame contárselo.

Flavio asintió y se quedó allí muy tieso, sujetando el cubo de caracoles.

Mientras esperaba, se dejó apaciguar por la brisa sosegada que le llegaba entre la maraña de buganvillas, arrullado por el siseo familiar de las olas. Oyó murmullos procedentes del bar, la conocida música de voces. Oyó la de su padre, la de su madre. Y la de su hermana de nuevo, que decía:

—Está aquí, ahí fuera. Mi hermano ha vuelto de la guerra.

Y entonces oyó los gritos inconfundibles de su madre:

—¿Tullio? ¿Aurelio? —Solo después de haber pronunciado los nombres de los otros dos y un nombre extranjero que ni siquiera reconoció, añadió por fin—: ¿Flavio?

Flavio escuchó todo aquello y al instante supo que no volvería a ser feliz en Castellamare.

Tras el fin de la guerra, muchos de los hombres jóvenes habían vuelto a la isla.

Algunos llevaban medallas envueltas en la maleta; otros vestían ropa civil de países extraños que no era de su talla y olían a espuma de afeitar extranjera y loción barata para el pelo. Justo después de Navidad, cuando el *presepe* con sus figuras a tamaño natural de la Virgen, el niño Jesús y el encorvado san José aún se hallaba ante la iglesia, *il conte* había recibido la noticia de que su hijo, Andrea, con una pierna destrozada, había emprendido el regreso desde un campo de prisioneros de Indiana. En la celebración de la Epifanía, su madre, ya de mediana edad, llegó a la iglesia cogida del brazo del conde. Carmela lloró ante la imagen de santa Ágata, alzando los brazos y declarando en voz alta su agradecimiento. («Como si fuera una mujer cualquiera de la isla», comentó Gesuina). A partir de ese día, Carmela pareció envejecer al fin como todos los demás isleños, con la ropa igual de ajada y poco elegante y el mismo rostro macilento.

Mientras Andrea estaba preso en Estados Unidos, otros isleños habían recibido asimismo cartas y telegramas con sellos de la Cruz Roja y matasellos extranjeros y una oleada de muchachos había regresado. Pero Pina y Amedeo no habían recibido carta alguna. La vuelta inesperada de Flavio sacudió los cimientos de la Casa al Borde de la Noche, fue una conmoción tan grande como lo había sido su desaparición.

Lo cierto es que, un par de días después de la llegada de Flavio, sí llegó una arrugada carta de la Cruz Roja. El yerno de Pierino la entregó en la puerta del bar y el grito de Pina despertó a la plaza entera, espantó a las oropéndolas posadas en los árboles e hizo que su marido y su hija bajaran la escalera a gran velocidad, pues todos creyeron, por unos instantes, que eran noticias de alguno de sus otros hijos. En realidad tan solo se trataba de la comunicación que deberían haber recibido sobre Flavio. «Nos complace informarles —decía— de que su hijo Flavio Espósito se ha puesto en contacto con nosotros como paso previo a su liberación del campo de prisioneros de guerra Langton Priory, en Surrey (Inglaterra). Durante su estancia en Gran Bretaña, ha recibido tratamiento por una amputación de los dedos de la mano derecha y ciertos trastornos psicológicos sufridos durante los servicios prestados en el norte de África; dicho tratamiento se ha llevado a cabo en el hospital Addington Park War, en Croydon, y en el hospital Belmont Prisoner of War, en Sutton. Se está recuperando bien y su estado de ánimo es razonablemente bueno, aunque en estos momentos no puede escribir por sí mismo. Si desean incluir un mensaje para él en su respuesta, estaremos encantados de hacérselo llegar». La carta estaba fechada tres meses antes.

Flavio no era capaz de explicar qué había ocurrido en ese intervalo de tiempo, y cuando le mencionaban los «trastornos psicológicos» se ponía triste y huraño y se negaba a hablar.

Aquella noche, en la intimidad de su dormitorio, Pina le preguntó a su marido entre sollozos:

—¿Crees que ha sufrido malos tratos?

—Los ingleses son buena gente —contestó Amedeo, quien había conocido a un solo inglés en toda su vida, el soldado Robert—. Se habrán ocupado bien de Flavio. Y ahora que está de nuevo aquí, se recuperará, ya lo verás: el aire sano del mar, la familia, las caras conocidas...

Pero, a decir verdad, a Flavio nada parecía resultarle familiar. Tras la bienvenida inicial en el porche del bar, se había apartado de su madre como si fuera una extraña que le mostrara demasiado afecto y subido la escalera hasta su habitación. Allí había descubierto la navaja y espuma de afeitar de un extraño sobre la mesita de noche, y que su retrato del Duce y su trompeta ya no estaban. Pina se había apresurado a borrar los rastros de Robert, a llevarle sábanas limpias y a descorrer las polvorientas cortinas, pero más tarde Flavio se había sentado en el borde de la cama y asido cada uno de los objetos de la mesita como si no los hubiera visto nunca.

Más adelante, Pina fue capaz de volver a colocar las pertenencias de Flavio exactamente como él las había dejado, pues en los años siguientes a su desaparición y antes de la llegada de Robert, había recorrido una y otra vez las habitaciones de sus hijos en las noches que pasaba en vela, examinado cada soldadito de plomo y cada diploma escolar. Solo dejó fuera de la vista el retrato del Duce, enrollado en un cajón. Colocó la trompeta de Flavio, en su funda, sobre la mesa a los pies de la cama, y sus soldaditos y cromos de fútbol favoritos en la mesita de noche.

—Mamá, ya tiene veinticinco años —dijo Maria-Grazia al ver aquello.

Amedeo salió a desenterrar la medalla de su hijo de debajo de la palmera del patio y se la puso a Flavio en las manos.

—Puedo quitarle esas manchas de tierra. La enterré para conservarla en un sitio seguro, nada más.

Flavio no dijo nada; se limitó a echarse a dormir, y concilió un sueño tan profundo que no emergió del todo de él durante más de una semana.

Entretanto, todos andaban con sigilo por la casa, como si en el piso de arriba yaciera un animal salvaje aletargado.

Durante los días que Flavio pasó durmiendo, Pina se apostó en el porche del bar. A pesar de que los clientes llenaban sus oídos de una cacofonía cansina y aunque Maria-Grazia circulaba con bandejas de vasos y trataba de sacarla de su silencio, Pina hacía caso omiso de todos. Siguió sentada en el extremo del porche dándoles la espalda y contemplando el mar. Durante aquellos días, cuando miraba la figura solitaria de su madre, Maria-Grazia empezó a comprender que Pina estaba a punto de convertirse en una anciana. Su trenza, que en la imagen mental que Maria-Grazia tenía de su madre seguía siendo negra, se había marchitado y perdido su gruesa exuberancia. Sus hombros eran laderas inclinadas, y su columna, una cordillera recta, como si la Pina antigua se hubiese colgado del bastidor de la joven. Y ahí siguió sentada, a la espera de que su hijo despertara y acudiera a ella.

Maria-Grazia supuso que su hermano querría recuperar el bar, así que, sin decírselo a nadie, empezó a hojear los periódicos para averiguar los precios de los

billetes a Inglaterra, pues ¿acaso no podía ir en busca de Robert y dejar el bar en manos de Flavio? Pero los precios eran altísimos —un mes entero de ganancias de la Casa al Borde de la Noche—, y suponiendo que Flavio estuviera dispuesto a llevar el negocio, ¿dónde iba a empezar a buscar a Robert en la inmensidad gris de aquel país de su imaginación? ¿Por qué no había vuelto él a su lado?

Cada noche, Pina se iba a la cama a regañadientes después de que el bar hubiese cerrado, y cada mañana volvía a levantarse antes del amanecer, se lavaba la cara con agua fría, se vestía con su mejor ropa y bajaba una vez más a la galería del porche a esperar a que su hijo despertara. A veces, el gato *Micetto*, dócil por fin en su vejez extrema, se sentaba a hacerle compañía, justo fuera de su alcance y meneando la cola.

En medio de todo aquello, cuando todo el mundo estaba absorto en el regreso de sus soldados, el espíritu de Gesuina abandonó su cuerpo.

Estaba sentada en su silla habitual, en un rincón del bar, junto a la radio. Murió tan silenciosamente mientras dormía, con las manos cruzadas con tanta delicadeza, que nadie reparó de inmediato en que se había ido. Las partidas de *scopa* continuaron; los dominós siguieron llenando el silencio amodorrado con sus chasquidos; la cafetera, ya también muy vieja, emitió sus siseos habituales. La pequeña Concetta se acercó a Gesuina, le dio unas palmaditas en la rodilla y exclamó «¡Eh!» para despertarla. Solo entonces la notó helada.

—¡No me ha regañado! —lloriqueó Concetta—. ¡Le pasa algo malo!

Llamaron a Amedeo, que se arrodilló ante ella.

—¿*Signora* Gesuina?

La anciana no respondió, pero sus facciones serenas parecían esbozar una sonrisa leve. Le acercaron el espejo más pequeño de detrás de la barra y Amedeo lo sostuvo ante su boca entreabierta. Permaneció nítido, reflejando tan solo la línea azul del mar.

Cuando la isla se enteró de la noticia, su dolor fue inconmensurable. Gesuina era la primera persona que fallecía en Castellamare desde la oleada de muertos de la guerra, y su partida proporcionaría a los isleños un cobijo bajo el que llorar todas aquellas pérdidas tan terribles. Cerraron las tiendas, sacaron los brazaletes negros de los cajones y los que habían llorado otras penas de puertas para adentro, habían aporreado almohadas en su locura, habían pasado días enteros gimiendo tendidos en el suelo de la cocina y se habían frotado el rostro con cenizas, todos aquellos isleños recorrieron entonces las calles sin vergüenza, expresando su dolor con moderación, con los pañuelos mojados y los ojos enrojecidos.

La anciana, en su diminuto ataúd, fue enterrada en el cementerio situado más allá de los viñedos de los Mazzu. En él se había dado sepultura a todos los isleños desde las muertes de los primeros colonizadores griegos. A Gesuina se le asignó una tumba

bajo el único ciprés del camposanto. La ocuparía durante veinte años antes de que sus huesos blanqueados se recuperaran, se les dedicase una plegaria y se introdujeran en un pequeño nicho en la tapia del cementerio. El padre Ignazio encabezó la procesión entonando cantos elegíacos a santa Ágata. El dolor de la isla no conocía límites. En el fulgor del crepúsculo con el que enterraron a la anciana, el padre los observó sollozar y comprendió que no lloraban solo por Gesuina, sino por todo lo que estaba cambiando, por todo lo que se había ido. A veces el pesar necesitaba un foco, un objeto, el sacerdote lo sabía muy bien. D'Isantu asistió al funeral con su esposa y depositó una preciosa corona de madreselva de trompeta sobre la tumba de Gesuina. La anciana había traído al mundo a la práctica totalidad de los isleños que ahora la lloraban, incluido *il conte*.

Mientras el pueblo entero enterraba a Gesuina, Flavio despertó como de un hechizo. En su habitación de la infancia, se desperezó, abrió los ojos y sintió que el enorme agotamiento de la guerra aflojaba un poco. Tenía el pelo apelmazado y un sabor agrio en la boca. Le dolía la vejiga de tanto dormir. Habían pasado doce horas desde la última vez que había emergido del sueño para hacer una visita adormilada y tambaleante al lavabo. Recorrió el pasillo casi a rastras y liberó un torrente de orina espumosa en la taza del retrete. En aquella misma estancia se había dado empujones con sus hermanos, cuando se levantaban aún a oscuras antes de ir a la escuela para afeitarse los mentones imberbes con las cuchillas de su padre, para peinarse con aceite de oliva como hacía el poeta Mario Vazzo, sintiéndose ya demasiado maduros para la isla. Abrió el ventanuco del baño y permaneció largo rato mirando a través de él.

Una especie de tortuosa procesión regresaba de los campos. ¿Era Santa Ágata? No, se confundía, la festividad de la Santa era siempre en junio, y ahora estaban en otoño, cerca del invierno. Seguro que se trataba de una de esas ocupaciones de tierras. Se frotó la cara con la yema de uno de los dos dedos que le quedaban en la mano derecha. Seguía teniendo una sensación de irrealidad, como si contemplara un rollo de película de la isla proyectado en una pared, no la isla de verdad. Nada parecía como debería ser. Lo había notado desde el mismo instante en que el pescador de Siracusa lo había dejado en el embarcadero con su ropa inglesa de beneficencia y su maleta de cartón bajo el brazo.

Flavio volvió a la cama, apoyó la cabeza en la almohada y rememoró ese trayecto tratando de reconocer en él algún indicio de bienvenida a casa. Había ascendido la ladera despacio, por el mismo sendero entre las chumberas que siempre había utilizado de niño. Sus pertenencias del campo de prisioneros traqueteaban en la maleta a cada paso que daba: la navaja, todavía herrumbrosa por la humedad inglesa; su baraja de cartas inglesa; su biblia inglesa. No había sabido muy bien qué hacer con aquella biblia. Abandonarla le parecía un sacrilegio; tirarla era impensable. Así pues, cuando le dieron el alta, se la había llevado consigo a Castellamare, donde pasaría los siguientes cincuenta años acumulando polvo en la buhardilla de la casa, con la dirección de su campo de prisioneros grabada en la cubierta.

No había esperado un comité de bienvenida en el ayuntamiento, pero cuando llegó a lo alto de la colina y pasó bajo el arco semiderruido que señalaba la entrada al pueblo, comprendió que no iba a haber bienvenida alguna. Un par de niños, muy crecidos desde la última vez que los había visto, levantaron la mirada cuando se acercaba y salieron corriendo. Vislumbró al antiguo alcalde, Arcangelo, que se limitó a escabullirse por un callejón con expresión afligida, como para comunicarle que

sería una falta de tacto que ellos dos, el exfascista y la antigua estrella de los Balillas, se hablaran.

Luego había vuelto a alejarse del pueblo con paso cansino en dirección a las casas en ruinas, hasta que, finalmente, llevándose una gran impresión, se encontró con su hermana, una mujer con una arruga en la frente y ya sin aparatos ortopédicos.

Cuando ella lo abrazó, el perfume de una mujer adulta se había arremolinado en torno a él en el aire.

Maria-Grazia lo había acompañado al bar, donde a Flavio todo le pareció diferente, extraño. Su madre había encogido, su padre era un viejo de voz aflautada. La intensidad de los recuerdos lo había sumido en la confusión. ¿Dónde estaban los aparatos de su hermana? ¿Dónde estaba el gatito? Entonces había encontrado con las pertenencias de un extraño en su habitación, con una trompeta sin lustre y con que no había rastro del retrato del Duce... y antes de que los recuerdos se apoderaran por completo de él, se había sumido en el sueño.

Flavio se levantó. Se puso una camisa y unos pantalones sacados de uno de los cajones llenos de bolas de naftalina de la cómoda, bajó la escalera y se sirvió un vaso de agua. Su madre entró y se quitó los zapatos de maestra. La siguieron los demás: su padre, su hermana.

—¿Qué era esa procesión? —preguntó—. La he visto desde la ventana.

—Una muerte —contestó su madre—. La *signora* Gesuina.

Gesuina. Aquella mujer lo había cuidado de pequeño, le había dado ricota con azúcar e higos pelados. Trató de que afloraran unas cuantas lágrimas y finalmente lo consiguió. Su madre se acercó y le frotó la espalda entre los omóplatos.

—Mi Flavio... —musitó—. Mi Flavio. Ahora has vuelto a mí, hijo mío.

La dejó soltarle un rizo sobre la frente.

—¿Cómo era el campo? ¿Te han tratado bien esos *inglesi*?

¿Qué podía decir? ¿Que le habían dado comida decente, aunque fuera feculenta y pesada? ¿Que lo habían obligado a ponerse un traje negro con una marca gris en la espalda y otra en el tobillo para indicarles dónde disparar si se escapaba? ¿Que le habían permitido trabajar en una granja, aunque no al principio? Al principio, todavía era lo que ellos consideraban un fascista. ¿Cómo iba a cambiar sus ideas políticas de un plumazo? No obstante, a cuatro prisioneros, Flavio entre ellos, les habían permitido finalmente trabajar en una casa de labranza oscura, enorme y rodeada de perros que no paraban de ladrar; cada mañana de invierno emprendían la larga caminata hacia allí a través de un bosquecillo acartonado por la escarcha. Una Navidad, incluso les permitieron sentarse a la mesa del granjero a tomar ganso asado con patatitas y unas coles en miniatura de un sabor amargo —«de Bruselas», según los *inglesi*, que rieron al verlo fruncir la nariz ante su fortísima pestilencia—. ¿Debía contarle todo eso a su madre? ¿Que durante una tarde habían llevado coronas de

papel y bebido indigesta cerveza inglesa? ¿Debía hablarle del hospital? ¿Decirle que en el ala de psiquiatría, cuando apagaban las luces, solo había que escuchar para localizar todas y cada una de las camas por sus murmullos y quejidos, pues eran como islas de llanto en la oscuridad? ¿Cuál de aquellas cosas debía elegir para quitarle el polvo y ofrecérsela a su madre? Estaba cansado, y no lo sabía.

—Me han tratado suficientemente bien —contestó—. Todo era correcto.

Seguía teniendo una sed insaciable. Bebió más agua a grandes tragos. Su madre le quitó el vaso y volvió a llenarlo, como si estuviera desesperada por serle útil.

Durante aquellos primeros días, a Flavio le costaba muchísimo permanecer despierto. Le dijo a su hermana que volvería a encargarse del bar, pero la verdad era que apenas podía llevar una bandeja con el pedazo de mano derecha que le faltaba y no se acordaba de cómo preparar el café y los pastelitos. ¿Había sabido hacerlo alguna vez? Para él, ocuparse de los asuntos de la vida cotidiana suponía habitar tan solo a medias en el mundo, pues en un recinto más profundo de su mente la guerra se desarrollaba una y otra vez, le sorbía la energía como si aún estuviera combatiendo en ella. Lo asaltaba de repente. Por ejemplo, cuando alisaba las sábanas de su cama antes de dormir y de pronto el desierto se ondulaba ante sus ojos, con el viento azotando su superficie. O cuando levantaba la mano para afeitarse y lo que veía era un manchón de sangre. Entonces volvía a sentir que las entrañas se le encogían como cuando levantó aquella misma mano en la oscuridad y se encontró con que se la habían volado de un tiro y faltaban uno, dos, tres dedos. Había sido imposible recuperarlos (aunque había escarbado en la arena en su busca con la mano izquierda, solo dio con piedras). Seguían estando bajo fuego enemigo. Tenían que seguir adelante. «*Vai, vai!*», gritó el sargento. Flavio, doblado en dos y presionando la mano sangrante contra el vientre, había seguido a los demás, y los dedos quedaron abandonados a kilómetros de distancia, pisoteados por botas inglesas. El dolor llegó solo horas después, recorriéndolo en oleadas.

Ahora, algunas veces, cuando estaba detrás de la barra, secando un vaso con la mano sana mientras el pulgar y el índice que le quedaban en la otra lo sujetaban, oía el tableteo del fuego de ametralladora y se volvía, asustado, para descubrir que, del otro lado de la puerta, solo llegaba el chirriar inofensivo de las cigarras y el horizonte liso y azul del mar.

Le habían contado algunas cosas del inglés Robert Carr. Aquel hombre había dormido en su cama y, a juzgar por las miradas tristes que su hermana dirigía al mar, también en la de Maria-Grazia. Poco después de instalarse de nuevo en su habitación de la infancia, Flavio había encontrado un folleto olvidado bajo la mesita de noche, *Guía de Sicilia para el soldado*, arrugado por la humedad del mar y con un único pelo rubio entre sus páginas. Así pues, aquel inglés debía de haber conocido lo mismo que él: la luz infernal del desierto, la carga contra el enemigo por el flanco de

una duna, el fragor del combate, el estruendo. El inglés conocía todo aquello, pero se había ido, y según las historias que contaban los isleños, lo habían recibido como a un héroe, mientras que él, con sus dedos amputados y la inquietud de sus ojos, era una persona con quien ya nadie parecía saber muy bien qué hacer.

Andrea d'Isantu regresó dos semanas después que Flavio Espósito. *Il conte* estaba decidido a que su hijo tuviera una bienvenida aún más sonada que la que se hubiera ofrecido a cualquier otro soldado en su regreso a casa. Ordenó a sus braceros que se presentaran pronto a trabajar aquella mañana, con la ropa de domingo, y los dispuso flanqueando la avenida de su villa con guirnaldas de adelfa en las manos. Su esposa se procuró los servicios de la banda municipal, aunque sus filas se habían visto tristemente menguadas desde la guerra; varios de sus miembros se lamentaron de que así fuera cuando se reunieron en el bar para fortalecerse con una copita antes de la actuación.

La madre de Flavio, tendiéndole la trompeta, lo animó a acompañarlos.

—¿Cómo voy a tocar si no tengo dedos con que hacerlo?

—Toca de todas formas —insistió ella—. Hazlo lo mejor que puedas, solo con la izquierda. Antes tocabas muy bien, Flavio, y ya has visto que la banda necesita más músicos.

Por lo que Flavio recordaba, a su madre nunca le había gustado mucho su trompeta. Aun así, llevado por una especie de persistente obediencia infantil, se unió a la banda con expresión huraña. Mientras esperaba plantado ante la villa entre los viejos músicos, sudando con una chaqueta prestada, vio aproximarse el coche del *conte* arando el polvo del camino a su paso. En el asiento del pasajero iba el soldado, aún tan flaco como un alambre y sin mirar ni a derecha ni a izquierda.

Cuando intentó imitar las notas que los demás arrancaban a sus instrumentos, Flavio experimentó una sensación curiosa: mover los muñones de la mano derecha era como si los dedos volvieran a la vida; los notaba apretando los pistones y resistiendo su envite, como cuando era niño. Entonces los miró: nada. Y, sin embargo, los sentía, sentía los fantasmas de sus dedos tocando la trompeta en el aire.

Entretanto, se estaba produciendo algún tipo de altercado entre *il conte* y su hijo; el padre murmuraba y trataba de convencer de algo al hijo, que protestaba:

—¡No, no lo haré! —Y finalmente explotó—: ¡No pienso permitir que me dejes en ridículo, *stronzo*, *figlio di puttana*!

Gilipollas, hijo de puta... Jamás un isleño de Castellamare se había dirigido en esos términos a su padre. Flavio se sintió invadido por una especie de admiración horrorizada. Andrea d'Isantu bajó del coche y dio un portazo. Echó a andar furibundo y afectado por el sendero, apoyándose en un bastón. Cuando la banda atacó el primer estribillo, pasó ante ellos cojeando. Dejó atrás a los músicos, a los campesinos, a los criados, y rodeó una esquina de la casa. Se esfumó dejándolos a todos en ridículo. *Il*

conte, que había emprendido una persecución muy poco digna de su hijo, les ordenó con un brusco ademán que dejaran de tocar.

Esperaron en el silencio caluroso, pero ninguno de ellos regresó. Finalmente, un criado un tanto avergonzado les llevó una jarra de limonada y media botella de *arancello*. Siguieron un rato allí, bebiendo sobre la hierba agostada de la entrada de la villa, y luego se fueron a casa.

Tras el comité de bienvenida fallido, Andrea d'Isantu permaneció encerrado en la villa de su padre. La madre había hecho acudir al sacerdote, y el conde, al médico de Sicilia. Andrea los despachó a ambos.

—Está dolido por haber perdido la guerra —murmuró Rizzu en el bar—. Ese chico debe de haber sido un auténtico fascista.

Pero Flavio, que había podido mirar a los ojos a Andrea d'Isantu antes de que desapareciera, comprendía que no se trataba de eso. Cuando vio pasar al hijo del conde, creyó reconocer algo en él, como si ambos fueran compañeros iniciados, hermanos, individuos aquejados de la misma enfermedad vergonzosa.

Hurgó en sus recuerdos relacionados con Andrea. Flavio recordaba haber tocado *Giovinazza* con su trompeta durante la visita de algún dignatario mientras Andrea cantaba. El hijo del conde poseía entonces una voz sorprendentemente aguda, nasal, muy pura y limpia a pesar de que ya tenía dieciséis años. Nadie se planteó siquiera burlarse de él. En general, los demás niños se relacionaban muy poco con Andrea, protegido como estaba por el muro de las prendas extranjeras con las que acudía vestido al colegio, por la costumbre de dirigirse al profesor en italiano peninsular, pues decía «*grazie*», con «*e*», en lugar de «*grazzi*» como era habitual en la isla, o «*per favore*» en vez de «*pi fauri*». «Como el personaje de un libro de texto», decía Tullio. Andrea iba solo y andando a la escuela, y las tardes calurosas siempre iba a buscarlo Rizzu con el carro tirado por un burro, o el capataz Santino Arcangelo, el hijo mayor del tendero, en el coche del *conte*, dando volantazos y haciendo sonar alegremente la bocina para hacer apartar de su camino a los demás niños. Andrea había completado sus últimos años de escolaridad a solas en la biblioteca de la villa del conde.

Pero ahí estaba ahora, de regreso de la guerra con una expresión enfermiza en los ojos.

Tras el fracaso del comité de bienvenida, Flavio no volvió a verlo hasta finales de otoño. Lo vislumbró con el rabillo del ojo, cojeando con su bastón. En la otra mano llevaba unas flores de madreselva de trompeta que la tormenta había dejado algo marchitas. Flavio había oído decir que le habían destrozado los huesos de la rodilla; habían hecho falta cinco operaciones en un hospital estadounidense para volver a ensamblarlo. Andrea se detuvo un momento junto a la fuente que olía a verdín y enterró la cara en las bocas de color naranja de la madreselva. Flavio lo observaba

frotándose los muñones de los dedos para aliviar el picor. Unos segundos después, Andrea levantó la cabeza, se dio la vuelta y preguntó:

—¿Qué quieres?

—*Salve, signor* d'Isantu —contestó Flavio.

—Ya, pero ¿qué quieres? ¿Por qué me miras así?

—*Mi scusi*. Es solo que he oído decir que también lo capturaron en África, durante la guerra.

—Ven aquí.

Flavio se acercó hasta que quedaron frente a frente. El hijo del *conte* tenía los modales de su padre y los mismos ojos saltones e insolentes. Levantó las flores como si brindara con ellas.

—Son para mi madre. Le encantan y en nuestra finca no tenemos. Desde que volví ha estado un poco difícil, un poco exigente, de modo que me doy largos paseos para recogerlas, y así ella tiene sus flores y yo consigo cierta paz. Ya casi no quedan.

Flavio hizo un par de comentarios sobre su propia madre: que le había puesto de nuevo los cromos de fútbol sobre la mesita de noche, que lo había forzado a coger la trompeta... ¡como si todavía pudiera tocarla faltándole los dedos!

—No pueden evitar creer que seguimos siendo los mismos de siempre, estos puñeteros padres —añadió en tono estridente, ansioso de que el otro lo comprendiera—. No conocen otra cosa que esta isla, el mar, las barcas de pesca, los cotilleos del pueblo, las dichas fiestas de Santa Ágata...

Porque ahora a Flavio todos los habitantes de la isla le parecían críos, tan alegres y simplones, como si pertenecieran a un siglo anterior. Se dio cuenta de que Andrea asentía: sí, el hijo del conde también entendía todo aquello.

—No necesito que me recuerdes que tengo que largarme de este sitio —dijo Andrea—. De esta *isola di merda*. Aquí me estoy muriendo, y tú también.

Y así dio comienzo una amistad peculiar.

Al año siguiente, cuando la isla empezaba a recuperarse y sacudirse de encima el polvo de la guerra, la fiebre de las bodas arrasó Castellamare. Todos los sábados se encontraban puñados de arroz desparramados por la calle mayor; todos los domingos durante la misa el padre Ignazio tenía que leer las amonestaciones, de manera que empezó a confundir los nombres de las parejas que había unido la semana anterior con los de los expectantes novios de la actual. En las noches tranquilas se oía a los muchachos del pueblo con sus guitarras y *organetti* entonando serenatas bajo las ventanas de las nuevas parejas y aporreando las puertas de las casas de los padres donde los recién casados pasaban la noche de bodas, avergonzados y con estrecheces. A la florista Gisella nunca le había ido tan bien el negocio, y la furibunda demanda de ramos había dejado pelados los setos y los jardines de madreselvas de trompeta y adelfas blancas, así que daba la sensación de que aquel año el verano no hubiese

llegado, o de que hubiera pasado antes de hora y sin dar flores.

Cuando la última de las compañeras de colegio de Maria-Grazia, Giulia Martinello, descendió los peldaños de la iglesia brincando de emoción con su marido, el joven Totò, y asiéndose firmemente de su brazo, Maria-Grazia se sintió invadida por una melancolía tan profunda que incluso podía saborearla, igual que se nota el sabor de una tormenta que se acerca desde el mar. Confinada en su sonrisa y una ropa de domingo que le quedaba pequeña, arrojándoles arroz a la cara a Giulia y Totò, comprendió que aquel verano se cumplían tres años desde que los *americani* se habían llevado a Robert mar adentro.

Al principio, tanto sus padres como ella habían cargado con un gran pesar por la pérdida del inglés. Pero Maria-Grazia se había negado a hablar de él, e incluso les daba la espalda cuando pronunciaban su nombre, de modo que al final Amedeo y Pina habían desistido y lo habían ocultado en algún oscuro recoveco de sus corazones, donde también estaba preso el recuerdo de Tullio y Aurelio.

Así pues, ya nadie hablaba del inglés, excepto la pequeña Concetta y el viejo Rizzu.

—Todos adorábamos al *inglese* —le dijo el anciano a Maria-Grazia una tarde en el bar cogiéndola de la mano—. Todos queríamos a Roberto Caro. Pero un matrimonio es un matrimonio, y ya va siendo hora de que encontremos a alguien para ti, Maria-Grazia.

—¡No, te equivocas, *nonno!* —exclamó Concetta tan airada que volcó el café de Rizzu.

—¿Qué tiene de malo lo que he dicho? —preguntó Rizzu con voz trémula—. ¡Si la pobre Mariuzza espera más, no quedará nadie!

—Maria-Grazia está esperando al *signor* Robert —replicó Concetta—. Tiene que esperar hasta que el *signor* Robert vuelva a casa.

—Ya no quedará nadie —se lamentó el viejo—. No quedará nadie, Mariuzza.

—Ya no queda nadie ahora —terció la joven.

Tenía razón. La oleada de bodas remitía con la misma rapidez con la que había llegado. Por lealtad a Robert, Maria-Grazia había rechazado todas las oportunidades de felicidad a medias que se le habían ofrecido. Había bajado la mirada al servir al pescador Totò, que al final había dejado de susurrarle cosas cuando ella iba de aquí para allá por el bar y se había dedicado a perseguir a Giulia con tanta eficacia que se había comprometido con ella en tan solo diez días. Había tratado al viudo Dacosta, un hombre ya de mediana edad, con una alegría campechana y más propia de una hija hasta que él dejó de rondar por la barra comentándole sus opiniones sobre política y agricultura y se instaló en la mesa del rincón para tomar su café a solas y detrás del periódico. A esas alturas, incluso Dacosta se había casado de nuevo, pues había encontrado esposa entre sus primas segundas de Sicilia cuando las había visitado el invierno anterior. Que Maria-Grazia supiera, no quedaba un solo hombre soltero en la isla, a excepción del cura y el viejo Rizzu. Este último, en broma, fingió que le

proponía matrimonio con la anilla de una de las nuevas latas de refresco estadounidenses que ahora tenían en el bar, entonando con su voz cascada de anciano las canciones más románticas de la isla.

Su intención era animarla, pero Maria-Grazia le dio la espalda con lágrimas en los ojos, sintiéndose ridiculizada ante todos los demás.

A finales de otoño, cuando ya empezaba a hacer frío, salió a la galería del porche a recoger los vasos sucios y se encontró al hijo del *conte*, vestido con un traje de lino inglés, apoyado en la barandilla. Desde el incidente de las elecciones del año 1934, ni el conde ni ningún miembro de su familia se había acercado siquiera a la Casa al Borde de la Noche. La enemistad tácita entre *il conte* y el padre de Maria-Grazia tenía su propia fuerza y debía respetarse.

—Buenas tardes, *signor* d’Isantu —saludó ella de todas formas—. ¿Puedo ofrecerle una mesa?

—No, no pienso poner un pie en ese porche. Solo he venido a buscar a Flavio.

—Iré a buscarlo.

Andrea, acostumbrado a que lo obedecieran, dijo:

—Ven aquí un momento.

Ella dejó los vasos y se enjugó las manos en el delantal.

—Tú eres Maria-Grazia, ¿verdad? Te recuerdo de la escuela, la chica lista.

La atención de Andrea la tenía prisionera. Un rostro alargado, el pelo negro peinado con aceite como el de su padre, los ojos inquisitivos. Cada músculo de su cuerpo desprendía una intensidad curiosa. Andrea se acercó un poco más, apoyándose en la empuñadura de plata de su bastón, y ella sintió una ternura repentina al acordarse de la frustración que le suponían sus propios aparatos ortopédicos. Ahora ella andaba tiesa y erguida y era a él a quien todos llamaban tullido por lo bajo. Tras mirarla de arriba abajo, Andrea comentó:

—Has cambiado mucho desde la guerra.

Maria-Grazia no supo muy bien qué responder, así que no dijo nada. Desde una ventana del piso de arriba, Amedeo los observaba a ambos, al muchacho en el extremo de la terraza y a su preciosa hija, y, frunciendo las cejas hasta formar una única línea, se preguntó qué clase de problema pretendía causar Andrea.

La gente había empezado a reparar en la amistad entre Flavio y Andrea d’Isantu. El viejo Mazzu los había visto pasear juntos por el perímetro de la isla, el primero gesticulando en el aire con la mano mutilada y el segundo golpeando las hierbas altas con el bastón. Formaban una extraña pareja, el hijo del conde y el hijo de su enemigo, el médico. Flavio había invitado varias veces a su amigo a sentarse con él en la galería del porche, pero Andrea d’Isantu se negaba a poner un pie en territorio

Espósito por deferencia a su padre. Así pues, Flavio llevó una mesa a un terreno neutral bajo la palmera de la plaza, un par de metros más allá del límite del bar, y la cuestión quedó zanjada. Ambos amigos se sentaban allí y se enzarzaban en apasionadas conversaciones entre botellas de *arancello*.

Ni Pina ni Amedeo aprobaban aquella amistad, y Carmela y el conde tampoco.

Entretanto, Maria-Grazia oía cómo su hermano y Andrea d'Isantu hablaban de la isla. La llamaban «*isola di merda*»: un sitio de mentalidad estrecha y plagado de cotilleos, un paraje de cabreros y aceituneros endogámicos. Aunque, en su fuero interno, ella misma había acusado de cientos de cosas a la isla, salía en su defensa ante aquellas calumnias pronunciadas en voz alta y ardía de rabia contenida mientras limpiaba las mesas. En presencia de Andrea se sentía avergonzada, en constante desventaja. En varias ocasiones, cuando recogía vasos sucios o disponía bandejas ante los parroquianos del porche, había mirado hacia la sombra negra de la palmera y sorprendido a Andrea d'Isantu observándola a su vez, con una mirada que parecía surgir de las profundidades de un espejo para reflejar la suya. Cuando iba de aquí para allá por la galería del porche, los ojos de él la seguían a todas partes.

Lo recordaba en la escuela, inmerso en el trabajo y sentado a un pupitre un poco apartado de los demás, con bloques de hormigón bajo las patas para elevarlo sobre el resto como tributo al estatus de su padre. Una ocurrencia del maestro Calleja para ganarse el favor del *conte*. Ante semejante humillación, Andrea d'Isantu, con un rubor en la nuca, se había enfrentado a sus problemas de matemáticas con la cabeza gacha, y con aquel cabello repeinado y el cuello flaco, a Maria-Grazia le había parecido el niño más solo del mundo. Sin embargo, el aislamiento de ambos, él con su ropa cara y su dicción latina, ella con los chirridos y crujidos de sus férulas, nunca había constituido material suficiente para forjar una amistad. Pero ahora la mirada de él la seguía, y la de ella lo buscaba, con una especie de cadencia que se repetía sin cesar.

Andrea la miraba como si ambos fueran cómplices de algo.

A primera hora de una mañana de diciembre, volvió a aparecer ante el bar preguntando por Flavio. Caía una lluvia tan intensa que parecía formada por cuerdas mojadas, y Andrea se quedó allí de pie, con el agua calándolo.

—Flavio aún no se ha levantado —explicó ella—. Iré a buscarlo.

Con aquel aguacero, no quedaba otra que invitarlo a entrar; en la isla, la cortesía se imponía sobre cualquier otra cosa, incluso las viejas enemistades.

—Espere dentro —dijo Maria-Grazia—. Pase al vestíbulo un momento o acabará empapado.

—Esperaré aquí.

—Por favor, *signor* d'Isantu, entre.

Pero Andrea se mantuvo inflexible. Conocía la historia de cuando, siendo un bebé, Pina Vella lo había echado del bar en brazos de su madre, y el orgullo lo obligaba a mantener su posición ahora, incluso bajo aquel aguacero.

—No pienso entrar —insistió—. Me niego a pisar su bar, esperaré aquí, delante de los escalones.

La lluvia arreciaba sobre él y le pegaba el pelo a la frente pálida, dándole un aire de monje. Los bolsillos de su traje inglés parecían pozos. De repente, Maria-Grazia experimentó un arrebato de ira ante aquella absurda enemistad, aquel orgullo, el desperdicio de un buen traje. No estaba dispuesta a soportarlo más. Se echó la gruesa trenza a la espalda y se plantó con decisión en el patio lleno de agua.

—¡Jamás en mi vida había oído una estupidez semejante! —gritó—. ¡Entra ahora mismo, te digo! ¿Es que piensas seguir ahí, bajo la lluvia?

—Sí —contestó Andrea.

—¡Pues no, pedazo de *stronzo*!

Nadie había hablado nunca así al hijo del *conte* en Castellamare. Sin aliento, resoplando un poco, Andrea abrió la boca para replicar. Pero antes de que pudiera recuperar el habla, Maria-Grazia le había tirado con tanta fuerza del brazo que perdió el equilibrio y trastabilló con la pierna lesionada.

—¡Vamos! —insistió ella.

Arrastrando al indignado Andrea tras ella, Maria-Grazia se cobijó en el vestíbulo de la Casa al Borde de la Noche, hizo entrar a la fuerza al hijo del conde y cerró la puerta.

—Ya está —concluyó mientras le sacudía el agua de los bolsillos—. Se acabaron las tonterías.

Andrea, absolutamente desconcertado por primera vez en su vida, repetía:

—No hace falta, no hace falta...

Mientras, de sus bolsillos caían chorros de agua al mapamundi rojo de las baldosas del suelo.

De pronto, Maria-Grazia se sintió un poco avergonzada de lo que acababa de hacer. Durante unos instantes, se limitaron a mirarse.

—Espere aquí, por favor, *signor d'Isantu* —dijo ella finalmente—. Voy a buscar a Flavio.

Andrea se quedó donde estaba, estremeciéndose, incómodo. Maria-Grazia subió la escalera y la mirada de él la siguió.

—¡Flavio! —exclamó mientras aporreaba la puerta de su hermano—. ¡Está aquí tu amigo, el *signor d'Isantu*!

Tras despertarse con un gruñido, Flavio contestó:

—Bajaré dentro de un par de minutos, dile que espere.

—¡Ya lo está haciendo!

Pero la presencia de Andrea al pie de la escalera se había convertido ahora en una masa oscura, como una nube sobre el mar. Maria-Grazia se retiró a su propia habitación sin dar crédito a lo que había hecho. Oía a su hermano dar tumbos en el dormitorio debajo del suyo, en la habitación que ella consideraba aún de Robert. Todavía recordaba los leves ruidos del inglés: la protesta del somier cuando se volvía

de costado, las toses y su sonido extranjero, el golpe sordo del libro sobre la mesita de noche cuando se disponía a dormir.

La postal de Robert estaba en su sitio habitual, sobre su propia mesita. La cogió con delicadeza y buscó algún significado oculto en aquellas pocas e inadecuadas palabras.

Se llevó una gran impresión al darse cuenta de que Andrea d'Isantu había subido la escalera. Ahora, jadeando por el esfuerzo y asiéndose la pierna mala con ambas manos, estaba ahí mismo, en la puerta de su habitación. Maria-Grazia dejó caer la postal y retrocedió hasta la ventana.

—La habitación de Flavio está en el piso de abajo, en el rellano, no aquí...

—Quería disculparme —dijo entonces Andrea—. Tienes razón... Esta enemistad es una tontería. Todo esto... —Se agachó, manteniendo una pierna rígida, para recoger la postal del suelo.

—¿«*Sto pensando a te*»?

—Es... Es de un amigo...

—Tu inglés. Flavio me lo ha contado.

Sus ojos, sagaces y un poco burlones, la tenían prisionera. Permaneció tensa y seria bajo aquella mirada. Se sentía como una vieja solterona protegiéndose de un pretendiente peligroso. Cruzada de brazos, apoyó la espalda contra los pomos de la cómoda. Recordó vagamente, como si fuera algo que le hubiese contado otra persona, que Robert la había apoyado una vez contra aquellos mismos cajones y le había hecho el amor sujetándola contra el borde del mueble, de modo que, cuando acabaron, descubrieron dos círculos impresos en la parte baja de su espalda.

Andrea le tendió la postal, que ahora, advirtió Maria-Grazia, tenía la huella mojada de su pulgar allí donde la había asido. Pero cuando la joven hizo ademán de cogerla, el hijo del conde la agarró de la muñeca y le sostuvo la mano ante él, como si no supiera muy bien qué hacer con ella ahora que la tenía a su disposición.

—Hace un momento, cuando me has cogido del brazo... —dijo él por fin—. Desde que volví, desde la guerra, ni una sola persona me ha tocado... Ni mi madre, ni mi padre. Solo tú.

De repente, la figura de Amedeo llenó el umbral; Maria-Grazia no lo había oído subir la escalera. Su padre avanzó hacia ellos con una furia que su hija no le había visto nunca.

—¿Qué es esto? —exclamó—. ¡Suelta ahora mismo a mi hija!

Su padre dio un paso adelante y de un solo golpe liberó la presa del chico sobre su muñeca.

—¡Fuera! —vociferó—. ¡Fuera de aquí!

Andrea, con las mejillas encendidas, retrocedió ante los gritos del furibundo Amedeo.

—¡Te prohíbo que veas a mi hija! —rugió el médico—. ¡Te prohíbo que vayas detrás de ella! ¡Te prohíbo que hables con ella!

Flavio, despierto del todo, salió de su habitación como una flecha y siguió a su amigo escalera abajo sudando de vergüenza.

En la habitación de Maria-Grazia, todavía algo alterado por lo que acababa de ocurrir, Amedeo se volvió hacia su hija.

—¿Qué estabas haciendo con el hijo del *conte*? ¿Qué hacía él en tu habitación?

—Yo no estaba haciendo nada. Ha venido a buscar a Flavio, y como llovía, he tenido que invitarlo a esperar dentro de casa...

—No sé qué asunto se trae entre manos... Alguna clase de juego malévolo...

—Ha subido aquí por equivocación, estaba buscando a Flavio.

Amedeo la agarró de los codos.

—¡Te prohíbo que tengas nada que ver con el hijo del *conte*!

Aquella noche, sin embargo, cuando Maria-Grazia se durmió, sus sueños fueron extraños y confusos: soñó que el vigoroso Andrea la inmovilizaba contra la cómoda como Robert había hecho una vez, o que la sujetaba contra la pared de las cuevas junto al mar, de modo que las marcas de su espalda eran huellas de calaveras. Al despertar, se lavó con agua fría y bajó al bar. Cuando abrió la puerta y salió al porche, Andrea estaba esperando allí con una única flor de madreselva de trompeta en la mano. La luz sesgada hacía que la flor resplandeciera como si emitiera una luminiscencia propia.

—Ayer le causé muy mala impresión a tu padre —dijo—, una impresión muy fea. ¿Puedo compensarlo?

En el espacio de tiempo durante el que ella vaciló, no muy segura de cómo rechazarlo, Andrea le asió la muñeca y le cerró la mano en torno a la flor. Aquello le trajo recuerdos de la ocasión en que, de niña, oculta tras la buganvilla y entre los crujidos de las férulas, había visto al poeta Mario Vazzo poniendo una temblorosa flor en la mano de su madre, Pina Vella. Entonces no comprendió el significado de aquel acto. Ahora sí.

Dejó la flor en un vaso de agua sobre su mesita de noche y, cuando la miró, sintió una especie de náusea, aunque no del todo desagradable. Cuando su padre vio el obsequio de Andrea, tiró por la ventana el agua y el vaso, que estalló en un millar de agujas. Durante semanas estuvieron pisando fragmentos de cristal cuando se movían por el porche. Andrea volvía a esperar en un extremo del patio: desterrado, pensativo, con el rostro apagado y siempre vigilante.

Maria-Grazia nunca había visto a su padre comportarse de aquella forma. Algunas noches lo oía hablando con Flavio tras la cortina del bar:

—No me fío de las intenciones de ese amigo tuyo con Maria-Grazia... —decía en voz baja, pero sin apenas poder contener la furia—, ¡no me fío ni un pelo!

Una noche, cuando aquello duraba ya varios meses, su padre la hizo subir al estudio. Allí, le cogió la mano, la masajeó entre las suyas, enormes y arrugadas, le alisó el cabello y, finalmente, le dijo:

—¿Te gustaría marcharte de la isla, Mariuzza? ¿Quieres ir a otro sitio? ¿Es eso lo

que te preocupa?

—¿Irme de la isla...? —murmuró ella, desconcertada ante aquella pregunta.

—Podrías ir a la universidad o formarte como maestra. Irte a una gran ciudad, a Roma o Florencia. Llevas mucho tiempo encerrada en esta casa cuidando de tus pobres padres en su vejez.

Ninguno de los dos le vio la gracia a aquel intento de resultar divertido, y se hizo un silencio doloroso.

—¿Por qué me lo preguntas? —quiso saber ella—. ¿Es por algo que he hecho? ¿Flavio quiere el bar?

—No, *cara*. No es eso. Tú no has hecho otra cosa que ser una bendición para nosotros. —Su padre soltó un gran suspiro y continuó—: Pero Andrea d’Isantu...

La indignación hizo aflorar lágrimas ardientes a los ojos de Maria-Grazia.

—¿Qué pasa con él?

—*Cara mia. Principessa.*

Amedeo le acarició las manos, pero ella no estaba para consuelos.

—¡No he hecho nada malo! —exclamó Maria-Grazia—. ¡No ha pasado nada, papá!

—Habrás oído los rumores sobre Carmela d’Isantu y yo. Tienes que estar al corriente de lo que pasó entre nosotros antes de que tú nacieras...

La lealtad obligó a Maria-Grazia a apartar la vista de su padre y a guardar silencio mientras observaba un gran transatlántico que recorría el horizonte con elegancia lenta, iluminado como una ciudad en la distancia.

—Mírame, Mariuzza —pidió su padre—. No te avergüences. Soy yo quien debería hacerlo, puesto que fui yo quien hizo esas cosas... Aunque sabe Dios que desearía poder mentirte y decir que no fue así. No soporto la idea de verme rebajado ante tus ojos, pero debo confesar. Mírame, Mariuzza.

La joven miraba los libros de las estanterías: volúmenes de cuentos populares, viejas publicaciones médicas encuadernadas en piel; lo que fuera menos a su padre.

—Pensaba que se había demostrado que Andrea no era hijo tuyo —murmuró finalmente.

Esa era la historia que había oído susurrar a sus espaldas en el patio del colegio, que un médico de Sicilia había acudido para hacer un análisis especial. En aquellos tiempos, el rumor no había hecho sino reafirmar su férrea convicción de que su padre era inocente.

—Esa prueba no tiene ningún valor —explicó Amedeo rechinando los dientes con impaciencia—. Con ese método no se sabe con certeza. *Cara*, no me gusta la forma de mirarte que tiene ese chico, de seguirte con los ojos a todas partes. Esa mirada suya no está bien, solo puede traer problemas.

—Nadie más me mira. Nadie más repara en mi presencia. A nadie más en toda esta maldita isla le importa si estoy viva o muerta.

—He oído hablar de este fenómeno. —Su padre había adoptado su tono de doctor

(¡algo que ella no podía soportar!)—. Cuando ejercía de médico en la península, de joven, fui testigo del caso de dos hermanastros, separados de pequeños y criados en casas distintas en extremos opuestos del pueblo, que empezaron a vivir juntos como marido y mujer, pero es peligroso, Mariuzza. En esas situaciones puede existir una atracción muy intensa... Por no mencionar la legalidad del asunto, el escándalo que supone en un sitio pequeño... —La humillación estuvo a punto de hacer que Maria-Grazia se echara a llorar—. ¿Te escandaliza lo que acabo de confesar? —quiso saber Amedeo—. ¿Te hace tener peor opinión de mí, *cara*?

—No —mintió su hija sin mirarlo a los ojos.

—¿Qué pasa con Robert? —preguntó él con suavidad—. Todos queríamos a Robert.

La voz de su padre se quebró levemente, pero ella tuvo la sensación, en su desdicha, de que no soportaría verlo llorar a él también, de modo que se apartó un poco más y, con toda la indiferencia de que fue capaz, espetó:

—¿Que qué pasa con Robert? ¡Pues que hace cuatro años que no le vemos el pelo!

—¿Cómo puedes decir eso? ¡Cristo *Dio*! Tú lo amabas, Maria-Grazia, ¿no es así? Pero no has pronunciado su nombre ni una sola vez desde que se fue. Llegó a nosotros surgido del mar, como un milagro, ¡como un hijo! ¿No os amáis? ¿Acaso no va a volver?

La ira, finalmente, inundó de lágrimas de exasperación los ojos de Maria-Grazia.

—¡Pregúntaselo a él, si va a volver! —sollozó—. ¡Pregúntale a él si me ama! Yo lo he esperado, ¿no? ¡Llevo esperándolo cuatro años! ¡Y ahora, a los ojos de todos, soy una mujer humillada, el hazmerreír del pueblo, una vieja solterona, la única chica a la que han dejado sola! ¡Yo quería a Robert! ¿Por qué os negáis todos a entender que lo amaba, que he esperado y esperado a ese *stronzo* despreciable y que él nunca ha vuelto a mí?

Su padre tendió las manos hacia ella, pero Maria-Grazia salió corriendo, inconsolable. Huyó del pueblo por la ruta más cercana, trastabillando entre los olivares, y se perdió entre las cuevas junto al mar.

Por decreto de Amedeo, Andrea d'Isantu no debía entrar nunca más en la Casa al Borde de la Noche. *Il conte* había restringido a su vez las libertades de su hijo, y al cabo de unos meses lo preparó todo para que un amigo suyo de la Italia peninsular, que tenía cinco hijas, pasara las Navidades con ellos en la villa. Durante la primera velada, mientras todos cenaban, Andrea se escapó y fue a lanzar puñados de arena a la ventana de Maria-Grazia.

—¡Maria-Grazia! —gritó borracho—. ¿Por qué te niegas a verme? *Dio*, ¿acaso pretendes que me vuelva loco?

Con el peso de la advertencia de su padre oprimiéndole el pecho, ella no fue

capaz de abrir la ventana. Desde detrás de la cortina, muda, observó a Andrea darse la vuelta y, encorvado sobre el bastón, cruzar la plaza. En sus cuatro esquinas se abrieron ventanas y los vecinos se asomaron a ellas. A Maria-Grazia, aquella figura solitaria en la oscuridad escarchada le pareció la persona más desamparada de toda la isla, tan aislada como lo había estado de pequeño en el colegio, elevado por encima de los demás en su trono sobre la tarima de hormigón.

Los rumores se propagaron como la pólvora por la isla, y a la mañana siguiente ya habían cruzado la puerta de la Casa al Borde de la Noche. El chico del conde estaba trastornado desde la guerra, eso lo sabían todos, pero algunos isleños todavía abrigaban dudas. ¿No habría hecho algo Maria-Grazia para darle esperanzas? Cuando ella bajó la escalera del bar, supo al instante, por el súbito silencio y las miradas furtivas de los clientes, que todos habían estado hablando del asunto. Y en los días que siguieron oyó sin querer cosas feas: «Está loco por ella, según la *signora* Carmela... Se niega a casarse con alguna de esas chicas de ciudad»; «¡Está enamorado, *gesummaria*, de una chica que, por lo que todos sabemos, bien podría ser su hermana!»; «Yo sé de un caso parecido: mi primo de Sicilia conocía a uno que se casó con una prima hermana, y tuvieron críos con las piernas como pulpos y cabeza de Medusa, ¡con doce dedos y cinco ojos...!».

Andrea acudió a la misa de Navidad flanqueado por sus padres y con las chicas de la ciudad detrás, como en procesión. Desde la parte delantera de la iglesia, de cara a toda la isla, se volvió y clavó su mirada sombría y obstinada en Maria-Grazia.

Para entonces, los ancianos jugadores de *scopa* y las mujeres sentadas en sillas de madera ante sus casas chismorreaban abiertamente sobre la chica de los Espósito. La isla entera parecía haberse convertido en una muchedumbre de ojos entornados. La habían estigmatizado, como a Flavio, como a Andrea; el polvo del desierto de la guerra en la que ambos habían participado también había dejado su huella en Maria-Grazia. Durante aquellos últimos días de 1948, la joven lloraba de frustración mientras golpeaba el colchón de su cama estrecha, dando rienda suelta a su dolor en silencio. Según decían, Andrea estaba enfermo. Ya no bebía con Flavio bajo la palmera, ya no daba sus solitarios paseos por la isla, y los braceros que aún trabajaban para *il conte* contaban en susurros que había colgado el bastón, se había metido en la cama y se negaba a hablar con nadie.

Nada de todo eso habría ocurrido si Robert hubiese vuelto a su lado. La había traicionado de forma tan absoluta con su partida, con sus años de silencio, que a veces tenía la sensación de que, simplemente, ya no era capaz de sentir nada por él. Andrea tenía razón en una cosa: aquella era una *isola di merda*, llena de cotilleos, llena de vergüenza. Ya no podía soportarlo. Cuando dio comienzo 1949, el año en que cumplía los veinticuatro, adquirió el hábito de sacar billetes de la caja para guardarlos junto a la cama en una vieja botella de Campari. Cuando tuviera suficientes, se marcharía de Castellamare.

Aquel año, poco después de la Epifanía, Carmela hizo una visita a la Casa al Borde de la Noche. Debía de haber llegado cuando todos aún dormían, pues Maria-Grazia, que se levantaba temprano por culpa de la insatisfacción que sentía desde el comienzo del problema con Andrea, se encontró a la condesa esperándola al pie de la escalera. Estaba ahí plantada, con su desvaído traje parisino de color berenjena y el sombrero de domingo con velo de tul moteado comprado antes de la Gran Guerra. Era la primera vez que Carmela cruzaba el umbral de la Casa al Borde de la Noche en veintiocho años, desde que Pina los había echado a ella y a su hijo del bar y jurado no permitirles volver jamás.

—*Signora d’Isantu...* —acertó a decir Maria-Grazia deteniéndose bajo el sol que incidía en el rellano.

Cuando Carmela habló, su voz sonó tan aflautada y cascada como la de la fallecida Gesuina.

—*Signorina* Maria-Grazia. Tienes que ayudar a mi hijo.

La joven se encontró con que se quedaba sin aliento y se le encogía el corazón.

—¿Qué pasa? ¿Está enfermo? Despertaré a mi padre, iré a buscar su maletín.

—No, no —contestó Carmela sin poder contener las lágrimas y negando con la cabeza—. No traigas a Amedeo, es a ti a quien necesito.

—Dígame, ¿qué ocurre?

—Está enfermo —respondió Carmela—, pero ¡de amor por ti, *signorina* Maria-Grazia! Lleva todo el año yendo a peor. Se niega a levantarse de la cama, se niega a comer, tiene la lengua seca y blanca, los ojos amarillentos. Tengo miedo de perderlo. ¿No podrías darle alguna esperanza? Mi hijo se muere de amor por ti.

Como una actriz que levantara una máscara, Carmela se echó atrás el velo y Maria-Grazia vio que las lágrimas le habían corrido el lápiz de ojos y que tenía las mejillas emborronadas de gris como las de un bandido. La joven sintió lástima. Asió a la condesa del codo y la ayudó a entrar en el bar vacío. Luego bajó dos de las sillas que se habían puesto boca arriba sobre una mesa, cerró los postigos para evitar las miradas indiscretas de los clientes madrugadores que holgazaneaban en la plaza, no le dio la vuelta al letrero de «*Chiuso*», y se dispuso a encender la cafetera.

—No, no —dijo Carmela al verla—. Algo más fuerte, más... fortificante... Aquel *limoncello* que solía preparar Rizzu, ¿te queda?

Sin duda, Carmela debía de estar un poco fuera de sí, se dijo Maria-Grazia, porque aquel *limoncello* se había acabado hacía un cuarto de siglo. Cogió una botella distinta y dejó dos vasos entre ambas. El reloj sobre la barra marcaba poco más de las siete, pero Carmela apuró su copita de un solo trago y, como una mujer en pleno duelo, accedió por fin a sentarse tanteando el borde de la silla.

—*Signor il figlio del conte* no puede empeñarse en casarse conmigo —dijo finalmente Maria-Grazia—. No es posible. Además, por lo que he oído decir, *signora d'Isantu*, no sería adecuado.

En ese punto, Carmela se volvió mordaz, y la miró con un destello de amarga diversión.

—Ya sé lo que dicen de mí, pero lo que has oído no es cierto.

Maria-Grazia sintió un atisbo tímido de esperanza.

—¿Lo de mi padre y... las cuevas junto al mar?

—Sí, sí, todo eso es verdad, no me refería a eso... —Hizo un ademán despreciativo con la mano enguantada en blanco—. Pero Andrea no es tu hermanastro. No lo creo, al menos. Eso es lo que he venido a contarte, Maria-Grazia: creo que no existe impedimento alguno para que lo ames. Nada impide, a los ojos de Dios o de la ley, que los dos os caséis. Eso es lo que he venido a decirte.

Maria-Grazia no respondió, y Carmela tendió entonces una mano y le sujetó la manga. De la *contessa* emanaba un curioso olor a almizcle, un aroma a desesperanza que pendía en el aire en torno a ambas.

—Mi hijo amenaza con marcharse de la isla si no lo hacéis —concluyó.

Finalmente, con cautela, Maria-Grazia preguntó:

—¿Cómo puede estar segura de que no es mi hermanastro?

—Estoy convencida de ello, *cara*. Es cierto lo que se rumorea, que mi marido y yo nunca habíamos sido capaces de concebir. Pero es que él apenas lo intentaba, *cara*. —Carmela soltó una risa desdeñosa y volvió a coger el *limoncello*—. Cuando nos casamos, mi marido fue diciendo por ahí que yo era estéril hasta que lo supo la isla entera. Supongo que le venía bien burlarse de mí y, al mismo tiempo, evitar sus deberes conyugales. La pura verdad es que nunca me deseó. Fue un matrimonio de conveniencia, una cuestión de tierras y *palazzi* repartidos entre nuestras familias. Nunca se consumó... Bueno, algo hubo, pero nada que merezca la pena mencionar. Perdona, *cara*, pero debo ser franca contigo. Lo cierto es que mi marido nunca ha deseado a ninguna mujer. Al menos hasta que yo empecé a tener amantes. Supongo que entonces lo invadió alguna clase de instinto arrogante y volvió a mi lado durante un tiempo. Esa era la única forma de conseguir que yo le importara un poco. Solo me deseó después de mi aventura con Amedeo, *cara*, solo después de que otro lo hiciera. Así pues —Carmela volvió a agarrarla de la manga—, es poco probable que Andrea sea hijo de Amedeo. Eres libre de amarlo, y debes hacerlo. Sabe Dios por qué permití que circularan todos esos rumores sobre que el niño era hijo de Amedeo, quizá por un deseo instintivo de hacerle daño a mi marido y ganarle la batalla, pero no es cierto; yo no lo creo, al menos.

Maria-Grazia contempló las nebulosas profundidades del *limoncello*.

—Pero no lo sabe a ciencia cierta —terció finalmente.

Carmela le cogió la mano.

—Tiene los tobillos finos de su padre, *cara*; los mismos ataques de estreñimiento

cada dos semanas, y cuando soplan los vientos húmedos del norte, ambos sufren esos terribles pinchazos de dolor en las rodillas, en las antiguas heridas de guerra que los dos tienen en el mismo sitio. Llevo viéndolos juntos veintiocho años; estoy segura.

—Pero no puede saberlo a ciencia cierta —insistió Maria-Grazia.

—No —admitió Carmela—. No puedo saberlo a ciencia cierta.

Cuando Maria-Grazia guardó silencio, Carmela alargó la mano y, una vez más, le agarró la manga.

—Por favor, *cara*, dale alguna esperanza a mi Andrea o se marchará, sé que lo hará, y me dejará aquí sola, sin otra compañía que mi condenado marido en esta aldea dejada de la mano de Dios.

—¡No puede ordenarme que lo ame, así por las buenas! —exclamó ella, asustada de que la *contessa* la agarrara de esa forma tan desesperada.

—No, no, *signorina* Espósito. Nadie te ordena nada, no pretendía hacer eso. Pero ¿querrías darle al menos una respuesta? Dásela antes de que acabe el verano, cuando hayas tenido tiempo de pensarlo. Concédete seis meses, ocho... ¡o diez si quieres! Tómate todo el tiempo que necesites para pensarlo, y permítele que te corteje, que te visite...

Pero Maria-Grazia se sintió abrumada.

—No, no quiero que venga a visitarme, ni quiero que me corteje... ¿no ha habido ya bastante escándalo?

—Muy bien, entonces le prohibiré que venga a visitarte hasta que hayas tenido tiempo para pensarlo. Todo el que te haga falta, *cara*. ¡Seis meses, un año! Le ordenaré que no se acerque a ti.

—¿Y si para entonces no tengo una respuesta?

Carmela se deshizo en lágrimas otra vez.

—Amenaza con marcharse... y se irá, mi único hijo...

—Muy bien, de acuerdo... —La interrumpió Maria-Grazia, consciente de pronto de que no soportaría otro ataque de llanto—. Lo pensaré. Y le daré una respuesta dentro de seis meses.

—No le digas a nadie que he estado aquí —concluyó Carmela.

Cogió el bolso, se abotonó la chaquetilla de color berenjena y se dio metódicas palmaditas bajo el velo para limpiar los churretos negros de lápiz de ojos que le surcaban el rostro. De repente, volvía a parecer la de siempre, la misma mujer fría como una columna a la que Maria-Grazia solo había visto antes a cierta distancia, cuando pasaba ante ella con la mirada gacha de camino al presbiterio, o en las festividades de la santa, un poco aparte de los demás y vestida con ropa que había estrenado antes de la primera guerra, siempre con un velo cubriéndole los ojos.

—No se lo diré a nadie —respondió Maria-Grazia.

—Ni siquiera dentro de unos años, cuando ya esté muerta... —murmuró Carmela.

—Ni siquiera entonces.

Carmela la cogió por la muñeca y la presión de sus dedos fue fría.

—Tienes un rostro dulce, *cara*. Para mí es un alivio contarle esto a alguien, tras todos los años que llevo encerrada en esas habitaciones vacías, sin poder hablar con nadie. Y me has dado esperanzas, pues ahora veo que podrías llegar a amar a mi hijo, *cara*. Dime que es verdad, que podrías hacerlo.

—Sí —admitió Maria-Grazia—. Podría hacerlo.

Carmela le cogió entonces ambas manos. Las de la condesa eran suaves, sin asperezas, como las de un niño; unas manos que solo se tenían tras una vida entera llevando guantes blancos. Luego se fue, y durante un instante de aturdimiento, Maria-Grazia, que la observaba alejarse, creyó que solo había soñado aquel encuentro. La plaza quedó en silencio de nuevo. La sombra de la palmera se mecía lánguidamente sobre las baldosas del porche, señalando el tiempo como la aguja de un reloj de sol. Las lagartijas emergían de las grietas de las casas en busca de sus rayos.

Pero poco después, mientras se dedicaba a las tareas matutinas de encender la cafetera, subir las persianas y disponer las sillas, Maria-Grazia se sorprendió murmurando de rabia. ¿Qué derechos tenía sobre ella esa Carmela? ¿Iba a convertirse acaso en receptáculo de los secretos de todos? ¿Qué querían de ella, por qué acudían a verla con toda esa vergüenza que llevaban dentro y con miradas llenas de culpabilidad? ¿Por qué la acosaban con problemas e indignidades que se remontaban a antes de que ella naciera?

Y aun así, pensar en un Andrea insomne y atormentado la apenaba como lo había hecho el miedo por la vida de Robert. ¿Era eso amor o solo compasión? No podía amar a Andrea como había amado a Robert. Sabía que era así. Ya había consumido toda su capacidad para esa clase de adoración. Pero Robert se había ido y Andrea seguía ahí, y estaba enfermo de lo mucho que la amaba. Nadie le había concedido nunca ese honor. Para Totò y el viudo Dacosta ella no había sido más que una posible esposa, sustituible, reemplazable. Tal vez incluso Robert la hubiese sustituido ya por alguna muchacha inglesa, alguna novia suya de antes de la guerra. Andrea d'Isantu no.

Seguía conmoviéndose cuando pensaba en su pierna destrozada, recordando la vergüenza que le producían sus frágiles tobillos, su propia cojera. Y, puestos a pensarlo, ¿no habían sido acaso compañeros desde la infancia, ella y el hijo del *conte*, ambos sin amigos, unidos por la misma sombría intensidad, la misma soledad, la misma postura encorvada sobre sus libros y las mismas notas altísimas? A Maria-Grazia, que iba cuatro cursos por detrás de él en la escuela, siempre le había parecido que seguía sus pasos, pues cuando aventajaba a sus propios compañeros, las notas de Andrea eran las únicas que salían del armario del maestro para compararlas con las suyas. El profesor Calleja murmuraba: «Bueno, Espósito, veamos cómo le fue a d'Isantu en este examen». Llevaba una gráfica de las calificaciones de ambos, y para cuando Andrea cursó su último año, la media de Maria-Grazia había superado a la suya. Cuando se lo contaron a él, se limitó a esbozar una sonrisita e inclinar la

cabeza. En aquel entonces, a ella le había parecido poco generoso por su parte. ¿Por qué no había accedido a estrecharle la mano? Ahora se preguntaba si no se habría tratado de alguna clase de deferencia, la misma con la que le había ofrecido, tembloroso, aquella flor.

A finales del verano le daría una respuesta. Hasta entonces, haría todo lo posible por apartarlos a ambos por completo de sus pensamientos, al inglés y al hijo del *conte*.

En aquellos días, incluso Castellamare parecía inquieta, insatisfecha. En otra época había sido un volcán. Aunque los isleños lo sabían, el volcán llevaba tantísimo tiempo dormido que con frecuencia se les olvidaba. Y entonces, a veces, se comportaba de forma extraña y se avivaba un poco, a modo de débil recordatorio del pasado. Un par de veces cada década, se abría un agujero en el suelo y brotaba un chorro de humo que chamuscaba una vid o convertía a una cabra salvaje en un montoncito negro de huesos. En otras ocasiones, se formaban balsas de agua caliente entre las rocas de la orilla del mar, llevadas hasta allí por corrientes invisibles. Y si uno metía la cabeza bajo la superficie, podía seguir una hilera de burbujas que brotaban de alguna sima en la falda de la isla. Todas esas cosas, sin embargo, eran de esperar. Al fin y al cabo, todos sabían que Castellamare era un lugar en el que ocurrían milagros.

El volcán nunca había entrado en erupción —el cráter se hallaba en algún lugar bajo la villa del *conte*—, pero sí se movía a veces, provocando sustos y temblores. El de 1949 sería uno de esos años. Aquel enero se abrieron nuevas grietas en la Casa al Borde de la Noche. En marzo, era posible tenderse en el suelo del bar y captar un sonido parecido a un gemido que brotaba de la tierra. Concetta informó de dicho hecho con entusiasmo, espatarrada sobre las baldosas como una estrella de mar y siseándoles a todos que guardaran silencio para poder escuchar.

—¡Se acerca un terremoto, Maria-Grazia! —anunció—. ¡Se acerca un terremoto!

La niña seguía teniendo un apetito insaciable para el caos y la violencia.

—Que santa Ágata nos proteja de los terremotos —la reprendió Rizzu—. Soy demasiado viejo para eso.

Y trató de aterrorizar a Concetta con relatos fantásticos sobre terremotos del pasado, cuando todas las casas se habían venido abajo menos la Casa al Borde de la Noche, la granja del viejo Mazzu y la villa del *conte*; cuando grandes maremotos llegados de Sicilia se habían abatido sobre las costas de la isla, como en la historia de Noé y sus hijos, y los isleños habían tenido que huir a las tierras más altas.

Concetta se negaba a dejarse asustar.

—¡Imagínate! —exclamó con los ojos brillantes—. ¡Todo arrasado! ¡Desaparecerían la estúpida tienda de mi padre y todo lo demás!

Maria-Grazia estaba en lo alto de una escalera de mano, pintando la fachada del

bar, cuando sintió el primer temblor de verdad. Notó un tirón de lado, como el de una barca de pesca al encallar. Y cuando bajaba, con el pánico apoderándose de ella —tanto que no podría ni haber gritado de querer hacerlo—, chocó con su hermano.

—*Gesù!* —exclamó Flavio—. *Gesù Dio!*

Descalzo y todavía en camisa de dormir, echó a correr cruzando la plaza.

—¡Flavio! —lo llamó ella—. ¡Vuelve!

La tierra se apaciguó y la isla volvió a sumirse en la calma. Maria-Grazia persiguió a su hermano y lo atrapó en la sombra de la casa desierta de Gesuina. Él se encogió de miedo, de rodillas en el suelo. Se había formado una multitud.

—Flavio... No hay peligro, el terremoto ha pasado ya.

Encerrado en sí mismo, él negó con la cabeza, gimiendo y lamentándose. No dejaba de frotarse los muñones de la mano derecha. Cuando ella se acercó y lo miró a los ojos, vio que estaban nublados como los de la anciana Gesuina. Ante él no se hallaba la plaza inundada de sol ni la Casa al Borde de la Noche, sino algún lugar del desierto. Tardó mucho rato en convencerlo de que le cogiera la mano.

Cuando lo llevaba de regreso al bar, temblando y aferrándose contra el cuerpo la camisa de dormir como una muchacha sorprendida por un fuerte viento, alguien se rio de él. Pero a Maria-Grazia la había invadido un sentimiento de rebeldía desde el inicio de los cotilleos con respecto a Andrea y siguió tirando de Flavio sin agachar la cabeza.

—Vamos. No todos lucharon tan valientemente como tú, Flavio.

Después de ese día, el rumor que circuló por la isla fue que el chico de los Espósito sin duda había vuelto de la guerra mal de la cabeza, pero nadie oiría decir nada más sobre Maria-Grazia.

Los temblores se repitieron y la isla se vio sumida en el furor religioso. De quien más se apoderó fue de Flavio. Nadie reparó en ello hasta que las bagatelas de la estatua de santa Ágata que había junto a la puerta de entrada del bar, a las que nadie había prestado mucha atención en un cuarto de siglo, empezaron a desaparecer. Primero fue el agua bendita, luego los rosarios, y al final incluso la gran estatua truculenta de la santa con el corazón sangrante. La imagen se esfumó como por arte de magia una noche de abril, dejando por toda huella solo un disco libre de polvo sobre la mesa del recibidor. Rebuscando por la casa, Pina descubrió aquellas reliquias bajo un trapo en un rincón de la habitación de Flavio, entre dos velas ennegrecidas. Por las noches, Maria-Grazia lo oía musitar plegarias desde su habitación. Flavio no tardó mucho en empezar a ausentarse del bar durante largos períodos, en los cuales uno podía encontrárselo persiguiendo al padre Ignazio por la iglesia y acosándolo con fervientes preguntas.

—Oh, no me importa —dijo el cura cuando Amedeo se disculpó—. Santa Ágata sabe que siempre me han gustado sus hijos, Amedeo, aunque me temo que no podré

enseñarle a Flavio nada muy ortodoxo. ¡Yo mismo lo he olvidado casi todo!

El sacerdote puso a Flavio a sacarle brillo al gran crucifijo de latón que había tras el altar, una tarea que a él nunca le había hecho mucha gracia. Flavio, sin embargo, se empeñaba en ella cada mañana con solemne devoción: se inclinaba con reverencia ante la lata de líquido limpiador con el trapo viejo que le había dado el cura y se detenía a ratos para contemplar el rostro del Cristo de latón y murmurar súplicas personales.

Cada día, a la hora del almuerzo, Maria-Grazia cerraba el bar y se acercaba a la iglesia a recuperar a Flavio, porque, si no, se le habría olvidado comer. Durante esos trayectos juntos, él la arengaba sin descanso sobre los milagros de la santa, dejando las frases a medias, como si las palabras no fueran más que una erupción de sus pensamientos desordenados.

—... Y eso es lo que tiene santa Ágata, ¿sabes?, el misterio, que nadie sepa quién era, quizá una pobre chica campesina, o la hija de un granjero, y sin embargo tenía visiones, visiones auténticas...

Había pasado a formar parte del Comité de Santa Ágata, y las tardes de los sábados se sentaba con gesto remilgado en los salones de las viudas, con su madera oscura y sus pañuelos con aroma a rosas, a hablar sobre las velas que debían encargarse para las festividades de la santa o de los cojines de genuflexión que había que coser para la capilla de la Madonna. Maria-Grazia sabía que Flavio era el hazmerreír de los chicos que una vez habían sido sus amigos y ahora eran pescadores, jornaleros y tenderos.

—Mira que dejar a su hermana a cargo del bar mientras él le reza a santa Ágata —había oído decir—, y encerrarse en secreto con todas esas viejas...

Flavio se sentaba solo a la mesa bajo la palmera; en pleno ayuno, tomaba solo un poco de agua con limón que sorbía entre dientes.

—Tiene la conciencia sucia —musitaba otro—. Es el fantasma de Pierino, que lo persigue...

Muchos seguían culpando a Flavio de la paliza que le habían dado al pescador. El viejo Pierino había muerto uno de los primeros días de los seísmos, y aunque finalmente había llegado a una edad considerable, nunca había recuperado el habla ni vuelto a salir en su barca. Varias personas juraban haber visto al viejo pescador después de su muerte, arrodillado junto a su lápida en el cementerio, cavando para intentar regresar a su tumba.

Flavio parecía cada día más encerrado en sí mismo. En ocasiones, sin embargo, durante los trayectos de la iglesia a casa, se cogía con fuerza al brazo de Maria-Grazia al caminar y ella se permitía creer que estaba mejorando. Aun así, Flavio empezaba a obsesionarse con huir de la isla.

—Me marcharé de aquí —le dijo un día a su hermana en un destello de lucidez—. Regresaré a Inglaterra. Aunque allí algunos me despreciaran como a un perro, la mayoría me trataba mejor que aquí, entre mi propia gente.

Y resultó que Flavio también había visto al fantasma de Pierino.

—Es verde... Transparente —musitó—. Quiere que me vaya. Abandonaré este lugar. Levantaré el vuelo.

No le dijo a nadie qué quería decir con esto último. Pero cuando Pina lo oyó pronunciar por lo bajo esas palabras, se echó a llorar, creyendo que su hijo se refería a algún mundo espiritual, al cielo.

—No dejaré que estas costas sigan reteniéndome —murmuró enigmáticamente Flavio mientras le daba cera a la imagen de la santa hasta sacarle brillo.

Cuando la isla recuperó la calma tras aquel primer temblor, salió a la luz un pequeño milagro.

Los jornaleros del *conte*, persuadidos y coaccionados por Bepe, seguían ocupándose del campo rocoso del sur de la isla que habían hecho suyo dos años antes. Durante el segundo año había germinado el trigo, pero los brotes verdes amarilleaban en los bordes, privados de alimento. Los campesinos los recogieron, incluso se atrevieron a quedarse para ellos la cosecha entera en lugar de darle una cuarta parte al conde. En esos días, el campo había dado una segunda cosecha, y tocaba entresacarla. Cuando emprendieron la marcha colina arriba hacia los campos, sin *organetto* ya y con las filas mermadas, echando vistazos a la villa del *conte* tras doblar la curva del camino, Bepe los exhortaba desde su posición elevada a lomos del burro de su tío, recorriendo al trote la columna como si estuviera al frente de un ejército.

—¡Adelante, camaradas! —los animaba—. ¡La tierra es nuestra!

Pero la tierra, cuando llegaron a ella, se había movido, había cambiado. En su centro había tenido lugar una gran erupción, y algo trataba de sobresalir. Los brotes de trigo yacían desparramados, arrancados de raíz y ya secos bajo el sol. El joven Ágato se santiguó.

—¡Una advertencia! —exclamó.

—No —dijo Bepe—. Es un fenómeno natural. Tenemos que investigar.

Pero el fenómeno en cuestión, fuera lo que fuese, no tenía nada de natural. Cavando en la tierra arenosa y quitando piedras, los jornaleros fueron descubriendo de forma lenta y gradual un muro de piedra. Un muro que no era tal cosa (como descubrieron al cavar más), sino una especie de asiento o cercado que se curvaba formando un semicírculo. Estaba frío al tacto. Cuando corrieron en busca de azadones y palas y cavaron más hondo, desenterraron una segunda cornisa, y otra más debajo de aquella: iban estrechándose hacia el fondo de una hondonada como los filetes de una concha.

—¡Mirad esto! —exclamó Ágato, que cavaba un poco más allá—. ¡Es un altar!

Los isleños retrocedieron un poco ante aquel indicio de paganismo y sacrificio humano, pero Bepe se concentró en la esquina que Ágato había desenterrado y raspó

valientemente con el azadón.

—No es un altar —anunció—. Es un escenario. Esto es un teatro, estoy seguro. Griego o romano. Los vi en las postales de Sicilia cuando visité a mi primo, el que vive en la ciudad; los hay pequeños como este, y otros enormes como un estadio de fútbol.

—Podría tener algún valor —dijo el perspicaz Mazzu.

—*Il conte* no sabe nada de esto —observó Bepe—, y esta tierra ahora es nuestra por derecho.

Los jornaleros se quedaron allí plantados alrededor del fantasma del anfiteatro, enarbolando aquel descubrimiento ante sí como la imagen de la santa.

Bepe entró sigilosamente en el bar aquella noche aferrando su *organetto*.

—Necesito hablar con *signor il dottore* —le dijo a Maria-Grazia—. De un asunto urgente, muy importante.

—¿Has venido a tocar?

—No, no —exclamó Bepe—. El *organetto* es solo una tapadera. Ve a buscar a tu padre.

Maria-Grazia hizo lo que le pedía. Oyó a Bepe hablar en susurros con Amedeo, al otro lado de la cortina de la cocina.

—Debemos encontrar un arqueólogo para que venga y nos diga qué valor tiene. Esto podría ser buena cosa para la isla, algo importante, pero necesitamos que un hombre culto nos lo explique. Podría significar riqueza para Castellamare. Liras y liras.

—¿Y distribuirás esa riqueza de forma equitativa? —La voz de su padre sonó un poco burlona—. ¿O primero vas a formar un partido de vanguardia para establecer una dictadura del proletariado?

—Ambas cosas —contestó Bepe, tomándose en serio—. Pero necesito su ayuda. Usted es un hombre culto, *signor il dottore*... O lo bastante culto, al menos. Tiene que conocer a algún arqueólogo al que podamos preguntar. En Florencia o en Roma, o en el lugar del que procede, sea cual sea.

Pero Amedeo no conocía a ningún arqueólogo. Y tampoco el padre Ignazio, a quien Bepe abordó esa noche cuando entraba en el bar para hacerlo pasar con actitud misteriosa al otro lado de la cortina.

—Llevo en esta isla tanto tiempo como tú —dijo el sacerdote—. Ya no conozco a nadie del mundo exterior. Me he convertido en uno de vosotros, por mis pecados.

Para sorpresa de todos, la única persona de la isla que conocía a un arqueólogo era Pina.

—Pero si lo conocemos todos —dijo—. ¿Lo habéis olvidado? El profesor Vincio.

—¿Quién? —A Bepe le pareció que le estaba gastando alguna clase de broma y su tono fue un tanto brusco.

—Bueno, tú eras solo un crío entonces, Bepe, tal vez no te acuerdes. El profesor Vincio, el arqueólogo de Bolonia. Uno de los prisioneros de guerra que estuvo preso aquí. Reparó el porche de nuestro bar.

—¿Aquel idiota que puso las vigas al revés? —preguntó Bepe—. Sí que me acuerdo, el *signor* Pierino tuvo que arreglar el entuerto después.

—El profesor Vincio era un arqueólogo importante. Trabajó en Chipre antes de la guerra, desenterrando ciudades antiguas. Una vez me contó que había encontrado a una mujer y su hijo, dos esqueletos con joyas de oro, perfectamente preservados. Es algo terrible y maravilloso eso de desenterrar el pasado de esa forma. Algo que deberías respetar, joven Bepe. Lo cierto es que podría salir a la luz cualquier cosa. No sé qué habrá sido de él.

—Le escribiremos a la Universidad de Bolonia —sugirió el sacerdote—. Y veremos si sigue vivo y si, Dios y santa Ágata mediante, puede venir a echar un vistazo a esos restos que habéis encontrado. Es mejor que no le digáis nada de esto al *conte*, Bepe, hasta que sepamos algo más.

El cura escribió la carta esa misma noche, y Bepe la mandó desde Sicilia. Volvieron a enterrar el anfiteatro con palas y azadones, y lo cubrieron con lonas impermeables. Durante todo aquel mes, los isleños guardaron el secreto con los corazones estremecidos de emoción mientras la isla seguía retumbando bajo sus pies.

Nadie reconoció al profesor Vincio. Llegó en los desorganizados días de finales de primavera, con el pelo blanco y un paraguas de calidad, con un ayudante que le llevaba las maletas. El arqueólogo alquiló el carro con burro de Rizzu, pero cuando ascendían por la ladera, le pidió al anciano que se detuviera ante las murallas del pueblo. Se apeó y permaneció un buen rato ante el antiguo campamento de prisioneros, que había vuelto a su jungla anterior de matorrales y cardos, frecuentada por los lagartos. Ya no conservaba vestigio alguno del pasado. Una vez en la Casa al Borde de la Noche, abrazó a Pina y a Amedeo con lágrimas en los ojos.

Poco después de la llegada del arqueólogo, *il conte*, que se había enterado de algún modo de la aparición de un importante hombre de ciudad entre los suyos, decidió dejarse ver. Entró majestuosamente en la plaza con su coche y saludó con un ademán al profesor, como si fueran viejos amigos.

—*Signor* Vincio, permítame darle la bienvenida —exclamó desde la ventanilla del automóvil—. Tengo una propuesta que hacerle.

Insistió en que el arqueólogo se alojara en la villa, donde estaría mucho más cómodo y donde comería todos los días a expensas del conde.

El profesor Vincio contestó que ya estaba cómodamente instalado en la Casa al Borde de la Noche.

—Muy bien —repuso *il conte*, un tanto irritado—. Entonces, venga a cenar esta noche.

—No —zanjó el hombre—. Recuerdo bien mi estancia en esta isla, *signor il conte*.

Humillado y furioso, el conde volvió a meter la cabeza en el coche y se alejó.

Al amanecer del día siguiente, los jornaleros escoltaron a Vincio hasta el anfiteatro enterrado. El anciano profesor se puso a cuatro patas y empezó a despejar la tierra con una brocha fina. De vez en cuando, se detenía a quitar una brizna de hierba o un terrón, o a señalarle algo a su ayudante. El joven que lo acompañaba llevaba una jaula de madera como las que usaban los isleños para transportar pollos, y de ella salían objetos bien curiosos: algo parecido a un colador para la pasta, un juego de mondadientes, una especie de brocha...

Aquello produjo la indignación de varios jornaleros, pues sospechaban que estaban riéndose de ellos. Pero el profesor Vincio prosiguió con su tarea.

—¿Es lo único que piensa hacer? —soltó al fin el joven Ágato, incapaz de contener su decepción.

Cuando quedó claro que en efecto lo era, los jornaleros se alejaron.

Entretanto, d'Isantu se había enterado de las excavaciones. A la mañana siguiente, cuando el grupito de la Casa al Borde de la Noche llegó al emplazamiento escoltando al arqueólogo, los dos capataces del conde estaban esperándolos. Entre ambos se hallaba Andrea d'Isantu.

—Estas tierras son propiedad privada —declaró el joven—. Nadie puede entrar ni salir de ellas sin permiso de mi padre.

—Pues eso es lo que pretendo llevar a cabo, precisamente —terció el profesor, con esa tranquila forma que tenía de hablar de igual a igual, tan de ciudad—. Tenemos excavaciones que hacer.

Andrea asió el bastón con ambas manos. Cuando habló, su mirada se desvió un instante hacia Maria-Grazia y luego volvió a posarse en el viejo profesor.

—Nadie puede entrar en esta parcela de tierra.

Bepe, furioso, se bajó del burro y dio tres pasos pisando el terreno del *conte*.

—Pues mire por dónde, *signor d'Isantu* —declaró—. Alguien acaba de hacerlo.

Andrea empuñó el bastón y le dio unos golpecitos con él en el hombro.

—Retrocede, Bepe. Ya os lo he dicho, no puede entrar nadie.

—Ahora son tierras comunales —murmuró el padre Ignazio—. Y en todo caso, *signor d'Isantu*, ¿no sería mejor resolver esto cordialmente, sin liarnos a golpes por la cuestión?

Andrea se encaró con el cura como si fuera uno de los jornaleros de su padre.

—¡Me liaré a golpes con cualquiera que intente hacer suya la tierra de mi padre! ¡Si cualquier *stronzo* cruza esta valla, lo coseré a golpes, a santa Ágata pongo por testigo! ¡Ya lo veréis!

Bepe dio otro paso subversivo. Andrea blandió el bastón y le propinó un trastazo con la empuñadura de plata que lo hizo saltar por los aires y morder el polvo.

—¡Todos los implicados en la ocupación de estas tierras quedan despedidos! —

dijo entonces Andrea a los jornaleros reunidos—. Ya podéis buscaros otro trabajo. ¡No seréis aparceros en las tierras de mi padre, *stronzi, figli di puttana*, si no las respetáis como es debido!

—¿Dónde está tu padre, Andrea? —intervino el cura, posándole una mano en el hombro—. ¿No le incumbe a él este asunto? No actúes precipitadamente, despidiendo a familias que llevan varias generaciones trabajando para la tuya...

—No permitiré que nos ridiculicen de esta manera. El anfiteatro es nuestro, la tierra es nuestra...

Con el rostro blanco de ira, Andrea volvió a blandir el bastón. Los jornaleros empezaron a dispersarse formando grupitos separados y el burro de Bepe, rebuznando como un loco, se liberó de las manos del joven Ágato y emprendió un medio galope camino abajo, olvidando a su dueño. Reinó la confusión. Detrás de Andrea, los capataces del *conte* adoptaron una actitud vigilante y volvieron a echarse los rifles al hombro.

—Se acabó la ocupación de estas tierras —zanjó Andrea—. Estáis todos despedidos.

—El anfiteatro tampoco era nada del otro mundo —declaró más tarde el profesor Vincio, a modo de consuelo, mientras Amedeo vendaba la cabeza herida del pobre Bepe sobre la barra del bar—. Por lo que he visto, es romano, pequeño, y ha sufrido bastantes daños. Aun así, me habría gustado estudiarlo como es debido... Y lamento que te hayas llevado ese golpe por mi culpa, Bepe. Y aún lamento más que los aparceros se hayan quedado sin sus contratos.

Bepe echaba humo, ofendidísimo.

—Volveré a hacerme a la mar —prometió—. Seré pescador. Estoy hasta las narices de esta isla y de ese *stronzo* del conde.

Al día siguiente, Bepe arrió su bandera comunista y zarpó en la vieja barca de Pierino, a la que había dado una nueva mano de pintura y bautizado con el nombre de *Santa Maria della Luce*. Pasaría semanas enteras fuera, surcando las aguas turbulentas.

—Si no puedo mejorar las cosas aquí —le gustaba repetir en sus breves y amargos retornos al bar—, me largaré a otra parte.

Pero la frustrada ocupación de las tierras llevaría consigo una extraña bendición, pues sería la causa de que el arqueólogo Vincio, de manera indirecta, hiciera un descubrimiento mucho más importante.

En su época de prisionero en la isla, nunca había oído hablar de las cuevas junto al mar. Solo se las mencionaron por casualidad en su quinto día de su segunda estancia en Castellamare, mientras estaba sentado en el porche del bar tomando el mejor *limettacello* de Gesuina y estudiando el cuaderno de historias de Amedeo — Gesuina había dejado a su muerte doce botellas de *limettacello*, que se sacaban solo

para los visitantes más importantes: aún quedaban diez—. Cuando leyó la historia de Amedeo sobre las cuevas, la mente del arqueólogo, en plena oleada de bienestar gracias al licor, se iluminó de pronto. Se inclinó y tocó levemente al doctor en el antebrazo.

—¿Estas catacumbas son reales o imaginarias?

—Reales —contestó Amedeo, un poco sorprendido ante la pregunta.

—Sí, sí —intervino el viejo Rizzu al oírlos, plantándose entre ambos—. Son cuevas cuadradas, con calaveras, huesos y toda clase de reliquias.

Ante aquella noticia, el profesor se emocionó como un niño. Derramando el *limettacello*, corrió escalera arriba en busca de una linterna y volvió a bajar dando tumbos y armado con su extraña brocha. Envió a su ayudante en busca del equipo, haciéndolo ir de aquí para allá como un poseso:

—¡Trae las pantallas, las escobillas, las dos rasquetas...! ¡No, no, ven y ya está, ya llevaremos todo eso después!

Rizzu acompañó al profesor hasta las cuevas en su carro tirado por el burro, preguntándose si la decepción por lo del anfiteatro habría desquiciado al anciano.

—Quizá no haya tanto que ver como usted piensa —advirtió—. Solo un puñado de calaveras y de huesos blanqueados. Tal vez haya exagerado un poco...

Aun así, en cuanto llegaron a las cuevas el profesor se internó en la oscuridad, y acariciando las paredes como si fueran las curvas de una amante, declaró que aquel lugar era una necrópolis, una ciudad de los muertos.

—Es algo poco común, un yacimiento arqueológico importante. Un sitio donde la gente de la Antigüedad enterraba a sus muertos. Hay muy pocos tan bien conservados... *Signor* Rizzu, ¡esto es mucho más emocionante que un viejo anfiteatro romano! Esto es un emplazamiento de importancia mundial. Podría tener miles de años.

—Una ciudad de los muertos... —repitió Rizzu, maravillado—. Eso explicaría la maldición del llanto.

Los isleños se estremecieron de puro orgullo ante el hecho de que el profesor considerara Castellamare un yacimiento arqueológico de importancia mundial, algo que siempre habían sospechado, pero ¡que ahora confirmaba un sabio hombre de ciudad!

Una semana después, llegó de Bolonia un equipo entero de arqueólogos que montaron un recinto de excavación con tiendas, vallas, estacas y pedazos de cordel. Los temblores de tierra habían desplazado las calaveras y abierto un pasadizo en la segunda cueva, y hurgando en la tierra de ese pasadizo con lo que a los isleños seguían pareciéndoles brochas de afeitar y mondadientes, los arqueólogos descubrieron un sistema de nichos funerarios, un conjunto de vasijas, dos monedas de oro. Rizzu había difundido la noticia de que aquellos arqueólogos forasteros iban a resolver el misterio de la maldición del llanto de una vez por todas, y los isleños estaban dispuestos a ayudar. El viejo Mazzu apareció en las cuevas al cabo de tres

días para ofrecer un juego de azadones y palas.

—Van a hacerles falta. Es una verdadera lástima que no puedan permitirse herramientas como es debido, así que hemos decidido regalárselas.

Los arqueólogos aceptaron el obsequio con leves inclinaciones de cabeza, pero al día siguiente, cuando el viejo Mazzu pasó por las cuevas, descubrió decepcionado que seguían barriendo tierra con aquellas brochas de afeitar. Un mes después, un equipo de arqueólogos alemanes llegó para unirse a ellos. Desde el alba hasta la caída de la noche, podía oírse a los extranjeros picar en la roca, raspar el terreno y soltar exclamaciones en sus lenguas del norte a medida que sacaban tesoros a la luz.

Entretanto, visto que el bar y la isla eran lo que le había tocado en suerte en la vida, Maria-Grazia hizo un esfuerzo por salir de su cueva de autocompasión y decidió sacarles el mayor partido posible.

Bepe había abandonado el comunismo, pero ahora tenía otros planes en la cabeza. Una noche, entró en el bar a grandes zancadas, dejó distraídamente sobre la barra un atún pequeño y sanguinolento y anunció su intención de poner en marcha un servicio de transbordador.

—*Il conte* se asegura de que ningún isleño haga negocios con nadie que no sean sus vecinos. He estado dándole vueltas al asunto. Procura que no hagamos dinero, mientras que todo el dinero que gana él lo saca de la isla para gastarlo en restaurantes de Palermo, París, en... Ni siquiera tenemos un transbordador como es debido. Me gustaría que mis hijos pudieran hacer la secundaria en Sicilia. ¿Y por qué no debería un transbordador traer a gente de fuera a la isla, al igual que llevársela de ella? Me gustaría que vinieran turistas y compraran los cuadros de Vincenzo el artista, y que tomaran café en tu bar y contemplaran nuestras vistas, igual que harían en Atenas, La Valeta o Palermo. Y además ahora tenemos una excavación arqueológica como es debido.

Al oír aquello, Ágata la pescadora soltó un bufido tan fuerte que salpicó toda la mesa de café.

—¿Qué pasa? —espetó Bepe, furioso—. ¿No tenemos una iglesia, una santa y ruinas suficientes, como los mejores sitios? ¡Tenemos cosas que ver! ¡Cosas que comprar! Eso es lo que más les gusta a los turistas, ¡lo he visto en Siracusa! ¡Ruinas griegas! ¡Postales! ¡Pequeñas reproducciones en escayola del Coliseo! Tenemos una ciudad de los muertos, ¿no? ¿Acaso no es igual de buena? La mitad de vosotros ya obtenéis beneficio de ese descubrimiento alojando a los arqueólogos en vuestras casas. ¡Pues puede sacarse más! Si no vamos a ser comunistas, debemos ser gente moderna. ¡Solo así venceremos al *conte*!

—Estoy de acuerdo contigo, Bepe —dijo inesperadamente el padre Ignazio desde su rincón—. Creo que tienes razón. Vendrán visitantes a ver las cuevas junto al mar, y a disfrutar de las fiestas de Santa Ágata. Y nuestros niños tienen que ir a la escuela

secundaria en el continente. Debemos tener los medios suficientes para llevar a la gente al hospital cuando se ponga enferma... Ya sabéis que eso ha sido desde siempre una obsesión para mí. *Il conte* y su familia han dejado bien claras sus intenciones con respecto a la ocupación de las tierras. Si queremos modernizarnos, debemos hacerlo por nuestra cuenta.

—Podríamos formar un comité —sugirió Maria-Grazia, sorprendida al encontrarse metiendo baza en el debate cuando unos segundos antes solo estaba sacando brillo a la cafetera—. Como el Comité de Santa Ágata, pero para hacer mejoras en la isla.

—Buena idea —opinó Bepe, muy interesado—. Está muy bien esta propuesta de Mariuzza... Un comité, eso será imprescindible.

—Lo que pretendéis es hacerme cooperar en otra cosa —musitó Mazzu, aunque aquella tarde, cuando Maria-Grazia hizo circular una página del libro de contabilidad para hacer una lista de posibles miembros, incluso él firmó.

El 5 de julio, una semana después de la festividad de Santa Ágata, tuvo lugar la primera reunión del Comité para la Modernización de Castellamare. Asistieron a ella Amedeo, Pina, Maria-Grazia, el padre Ignazio, Vincenzo el artista, los dos granjeros Mazzu y Rizzu, y la mitad de jornaleros despedidos por *il conte*. Y también Ágata la pescadora, puesto que desde el regreso de su hermano ya no era pescadora y se sentía en cierto modo relegada. No se había casado y seguía sola en su casita sumergida en madreSelva de trompeta con su perro *Chiappi*; había resistido con serenidad a los intentos de desalojarla por parte de su madre y su hermano.

—Un marido supondría mi muerte —le gustaba decir, aunque de todos era sabido que Bepe llevaba desde el fin de la guerra tratando de conquistarla.

En la reunión, se acordó hacer publicidad de visitas turísticas y establecer un servicio de transbordador de ida y vuelta a Sicilia dos veces al día. El dinero que sacaran se destinaría a hacer mejoras en las casas dañadas por los terremotos y, si las cosas marchaban bien, a comprar redes nuevas para la cooperativa de pescadores y a una ampliación de la escuela.

—A ver, un momento —intervino Amedeo cuando el debate casi había concluido—. Hay que abordar todo esto con un poco de cautela. ¿No hemos hecho siempre trueques entre nosotros y ayudado a nuestros vecinos en épocas de necesidad? Recuerdo cómo os unisteis todos para apoyarme cuando Mariuzza estuvo tan enferma de pequeña, me traíais berenjenas asadas y pasta *al forno*. Quizá entonces no apreciara el gesto, pero esta isla no debe cambiar sus costumbres por la simple perspectiva de ganar dinero. Debéis seguir siendo la misma gente de Castellamare que he conocido siempre.

Es posible, dijo Bepe, pero el dinero era el dinero y ya iba siendo hora de que Castellamare se convirtiera en un lugar moderno.

El sábado siguiente, Bepe y Ágata cruzaron a remo hasta Sicilia con un letrero recién pintado en el que se anunciaban visitas históricas a «la antiquísima necrópolis

de Castellamare». Por cien liras, o un billete de dólar, los turistas serían trasladados a la isla, donde el carro de Rizzu los llevaría a las cuevas junto al mar para ver a los arqueólogos en acción. «¡Bares históricos! —proclamaba el letrero, haciendo uso de un ambicioso plural en todos los atractivos de la isla—. ¡Iglesias antiguas! ¡Los santuarios de santa Ágata! ¡Paseos en burro! ¡Helados!»). (Los helados no habían llegado todavía, pero se esperaba que la nueva afluencia de turistas permitiera a la Casa al Borde de la Noche instalar su primera máquina de helados para finales de año).

Y acudieron visitantes. Tal vez no una multitud, pero sí unos cuantos, atraídos por el letrero rústico, por el romántico aspecto de la isla al otro lado del mar, por los fantásticos colores de la barca *Santa Maria della Luce*. Y tras el largo y traqueteante ascenso en el carro tirado por un burro, cuando se encontraban con que en el corazón de la isla había un bar en el que les servían té y pastelitos, donde la BBC sonaba a todo volumen en una radio vieja, los turistas se sentían al mismo tiempo aventureros y lo bastante cerca de la seguridad del mundo civilizado, una combinación muy grata. Además, la mitad de los visitantes eran eruditos, atraídos por la investigación preliminar del profesor Vincio sobre la recién descubierta necrópolis de Castellamare, que acababa de publicarse en el *American Journal of Archaeology*.

Uno de esos primeros visitantes fue un antiguo prisionero, el poeta Mario Vazzo. Pese a ser un hombre que gozaba ahora de cierta fama, engalanado con honores literarios, llegó solo y subió a pie la ladera hasta la Casa al Borde de la Noche. Desde su asiento habitual en un extremo del porche, Pina se levantó a recibirlo. Se reconocieron de inmediato. Mario subió los peldaños y asió las manos de Pina entre las suyas. Y permanecieron así un buen rato.

Mario Vazzo había perdido a su mujer al final de la guerra, pero su hijo había sobrevivido. El chico iba ahora a la universidad, y estudiaba derecho en Turín. El pecho de Mario se henchía de orgullo ante la más mínima mención de su hijo. También había llevado consigo un paquete envuelto en papel que le puso a Pina en las manos.

—Mi nuevo libro —explicó—. Verás que por fin he encontrado las palabras con que escribir sobre la guerra. Tenía la intención de volver para dártelo en persona, pero iba postergándolo, y entonces vi en el periódico el artículo sobre las excavaciones y me pareció una señal demasiado evidente para ignorarla. Esta isla, por fin en el mapa del mundo.

El libro llevaba el simple título de *Odissea*.

—¿Es un poema épico? —preguntó Rizzu, sin burlarse del poeta ahora que veía el volumen impreso y con el precio de mil liras en la cubierta.

—Pues sí —contestó Mario Vazzo con una leve y apreciativa inclinación de cabeza—. Es una versión moderna de la *Odisea*.

—Vaya, parece interesante —concedió Rizzu—, siempre y cuando haya un par de combates navales y haya conservado las partes de las mujeres desnudas en las rocas.

Resultaba que, en la isla, todos conocían tan bien la *Odisea* como los relatos de su propio folclore. Pina en persona se la había leído a los niños en el aula durante las tardes calurosas, abriendo las ventanas para que el sonido del mar se convirtiera en una suerte de telón de fondo.

Más tarde, cuando el poeta y ella se quedaron a solas en el porche, Pina volvió a desenvolver el libro. Según la cubierta, Mario Vazzo había figurado en la lista de candidatos a dos premios importantes, el Bagutta y el Strega; para su vergüenza, Pina no había oído hablar de ninguno de los dos. De *Odissea* se habían vendido decenas de miles de ejemplares, un «*fenomeno nazionale*», según el catedrático romano cuyos comentarios venían en la cubierta.

—Cuando estuve aquí solía darle vueltas y vueltas a esa historia —explicó Mario Vazzo—, y cuando me fui, siguió obsesionándome. De modo que la reescribí, con los guardias fascistas en el papel de cíclopes y los prisioneros en el de los griegos que tratan de volver a casa.

Pina se sentó en el porche a leerla despacio, haciéndola durar como un vaso de *arancello*, con el poeta a su lado dormitando bajo el sol. Abordó la lectura del libro con gran seriedad, deteniéndose a señalar pasajes a lápiz, como hiciera cuando era maestra al enfrascarse en Dante o Pirandello. Cuando lo acabó, la emoción la había dejado casi sin habla, y se le notó en la voz.

—Es la obra de un genio —declaró.

Al día siguiente, Amedeo también leyó el libro, saltándose páginas con cierto remordimiento mientras Pina se llevaba al invitado a inspeccionar las excavaciones de la necrópolis. Admitió a regañadientes que era bueno; quizá incluso la obra de un genio, como decía Pina. Reconoció algunos incidentes a pesar de que ya no tenían la forma sórdida e ignominiosa que asumieran durante la guerra, sino que se habían transformado en lides de trasfondo mítico, como los relatos pertenecientes a la isla que tanto le gustaban a él. La paliza que recibió Pierino se había convertido en un combate épico, la llegada de los *americani*, en una liberación con reminiscencias divinas. Todo muy astuto.

Un pasaje, sin embargo, lo inquietó. Describía cómo el prisionero Ulises —quien Amedeo identificó como un trasunto del propio Mario Vazzo— se enamoraba de una isleña. Una noche «de aguas negras y multitud de estrellas», esos dos personajes hacían el amor en las cuevas junto al mar, «rodando sobre las calaveras, entre los muros de la ciudad de los muertos». ¿No se refería con eso a las cuevas de Castellamare? A Amedeo, aquella descripción se le antojaba muy vívida, casi indecente, con el sello inconfundible y escabroso de la veracidad. Aquel pasaje lo hizo recordar, con una ardiente vergüenza que no había sentido en veinte años, sus propias citas con Carmela. Ahí figuraban los hechos: huesos que se clavaban en la columna, arena en el pelo, agua fría escurriéndose entre las extremidades entrelazadas hasta que acababan estremeciéndose. ¿Y por qué mujer de la isla, si no por Pina, había sentido afecto Mario Vazzo? Pina, que lo había empleado y defendido, que

había reunido sus fragmentos de poemas para guardarlos en el cajón de su mesita de noche atados con cordel. Amedeo había visto con sus propios ojos aquellas servilletas de papel amarillentas no hacía ni seis meses, y se había sorprendido al descubrirlas tan cuidadosamente conservadas. Pina no había vuelto a hablar de Mario Vazzo desde que este se fue de la isla, pero aquellas servilletas ya habían inquietado entonces a Amedeo, y su recuerdo volvía a perturbarlo ahora.

También lo angustiaba la forma en que su esposa había recibido al prisionero, con un silencio lleno de emoción. Las dudas empezaban a corroerlo, demasiado absurdas para expresarlas con palabras, pero no lo suficientemente ridículas para descartarlas del todo. Sentado a la mesa, se quedaba mirando con fijeza al poeta por encima de las *sarde* con judías o entre los clientes que abarrotaban el bar, y el alma se le hacía pedazos ante la mera posibilidad de que Pina y él hubieran cometido esos actos tan vergonzosos en las cuevas junto al mar. ¿Habían tenido una aventura? Qué extraño sería, tras todos sus años de culpabilidad por lo de Carmela, que su mujer hubiera perpetrado su propia traición. Ahora circulaban curiosos rumores sobre que se los había visto a ambos en lo alto del acantilado sobre las cuevas, y era cierto que Pina se había aficionado a dar largos paseos por la isla, de los que regresaba a horas dispares con el cabello revuelto por el viento. Amedeo la había oído hablar con Maria-Grazia en la habitación de la buhardilla, ya caída la noche, con la voz subiendo y bajando como el ruido de una lancha motora, igual que había hecho durante la guerra, mientras vertía alguna clase de secreto o historia, demasiado lejos para que él pudiera captarlo. No consiguió entender nada, por más que apoyó la oreja contra la puerta.

A muchos isleños, aquel giro de los acontecimientos los llenó de alegría, pues lo consideraron una especie de justicia poética.

Como no sabía qué decir, Amedeo no dijo nada.

Aun así, se alegró cuando el poeta volvió a marcharse. Cogió el ejemplar de *Odissea*, lo escondió en la caja de Campari de la buhardilla y fingió ante su mujer no saber adónde había ido a parar. Impertérrita y sin dar muestra alguna de culpabilidad, Pina se limitó a cruzar hasta Sicilia en la barca transbordador de Bepe y comprar otro ejemplar en la librería de Siracusa.

A finales del verano se convocó una reunión en el ayuntamiento para presentar los hallazgos del equipo arqueológico. La sala estaba tan llena como la iglesia durante la misa de santa Ágata, pues todos querían enterarse de lo que pudieran decirles sobre la maldición del llanto. Aunque nadie había oído aquel llanto en toda su vida, cada uno de ellos conocía a alguien, la tía de una tía o el primo de un primo, que sí lo había oído, que había jurado solemnemente su veracidad, que se había vuelto loco o perdido el sueño por su causa. Quizá aquellos extranjeros pudiesen arrojar luz sobre el misterio.

Amedeo estaba sentado con el cuaderno rojo abierto ante él, dispuesto a tomar

nota de la historia. Un ansioso Rizzu había ocupado el primer asiento de la primera fila. La reunión tuvo incluso que retrasarse una hora porque no paraba de llegar gente: los pescadores con sus pantalones de *tweed* y sus grasientos chalecos blancos, los tenderos con sus delantales, los campesinos con sus rostros como máscaras mortuorias, cubiertas del polvo de los campos. Bepe había suspendido el servicio de transbordador para poder asistir, pero aun así llegó veinticinco minutos tarde. Tras él venía Ágata la pescadora, todavía con los pantalones holgados y sucios y la boina de hombre. Y seguía llegando gente. La pequeña Concetta, que se había escapado una vez más de sus padres, apareció toda despeinada y recorrió a la carrera las hileras de bancos para apretujarse junto a Maria-Grazia. Dos viudas del Comité de Santa Ágata, que se habían declarado escandalizadas ante las excavaciones y el parloteo sobre la maldición del llanto, habían acudido de todos modos y trataban de pasar inadvertidas. Los miembros del Ayuntamiento llegaron juntos, dándose aires y liderados por Arcangelo. Y continuaban acudiendo más isleños, hasta que no quedó sitio en los bancos e hizo falta redistribuir un poco a la gente, echar a unos cuantos jóvenes para dar cabida a los viejos y abrirse paso a empujones para asegurarse un sitio.

La falta absoluta de puntualidad y orden inquietó a los norteños. Finalmente, se cerraron las puertas y una arqueóloga se levantó para dirigirse a los reunidos. Era una alemana sudorosa, de cabello entrecano y con los brazos desnudos cubiertos de pecas. Mientras ella hablaba, el profesor Vincio traducía.

—Las cuevas junto al mar —averiguaron los isleños— son catacumbas, una necrópolis de más de un centenar de tumbas. Las más pequeñas eran para familias, y cada una de ellas alberga entre dos y siete cuerpos. Las tres de mayor tamaño eran originariamente... ¿cómo expresarlo?... Creemos que eran viviendas talladas en la roca, y que más tarde se utilizaron para dar sepultura a restos humanos. La más antigua se remonta a tiempos prehistóricos; las mayores, a la época del Imperio bizantino. Hay también unas cuantas cuevas naturales, pero la mayor parte del yacimiento consiste en una necrópolis creada por la mano del hombre. Y es un gran descubrimiento, un descubrimiento importante. —Y el profesor Vincio añadió—: Como yo había sospechado en un principio. Excepto por el emplazamiento arqueológico de Pantalica, este es el único ejemplo de esta clase de necrópolis que conocemos en el Mediterráneo. Hemos encontrado varios objetos que se exhibirán en importantes museos de Milán y Roma, y que esperamos atraigan a otros eruditos... y a visitantes a su isla también, por supuesto.

En ese punto, la arqueóloga alemana hizo un leve y elegante gesto con la cabeza. Su ayudante, con guantes, dio un paso adelante y sostuvo en alto un cuchillo oxidado primero, luego una horquilla tan cubierta de herrumbre que parecía algún objeto lleno de pequeños moluscos sacado del fondo del mar, y por fin unos fragmentos de cristal. Los isleños los contemplaban como si fueran las reliquias de un santo.

—¿Cuántos visitantes vendrán? —preguntó finalmente Bepe.

Y Rizzu, casi al mismo tiempo, quiso saber:

—¿Y qué pasa con la maldición del llanto?

—En respuesta a la primera pregunta —dijo el profesor Vincio—, aún no sabemos hasta qué punto es importante el yacimiento. Sin embargo, una vez presentemos nuestro segundo y más detallado estudio en una conferencia que se celebrará en Núremberg el próximo noviembre, preveo como mínimo un año más de excavaciones, con un equipo de mayor tamaño.

Otra voz, más estridente, se hizo eco de la de Rizzu; era Ágata la pescadora.

—¿Y qué hay de la maldición del llanto?

El profesor dirigió una mirada a la arqueóloga alemana, pero esta, por deferencia, le cedió la respuesta. Vincio se puso en pie y se humedeció los labios con un metódico movimiento circular de la lengua.

—Creemos haber resuelto ese misterio de manera satisfactoria —anunció—. La piedra que forma las cuevas es permeable, porosa.

Los rostros alzados hacia él permanecieron respetuosamente inexpresivos. En su italiano formal, el profesor trató de dar con palabras que tuvieran sentido para aquellos isleños, pues él no hablaba otro dialecto que su boloñés nativo.

—El agua pasa por ellas —continuó—. El aire las atraviesa. La primera vez que entré en las cuevas, noté una corriente de aire. Una corriente bajo tierra es algo bastante curioso.

Por fin se elevó un murmullo colectivo de reconocimiento. Todo el que había entrado en las cuevas había notado aquella extraña corriente, y la palabra era la misma en su lengua.

—Tan cerca del mar como está, la piedra de esa zona de la isla estaba ya erosionada antes de que se construyeran las tumbas —explicó el profesor Vincio—. Y también horadada. He ahí el motivo de la parte natural de la necrópolis. Creemos que los isleños bizantinos excavaron las otras cámaras. Sin embargo, en los siglos transcurridos desde entonces, la roca se ha ido erosionando aún más, de modo que ahora hay túneles y fisuras que conectan entre sí las cámaras funerarias. Hay incontables y diminutos orificios. Lo advertirán gracias al hecho de que, por mucho que se internen en esas cuevas, se siguen notando las corrientes, se respira aire fresco. ¿No es así?

Varios asintieron con la cabeza. Pero los isleños siempre habían dado por supuesto que aquel prodigio formaba parte del aura milagrosa natural de las cuevas.

—Cuando el viento sopla desde cierto ángulo —continuó el catedrático—, tiene lugar un fenómeno curioso. Al canalizarse a través de esos espacios angostos, el viento produce un sonido extraño, parecido a un lamento. Nosotros también lo hemos oído, y en varias ocasiones. Es posible que los isleños prehistóricos conocieran ya la existencia del fenómeno y que por esa razón eligieran ese emplazamiento para sus tumbas. Era un lugar adecuado para el duelo.

—Pero ¿y qué pasa con las casas? —quiso saber algún otro—. Toda la piedra de la isla produce ese sonido de llanto cuando se excava y construye con ella. Todos

saben que es así.

En ese punto surgieron ciertas diferencias. Un par de isleños expresaron su desacuerdo en murmullos.

—No sé —opinó Mazzu—. Ampliamos nuestra granja en 1938 y no recuerdo haber oído llanto alguno en las piedras que utilizamos.

—¿Qué me dicen de la casa de *signor il dottore*? —intervino Ágata la pescadora—. El llanto siguió oyéndose mucho más tiempo en esa casa que en las demás. ¿Quién lo ha oído? Tiene que haber alguien aquí, ¿no?

Nadie contestó. A algunos les habían contado que el llanto brotaba de la Casa al Borde de la Noche en épocas de tribulaciones; otros creían haberlo oído débilmente al salir del bar en las noches tormentosas cuando aún lo regentaba el hermano de Rizzu, pero nadie podía dar fe de haber oído sollozar a las piedras.

—Hay otro hecho insólito sobre las cuevas —prosiguió el profesor Vincio—. Creemos que los isleños enterrados allí no murieron uno por uno a lo largo del tiempo, sino todos en la misma época, en cuestión de meses o años, no de siglos. Las tumbas parecen extrañamente uniformes, y da la impresión de que se hayan sepultado cuerpos en cada una de ellas una única vez... Al menos no hay indicios de que las cámaras se hayan reabierto para añadir más cuerpos, como cabría esperar en una necrópolis como esta. Como ocurre en la de Pantalica, digamos. En las cámaras más grandes, por la posición de los cuerpos que han permanecido intactos, advertimos que se les dio sepultura de manera apresurada y a todos al mismo tiempo, lo que sugiere alguna clase de crisis en la isla, tal vez una epidemia. Tal vez tuviera lugar una tragedia. A raíz de ese suceso, es natural que los isleños empezaran a creer que su isla era un lugar triste, un lugar melancólico, incluso maldito. Es probable que ese sea el origen de la historia.

Los isleños miraron con expresiones de desamparo al *dottore*, el gran coleccionista de relatos folclóricos, pero vieron que Amedeo asentía para mostrar su acuerdo con todo lo que había dicho el catedrático.

En los días posteriores a la presentación de los descubrimientos arqueológicos, Castellamare fue un hervidero de amargas discrepancias. Para aquellos que siempre habían creído en la maldición del llanto, aquella explicación tan sencilla y poco legendaria de los arqueólogos suponía una ofensa personal.

—Hay más de lo que nos cuentan —insistía Rizzu—. Hay algo más. Estoy decepcionado, no puedo negarlo. Catacumbas, cámaras... ¿qué clase de cháchara es esa? La maldición del llanto no es un simple efecto del viento. ¡No es solo aire que se canaliza a través de un agujero, como un pedo enorme!

—¿Y qué más da? —quiso saber Concetta desde el otro lado de la barra, donde llenaba tazas de chocolate caliente con una cuchara junto a Maria-Grazia—. A mí esas cuevas estúpidas nunca me han dado miedo, y si vienen visitantes a ver trozos viejos de cristal y horquillas oxidadas y encima nos pagan por ello, pues yo me alegro de que ya no haya ninguna maldición del llanto.

El bar ya estaba sacando su buen dinero dando de comer a los arqueólogos y recibiendo visitantes, hasta el punto de que muy pronto podrían pagar la entrada de una máquina de helados. Maria-Grazia, además, seguía ahorrando en secreto unas liras cada semana en la botella vacía que escondía detrás de su cama.

Bepe compartía en gran medida la opinión de Concetta.

—Yo también me alegro. Una maldición del llanto no es buena cosa para el turismo, mucho mejor que ya no la haya.

—¡Sí hay una maldición del llanto! —terció un Rizzu furibundo—. ¡Por supuesto que la hay! No significa nada que ellos digan que no es así... ¡Esos extranjeros con sus palabras grandilocuentes en italiano, sus mondadientes y sus brochas!

—Sigue siendo una historia preciosa, sea o no la estricta verdad —intervino Amedeo, provocando que Rizzu soltara un enojado bufido y derramara el café.

El *signor* Rizzu, que con sus más de noventa años viviría aún cuatro o cinco más gozando de perfecta salud, nunca superaría aquella decepción. Se tomaría el esclarecimiento del misterio de las cuevas como una ofensa personal hasta el mismísimo momento de su muerte.

Aquel verano de los arqueólogos, Flavio se volvió un hombre más desgarrado por la angustia, más obsesionado por los fantasmas, más decidido que nunca a marcharse.

—No permitiré que estas costas sigan atándome —musitaba cuando se dedicaba a sus tareas cotidianas, y Pina lloraba al oírlo hablar así, como si estuviera convencida de que su hijo había tomado la decisión de morir.

Maria-Grazia descubrió que su indignación ante las injusticias que se habían cometido contra su hermano crecía día a día.

La mañana siguiente de la reunión en el ayuntamiento, Flavio había vuelto a casa con los ojos desorbitados y temblando. Llevaba unas higos chumbos enganchados por todo el cuerpo, como si fuera la estatua de un mártir. Se negó a decir quién se los había arrojado, como tampoco revelaría al día siguiente quién le había puesto un ojo morado, ni quién, un día después, le había desgarrado los fondillos de los pantalones con un anzuelo de pesca cuando volvía de la playa. Pero Maria-Grazia, que le lavó la cara y le alivió la piel lacerada con loción de calamina, se puso tan furiosa como su madre, Pina.

—Alguien trata de echarlo de esta isla. Alguien intenta volverlo loco, y pienso averiguar quién es.

Resultó que habían vuelto a ver al fantasma de Pierino cavando en la tierra con sus manos verdes y traslúcidas.

El día siguiente de la reunión, el bar no abrió sus puertas. Cuando Flavio despertó, a las cinco menos cuarto de la tarde, Maria-Grazia lo llamó desde la cocina, y tras haber hecho salir a los demás —pues su madre era demasiado propensa a llorar cuando se trataba la cuestión de la enfermedad de Flavio, y su padre, a revolverse con inquietud y a murmurar—, sentó a su hermano a la enorme mesa y le ordenó que le contara la verdad sobre la paliza que le habían dado a Pierino.

Flavio siguió ahí sentado, con ambos codos sobre la mesa y la cabeza entre las manos, y una gran sombra pareció cernerse sobre él. Impertérrita, Maria-Grazia siguió agitando las *melanzane* en el colador para que soltaran el jugo amargo y esperó a que la historia brotara por sí misma a su debido tiempo. Por la ventana entraba el aliento fresco del atardecer. En la granja de los Terazzu, el pastor alemán ladró una, dos, tres veces.

—Yo nunca hice nada —dijo Flavio finalmente—. Mamá y papá piensan que estoy loco. Pues no lo estoy. Yo también lo he visto... a ese fantasma verde. Lo he visto en las cuevas junto al mar, con langostas en una nasa, cubierto de aceite verde de motor. Incluso él cree que fui yo. Pero yo no hice nada.

—Cuéntame, *caro* —insistió Maria-Grazia.

Flavio pasó varios minutos rumiando sobre el asunto, con la vista fija en las

profundidades de las baldosas entre sus pies.

—Aquella noche me mandaron antes de hora a casa de la reunión de los Balillas. Te acordarás, porque tenía mucha tos.

—Sí, me acuerdo.

—Se suponía que íbamos a hacer unas maniobras nocturnas especiales. No debíamos contárselo a nadie. Y entonces el maestro Calleja dijo que al final yo no participaría en ellas. Así que me fui enfadado, porque me habían excluido, y volví a casa por el camino más largo, el de las chumberas. Ya sabes, el camino de cabras entre los matorrales...

—Sí, sí.

—No hay nada más que contar. El maestro Calleja me dijo que me fuera a las nueve y media, así que me vine a casa, sin encontrarme a nadie. Lo siguiente que supe fue que me acusaban de haberle dado una paliza a Pierino; dijeron que me habían despachado a las nueve y que tuve tiempo de ir a agenciarme aquel látigo, seguir a Pierino hasta su casa y molerlo a golpes. Todo eso era mentira.

Maria-Grazia abandonó las berenjenas. Se frotó las manos para quitarse la sal y asió a Flavio de los hombros.

—Pues cuenta la verdad. Explícaselo a la isla. Tú no participaste en aquello y debes contárselo a todos.

—¿Quién iba a creerme en un sitio como este, tan lleno de espías y cotillas? No, no tiene sentido contar nada. Todos han tomado una decisión con respecto a mí.

Flavio dejó escapar una tos áspera y profunda que lo hizo expectorar algo; lo escupió por la ventana de la cocina.

Maria-Grazia decidió hacerle una visita a Arcangelo.

La tienda de comestibles estaba en la calle mayor y era una pequeña caverna, fresca y con olor a madera. Sus estanterías y encimeras barnizadas no habían experimentado cambio alguno desde el siglo XIX. Maria-Grazia se plantó ante la mole del *signor* Arcangelo y paseó la mirada por los paquetes de pasta, los tarros de hortalizas, las botellas de vino del continente, las latas de anchoas, los grandes y polvorientos jamones que pendían como garrotes sobre la cabeza del tendero, los quesos que sudaban sobre el mostrador, cada uno entronizado en su cuadradito de papel encerado. Finalmente hizo acopio de valor y dijo:

—*Signor* Arcangelo, ¿qué sabe usted sobre la paliza que le dieron a Pierino?

El tendero, presa de una ira incoherente, surgió de detrás del mostrador como un monstruo marino y la echó de la tienda.

—¡No tengo nada que decir a los Espósito! —bramó cuando ella huía corriendo calle abajo—. ¡Y tienes suerte de que no me quite el cinturón y te muela a golpes, *puttana troia!*

Con el maestro Calleja no tuvo más suerte, puesto que, en cuanto la vio acercarse, el anciano, que estaba sentado en una silla de madera ante la puerta, se refugió en la oscuridad de la casa y cerró con estrépito todos los postigos.

Entretanto, a los clientes del bar les había llegado el rumor de lo que Maria-Grazia andaba tramando y muchos de ellos estaban indignados.

—¿Qué pretende esa muchacha, sacando a relucir así el pasado fascista? —preguntaban los viejos jugadores de *scopa*.

—Pierino está muerto —añadían los pescadores, sus antiguos camaradas—, más vale dejar en paz esas cosas.

Varios clientes se enfurecieron tanto ante lo que la viuda Valeria llamó «los figoneos e indiscreciones de la jovencita Espósito» que orquestaron un boicot temporal del bar. Solo Bepe el barquero pareció estar de acuerdo con ella.

—Alguien tiene que sacar todo esto a la luz, *signorina* Maria-Grazia —murmuró desde el otro lado de la barra—. Si tú no lo consigues, lo haré yo mismo. Era mi amigo y alguien lo mató; ya va siendo hora de que se sepa la verdad y se castigue a los culpables. ¿Por qué si no iba a andar rondando por ahí su fantasma? Estoy de acuerdo contigo.

La primera persona que rompió el silencio fue la joven Santa Maria, la hija menor de Pierino. Viuda a sus veintiocho años, una mañana de domingo, después de misa, hizo señas a Maria-Grazia desde detrás del delantal y con cara de asustada. La hizo subir la escalera de su casa y la guio entre macetas de albahaca demasiado crecida.

—Me he enterado de que andas haciendo preguntas por ahí sobre lo que le ocurrió a mi padre —murmuró—. Tengo algo que contarte... Poca cosa, pero algo es algo; quizá te sea de ayuda, ¿quién sabe?

En la salita —muy venida a menos— donde las viudas habían rezado antaño por el alma de Maria-Grazia, aún se hallaba la butaca del viejo pescador. Todavía tenía la huella en forma de corazón de sus posaderas en el terciopelo raído, pues Pierino solo la había abandonado para dormir, excepto una mañana de martes en particular, cuando finalmente había decidido morir. Santa Maria mandó a su madre —Ágata la hija del panadero— al piso de abajo en busca de una *cassata* algo seca que la anciana sirvió con gesto solemne para Maria-Grazia. La casa estaba desierta. La desgracia de Pierino se había llevado a sus hijos lejos de allí en los años posteriores a la guerra, a América e Inglaterra, a Suiza y Alemania, hasta que solo quedó Santa Maria. Y ahora su marido había desaparecido también, perdido en el mar, dejando atrás una familia sin descendencia. Ya no se veían las sábanas tendidas de la extensa familia del pescador hinchándose al viento, y las viudas del Comité de Santa Ágata se habían llevado sus reuniones a otra parte, pues la salita de Ágata estaba demasiado sombría incluso para sus gustos lúgubres. Solo Pina acudía de visita de vez en cuando, con obsequios del bar. Al fin y al cabo, Pierino había sido pariente suyo. Por lo demás, nada perturbaba el frescor de aquella sala de estar.

—*Signorina* Espósito, me acuerdo muy bien de la noche en la que hirieron a mi padre —dijo Santa Maria.

Ante aquella mención sin ambages de la paliza a su pobre marido, Ágata la hija del panadero se vino abajo y enterró su rostro en la falda.

—Vete abajo, mamá —ordenó Santa Maria—. Tengo cosas importantes que hablar con la *signorina* Espósito.

La anciana obedeció. Santa Maria se inclinó hacia delante en su asiento y habló en susurros.

—Yo no creo que fuera tu hermano, en absoluto.

El alivio hizo que a Maria-Grazia le diera vueltas la cabeza.

—Entonces no piensas que Flavio sea culpable...

—Estoy segura de que no lo es.

Maria-Grazia trató de tragar la *cassata*, pero se encontró con que la tenía pegada al paladar seco.

—Continúa. Cuéntame qué sabes.

—Aquella noche estábamos en la cocina —explicó Santa Maria—, mi madre y yo... estábamos desplumando un pollo y salando las berenjenas para el día siguiente mientras esperábamos a que papá volviera a casa. También estaba mi hermano mayor, Marco, que había salido a pescar con él. Marco dijo que nuestro padre llegaría tarde. Habían sacado un atún grande, y papá estaba en la *tonnara*, celebrándolo, como tenía por costumbre. —Y añadió—: Aunque no era ningún borrachín, que Dios se apiade de su alma.

Una vez más, Maria-Grazia trató de tragar y notó que se ahogaba.

—Sea como fuere —prosiguió Santa Maria—, oímos unos ruidos raros, como de algo que escarbara ante la puerta. Era tarde, las nueve o las diez, y mi madre pensó que serían perros callejeros que armaban jaleo, así que subió al piso de arriba en busca del sacudidor de alfombras. Siempre le daba miedo que transmitieran la rabia, porque a mi *zio* Nunziato lo mordieron en Sicilia, en 1909, y se murió. Pero no eran perros callejeros, sino el pobre papá, que trataba de levantarse apoyándose en las paredes. Cuando abrimos la puerta, mi padre se desmoronó en el suelo de la cocina. Le habían golpeado el pecho con algo... no sé qué, un palo o un cinturón. Y oímos cómo huían corriendo... Oímos pisadas fuertes que se alejaban, y al menos unas de ellas pertenecían a un hombre adulto.

—¿Y eso es todo lo que recuerdas?

Santa Maria asintió y, finalmente, dejó que la fuerza del recuerdo se apoderara de ella.

—Pobre papá —dijo entre sollozos—, pobre papá... Jamás volvió a hablar; después de aquel día, nunca volvió a hacerse a la mar en su barca.

Sofocada por la melancolía de la habitación, Maria-Grazia se obligó a comerse el resto de la *cassata* a grandes mordiscos y, en cuanto pudo, se batió en retirada.

Cuando llegó a casa, el bar bullía de excitación. Habían vuelto a ver al fantasma de Pierino vagando por los acantilados. En un arranque de ira, Arcangelo había cerrado su tienda y amenazaba con llevar a juicio por difamación a la familia

Espósito, y en la Casa al Borde de la Noche reinaban el caos y las peleas.

—Ten cuidado —aconsejó Amedeo a su hija—. Tienes la determinación de tu madre, y no siempre tuvo buenas consecuencias para ella, Mariuzza.

Pero Maria-Grazia se sentía poseída por un anhelo violento de verdad, y no habría podido detenerse aunque lo hubiese querido.

Al día siguiente antes de que despuntara el alba, Andrea d'Isantu volvió a acudir sin invitación a la Casa al Borde de la Noche.

Llegó al bar en el automóvil de su padre, y Maria-Grazia lo encontró esperando fuera cuando bajó a abrir la puerta a las siete y media. Estaba ahí plantado como una aparición, vistiendo su desvaído traje inglés.

—*Salve, signor d'Isantu.*

Andrea siguió apoyado en el coche.

—Me he mantenido a distancia, ¿no?

—Sí, *signor d'Isantu.*

—Mientras tú te lo pensabas, mientras tomabas una decisión. Seis meses, dijiste. Han pasado ocho.

—Sí, *signor d'Isantu.*

—¿Cuándo vas a darme una respuesta? No puedo dormir, Maria-Grazia... No puedo ni comer.

Con la sed virulenta de justicia que la invadía ahora, ¿cómo iba a pensar en algo así? ¿Cómo podía considerar siquiera casarse con nadie?

—Pensaré en el matrimonio cuando la verdad sobre la paliza a Pierino haya salido a la luz —soltó—, no antes.

Al fijarse bien, advirtió que Andrea se veía más nervudo, más flaco, como un hombre de cuarenta y cinco años. Verlo así le encogió un poco el corazón, pero no lo suficiente para que su resolución vacilara.

—Cuando la verdad sobre Pierino haya salido a la luz —insistió, con una punzada de culpabilidad ante el hecho de que aquellos ocho meses hubieran pasado tan deprisa, sin que se diera ni cuenta.

Pero Andrea pareció satisfecho. Tras asentir levemente con la cabeza, hizo girar el coche, alejándose de ella, y salió de la plaza.

Aquella misma tarde, poco después de las siete y media, el hijo del *conte* confesó haber asesinado a Pierino.

Los viejos jugadores de *scopa* llegaron al bar temprano, presas de una gran agitación, pues las viudas del Comité de Santa Ágata se lo habían contado todo. Aquella tarde, el coche del *conte* se había detenido ante la iglesia con Andrea d'Isantu al volante. Iba solo, y pese a ser un descreído recalcitrante a decir de todos,

se había quitado el sombrero para entrar en la iglesia, sentarse en el confesionario y llamar al padre Ignazio para que lo atendiera. En aquel momento, las integrantes del Comité estaban enfrascadas en sacar brillo a la estatua de la santa y en reponer la habitual ofrenda de velas. Así que habían oído con bastante claridad los murmullos de Andrea d'Isantu al padre Ignazio, sentado al otro lado de la cortinita morada.

—Confieso ante Dios Todopoderoso y ante usted, padre, que he pecado. Han pasado catorce años desde mi última confesión. Desde entonces, he cometido un pecado mortal y varios veniales. Pero es del mortal del que quiero hablarle.

Las viudas del Comité de Santa Ágata, sin apenas asomo de vergüenza, dejaron de pulir la estatua y escucharon con entusiasmo. Para cuando la campana repicó a la hora del ángelus, en la isla todo el mundo sabía que había sido Andrea d'Isantu quien le había dado la paliza al pescador.

Aquella tarde, los cotilleos en el bar amenazaron con provocar una guerra civil.

—¡Me niego a creerlo! —exclamó la viuda Valeria—. Trata de encubrir a su amigo, eso es todo. Él y Flavio Espósito han sido como uña y carne desde la guerra.

—¡Tonterías! —bramó Bepe—. ¿Por qué no puedes creer que fue d'Isantu? Ya viste cómo lo trataban de muchacho los *fascisti* de esta isla... ¡como si fuera un héroe! Como si estuviera destinado a una carrera importante más allá de estas costas. Todos ellos lo sabían, créeme. Ahora todo parece encajar.

—Y supongo que Flavio Espósito en realidad es inocente, ¿no es eso? —terció Valeria.

—Lo sabía... —dijo por lo bajo Ágata la pescadora—. Siempre supe que no había sido el joven Flavio.

Entretanto, Maria-Grazia estaba furiosa por lo que había hecho Andrea.

Confiándose a la pequeña Concetta, pues no había nadie más con quien pudiera hacerlo, dio rienda suelta a su ira en el almacén del bar.

—Andrea solo ha hecho esto para obligarme a darle una respuesta, y si cree que ahora voy a casarme con él, se equivoca de medio a medio... ¡menudo *stronzo*, el muy idiota!

—Pues sí —contestó Concetta mientras daba cuenta de un *arancino* sin alterarse en lo más mínimo ante aquel arranque de furia—. De todas formas, tú estás esperando para casarte con el *signor* Robert. *Signor il figlio del conte* no tiene ni la más mínima posibilidad.

En cualquier caso, el daño ya estaba hecho, y cuando el día dio paso a la noche, los habitantes de Castellamare estaban convencidos de la culpabilidad de Andrea d'Isantu.

Y entonces, presas de la indignación, Bepe y los pescadores, las viudas de Santa Ágata y todos los demás árbitros de la justicia en el pueblo, irrumpieron a través del portón de entrada de la villa del *conte* y exigieron que el asesino compareciera.

Pero Andrea d'Isantu no tenía nada más que decir. Su padre se negó a recibir visitas en la villa situada al final del paseo flanqueado por palmeras e hizo caso omiso

a sus llamadas desde la puerta. Los isleños, furibundos, reclamaron entonces que Andrea fuera llevado a juicio, que se arrodillara ante la tumba del pescador y rogara clemencia a su fantasma verde, que abandonara la isla como Ulises, para no volver jamás... Sus exigencias se volvían más descabelladas a medida que avanzaba la noche. Quizá deberían obligarlo a recorrer toda la isla caminando de rodillas y siguiendo a la estatua de la santa, sugirió el Comité de Santa Ágata. Quizá, gruñó Bepe, deberían pegarle un tiro.

—Vamos, vamos. —El padre Ignazio, a quien nunca se le había dado bien moralizar, trató de hacerlo en esa ocasión—. Todo esto se nos está yendo un poco de las manos. Debemos dejar atrás esta guerra y salir del túnel, ser un poco caritativos.

Pero los isleños decretaron que Andrea d'Isantu, como mínimo, debía abandonar la isla.

La noche siguiente, muy tarde, el ruido sordo de la arena húmeda al golpear contra la ventana despertó a Maria-Grazia. Cuando la abrió y observó la plaza iluminada por la luna, una vez más vio a Andrea allí de pie, apoyado en el bastón y con la cara levantada hacia ella como una segunda luna en la oscuridad. Una mano aferraba la empuñadura del bastón, y la otra la maleta de cartón con la que había vuelto de la guerra.

—¿Adónde vas? —susurró ella.

—Al continente. Me lleva un amigo de mi padre. Baja, Maria-Grazia. Me prometiste una respuesta. No volveré a verte después de esta noche.

Sintiendo indignación y remordimiento a partes iguales, Maria-Grazia se echó un chal sobre los hombros y bajó.

La luz de la luna hacía que las buganvillas proyectaran grandes sombras, como si fueran nubes. Refugiado debajo de ellas, un pensativo Andrea d'Isantu masajeaba la empuñadura de su bastón.

—Me debes una respuesta —repitió—. Me la prometiste.

—No —contestó Maria-Grazia—, no te debo una respuesta, porque no creo que esto que ha salido a la luz sea la verdad, para nada. Es una especie de juego con el que pretendes encubrir a Flavio, con la esperanza de que eso me haga quererte. Bueno, pues no es así. No creo que lo hicieras tú.

Y entonces, bajo las sombras del porche, Andrea d'Isantu le contó a Maria-Grazia la verdadera historia de lo ocurrido la noche del ataque a Pierino.

Aquel día, al anochecer, tres muchachos habían asistido a la reunión de los Balillas: Flavio Espósito, Filippo Arcangelo y Andrea d'Isantu. También estaban presentes los dos líderes de la organización: el *dottor* Vitale, con el enorme bombo de la banda, y el maestro Calleja. En el aula polvorienta, bajo el retrato del Duce que el profesor había

recortado del periódico tras la Marcha sobre Roma, practicaron sus himnos marciales. Hubo algunas diferencias: Flavio Espósito no paraba de toser y solo arrancaba bocinazos ridículos a su trompeta, echando por tierra la dignidad de todo el ensayo. A las diez menos veinte, el maestro Calleja perdió los estribos y echó al muchacho.

(—¿Y Flavio ya no tuvo nada más que ver en el asunto? —preguntó Maria-Grazia.

—Nada que ver en absoluto —respondió Andrea d’Isantu).

Una vez despachado el chico de los Espósito, porque todos sabían que su padre era un bolchevique del norte y no se podía confiar en él, se dejaron de bombos y trompetas. El maestro Calleja se puso su camisa negra. Iban a salir para llevar a cabo unas maniobras nocturnas especiales, les dijo a los demás. Era necesario darle una lección a un comunista de la zona. Irían hasta el olivar de los Mazzu y esperarían allí a que el comunista en cuestión ascendiera la cuesta desde el embarcadero.

Los dos muchachos se rieron por lo bajo, pues sabían de quién se trataba, e imaginaron la ignominiosa escena cuando le hicieran tragar aceite de ricino.

—Uno de nosotros —declaró el maestro Calleja, mirándolos alternativamente— debe asegurarse de que aprenda la lección de una vez por todas. Es lo que me han dicho *il conte* y el *signor* Arcangelo, vuestros respectivos padres.

El maestro sacó su escopeta del armario del colegio donde guardaba la tiza y los lápices, y luego le dio una linterna a cada chico.

—Tenéis que ir cada uno por vuestra cuenta. Volveremos a reunirnos en el olivar dentro de media hora.

En cuanto salió de la escuela, Andrea echó a correr, con la luz de la linterna dando tumbos sobre las piedras. Se dirigió hacia la casa de su padre. Presa de la emoción, no tenía otro plan que armarse, como había hecho el maestro Calleja con aquella maravillosa escopeta. Pero los edificios anexos a la villa estaban a oscuras y los esbirros de su padre ya habían guardado sus armas bajo llave por aquella noche. El burro solitario del vigilante, Rizzu, coceaba y rebuznaba de manera inquietante en el último compartimento de los establos. Andrea tuvo que apartar gruesas guirnaldas de telarañas de las paredes, pero finalmente encontró azadones antiquísimos, una horca cubierta de herrumbre y un látigo para caballos. Cogió este último, apagó la linterna y echó a correr hacia el olivar de los Mazzu.

Por la noche, el olivar era un lugar de sombras oceánicas. Andrea se apostó detrás de la piedra abandonada de un molino de aceite que se alzaba en la entrada del campo de olivos desde hacía trescientos años. En la distancia, distinguió la cara iluminada por la luna de Filippo, oculto tras unos espesos matorrales de avellano, y la silueta negra del maestro Calleja, con la escopeta apuntando hacia lo alto en la penumbra como si fuera una línea tirada con regla. El *dottor* Vitale, un poco ridículo a horcajadas sobre la rama de un olivo, trató de reproducir la llamada de la lechuza de los *boy scouts* e hizo que los dos chicos se desternillaran de risa en silencio. Esperaron al abrigo de la oscuridad. Y entonces, desde el camino que bajaba hacia

ellos, les llegó el ronroneo inconfundible del automóvil del *conte*.

A través de los matorrales, Andrea vio a alguien moverse. Estaba borracho, lo supo por su bamboleo al caminar y por su respiración jadeante cuando lo tuvo más cerca.

—¿Papá? —susurró el chico, creyendo que su padre se habría bajado del coche para unirse a ellos, un poco achispado como solía estarlo esas noches de verano.

El hombre dejó escapar un suspiro hondo y Andrea vio moverse los brazos y piernas oscuros mientras se desabrochaba y apuntaba para soltar un chorro de orina en las profundidades del matorral de avellano. Aquel individuo no era su padre; el conde debía de estar más allá, y solo Andrea tenía a tiro a aquel hombre.

El muchacho asomó la cabeza y, pasito a pasito, se acercó a la figura a través de la oscuridad calurosa. En ese momento, no tenía intención de golpearlo, solo quería verlo más de cerca. En efecto, era el pescador Pierino, que se apoyaba en su arpón atunero y se mecía un poco. Andrea se sintió invadido por una mezcla de terror y euforia.

Pero entonces el viejo pescador dio un respingo y sus enormes ojos de cordero degollado escudriñaron la oscuridad.

—¿Quién anda ahí? —preguntó.

Andrea quedó atrapado en su mirada furibunda, y el astuto Pierino se revolvió blandiendo el arpón atunero.

—¿Sois los *fascisti* otra vez? —bramó con ebria bravuconería—. ¡Lucharé contra todos vosotros, os atravesaré con este arpón!

Arremetió contra Andrea y el muchacho retrocedió trastabillando y cayó hacia atrás. Mientras se movía a tuestas entre los espinos del matorral, notó que el pescador lo agarraba de los tobillos. En la oscuridad, Pierino parecía gigantesco y terrible, tan enorme como el demonio Nariz Plateada. Andrea blandió el látigo a ciegas, gritando aterrorizado, y azotó una y otra vez el amplio pecho del pescador para mantenerlo a raya. Entonces Pierino perdió el equilibrio, hizo aspavientos con los brazos y cayó también. Se oyó un golpetazo, y el hombre quedó inmóvil, con los miembros extendidos como si fuera una estrella de mar.

—*Signor* Pierino —lo llamó Andrea d'Isantu en la oscuridad con su voz aflautada de colegial.

No hubo respuesta.

Los demás lo rodearon con sus linternas: el maestro Calleja, el *dottor* Vitale y también su padre, *il conte*. Avergonzado, Andrea notó que sus bombachos de Balilla se mojaban y pegaban a su piel. El látigo había caído en algún sitio en la oscuridad.

—¡Lo siento! —exclamó—. ¡Lo siento, no pretendía hacerlo...!

Il conte levantó una mano y alzó la linterna. La causa del silencio de Pierino era evidente. El pescador se había golpeado la cabeza al caer contra la enorme piedra del molino de aceite. Yacía espatarrado, como si se hubiera fundido, y de la ceja izquierda le manaba sangre.

—*Bravo, Andrea* —exclamó *il conte*—. No tienes de qué avergonzarte.

Oyeron a Filippo Arcangelo alejarse hacia el camino para ponerse a salvo soltando gemidos de terror. El *dottor Vitale* también salió huyendo y emprendió el ascenso a través de los matorrales; su linterna cayó rodando y dando tumbos hasta detenerse al pie del avellano ya apagada.

—¡De aquí no se va nadie más! —ordenó el maestro Calleja—. Tenéis que ayudarme. —Asió a Pierino de las axilas para incorporarlo—. Cógelo de los pies, Andrea, y usted también, *signor il conte*. Hay que llevarlo hasta su casa.

El conde pareció meditarlo unos instantes y finalmente asintió.

—Lo llevaremos en el coche. —Antes de inclinarse para asir de los tobillos al pescador, d'Isantu apagó la linterna y guardó el látigo bajo la americana de su traje de lino inglés—. Vamos allá: a la una, a las dos, a las tres... ¡arriba!

Metieron a Pierino a empujones en el automóvil del *conte*. Andrea ocupó el asiento de atrás y en todo momento evitó mirar al pescador inconsciente a su lado.

Dejaron el coche bajo el arco de entrada al pueblo. Envueltos en la oscuridad calurosa, recorrieron callejones y *vaneddi* llevando a Pierino entre los tres. Ninguno de ellos hablaba, pero de vez en cuando los dos *fascisti* miraban a Andrea con expresión pensativa y gestos de aprobación. Aquella caminata bajo las estrellas, cargados con el pescador ensangrentado, fue el trayecto más largo de la vida de Andrea.

Depositaron a Pierino en el callejón junto a su casa. Puede que su padre o el maestro tuvieran intención de llamar a la puerta, pero el pescador se recuperó un poco en ese instante y se volvió de costado para arañar la tierra con los dedos. Ambos se acobardaron y salieron huyendo por las callejas en direcciones distintas, sintiendo ya el peso tremendo del silencio que debían guardar y la complicidad espantosa en lo que Andrea había hecho.

Sentado en el coche junto a su padre de camino a su casa, Andrea se encogió y rompió a llorar.

—Ha sido un accidente —dijo.

El conde le apoyó una mano en el hombro.

—No, no ha sido un accidente. Has hecho lo correcto. Siéntate derecho, no debes avergonzarte.

Al pasar ante la Casa al Borde de la Noche, *il conte* hurgó bajo la americana y sacó el látigo ensangrentado. Cuando lo lanzó, trazó un arco sobre la palmera y la plaza y fue a caer muy lejos, en la maraña de buganvillas que crecían en el porche del bar.

—¿Y si lo encuentran? —preguntó Andrea.

—Dejemos que los Espósito se preocupen de eso.

Cuando acabó de contarle aquella historia a Maria-Grazia, Andrea d'Isantu empezó a

llorar. Estuvo un buen rato sollozando por lo que había hecho, mirando por encima de la tapia las siluetas de los cactus, que por fin adquirirían forma bajo la luz del alba.

—Yo adoraba este sitio —dijo finalmente—. Quería ser uno más. De no haber tenido tanto miedo, nunca le habría dado semejante paliza. Pero todos los *fascisti* creían que lo había hecho a propósito. Me consideraban una especie de héroe. ¡Hasta mi padre estaba orgulloso de mí! —Soltó aquel apelativo con asco, como si lo tosiera—. Nunca me permitieron contar la verdad... Y acabaron haciéndome creer que había tenido la intención de hacerlo. Pero no fue así, Maria-Grazia. Yo no soy como mi padre. No soy como él, créeme. Ahora ya sabes quién soy, y sé que nunca me amarás; pero ahí la tienes, si te la crees: esa es la verdad sobre Pierino.

Bajo aquella luz fría y en la calma empapada por el rocío de la plaza, Maria-Grazia lo creyó.

—Te daré mi respuesta —dijo.

Andrea levantó una mano.

—No... no me la des. Ya sé cuál es, Mariuzza.

Envolviéndose en el abrigo, la tocó en el brazo una vez y se alejó. Ella lo observó cruzar la plaza, con sus andares rígidos de anciano y su figura delgada como la de un fantasma. Pareció ir desvaneciéndose ante sus ojos, estrechándose cada vez más como lo había hecho la de su madre, Carmela, un cuarto de siglo antes, cuando Pina la había echado del bar. Y así, Andrea d'Isantu siguió su camino, se marchó de Castellamare y cruzó el mar para no volver. Dejó a su madre hundida, derrotada, tanto que nunca recobraría la talla que había poseído en los años previos a la guerra. Dejó a su amigo Flavio con el corazón más destrozado de lo que nunca se permitió reconocer. Y en cuanto a Maria-Grazia, habrían de transcurrir cincuenta años para que los dos volvieran a hablarse.

Flavio desapareció poco después que su amigo, una mañana de septiembre. Aquel día, Pina, apoyándose en la barandilla, subió a la habitación de su hijo con su habitual desayuno a base de café y una pasta para encontrarse la cama sin deshacer y la camisa de dormir pulcramente doblada a los pies, como la sábana de *Gesù* en la tumba. Pina gimió y dejó caer el desayuno, pues supo al instante que su hijo se había marchado.

Los pescadores y los jornaleros peinaron la isla en su busca, rastrearon la maleza, se metieron en las albercas por si Flavio había tratado de ahogarse y reptaron bajo las viñas. Registraron el embarcadero, las oscuras profundidades de la antigua *tonnara* y los cobertizos de la granja de los Mazzu. Cuando llegaron a las cuevas junto al mar, encontraron un rastro de Flavio: los sucios zapatones de cuero ingleses que había llevado desde que volvió de la guerra se hallaban en el acantilado, uno junto al otro, con las punteras señalando al mar. Su medalla de guerra con la efigie del Duce estaba oculta en la punta del zapato derecho, con la cinta manchada de tierra

cuidadosamente doblada.

Pina encendió una vela por su hijo en la iglesia y se arrodilló ante ella, bajo el crucifijo que aún lucía el brillo que él le había sacado. A partir de ese día, Carmela y ella se saludarían con un gesto imperceptible desde extremos opuestos de la iglesia, arrodilladas ante sus respectivas velas y enfrascadas en su dolor particular, pues Carmela también rezaba a diario por el regreso de Andrea, de quien se decía que había viajado hasta el oeste de Alemania y que se negaba en redondo a volver a casa.

Y entonces ocurrió el milagro. Al décimo día, llegó una carta de puño y letra de Flavio. Estaba en Inglaterra, vivo, y se encontraba bien, según decía. Desde Castellamare, había llegado a nado hasta un pesquero siciliano, y una vez en la isla vecina había hecho autoestop hasta el norte. «Tengo un buen empleo un empleo fijo como vigilante nocturno en una fábrica —explicaba con su estilo habitual, sin signos de puntuación—. Necesitaba empezar de cero pero Dios y santa Ágata mediante estaré de vuelta por Navidad o para las festividades y dadle recuerdos de mi parte al P Ignatsio. Ya véis que estoy bien».

Aunque Pina seguiría recibiendo de manera constante aquellas cartas mal escritas, aunque años después llegaría incluso a oír la voz metálica pero reconocible de su hijo a través del teléfono, Flavio no regresó nunca a Castellamare. Tras su marcha, Pina empezó a envejecer de verdad. Pero Maria-Grazia creía que su hermano había tenido sus propias razones para irse, no todas tristes, y se resignó a aquella segunda partida. Pues, finalmente, en la isla se había reinstaurado una especie de orden. «Te agradezco lo que hiciste —le escribió Flavio un año más tarde en la parte interior de un pedazo de cartón recortado de un paquete de cereales ingleses—, ahora me cuesta menos dormir».

Un forastero llegó a ese mundo de cambios y seísmos para sentarse en su antiguo sitio tras la barra, como si nunca se hubiera ido.

Cuando Maria-Grazia volvió una tarde de la iglesia, adonde acudía cuando la melancolía le llenaba el corazón para hablar un poco con el padre Ignazio sobre su hermano, supo por las sonrisas ufanas de las viejas ante la tienda de Arcangelo, por la bendición que el viudo Onofrio le echó desde su ventana al pasar, incluso por la insólita quietud de las palomas en las palmeras, que algo había cambiado en la isla. Extrañada y preguntándose qué sería, volvió a casa por las *vaneddi*, las callejuelas, para que la gente no siguiera chismorreando sobre ella.

Concetta la recibió en la puerta del bar.

—¡Tienes un cliente nuevo! —exclamó con orgullo—. Será mejor que pases a verlo.

Maria-Grazia, de buen humor, tomó la mano que le ofrecía la niña. Esperaba ver a uno de los arqueólogos, quizá a otro prisionero que hubiese vuelto. A esas alturas, confiar en que fuera Robert habría sido tan absurdo como esperar que la mismísima santa Ágata estuviera sentada allí.

Así que se llevó una gran impresión al ver a su antiguo amante esperando en la barra, con una sonrisa de avergonzada alegría por haberle causado tanta sorpresa.

Se lo veía mayor, más menudo de lo que ella recordaba, y mal vestido. La voz de Maria-Grazia pareció brotar de lejos y la dejó perpleja:

—¿Qué estás haciendo aquí?

Robert se puso en pie y se enjugó el sudor sobre las cejas. Empezó a hablarle utilizando torpes expresiones de ternura en inglés y en italiano: *cara mia, darling girl...* Expresiones que pertenecían a aquellas tardes calurosas de hacía cinco veranos, cuando ella era aún una muchacha, y que no eran muy apropiadas para airearlas en público ante los vecinos en el bar. Maria-Grazia descubrió que no era capaz de responder: las emociones extremas que la invadían se sucedían rápidamente: asombro, alegría, ira...

—¿Qué estás haciendo aquí, *signor Carr*? —repitió.

Robert hizo ademán de cogerle las manos y murmuró:

—He vuelto. Maria-Grazia, no sé cómo decirte lo feliz que... Y no has cambiado nada...

Ahora hablaba en italiano, más o menos; esa era la lengua que utilizaba para dirigirse a ella.

¿Que no había cambiado? ¿En cinco años? ¿Ella, que había cogido caracoles y verduras amargas, que había llevado el timón del bar en la guerra y lo había guiado hasta aguas tranquilas, que había dado con la idea del Comité de Modernización y

probado finalmente la inocencia de Flavio? Reparó en que estaba apretando los puños.

—Nunca me escribiste.

Los viejos jugadores de *scopa* se habían vuelto en sus asientos y asentían con la cabeza, llenos de expectación.

¿Acaso debía arrojarse en sus brazos delante de todos, darles la satisfacción de presenciar la reconciliación?

Maria-Grazia se tambaleó y apoyó una mano en la barra para no caerse. Robert se acercó a ella, un poco inquieto ahora.

—No debería haberte dado este susto —dijo, y añadió con cierta timidez—: Te he amado durante todo este tiempo, Maria-Grazia. He vuelto. He vuelto para quedarme.

Ella alzó la vista y lo miró a los ojos. Durante aquellos años de ausencia, su cabello se había vuelto mate y entrecano; la piel que había sido traslúcida como el papel de seda se veía ahora áspera y enrojecida. La joven quería decir algo, hablar, pero aquellas oleadas de ira y alegría seguían recorriéndola, violentas como una fiebre, haciéndola estremecerse.

—¿Es que amas a algún otro? —murmuró Robert al ver que ella guardaba silencio—. ¿Has dejado de quererme?

Mientras estaban allí de pie, cara a cara ante la barra, la tierra dio una repentina sacudida. Tan extremo era el caos que reinaba en la cabeza de Maria-Grazia que tardó unos segundos en comprender que aquello venía de fuera. Hubo otro temblor.

—Dime qué ocurre —rogó Robert.

—Nunca me escribiste —repitió ella.

Pero antes de que él pudiera formular una respuesta, una gran multitud irrumpió en el bar. A la congregación que había asistido a la misa de doce del padre Ignazio acababa de llegarle el rumor del regreso del inglés, y sus miembros acudían a presentar sus respetos: Robert se vio de pronto separado de Maria-Grazia inmerso en una ruidosa avalancha de alegría.

—¡*Signor Carr!* ¡*Signor Carr!*

—¡El *inglese* ha vuelto!

—¡Alabada sea santa Ágata, patrona de los desamparados, y benditos sean todos los santos!

El padre Ignazio se acercó a Robert para asirle ambas manos.

—¡Ahora habrá boda! —anunció una viuda a la que Maria-Grazia apenas conocía y que le dio un leve codazo, encantada de su ocurrencia—. ¡Prepárese para leer las amonestaciones una vez más, padre!

¡Tenían que huir de toda aquella gente! Se sentía mareada, con el estómago revuelto; con el barullo que armaban, era incapaz de pensar. Pero cuando se abrió paso hasta la puerta, arrastrando a Robert tras ella cogido de la muñeca, se encontró con una nueva oleada de isleños arremolinándose en los peldaños del porche. El viejo Mazzu guiaba sus cabras con un palo de tendedero, seguido por un montón de

jornaleros del *conte*. Al ver a Robert, Mazzu levantó ambas manos y ungió al inglés en los hombros con su palo metálico, a modo de espontánea bendición.

—¡*Signor Carr!* —exclamó—. ¡*Signor Carr!* ¡Por fin ha vuelto, gracias a santa Ágata! ¡Y Maria-Grazia se convertirá en una tímida novia!

—¡Dejadnos en paz de una vez! —bramó Maria-Grazia—. ¡Y guardaos vuestros cotilleos, vuestro mangoneo y vuestras injerencias!

Y tras decir aquello, salió huyendo para cruzar la cortina del bar. Se refugió en el patio, entre el aleteo de las sábanas bañadas de sol que Pina había lavado aquella mañana. Oyó un portazo. Robert la había seguido, como ella esperaba.

—¿Maria-Grazia? —Le llegó su voz—. *Perché mi fuggi?* ¿Por qué huyes de mí?

Y entonces la rabia contenida estalló por fin, anegando temporalmente la alegría que había sentido ante el italiano titubeante y los murmullos de Robert llamándola «*darling girl*».

—¡Porque no me has escrito! —exclamó—. ¡Porque no me has mandado nada en cinco años salvo aquella maldita postal! Porque me has hecho quedar en ridículo, me has humillado...

—Pero, *cara*...

Abriéndose paso entre las sábanas, Robert dio por fin con ella.

—No me has escrito... Solo aquella postal: «*Sto pensando a te*». ¿Tú crees que es lo adecuado? ¿Te parece justo?

—No —contestó él y, pronunciando con cuidado cada una de aquellas palabras en italiano, añadió—: No me parece justo.

—Entonces, ¿qué explicación vas a darme ahora?

—Cuando te envié aquella postal —musitó Robert—, pretendía adelantarme a ella y estar de vuelta contigo en cuestión de días. De no ser así, te juro que te habría escrito más.

Ella le dio la espalda no para huir de nuevo de él, pero quizá sí para hacerlo temer que lo haría.

—¡Espera! —gritó Robert, angustiado—. Espera, Maria-Grazia. Deja al menos que te lo explique. Me cuesta un poco encontrar las palabras... Lo intento, *cara*. Puedo explicártelo, si me concedes el tiempo necesario.

La indignación la hizo quedarse sin aliento. Cogió la cesta de la ropa con brusquedad, la puso del revés para sentarse y se dejó caer en ella.

—*Bene*. Pues adelante, explícate.

Entretanto, en el bar amenazaba con desatarse un motín. Amedeo estaba haciendo gala de una dureza insólita y se negaba a dejar que nadie siguiera a Maria-Grazia y Robert al patio. Cada minuto que pasaba, más isleños acudían al bar en busca del inglés, y el doctor les cerraba el paso.

—¿Dónde se ha escondido? —Quisieron saber las viudas de Santa Ágata mientras

subían en formación por los peldaños—. Le hemos traído una botella de *limoncello* como regalo de bienvenida, y un banderín de la santa.

—No —zanjó Amedeo—. No dejaré que lo molestéis. Lo prohíbo terminantemente.

Pina Vella también se mostró firme en la cuestión, y montó guardia ante la cortina del bar por si a alguien hacía un intento de ir en busca de Robert y Maria-Grazia.

—Llevan cinco años sin hablar —les recordó—. ¡Por el amor de santa Ágata, haced el favor de dejarlos en paz! Si dais un solo paso para ir tras ellos, cerraré todas las puertas de este bar y os dejaré prisioneros aquí. Habrá tiempo de sobra para ver al *signor Carr* cuando mi hija y él hayan podido hablar.

Los vecinos se resignaron y tomaron asiento en el bar y en el porche, murmurando, a la espera de que el inglés reapareciera.

Pero Concetta no pudo soportar aquella incertidumbre. Esperó a que Pina estuviera distraída y salió a hurtadillas por la puerta del bar para internarse en los callejones. Se encaramó a la verja del patio y desde allí vislumbró la figura del *signor Robert* tras las sábanas, como una marioneta en un espectáculo de sombras chinescas, gesticulando con las manos. Y ahí estaba Maria-Grazia, sentada en la cesta de la colada con los brazos cruzados y girando la cara. Concetta, una pagana declarada, elevó sin embargo una plegaria silenciosa a santa Ágata para que Mariuzza se volviera hacia él.

Robert había iniciado su historia, con vacilación, en el instante en que abandonó Castellamare. Le contó a Maria-Grazia que distintas embarcaciones lo habían alejado de ella: la pequeña barca a remo del pescador, un gran buque gris de transporte y un barco hospital cuyas bodegas cavernosas estaban llenas de suspiros y lamentos. De Siracusa a Catania, de Catania a Túnez, de Túnez a Southampton, y de allí, finalmente, al hospital de cortinas deslucidas donde pasaría los últimos días de la guerra entre sudores. Y siempre, durante ese viaje, había tenido la sensación de mirar atrás y ver una franja cada vez más amplia de aguas grises, de buscar el rostro de su amada entre una multitud emborronada por la fiebre.

Al ver que Maria-Grazia seguía allí sentada, sin moverse, Robert descubrió que las palabras acudían a él con mayor facilidad. Desesperado, las desplegó todas ante ella.

Durante meses, su hombro había rezumado pus, le contó; sangraba y se negaba a curarse. Y así había seguido hasta el día en que los combates llegaron a su fin. La herida había impedido que lo lanzaran en paracaídas sobre Arnhem tras el Día D, y también que muriera en el lodo a las afueras de algún pueblucho holandés, como casi todos sus conocidos. Aquel hombro le había costado el resto de la guerra; pero a primeros de mayo de 1945, la herida empezó a cicatrizar y a curarse y la fiebre remitió. Cuando el conflicto llegó a su fin, había sanado del todo.

—Entonces fue cuando me escribiste —intervino Maria-Grazia—. De eso hace cuatro años. ¿Qué me dices del resto de ese tiempo?

—*Lo so, cara* —repuso él—. Ahora llego a eso.

Según explicó, los problemas empezaron con su recuperación, pues no le dieron el alta del hospital, sino que le ordenaron ir a los Países Bajos para reincorporarse a su regimiento. El soldado de la cama de al lado, un capitán melancólico, le había dicho que podía tardar años en conseguir la baja del Ejército, pero Robert sabía que no podía esperar. Recogió sus pertenencias y se fugó. Cuando salía del hospital, garabateó una nota para Maria-Grazia con el único italiano que recordaba: «*Sto pensando a te*».

—No pude escribir más. Tenía que marcharme.

Huyó del hospital y se dirigió hacia el mar, caminando por la cuneta con sus posesiones en los brazos, vestido con el mismo uniforme roñoso con el que había ingresado. Empezó a notar que los coches aminoraban la marcha al pasar junto a él para lanzarle miradas llenas de curiosidad. A medio camino, lo recogió una conductora de ambulancia. Iba a los muelles, según le dijo. Podía llevarlo hasta allí, pero no tenía ni idea de dónde podía comprar un billete a Sicilia; además, Robert tenía muy poco dinero. Cuando la mujer lo dejó cerca del puerto, se vio obligado a entrar en un banco para sacarlo, y allí constató una vez más, muy incómodo, que su uniforme arrugado y el hatillo con sus pertenencias hecho con una toalla de hospital llamaban mucho la atención. Más tarde, cuando ya se alejaba de la ventanilla de venta de pasajes, tras haber comprado por fin el preciado billete para cruzar el Canal (a Sicilia llegaría por etapas), lo interceptó una pareja de la policía militar. Querían ver los papeles que acreditaban su baja del Ejército.

El resto se lo contó por partes, deseoso de no transmitirle la desesperación de aquellos sucesos, pero también de defender sus motivos, de ganársela. Le contó que lo habían sometido a juicio por desertión, que le habían confiscado el billete. Le contó que, en el consejo de guerra, lo había defendido un comandante flaco como un espárrago, un extraño que se sentó con él en el vestíbulo de los tribunales a revisar su caso tomando notas con faltas de ortografía. Le contó que su juicio había sido el séptimo de los veintinueve de aquella semana y que, entretanto, Londres y París eran un hervidero de desertores que rondaban por las calles robando camiones, birlando en los cafés, librando su propia guerra.

—Debería haberse dirigido a Londres —le dijo con aspereza el comandante mientras escribía bajo el nombre de Robert («Carr» con una sola «r» y «soldado raso» en lugar de «paracaidista») que lo habían tratado «primero un médico nativo en Castillo Amary, Sicilia, y luego en Netley Park».

En el consejo de guerra hubo un conflicto de opiniones, pues el hecho de que una simple herida en el hombro se abriera y sangrara, rezumara pus, provocara temblores y fiebre, y se curara el último día de la guerra, se consideró una circunstancia lo bastante sospechosa como para tener raíces psicológicas. Y, sin embargo, quedaba

claro que, en algún momento, aquel hombre había sido incapaz de combatir, pues así quedaba reflejado en su historial médico.

—¿Y qué hay de ese doctor siciliano? —preguntó el coronel que presidía el jurado—. ¿No podemos pedirle alguna clase de informe? ¿Tenemos alguna prueba de que estuvo tan enfermo como asegura, demasiado enfermo para reincorporarse a su regimiento, durante los años de 1943 y 1944?

—No ha habido tiempo suficiente para escribir al médico nativo y solicitarle una declaración —contestó el comandante, y con toda la razón, pues había conocido a Robert dos horas antes.

—¿Está dispuesto a reincorporarse al Tercer Batallón hasta que se le licencie? —preguntó el ayudante del fiscal.

Robert no estaba dispuesto. Y solo cuando lo condenaron a diez años de trabajos forzados comprendió el gran error que había cometido.

En los primeros días de su encarcelamiento, cuando pensaba en Maria-Grazia, que era casi una niña cuando se hicieron amantes y tendría casi treinta años para cuando él volviera, Robert se había dejado llevar por la desesperación.

—¿Cómo iba a escribirte? ¿Cómo podía pedirte que me esperaras, que esperaras diez años, aun suponiendo que me hubieran dado papel y lápiz y sellos extranjeros, cosa que no hicieron? No eras más que una niña cuando nos conocimos, yo no hablaba tu lengua, fuimos amantes durante unos meses, durante la guerra. ¿Cómo iba a dar por hecho que lo que sentías por mí era la clase de amor que te haría desear esperarme y renunciar a cualquier otra oportunidad de ser feliz? ¿Cómo podía suponer que las cosas iban a ser iguales en tiempos de paz? ¿Cómo podía pedirte eso?

—Y ¿qué me dices del amor que sentías tú por mí? —preguntó Maria-Grazia con mucha frialdad—. ¿Era esa clase de amor?

—Sí, *cara*. Lo era... Y lo es, por supuesto que sí, con independencia de cómo me correspondieras tú. Pero no estaba seguro de tus sentimientos. Todo ocurrió hace mucho.

—Yo también te amaba —repuso ella, dolida—. Solo era una niña, pero te amaba. Te habría esperado si me lo hubieras pedido.

Alentado por aquel rayo de esperanza, Robert continuó. Lo único que le contó sobre el calabozo, sobre la prisión militar donde había cumplido sentencia, fue que una amable feligresa había hablado con él, una voluntaria de beneficencia que le hizo muchas preguntas sobre su arresto. Más adelante, meses más tarde, aquella misma mujer le había enviado los libros con los que aprendería italiano.

—¿No podría ella haberme enviado una carta? —quiso saber Maria-Grazia—. ¿No podrías habérselo pedido?

Robert, sorprendido, contestó:

—Pero si lo hice, *cara*. Y ella lo hizo. Te mandó diez o quince cartas.

Por lo visto, aquellas cartas nunca habían llegado a Castellamare. Robert empezaba a comprender la indignación de Maria-Grazia.

—¿Qué estás haciendo aquí? —espetó ella sin ceder todavía—. Te quedan seis años más en prisión, según tu relato.

Y debería haberlos cumplido. Pero tras sus primeros cuatro años de condena, un coronel se presentó en la prisión militar en busca de presos con buena conducta a los que pudiera emplazarse en el norte para trabajar en las minas de carbón, que andaban cortas de mano de obra. Como Robert era del norte, oriundo de un pueblo minero, y ansiaba que lo pusieran en libertad, se presentó voluntario. Recibió un pedazo de papel que debía canjear por un billete de tren.

—Ahora puede irse a casa —le dijo el coronel.

Robert hizo autoestop hasta Dover y subió a bordo de un barco con destino a Calais. En esta ocasión, no se topó con policías militares. Le pedía a la gente que lo llevara, y cuando aquello no funcionaba iba andando, y así fue recorriendo el continente. Antes de llegar a la isla, se había bañado en el mar con una pastilla de jabón carbólico; luego se había cortado el pelo y afeitado ante el espejo retrovisor de un coche y, por unas cuantas liras, le había comprado a un campesino una muda de ropa limpia. Había sido Bepe quien lo había trasladado hasta allí en su barca. Con una timidez nacida de la esperanza, Robert le había preguntado por Maria-Grazia y el hombre había soltado un grito de alegría al reconocer al inglés.

—No he venido a causar problemas, si ella ama a algún otro. Solo dime... ¿está casada? ¿Tengo alguna esperanza? Nunca ha contestado mis cartas...

—Ve hasta la Casa al Borde de la Noche y lo verás por ti mismo —le había aconsejado Bepe.

Por las continuas y alegres risotadas del barquero, por la bienvenida que le habían ofrecido al desembarcar en el muelle, había comprendido que sí quedaba algún atisbo de esperanza. Ahora ya no estaba tan seguro.

Qué extraño resultaba relatar aquellos años con apenas unas pocas palabras.

—Si me encuentran, me acusarán de desertor —dijo finalmente—. He ahí la difícil situación en que me encuentro. Debería haber cumplido mis años de servicio en los Países Bajos y esperado a que me licenciaran debidamente de baja. Ese fue mi error, y aunque pudiera haberte escrito, no me habría atrevido a pedirte que me esperaras diez años por haberlo cometido. Pero nunca se trató de que no te quisiera, Maria-Grazia. No me acuses de eso.

Robert había escogido una palabra en particular para aludir a su difícil situación, *frangente*, que era la misma que describía las grandes olas blancas del mar, y Maria-Grazia se emocionó ante su forma de ofrecérsela, con ternura y vacilación, como Andrea d'Isantu la vez que le había tendido aquella flor.

—¿No puedes volver? —preguntó por fin, un poco avergonzada por la ira que había desplegado ante él.

—No, *amore*. No puedo volver a Inglaterra.

Maria-Grazia se agachó y tocó las frías baldosas del patio, sin saber por qué, hasta que se le ocurrió que lo que tocaba era su tierra, su hogar. El aprieto en que se

hallaba Robert la asustaba: estaba condenado a no regresar nunca a casa, a la tierra que había dado forma a su ser; a no volver a sentirse acunado por los sonidos y silencios familiares de su mar; a no experimentar el consuelo y la furia de sus angostos muros.

Pero debió de decir algo de todo aquello en voz alta, porque Robert contestó:

—La tierra que dio forma a mi ser es la de esta isla, no la de allí.

Y entonces sucedió algo extraño. Maria-Grazia descubrió que su impaciencia por marcharse de Castellamare, aquel dolor que llevaba años atormentándola como el picor de las espinas invisibles que se siente durante días en las manos tras haber cogido higos chumbos, remitía en su interior y se desvanecía.

—¿Me crees? —preguntó Robert.

—Sí, te creo.

—Mariuzza, *cara* mía... —susurró él, conmovido.

—Te creo —añadió ella—, pero aún no has reparado el daño. Ni mucho menos.

No quiso besarlo ni abrazarlo, pero sí permitió que le cogiera la mano. Y cuando sintió la de Robert en la suya, descubrió que le costaba mucho soltarla. Y así permanecieron un buen rato, en actitud formal, como si acabaran de conocerse.

—¿Crees que... serías capaz de amarme otra vez? —quiso saber él.

—No lo sé —respondió Maria-Grazia—. Pero quédate aquí.

Concetta, todavía escondida tras el portón, vio que las dos sombras se acercaban la una a la otra y se puso a dar brincos de alegría silenciosa.

Cuando Robert y Maria-Grazia regresaron al bar cogidos de la mano, aparentemente reconciliados, la Casa al Borde de la Noche estalló de júbilo. Sin embargo, no tardó en saberse que no había boda pactada, que el regreso a su antigua condición de amantes no era inminente. Incluso se rumoreó que, en lugar de invitar al inglés a su pequeña habitación con vistas a las palmeras, Maria-Grazia lo había desterrado a la buhardilla, a dormir en el viejo sofá de terciopelo donde, en otro tiempo, también Amedeo pasó su exilio.

Era la pura verdad. Aquella tarde, ante una botella de *arancello*, Amedeo intentó consolar a Robert.

—Mi Mariuzza es una chica con mucho carácter —murmuró—. Siempre lo ha sido. Necesita tiempo. Te quiere, solo está haciéndote esperar un poco, como tú la has hecho esperar a ella. Y de paso, se da tiempo para intentar entender sus propios sentimientos. No debes agobiarla ni presionarla para que tome una decisión.

—Yo la he hecho esperar cinco años —replicó el inglés—, supongo que no pretenderá...

—Dale tiempo —aconsejó Amedeo.

Robert dio un sorbo a su *arancello*, que pareció arderle en la boca; era mucho más áspero que el licor suave que recordaba.

—Habla con ella —añadió finalmente el doctor—. Cuéntale todo lo que no pudiste contarle antes, cuando no sabías hablar nuestro idioma. Háblale de tu infancia, de tu juventud. De las cosas normales y corrientes que los amantes se cuentan. Ahora eres un extraño para ella, un hombre distinto. Cuéntale tus historias. Así conseguirás que vuelva a acercarse a ti.

Amedeo nunca había conocido un método más eficaz para conquistar el corazón de una persona.

Al día siguiente, Maria-Grazia despertó sumida en una suerte de debate consigo misma. Se vistió sin prisa, se lavó la cara, trenzó su melena y, con paso decidido, bajó la escalera dispuesta a afrontar que el regreso de Robert había sido una alucinación. Pero ahí estaba, sentado entre sus padres, pelando higos con esas manos suyas, firmes y ásperas. Al verla, se levantó de un brinco de la silla y apartó la de ella de la mesa.

—Buenos días, *cara mia* —saludó con tono cauteloso, atento a la expresión de su rostro.

Maria-Grazia aceptó la taza de té que Pina le ofrecía. Después, cuando sus padres se levantaron de la mesa entre excusas apresuradas, se encontró con un torrente de historias. Robert desplegó ante ella todo su dominio del italiano y le habló de su

niñez, de su adolescencia, de su juventud.

Comenzó por describir su hogar, un pueblo minero del norte, dos hileras de casas en medio de un prado verde cubierto por un cielo gris. Se llamaba Aykley Moor. La historia de su familia era que no la tenía, salvo unos ancianos tíos que lo habían criado con poco entusiasmo. Su madre, actriz de una pequeña compañía de teatro itinerante, había muerto en la epidemia de gripe cuando él apenas tenía unos meses. Robert estaba presente cuando sucedió, dormido en su cochecito en el rincón de algún camerino de provincias. Con las prisas por llevarse el cuerpo de la mujer sin montar un escándalo, se olvidaron de él. El portero que se encargaba de dar un último vistazo antes de cerrar el teatro oyó un llanto fantasmal y encontró al bebé. Después, al caer en la cuenta de que la madre de la criatura era la desafortunada actriz, llamaron a los tíos de la difunta para que acudieran a hacerse cargo del niño.

Maria-Grazia apartó la taza de té, incapaz de tomárselo.

—¿Por qué me cuentas esta historia ahora? —quiso saber.

—Porque, *cara...* —La tomó de la muñeca. Como buen inglés, siempre la había tocado con timidez, como si estuviera obligado a hacerlo de ese modo. Incluso aquel primer día en la playa—. Porque quiero pedirte que te cases conmigo, y lo más justo sería que me conocieras un poco mejor que la última vez.

La alegría que le provocaron aquellas palabras estuvo a punto de hacer aflorar lágrimas a los ojos de Maria-Grazia, pero las reprimió y se contuvo para permitir que Robert continuara con su historia. Él le contó entonces que sus tíos se habían planteado abandonarlo. Durante el largo trayecto en tren hacia el norte, mientras el niño los miraba fijamente con sus fríos ojos azules, decidieron que lo dejarían en un orfanato de Newcastle. Le habían narrado ese episodio incontables veces, como si fuera una prueba de su bondad frente a la personalidad distante de Robert. Por razones que nunca le desvelaron, antes de entrar en el hospicio recapacitaron y se lo llevaron a casa. Sin embargo, a partir de entonces, como si quisieran compensar aquel momento de debilidad, nunca volvieron a permitirse mostrar el menor indicio de cariño hacia su sobrino. Se comportaron como si su presencia fuera una imposición hasta el día en que, con diecisiete años, se marchó de casa en busca de una vida mejor, con una maleta de cartón en una mano y, en la otra, un traje recién planchado en su percha de madera.

—¿Qué es Newcastle? —preguntó Maria-Grazia en inglés.

—Una gran ciudad del norte, llena de arcos y puentes —respondió Robert en italiano.

Más tarde, cuando él salió para presentar sus respetos a los isleños que aún no tenían noticia de su llegada, Maria-Grazia, aunque jamás lo reconocería, subió la escalera a toda prisa y buscó ese lugar en el atlas escolar de su madre. Aquella historia había removido algo en su interior. Mientras apilaba cajas en el pequeño almacén del bar, se encontró de repente llorando de alegría, inclinada sobre una arqueta de *arancello*, tapándose la boca con las manos para ahogar el sonido de sus

sollozos.

Esa misma noche, desde el otro lado de la barra, le preguntó:

—¿Qué clase de chiquillo eras cuando vivías en Aykley Moor?

Robert rebuscó las palabras, profundamente agradecido por aquella muestra de interés.

—Pequeño. Bastante estrecho. —Por cómo juntó las palmas, ella comprendió que quería decir delgado—. Siempre estaba blanco como la tiza.

Ese detalle la maravilló; qué metáfora tan curiosa, tan escolar. En la isla, todos habrían dicho: «pálido como la ricota».

—¿Qué más?

Y Robert, que había ido hilando las frases con un ahínco desesperado, vertió de golpe todo el italiano que sabía:

—Tenía un ojo bizco y llevaba un parche enorme. Cuando alguna mañana no me levantaba lo suficientemente pronto, mi tía me obligaba a rascar el hielo de las ventanas por la parte de dentro. Me arrastraba de la oreja de una a otra.

—¿Por la parte de dentro? —se sorprendió Maria-Grazia.

—Sí, *cara*.

—¿Y qué pasó luego?

—Luego me volví más fuerte —explicó él—, y lo bastante rápido para escapar de ella. Los sábados, para alejarme de ellos, comencé a correr por el campo. Pasaba horas en los páramos y las colinas. Llegué a ser el mejor estudiante de mi escuela, sacaba las notas más altas, así que decidí largarme de aquel lugar.

Ese y otros relatos que Robert fue desgranando a lo largo de aquella velada, durante la cena, mientras fregaban los platos en la cocina de piedra y cuando subían la escalera para acostarse —él siempre se mantenía a una distancia respetuosa—, hicieron que Maria-Grazia empezara a comprender que también él había sido un niño, un adolescente, un joven. Hasta entonces, su aura milagrosa siempre había sido parte importante de la adoración que ella le tenía: un extraño que había emergido del océano, completamente formado, y había vuelto a desaparecer en él, como los personajes del cuaderno de historias de su padre.

—¿Puedo? —preguntó Robert ante la puerta de la habitación de Maria-Grazia, estremecido por el contacto con su muñeca.

—No, *caro*.

Pero aquella segunda noche, al escuchar sus pasos en la buhardilla, ella imaginó a todos esos Roberts más jóvenes y una ola de ternura volvió a invadirla: un niño con un parche en el ojo que rascaba el hielo de aquel lugar ártico con sus manitas blancas como la tiza; un muchacho que corría por los grises páramos ingleses con la férrea determinación de marcharse un día de allí. Ella nunca le había hablado de las férulas de sus piernas, se moría de vergüenza cuando recordaba que habían estado ahí, guardadas en la caja de Campari, durante los meses en los que habían sido amantes, aunque sin duda él debía de haberse percatado de su cojera. Tampoco le había dicho

nada de la botella repleta de billetes que guardaba junto a su cama. Ahora tenía la sensación de que él habría sido capaz de comprenderla.

Cada mañana, cuando todos se sentaban a la mesa del desayuno, tanto Amedeo como Pina los observaban con ojos cautelosos, conteniendo el aliento, expectantes. En el bar la cosa no era mucho mejor. Siempre que Maria-Grazia intentaba hablar con Robert —que día tras día se sentaba con ella para hacerle compañía detrás de la barra—, los ancianos jugadores de *scopa* daban la vuelta a sus sillas y los observaban, como si el regreso del *signor* Carr se hubiera orquestado con el único fin de entretenerlos. ¿Cómo iban a hablar con libertad en semejantes condiciones?

—Voy a pasear por el monte, a recoger higos chumbos —le susurró ella la tarde siguiente.

Robert dejó transcurrir un tiempo prudencial y la siguió. Allí continuó narrándole las historias de su vida pasada, mientras Maria-Grazia, con las manos envueltas en trapos, recogía los frutos de las chumberas. Le habló de su juventud, de su huida de Aykley Moor. Al acabar el bachillerato, cuando el resto de chicos empezaba a trabajar en la mina, se había escapado de casa y había pedaleado en su bicicleta hasta el mar, sosteniendo el traje en alto con una mano para protegerlo del barro del camino. Lo aceptaron como aprendiz en la oficina técnica de los Astilleros Furness. Vivía solo, en el cuarto trasero de uno de los empleados veteranos. Todas las noches, montaba en su bicicleta y recorría el paseo marítimo hasta un lugar que él llamaba «Instituto de Mecánica y Literatura», donde pasaba horas leyendo libros de ingeniería y de física y estudiando mapas de las estrellas.

Un poco cohibido y entendiendo las cosas solo a medias, devoró las obras de aquellos cuyos nombres habían venerado sus profesores del instituto. Estaba decidido a viajar, a ser un hombre cultivado, y se abalanzaba sobre cualquier objeto que oliera a saber: Dickens, Shakespeare, una caja de herramientas hallada tras rebuscar en una tienda de segunda mano una tarde lluviosa de sábado. Aquel recuerdo fue lo que hizo que casi se echara a llorar cuando vio las traducciones de *Opere di Shakespeare* y *Racconto di Due Città* de Pina.

En 1939, le confesó a Maria-Grazia, llegó incluso a solicitar el examen de acceso a la Universidad de Londres. Nunca había estado allí, y precisamente por eso deseaba ir. Todo lo relacionado con su infancia y adolescencia le parecía gris, sin importancia, algo que podía resumirse en un párrafo. Y así fue como lo compartió con ella en aquel momento. Aquel comentario hizo que Maria-Grazia se diera media vuelta, esta vez no a causa del enfado, sino por la capacidad de Robert para despertar ternura en ella, algo que, por el momento, no quería reconocerle. Ella nunca le había hablado de los libros que recibió como premio al acabar la escuela, ni de que se quedaron sin desembalar; tampoco le había mencionado las fotos de universidades italianas que su madre y ella habían consultado tantas veces en la enciclopedia en otro tiempo. La

guerra había puesto fin de un plumazo a todo aquello. Mientras pensaba si debía sacar a relucir aquellas confesiones, él se desabrochó la camisa y recogió en ella, con galantería, los higos que se le escapaban a Maria-Grazia de las manos.

Después, mientras ella estaba subida a una silla colgando las guirnaldas para la festividad de Santa Ágata, Robert le habló de la guerra. Al fin y al cabo, la guerra era la causante de todo. Por culpa de la guerra había dejado su vida en el norte. Jamás se presentó al examen de acceso de la Universidad de Londres, ni terminó de formarse como aprendiz, ni pasó del capítulo cinco del ejemplar de *Casa desolada* que había tomado prestado en la biblioteca. La guerra también había interrumpido ese capítulo de su vida, convirtiéndolo en un simple preámbulo de una gran historia que aún no había sido narrada. La contienda había acabado con todo, pero lo había llevado hasta allí, hasta ella. A Maria-Grazia la impactó oírlo describir la guerra, con su italiano defectuoso, tal como ella la había imaginado siempre: un monstruo voraz que había engullido ciudades, islas y hombres y que, al final, solo había entregado una cosa a cambio: al inglés que emergió del mar como una suerte de extraña bendición. La guerra había acabado con todo, pero lo había llevado hasta ella.

La invadió la curiosidad por saber cómo había sido esa guerra para él, qué atrocidades habría padecido mientras ella diluía el café con achicoria y agua, navegaba entre el silencio de sus padres y hurgaba en la tierra en busca de caracoles.

Él le habló de la dureza de El Alamein y del campamento en el desierto, donde todos andaban siempre cubiertos por una costra de polvo y entrecerrando los ojos. Le habló de sus amigos, brevemente, sin describirlos con detalle, porque ya no estaban y era más prudente referirse a ellos solo por su nombre, sin indicar ninguno de sus atributos. Le habló de Jack Snapes, el primero en informar a Robert de que estaban reclutando a hombres de todos los batallones para formar una nueva división aerotransportada; la solicitud de traslado de Robert fue aceptada, pero a Jack lo rechazaron por sus problemas de vista; esa fue la última vez que lo vio. Más tarde, Robert se enteró de que su amigo había muerto de gangrena en Normandía. Le habló de Paul Dodd, con quien Robert había hecho cincuenta saltos en paracaídas; era un tipo también del norte, de Newcastle. Sus caminos trascurrieron de forma paralela, extrañamente unidos por la guerra, hasta la noche de la tormenta, cuando Paul se ahogó y Robert se salvó. Había sido a Paul, sobre todo, a quien no había logrado quitarse de la cabeza durante las horas que pasó en el mar, a la deriva, nadando hacia Castellamare y pensando que la roca que se alzaba frente a él envuelta en bruma era alguna extraña alucinación, un sueño febril.

—Nunca has visto la isla desde fuera —dijo—, pero es muy extraña, *cara*. Es como una aparición. Como si estuviera cubierta de niebla.

—Es por el calor —musitó ella—, hace que el agua se evapore.

Alguna vez había observado ese fenómeno. Cuando las barcas de los pescadores

se alejaban, aparecían envueltas en un velo de ese vapor. Pero fueron otras palabras las que la cautivaron: «Nunca has visto la isla desde fuera». Y era cierto. Nunca había abandonado sus orillas, excepto en un par de ocasiones en las que había salido en barca en alguna excursión veraniega para ir a nadar. ¿No era una coincidencia — reflexionó en voz alta— que se hubieran encontrado en sus costas? Ella, que nunca había salido de la isla, y él, a quien las mareas de la guerra habían zarandeado por todo el continente.

—Sí, *cara* —asintió Robert—. *Un miracolo lo era.*

Había sido un milagro. Le dolió un poco que Robert hablara de ello en pasado. Apartó las guirnaldas de madreSelva y bajó la mirada para observarlo, con aquel pelo de un increíble tono pajizo, la espalda estrecha, ligeramente encorvada, como siempre, aquellas gafas... ¡Claro, era eso! Llevaba días preguntándose qué tenía su rostro de distinto. No se trataba de un cambio oscuro ni de una alteración siniestra, solo era eso.

—Ahora llevas gafas.

—Sí, *cara*. Demasiada lectura.

Una nueva oleada de ternura se apoderó de ella. Se agachó y le acarició las sienes allí donde las patillas de las gafas reposaban sobre las orejas. Alguien debió de presenciar la escena, pues a esa hora el bar relucía como un farol en el extremo de la plaza oscura, y a la mañana siguiente se sabía en la isla entera que, por fin, el inglés había empezado a reconquistar poco a poco el corazón de Maria-Grazia.

Cuando Robert terminó de contarle su historia a Maria-Grazia, le pidió que le relatara todo cuanto le había sucedido a ella desde su partida. Y en ese momento, mientras Robert le acariciaba la mano que ella le había permitido coger, sentados en la pequeña habitación de la buhardilla, Maria-Grazia comprendió que aquella chica que lo había amado, una niña que apenas se había despojado de la parafernalia de la adolescencia, había quedado desbancada por una mujer de mayor carácter. Ahora regentaba el bar, había logrado dar descanso al fantasma de Pierino y había formado el Comité de Modernización. Y eso suponía una dificultad. ¿Podía acaso una mujer como ella convertirse en esposa? Como Giulia Martinello, que iba por ahí con el pelo recogido en un moño, encorvada sobre un cochecito, o la hija de la viuda Valeria, una de aquellas bellezas de labios carmín que en otro tiempo le lanzaba sonrisitas tontas a Robert en la barra del bar y que ahora se dejaba ver en la entrada de su casa con una pastilla de jabón de ceniza, la tabla de lavar y unas manos curtidas y ásperas. No. Maria-Grazia no tenía intención de convertirse en una de esas mujeres, en absoluto.

Y, sin embargo, lo amaba. Se le hizo evidente, le dijo, en cuanto él le contó las historias de su infancia. Volvía a tener aquella antigua sensación que la desvelaba por las noches cuando lo oía moverse en el cuartito de la buhardilla y era incapaz de conciliar el sueño de tanto cuidado que ponía en guardar en su corazón cada sonido que le resultaba familiar. Esconder ese amor durante más tiempo y mantener la compostura le resultaba casi insoportable.

—Pero entonces... —terció él—, ¿no vamos a casarnos?

—No —zanjó ella—. Aún no.

—Esperaré. Te esperaré cinco años, si eso es lo que quieres. Dormiré aquí arriba, seré paciente y respetuoso, y esperaré cinco años para convertirme en tu amante otra vez.

—Pero, *caro* —repuso ella con tono travieso—, yo no he dicho nada de eso.

Robert alzó la mirada y vio que reía, insegura, como la niña de aquellos días pasados. Ella le cogió la otra mano, y algo en ese gesto debió de ser distinto, más trémulo, porque Robert se permitió besarla por primera vez. No en la mejilla ni en los labios, sino en aquella mano que le ofrecía, dejándole una huella ardiente en la palma.

Maria-Grazia, sin saber muy bien lo que hacía, se incorporó, echó la llave en la puerta y corrió las cortinas.

Esa había sido su señal, en otro tiempo, durante la hora de la siesta. Él creyó comprenderla y se acercó alzando las manos, en un gesto deferente, y esperó mientras ella se desabrochaba la espalda del vestido y se quitaba, una por una, las horquillas del pelo. Pero cuando por fin lo abrazó, Robert sucumbió. Presa de una excitación febril, intentaba desprenderse del cinturón y los zapatos y, al mismo tiempo, deshacer

la trenza que todavía sujetaba el cabello de Maria-Grazia. Medio vestidos, se desplomaron juntos en el desgastado sofá de terciopelo y se taparon con la lona impermeable para resguardarse de la brisa otoñal. Y entonces el tiempo pareció disolverse, evaporarse como la calima, y el momento que estaban viviendo bien podía haber pertenecido a aquella primera tarde, en la habitación de cuando era niña, o quizá a una velada de cuando fueran viejos, al cabo de cincuenta años. Robert se dedicó a ella con exaltación, inhalando profundamente el olor de su melena, buscando su antiguo ritmo. Permanecieron así mucho rato, sumidos en aquel gozoso silencio.

Después, mientras ella se vestía, Robert insistió:

—¿Y no quieres casarte? ¿Estás segura?

—Bueno, podemos ser amantes, como antes, ¿no? ¿Qué hay de malo en eso?

Robert se puso las gafas y pestañeó con avergonzada incredulidad.

—Pero ¿qué dirá la gente, *cara*?

—Puedo con eso —contestó ella—. Las he pasado peores.

Con total naturalidad, Maria-Grazia regresó al bar y estuvo atendiendo mesas toda la tarde, cruzando de vez en cuando miradas con Robert cuando él aparecía en el umbral de la cocina. Aquella noche, lo invitó por fin a su pequeña habitación con vistas a las palmeras, divertida ante la alegría intensa de él, ante sus muestras de adoración.

—Aceptaré un anillo —accedió—. Seguiré siendo tu amante. Te querré, como he hecho siempre. Haré todo esto con mucho gusto, *caro* mío. Pero nos casaremos en otro momento.

Y durante los años que siguieron, aunque ningún habitante de Castellamare tenía la menor duda de que ella lo amaba, pese a que era un escandaloso secreto a voces que vivían como marido y mujer, que regentaban el bar entre los dos y que cada noche, apaciblemente, hacían la caja juntos, uno a cada lado de la barra, como una pareja que llevara años casada, la única respuesta que ella daba a los vecinos curiosos era: «Ya nos casaremos en otro momento».

Y hasta la primavera de 1953 no cambió de parecer. Aquella mañana, Maria-Grazia había vuelto al bar desde la casa de la viuda Valeria, detrás de la iglesia, donde había cerrado un buen trato por una docena de botellas de *limettacello*, que le llegarían a tiempo para las festividades. Al llegar se encontró a Robert concentrado en la radio, con lágrimas en los ojos, rodeado de parroquianos que le daban palmaditas en la espalda como hacían cuando alguien estaba borracho o de luto.

—¿Qué ha pasado? —exclamó ella asiéndole la muñeca—. ¿Qué ocurre?

La radio estaba sintonizada en una emisora en inglés. Bepe señaló el aparato con un gesto de la cabeza. Pero Maria-Grazia, nerviosa, no conseguía descifrar las palabras: una vez más, eran completamente extranjeras para ella, como lo habían sido

cuando era niña.

Por fin, con gran esfuerzo, Robert se incorporó apoyándose en los codos y se enjugó los ojos. Cuando la vio, tomó sus manos entre las suyas.

—Han indultado a los desertores —le susurró al oído, dejándole la mejilla empapada de lágrimas—. Nos han indultado.

—El *signor* Churchill les ha concedido el indulto —puntualizó Ágata la pescadora—, y el *signor* Robert ya puede irse a casa.

Entonces, sin entender por qué, Maria-Grazia también dejó escapar unas lágrimas.

—¿Quieres irte de aquí? —preguntó por fin—. ¿Volverás a marcharte?

—No. No me iré, *cara*, te lo prometo. Nunca me iré de aquí.

—Pues menudo tonto estás hecho... —soltó Ágata la pescadora, aunque en realidad no lo pensaba—. De todos modos, Maria-Grazia, hasta yo pienso que sería mejor que te casaras con el pobre *signor* Robert de una vez.

«*Sì, sì!*», proclamaron los ancianos jugadores de *scopa*. ¿Acaso no lo había hecho esperar casi cuatro años, casi tanto tiempo como ella había pasado esperándolo? Aun así, a Maria-Grazia la mera idea le provocaba cierta desesperanza, la misma que sintió, mezclada con la alegría, al enterarse de que Robert había vuelto.

—No quiero ser una simple esposa —exclamó—. No quiero tener que pasarme el día limpiando y cocinando, ni ir por ahí empujando un cochecito de bebé sin poder ocuparme de este bar nunca más. Este sitio ha pertenecido a mi familia desde el final de la primera guerra. ¿Quién se hará cargo de todo? Tú tampoco estás casada, Ágata, siempre has jurado que para ti supondría algo parecido a la muerte. ¿Qué pasa si yo opino lo mismo? A ninguno se os ha ocurrido pensarlo, ¿no? Si me caso, tendré que dejar el bar.

—Si eso es lo único que te preocupa —dijo Robert esa noche, un poco aturdido, cuando yacían juntos en la habitación de Maria-Grazia—, seré yo quien se encargue de lavar, cocinar y limpiar. Seré yo quien pasee con el cochecito de bebé. ¡Encárgate del bar si es lo que deseas! Lo que sea, Maria-Grazia, lo que sea por un sí.

—En ese caso —respondió ella sin conseguir disimular su euforia, consciente de que Robert hablaba en serio—, supongo que lo mejor será que nos casemos. Al fin y al cabo, las habladurías que alguien puede aguantar en vida tienen un límite.

Fue el padre Ignazio quien casó a Maria-Grazia y al inglés, igual que años atrás había casado a los padres de la novia. Después, Robert firmó con su nombre en el libro mugriento que le ofrecía el cura. Y para cortar todo lazo con su vida pasada, adoptó el apellido de su mujer: Robert Espósito.

Y entonces, por primera vez desde la guerra, se celebró un baile en la terraza de la Casa al Borde de la Noche. *Il conte* no acudió a dar su bendición a la pareja ni a tomar un trago de *arancello*, como era costumbre en las bodas de los isleños. Desde que Andrea se había marchado, la *contessa* y él habían iniciado un período de luto.

Los postigos de la villa permanecían cerrados, la fachada sin pintar, y los criados tenían órdenes estrictas de vestir de negro. Sin embargo, nada podía hacer sombra a la celebración de la Casa al Borde de la Noche. Tuvieron que convencer a Maria-Grazia para impedir que sirviera bebidas y llevara la caja. Robert, por su parte, muy inglés, atolondrado y un poquito ebrio, tendió ambas manos para sacarla a bailar. Mientras daba vueltas entre sus brazos, Maria-Grazia sintió que la isla se encogía, que se volvía más insignificante y pequeña que el hombre que tenía ante ella.

—Estoy contenta —susurró.

—¿Por qué, *cara*?

—Por haberme casado contigo al final.

Bajo la luz de la luna, al compás del *organetto*, siguieron girando, envueltos el uno en brazos del otro. Dentro de ella ya habitaba el minúsculo pedacito de vida que se convertiría en el siguiente Espósito.

CUARTA PARTE

LOS DOS HERMANOS

1954-1989

Había una vez dos hermanos pescadores, ambos muy apuestos y tan parecidos que nadie era capaz de distinguirlos. Los dos eran, además, muy pobres. Tras una jornada de pesca infructuosa, lograron capturar una sardina tan diminuta que apenas merecía la pena llevársela a la boca.

—Comámonosla de todos modos —dijo el mayor—. Al menos podremos dar un par de bocados.

—No —se opuso el más joven—, dejémosla ir. No merece la pena que muera.

Liberaron al pez y eso les dio buena suerte: dos caballos blancos y dos sacos de oro para recorrer el mundo, y un tarro de unguento mágico para sanar todas las heridas. Puesto que este último era difícil de dividir, el mayor, más valiente y más fuerte, se lo cedió a su hermano para protegerlo de todo mal.

Los hermanos partieron en direcciones opuestas. El menor no corrió aventuras, o por lo menos, si las tuvo, el cuento no dice nada al respecto. El mayor, en cambio, rescató a una princesa de una serpiente marina después de cortar las siete lenguas y las siete cabezas de la criatura monstruosa, una proeza que le valió convertirse en el prometido de la doncella. También salvó a todo un valle de la maldición de un vil hechicero y viajó a bordo de un barco encantado hasta el fondo del océano, donde halló montones de perlas. Le creció el cabello, se casó con la princesa y dejó de parecerse a su hermano.

No contento con todo eso, partió en busca de una bruja malvada que atemorizaba a todo un reino y a la que nadie había conseguido matar. Espada en mano, cabalgó hasta su castillo y la amenazó con rebanarle la cabeza. Pero la bruja resultó ser muy astuta, y con un único mechón de su melena mágica rodeó el cuello del caballero y lo hizo prisionero. «Y ahora —pensó la bruja— lo convertiré en mi esclavo y me defenderá de esos caballeros tan molestos que vienen hasta aquí cada día con la intención de cortarme la cabeza. Así podré descansar y comer carne asada y pasteles todo el día».

Entretanto, el hermano menor, que seguía solo, se dedicaba a recorrer el mundo en busca de su hermano. Cabalgó durante muchos años, y siempre preguntaba a todo aquel que encontraba si había visto a un hombre a lomos de un caballo blanco con un rostro idéntico al suyo. Cuando por fin llegó al valle de la bruja, se enteró de que esta había capturado a su hermano. «Ahora —pensó—, ha llegado el momento. Debo rescatarlo».

De camino, se topó con un viejecito que le preguntó adónde se dirigía.

—A liberar a mi hermano —respondió él—, la bruja lo tiene prisionero.

Entonces el hombre le dio un consejo: puesto que el poder de la bruja residía en su cabello, lo que debía hacer era agarrarla por la melena y no soltarla. Solo así lograría vencerla.

—Y después, le cortas la cabeza —añadió el viejo—. Nos harás un favor a todos.

El joven cabalgó hasta el castillo de la bruja. Un temible caballero con la melena al viento salió a su encuentro blandiendo la espada, rugiendo de furia. De un solo tajo, el aterrado hermano menor le cortó la cabeza al caballero. Después, agarró a la bruja por el pelo, le clavó la espada y la mató también.

Cuando el hechizo se rompió, se dio cuenta de que el temible caballero al que había matado, el sirviente de la bruja, le resultaba familiar. Al agacharse a su lado, reconoció el rostro de su hermano y lloró desconsolado por lo que acababa de hacer.

De pronto, recordó el unguento mágico. Corrió hasta su caballo y volvió al sitio donde yacía el cuerpo decapitado de su hermano. Arrodillado junto él, le aplicó la pomada en el cuerpo, y la piel sanó y el fallecido volvió a la vida. Los dos hermanos se abrazaron, y el más joven se disculpó por el horrible crimen que había cometido. Después, regresaron juntos al palacio del mayor y jamás volvieron a separarse el uno del otro.

Un antiguo relato de la isla, en la versión que me contó el viudo Mazzu. Guarda similitud con un cuento siciliano del mismo título y probablemente de allí procede. Tomé nota de él alrededor de 1961.

Años más tarde, cuando ambos habían crecido y ya no tenían nada que ver el uno con el otro, a Maria-Grazia le costaría mucho recordar un momento en el que sus dos hijos no estuvieran peleándose.

Tal como lo expresaron sus tíos abuelos ingleses en la sucinta carta de felicitación que enviaron a la isla tras el nacimiento de su segundo sobrino nieto, los niños eran «gemelos irlandeses»: habían llegado al mundo cada uno en un extremo del año 1954, Sergio en enero y Giuseppino en diciembre. El mayor venía de nalgas y el parto duró cuarenta horas. A las cuatro de la madrugada de la segunda noche, en el peor momento de su agonía, Maria-Grazia juró y perjuró ante Robert que jamás tendría otro hijo.

Aun así, el día que salió con Sergio del hospital de Siracusa, cuando los tres se arrebujaban en la bancada de la *Santa Maria della Luce* bajo el abrigo de Robert, que le acariciaba con ternura los costados doloridos, Maria-Grazia cambió de parecer.

—Tal vez sí tengamos otro —dijo—. Pero tendremos que darnos prisa, no vaya a arrepentirme.

Si Robert se sintió alarmado por aquellas palabras, no lo dijo.

—*Cara*, haremos lo que tú quieras —fue su respuesta.

Antes de que el pequeño Sergio se sostuviera sentado o pudiera ingerir sólidos, los clientes de la Casa al Borde de la Noche tendrían motivos para chismorrear de nuevo sobre los tobillos hinchados de Maria-Grazia o sus escapadas repentinas del bar para hundir la cabeza en el lavabo o en alguna papelera.

—Ese inglés tuyo es todo un portento —bromeó Ágata la pescadora, dándole un codazo cómplice en el costado y provocando las risitas de los ancianos jugadores de *scopa*.

Pero ya nada podía ruborizar a Maria-Grazia.

—¡Pues ya pueden tomar nota los de aquí! —contestó, despertando un coro de risotadas y silbidos entre los pescadores del rincón.

Giuseppino llegó al mundo el día previsto, y tuvo la amabilidad de hacerlo de cabeza. El parto duró apenas una hora. En el futuro, tanto sus parientes como sus vecinos no dejarían escapar la ocasión de recordarle esa diferencia a Maria-Grazia, como si revelara algún rasgo profundo de la personalidad de cada uno de los niños. Y tal vez fuera ahí donde empezaron los problemas.

Lo primero que hizo Sergio cuando el segundo bebé llegó a la casa fue gatear hasta la cuna de su hermano, encaramarse con ayuda de los barrotes y mirar al interior.

—¡Oh! —exclamó, conmovida, su abuela Pina—. Mira, quiere saludar a su hermanito.

Pero en realidad el pequeño Sergio soltó un alarido en la cara del bebé y le dio tal susto que lo hizo llorar. Sergio no paró de gritar hasta que Pina se lo llevó de allí.

Fue algo extraño porque, por lo que Maria-Grazia recordaba, su hijo menor, Giuseppino, siempre había sido, desde entonces, quien empezaba todas las peleas.

Robert, emocionado cuando Maria-Grazia accedió por fin a casarse con él, había previsto hacerse cargo de sus hijos en solitario mientras ella se ocupaba del bar. Sin embargo, cuidar de aquellos niños no era algo que pudiera encomendarse a un único adulto. Era una tarea caótica, turbulenta, capaz de acaparar la atención de todos los parientes cercanos y robarles el sueño. Dejar solos a los dos bebés era imposible, y no tardaron en agotar a sus padres. Un día de la primavera de 1955, Concetta acudió a visitar a Maria-Grazia y la encontró dormida tras la barra. Los clientes se las habían arreglado por su cuenta y se servían ellos mismos el café y los licores. Concetta la despertó y ambas siguieron los gritos y berridos que se oían hasta dar con Robert en el baño de azulejos rojos de la planta de arriba. Lo encontraron al borde de las lágrimas, inmerso en un desastre de polvos de talco y caca de bebé, mientras Sergio aporreaba la cabeza de Giuseppino con el puño. Concetta contempló la escena frunciendo el ceño. Luego se arrodilló, sacó a Sergio del charco que se había formado tras la cisterna del retrete, limpió el trasero sucio de Giuseppino y ofreció un pañuelo al *signor* Robert.

—¡Ay, Concetta! —sollozó Maria-Grazia, que la había seguido por la escalera y ahora presenciaba la rabia de sus hijos—. ¡Estos críos se odian!

—A ver —dijo la muchacha con el tono que había aprendido de Pina Vella—, no digamos tonterías.

—¡No podemos seguir así! —protestó Maria-Grazia llorando—. Ya casi no puedo bajar al bar, Robert es incapaz de hacerse cargo él solo de los dos, y mis padres son muy mayores...

Amedeo ya había cumplido los ochenta, y Pina le pisaba los talones. Además, las piernas hinchadas de esta última habían mermado finalmente su energía, por lo que no podía más que renquear tras los críos.

—Será la ruina del negocio —se lamentó Maria-Grazia—, y estos niños se habrán matado entre sí antes de cumplir los diez años.

—Solo se pelean —dijo Concetta—, todos los niños lo hacen. Cuando yo era niña, me liaba a tortas con cualquier cosa que se me pusiera por delante. Niños, perros, lagartos... Tus hermanos también se peleaban, ¿o no?

—Pero no de este modo.

—Vamos, vamos, Mariuzza —intervino Robert, poniéndole la mano en la espalda en un gesto de consuelo—. No te preocupes, encontraremos la manera de arreglarlo.

Sin embargo, la desesperación de su madre consiguió penetrar incluso en la furibunda conciencia de los dos hermanos, que abandonaron su guerra por un instante

y la miraron con idénticos ojos opalinos bajo unos paliduchos párpados ingleses. Sergio era un niño muy sensato, con una cara extrañamente sobredimensionada que le confería cierto aire de estatua, como si fuera el busto de algún catedrático o diplomático calvo del siglo XIX. Giuseppino, en cambio, era un crío menudo y rubicundo, siempre alerta, vigilante, que buscaba el conflicto en todo momento. Concetta lo levantó en brazos y se lo llevó fuera de la vista de su hermano, al otro lado del umbral, donde le cambió el pañal con una rapidez asombrosa y lo arrulló hasta conseguir calmarlo.

Aun así, pese a su buena mano con los bebés peleones, Concetta no era la de siempre. Maria-Grazia lo advirtió en aquel momento. Encorvaba ligeramente los hombros y su cara había perdido su buen color habitual. La muchacha tenía sus propios problemas. Durante toda la primavera, habían circulado rumores por la isla sobre ella y su padre, el *signor* Arcangelo.

Desde hacía algún tiempo, todos sabían que la caprichosa hija menor de Arcangelo era una deshonra para él. Concetta, según su padre, estaba en edad de llevar faldas por debajo de la rodilla y buscar marido. Y, sin embargo, se dedicaba a corretear por la isla con los hijos adolescentes de los pescadores, a encender fogatas y a zambullirse en el mar con pantalones cortos y deshilachados. Parecía haber dejado atrás los ataques de epilepsia que sufrió durante la infancia. Y, por si fuera poco, se negaba a que siguieran rezando por ella. Durante una de las disputas más acaloradas entre padre e hija, que se oyó por toda la parte sur del pueblo a través de las ventanas abiertas de Arcangelo, Concetta arrojó su rosario al patio y se declaró pagana, como Ágata la pescadora.

La cosa había seguido así desde la Epifanía hasta la festividad de la Presentación. Aquella noche, tras otra riña particularmente violenta, Concetta se rebeló. En pleno temporal de invierno, se marchó de la tienda de su padre con todas sus pertenencias en un pulcro saco de yute, enfiló la calle mayor, dejó atrás la fuente verde y recorrió el callejón de los Fazzoli, ascendió por una diminuta calleja con el grandilocuente nombre de Via Cavour, y se plantó ante la puerta de su tía abuela Onofria a las doce y cuarto de la noche. Durante aquella marcha solitaria, que al parecer el pueblo entero había presenciado desde detrás de las cortinas, nadie pasó por alto las marcas rojas — como travesaños en una escalera de mano — en la parte posterior de los brazos de la chica, ni los moratones bajo los ojos. Concetta jamás explicó cómo se lo había hecho y alegaba que habían surgido espontáneamente, como los estigmas de un santo, pero hasta el más tonto sabía que unas leves marcas de azotes en el brazo como aquellas significaban que los efectos del cinturón en la espalda serían mucho más terribles.

A partir de entonces, los isleños — que siempre habían dado la razón a Arcangelo — se pusieron de parte de Concetta, pues resultó que el tendero pegaba a su hija desde que era una cría. Y otros curiosos rumores salieron a la luz: la había obligado a dormir en el suelo, y la escondía en el armario del almacén o en el cuarto de baño exterior siempre que sufría un ataque para que no asustara a los clientes. Concetta no

hizo nada por desmentir o confirmar aquellos rumores. Se limitó a encerrarse en la habitación trasera de la casa de la viuda Onofria y se negó a volver a su casa.

—Me ha deshonrado —protestó un furioso Arcangelo ante *il conte*—. ¿No puede hacer algo? ¿Traerla de vuelta a casa? ¿Impedir que esas mentiras que se cuentan sobre mí sigan difundiéndose?

Sus otros hijos siempre habían sido muy obedientes: Filippo había seguido sus pasos y estaba ahora prácticamente a cargo de la tienda, lo que permitía a su padre retirarse con toda tranquilidad; y Santino, que trabajaba como capataz para *il conte*, se paseaba todo el día, para gran orgullo de su padre, sentado junto a d'Isantu en el único automóvil de la isla.

Al conde, sin embargo, le traían sin cuidado las penas de su antiguo amigo. Desde que Andrea se había marchado, iba de aquí para allá ensimismado, y casi nunca daba la impresión de escuchar.

—¿Acaso nadie ha pegado nunca a un crío testarudo? —se defendía Arcangelo—. ¿Es que nadie ha tenido nunca que castigar a uno de sus hijos? ¿Cómo pueden criticarme y despreciarme por haber reprendido a mi hija, siempre con el cariño, sin crueldad, con el único fin de ayudarla a encontrar el camino adecuado?

—Mi mujer y yo nunca le pusimos la mano encima a Andrea —fue la respuesta del *conte*—. Tendrás que arreglar tus problemas familiares tú solo. —En ese punto, decidió echarle una migaja de consuelo—: No obstante, me huelo que Concetta volverá cuando se muera de hambre. Sabe Dios que la viuda Onofria no tiene recursos para mantenerla.

Onofria, que figuraba entre los jornaleros del *conte* despedidos, era más pobre que las ratas y subsistía gracias a su ingenio y a la caridad a partes iguales.

—Sí —reconoció Arcangelo, más calmado—. Sí, esa idiota de Concetta volverá pronto, a tiempo para la visita de su primo Cesare por la festividad de Santa Ágata. Con un poco de suerte, este año el chico accederá a quitármela de encima. Ya está en edad de casarse.

—Afronta esta vergüenza —fue el consejo del *conte*— y ocúpate de Concetta cuando haya vuelto a casa.

Pero Concetta tenía otros planes. En aquel momento, arrodillada junto a Maria-Grazia, retenía por el cogote a Sergio con una mano y, con la otra, sujetaba a un Giuseppino que soltaba berridos.

—Quería hablarte de ese asunto con mi padre.

—Sí, *cara*, cuéntame.

Maria-Grazia le tenía cariño a la muchacha desde siempre. Concetta, avergonzada y ansiosa por primera vez en su vida, carraspeó un poco y anunció:

—Necesito trabajar si quiero mantenerme y ayudar a mi *zia* Onofria. Pero ¿quién va a emplearme después de este lío con mi padre? La gente no es tonta. Saben que es buen amigo del *conte*.

—¿Trabajar? —replicó Maria-Grazia—. ¿Y qué pasa con el colegio?

Concetta se irguió en toda su estatura.

—Acabé la escuela el verano pasado. Voy a cumplir dieciocho.

Dieciocho años. La niña había crecido y ella ni siquiera se había dado cuenta. Se sintió culpable cuando pensó en todas las palizas que ella no había advertido, en las extrañas marcas a las que siempre había restado importancia achacándolas a las salvajes aventuras de la chiquilla, siempre metida entre las chumberas y la maleza.

—Me gustaría trabajar en el bar —continuó Concetta—. ¿No podrías contratarme?

Maria-Grazia empezó a entender todo aquello.

—Sigue —accedió.

Concetta, a toda prisa, continuó:

—Necesitas ayuda, tú misma lo acabas de decir, tú y el *signor* Robert. Me encanta el bar y sé cómo llevarlo. Sé preparar café y chocolate, y también llevar las cuentas. También podría cuidar a Sergio y Giuseppino. Sería como Gesuina, que se ocupaba de ti y tus hermanos cuando erais muy pequeños, pero sin tener ciento veinte años ni estar ciega como ella, que en paz descanse.

Maria-Grazia sabía que sería un alivio tener a la muchacha por allí todos los días, como solía pasar cuando era pequeña.

—¡Por favor, Maria-Grazia, dime que sí! Ya has visto lo bien que he limpiado el trasero de Sergio hace un segundo.

—Era Giuseppino.

—No importa, ya aprenderé quién es quién. Por favor, dime que sí, Maria-Grazia.

—Sí —dijo Maria-Grazia.

—Claro que sí —añadió Robert—. Tienes que trabajar aquí, Concetta. Si Maria-Grazia está de acuerdo, puedes empezar ahora mismo.

El lunes siguiente, ataviada con un delantal negro nuevo —encargado especialmente a Pasqualina la costurera para que ciñera la estrecha cintura de la muchacha— y con su único vestido bueno planchado y perfumado con agua de lavanda, Concetta empezó a pasearse entre las mesas de la Casa al Borde de la Noche como camarera oficial. Un poco nerviosa, pero con un rubor de orgullo en las mejillas, llevaba los platos por encima de la cabeza con una gracia hasta entonces desconocida y escuchaba las órdenes de los turistas con las manos respetuosamente cruzadas.

—Un milagro —comentó Ágata la pescadora—. Concetta domesticada por vosotros, los Espósito, cuando todos la daban por perdida.

Entretanto, Arcangelo iba por ahí con cara de pocos amigos, consciente de que lo habían humillado ante todos sus vecinos.

Con la joven Concetta en la casa, las cosas comenzaron a calmarse. Aprendió a poner en su sitio a los niños al grito de «¡Basta!», como hiciera Gesuina, y los mantenía

entretenidos durante horas con disparatados juegos de su invención, hasta que quedaban tan agotados que olvidaban su enemistad. También los paseaba muy orgullosa por todo el pueblo en dos cochecitos idénticos que Robert había uncido con un palo de escoba, lo que permitía empujarlos al mismo tiempo y, a la vez, mantener una distancia prudencial entre ambos, puesto que bastaba con que uno viera al otro para provocarle una rabieta. Además, el bar nunca había estado tan bien atendido, pues Concetta prácticamente había crecido allí: era capaz de llevar una bandeja de bebidas en una mano, cargar con Sergio en plena pataleta con la otra y aun así cantarle a Maria-Grazia una comanda de doce pastelitos. Pero, por encima de todo, a Concetta le encantaba estar en la Casa al Borde de la Noche. Cuando volvía la vista atrás, Maria-Grazia no podía figurarse cómo se las habrían arreglado sin ella. Ahora, cada vez que ella y Robert podían dormir a pierna suelta por las noches o refugiarse en la pequeña habitación que daba a las palmeras y volver a ser, por unas horas, los amantes despreocupados que habían sido durante la guerra, dedicaba a la santa una plegaria silenciosa de agradecimiento por la muchacha.

Pocas veces volvió a verse al padre de Concetta detrás del mostrador de su tienda, que quedó en manos de su hijo Filippo. Pasaba los días en un solar vacío detrás de la antigua *tonnara* árabe, y había empleado a ‘Ncilino y Tonino, unos jóvenes pescadores y albañiles, para cavar.

—Otra casa —conjeturaba Ágata la pescadora—. El tipo está tan avergonzado por los chismorreos sobre su hija que ha decidido marcharse del pueblo.

—Otra tienda —aventuraban otros, puesto que no era ningún secreto que, desde la llegada de los turistas, las cosas marchaban muy bien en el comercio de Arcangelo, mejor incluso que en la Casa al Borde de la Noche.

Durante las noches claras de aquel verano, el sonido de los serruchos llegaría sin cesar desde el terreno cercano al embarcadero, pues Tonino y ‘Ncilino trabajaban hasta muy tarde para levantar las vigas.

La víspera de la festividad de Santa Ágata, atracó un barco con trabajadores de la isla vecina que comenzaron a descargar un cajón de embalaje tras otro. Arcangelo se apresuraba a ordenarles que se escondieran dentro del nuevo edificio, espantando a cualquiera que se detuviera a echar un vistazo. El último objeto en llegar fue una caja de madera muy larga, con forma de ataúd. Hasta altas horas de la noche se oyó a los forasteros haciendo agujeros. Al amanecer, cuando las mujeres de la isla empezaron a recoger entre los setos empapados de rocío pétalos de buganvilla y adelfa con los que preparar sus cestas para la lluvia de flores, algo resplandeció brevemente emitiendo destellos morados en la oscuridad, una suerte de fuego infernal y milagroso.

Por la mañana se hizo evidente qué se había traído entre manos Arcangelo. Un letrero de neón, el primero de la isla, colgaba en la entrada del nuevo edificio. Niños y mayores se detenían a contemplarlo, embelesados por su fuego líquido. El edificio tenía un nuevo tejado rojo y un balcón con muchas florituras. En la terraza de cemento, limpia como una patena, se habían dispuesto diez o doce mesas, y en el

interior los frigoríficos zumbaban, la radio emitía voces en inglés y una nueva máquina de helados resplandecía en la penumbra como un altar. El letrero de neón, al estilo americano, anunciaba el nombre del lugar: «Arcangelo's Beach Bar».

Maria-Grazia solo se percató de aquella novedad cuando fue a abrir, justo antes de la misa de santa Ágata, y se encontró su propio bar desierto. Normalmente, los isleños estaban ya esperando en el porche para tomar un vaso de *arancello* o de *limonata* antes de ir a la iglesia, en honor de la santa. Pero ese día no había ni rastro de los ancianos jugadores de *scopa*, y tampoco de los pescadores, con su cigarrillo en la oreja, ni de los tenderos, que solían rondar por allí para leer la prensa matutina. En el bar solo se oía el murmullo tranquilo de las olas. Robert, con un niño encajado en cada cadera, se asomó a través de la cortina.

—¿Qué pasa? ¿Se ha muerto alguien?

—No lo sé, *caro*.

Un poco inquieto, se inclinó hacia ella y la besó en la sien.

—No hay de qué preocuparse —lo tranquilizó Maria-Grazia—. Estoy segura de que habrá alguna explicación.

Pero Robert siguió dando muestras de nerviosismo. Le tendió a Giuseppino para que lo arrullara, dejó a Sergio bajo las mesas vacías, donde poco a poco iba aprendiendo a mantenerse en pie, y se quedó en el bar para hacerle compañía.

Ágata la pescadora y Bepe aparecieron media hora después.

—Hay algo que deberíais ver —anunció ella.

Muy seria, Ágata guio por el sendero de las chumberas a todos los Espósito —a Maria-Grazia y Robert, que iba con el cochecito de los bebés, a Concetta, que acababa de llegar, y a Pina y a Amedeo—. Desde detrás de un cactus, Maria-Grazia vio el letrero de neón de Arcangelo y una multitud de gente en la terraza de cemento. Oyó el estruendo de la música y el sonido de los vasos al brindar. Concetta se puso a llorar de rabia:

—¡Maldito sea mi padre! ¡Ese *stronzo* pretende arruinar la Casa al Borde de la Noche!

Sin embargo, al atardecer la Casa al Borde de la Noche volvió a llenarse. Con expresión avergonzada, los parroquianos fueron regresando en grupos pequeños y ocuparon sus sitios habituales. El baile en la terraza solo estaba un poco menos animado que de costumbre.

—Deberíais haber visto a qué precio nos ha cobrado los cafés el *signor* Arcangelo —se quejó la *signora* Valeria—. ¡Menuda tomadura de pelo!

Aun así, algunos se habían quedado en el nuevo bar de la playa. Poco antes del amanecer, Maria-Grazia y Robert se acercaron de nuevo al mirador. Atisbaron siluetas bailando allí también, cerca del mar, envueltas por el resplandor de la luz de neón.

«28 de junio de 1955 —apuntó Amedeo en su cuaderno rojo aquella mañana con la sensación de estar dejando constancia de un mal presagio—: inauguración del Arcangelo's Beach Bar».

Los Espósito se dieron cuenta de que debían responder al desafío que suponía la inauguración de un negocio rival.

—Necesitamos nuestra propia máquina de helados —sentenció Amedeo.

Dicho y hecho. Encargaron una heladera que pagaron con los fajos de billetes extranjeros que llenaban ahora la caja de caudales de la Casa al Borde de la Noche. Las ruinas arqueológicas seguían atrayendo visitantes que se instalaban en el porche de la mañana a la noche. Eran visitantes de piernas paliduchas, como todos los extranjeros, que disparaban sin reparo a los niños con sus cámaras parpadeantes y que se sentaban al sol incluso a mediodía ataviados con ropas de verano adquiridas especialmente para la ocasión: pantalones cortos de color ocre indecentemente arrugados, calcetines blancos y grandes pamelas, como si estuvieran explorando África. Y esos visitantes, que acudían a la isla por las excavaciones arqueológicas, resultarían una suerte de salvación, puesto que, sin ellos, ¿cómo iban a resistir dos bares en una isla de apenas ocho kilómetros?

Pidieron un catálogo de rótulos de neón al continente y lo estudiaron minuciosamente.

—Tenemos que hacer todo lo que haga él —opinaba Amedeo.

Pina veía las cosas de otro modo:

—Este es el bar auténtico, el de toda la vida. La gente seguirá viniendo.

Maria-Grazia era del mismo parecer, por lo que se decidió que no se colgaría ningún letrero luminoso en la fachada de la Casa al Borde de la Noche. No obstante, a partir de entonces, cada vez que el establecimiento estaba un poco de capa caída, o cuando escaseaban los arqueólogos, o cuando cualquier otra adversidad recaía sobre el bar, era cuestión de minutos que alguien alzara los ojos al cielo y culpara por lo bajo al *signor* Arcangelo. Aquello se convirtió en una broma íntima entre Maria-Grazia y Robert durante los primeros años de su matrimonio. Cada vez que se desvelaban en plena noche preocupados por un diente que le salía a Giuseppino o una fiebre que aquejaba a Sergio, o por un mes un poco flojo en el libro de cuentas, Maria-Grazia siempre conseguía arrancarle una carcajada reacia a su marido cuando murmuraba:

—Toda la culpa la tienen ese Arcangelo y su chiringuito.

Sergio y Giuseppino habían nacido en pleno auge de la prosperidad de la isla. A medida que crecían, Maria-Grazia se maravillaba de la vida que les había tocado vivir. Para ellos, las cuevas junto al mar siempre habían sido un yacimiento arqueológico con una caseta en la entrada donde Salvatore Mazzu, sentado en su silla, vendía billetes. No recordaban los tiempos en que el servicio de transbordador de Bepe aún no existía, ni cuando en toda la isla solo había un automóvil, como tampoco podían creer que el anfiteatro griego hubiera sido un pedregal donde pastaban las cabras (*il conte*, resuelto a sacar provecho de la creciente popularidad de Castellamare, había mandado excavar el terreno y cercarlo, y apostado a Santino Arcangelo en una caseta para que cobrase la entrada). Para Sergio y Giuseppino, la Casa al Borde de la Noche siempre había sido un sitio donde los extranjeros tomaban té en el porche y hacían fotografías. También a ojos de Maria-Grazia la isla volvía a parecer rebosante de oportunidades. Era Robert quien había logrado apaciguar sus inquietudes. Para él no existían mayores placeres que zambullirse en el mar junto a sus hijos las tardes de domingo, acurrucarse junto a la curva de la cintura de su mujer durante las noches calurosas oyendo los susurros de las palmeras al otro lado de la ventana o sentarse con ella en el porche tras una jornada de trabajo para cuadrar los números en el libro de contabilidad y compartir toda clase de ilusiones rutilantes. Sus anhelos eran enternecedores de tan modestos.

—Los chicos podrían hacer la secundaria en la Italia peninsular —fantaseaba durante aquellas noches—, y tú podrías convertir este bar en un sitio con aire acondicionado y televisor, mejor que el de Arcangelo.

Durante aquellos años de modernización, Castellamare había adquirido muchas curiosidades del continente, entre ellas un televisor. Bepe el barquero había ganado tanto dinero con su nuevo servicio de transbordador que no se le ocurría nada sensato en que gastarlo, según los chismorreos de los clientes más ancianos del bar, y compró uno en una tienda de electrodomésticos de Siracusa. El televisor cruzó el mar en una caja de madera rellena con papel de periódico, como si de una reliquia arqueológica se tratara. Unos técnicos de Sicilia instalaron una antena en el tejado de su casa azul, detrás de la iglesia, y desde entonces los isleños se reunían en el antiguo salón de la madre de Bepe, con sus cortinas de terciopelo y sus figuritas de santos afligidos, para ver a extranjeros en blanco y negro que se deslizaban precariamente de un lado a otro de la pantalla e informaban de las noticias. («Pensaba que hablarían en nuestro dialecto —decía Ágata la pescadora un tanto decepcionada—. Al menos alguno de ellos...»).

En la televisión de Bepe, Sergio y Giuseppino, arrebujados entre las rodillas de sus padres, vieron el funeral de Estado del *signor* Kennedy, el presidente

estadounidense. Aquel día les prometieron a ambos que, cuando los extranjeros que lanzaban cohetes al espacio, los *russi* y los *americani*, consiguieran llegar a la Luna, también podrían verlo retransmitido. Maria-Grazia se asombraba al pensar que, en aquella misma isla donde ella había cogido caracoles y achicoria para el té, donde Robert había estado postrado y febril porque no había penicilina, sus hijos fueran a ver al hombre catapultado al espacio. Sin embargo, como siempre veía el mundo exterior a través del televisor de Bepe o de los periódicos, le costaba no imaginar en blanco y negro todos los lugares del mundo que no fueran Castellamare.

El bar contaba ahora con una máquina heladera y frigoríficos modernos que emitían un ronroneo fresco y recogían la condensación. A veces, los turistas abrían las puertas de las neveras y se quedaban allí plantados, concediéndose un instante de alivio, en busca del frío de su norte natal. Entretanto, Bepe sustituyó su pequeña transbordadora por un moderno *ferry* de fondo plano, el *Santa Maria del Mare*, con capacidad para transportar cinco coches.

Las esperanzas de los isleños se hincharon hasta convertirse en espejismos desmesurados y vertiginosos.

—Quizá tengamos discotecas, como en París —soñaban los pescadores más jóvenes en un rincón de la Casa al Borde de la Noche.

—Y toda una calle de bares, no solo estos dos tan anticuados y llenos de jugadores de dominó. Y una buena tienda de ropa de Milán.

Ya casi nadie se conformaba con la ropa de siempre, que llegaba de Sicilia envuelta en papel de estraza o se compraba en la mercería de la viuda Valeria, en cuyo escaparate colgaban, a veces durante décadas, los mismos calcetines, calzoncillos y pantalones de luto ya descoloridos.

Al final, lo que sí llegó a la isla fue una caja de ahorros.

Nadie recordaba que en Castellamare hubiera habido jamás un banco. A veces, la familia Arcangelo había adelantado dinero a los vecinos para reparar el tejado o comprar una red de pescar; también los antepasados de Pierino habían organizado una especie de tinglado por medio del cual prestaban barcas y redes a quienes habían perdido las suyas, quedándose con la mitad de la pesca y sin asumir ningún riesgo; incluso en cierta ocasión los primos de la familia Mazzu, ya fallecidos, habían alquilado trajes de luto a diez liras la hora —aprovechándose de los eternos velatorios del siglo XIX— para sacar veinte veces más de lo que habían invertido en comprarlos. Pero a pesar de que la isla había conocido en otros tiempos todas esas variaciones del capitalismo, un banco era harina de otro costal.

—No lo necesitamos —sentenció Ágata la pescadora—. ¿No nos las hemos apañado siempre entre nosotros?

Desde tiempos inmemoriales, los isleños guardaban lo que ganaban en cajitas metálicas —raras veces con candado— y bajo el colchón. Era igual de corriente cobrar en atunes o en aceite que en dinero contante y sonante, y a la población de la isla jamás le había faltado ni la comida ni un techo con ese sistema.

—No como a esos *americani*, con su Gran Depresión —añadió Ágata la pescadora con gravedad.

Pero a partir de ese momento habría un banco en la isla, un edificio con cristaleras relucientes y pomos dorados levantado sobre los restos de la casa de Gesuina en la plaza, justo enfrente de la Casa al Borde de la Noche, como si la desafiara a través del polvo y el sol.

Todo había empezado con la muerte del *conte*. El antiguo enemigo de Amedeo había fallecido discretamente en el verano de 1964, sin ceremonias ni preámbulos, mientras conducía su viejo automóvil. Hicieron falta ocho hombres y tres burros para sacar el vehículo de la zanja donde se había estrellado, pero el cuerpo del *conte* estaba intacto, sin una sola cicatriz. Tenía todo el aspecto de haberse quedado dormido al volante.

Lo enterraron con honores, con el féretro rodeado de porteadores de guantes blancos venidos del continente, otros *duces* y *contes* del mundo pasajero en el que había nacido. Su amigo, el viejo doctor, leyó el panegírico. Carmela, sin derramar una lágrima y oculta tras su antiguo velo de luto, permaneció sola en la cabecera de la tumba.

Y entonces, demasiado tarde para el funeral, Andrea d'Isantu volvió a casa. Maria-Grazia no lo vio ese primer día, puesto que llegó entrada la noche y se encerró directamente en la villa con su madre. Pero los parroquianos del bar informaron de que ahora vestía un traje lustroso y llevaba gafas sin montura, como los extranjeros. En el muelle, los ancianos jornaleros del *conte*, los que aún vivían, le habían regalado una sortija de sello que había pertenecido a su padre, aunque hubo ciertas discrepancias —alguien gritó algo sobre el fantasma de Pierino—. Carmela se aferró al brazo de su hijo. La finca, o lo que quedaba de ella, pasaría ahora a manos de Andrea. Al día siguiente en la iglesia, la *contessa* no ocultaba su regocijo por el regreso de su único vástago.

—Mi niño... Mi niño hermoso... Bendita sea santa Ágata y benditos todos los santos —balbuceaba para vergüenza de las viudas del Comité de Santa Ágata, quienes lo encontraban escandaloso teniendo en cuenta el reciente fallecimiento de su marido.

—Tiene intención de quedarse —anunció Tonino, el albañil, a la multitud congregada en el bar—. Nos ha pagado a 'Ncilino y a mí para que arreglemos la mitad de sus casas vacías. Tenemos tanto dinero que vamos a renovar nuestras herramientas y comprar un juego de escaleras nuevo.

Maria-Grazia no habría sabido explicar qué la hacía sentir incómoda ni por qué, y cuando Robert le preguntó a qué venía toda esa cháchara sobre el regreso del hijo del *conte*, no supo qué contestar. Su marido sabía que ese hombre había estado enamorado de ella, pero era algo que no lo molestaba. ¿Por qué la atemorizaba, entonces, el regreso de Andrea?

Los albañiles que se ocupaban de las casas de d'Isantu no tardaron en verse

obligados a emplear a la mitad de los jornaleros en paro de la isla. Para cuando acabó el verano, Tonino y ‘Ncilino no solo pudieron permitirse comprar las cajas de herramientas y las escaleras, sino también una camioneta para transportarlas y una hectárea de terreno donde aparcarla. El hijo del *conte* había vuelto convertido en un hombre rico, y tenía grandes planes para el futuro de la isla.

El banco, con las ventanas cubiertas y un letrero con los colores del sol y del mar envuelto en una sábana, despertaba a la vez interés y sospechas. La víspera de la festividad de Santa Ágata, cuando nadie sabía aún qué sería aquel nuevo edificio, Andrea d’Isantu anunció la gran inauguración. Temeroso de plantarse ante los isleños (o eso decían los ancianos jugadores de *scopa*), envió a su madre para que hiciera los honores en su lugar. Carmela se situó ante la puerta frente a los vecinos, con su desvaído traje de color berenjena, y cortó por la mitad una cinta azul celeste. El capataz Santino y su padre Arcangelo se apresuraron a retirar la polvorienta sábana del rótulo para dejar a la vista las letras: «SOCIEDAD DE AHORRO Y CRÉDITO DE CASTELLAMARE».

—Todos habéis empezado ya a beneficiaros del interés de los turistas en nuestra querida isla —anunció Carmela, imitando el estridente estilo oratorio del *conte*—. A partir de ahora, tendréis un lugar seguro donde invertir vuestras nuevas riquezas, y si alguien desea cambiar su vieja casa por una más moderna, solo tiene que acudir a nosotros e intentaremos prestarle el dinero que haga falta.

Filippo Arcangelo fue el primer cliente. Cada tarde se presentaba en la caja, nervioso, llevando sus ganancias en un saco de arpillera. Poco después, el panadero y la florista siguieron sus pasos. Y cuando Ágata la pescadora, intimidada por primera vez en su vida ante los empleados venidos de Sicilia con sus trajes impecables, preguntó si podrían concederle un pequeño préstamo para reparar los daños que el terremoto había causado en el suelo de su casa, el banco de Andrea d’Isantu le ofreció la cantidad suficiente para derruirla y levantar una nueva de hormigón —con la posibilidad de devolverlo más adelante y sin comisiones—, pues Ágata la pescadora había accedido a formar parte en calidad de socia del negocio de Bepe y su *ferry* y se encargaba de llevar las cuentas, de gestionar las reservas y de pilotar el transbordador en una cuarta parte de los trayectos. No tardaría en ser tan rica como él.

—¡Como si fuera a echar abajo la casa que construyó mi bisabuelo! —Fue su mordaz respuesta—. Pero aceptaré el dinero que me hace falta para arreglar el suelo, eso sí. Ya estoy cansada de que los días de lluvia me entre el agua en casa.

Y entonces empezó a correr la voz de que la caja de Andrea d’Isantu no solo concedía préstamos a los amigos de su padre, sino a todos sin discriminación. Y aunque Ágata la pescadora estuviera muy satisfecha con la casa de su bisabuelo, a pesar de sus corrientes de aire y sus nidos de lagartijas en las paredes, otros aprovecharon la oportunidad para deshacerse de los cuchitriles ancestrales que habitaban desde hacía décadas. En Castellamare, la vivienda siempre había funcionado por herencia, en una especie de lotería de nacimiento: eras un afortunado

cuando te tocaba una casa con ventanas grandes y bonitas vistas al mar, pero si era pequeña y oscura, como la de Bepe —la de detrás de la iglesia que heredó de su difunta madre—, te lamentabas y la arreglabas como buenamente podías. Y si no había descendientes para heredarla, o había tantos y repartidos en tantos países extranjeros que no se ponían de acuerdo en cómo dividirla, entonces la casa permanecía vacía, sin valor, hasta que los postigos cedían y las enredaderas invadían el revoltijo de escombros del interior. Eso había pasado con la casita de Gesuina, antes de que el banco ocupara su lugar. Sin embargo, según anunció el nuevo *conte*, ahora cualquiera que tuviera un buen empleo y ahorros en su banco podría solicitar un préstamo hipotecario para adquirir un terreno vacío y construirse una villa de hormigón.

—¿No deberíamos meter nuestros ahorros en esta nueva sociedad? —sugirió Robert una noche, acariciando la muñeca de Maria-Grazia—. No hago más que tropezarme con cajas y sobres llenos de billetes por toda la casa. Nos estamos haciendo ricos, *cara*. La semana pasada, sin ir más lejos, me encontré una botella con liras antiguas entre la pared y el lateral de la cama.

Los ahorros que ella había ido guardando para una posible escapada... Casi los había olvidado. Alargó la mano hacia el borde de la cama, recuperó la botella y la destapó; brotó un leve aroma a Campari y a polvo. Con ayuda de una horquilla doblada, fue sacando lira tras lira en una suerte de riada de billetes.

—¿Para qué eran? —quiso saber Robert.

Maria-Grazia sonrió al acordarse, y se lo contó.

—Pero, *cara* —murmuró él medio en broma—, ¿cómo pudiste desear alguna vez marcharte de este lugar?

Cuando regresó a la cama, Robert la atrajo hacia él, como si tuviera frío.

—¿Y bien? ¿Qué opinas de lo que he dicho antes? Lo de la caja de ahorros.

—No —zanjó ella—. No quiero meter el dinero ahí.

—A mí no me importaría que lo hicieras —repuso él—, no me supone ningún problema que tengas tratos con d'Isantu. No lo temo.

Algunas veces, cuando Robert hablaba en italiano, aún le salían esa clase de expresiones curiosas: «No lo temo». Tan fuerte y moreno como ella, con sus espaldas de pescador de andar de aquí para allá todo el día con los niños, ¿qué miedo podía tenerle su marido al nuevo *conte*, con su pierna hecha trizas, su tez cetrina y sus andares vacilantes de viejo? Le besó una mano, y luego la otra.

—*Lo so, caro*. Ya lo sé.

Aun así, Maria-Grazia no metió los ahorros del bar en el banco.

—Hay una razón por la que se llama «sociedad de ahorro y crédito» —advirtió Amedeo, que lanzó un jarro de agua fría sobre la ilusión que había inundado el bar aquellos últimos días (pues le resultaba muy difícil mostrarse benévolo con cualquier asunto relacionado con su viejo enemigo *signor il conte*)—. Andrea d'Isantu acepta vuestro dinero con una mano y lo presta con la otra. Veamos, si Arcangelo mete sus

ingresos del mes en el banco, cien mil liras, pongamos... —Movi6 unos cuantos saleros para ilustrar su ejemplo—, el *signor* d'Isantu solo tiene que coger esas mismas cien mil liras y prestárselas a Ágata *la pescatrice* para que arregle su suelo. Ella se lo devolverá con un interés elevado, y él le pagará a Arcangelo uno muy bajo. Y la diferencia, para él. Eso es lo que hace.

—Sea lo que sea —intervino Ágata la pescadora—, funciona. Y durante el tiempo que ha pasado fuera, se ha hecho aún más rico que su padre.

Andrea d'Isantu había emprendido reformas en la villa familiar. Había ordenado instalar electricidad en todas las estancias, echar abajo los destartalados edificios anexos y cambiar los postigos desvencijados por otros nuevos. Había mandado el antiguo automóvil al chatarrero y Carmela se paseaba ahora en una ranchera de Alemania Occidental —cuyo motor rugía de forma espectacular— traída especialmente en el *ferry* de Bepe.

En cuanto al nuevo *conte*, permanecía enclaustrado en la villa, donde nadie podía verlo.

Pina también despotricaba contra todos esos progresos.

—Esa hilera de casas de hormigón... No valen un comino. No pueden compararse con las del pueblo, las antiguas. El primer terremoto que venga las echará abajo. Además, dentro de poco ya no quedarán vistas al mar, ni bahía, ni tierra para que pasten las cabras; al final habrá más turistas que isleños. Y este nuevo *conte*, con sus maneras de señorito de ciudad, será el dueño de todo.

Pero Maria-Grazia no podía negar que ahora el dinero fluía con más alegría en el bar, que la caja registradora se llenaba cada vez más rápido (aunque cada viernes siguiera vaciándola y metiendo el contenido tras las estanterías, en los colchones o bajo las almohadas, y no en el banco del *conte*). Pintaron las paredes, cambiaron la cafetera y le subieron el salario a Concetta, quien pudo permitirse renovar el mobiliario de la casa de *zia* Onofria, pintar la fachada de azul celeste y plantar unos cuantos naranjos en el jardín delantero. Entretanto, todos los sábados Robert pasaba horas dando una nueva capa de pintura a las habitaciones de Tullio y Aurelio —pues Amedeo las había cedido finalmente para Sergio y Giuseppino—, charlaba con el carpintero sobre los nuevos muebles que debería hacer a medida, lijaba marcos y puertas y enceraba el suelo de madera hasta dejarlo reluciente.

En todos los meses que Andrea pasó en la isla durante aquella primera visita, Maria-Grazia no lo vio ni una sola vez. A principios de la segunda semana, una mañana muy temprano se había plantado ante la entrada de la villa, donde tocó la campanilla sin tener del todo clara su intención. Transcurrieron entre cinco o diez minutos antes de que el capataz Santino Arcangelo apareciera tras el portón de hierro forjado.

—Sì? ¿Qué quieres?

—He venido a ver al *signor* d'Isantu —contestó ella.

Santino se marchó. Recorrió sin apresurarse el sendero de vuelta hacia la casa, deteniéndose a intervalos para azotar las hierbas altas con un palo, como para demostrarle que no tenía la más mínima intención de darse prisa. Tardó veinticinco minutos en regresar y, cuando lo hizo, lucía una peculiar expresión de satisfacción y desdén.

—No quiere verte —anunció desde el otro lado del portón—. Debes irte ahora mismo, Maria-Grazia Espósito. *Signor il conte* no tiene nada que decirte.

De regreso a casa, Maria-Grazia se preguntó por qué le daba la sensación de que sus pies fueran de plomo. De todos modos, ¿qué le habría dicho a Andrea d'Isantu? Llevaban quince años sin hablarse. Le habría gustado que supiera que nunca había pensado mal de él tras su confesión sobre la paliza a Pierino, que Flavio era feliz en Inglaterra, a juzgar por sus misivas sin signos de puntuación, que el fantasma del pescador no había vuelto a ser visto en la isla salvo bajo la influencia del potente *limettacello* de la viuda Valeria. En definitiva, le habría gustado decirle que todo iba bien, pero ¿de dónde habría sacado las palabras para contarle todo eso?

Cuando llegó al bar, se encontró a Robert en el patio mediando en una riña entre Sergio y Giuseppino, con el fino cabello casi apuntando al cielo bajo la fuerte brisa primaveral.

—Sé de dónde vienes —le dijo Amedeo en voz baja—. Ya lo sabe toda la isla. Ten cuidado, *cara*. Tu marido es un buen hombre que ni siquiera te pide explicaciones.

—¡Pues maldita sea esta isla! —replicó con ira Maria-Grazia—. ¡Y al infierno con los cotillas y los espías! ¿No tienen nada mejor que hacer? ¿Siempre tienen que andar metiendo las narices en los asuntos de los demás?

Entonces, por primera vez en su vida, se peleó con su padre.

—No entiendo qué tienes que decirle a ese hombre —dijo Amedeo—. Ni qué tejemanejes te traes visitándolo al amanecer, a escondidas y vestida con tus mejores galas. Y mientras, tu marido ocupándose de los niños, atendiendo el bar...

—Él no desconfía de mí, papá. ¡Quizá deberías hacer lo mismo!

—Robert tiene más paciencia que santa Ágata. Y todos lo sabemos.

—*Cazzo!* ¿Es que tengo que informarte de todo lo que hago? Aparte de mi padre, ¿eres también mi carcelero? —exclamó dolida.

Aquello era injusto, hasta ella misma se dio cuenta, pero para ahorrarse la humillación de pedir perdón, se alejó a grandes zancadas, entró en el bar y encendió la cafetera en pleno arrebató de furia.

La disputa continuó en murmullos en el bar durante todo el día y solo se arregló al atardecer, cuando Maria-Grazia vio a Robert dirigirse hacia ella a través de la plaza con la silueta un poco distorsionada por el calor y un niño al final de cada brazo. Corrió a su encuentro y enterró la cara en su cuello.

—Lo siento, lo siento mucho... No pretendía nada yendo a visitarlo —se

disculpó.

—Ya lo sé —la tranquilizó Robert.

Amedeo, que había presenciado la escena, le dio unas palmaditas en el brazo a su hija cuando esta regresó a la barra y decidió no volver a pronunciar palabra sobre el chico del *conte*.

Al cabo de unos meses, Andrea d'Isantu volvió a marcharse. Maria-Grazia no llegó a verlo. Durante los años siguientes, le costó creer que realmente hubiera estado en la isla; lo imaginaba tan solo como una silueta en la penumbra, que aparecía y se desvanecía como el fantasma de Pierino.

Las reformas que Andrea había puesto en marcha, no obstante, sí que eran reales. Por ejemplo, en la cuestión del alojamiento para los turistas. Hasta entonces, los visitantes estaban obligados a emprender un arduo peregrinaje para llegar a la isla, casi como devotos de la santa. Para llegar hasta allí desde los puntos más cercanos de la vecina Sicilia, Noto y Siracusa, la mayoría había tenido que viajar primero durante un día entero, ya fuera desde los aeropuertos de Catania o de Palermo o en barcos muy lentos desde algún puerto del norte. Así, normalmente, quienes visitaban Castellamare tenían cierta madera de exploradores, estaban interesados en la historia de la necrópolis y se esforzaban en chapurrear un poco de italiano.

—Si por lo menos hubiera un campo de aviación como es debido en la isla, o allí enfrente, en Siracusa... —decía Bepe.

Los pescadores extranjeros le habían contado que ahora desde Londres o París podía accederse mediante cortos trayectos en aviones con aire acondicionado a varias islas griegas que atraían a miles y miles de turistas a sus aguas azules.

De vez en cuando, durante aquella embriagadora época de progreso, enormes buques blancos de pasajeros surcaban el horizonte llenando el aire marino con su sirena atronadora y provocando vítores de júbilo entre los niños. Con los prismáticos de los Balillas de Flavio, incluso se alcanzaba a ver cabecitas doradas con gafas de sol moviéndose por la cubierta o cuerpos rosados y larguiruchos tendidos en las tumbonas.

—Ojalá pararan aquí —decía Giuseppino.

Ambos hijos de Maria-Grazia sentían fascinación por los turistas, con su aire de otros lugares y sus idiomas del norte, enérgicos y raudos, que parecían hablar de ciudades donde sucedían cosas importantes, donde las cosas había que decir las de prisa, a diferencia del dialecto de la isla, que por su propia naturaleza parecía arrastrar las ideas describiendo círculos épicos y fatigosos.

Se rumoreaba que el nuevo *conte* había comprado la antigua granja de los Mazzu, o lo que quedaba de ella, puesto que estaba en ruinas desde que el viejo había muerto y el último de sus hijos se había marchado a América. Por cuenta de su hijo, Carmela había empleado a albañiles de Sicilia para que cavaran en el que siempre había sido el

mejor campo de la isla, el más llano y con vistas al embarcadero. Luego derribaron la antigua casa de los Mazzu.

—Pondría la mano en el fuego a que están construyendo otra villa —se quejó Tonino. Estaba molesto por que no lo hubieran tenido en cuenta para el trabajo, que se habían llevado esos forasteros con sus hormigoneras modernas—. Cuando hayan terminado, seguro que nuestro nuevo *conte* se instala ahí con su madre y echan abajo la antigua villa.

—No si yo tengo algo que decir al respecto —intervino Pina—. Resulta que la mitad de los turistas se detienen a contemplar la villa del conde. ¿Acaso no sabes que tiene influencias normandas, Tonino? Es uno de los edificios más antiguos de la isla.

La nueva construcción, una suerte de aparición de cemento rosa, avanzaba paulatinamente. Al atardecer, la luz incidía en sus pilares desnudos y sus vigas de acero convirtiéndola en una silueta bruñida. Durante el día, los obreros trabajaban bajo el sol abrasador. La edificación adquirió no solo balcones y cornisas, sino también una piscina con forma de riñón y el fondo pintado de azul, un jardín con palmeras que se envolvieron en papel de estraza para protegerlas hasta que el polvo de la obra se hubiera posado y, en la parte trasera, a la sombra, un terreno cubierto de cemento para que los automóviles pudieran aparcar. Las plazas de ese aparcamiento a la americana, informó Concetta, que había ido a espiar, eran muy amplias, para automóviles extranjeros, el doble de grandes que los pequeños Cinquecentos y los motocarros Ape que se usaban en la isla. ¿Por qué iba a necesitar el nuevo *conte* tantas plazas para sus invitados (suponiendo que tuviera agallas para volver a la isla por segunda vez, como decían entre dientes los viejos jugadores de *scopa*)? Desde la muerte de su padre no los había visitado ni un alma, ni a Carmela ni a él. Aquella mole se erguía imponente sobre la hilera de pequeñas villas de hormigón que, desde el porche del bar, no se veían mayores que paquetes de cigarrillos. El verano siguiente, el nuevo edificio estaba listo para abrir sus puertas.

Nadie tenía claro para qué iba a servir.

—Es la nueva residencia de verano de *la signora contessa* —conjeturó Ágata la pescadora—. En abril bajará por la colina en ese coche suyo para pasar el verano junto al mar, y así se ahorrará los quince minutos de curvas de ida y vuelta cada día.

Pues Santino Arcangelo llevaba a diario a Carmela, en el coche alemán, a su sitio favorito al fondo de la bahía, donde se sentaba sola bajo una sombrilla y se embadurnaba de crema los brazos apergaminados.

—Estos ricos se gastan el dinero en cada cosa... —dijo Bepe.

—En televisores, por ejemplo —lo chinchó Ágata la pescadora.

—Es otro bar —terció Concetta—. *Il conte* pretende hundir nuestro negocio, como Arcangelo.

El edificio rosa dominaba el horizonte, con sus puertas abiertas y su aparcamiento desierto.

—Es un hotel —anunció Tonino aquella noche, zanjando la cuestión—. He visto

el letrero y un pequeño mostrador de recepción con una campanilla de latón.

En la isla nunca se habían ofrecido tantos empleos como durante las semanas previas a la inauguración del hotel. Había que limpiar y sacar brillo, y regar con manguera el césped del nuevo establecimiento («Un desperdicio lamentable», protestaba Pina); había que acarrear las camas, los armarios y las mesas del comedor que el nuevo *conte* había encargado en la isla vecina; había que preparar exquisiteces de la zona y platos extranjeros en la enorme cocina metálica. Incluso contrataron a la antigua banda de la isla para aportar un toque de sabor local. Una mañana, cuando los isleños despertaron, vieron un inmenso transatlántico blanco flotando cerca del muelle como si fuera una aparición, anclado en las apacibles aguas de la bahía. Los niños corrieron a su encuentro, y mientras daban brincos, la banda se lanzó con nerviosismo a interpretar su repertorio de canciones de la isla. Cuando los llevaron hasta la orilla, los visitantes desembarcaron aferrados a maletas, bolsas y baúles como si los hubiesen rescatado de algún desastre en alta mar, farfullando en sus extraños idiomas norteños y sin saber muy bien si dejar una propina al barquero del *ferry* o dar monedas a los niños.

En ese punto surgió un problema. Aquellos nuevos turistas preferían la sala con aire acondicionado y la terraza con luz de neón del Arcangelo's Beach Bar al oscuro y vetusto interior de la Casa al Borde de la Noche. El hotel del *conte* había cercado una sección de la bahía para ellos, y allí se instalaban en tumbonas de plástico. El bar de la playa les servía allí mismo cócteles americanos y *whisky* en finos vasos de cristal, de modo que, entre los lujos del hotel y el establecimiento climatizado de Arcangelo, aquel nuevo tipo de turistas no tenía necesidad alguna de emprender la calurosa subida hasta el pueblo.

—No me entra en la cabeza que alguien prefiera ese bar, teniendo este aquí — sostenía Bepe—. Arcangelo cobra ciento cincuenta liras por su café, que encima sabe a pis de burro.

—Ve en busca de los turistas, Maria-Grazia —insistía Robert, mostrando interés por el bien de su mujer—. Anímalos a venir aquí. Les encantará la isla, igual que a mí cuando la vi por primera vez, pero tienes que convencerlos.

Finalmente, una mañana, una pareja de turistas del *conte* osó enfrentarse a la cuesta y subir hasta el pueblo. Se los vio deambular inquietos en torno a la palmera de la plaza justo después de que las campanas llamaran a misa. Maria-Grazia se armó de valor y se asomó a la puerta.

—Bienvenidos —dijo en inglés—. Adelante.

Tras una acalorada discusión, la pareja cruzó el umbral del bar.

—¿Café? —ofreció Maria-Grazia—. ¿Té? ¿Pastelitos?

Los recién llegados, con su pelo dorado y la tez ligeramente enrojecida por el sol, echaron un vistazo a los ancianos que jugaban a *scopa* en el rincón, a la vieja radio, sintonizada en una emisora siciliana, a las sudorosas vitrinas frigoríficas, repletas de bolas de arroz y pastelitos, a la cafetera. El hombre hizo un gesto como si abriera un libro.

—¿Menú? —preguntó.

—No tenemos —explicó Maria-Grazia—. Pero les prepararemos lo que deseen. ¿Un café, tal vez? ¿Una bola de arroz?

El hombre negó con la cabeza y terminó por preguntar cuánto costaba un té.

—Treinta liras —respondió Maria-Grazia—. Tres centavos estadounidenses.

Pero la pareja, después de dirigir un último vistazo a las bolas de arroz, volvió a negar con la cabeza y se marchó.

Según Bepe, la Casa al Borde de la Noche era demasiado barata.

—Arcangelo tiene dos listas de precios: una para los turistas y otra para los pescadores.

—No podemos hacer eso —protestó Robert, escandalizado ante semejante afrenta a la honestidad de su mujer—. La Casa al Borde de la Noche no es esa clase de negocio.

—A los turistas no les gusta pagar menos de lo que esperan. Lo habéis visto con vuestros propios ojos con los que se sientan en vuestra terraza, los *arqueológicos* que vienen a visitar las cuevas. Ya habéis visto qué propinas dejan: pagan treinta liras por un café y dejan ochenta de regalo. Les cobráis menos de lo que esperan y creen que les ofrecéis un café de mala calidad. O peor incluso, que vivís en la pobreza, como los cabreros de antes de la guerra, y cualquiera de las dos cosas los hace sentir incómodos, Mariuzza.

—Me niego a cobrar precios diferentes. No sería correcto —zanjó Maria-Grazia. Arcangelo, en cambio, tenía el negocio asegurado con sus dos listas de precios.

Como bien había observado Amedeo, Robert tenía en efecto la paciencia de santa Ágata. Se había hecho evidente durante los primeros años de vida de los niños. Estaba claro que, tras haber tenido que esperar cinco años para regresar a la isla — habiendo pasado tres de ellos en una prisión militar— y después de aguardar otros cinco para convertirse en el esposo de Maria-Grazia, unas simples riñas infantiles no iban a doblegar su tenacidad. Cada vez que sus hijos se peleaban, él dejaba que se desahogaran y escuchaba con calma los argumentos de cada uno, actuaba como mediador e imponía castigos sin perder la compostura, inflexible como lo había sido la maestra Pina Vella ante las disputas de sus alumnos. Y tras aquellas tardes agotadoras, aún le quedaban fuerzas para estrechar a su mujer entre sus brazos detrás de la barra o tararear canciones de la isla mientras despejaba las mesas; Maria-Grazia, en cambio, perdía los nervios con solo oír a los niños.

Quizá la paciencia de Robert fuera precisamente el problema. Quizá si no hubiera sido tan tolerante con la rivalidad entre los niños, si le hubiera afectado un poco más, Sergio y Giuseppino se habrían portado mejor. Aunque también podrían haber sido mucho peores.

Por su parte, Amedeo, que parecía haber olvidado las crueles batallas que sus tres hijos libraban en el patio o en los pasillos de la Casa al Borde de la Noche, caía presa de una especie de calentura cada vez que veía a sus nietos chincharse mutuamente. Quería a Sergio y a Giuseppino con más pasión de la que había sentido por sus propios hijos —con excepción de Maria-Grazia, tal vez—, y aun así los dos hermanos tenían una capacidad mucho mayor de sacarlo de sus casillas.

Cuando Sergio tenía cuatro años, era habitual encontrarlo pasando las páginas del cuaderno de historias de su abuelo. Su hermano, que solo tenía tres, había empezado incluso a descifrar las palabras. Con el deseo de ser equitativo, Amedeo les leía a ambos aquellas historias en el porche y los atiborraba de helado y cuentos a partes iguales. Sergio escuchaba con la mirada clavada en el horizonte, mientras se llevaba a la boca, ensimismado, cucharadas de helado que de vez en cuando le caían por la pechera. Giuseppino, por su parte, balanceaba las piernas en la silla y se negaba a quedarse quieto. Se mecía sin cesar, hasta que acababa por propinar una patada a su hermano y la sesión de cuentos se desvanecía entre gritos de rabia. Pese a todo, cuando Amedeo interrogaba a Giuseppino sobre las historias, este las recordaba a la perfección y era capaz de repetir las casi al detalle: «Esa era la del loro, el que entró volando por la ventana y le contó a la chica que diez caballos blancos y diez jinetes con armaduras negras partían al galope hacia la guerra».

—Este Giuseppino es un crío inteligente —comentó Amedeo.

—Los dos lo son —corrigió Maria-Grazia—. Ambos por igual.

—Sí, claro que sí, mis nietos son muy inteligentes. No quería decir eso — rectificó Amedeo, consciente de que había herido el orgullo maternal de su hija.

Pero quizá eso, que los trataran siempre igual, fuera precisamente parte del problema. Pues aquellos críos parecían a veces muy distintos, como si fueran hermanos por alguna casualidad, no por lazos de sangre.

Desde que empezaron a ir la escuela, Sergio recibía halagos por ser un buen estudiante. Era cierto que sacaba las mejores notas, Amedeo lo sabía porque había anotado rigurosamente todas y cada una de las victorias e hitos de las vidas de sus nietos: «Sergio ya mide sesenta y cinco centímetros», escribiría satisfecho en su cuaderno para añadir después la fecha, o «Primera comida sólida de Giuseppino: un guisante y una cucharada de puré de *carciofo*». Más adelante, cuando ya estaban en el colegio, anotó: «Sergio: un siete en aritmética (sumas y restas)»; «Sergio elegido responsable de los lápices de la clase. Curso 1961-1962»; «Giuseppino gana el trofeo en la carrera del día del deporte». En todas las disciplinas, excepto en las de índole deportiva, Sergio se llevaba la palma. Sin embargo, era Giuseppino —un atleta formidable como su padre— quien daba la impresión de ser más inteligente, quien parecía absorberlo todo con su mirada lánguida, como si fuera capaz de aventajarlos a todos sin tomarse la molestia de intentarlo.

En su Primera Comunión, Amedeo les regaló, medio en broma medio en serio, un libro ilustrado para niños con el cuento siciliano de *Los dos hermanos*. Lo había encargado a una librería de Siracusa y llegó envuelto en un papel rojo.

La historia les encantó, como Amedeo había supuesto. Cierto que los episodios de la serpiente marina y la bruja les gustaron más que la milagrosa reconciliación, que era la parte que su abuelo había esperado que captara más su atención y les revelase hasta qué punto era inútil su agotadora rivalidad. Aun así, Amedeo estaba convencido de que eso llegaría con el tiempo.

—El héroe es el pequeño —sostenía Giuseppino—. Es el que muestra piedad por la sardina y el que lo salva todo.

—¡No! —protestaba Sergio—. ¡El mayor es quien rescata a la princesa, para empezar!

Tanto Sergio como Giuseppino sintieron el deseo imperioso de poseer el libro en exclusiva en cuanto su abuelo acabó de leerles el cuento. Se abalanzaron sobre el volumen y lucharon por él, dando tirones, hasta que quedó partido en dos. Ya demasiado tarde, Amedeo se lamentó por haberles regalado un ejemplar para compartir, así que encargó otros dos. Pero el daño ya estaba hecho y los niños solo querían el original, el que lucía la letra florida de su abuelo en la portadilla: «Para Sergio y Giuseppino, en el día de su Primera Comunión. Con cariño, el abuelo Amedeo».

El incidente del libro fue solo un ejemplo más de que, en cierto modo, nadie

conseguía acertar con la cuestión de la crianza de aquellos niños.

Sin embargo, buena parte del tiempo, casi siempre bajo la influencia de su padre, los hermanos se mostraban tranquilos, y Amedeo se decía que no debía inquietarse tanto. Pina solía coincidir:

—No son más que riñas de críos —decía—. Seguro que Mariuzza y Robert sabrán ponerlos en su sitio.

A los habitantes de Castellamare, igual que a los aldeanos del cuento, también les costaba distinguir a Sergio y a Giuseppino. Pese al rostro alargado de Sergio y las facciones menudas y sonrosadas y los ojos siempre inquietos de Giuseppino, los niños dormían y se despertaban a la vez, tenían los mismos andares, se enroscaban ambos un mechón en la frente cuando leían y, cada uno por su lado, sin saberlo, habían decidido estudiar en la misma universidad de Londres: uno de ellos, de pequeño, había visto la fotografía del edificio en la enciclopedia de Pina y doblado la esquinita de la página. Las tardes de los domingos, cuando se zambullían en el mar después de Robert, mirando atrás para comprobar que su adorada madre y su *zia* Concetta no se perdieran detalle, accedían a veces a jugar juntos y pasaban horas inmersos en sus distracciones intensas y privadas. Giuseppino, que humillaba rotundamente a su hermano cada vez que la escuela celebraba el día del deporte, que jugaba mejor al fútbol y corría más rápido, tenía un único miedo, aunque bastante vergonzoso viviendo en una isla de ese tamaño: el mar. Jamás se alejaba de donde hacía pie. En cierta ocasión, vieron a Sergio agarrar la mano de su hermano y ayudarlo a salir. Amedeo y Pina comentaron la escena durante días, como si presagiaran un cambio importante en la relación entre sus nietos.

Para consternación de su abuelo, ninguno de los hermanos apreciaba la isla. Era como si hubieran nacido en el sitio equivocado, lo cual —pensaba Amedeo en secreto— tal vez pudiera atribuirse a los orígenes ingleses de su padre, aunque de su boca nunca saldría una sola palabra contra el *signor* Robert. Su yerno era una especie de ángel, el hijo que había emergido del mar cuando no les quedaba ningún otro, el único marido que habría podido imaginar como igual de su Mariuzza. No obstante, aquella insatisfacción tenía que haber salido de algún sitio concreto, rumiaba Amedeo olvidándose de las inquietudes que lo habían llevado a él mismo a construir una vida en aquella isla y de los anhelos que habían invadido a sus propios hijos cuando eran adolescentes.

¡Sus dos nietos siempre estaban quejándose! En verano, el bar les parecía asfixiante; en invierno, había demasiadas corrientes en la casa. Refunfuñaban por la escasez de libros y la ausencia de una sala de cine, por la opresiva presencia de aquel mar interminable e implacable. Además, ambos eran lo bastante sensibles para que les afectasen las habladurías de sus vecinos, aquel infatigable intercambio de rumores que, ante el mostrador de cualquier tienda y en cualquier esquina, casi siempre implicaba a algún Espósito. Había quien contaba, por ejemplo, que su abuelo había protagonizado un escándalo con dos mujeres años atrás; o que el papel de su padre en

la guerra no había sido precisamente honroso; o que el tío Flavio había perdido el juicio y correteado por la isla desnudo, con solo su medalla de guerra al cuello. Todos aquellos rumores solo eran la divisa habitual que llevaba medio siglo circulando por el pueblo, pero aun así solían entristecer a Sergio y enfurecer a Giuseppino. La impaciencia por marcharse de la isla los abrumaba a ambos, y cuando crecieron, Giuseppino empezó a expresarse únicamente en italiano formal, y Sergio, en inglés.

—Como si el dialecto de la isla no fuera lo bastante bueno para ellos —se lamentaba Amedeo.

—Corren otros tiempos —lo tranquilizaba Pina—. Han visto automóviles y turistas ingleses, han visto imágenes en movimiento de estadounidenses en el espacio. Es natural que quieran formar parte del resto del mundo. No deberías tomártelo tan mal, *amore*.

Pero ¿cómo iba a tomárselo tras haber visto a sus hijos marcharse uno por uno de la isla para no volver jamás? Amedeo empezó a urdir un plan.

—Supongamos que les enseño cómo llevar el bar —propuso—. Como hice con nuestros hijos. Y luego dejamos que se hagan cargo de él.

—Lo odiarían —opinó ella—. Además, lo que estos niños quieren es ver mundo, y lo mejor sería que los dejáramos, porque si intentamos impedirlo conseguiremos que se marchen para siempre.

Por supuesto, como en todo, Pina tenía razón.

Prácticamente inmovilizada por el abotagamiento de sus piernas, Pina se sentaba cada día en el porche y leía una y otra vez los libros que tanto había amado cuando era maestra: Shakespeare, Dante, Pirandello. También se embarcaba en nuevos ejemplares que ahora podía permitirse pedir al continente: *Il Gattopardo* o el libro de Danilo Dolci sobre la pobreza en Palermo, que le hizo fruncir los labios y alegrarse de pertenecer a un lugar más pequeño y apacible. Así, aunque las piernas le causaban demasiado dolor para pasear, viajaba muy lejos con sus lecturas, como Amedeo hacía en otros tiempos con su colección de historias. Y en todas las trifulcas entre sus nietos, Pina siempre conseguía aplacar su rebeldía y transformarlos en criaturas mansas con su mirada severa de maestra. Las cosas podrían haber resultado mucho peores en la infancia de Sergio y Giuseppino de no haber sido por el respeto profundo que profesaban por las terribles sentencias de su abuela Pina.

No obstante, para el undécimo año de vida de los niños Amedeo había empezado a temer que entre ambos estuviera brotando algo terrible y malévolo.

Salió a la luz, como parecía ser habitual en la isla, durante la festividad de Santa Ágata, en el mes de junio, aunque el problema había surgido en febrero. Justo después del cumpleaños de Sergio, los niños habían visto nieve por primera vez en su vida. Cuando despertaron, la plaza estaba cubierta por una capa blanca. Más allá de las puertas de la Casa al Borde de la Noche, reinaba un desorden absoluto: los

adolescentes libraban violentas batallas en las calles, los ancianos se negaban a poner un pie fuera, ni siquiera en sus propios patios, y seis coches habían patinado en la cuesta hasta estamparse contra las casas que había al fondo. Además, el Arcangelo's Beach Bar había sufrido una inundación por culpa de la tormenta invernal, una victoria que los adultos de la Casa al Borde de la Noche se negaron a celebrar.

La nieve borraba el olor del aire y lo volvía tan cortante y frío como esquirlas de cristal. Amedeo se dio cuenta enseguida de que sus nietos estaban encantados. Cuando el sol llegó al patio, de las hojas de la adelfa cayeron gotitas de nieve fundida, como si estuvieran en algún pueblo alpino. En los periódicos humedecidos que Robert recogió de los peldaños del porche venían fotografías de casas inglesas cubiertas de nieve, como si tuvieran rodajas de ricota encima, y de coches enterrados en las calles de los que solo se distinguían los techos relucientes.

—¿Y por qué no he nacido yo allí? —gimoteó Sergio—. ¡Preferiría eso que tener un estúpido pasaporte inglés que encima nunca puedo usar! ¿Por qué no me lleváis allí para que vea la nieve?

Mientras Maria-Grazia servía el café del desayuno, Amedeo, herido por las palabras de Sergio, acudió a su cuaderno rojo para buscar febrilmente cuentos de la isla en los que apareciera la nieve. Pero los chicos no mostraron el menor interés. Seguían pegados a la ventana, dándose empujones para ver mejor, y no probaron bocado del desayuno. Robert inspeccionó la antigua despensa, donde ahora guardaban la ropa de invierno, y regresó haciendo equilibrios con los brazos cargados de viejos gorros y guantes de punto y prendas de piel de los días de juventud de Pina y Amedeo. Abrigó bien con ellos a sus hijos antes de dejarlos salir a la nieve.

—¡Que os divirtáis juntos! —exclamó Maria-Grazia a modo de despedida, con un optimismo que a su padre, dado el historial de los hermanos, le pareció admirable.

Como no podía ser de otra manera, apenas media hora después, Giuseppino apareció lloriqueando y se quitó los guantes y la bufanda con gesto rabioso. Tras él venía Sergio, hecho una furia y con la nariz ensangrentada.

Al parecer, los niños se habían peleado por un cubo de nieve.

—¡La ha cogido toda! —protestó Giuseppino entre sollozos—. ¡Ha salido al patio y se ha quedado con toda la nieve sin dejarme nada!

—¡Porque tú solo querías hacer bolas! —bramó Sergio—. Yo iba a hacer un muñeco, y por eso he cogido nieve de los escalones, las baldosas y las hojas de las adelfas. ¡Y vienes tú, me quitas el cubo y la tiras toda al suelo!

—¿Dónde está la nieve ahora? —quiso saber Robert, que se había puesto de pie.

—¡La nieve ya no está! —bramó Sergio a lágrima viva.

Giuseppino, sin dejar de dar pataditas a los zócalos, dijo entre dientes:

—No hace falta ponerse así. Ni que fueras un bebé.

Como de costumbre, pensó Amedeo, Giuseppino se sentía más desgraciado, pero Sergio salía peor parado. Pina salió al patio renqueando, con ambos niños cogidos de la oreja (algo que Robert jamás haría, ni aunque lo provocaran), fue hasta el escenario

del crimen y comprendió que se habían peleado sobre el montón de nieve sucia, rodando y pisoteándolo, hasta que no quedó nada. Dando muestras de valentía, intentó sacar una moraleja de la situación.

—¿Lo veis? Os peleáis por algo y al final nadie saca nada en limpio.

—Lo odio —dijo Sergio entre dientes con la nariz aún hinchada—. Lo odio. Quiero matarlo.

Durante toda aquella mañana (la estufa de la escuela se había estropeado y habían suspendido las clases), Amedeo recorrió el pueblo en busca de más nieve para sus desconsolados nietos, que habían acabado confinados en sus respectivas habitaciones. Pero ya casi no había, y el pueblo parecía dejar caer la poca y sucia que quedaba desde tejados y ramas. Por la tarde, pareció que Giuseppino ya se había olvidado del asunto, pero Amedeo se dio cuenta de que algo había cambiado en Sergio. Toda aquella primavera, la rabia que albergaba hacia su hermano herviría en su interior, amenazando con explotar. Durante aquella época, todo sería motivo de pelea: las notas del colegio, los sitios en la mesa a la hora de comer, los partidos de fútbol en la plaza. Y Amedeo se temía que detrás de aquello se ocultara algo más profundo y oscuro.

En realidad, Sergio no odiaba a su hermano, pero en un lugar tan pequeño como la Casa al Borde de la Noche no parecía haber espacio para ambos, y, por si fuera poco, cada vez que intentaban resolver sus asuntos, todos parecían lamentarse por ello, como si sus enfrentamientos conllevaran los más terribles presagios. Así habían sido las cosas desde que él tenía uso de razón, y nadie en su familia parecía entenderlo. Por lo que todos decían, quedaba claro que el destino natural de ambos, como el de todos los hermanos de la isla que heredaban un negocio, era convertirse en dueños de la Casa al Borde de la Noche. A Sergio le gustaba el bar, pero tenía la sensación de que, si se viera obligado a compartirlo con su hermano de por vida, se volvería tan loco como *zio* Flavio y acabaría también correteando por la isla en camisa de dormir.

Aquel año, la víspera de Santa Ágata, llegó el siroco, un viento que soplaba del norte de África cargado de arena y que dejaba un manto de polvo rojo sobre el pueblo, haciendo que a todos sus habitantes les picasen los ojos y les ardiese la boca. Resoplaba en la nuca como un aliento pestilente y hacía que incluso subir la escalera fuera un auténtico suplicio. En el bar, el ventilador del techo estaba cubierto de polvo, las gotas de la condensación resbalaban por las puertas de las cámaras frigoríficas y lo mismo ocurría en los mandos relucientes de la cafetera nueva. Los adultos decidieron enviar a la playa a los dos hermanos, que estaban especialmente irritables y quejicas, para poder terminar en paz con los preparativos. Incluso su padre, su eterno aliado, estaba absorto en llevar a cabo un inventario en el cuarto trasero y también los mandó a paseo.

Así que cogieron las bicicletas que su madre había comprado el verano anterior

con dinero de la caja registradora, ambas rojas —«¡Ni que fuéramos gemelos!», había gruñido Sergio—, y descendieron por la sinuosa carretera que llevaba a la bahía. En cada curva, el viento los abofeteaba con fuerza, pero no proporcionaba alivio alguno.

Aquel día, incluso el mar parecía lánguido, con suaves ondas oleaginosas que rompían contra las rocas teñidas de rojo. A Sergio aquel ruido le daba dolor de cabeza. Los niños llevaban trajes de baño caseros que, cuando se mojaban, formaban unas bolsas vergonzosas. El mayor de los hermanos se puso el suyo y se zambulló en el agua, cerca de las cuevas. En la playa había unos cuantos turistas desparramados, con sus cuerpos paliduchos tostándose al sol. Giuseppino se sentó en la orilla. Observaba el mar con recelo y arrojaba piedras.

Las ganas de provocar a Giuseppino llevaron de vuelta a Sergio, que exhibió su mejor crol.

—Venga —retó—, ven conmigo. No tienes por qué asustarte. Ya va siendo hora de que le pierdas el miedo al mar, Giuseppino. Tienes que superarlo.

A pocos metros de allí, en la arena, un grupo de turistas nortños yacía inmóvil. De pronto, una niña de cabellos dorados, desgarbada y larguirucha y con un traje de baño rosa demasiado pequeño, se volvió hacia ellos. Sergio había hablado en inglés, confiando en avergonzar un poco a su hermano. La niña se separó del resto y se acercó. Con cierta timidez, lanzó una piedra al mar.

—Mucha gente le tiene miedo al agua —dijo, dirigiéndose a Giuseppino.

Su inglés tenía el tono llano del sur, no se parecía en nada al acento de los hermanos, propio de zonas situadas mucho más al norte. Con todo, a Sergio le pareció que la voz de aquella niña era la más hermosa que había oído nunca.

—¿Cuántos años tienes? —quiso saber Giuseppino, que a todas luces compartía la opinión de su hermano.

—Once.

—Nosotros también.

—Yo tengo once —intervino Sergio—. Él no.

—¿Sois gemelos?

—No, hermanos.

—Yo nadaré contigo —continuó la niña—. Soy la mejor de mi colegio en natación. El año pasado gané el trofeo.

Giuseppino no tenía ni idea de qué podía significar aquello, pero aceptó y siguió a la niña al agua, unos pasos por detrás.

—¿Y si me das la mano? Creo que eso me ayudaría —sugirió, pero la niña se limitó a reír y a dar una voltereta en el agua poco profunda, permitiéndoles vislumbrar su trasero esmirriado e inadecuadamente cubierto.

Emergió a la superficie de nuevo.

—¡Vamos al túnel! —propuso Sergio, y agarró a la niña del brazo.

—No —soltó Giuseppino—. ¡Esperadme, todavía no estoy dentro del todo!

—Ven —le dijo Sergio a la niña—. Si nadas tan bien como dices, te lo enseñaré.

El túnel era un oscuro pasadizo natural horadado en la roca donde reinaban sombras submarinas. En su interior, unos peccecitos de rayas azules y amarillas y penetrantes ojos plateados se dejaban mecer por la corriente, buscando alimento en las paredes viscosas de las rocas sumergidas. Era posible cruzar buceando hasta el otro lado, pero Sergio sabía de sobra que a Giuseppino le daba pánico aquel sitio. Echó a nadar el primero, seguido por la niña, y dejaron atrás a su hermano, en el bajío, tratando de alcanzarlos y tropezando una y otra vez.

—¡Esperadme! ¡Esperadme! —gritaba.

—Pero ¡métete de una vez, Giuseppino! —provocó Sergio, burlón—. ¡Tienes que nadar! ¡Deja de chapotear en la orilla!

Llegaron a la poza que había ante el túnel, y Sergio, relajado, se quedó flotando boca arriba.

—¡Esperadme! —seguía pidiendo su hermano.

Estaban alejándose de él. Giuseppino se metió en el agua, haciendo un extraño giro con la cintura, y se soltó de la roca. Chapoteando con torpeza, se sumergió hasta tocar el fondo con el dedo de un pie. Sergio sacudió la cabeza y, un instante después, se zambulló en el agua para reaparecer al otro lado del túnel, desde donde su voz se oyó con un eco penetrante, como si procediera de la cripta de una iglesia.

—¡Tienes que venir! —animó a la niña—. ¡A este lado hay un banco de peces enorme!

Ella se sumergió. Sus pies descalzos dieron unas pataditas en la superficie y, después, también desapareció.

Giuseppino mantenía el equilibrio en su roca. Estaba solo y oía los gritos de los otros dos al otro lado. Observó la película de polvo que el siroco dejaba sobre el agua, el cielo que se iba encapotando y las olas, que rompían ahora con más fuerza, por lo que cada vez le resultaba más complicado afianzarse con los dedos de los pies.

—¡Vamos! —llamó la extraña voz reverberante de Sergio desde el otro lado del túnel—. ¡Métete, Giuseppino!

De pronto, una gran ola se alzó desde las rocas llamadas Morte delle Barche y arremetió con fuerza contra el pequeño de los Espósito. Allí, a la sombra, el agua estaba más fría y cubría más de lo que esperaba. Giuseppino no quería atravesar buceando aquel túnel; ni siquiera quería estar cerca de él. Emitía unos sonidos muy inquietantes, como si succionara y diera bofetadas, y en su tenebroso interior latían anémonas marinas que parecían gominolas rojas. La corriente lo arrastró hacia la boca, lo bastante cerca como para tocarla, y Giuseppino se apartó, aterrado: estaba helada, como las paredes del congelador de la Casa al Borde de la Noche. Sentía la fuerza de la resaca en aquellas aguas, las mismas donde, años atrás, su padre había estado a punto de ahogarse.

Pero oía los chapoteos de su hermano al otro lado y la risa inglesa de la niña.

—¡Nada hasta aquí! —lo animó Sergio—. ¡Pasa por el túnel! ¡Aquí casi se hace pie!

—¡Sergio! —imploró Giuseppino—. ¡Vuelve!

—¡Venga, pasa por el túnel! A este lado el mar está más tranquilo, te lo prometo.

Otra gran ola. La risa sonora de la niña. Cuando Giuseppino trató de apoyarse de nuevo en la roca con los dedos, no la encontró. Sus pies patalearon en el vacío, muy rápido, y el agua lo arrastró hasta lo hondo de la poza, de donde emergió de golpe y se dio un topetazo contra el techo del túnel. Tragando agua, hundiéndose, forcejeó para tratar de atravesar el pasadizo. ¡Sí! ¡Lo conseguiría! ¡Les demostraría de qué era capaz! Pero las olas volvieron a zarandearlo y se rascó la espalda contra las lapas de las paredes; después volvieron a hundirlo. Y él lloraba, gritaba, tragaba agua, luchaba contra aquel mar tan frío. ¿Dónde se había metido su hermano? El mar era distinto ahora: se había convertido en algo furibundo, en ese monstruo aterrador que él siempre había temido que fuera.

Sergio le rodeó la cintura y tiró de él hacia arriba. Su cabeza emergió a la superficie, y por fin pudo respirar, jadear, escupir.

—Nada, Giuseppino —gruñó Sergio, arrastrando a su hermano hacia la orilla—. Nada, maldita sea. Si no te hubiera entrado el pánico, lo habrías conseguido.

Sergio lo sacó a rastras del agua y lo dejó sobre la arena. Se plantó ante él, a contraluz, con los brazos en jarras.

—¿Por qué no lo has intentado con todas tus fuerzas?

Giuseppino jadeaba y tosía. Cuando por fin fue capaz de articular palabra, dijo:

—Me has abandonado. No me has ayudado.

—No es culpa mía que ya tengas diez años y no sepas nadar.

Giuseppino se echó a llorar, con sollozos entrecortados. Por supuesto que sabía nadar. ¿Qué había hecho, si no? Con los pulmones ardiendo por el esfuerzo y los ojos llenos de lágrimas, miró furibundo a Sergio y a la niña inglesa, que iba cambiando el peso de un pie al otro, incómoda al verse atrapada en el fuego cruzado de su enemistad.

—Me has abandonado —dijo en tono acusador—. Te he oído chapotear y reír desde el otro lado. No te importaba lo que me ocurriera.

De pronto, oyeron unos silbidos y un grito que los hizo darse la vuelta. ‘Ncilino el pescador estaba en el mar, más allá de la roca. Había apagado el motor y su barca cabeceaba en las olas, más mansas ahora. Su cara, que sin las gafas de sol parecía desnuda, expresaba preocupación.

—¡Chicos! ¿Esa niña se llama Pamela?

La chiquilla asintió con la cabeza.

—Sus padres la esperan. En menudo lío os habéis metido, Espósito. La isla entera anda buscándola.

—¡Mira lo que has hecho! —espetó Sergio—. Yo estaba cuidando bien de ella, pero tú nos has hecho perder el tiempo con tus lloros y tus chapoteos ridículos, ¡y ahora nos castigarán a los dos!

Giuseppino se sacudió lo mejor que pudo con la toalla áspera que les había dado

su madre, agarró la bicicleta por el manillar y echó a correr descalzo hacia la carretera, dejando tras él un rastro de arena y agua. Sin dejar de sollozar, arrastró la bici cuesta arriba hasta el pueblo. Sergio lo seguía de cerca, un poco avergonzado por la pena de su hermano.

Cuando llegaron al bar, Giuseppino enterró la cabeza en el pecho de su madre, y la culpa, por supuesto, se la echaron a Sergio. Robert, pese a escuchar con suma paciencia ambas versiones de la historia, tuvo la sensación de que no podía seguir ejerciendo de árbitro entre sus hijos, como si ya se hubieran internado en un campo de batalla privado en el que debían enfrentarse ellos solos hasta que, finalmente, uno de los dos saliera vencedor.

—No deberíamos haberlos mandado a la playa —se lamentó Amedeo a solas con su mujer aquella misma tarde.

—Hay ciertas cosas que los niños tienen que resolver por sí mismos —contestó Pina, lo que no hizo sino confirmar los peores temores de Amedeo al respecto.

Aquella tarde, mandaron a los niños a confesarse. La abuela Pina siempre había sido devota de la festividad de Santa Ágata, y le parecía que un poco de temor católico podría mejorar las cosas.

—Obedeced a vuestra abuela e id a hablar con el padre Marco —dijo Maria-Grazia—. Y espero que a la vuelta hayáis hecho las paces. ¿No habíais dicho a principios de verano que os ibais a llevar bien?

A regañadientes, los niños fueron a la iglesia. El padre Ignazio ya no ejercía —se había retirado a su casita rodeada de adelfas— y lo había sustituido el padre Marco, un hombre bastante serio y recién salido del seminario. Los ojos del padre Ignazio, siempre un poco pícaros, habían sido una fuente de consuelo durante las prolongadas confesiones que precedían a la festividad de Santa Ágata. Parecían decir que ningún pecado era imperdonable si se confesaba. La mirada del joven padre Marco, en cambio, era pía y extraordinariamente lánguida. Daba la impresión de estar decepcionado incluso antes de escuchar tus pecados. Cuando Sergio estuvo del otro lado de la rejilla, oculto por la cortinilla de seda, y se enfrentó a los ojos tristes del padre Marco, unos sollozos de culpabilidad le brotaron de la garganta. Regurgitó una confesión confusa y atropellada:

—Yo no quería... No quería matarlo. Es que estaba tan enfadado con él que por un momento deseé, solo un poquito, que se ahogara...

Todas las viudas del Comité de Santa Ágata participaban en el ceremonioso ritual de abrillantar la estatua de la santa y de separar los ramitos de adelfa para su corona estrellada, tareas que llevaban a cabo en la parte trasera de la iglesia. Así que todas y cada una de las viudas del Comité de Santa Ágata oyeron los desconsolados sollozos de Sergio y sus largas lamentaciones. Para cuando cayó la noche, todos los habitantes de la isla estaban al corriente de que Sergio Espósito había intentado matar a su

hermano.

Igual que sucediera con el rumor sobre tío Flavio y Pierino, Sergio nunca lograría sobreponerse del todo a aquel chisme.

—¿Y por qué no vais al instituto en Sicilia? —propuso Maria-Grazia—. Podríais cruzar cada mañana en el *ferry* de Bepe. Ahí fuera os espera todo un mundo, y sabe Dios que en él hay espacio de sobra para los dos, si conseguís soportaros hasta entonces, claro.

«¿Y por qué tienen que animarlos todos a marcharse de aquí?», se lamentaba Amedeo.

Tras la festividad de la santa de aquel año, Giuseppino se convirtió en un niño tranquilo y reservado. Pasaba las tardes encerrado en su habitación, ya ni siquiera quería jugar al fútbol con sus amigos Pietro y Calogero y se dedicaba a estudiar con tanta voracidad que daba la impresión de que los libros y él estuvieran enzarzados en una batalla a vida o muerte. Sergio comenzó a quejarse de que sus libros desaparecían, de que Giuseppino se los robaba. Pero nunca hubo pruebas que lo demostraran, ya que cuando rebuscaban por la casa, los libros siempre aparecían en su sitio. Giuseppino se entregó tanto a sus estudios que, de abril a junio, apenas se lo vio fuera de su habitación más que para ir a al baño o comer, cosas que hacía de mala gana, cruzando el salón a toda prisa y con el ceño fruncido. Incluso empezó a asomarle una pequeña joroba de empollón. Llegó el final del año escolar y sus resultados en los exámenes fueron tan brillantes que la nueva maestra, la *professoressa* Valente, atónita, recomendó que lo avanzaran de curso. Era el alumno más inteligente que había tenido nunca.

Cuando el boletín de notas de Giuseppino llegó a las manos de Maria-Grazia y Robert, tiraron petardos desde el porche de la Casa al Borde de la Noche. Los turistas soltaron vítores y dieron brincos, pensando que se trataba de algún festejo local. Sergio se mantuvo al margen de la celebración. ¿Cuándo le habían montado una fiesta así a él? ¿Cuándo habían iluminado la oscuridad con petardos en su honor?

Así, llegado el momento, Giuseppino empezó a asistir antes que su hermano al *liceo* de la isla vecina, y cada mañana se sentaba solo en la bancada del *Santa Maria del Mare* con un montón de libros en el regazo.

—Quiero ir a la universidad —declaró para deleite de sus padres y abuelos—. Ahora entiendo que lo mejor es que me aplique y trabaje duro.

—¿Y qué pasa conmigo? —protestaba Sergio, furioso, ante su madre—. Yo también quería ir a la universidad, pero Giuseppino me ha pasado por delante a propósito, para que yo no pueda ir. Sé que lo ha hecho a posta.

—Pero ¿qué problema hay en que estudiéis los dos? —quiso saber ella—. ¿Por qué el hecho de que él estudie te impide hacerlo a ti?

Pero, por alguna razón extraña, Sergio seguía teniendo la clara sensación de que

su destino dependía del de su hermano. Ya no había unión alguna entre sus hijos, advirtió Maria-Grazia; aquel verano en que uno de ellos había estado a punto de ahogarse había creado un cisma irreversible entre ambos, y ahora se limitaban a convivir bajo el mismo techo en la Casa al Borde de la Noche, como si ya no fueran hermanos. Y entonces, demasiado tarde, Sergio quiso recuperar a Giuseppino. Era el mayor quien vagaba ahora desconsolado con sus tirachinas y sus canicas, deseando que su hermano abandonara los libros y participara en los juegos en la plaza. Era él quien se desesperaba por oír una palabra amable.

—¿Qué he hecho mal? —susurró Maria-Grazia al oído de su marido aquella misma noche—. ¿Debería haber pasado más tiempo con ellos cuando eran pequeños? ¿Cometí un error al volcarme tanto en el bar?

Pero ¿cómo podría haberles dado más de sí misma? Durante los primeros años de vida de sus hijos se había sentido al límite, debatiéndose entre las exigencias del negocio y las de los niños, hasta que apenas quedaron vestigios de la chica que, en otro tiempo, tomó el mando de la barra de la Casa al Borde de la Noche, la que recorrió la isla sin ningún temor reclamando justicia para Flavio, la única en la isla capaz de conquistar el corazón de Robert Espósito.

—¿Y qué habría cambiado de haberme encargado yo del bar? —Trató de razonar su marido—. ¿Qué habría cambiado de haberme ocupado yo de apartar dinero de la caja para comprarles bicicletas o de ahorrar para que un día fueran a la universidad? ¿De haber sido tú quien los cuidara cuando eran bebés? ¿Crees que habría sido distinto?

—Por lo menos habría sido más... natural —contestó ella, que había soportado su buena dosis de reproches de las viudas de la isla, y también la incompreensión de los pescadores, que se preguntaban qué hacía detrás de la barra mientras su marido se paseaba por ahí con el cochecito.

—¿Tú los quieres? —preguntó Robert con cierta severidad.

—Sí, *caro*. Por supuesto.

—Pues ya está.

—Ya sabes lo que dicen las viudas en el bar...

—¡Al infierno con las viudas!

Maria-Grazia soltó una carcajada y él le rodeó la cintura como si aún fueran amantes, como lo habían sido durante la guerra.

—Lo único que necesitan —dijo Robert— es amor. A mí no me lo dieron, por eso lo sé. Lo demás es secundario.

Y, sin embargo, aunque Maria-Grazia nunca se habría atrevido a formular ese sentimiento en voz alta, ni siquiera a articularlo mentalmente, ella nunca había querido a sus hijos tanto como a Robert. Eso fue lo primero que le pasó por la cabeza, haciéndola sentir culpable, cuando vio a Sergio recién nacido, que las sospechas que había abrigado durante el embarazo se veían confirmadas: sí, quería a su hijo, pero todo ese cariño nunca podría desbancar a Robert del puesto de honor que ocupaba en

su corazón. Nada lo había hecho: ni la ausencia, ni la humillación. Tampoco el nacimiento de sus hijos. A medida que los niños crecían, ese secreto se le había antojado cada vez más oscuro y terrible, y estaba segura de que ellos debían de percibirlo, y quizá fuera ese, precisamente, el motivo de su eterno enfrentamiento, de su insatisfacción para con todo.

—Todo se arreglará —murmuró Robert como si lo hubiera entendido.

Una mañana de 1971, cuando Amedeo despertó, vio a Pina acostada junto a él, asiendo la colcha con una mano. Por lo general, antes de las siete su lado de la cama ya estaba vacío y los pasos desiguales de su mujer se oían en cualquier otro rincón de la enorme casa, donde andaba enfrascada en sus tareas matutinas. Amedeo la tocó y la notó fría. Su grito despertó a la casa entera. Los demás acudieron corriendo, y Maria-Grazia sostuvo ante el rostro de su madre el espejo desconchado del baño. No se empañó.

Aquel día, la Casa al Borde de la Noche fue presa del llanto. Amedeo deambulaba de una habitación a otra con la cabeza gacha, buscando apoyo en las paredes, inconsolable. Redactaron las esquelas y las pegaron, con sus marcos negros, en todas las superficies lisas del pueblo. Los dolientes acudieron a hacer compañía a Amedeo en el porche. En la isla, nadie había sido tan querido como Pina Vella.

El poeta Mario Vazzo regresó para el funeral; también volvieron el profesor Vincio y un grupo de arqueólogos, así como aquellos que habían emigrado de la isla y recordaban a la maestra de sus tiempos más humildes: hijos e hijas de Castellamare que ahora vestían llamativas prendas extranjeras y conducían coches extranjeros. La iglesia estaba tan abarrotada que el padre Marco se vio obligado a abrir las dos puertas y officiar la misa fúnebre a gritos sobre las cabezas de los feligreses para que sus palabras llegaran a la multitud del exterior. Después enterraron a Pina en una tumba cercana a la de Gesuina, y todos los habitantes de la isla se pelearon decorosamente por un hueco para rendirle su tributo particular con unas flores. Gisella, la florista, había pasado la noche preparando coronas de madreselva, buganvilla y jazmín azul, las favoritas de Pina. Siempre le habían encantado las flores autóctonas de la isla, pues nunca había vivido fuera de allí.

Aquella tarde, cuando se puso el sol, Maria-Grazia vagó sola por la isla cojeando por culpa de los incómodos zapatos que había comprado en la mercería de Valeria para el funeral. Quería recoger más flores, pues, aunque la tumba de su madre estuviera cubierta de pétalos y ramas, para ella aún no era suficiente. Continuó paseando hasta que oscureció, y durante todo ese rato, mientras buscaba más y más ramas de adelfa y jazmín azul, se permitió llorar. A las ocho, cuando había cubierto la tumba con una verdadera montaña de flores, distinguió a Robert, que atravesaba el camposanto para ir a su encuentro. Se detuvo ante ella y le secó las lágrimas de la cara con el pulgar. Luego se arrodilló y, sin pronunciar palabra, la ayudó a disponer los ramilletes de flores sobre la tumba de Pina Vella hasta que formaron un gran tapiz con los colores de la isla.

—¿Está bien así? —preguntó finalmente Robert.

—Sí, *amore* —contestó ella—. Así está bien.

Maria-Grazia recobró un poco la compostura, sacó un pañuelo del bolsillo y se enjugó las lágrimas de las mejillas y el polen de las manos. Robert la rodeó con el brazo y volvieron juntos al bar, donde aguardaba la multitud de dolientes.

Aquella noche, Mario Vazzo fue en busca de Amedeo y se sentó junto a él, al fondo del porche. El viejo doctor estaba pegado a una botella de *arancello*. El poeta le dijo que regresaba al continente al día siguiente.

—Puede que esta sea mi última visita a Castellamare —murmuró Mario Vazzo—, me hago mayor. Pero hoy quería estar presente, por Pina, para rendirle homenaje. Era una mujer excepcional, nunca he conocido otra igual... —Le dedicó unas cuantas palabras más a Pina y se sumió en un silencio contemplativo mientras se masajeaba el mentón.

Amedeo se aferró con ambas manos a la botella de *arancello*. Jamás había confesado a Pina sus sospechas acerca del poeta. En ese momento, frunciendo el ceño, abordó al *signor* Vazzo:

—Amaba a mi mujer, ¿verdad?

El anciano poeta, con un movimiento algo rígido, se acercó un poco más al doctor. Reflexionó un rato, sin apartar la mirada de las luces de un transatlántico que surcaba el horizonte en busca de alguna isla mayor, y decidió guardar silencio.

Eso enfureció a Amedeo. Y el doctor, con los ojos hinchados por el llanto, asiendo la botella por el cuello, habló largo y tendido sobre Pina, sobre sus virtudes y sus gracias, hasta que el pobre poeta se deshizo en lágrimas. Jamás había habido una mujer mejor que ella en la isla, insistió Amedeo. Por santa Ágata y por Dios bendito, ¿cómo era posible que ya no estuviera?

—Y usted también la amó, *signor* Vazzo —lo hizo repetir en tono acusador una especie de frialdad en su interior—. Ahora llora por ella, aunque no quiera admitirlo. Y todo ese asunto de su libro de poesía, lo de hacer el amor con una mujer de una isla en las cuevas junto al mar... Una isleña que hacía el amor con Ulises en las cuevas junto al mar... Una isla de aguas negras y montones de estrellas... Hablaba de Pina, y eso fue exactamente lo que hizo con ella, pero no tiene la decencia de reconocerlo ante mí.

Mario Vazzo rehusó la afrenta con un gesto brusco. Se levantó de la mesa y se alejó. Y se fue de la Casa al Borde de la Noche para no volver jamás.

Maria-Grazia, que había presenciado el altercado, tomó asiento junto a su padre.

—Mamá me habló de su amistad con Mario Vazzo. Solían dar paseos por la isla. Se sentaban en el acantilado, encima de las cuevas, y leían poesía. Nada más. Has sido un viejo tonto, papá, por haber malpensado durante tantos años.

—¿Se amaban? —quiso saber Amedeo.

—No como mamá te quería a ti. No fue una historia de revolcones en las cuevas, si es lo que estás pensando. No me extraña que el *signor* Vazzo se haya marchado de esa forma.

—Pero ¿por qué no me dijiste nada? Si ella te lo contó, *cara*...

—Me pidió que no lo hiciera. Por lo menos hasta después de su muerte.

Había sido una relación inocente, entonces, o por lo menos bastante inocente: paseos por la isla y poesía. ¿Acaso una parte de Pina había pretendido hacerle creer durante todos aquellos años que el romance había sido cierto? ¿Había querido que la creyera capaz de cometer una traición, como él hiciera antaño?

—¿Nada más?

—Nada más.

O sea que Pina, en definitiva, era mejor que él. En el fondo, el doctor siempre lo había sospechado. Y ahora lo veía claro. De las comisuras de los ojos de Amedeo brotaron lágrimas de arrepentimiento que se fundieron con las de dolor.

—Podemos remediarlo —lo consoló Maria-Grazia—. Sé dónde guardaba mamá su dirección.

Una semana después, Amedeo escribió a Mario Vazzo para implorar perdón por la ofensa que le había causado. Mario respondió, y durante todo ese año mantuvieron correspondencia. En las cartas que se escribían dos veces por semana exaltaban las virtudes de Pina: su belleza, su fuerza, su elegancia. Y curiosamente, Amedeo encontraba un atisbo de consuelo en aquel intercambio. Excepto por aquellos momentos, durante las semanas que siguieron a la muerte de su esposa se sintió tan perdido, tan desorientado, como cuando era un expósito, o cuando dieron por desaparecidos a sus hijos en la guerra. Cada mañana iba andando hasta el cementerio, cargado con un viejo taburete de acampada de Sergio y Giuseppino, y se instalaba al pie de la tumba de Pina. Allí sentado, con la brisa marina alborotándole las cejas canas y las manos artríticas ciñendo la empuñadura del bastón, hablaba con Pina, le hacía preguntas, le murmuraba palabras tiernas. Desde el cementerio, emprendía una ruta por los rincones preferidos de su mujer, pese a los intentos de Maria-Grazia por convencerlo de volver a casa. La senda que Pina recorría los domingos para ir a misa, la escuela, su vieja silla bajo la buganvilla, la habitación de muros de piedra junto al patio donde lo había amado, había dado a luz a sus hijos y, al fin, había muerto. Todo en ese lugar era ella, hasta el aire y la luz. Constantemente, en sus incansables paseos por la isla, conversaba con ella. Y entonces, un día, como si Pina le hubiera contestado al fin desde el mundo lejano que ahora habitaba, Amedeo tomó una decisión.

Aquella misma noche, Maria-Grazia se lo encontró clasificando sus pertenencias. Quería guardar las más importantes en la vieja caja de Campari donde había ocultado sus instrumentos médicos durante la guerra. Cuando ella le preguntó qué hacía, captó su irritación, a pesar de que hasta entonces él siempre había buscado la compañía de su hija cada vez que estaba en casa y no soportaba que lo dejara solo.

—Pongo un poco de orden, nada más —refunfuñó—. ¿Tú no deberías estar atendiendo el bar, Mariuzza?

Incluso cuando el bar hubo cerrado, desde el otro lado de la puerta podía oírse el trajín de Amedeo, que decidía entre dientes si merecían un hueco en la caja de licor o se quedaban fuera.

Cuando terminó de ordenar sus cosas, perdió todo interés en las que no habían encontrado sitio en la caja de licor, como si ya no tuvieran nada que ver con él. A veces se acercaba a algún objeto de la casa con súbito interés científico —la estatuilla de santa Ágata manchada de sangre, por ejemplo, o una fotografía de parientes lejanos que se había quedado fuera de la caja— y lo estudiaba como si fuera la primera vez que lo veía. Poco después, emprendió la misma tarea con su cuaderno de historias y sus libretas: desechaba algunas páginas y completaba otras con notas al margen en las que señalaba los detalles circunstanciales de aquello que describían: «Esta historia me la contaron en casa de la viuda Ágata, otoño de 1960» o «Interesante relato sobre cómo la verdad acaba saliendo a luz, de mi época como *medico condotto* en Bagno a Ripoli». Con serena alegría, quemó las páginas que había descartado en un viejo bidón en el patio, y mientras atizaba el fuego con un palo, también él daba la impresión de haberse encendido, de ser casi feliz.

Durante aquellas semanas, sus nietos renunciaron a la actitud distante del final de la adolescencia para convertirse en niños otra vez y seguir a su abuelo lloriqueando por toda la casa. Sergio incluso recuperó el ejemplar maltrecho de *Los dos hermanos* y lo reparó con cinta adhesiva, y un día, después del colegio, Maria-Grazia lo encontró enfrascado en sus páginas en un rincón del porche.

—Léenoslo otra vez, *nonno* —pidió Sergio a su abuelo.

Pero Amedeo se limitó a alejarse, con la única intención de volver a la habitación de la buhardilla para seguir clasificando sus cosas.

—Si quieres hacer algo —replicó con cierta dureza—, ayúdame a transcribir estas historias. Tengo unas cuantas en pedazos de papel sueltos que me gustaría pasar al cuaderno.

Sergio lo hizo, y encorvado sobre el escritorio que antaño había pertenecido al anciano doctor, añadió sus garabatos a la elegante caligrafía de su abuelo. Mientras el chico llevaba a cabo esa tarea, Amedeo cogió las viejas revistas médicas de las estanterías y las tiró a la basura.

—Nada de lo que yo estudié sigue siendo cierto, todo ha cambiado —explicó—. Así que más vale deshacerse de todo esto.

La noche siguiente, hizo subir a Sergio y Giuseppino a su estudio. Los chicos se plantaron ante él, a un metro de distancia. Sergio, un poco encorvado, parecía incómodo. Giuseppino daba pataditas a la garra de león de la pata del desvencijado sofá y miraba al suelo con el ceño fruncido.

—Chicos —anunció Amedeo—, quiero hablaros de mi testamento.

Aunque la idea le rondaba por la cabeza desde los inicios de la enemistad entre sus nietos, sacar aquel tema lo ponía nervioso; lo postergó un poco mientras jadeaba para recuperar el aliento.

Giuseppino seguía con la vista clavada en el suelo; Sergio alzó la cabeza en señal de respetuosa atención.

—Cuando me muera —continuó Amedeo—, os dejaré dos cosas. No se lo digáis a vuestra madre ni a vuestro padre. Solo tenéis que saberlo vosotros. Quiero que os quedéis con mi libro de historias y también con el bar. Espero que cuidéis bien de ambas cosas. —Amedeo se incorporó con esfuerzo de la silla, y dio unos golpecitos en la rodilla del pequeño con el bastón—. ¿Me has oído, Giuseppino?

El chico seguía con sus pataditas a la garra de león, absorto. Pero cuando levantó la cabeza, su abuelo vio que estaba intentando contener las lágrimas.

—No vas a morirme. No vas a morirme, *nonno*. Deja de decir eso.

El miedo unió a los chicos temporalmente.

—Tiene razón —intervino Sergio—. No puedes morirme. No puedes hablarnos de que vas a morirme. Te llevaremos al hospital.

Amedeo levantó la mano:

—Tengo noventa y seis años. No pienso ir a ningún hospital. ¿Para decirles qué? ¿Que me estoy muriendo? Menuda sorpresa van a llevarse cuando sepan que un hombre de noventa y seis años se está muriendo. ¡Ja!

—No vas a morirme —insistió Giuseppino, que de tantas patadas contra la garra de león estaba ya raspando el barniz.

—Os dejo la Casa al Borde de la Noche, y eso implica una obligación para los dos. —Amedeo retomó el tema en un intento de imprimir un rumbo sensato a la conversación—. Vuestros padres no podrán ocuparse solos del bar para siempre. Algún día ellos también serán viejos. ¿Qué será entonces de este negocio que hemos llevado entre todos durante cincuenta años? Por eso os lo dejo a vosotros. Para asegurar su futuro. ¿Lo entendéis?

—Pero ¿cuál de los dos lo llevará? —quiso saber Sergio.

—Los dos —explicó su abuelo—. Lo he dividido en dos partes iguales.

Sergio sintió un ligero mareo. Se imaginó junto a su hermano, condenados ambos a pasar la eternidad uno a cada lado de la barra y convertidos en dos isleños gordos como Filippo y Santino Arcangelo, perpetuamente atados.

Después de aquel día, ninguno de los dos comentó nada sobre la conversación con el abuelo. Pero Giuseppino se encerró aún más en sí mismo, y Sergio pareció más encogido y encorvado, más eternamente arrepentido.

Para cuando llegó la festividad de Santa Ágata, Amedeo había terminado de catalogar y empaquetar su vida. Sin despedirse, se fue a dormir al viejo sofá, y lo encontraron mucho después de que cayera la noche, tendido boca arriba con las manos cruzadas, como si hubiese querido ahorrar a su familia incluso las molestias de colocarlo en la postura correcta para el entierro. Había tardado solo cuatro meses en seguir a Pina y, puesto que ningún otro isleño había fallecido en aquel intervalo, tuvo el honor de ser sepultado —en el ataúd gigante que le hicieron a medida— en la tumba de al lado.

El profundo dolor por la muerte de sus padres generó en Maria-Grazia una terrible sensación de desamparo, como si hubieran arrancado el techo de la Casa al Borde de la Noche para dejarla patéticamente expuesta. Además, tras el fallecimiento de su padre una segunda herida se había abierto en su corazón, una herida que solo se permitiría reconocer ante Robert: tras todos aquellos años ocupándose del bar en su nombre, su padre no se lo había legado a ella. Los chicos no lo querían. Esa cuestión del testamento no traería más que problemas. Pina jamás lo habría permitido. Una vez más, Maria-Grazia se sintió al timón de un barco a la deriva, obligada a navegar con mucha cautela por el bien de otros cuando ante ella solo parecía haber aguas turbulentas.

Robert, para su sorpresa, se mostró de acuerdo con Amedeo, en cierto sentido.

—Con esto los obliga a enfrentarse de una vez por todas a esta eterna enemistad suya. Puede que sea lo mejor. Además, ambos pasamos ya de los cuarenta. En todos los negocios hay algún joven de la familia en perspectiva, y ¿cómo iba a escoger tu padre entre Sergio y Giuseppino? Ninguno de nosotros habría podido hacerlo.

—Pero ¿por qué no me lo dejó a mí? —preguntó ella entre sollozos, sintiéndose una niña despreciada.

A medida que avanzaba el invierno, la presencia de su padre comenzó a rondar por el bar durante las noches más frías. Supervisaba las cuentas, guiaba las manos de su hija cuando accionaba los brazos de la cafetera, intervenía con un carraspeo como si pudiera mediar, de una vez por todas, en las discusiones entre los pescadores y los ancianos jugadores de *scopa* en el rincón, si es que conseguía hacerse oír. En un gesto de deferencia hacia ese nuevo espíritu de la casa, Maria-Grazia colgó una fotografía de Amedeo sobre la barra. Escogió la primera instantánea que le habían tomado en su vida, la que le hizo su mujer, Pina Vella, cuando acababan de casarse, con el maletín de médico en la mano y el cuaderno de historias bajo el brazo. De ese modo, su madre también estaba presente, indirectamente, en la mirada enamorada y algo temerosa que el joven Amedeo dirigía al objetivo. La fotografía, manchada por los años, seguía a Maria-Grazia por toda la estancia, como un pantocrátor, clavando en ella la mirada de amor incondicional que en otro tiempo posara en su joven esposa. Maria-Grazia creía haberlo comprendido por fin. Si su padre le hubiera dejado el bar, tarde o temprano ella se habría visto obligada a escoger entre los chicos, y jamás habría sido capaz.

—Papá —le rezó entonces, perdonándolo—, vela por este lugar.

La paz entre los hermanos solo duró hasta que enterraron a su abuelo. Se enzarzaron entonces en una guerra más amarga, primero por el bar, que ninguno de los dos quería, y después, por el cuaderno de historias, que ambos codiciaban. A raíz de ese absurdo regalo que su abuelo les había ofrecido de todo corazón, el malestar que había macerado durante tantos años entre los muros de la Casa al Borde de la Noche terminó por salir a la luz. Un día, Maria-Grazia subía cargada con la colada seca desde el patio a la buhardilla. Se detuvo para enjugarse los ojos con la esquina de una funda de almohada (tan solo se permitía llorar a sus padres mientras se ocupaba de las tareas domésticas y cuando nadie podía verla, nunca en el bar) y oyó, tras la puerta de la habitación de Sergio, a sus hijos siseándose improprios; en aquel momento, sintió verdadero miedo ante la intensidad de la guerra íntima que libraban los chicos. Durante días, siguieron enconados en aquella batalla, persiguiéndose por toda la casa —en cuyo aire flotaba aún el denso aroma de las flores del funeral de Amedeo— hasta que Concetta confiscó el cuaderno de historias y se lo llevó a su casa de la Via Cavour.

El lunes siguiente, cuando amaneció, la ventana delantera de Concetta apareció hecha añicos. Lo único que faltaba era el libro, sustraído de la antigua caja de caudales al fondo del aparador. El capataz del *conte*, Santino Arcangelo, su hermano, acudió a la escena y tomó minuciosa nota de todo, como si fuera un *poliziotto* de verdad. Quienquiera que fuera el criminal (Santino sostuvo en alto un pedacito de cristal y esbozó una expresión astuta, imitando a un detective que había visto en la televisión), conocía lo bastante bien a Concetta para saber dónde encontrar el libro. Era el primer robo cometido en la isla, que se supiera. Fue evidente para todos, con la excepción de sus padres, que aquello era obra del menor de los Espósito, sobre todo cuando Sergio acudió corriendo para informar de que no había rastro de su hermano. Maria-Grazia y Robert, por su parte, cerraron el bar e inspeccionaron todos los rincones de la isla.

En la Casa al Borde de la Noche, nadie durmió.

Giuseppino telefoneó al cabo de tres días desde la casa de su tío Flavio, en Surrey, un lugar que para Maria-Grazia siempre había sido mítico y que ahora se tornaba extrañamente real gracias a la voz frágil e incorpórea de su hijo menor al otro lado de la línea telefónica inglesa. La voz que le llegaba era tímida y dejaba entrever un ligero temor.

—Estoy con el tío Flavio —dijo—. Sí, estoy bien, mamá, no te preocupes. Pero pasaré un tiempo fuera. —Una pausa, interferencias—. Buscaré trabajo en Londres, sí. O estudiaré en la universidad. El tío Flavio me está ayudando con todo. Tengo mi pasaporte inglés, y ya he terminado el colegio... ¿Por qué no, entonces? —Otra pausa

—. Volveré a casa por Navidad, si puedo.

—¿Y qué hay del cuaderno de historias? —preguntó Maria-Grazia, intentando mantener la calma, como solía hacer Robert.

Giuseppino tardó un buen rato en responder, y cuando lo hizo, su voz pareció un poco más firme.

—Ah, eso... No te preocupes, está sano y salvo. Le enviaré una copia a Sergio por correo.

Sergio se dejó caer boca abajo sobre la cama y lloró de rabia hasta el agotamiento.

En efecto, llegó un paquete con sello inglés para Sergio. Giuseppino había fotocopiado el cuaderno de su abuelo. Las copias estaban arrugadas y borrosas, como si las hubieran escrito bajo el agua. Maria-Grazia comprendió que Giuseppino se estaba burlando de su hermano; lo que sus dos hijos querían era el original.

Preocupada, observó a su hijo armarse de valor, resuelto a reclamar para sí la amarga victoria que le quedaba: la de ser el mejor hijo.

—Puedes marcharte tú también, si es eso lo que quieres —le dijo—. Siempre te lo hemos dicho. No pasa nada porque os vayáis los dos al mismo tiempo y nosotros nos quedemos ocupándonos del bar.

Desde el verano en que Sergio dejó que su hermano estuviera a punto de ahogarse, los isleños habían hablado mal de él, pero ahora la balanza se inclinaba por fin a favor de Sergio.

—Ese Giuseppino siempre se creyó demasiado bueno para Castellamare —se comentaba en el círculo de los jugadores de *scopa*.

—Si lo de que Sergio intentó ahogar a Giuseppino cuando eran pequeños es cierto, al menos ahora empiezo a entender por qué —comentó Ágata la pescadora.

Entretanto, Sergio los dejó a todos perplejos al negarse a abandonar la isla. Aquel otoño, con ambición en el corazón por primera vez en su vida, se presentó en la Sociedad de Ahorro y Préstamos de Castellamare. Vestía el mismo traje que en el funeral de su abuelo, a pesar de que, tras el último estirón, le apretaba en la entrepierna y la cintura y le dejaba los tobillos al descubierto de un modo un tanto cómico. En la mano llevaba el viejo maletín de Amedeo con las cuentas del bar cuidadosamente copiadas a lápiz en cinco folios de papel cuadriculado de la escuela. Entró en el banco y esperó en el sofá tapizado, confiando en que ningún vecino lo reconociera a través de los enormes ventanales. Un empleado siciliano lo llamó desde el minúsculo despacho que se alzaba en el mismo lugar donde un día había estado la cocina de Gesuina y le sirvió una taza de café peninsular.

—Me gustaría pedir un préstamo —anunció él tras explicar con detalle las cuentas del bar.

—¿Para modernizar su negocio? —quiso saber el empleado, que reseguía las

cifras a lápiz y asentía con la cabeza en señal de aprobación.

—Para comprar la parte de mi hermano.

—¿De cuánto es propietario ahora?

—De la mitad. Pero a partir de ahora lo regentaré yo solo. Él se ha marchado, y fíjese en cómo han aumentado nuestros beneficios año tras año. —Sergio había trazado una gráfica donde figuraban los años de 1960 a 1971, con una flecha que representaba el «crecimiento previsto» señalando hacia arriba, hacia un futuro muy prometedor.

El empleado hizo unos cálculos en un bloc de papel afiligranado y asintió satisfecho:

—No podemos conceder un préstamo sin garantías —explicó—. Le sugiero que hipoteque su parte y, con ese dinero, compre la de su hermano. Su negocio está valorado en unos seis millones de liras. Podríamos ofrecerle una hipoteca por la mitad de esa suma y, aparte, una cantidad extra para alguna reforma o un coche nuevo.

—¿Extra?

—Sí. Pongamos tres y medio o cuatro millones, en total. ¿No le vendría bien adquirir una camioneta, como los demás empresarios?

—¿Cuándo tendría que devolver el dinero?

—Durante los próximos treinta años. Con un interés del siete por ciento.

Sergio se inclinó hacia el empleado y se aclaró la garganta.

—Y si hago eso, ¿de quién será el bar?

—Suyo —contestó el empleado—. Todo suyo.

El empleado redactó los papeles y Sergio se los llevó a la Casa al Borde de la Noche. La ironía de hipotecar una mitad del bar para pagar la otra no se le escapaba, pero solo con imaginar la cara que pondría Giuseppino al enterarse le proporcionó una macabra satisfacción.

Efectivamente, al otro lado de la línea Giuseppino montó en cólera cuando se enteró de sus planes, tanto que su ira pareció llenar de nuevo la casa, como si estuviera de vuelta en la isla. Pero Sergio no se arredró e insistió con voz tranquila.

—He hecho una valoración justa del negocio por ti basándome en la regla que me dio el banco: el valor de la mitad de la casa más la mitad de los beneficios de tres años. Recibirás un montón de dinero, Giuseppino. Millones de liras. Podrías ir a la universidad, como tú querías. Puedes hacer lo que más te apetezca.

—¡Me estás echando de la isla! —exclamó Giuseppino—. ¡Quieres deshacerte de mí! ¡Cuando me marché para visitar al *zio* Flavio no dije que fuera para siempre!

—¡Te fuiste! Robaste el libro, saliste huyendo, no querías el bar.

Giuseppino, contrariado, dijo con un hilo de voz:

—Puede que quiera volver, ¿qué sé yo?

—Pues vuelve si te apetece. —De pronto, Sergio notó que el pecho estaba a punto de estallarle de añoranza. Al principio no supo por qué, pero finalmente comprendió

que echaba de menos a su hermano y repitió con tono de ligera súplica—: Vuelve.

Giuseppino estalló en lágrimas de rabia y colgó el auricular.

El bar se hipotecó. Giuseppino envió los papeles debidamente firmados. Fue Maria-Grazia quien abrió la carta, y lloró de ira cuando Sergio le relató, poco a poco, la lamentable historia de lo que había hecho.

—Has arriesgado el futuro de la Casa al Borde de la Noche —replicó con la misma dureza que habría exhibido su propia madre, Pina—. Has hipotecado el bar con los d'Isantu, los peores enemigos de tu abuelo, y ¿por qué? ¿Por una riña de colegiales, por una pelea con tu hermano? ¿Siete por ciento? ¿Acaso crees que los tipos de interés han estado siempre al siete, Sergio? ¿Crees que se mantendrán ahí durante los próximos treinta años? ¿Crees que un buen hombre de negocios aceptaría esta clase de hipoteca?

Sergio, que en realidad no sabía nada sobre tipos de interés o sobre cómo llevar un negocio, se encogió tras la barra y farfulló:

—Pienso devolverlo todo.

Pero al cargarse con aquella deuda, no había hecho sino encadenarse aún más a la isla.

Giuseppino no volvió. Envío por correo una fotografía de su graduación en la universidad: daba un poco de miedo con aquella toga negra y el birrete, de pie ante un fondo en el que parecían haber impreso un rectángulo de hierba, un edificio de ladrillos y un cielo de un azul cian imposible. Pese a que en la isla seguía considerándose su actitud un tanto deshonrosa, la fotografía se añadió a las que colgaban en la escalera.

Aquel verano, Sergio amplió el horario de apertura del negocio, sustituyó la vieja cafetera y, con lo que ganaba con los helados (más de lo que necesitaba para los pagos mensuales a la caja de ahorros), mandó instalar un cartel de neón. Con ayuda de unas cuerdas, los albañiles Tonino y 'Ncilino lo izaron para colgarlo en la fachada principal del bar. A partir de entonces, el porche resplandeció con una mística luz verde que atrajo a todas las inquietantes variantes de la fauna local. Las lagartijas se plantaban con placidez bajo los tubos de neón, como si fueran un sol de otra galaxia, y enormes polillas aterciopeladas se estampaban contra ellos haciendo saltar alguna que otra chispa. Sergio encargó un futbolín y pasó toda una noche montándolo con un destornillador y doscientos setenta tornillitos blancos que acabaron por levantarle ampollas en los dedos. Los sábados por la tarde y los martes por la noche, había torneo.

Sergio reemplazó también la antigua radio por una televisión en color, se abonó a los canales de deportes y, de un plumazo, como había hecho su madre una generación antes, volvió a convertir el bar en el corazón de la isla, pues ahora todos los vecinos se reunían allí para ver los partidos de fútbol de la Italia peninsular, las telenovelas dobladas de los canales nacionales, los anuncios de lavadoras y productos limpiacristales y los programas informativos multicolores de la BBC. Con el dinero

extra que le concedió el banco, ya había comprado un pequeño motocarro Ape, igual que el de Tonino el albañil, y había pintado todo el edificio. El bar parecía haber entrado en una nueva era de prosperidad, como cuando Amedeo abrió sus puertas por primera vez. Con todo, a Maria-Grazia le parecía que ya nada cambiaba en la Casa al Borde de la Noche. Sergio se había instalado detrás de la barra para saldar su deuda. Mientras, Giuseppino, en Londres, cosechaba los trofeos de una vida llena de éxitos sin el menor esfuerzo y enviaba por correo fotografías triunfales como prueba de cada uno de ellos: novia, esposa, casa, coches. Parecía inmune a las súplicas de perdón de sus padres durante las conferencias llenas de silencios; se negaba a volver a casa, ni siquiera quería ir a visitarlos. Detrás de la barra, Sergio esperaba, aún vestido con las camisas del instituto y los pantalones cortos de cuando era niño, y se negaba a que su madre le remendase los agujeros de las camisetas o le cortase el pelo.

Una vez más, Maria-Grazia tenía la extraña sensación de estar un poco ensimismada, como cuando tuvo a los niños. ¿Acaso aquel ya no era su bar?

—Ojalá quisiera casarse —se lamentaba en la habitación de piedra del patio, que había pasado a ser suya y de Robert—. Si al menos Giuseppino trajera a su esposa inglesa para que la conociéramos e hiciera las paces con su hermano... Cualquier cambio nos iría bien.

Pero Sergio, quien resultó más obstinado aún que su hermano, se aferraba a su soledad, sentado tras la barra como un mártir, igual que Flavio se había postrado antaño ante la estatua de la santa a modo de humillación autoimpuesta.

Maria-Grazia tenía la impresión de que, hasta que algún cambio viniera a despertar al bar de su letargo, este permanecería atrapado sin remedio en el tiempo, como en los últimos años de la guerra. Giuseppino estaba físicamente ausente, Sergio lo estaba mentalmente, y todo parecía fuera de lugar.

Y así, durante mucho tiempo, en la Casa al Borde de la Noche no sucedió nada.

Y entonces, por fin, hubo un cambio en el bar y en la vida de Sergio Espósito: la llegada al mundo de la pequeña Maddalena. Nació de nalgas, como su padre, Sergio, berreando desconsolada la misma semana que los tres televisores del bar retransmitieron la caída del Muro de Berlín.

Aquel había sido un año singular. En enero, entre San Esteban y la festividad de la Epifanía, falleció Carmela d'Isantu, y Andrea regresó a Castellamare para el funeral. No quiso ver a Maria-Grazia, lo que no impidió que los habitantes de la isla volvieran a airear los viejos chismorreos: cuando él había arrojado arena a las ventanas de la joven, cuando su amor por ella lo tuvo postrado en la cama durante días, enfermo y agitado. Los isleños cuchicheaban por los rincones del bar de un modo que a Maria-Grazia le parecía ahora cansino e irritante, cuarenta años después de que aquello hubiera podido ser un chisme interesante para alguien. Aquella vez sí había atisbado a Andrea de lejos, entre la multitud del cortejo fúnebre que acompañó aquel ventoso día a *signora la contessa*. Era un hombre enjuto de cejas muy pobladas, más cercano a la vejez que a la mediana edad.

Maria-Grazia compartió su asombro con Concetta cuando ambas regresaban a casa cogidas del brazo.

—¿Cómo puede ser ese Andrea d'Isantu?

—El tiempo pasa para todos. ¿No te has fijado? Últimamente, Bepe, que siempre fue tan guapo, tiene una panza como un tonel, Totò se ha quedado sin pelo y Ágata la pescadora va en bata y pantuflas y arrastra los pies, exactamente igual que la *signora Gesuina*.

Maria-Grazia se vio obligada a reconocer que su amiga estaba en lo cierto.

Aun así, ¿cómo era posible que Robert y ella fueran viejos? Si seguían durmiendo abrazados como adolescentes en la habitación de piedra, que para ella aún era la de sus padres, y seguían bailando en la fiesta de Santa Ágata con el mismo entusiasmo que en su noche de bodas. Su propia vida se le antojaba algo bastante incomprensible, algo que había avanzado a rastras cuando la felicidad parecía inalcanzable —en los días en que aún era una niña con férulas en las piernas—, y que al final, cuando esta le había sido concedida, parecía avanzar a la velocidad de la luz, sin dejarle tiempo siquiera para reflexionar.

Incluso Concetta pasaba ya de los cincuenta. No se había casado, pero aun así había obtenido hacía poco la custodia de un niño, un crío tremendo de cinco años llamado Enzo que había sido y, a decir verdad, todavía era, el hijo de su hermano Filippo. La criatura había perdido a su madre y, en cuanto aprendió a andar, comenzó a campar por la isla a sus anchas. Se dedicaba a cazar lagartos, a aporrear con palos cuanto encontraba en su camino y a lanzarse cuesta abajo por las laderas más

empinadas y rocosas de la isla a lomos de su burrito de plástico azul con ruedas rojas. A los cuatro años ya era bastante ingobernable, según contaban los ancianos jugadores de *scopa*, pues, a través de las ventanas abiertas de la casa de Filippo, toda la parte sur del pueblo había oído los gritos del padre cuando exhortaba al niño a salir de los armarios o a bajarse de la escalera o de las enormes torres de cajas de la trastienda.

Concetta, que llevaba treinta años sin dirigirle la palabra a ninguno de sus hermanos, se puso muy seria.

—Voy a ir —le contó a Maria-Grazia—, para ver si lo está tratando bien.

Resultó que Filippo no maltrataba a Enzo. Más bien era Enzo quien tenía la sartén por el mango. Concetta encontró a su envejecido hermano sentado en los peldaños de la trastienda mientras el niño, en el patio, corría como loco en círculos, rebozado en sirope y harina.

—Ya veo que también ha llegado a tus oídos, hermana, que no soy capaz de controlar a mi hijo. —Filippo le dirigió una mirada abatida—. Y aquí estás, para juzgarme.

—No he venido aquí para juzgarte, idiota —respondió ella—, sino para ofrecerte mi ayuda. Sabe Dios que yo también, a su edad, fui difícil de domar. Ya está bien de esta estúpida enemistad entre nosotros. El niño no tiene madre, y solo he venido a decirte que tiene una tía, aunque tú y yo no sepamos comportarnos como personas civilizadas entre nosotros. Cuando dé mucho la vara, me lo mandas. Por muy salvaje que sea este niño, yo lo era más. ¡Ven aquí, Enzo!

El crío, sorprendido, obedeció.

—Vas a venir a visitarme de vez en cuando. ¿Te gustaría?

—Sí, *zia* —contestó Enzo muy manso, pues había oído cientos de historias sobre su temible tía.

El fin de semana siguiente, a lomos de su burro de plástico azul y con una bolsa de la compra cargada de cosas, fue a pasar el día a la casa azul de los naranjos, un poco asfixiado con su ropa de domingo. Al ver a aquel crío moreno y menudo, tan esmirriado como lo había sido ella y con las muñecas y los tobillos muy finos, el corazón de su tía se llenó de ternura y decidió que se ocuparía de criarlo.

Concetta no era particularmente alta ni gruesa, pero en todos los demás aspectos podía decirse que era una persona que imponía. Irradiaba vida, independientemente de que estuviera agobiada o contenta; desprendía una energía desbordante que confería un brillo juvenil a sus mejillas y le erizaba el pelo. Era igual que Enzo. Él lo percibió desde el primer instante, y por eso se comportaba bien con ella.

Muy trabajadora a su mediana edad, Concetta volcaba toda la energía en el cuidado de su huerto, que engullía la casa por los cuatro costados y era tan verde que hacía daño a la vista. Un ingenioso sistema con mangueras perforadas regaba las hileras de hortalizas cada mañana. Había plantado *zucchine* trepadores, filas de tomates y berenjenas y macetas de albahaca, que crecía a una velocidad tan alarmante

que cada mata era lo suficientemente alta y frondosa como para tragarse al niño. En la base de la fachada principal de la casa había enmarañadas ramas de sandía cuyos zarcillos invadían las ventanas, aunque, curiosamente, respetaban el contorno de las puertas. Entre los naranjos crecían esparragueras, hinojo, menta y matas de alcachofas enormes, rodeadas de finos brotes plateados. Concetta permitía que Enzo se desfagara en esa jungla.

—Puedes chillar y liarte a palos con todo lo que quieras. Me trae sin cuidado lo que hagas. —Se caló un grasiento borsalino de hombre, se dirigió a una de las hileras de corazón de buey y comenzó a arrancar los tomates de sus tallos ensortijados dejando que el niño se las apañara solo.

Enzo tardó poco en volver, sigiloso, aburrido de dar gritos y golpes ahora que a nadie le importaba lo que hiciera.

—Los *cuori di bue* están en su punto, todos a la vez —dijo Concetta sin volverse para mirarlo, pues sabía que, pese al jaleo que armaba, era más retraído que un lagarto—. Prepararemos unas ensaladas riquísimas con ellos y bolas de arroz con *mozzarella*. ¿Me echarás una mano?

—Sí, *zia* —contestó su sobrino.

Durante toda la tarde, trabajó junto a su tía: preparó las bolas de arroz, amasó el pan y agitó el enorme colador para escurrir el jugo amargo de las *melanzane*, hasta que estuvo agotado.

—Aquí lo tienes —dijo Concetta con satisfacción cuando devolvió al niño a su padre, con la ropa de domingo muy sucia—. Está tranquilo. Puedes mandármelo siempre que quieras.

A partir de entonces, Enzo pasaba la mitad del tiempo con su padre, y cada vez que parecía que iba a portarse mal, preparaba su bolsita y se iba a pasar el día, o la semana, a casa de su *zia* Concetta. Aunque terminó por quererla como a una madre, nunca dejaría de tenerle cierto respeto reverencial. Incluso en sus momentos de excitación más desenfadada, ella era capaz de superarlo, ya fuera corriendo, gritando o empujándolo a toda velocidad en su burro de plástico azul, dejándolo sin aliento. Y puesto que el crío había encontrado la horma de su zapato en su indómita *zia*, decidió que, por lo menos en su presencia, se portaría bien.

Eso, en cierto modo, limó las asperezas entre los hermanos Arcangelo y su hermana Concetta, cuya enemistad venía fermentando desde que ella desertó a la Casa al Borde de la Noche; si bien no se resolvió del todo, por los viejos tiempos, al menos sí dejó de ser un tema que diera que hablar. Por deferencia a su hermana, Filippo empezó a enviar algún turista que otro desde el Arcangelo's Beach Bar a la Casa al Borde de la Noche, pese a que Santino Arcangelo, furioso, hiciera todo lo posible por interceptarlos y llevárselos de vuelta.

—Una cosa es sentirse familia, y otra bien distinta ser tonto de remate, hermano.

En febrero, Enzo cumplió cinco años y se volvió aún más tranquilo. El último descendiente por parte de madre de Vincenzo el artista descubrió los lápices y el

papel.

—Muy bien —le susurró Concetta a Maria-Grazia mientras ambas observaban un día a Enzo sentado a la barra del bar, devorando *cassata* con una mano y bosquejando con la otra un detallado retrato a tiza de los ancianos jugadores de *scopa*—. A partir de ahora se portará bien, será bueno e irá al colegio, algo que yo misma jamás conseguí hacer.

—¿Cómo has conseguido domarlo? —preguntó Maria-Grazia, pues los bufidos de aquel niño le habían parecido alarmantes incluso a ella.

Un poco sorprendida, Concetta respondió:

—Pues con cariño, Mariuzza. Exactamente lo mismo que tú hiciste conmigo.

Y bien curioso que era, pensó Maria-Grazia, que aquella chiquilla despeinada del vestidito blanco que engullía *arancini* y *limonata* se hubiera convertido en una mujer sumamente fuerte y en la mejor amiga que tendría en su vida.

Aquel mes de marzo, se produjo otro acontecimiento memorable. Por fin, cuando todos habían perdido la esperanza, Sergio Espósito presentó a una chica en la Casa al Borde de la Noche.

Sergio tenía treinta y cinco años, y Maria-Grazia y Robert llevaban los últimos diecisiete rogándole que se fuera de la isla para buscar fortuna, casarse o hacer cualquier cosa que no fuera pasarse los días sentado tras la barra, con sus viejos y descoloridos polos de instituto y toda la pinta de querer estar en otra parte. Si solo lo hacía por fastidiar a su hermano, era una verdadera pena que este, inmerso en su propia vida a más de tres mil kilómetros de allí, no pareciera ni darse cuenta, pensaba Maria-Grazia. Ahora Sergio, sin previo aviso, había aparecido con una chica en la puerta del bar, y la había presentado a su familia y al resto de la clientela.

—Mamá, papá, esta es Pamela.

Bien arreglada y menuda, constató Maria-Grazia, satisfecha; una personita con una melena teñida de rojo que le ceñía la cabeza como un gorro de baño. La chica se plantó ante ellos y dijo una y otra vez: «*Buongiorno, piacere*», pues eran las dos únicas palabras que sabía de italiano.

—¿Eres estadounidense? —quiso saber Maria-Grazia.

—No, no, soy inglesa.

—Pamela y yo llevamos un tiempo viéndonos —anunció Sergio como si acabara de caer en la cuenta—, y vamos a tener un hijo.

La Casa al Borde de la Noche estalló de júbilo. Los vetustos parroquianos habrían celebrado cualquier cosa con forma femenina, desde una cabra a un *riccio di mare*, Maria-Grazia lo sabía; aun así, la chica pareció encantada. Un poco abrumada, accedió a instalarse en la mejor mesa y aceptó los agasajos, las bolas de arroz y las flores. Entretanto, Maria-Grazia miraba a su hijo desde el otro extremo del bar y, por primera vez en su vida, lo veía desbordante de felicidad, embriagado por ella; se

había liberado por fin del aire taciturno y contrito que lo había acompañado desde niño.

Pero no tardaron en surgir complicaciones. Pamela quería dar a luz en Inglaterra. Aquel fue el primer conflicto que Maria-Grazia presenció entre la joven pareja. Luego hubo más. ¿Por qué Sergio no había enviado las solicitudes para trabajar en Londres, como le había prometido? ¿Por qué solo le hablaba al bebé en italiano? ¿Dónde estaba el dinero para comprar los billetes y volver a casa?

Con «casa», Pamela se refería a Inglaterra. Maria-Grazia oía aquellos reproches pronunciados en voz baja y se preocupaba por su hijo.

Sergio estaba enamorado de Pamela. Su madre estaba convencida de que era así, pues aquel día de marzo, cuando aparecieron juntos en el bar, los había visto iluminados por el aura prometedora del amor, como les había ocurrido a ella y a Robert. Esa luz había brillado durante un tiempo en Sergio, tiñéndole el rostro enjuto de un resplandor juvenil mientras se embarcaba en nuevas iniciativas para el bar: instaló un televisor más grande, sistematizó la contabilidad del último medio siglo, reparó las tejas resquebrajadas del porche... Robert y ella, al principio, también se alegraron. Sergio llevaba demasiado tiempo estancado en ese lugar indefinible y sombrío que es el paso de la infancia a la madurez y que en Castellamare podía extenderse indefinidamente, volviéndolo un niño demasiado grande a ojos de todos. Maria-Grazia sabía lo que se murmuraba sobre su hijo: un hombre que pasaba de los treinta y seguía durmiendo en la habitación de cuando era pequeño, comiendo el *risotto* y las *melanzane* al horno que le preparaba su madre, vistiendo un curioso surtido de la ropa del instituto y juntándose con los mismos que frecuentaba cuando era niño: Nunzio, el hijo del panadero; el chico de Valeria, Peppe, gerente de la mercería; Calogero, el abogado. Según las reglas de Castellamare, todos ellos seguían siendo niños varados tras el mostrador del negocio familiar, víctimas de las regañinas de las abuelas y los chismorreos de los ancianos jugadores de *scopa*, y todos se veían envueltos en semanas de escándalo si se llevaban una chica a casa. De modo que aquella muchacha inglesa, Pamela, al principio les pareció a todos una salvación. Como Maria-Grazia sabía por experiencia, el único modo de escapar de ese estado era casarse, hacer dinero o largarse de allí.

Pero había empezado a sentir cierta inquietud cuando, poco después de la boda, Sergio sacó a relucir su historia de amor.

—Ya nos conocíamos —exclamó, desbordante de entusiasmo, mientras servía vino a borbotones en las copas de todos—. De niños. Nunca os lo había contado, mamá, papá, *zia* Concetta. Nos conocimos en el sesenta y cinco.

—¿Cómo es posible? —preguntó Robert, inclinando la cabeza hacia la sonriente Pamela, pero fue Sergio quien contestó:

—Pamela estuvo aquí de niña. Vino de vacaciones con sus padres.

Sergio relató entonces cómo habían vuelto a encontrarse, el verano anterior, en la playa del espléndido hotel del *conte*.

Los domingos por la mañana temprano, Sergio solía ir a nadar lanzándose de las rocas que quedaban ante la playa que había ordenado cercar *il conte*. Ese día en concreto, llegó un poco antes de lo habitual. Como siempre, dejó su bicicleta tirada junto al embarcadero, cruzó las rocas ardientes a la carrera y se quitó los zapatos, los pantalones vaqueros y el polo grisáceo y con agujeros en la sisa que su madre estaba empeñada en tirar a la basura. Por fin quedó en traje de baño bajo la cálida brisa marina, y estaba a punto de zambullirse cuando se dio cuenta, con cierto embarazo, de que la tumbona de plástico más cercana estaba ocupada por una joven que lloraba.

En ese punto, Pamela, asintiendo con la cabeza, dejó escapar una risita y confirmó el relato de Sergio:

—Mi marido y yo acabábamos de divorciarnos y vine aquí a tomarme unas pequeñas vacaciones. Había estado de niña, con mis padres, y recordaba la isla.

Sergio se había comportado del único modo digno en una situación así: volvió a ponerse la camiseta y los pantalones, se abrochó el cinturón, fue a sentarse junto a la desconocida e intentó consolarla.

—Todo un caballero —dijo Pamela en inglés—. Me preguntó cuándo había sido la última vez que había estado en la isla y le dije que en el sesenta y cinco, con mis padres.

—Por aquel entonces, yo tenía once años —continuó Sergio—, y ella dijo que también tendría esa edad. Le pregunté su nombre y me contestó que se llamaba Pamela.

Les contó entonces cómo lo había recordado todo de repente, como una visión: Pamela con el traje de baño rosa zambulléndose bajo las olas y emergiendo de nuevo chorreando agua de mar. Pamela, la del siroco y las cuevas.

—¿Qué Pamela? —preguntó Concetta, que no conocía aquella historia.

—¿No te acuerdas, *zia*? La niña con la que nos estábamos bañando el día en que Giuseppino casi se ahoga.

Aquello le había dado mala espina a Maria-Grazia, aunque no supo decir por qué. Le pareció que su hijo le concedía demasiada importancia a aquel relato. Incluso había llamado a su hermano para contárselo.

—¿Qué Pamela? —Fue también la respuesta de Giuseppino, quien aseguró no acordarse de aquel ángel en bañador rosa.

Cuando Sergio le anunció que esperaban un bebé, Giuseppino, al otro lado de la línea, se quedó muy callado. Maria-Grazia sabía que él y su mujer no podían tener hijos.

—Felicidades —dijo en inglés. Nada más.

Al principio, todo fue bien. Pero después, uno de esos días tormentosos de principios de primavera, Sergio volvió a intentar hablarle a su mujer sobre el siroco, el bañador rosa y el túnel entre las rocas. Al parecer, Pamela ya no estaba interesada

en los milagros.

—De todas formas, ¿en qué cambia eso las cosas? —se limitó a decir.

—Pero, Pam, ¡no me digas que no lo recuerdas!

—¿Cuándo pasó? ¿A principios del verano o a finales?

Él siempre había dado por sentado que el incidente estaría grabado en la memoria de ella con el mismo detalle que en la suya. Un momento de importancia vital.

—Fue en la víspera de Santa Ágata, en el sesenta y cinco.

Pamela apenas parecía prestar atención.

—Ay, no sé... Cada año viajábamos a algún lugar del Mediterráneo, en mi cabeza se mezclan todos. Supongo que sería yo. —Se encogió de hombros—. Pero, qué más da, no habría cambiado las cosas, ¿no?

¿Cómo habría podido explicarle él que, de no ser ella la auténtica Pamela, todo sería diferente? Las preguntas de su marido comenzaban a sacarla de quicio. Sergio, en su desesperación por situarla en la escena, se volvió incoherente:

—¿No recuerdas haber atravesado el túnel nadando? ¿Ni el siroco? Y piénsalo, ¿qué posibilidades había de que volviera a encontrarte? Parece una de las historias de mi abuelo.

—¡Tú y tus historias! —exclamó ella entre dientes, con una rabia inexplicable—. Los Espósito y vuestras malditas historias. ¡Pues claro que no era yo!

Estaban en la habitación de la infancia de Sergio, mirándose a los ojos en la penumbra.

—En el sesenta y cinco yo no tenía once años. Lo sabes de sobra. —Ahora era ella quien lo asediaba con palabras, mientras él yacía mudo, sin ceder un ápice—. En el verano de ese año yo tenía dieciséis, Sergio, ¡dieciséis! Ni siquiera estaba aquí, en la isla. Es imposible que coincidiéramos. ¡Y lo sabes muy bien! No seas infantil. Cuando presentamos los papeles para el certificado de matrimonio pusimos las fechas de nacimiento.

—Entonces, si te parecía todo tan ridículo, ¿por qué me seguiste la corriente?

—¡Porque me pareció halagador! —exclamó Pamela—. ¡Por el amor de Dios! Me halagó que fingieras creer que tenía cinco años menos. ¡No se me ocurrió que pudieras creerlo de verdad! Porque no lo creías, ¿no?

Sergio se sintió arrastrado hacia alguna clase de abismo, totalmente deshecho. Pero estaba el bebé, le confesó a su madre; además, ¿era acaso tan importante que ella fuera la auténtica Pamela? Daba igual. Se casarían.

Y Pamela, durante aquellas semanas, aún estaba enamorada de él. En su retrato de boda, tomado en la puerta del registro civil de Siracusa en aquella húmeda mañana de abril en la que celebraron su ceremonia de veinticinco minutos con Maria-Grazia y Robert como testigos, su cabecita teñida de rojo emergía de un abullonado vestido de organza blanca para apoyarse con gesto afectuoso en el hombro de Sergio. Cuando regresaron de su breve luna de miel en el continente, incluso dejó que Maria-Grazia le enseñara a preparar *limoncello* con alcohol, azúcar y un saco de limones del jardín.

Al ver a la muchacha revolver el licor turbio, Mariuzza permitió que la recorriera una oleada de ternura hacia su inesperada nuera.

Todo aquello cambió con la llegada del otoño. Maria-Grazia se dio cuenta entonces de que Pamela quería volver a su casa.

—Necesitamos nuestro propio espacio —la había oído murmurar—. Esto se nos queda pequeño.

—Pero, amor mío, si hay habitaciones de sobra —repuso Sergio dócilmente, malinterpretando sus palabras.

Maria-Grazia, por su parte, se inclinaba a compartir el punto de vista de la chica. Cómo no iba a parecerle opresivo el indefinible olor a niñez de la habitación de Sergio, o el ruido del bar que se colaba por la ventana abierta cuando se retiraban juntos al piso de arriba durante las calurosas noches de verano. En su fuero interno, estaba de acuerdo con que Sergio debía seguir a la muchacha a Inglaterra o perderla.

Y ahora, a medida que la tensión aumentaba, su matrimonio parecía un intento desesperado de unir dos soledades independientes.

—Marcharos a Inglaterra —animaba Maria-Grazia a Sergio—. Por lo menos, llévala para que haga una visita. Preséntate a su familia.

Pero Sergio, atrapado en su indecisión, nunca reservó los billetes. Intentaba hablar con su familia política por teléfono, pero no le salían las palabras cuando quería comunicarse con aquellos extraños, y su inglés se volvía incoherente: le costaba recordar las cosas más corrientes, soltaba lo primero que le pasaba por la cabeza, decía «embarazado» cuando quería decir «avergonzado», llamaba a la carretera principal «autocalle» y traducía literalmente entre los dos idiomas que dominaba, ¡como si él no fuera inglés de verdad! Toda la vida había hablado con su padre y con su hermano en inglés sin el menor problema. Pero en aquel momento, Maria-Grazia comprendió que su hijo estaba siendo fiel a la isla, que había brotado en él una especie de obstinación incontrolada ante la mera idea de verse obligado a abandonarla.

—Se está comportando como un niño —le susurró furiosa a Robert aquella noche—. Si ella quiere vivir en Inglaterra, él tiene que permitirselo. ¿Acaso no viniste tú hasta aquí por mí?

Ante aquella cuestión, Robert, que había regresado a la isla por Maria-Grazia, pero también porque no cabía en su imaginación amar cualquier otro lugar que no fuera Castellamare, se encontró profundamente dividido. Y ella, si tenía que ser franca, tampoco estaba muy emocionada ante la idea de un país extranjero sin el susurro del mar, sin cigarras, y con una tierra y una gente en blanco y negro. Pero irían a visitarlo, y a su nieto, y a Giuseppino, y quién sabía, tal vez los dos hermanos podrían hallar el modo de reconciliarse si volvían a encontrarse en la misma isla. Ni siquiera a los clientes del bar les había pasado inadvertido el creciente descontento de la mujer inglesa de Sergio Espósito. Entretanto, aquel otoño, Sergio se dedicó con más empeño que nunca a sus quehaceres habituales: servir café, preparar pasteles,

contar las liras mugrientas cada noche en la barra del bar, bajo la fotografía de su abuelo Amedeo, supuestamente para apartar lo necesario para los billetes a Inglaterra. Aun así, su madre tenía la impresión de que hacía aquello porque le gustaba. Maria-Grazia intuía que nadie conseguiría convencerlo para cambiar de vida. Parecía haber decidido, al fin, diecisiete años demasiado tarde, que la isla era el lugar al que pertenecía.

Maria-Grazia opinaba que debían resolver cuanto antes la cuestión de la hipoteca del bar, sobre todo si Sergio tenía que marcharse antes de diciembre, fecha en la que esperaban al bebé. Aún faltaba por pagar la mitad, más intereses; en total, tres millones de liras: diez mil cafés, con el margen de beneficio actual del bar, le dijo a su hijo en un intento de que él lo entendiera, ocho mil bolas de arroz. El flujo de turistas al que se habían acostumbrado en los últimos veinte años había empezado a menguar. Aquel año, se alojaron en el hotel menos clientes de los que esperaban, y en septiembre ya no quedaba ni uno. El yacimiento arqueológico permanecería cerrado en invierno, y el anfiteatro, cubierto con lonas negras. Además, los cercados en torno a las cuevas junto al mar quedaron bastante maltrechos tras las primeras tormentas del otoño; hubo incluso algunos que se vinieron abajo. Aquel año nadie se molestó en repararlos, puesto que no habría visitantes para pagar las dos mil liras de entrada hasta que, Dios y santa Ágata mediante, regresaran la primavera siguiente. Los adolescentes locales colonizaron las cuevas con sus bicicletas y lo que Concetta llamaba «esas cajas americanas atronadoras». Las catacumbas volvieron a albergar únicamente el llanto del mar. Aun así, Sergio parecía creer que pagar la deuda iba a ser pan comido, algo casi sin importancia. Además, como le confesó a su madre esperanzado, para cuando acabase de pagarla, quizá Pamela hubiera terminado por amar la isla y el bar.

Giuseppino no había regresado para la boda de Sergio. En lugar de eso, a modo de compensación, envió un cheque de dos millones de liras para reformar la Casa al Borde de la Noche.

Comenzaban a formarse las goteras de siempre, y Maria-Grazia se puso en contacto con los albañiles, Tonino y 'Ncilino, para pedirles que arreglaran el tejado.

—Sergio, ¿podrías ir a cobrar el cheque que envió tu hermano?

Pamela, por su parte, le susurró con cierta impaciencia:

—Paga lo que queda de hipoteca y libérate de tus obligaciones. Así podremos irnos a Inglaterra antes de que nazca el bebé.

Pero el cheque permaneció intacto en la mesita de noche de Sergio durante varias semanas. ¿Cómo podía explicar a cualquiera de ellos que aún tenía la sensación de que su hermano lo menospreciaba? Giuseppino enviaba cheques regularmente para mantener el bar a flote, para pagar las reformas y los cambios. Giuseppino había pagado el motocarro nuevo que sustituyó al primero. En aquellos instantes estaba aparcado en la plaza y se usaba para transportar las latas de café y tabaco que llegaban de Sicilia. Giuseppino había pagado el segundo futbolín y el televisor más

moderno. Sin embargo, durante diecisiete años el bar no había sido de Giuseppino, y seguía sin serlo.

Las obras del bar comenzaron la segunda semana de octubre. Una semana más tarde, cuando Tonino y 'Ncilino habían desmontado la mitad de las tejas, Sergio rompió en pedazos el cheque de su hermano y lo tiró al mar. Él asumiría los gastos de la reforma. Ya había sido capaz de conseguir en el pasado que el bar generase más beneficios, y volvería a hacerlo.

Giuseppino nunca se percató de que no se hubiera cobrado el cheque, lo que Sergio interpretó como un indicio de la excesiva opulencia de su hermano, de su despreocupación.

En la isla, el ausente Giuseppino era una especie de celebridad, y Sergio procuraba que eso no lo pusiera furioso. Daba la impresión de que quien estuviera siempre en el bar de la mañana a la noche fuera su hermano y no él. Dos años atrás, el carnicero y su esposa habían ido a Londres en un viaje organizado. De regreso al hotel tras una visita al palacio de Buckingham, dieron un rodeo solo para visitar el piso de Giuseppino. El carnicero había vuelto con unas cuantas fotografías con mucho grano del complejo de apartamentos, tomadas desde detrás de una verja. En una de las imágenes podía verse a Giuseppino, diminuto y borroso, subiendo a uno de sus coches. En otra se había captado el edificio entero, descrito al dorso como «la casa de Giuseppino». En el bar, esas fotografías todavía se sacaban y se observaban minuciosamente cada vez que la isla andaba escasa de novedades.

—Y pensar —se maravillaba Ágata la pescadora— que tu hermano ha amasado esa fortuna leyendo el futuro. Millones de liras solo por adivinar el futuro. Lo mismo que Onofria, la tía abuela de Concetta, hacía con un mazo de *tarocco*, solo que a ella nadie le pagó nunca tanto. Claro que tampoco se le daba muy bien que digamos. Pero no me digas que no es increíble que tu hermano gane un dineral por leer el futuro, ¡miles de libras!

—No lee el futuro —matizó Sergio—, sino que lo vende. No tiene nada que ver. —En realidad, él tampoco lo entendía muy bien—. Hace algo relacionado con las finanzas. Con acciones y valores, con la bolsa... —añadió, aunque lo que hacía Giuseppino, estaba seguro, guardaba también alguna extraña relación con la vivienda, ¿o eso había sido solo un proyecto concreto?—. Tengo entendido que vende casas que todavía no se han construido —concluyó sin dejar satisfecho a nadie con su explicación.

En aquellos días, el rumor favorito de Castellamare era que Giuseppino era un adivino muy famoso.

—¿Y qué vais a hacer en Inglaterra tu mujer y tú, *signor* Sergio? —le preguntó Bepe el barquero—. ¿También vas a leer el futuro? ¿O tendrás un banco, como *il conte*? En un sitio como Londres habrá toda clase de buenos empleos.

—Siempre he pensado que me gustaría ser bibliotecario —reconoció Sergio.

Ese oficio, con el que Sergio fantaseaba desde que se sumergiera por primera vez

en las páginas del cuaderno de su abuelo, despertó un súbito entusiasmo en Bepe.

—¡Bibliotecario! —exclamó—. Eso está bien. ¡Eso está muy bien! Todo el mundo necesita libros.

Los ancianos jugadores de *scopa* asintieron en señal de aprobación: sí, sí, todo el mundo necesitaba libros.

—Pero no hace falta irse a grandes ciudades como Londres o París para ser bibliotecario —añadió Bepe—. Podrías hacerlo aquí perfectamente.

Bepe sentía un amor especial por la literatura. En la isla, todos los libros se encargaban en Siracusa y hacían el trayecto hasta Castellamare a bordo de su *ferry*. Cuando alguna entrega se retrasaba, Bepe abría los paquetes y leía todo lo que podía procurando no estropear los lomos. Novelas románticas o policiacas, sagas familiares... Los habitantes de la isla no se cansaban nunca de ellas. Y nadie podía acusarlo de haberlas leído, pues guardaba el papel de estraza en que venían y las envolvía de nuevo antes de entregarlas. Pero tener una biblioteca sería mucho mejor.

—¿Por qué no haces de bibliotecario aquí, en Castellamare? —sugirió Bepe—. Nunca hemos tenido uno. Podrías pasearte con tus libros en una camioneta. O tenerlos en el bar para que la gente los tomara prestados. Quinientas liras por lectura —añadió como buen empresario que era—. Incluso podrías cobrar una cuota mensual por ser miembro. Así, hasta los *idioti* más redomados de la isla se apuntarían, por miedo a quedar como alcornos ante sus vecinos. La mitad de tus clientes ni siquiera se llevaría libros prestados, y te harías rico.

—Nadie quiere una biblioteca en Castellamare —replicó Sergio, y los jugadores de *scopa* mostraron con gestos que no estaban de acuerdo.

—Cualquier pueblo debe tener una biblioteca —insistió Bepe—. Mira, hasta te prestaré el dinero para montarla si me haces socio.

—Tendría que hablarlo con mi mujer —musitó Sergio—. No quiere quedarse aquí a largo plazo.

—¿Qué significa «a largo plazo»? Podrías encargarte de esto veinte o treinta años, y después jubilarte en Inglaterra cuando el crío ya sea mayor. Con eso la tendrás contenta.

Bepe sacó un fajo de billetes del bolsillo trasero del pantalón y lo dejó sobre la barra.

Al día siguiente, el barquero incluso apareció con el catálogo de una librería siciliana cuidadosamente metido en una bolsa de congelados para protegerlo de la humedad del mar.

—Toma. Tú escoge los libros y yo te los traigo. Recuerda que fuiste tú quien modernizó este bar la última vez, Sergio. Instalaste el primer televisor y el futbolín. Nadie lo olvida.

Las palabras de Bepe despertaron algo dentro de Sergio. Se acordó de aquella noche en que la partida de su hermano lo había hecho sentirse ambicioso por primera vez en su vida, de cómo había trabajado hasta el amanecer para montar el primer

futbolín con un destornillador y se había subido a una escalera de mano para supervisar cómo izaban el letrero de neón. Una biblioteca... ¿Por qué no? Puede que, cuando la biblioteca estuviese en marcha, a Pamela ya hubiera empezado a gustarle vivir en Castellamare.

—Lo de la biblioteca es una buena idea —opinó Maria-Grazia, orgullosa a su pesar de que su hijo tuviera, al fin y al cabo, madera de empresario—. Pero lo primero que te hace falta es la aprobación de Pamela.

—Estudia los catálogos por mí —dijo Sergio—. Así no parecerá que haya sido todo idea mía.

Aunque aquello no le pareció del todo correcto, Maria-Grazia accedió a hacerlo.

—Podríamos tener cuentos populares para los niños —propuso a medida que recorría las páginas del catálogo—. Y libros de Sicilia... *Il Gattopardo*, Pirandello; también libros en inglés o de historia. Haremos una lista.

Aquella noche, madre e hijo se quedaron levantados hasta muy tarde examinando el catálogo, y al día siguiente Sergio encargó doscientos libros. Los colocó al fondo del bar, bajo la fotografía amarillenta de Amedeo. Y de este modo, el negocio pasó a convertirse en la Casa al Borde de la Noche, Bar y Biblioteca. Cuota de socio: mil liras. El primer día se inscribieron cincuenta isleños. A finales de mes pudieron devolverle a Bepe el dinero que había avanzado para los primeros doscientos libros.

—¿Cuánto tiempo pretendes que me quede? —le espetó Pamela aquella misma noche con la voz quebrada por la ira—. En teoría nos íbamos a Inglaterra. El bebé nacerá dentro de ocho semanas.

Sergio respondió con tono de súplica.

—Esto puede ser un buen empujón para el negocio mientras esté aquí. La biblioteca empezará a dar dinero y podremos gastarlo en lo que queramos... Por ejemplo, en los billetes de avión para Inglaterra...

—Muy bien —zanjó ella—, pues tienes un mes para comprar los billetes. Ya no podremos ir en avión.

—Nos iremos de aquí cuando todo esté en orden —respondió él con un hilo de voz—. No puedo poner una fecha límite.

Pamela se dio la vuelta y subió por las escaleras con un sonoro chancleteo de las sandalias que no se había quitado desde el verano.

Por la noche, llamó a su madre llorando y hablando muy deprisa en inglés. Desde el otro extremo de la línea, se oía la voz de su madre, desfigurada por la estática y vergonzosamente amplificadas por el eco del receptor, repitiendo una y otra vez:

—Vuelve a casa, cariño. Déjalo. Siempre pensé que no era la persona ideal para ti, mi amor. Vuelve a casa.

El nacimiento del bebé estaba previsto para fin de año, pero llegó la segunda semana de noviembre. Aquella mañana, Maria-Grazia recorrió mil veces el trayecto de ida y

vuelta desde la puerta del bar —con su letrero de «*Chiuso*»— hasta la cocina, donde Pamela sufría las contracciones de pie y agachada sobre una silla. Maria-Grazia iba y venía sin parar, esperando a la doctora. Sergio, arrodillado frente a Pamela, le masajeaba la espalda y le acariciaba los brazos calientes.

—Ya viene —la tranquilizaba—. Está en camino.

Abajo, más allá de la ladera cubierta de maleza, el mar estaba muy picado, lleno de cabrillas blancas.

—El *ferry* no podrá traer a la doctora a tiempo —se lamentó Maria-Grazia, escondiéndose con Robert tras la cortina del bar—, y este bebé nacerá demasiado pronto, como lo han hecho los Espósito desde el inicio de los tiempos, no importa lo que hagamos para impedirlo...

—No, *cara* —la interrumpió Robert—. Ya está aquí.

La doctora apareció con el pelo alborotado por el viento y a todo correr, con su maletín y su pequeño desfibrilador de emergencia, seguida por la comadrona. La hija de Sergio, Maddalena, llegó al mundo entre los muros de la Casa al Borde de la Noche media hora después. Con muchas prisas, igual que su abuela.

QUINTA PARTE

EL BARCO NAUFRAGADO

1990-2009

Érase una vez dos ancianos que eran muy fieles a santa Ágata y cada año celebraban su festividad. No tenían dinero, solo un nieto al que querían más que a nada en el mundo. Un año en que la cosecha fue mala, se encontraron con que no tenían nada que vender para poder celebrar el día de su santa. Decidieron, pues, hacerse a la mar con su nieto y venderlo a un rey de otras tierras para así ganar unas cuantas libras y asegurarle al niño un futuro más próspero. El rey les ofreció cien monedas de oro y acogió al pequeño en su casa.

El pequeño, ‘Ncilino, creció en el palacio del rey junto con la hija del monarca, que no tardó en enamorarse de él. Al percatarse de ello, el rey, angustiado porque no quería casar a su hija con un joven pobre nacido en una isla de los confines del mundo, decidió enviarlo lejos.

Cuando el chico cumplió dieciocho años, el monarca le dijo:

—Escúchame, ‘Ncilino, voy a mandarte a una expedición comercial, tienes un día y una noche para aprovisionar tu barco.

El rey eligió entonces su barco más viejo y lleno de agujeros y se lo dio a ‘Ncilino para que partiera.

A la mañana siguiente, ‘Ncilino zarpó, pero en cuanto llegó a mar abierto, su barco empezó a llenarse de agua y a hundirse. El joven se echó a llorar.

—Mis pobres abuelos... Mi pobre isla... Jamás volveré a verlos.

Se acordó entonces de aquella santa cuya festividad celebraban sus abuelos cada año. Tenía que tratarse, sin duda, de una santa muy poderosa, pues lo habían vendido a él, lo que más querían en el mundo, para poder rendirle homenaje en su día. El chico decidió pedirle que lo rescatara:

—Alabada seas, santa Ágata, ¡ayúdame, por favor!

Santa Ágata se le apareció entonces a bordo de una nave de oro macizo, lo sacó del barco y lo llevó de vuelta a la isla, donde sus abuelos lo esperaban para recibirlo y de donde jamás saldría de nuevo hasta el fin de sus días.

Esta historia la he oído contar muchas veces de distintas formas, y parece tener su origen en la leyenda que afirma que san Miguel procedía del oeste de Sicilia. Esta versión me la contó Ágata la pescadora alrededor de 1970.

Fue la pequeña Maddalena, finalmente, la que hizo que Maria-Grazia recuperase el bar.

Había sido un final de año tempestuoso y crítico, ya que Sergio y su mujer no habían logrado llegar a ningún acuerdo, y a eso vinieron a añadirse ciertas dificultades más serias y oscuras. Durante las semanas que siguieron al nacimiento del bebé, Pamela se sentaba en el porche azotado por el viento mirando hacia Inglaterra; sujetaba en el regazo a la pequeña Maddalena, que miraba el cielo ensimismada. Incluso cuando Pamela accedía a sentarse con su familia política en la cocina, lo hacía un poco alejada de Sergio, dejando con desidia que la niña mamara, sin animarla a hacerlo. A menudo, la cría quedaba desatendida en un rincón. Maria-Grazia la cogía entonces y le cantaba «*Ambara-bà, cic-cí, coc-cò!*», la cancioncilla con que su padre, Amedeo, la había acunado a ella de pequeña; también Robert le canturreaba canciones de cuna inglesas con todas esas palabras absurdas: «*Pat-a-cake, pat-a-cake*», «*Rock-a-bye baby*». La cara de la niña se iluminaba repentinamente, como si reconociera algo, y esbozaba una sonrisa radiante. Ambos se centraban en Lena como quien se arrima a un fuego vivo, aprovechando la distracción que les suponía de los problemas que se cernían sobre la casa.

Antes de Navidad, Maria-Grazia estaba tan preocupada por la pobre Pamela que hizo venir a Concetta de la casa azul con el patio de naranjos. Mientras Enzo chinchorreaba a la pequeña Maddalena, Maria-Grazia y Concetta consiguieron arrancar a Pamela de su melancolía y la pusieron a trabajar con ellas preparando bolas de arroz para las celebraciones navideñas. Maria-Grazia le ofreció a la joven un regalo por adelantado, una pulsera de perlas que había sido de Pina. Cuando se la ciñó a la muñeca, los ojos de Pamela se llenaron de lágrimas ante aquella muestra de generosidad.

—Inglaterra muy bonita en Navidad —dijo Concetta con su inglés macarrónico—. Inglaterra gustarme. Lugar encantador. Kensington Gardens Park. Reina Isabel. ¿Sí?

Con los ojos llorosos, Pamela les confesó que no se acostumbraba a la soledad de Castellamare, ni al polvo, ni a los platos y más platos de hortalizas regados con aceite y sal que debían cenar cada día; tampoco a los salvajes gatos callejeros que se lanzaban contra el cochecito de Maddalena mientras lo empujaba por el pueblo, ni al dialecto de la isla, que le resultaba incomprensible pese a que se había esforzado de verdad en aprender italiano cuando se casó con Sergio. El tono de su voz no tardó en volverse quejumbroso e insistente, pues la actitud comprensiva de las dos mujeres liberó en ella un torrente de aflicción profunda:

—La verdad es que odio estar aquí. No me siento capaz de cuidar del bebé, y

Sergio no lo entiende. Hay lagartos por todas partes, polvo por todas partes, sol por todas partes, ¡y hace muchísimo frío en invierno! Estoy segura de que nunca he pasado tanto frío, ni siquiera en Inglaterra. Y todas esas señoras que nos miran cuando paseamos por la calle mayor... Y no quiero al bebé, y ya no quiero a Sergio.

—Siento lo de las hortalizas, *cara* —dijo Maria-Grazia con pesar—. Podría haberte preparado platos ingleses.

—No es eso —gimoteó Pamela—. No es eso.

—Depresión posparto —declaró Concetta, dándoselas de entendida mientras rebozaba las bolas de arroz—. También mi madre tener este problema, pero nadie diagnosticar bien en viejos tiempos. Pero tú conseguir ayuda de buenos médicos, quizá encontrarás mejor, *cara*. Y las viejas no querer mal para ti, sabes, cuando miran. Y gatos son tímidos, en realidad. Dar con tu bolso fuerte una vez y ya no molestarán más. Ellos aprender.

—Lo sé —sollozó Pamela—. Lo sé, pero no aguanto más aquí.

—Entonces debes irte a Inglaterra —concluyó Concetta—. ¿Qué juega Sergio, que no te deja?

Maria-Grazia se había hecho aquella misma pregunta una y otra vez.

—A ver, Sergio —le dijo por fin a su hijo, recién entrado el año nuevo—, debes hablar con tu mujer y decidir de una vez por todas cuándo vais a mudaros a Inglaterra.

Entonces, aunque demasiado tarde, Sergio trató de reparar el daño que había hecho.

—Ten paciencia, Pam —le susurró aquella noche a la cálida espalda que yacía indiferente a su lado—. Dame solo un par de meses más.

Pamela refunfuñó sobre lo estrecha que era la cama, tironeando de las sábanas. Sergio, desesperado, le suplicó como un niño dolido.

—¿Es que no me quieres?

—No puedo seguir aquí —murmuró ella finalmente—. Eso es todo.

—Solo te pido unos meses más.

—Nunca vendrás conmigo a Inglaterra. Esa es la pura verdad. Nunca te irás de esta maldita isla, al menos ten la decencia de admitirlo.

—No puedo —admitió Sergio con un nudo en la garganta—. No puedo irme, Pam, lo siento.

A la mañana siguiente, Sergio advirtió que Pamela abandonaba su sitio en la cama junto a él y oyó correr el agua en el cuarto de baño. Al cerrarse el grifo, le llegó el eco tenue de las tuberías. Para cuando su madre lo hubo despertado del todo, el *ferry* de Bepe ya había zarpado con Pamela a bordo. Se lo había llevado todo, excepto al bebé.

Nadie se había planteado que Pamela pudiera irse sin su hija. Aquella noche,

Maddalena tuvo unos cólicos tremendos; daba alaridos, con la cara hinchada, para que alguien le aliviara el dolor. Fue Maria-Grazia quien sostuvo en brazos su cuerpecito. Cerró el bar, echó los postigos y llevó a su nieta de habitación en habitación. La pequeña tenía unos párpados paliduchos de inglesa y unas orejas adorables, un poco grandes. Aun así, sus ojos eran sin duda de Castellamare, de un indefinido tono opalino y con unas pestañas espesas que parecían de lo más suave, como las patitas de una oruga. El corazón de Maria-Grazia rebosaba de amor por aquella cría.

—Pam volverá a buscarla —dijo Sergio—. Y entonces podré arreglarlo todo.

Pero ¿y si Pam no volvía?, se preguntó Maria-Grazia con una mezcla de miedo y esperanza. Al bebé parecía encantarle la isla, y ya había ganado peso y un ligero bronceado. Forcejeaba llena de energía con Enzo, el de Concetta, y tendía las manitas hacia las lagartijas que cruzaban el techo encima de su cuna. Los primeros balbuceos que había empezado a emitir eran, según creía Maria-Grazia, una mezcla de inglés y del dialecto de la isla, ya que ladeaba la cabeza y atendía a ambas lenguas con la misma atención. Si la dejaban quedarse, pronto se sentaría a escuchar, hechizada, las historias de Castellamare. Correría por los caminos de cabras con Enzo y los demás niños, se zambulliría sin miedo en el mar y aprendería todas las lastimeras canciones de la isla.

Su destino era quedarse, de hecho, pues Pamela jamás volvió a buscarla.

Cuando la pequeña dejó por fin de llorar aquella primera noche, Maria-Grazia se plantó ante la fotografía de su padre, Amedeo, y se prometió que protegería a Maddalena por encima de todo. Nunca le contó esa promesa a nadie, excepto a Robert.

Y así, por el bien de todos, Maria-Grazia volvió a ocupar su antiguo puesto detrás de la barra. Mientras Sergio llevaba a Maddalena de habitación en habitación para aliviar sus cólicos y Robert organizaba el caos en que se habían convertido los libros de contabilidad durante la última década —siguiendo las instrucciones de su mujer, que se había propuesto poner las cuentas en orden ahora que debían encargarse del futuro de la niña—, Maria-Grazia se colocó al frente de la Casa al Borde de la Noche. Instauró un estricto programa para que las liras se metieran cada viernes en la cajita con el crucifijo —con la intención de poder pagar la hipoteca cuanto antes— y sistematizó los préstamos de la biblioteca. También cambió la vieja y destartada cafetera por una nueva que hacía café americano, *macchiato* y enormes tazones de *cappuccino*, pues era lo que pedían los turistas.

Maria-Grazia tenía a menudo la sensación de que Lena había nacido con el amor hacia aquella casa en las venas, una especie de efecto secundario por el hecho de haber nacido allí de manera fortuita. La niña dio sus primeros pasos tambaleantes entre sus mesas y sillas, se dormía bajo la barra arrullada por el siseo azul del mar y

el traqueteo de la puerta de vaivén. En cuanto aprendió a caminar, se dedicó a ir de habitación en habitación desenterrando objetos curiosos: el fórceps y las tijeras quirúrgicas de Amedeo, la medalla de guerra del tío Flavio con el emblema fascista, las férulas ortopédicas que tiempo atrás habían tenido prisionera a su abuela. Maria-Grazia las cogió con ambas manos y le enseñó a Lena cómo se ponían, y también le contó la historia de la medalla de guerra de Flavio, y de la de Robert.

Sentada en la gran cocina de piedra junto a su abuelo, Lena le sacó brillo una y otra vez a la medalla con un botecito de Brasso y un paño, hasta que la cara del rey Jorge volvió a verse resplandeciente y llena de entusiasmo. Robert, que no había vuelto a mencionar todo aquello desde el verano en que le contó su historia a Maria-Grazia para reconquistar su corazón, accedió a volver a hablar un poco de la guerra.

—¿Y por qué nunca me has contado a mí nada de todo eso? —preguntó Sergio cuando oyó a su padre hablar del amerizaje forzoso de un planeador—. Que saltabas de aviones o que pasaste tres años injustamente encarcelado.

Robert se lo quedó mirando y respondió:

—Nunca me pareció que quisieras saberlo.

Sergio había cambiado mucho desde el nacimiento de Maddalena. De las ruinas de su matrimonio no había vuelto a surgir un niño grande y siempre insatisfecho. Tras la marcha de Pamela, había tirado todos los polos descoloridos de sus años de instituto y, cuando un domingo la viuda Valeria le tocó la barriga e hizo un comentario burlón, se lo tomó demasiado en serio, en opinión de su madre, y se dedicó a recorrer la bahía nadando cada mañana hasta que no quedó ni rastro de sus michelines. A partir de entonces todos tuvieron que admitir que Sergio se había vuelto un hombre mucho más estable: su matrimonio bien podía haberse desintegrado y su olfato para los negocios nunca sería como el de su madre, Maria-Grazia, pero tenía el firme deseo de ser un buen padre. Enseñó a leer a su hija, la llevaba a hombros al colegio, y hasta los jugadores de *scopa* y las viudas de Santa Ágata dejaron de llamarlo «*il ragazzo di Maria-Grazia*» y empezaron a referirse a él sencillamente como Sergio Espósito, e incluso como *signor* en alguna ocasión. Quizá lo que siempre le había hecho falta era un hijo, y no una mujer.

A Maria-Grazia le parecía algo maravilloso tener en casa a una niña como Maddalena, tan llena de vida y de presente, a la vez que enamorada del pasado. Lo único que quedaba del libro de historias de Amedeo eran las fotocopias, y su padre, Sergio, le leía aquellos relatos llenos de fantasía. Lena oyó las historias de la niña que se convertía en árbol, en pájaro, en manzana; oyó hablar de los gigantes hechos pedazos; de un demonio llamado Nariz Plateada y del hechicero Cuerpo sin Alma; de un joven que le devolvió la cabeza decapitada a su hermano gracias a un ungüento mágico; y también oyó una historia muy poco conocida —que la tía abuela de Concetta, Onofria, le había contado en su lecho de muerte a Amedeo— sobre un niño al que la cabeza, no se sabía cómo, se le había quedado del revés, y que se pegó tal

susto al verse por detrás que cayó muerto allí donde estaba. Al oír aquel relato, la niña soltó un grito de espanto y emoción.

Lena y su padre pasaban las tardes de invierno entre las estanterías de la biblioteca, inmersos en sus volúmenes, mientras los clientes rellenaban pequeños formularios de color rosa para pedir en préstamo novelas románticas y de suspense, o larguísimos relatos épicos de importantes familias extranjeras en las que todos los personajes parecían tener el mismo nombre. Y aunque los mayores de la isla leían aquellas historias con fruición, a Lena nunca le parecían tan buenas como las que versaban sobre Castellamare. A los cinco años, se sabía de memoria todos los cuentos de Amedeo. También conocía, con mucho detalle, los episodios de la historia de su propia familia, ya que Maria-Grazia se había encargado de contarle a su nieta, en cuanto fue lo suficientemente mayor, que su tío Flavio se había arrojado al mar para huir de la isla, que todos sus tíos, uno por uno, se habían ido a la guerra. Y cómo había llegado por primera vez a Castellamare su bisabuelo Amedeo. Le habló de los gemelos nacidos de madres distintas, del hombre que surgió del mar, de las disputas entre su padre y su tío Giuseppino. Y Lena pensaba que ojalá hubiera vivido cuando todas aquellas cosas sucedían en la isla: Gesuina y el viejo Rizzu, el padre Ignazio y el fantasma de Pierino, Pina la maestra con su trenza de pelo negro gruesa como una cuerda y Amedeo con su cuaderno de historias. Para Lena, los espíritus de todos ellos seguían presentes en los caminos de cabras y en las callejuelas, tan cruciales como la presencia de la santa. Le parecía que la isla entera tenía vida, que era un lugar donde las historias hacían palpar la tierra.

La víspera de la festividad de Santa Ágata del año que cumplía seis de edad, la pequeña, siempre muy emprendedora, escribió en un pedazo de cartón con grandes letras mayúsculas: «MUSEO DEI MIRACOLI». Lo colocó en el porche y debajo de él dispuso una serie de reliquias familiares: las dos medallas de guerra, las férulas ortopédicas, el pequeño colgante de hojalata con el que Amedeo había llegado al orfanato, las fotocopias del cuaderno de historias.

—¡Mil liras! —les gritaba a los turistas tanto en inglés como en italiano—. ¡Mil liras por ver las maravillas de la isla! ¡Mil liras por ver el Museo de los Milagros! O un dólar, o lo que tengan.

Enzo se arrodilló a su lado y, con un trozo de tiza, dibujó en el suelo una copia de la Mona Lisa, como había visto hacer a un artista de verdad durante una visita a la familia de su madre en Roma.

Cuando los turistas se paraban a mirar, Lena se acercaba a ellos con sus reliquias y cachivaches y les contaba la historia de cada objeto: «Esto lo ganó mi abuelo Robert, se lo dio el gobierno inglés durante la guerra, antes de que su avión cayera al mar»; «Esta la ganó mi tío, se la dio Mussolini»; «Este era el cuaderno de historias que escribió mi bisabuelo cuando era médico *condotto*»; «Esto es un rosario de la suerte de santa Ágata, y es mío». A medianoche, cuando los dos niños se habían quedado dormidos bajo la mesa del museo al son del *organetto*, Enzo y ella habían

recaudado treinta y siete mil liras, dos dólares y una libra esterlina. Visto el éxito, repetirían la iniciativa todos los años.

Al parecer, Lena era la primera Espósito que había nacido sin el deseo de abandonar Castellamare. En el bar, su abuela la dejaba circular con la bandeja con el logo de la marca de café, y la niña la sostenía con ambas manos sobre la cabeza cuando pasaba entre dos mesas. Con gesto solemne, tomaba nota de las comandas en una libretita holografiada que había ganado como premio en el colegio. Y Robert la llevaba en el motocarro de tres ruedas al almacén mayorista en Sicilia, y volvían juntos a la isla en el *ferry* de Bepe con el vehículo cargado de cigarrillos, botes de café y bombones.

—¿Será mío el bar algún día? —le preguntó Lena a su abuela cuando tenía seis años.

Maria-Grazia pensó en la hipoteca que debían a los d'Isantu, que se había convertido en una carga tediosa e interminable.

—Sí —respondió—. Claro que sí.

Con cada año que pasaba parecía más evidente que Pamela no volvería en busca de su hija. Maria-Grazia había estado siempre atenta a cualquier indicio de trastorno en la pequeña, ya que sus primeros momentos en el mundo habían sido muy adversos y tenía apenas tres meses cuando su madre se había marchado cruzando el mar. Pero Lena era una niña vigorosa, y aunque desde pequeñita desarrolló el hábito de seguir a Maria-Grazia por el bar y nunca dejaría de hacerlo, parecía perfectamente estable. Además, en la isla había encontrado un centenar de protectores. Recibía un trato especial incluso por parte de los clientes del bar: los viejos jugadores de *scopa*, debajo de cuyas mesas había jugado desde niña sin miedo a una reprimenda, le llevaban monedas y trozos de cerámica antiguos de toda la isla para que los añadiera a su museo; las viudas de Santa Ágata rezaban por ella cada semana y la cargaban con tantos amuletos y rosarios que apenas podía llevarlos todos y los miembros del Comité de Modernización (que, sin que Maria-Grazia lo supiera, se habían prometido convertirse en protectores de la niña en la primera reunión que celebraron tras la partida de Pamela) mantenían informada a su abuela por teléfono de las idas y venidas de Lena por la isla. «Acaba de pasar por el olivar de los Mazzu —susurraba furtivamente la viuda Valeria al otro lado de la línea, como si fuera un detective—. Va cubierta de arena, Maria-Grazia. Asegúrate de que se dé un baño en cuanto la pilles». «Ya vuelve del colegio —la avisaba Ágata la pescadora desde su casita bajo las enredaderas—. Anda como toda una *santina*, Maria-Grazia, y llegará en cinco minutos o menos». Con tantas atenciones, ¿cómo no iba la niña a crecer y florecer?

Sin embargo, como Maria-Grazia llegaría a reflexionar con el tiempo, no tenía sentido congratularse por haber criado a alguien durante sus primeros diez años de vida, pues la mayoría de los problemas verdaderos venían después.

Una vez al año, a principios de verano, enviaban a Lena a Inglaterra a pasar un mes con su madre. Por lo visto, para alivio de Maria-Grazia, Pamela se había recuperado tanto como Sergio de su breve y tormentoso matrimonio. Lena tenía dos hermanastros pequeños y una habitación con cortinas rosa para ella sola. Pamela, como bien sabía Maria-Grazia, esperaba todos los años que la niña decidiera quedarse allí por iniciativa propia. Cuando Lena regresaba a Castellamare, durante las primeras semanas su madre y ella se llamaban cada noche y mantenían largas y emotivas conversaciones telefónicas. Pero la niña le había confesado a Maria-Grazia que en Londres le dolía la barriga y que no dormía bien con el ruido de fondo sordo del tráfico, sin el petardeo de los *motorinos* ni el susurro tranquilizador del mar. Esa era su maldición: echar de menos a su madre durante todo el año y luego dormir mal y perder el apetito hasta encontrarse de nuevo en la isla corriendo entre las chumberas o zambulléndose con Enzo y los demás niños en la espuma blanca de las olas. Fue así como Lena llegó a creer que su destino era permanecer en Castellamare y convertirse en la siguiente propietaria de la Casa al Borde de la Noche.

Enfrascada en la tarea de llevar el timón del bar a través del complicado período del crecimiento de Lena, Maria-Grazia se encontró con que su vida volvía a acelerarse de forma vertiginosa cuando el siglo tocaba a su fin. Tenía más de setenta años. Cuando lo informó maravillada de aquel detalle, Robert contestó:

—Bueno, ¿y no te parece mucho tiempo, todos estos años que hemos vivido?

Pues sí, así era. Aunque quizá no tanto. No, setenta años no era mucho.

A la pequeña Lena, el cambio de año no le parecía algo por lo que maravillarse. Para ella, las cosas seguían perpetuamente igual en la isla. Por el contrario, a Maria-Grazia el hecho de que el siglo en el que había tenido lugar la mayor parte de su vida llegara a su fin la hacía recordar la inexorable verdad de que envejecía.

Aquel año parecía lleno de buenos presagios. Durante el verano, su nieta y ella vieron un eclipse de sol. Duró solo un par de minutos y no fue más que una simple uña negra de sombras que debía observarse de manera indirecta, sobre una hoja de papel en blanco o a través de unas gafas de cartón especiales. En otoño, un gran temporal llevó hasta la playa varias toneladas de arena y las depositó ante la entrada de las cuevas. Aquello dejó tras de sí un pequeño milagro: un barco naufragado, un pecio, quedó al descubierto bajo las aguas de la bahía. Los niños bucearon y lograron distinguir el nombre: *Santa Madonna*. De algún modo, el barco de Ágata la pescadora había vuelto a la isla, arrastrado poco a poco por las corrientes, hasta que el temporal hizo el resto. Aquel invierno, en la Casa al Borde de la Noche los isleños celebraron la llegada del nuevo milenio y vieron por televisión los fuegos artificiales de los habitantes de las grandes ciudades, que chillaban cuando las cámaras descendían sobre sus cabezas. Aquello sirvió de inspiración a Lena y Enzo para tirar unos cuantos petardos en la plaza, consiguiendo que Concetta diera un respingo en su silla.

Pero cuando las luces se extinguieron, los isleños regresaron a sus casas en la oscuridad, dejando la isla inalterada, barrida por los mismos vientos calientes y mecida por el mismo rumor del mar.

La primera modernización que trajo consigo el nuevo siglo cuando llegó amenazó con provocar una guerra declarada.

—¿Por qué esos *arancini* que tienes en la barra llevan dos precios? —quiso saber Ágata la pescadora una mañana en el bar.

—Pronto tendremos una nueva moneda —explicó Lena, que lo había aprendido en el colegio—. Tenéis que cambiar las liras por los billetes nuevos.

—¿Quién lo dice?

—El gobierno de Roma.

—Ah —soltó Ágata con alivio, pues era bien sabido que nadie hacía ni caso al gobierno.

La nueva moneda, sin embargo, estaba a la vuelta de la esquina. El *ferry* de Bepe tenía una nueva tarifa y Arcangelo había introducido los precios por duplicado en su tienda basándose en un sistema de conversión favorable que él mismo había ideado. Entretanto, los isleños que seguían sin confiar en el banco de los d'Isantu se indignaron ante la noticia de que tendrían que llevar todos sus ahorros allí para cambiarlos.

—¿Cómo voy a saber que me dan la cantidad que toca? —preguntó la viuda Valeria.

—Yo no pienso meter mi dinero en esas cuentas tuyas —terció Bepe—. No me fío del *conte*, como no me fiaba de su padre.

El día señalado, se realizó el cambio. De todos los rincones de Castellamare llegaron isleños con el rabo entre las piernas, con cubos, cajones y sacos llenos de liras, millones de ellas, un pequeño tesoro escondido. Los ancianos jugadores de *scopa*, pese a todas sus quejas, reunieron cinco sacos entre todos. Ágata la pescadora tenía diez, y Bepe y sus sobrinos se vieron obligados a pedir prestada la furgoneta de Tonino para transportar sus doscientos millones hasta el banco, pues no podían con ellos. A cambio, recibieron bolsitas de plástico llenas de monedas y billetes nuevos.

—¡No tenía ni idea de que nuestra isla fuera tan rica! —exclamó una Lena maravillada.

La isla, a su discreta manera, había seguido prosperando. Y en aquellos años daba la impresión de que cualquiera pudiera pedir un préstamo en la caja de ahorros. Sergio cruzó con sigilo la plaza para pedir un poco más de dinero con que aplazar la tediosa hipoteca, que aún no había pagado del todo. Otros compraron coches a plazos mensuales, televisores, o contrataron complicados planes de pensiones que les garantizaban una jubilación de lujo. Las villas de hormigón del *conte*, que se habían resquebrajado con el primer terremoto como todos habían conjeturado, se apuntalaron

y ampliaron con fondos de la caja de ahorros.

—Toman prestado el dinero de bancos europeos de mayor tamaño —explicó Bepe con conocimiento de causa, pues un sobrino suyo trabajaba allí—. Pueden pedir todo el que quieran, pero yo, personalmente, prefiero tener mi dinero donde pueda verlo.

Para despertar el interés de Lena en las oportunidades del mundo exterior, su padre pidió un nuevo préstamo, compró un ordenador e hizo que se lo enviaran a la isla. Maria-Grazia se llevó un disgusto, pues también desconfiaba del banco. Aquel sería el primer ordenador que llegaba a Castellamare. Sergio le aseguró a su madre que lo pagaría en veinticuatro plazos mensuales. ¿Cómo era posible que se enfadara con él, si hacía aquello por amor a su hija, como lo hacía todo ahora?

Cuando los sobrinos de Bepe recorrieron la calle mayor llevando el ordenador en su caja con letras negras, los siguió una procesión de chiquillos. Sergio lo desembaló, examinó las distintas partes, leyó una y otra vez las instrucciones en inglés, y finalmente, sentado en el suelo del bar, tuvo que darse por vencido. Hizo falta una tarde entera de trabajo por parte de Enzo y su amigo Pino, que ya habían visto un ordenador en el instituto de Sicilia, para que quedara ensamblado y cobrara vida.

Para conectarlo a eso que llamaban «internet» —lo que más le había interesado a Sergio del asunto, porque había oído decir que era como una gran enciclopedia—, venía una caja negra especial con una hilera de luces rojas que parpadeaban.

Sergio llamó a su hija:

—Ven, Lena.

Ella se acercó, descalza, y se apoyó en su hombro con gesto cariñoso. Robert y Maria-Grazia también se inclinaron hacia aquel trasto, curiosos.

—¿Cómo lo hacemos funcionar? ¿Tecleamos comandos? He visto hacer eso en la tele.

—No, no —contestó Enzo—. Eso ya está pasado de moda. Ahora solo tienes que hacer clic en el icono de internet, y se te abre solo.

—¿Icono? —murmuró Robert pensando en imágenes de santos a la luz de las velas.

Maria-Grazia le dio un apretón en la muñeca, una antigua señal entre ambos, pero que ahora significaba: «Cariño, nos estamos haciendo viejos».

Enzo se encorvó sobre el teclado y movió una flecha por la pantalla, tan deprisa que Maria-Grazia apenas pudo seguirla. El ordenador soltó una serie de pitidos, como si llamara por teléfono a América, seguidos de ruido de estática, un par de sonidos más graves, un curioso gruñido y un runruneo como el de las cigarras.

—¡Está roto! —exclamó Sergio, consternado—. ¡Me han vendido uno defectuoso!

—Está marcando —terció Enzo. Aparecieron unas palabras, y añadió—: Ahí lo tienes.

—¿Eso es todo? —preguntó Sergio con abatimiento—. ¿Eso es internet?

—También puede hacer muchas otras cosas —explicó el joven—. Solo tienes que aprender cómo hacerlas.

—Deberíamos cobrar a la gente por usarlo —intervino Lena—. Lo vi el año pasado, cuando estuve en Inglaterra. Lo llaman un «Internet Café».

Sergio parpadeó sorprendido, dividido entre el orgullo ante lo mucho que sabía su hija y el pesar que le producía que hubiera experimentado ya esas cosas.

Sin embargo, cuando Maria-Grazia estudió el manual de instrucciones del ordenador, descubrió que su funcionamiento era bastante sencillo. Siguió el consejo de Lena y, tras haber aprendido a manejarse con él, empezó a cobrar a los adolescentes de la isla y a los visitantes extranjeros cincuenta céntimos la hora por usarlo.

Y así, de un plumazo, la Casa al Borde de la Noche había entrado en el nuevo siglo. Después de aquello, a Maria-Grazia le dio la impresión de que Lena no había tardado nada en hacerse mayor.

Más de medio siglo después de que hubiera abandonado la isla por primera vez, Andrea d'Isantu, con más de ochenta años, volvió a Castellamare. Llegó por mar, y cuando Maria-Grazia lo tuvo delante quedó horrorizada, porque vio, con toda claridad, que la muerte se apoyaba en sus hombros, como en otro tiempo la había visto cernirse sobre los del pescador Pierino y sobre los de su padre, Amedeo, el otoño antes de que muriera.

En aquella ocasión, la habían avisado del regreso del *conte* el día anterior. Se lo oyó decir a Bepe entre cuchicheos, en la mesa de *scopa*.

—Viene solo —susurró el barquero—, y creo que con intención de quedarse.

Al día siguiente por la tarde, bajó andando hasta el muelle para ver cómo llegaba el *ferry*. Varios miembros del antiguo séquito del *conte* se habían reunido en la plataforma de hormigón. La banda de música empezó a tocar. Maria-Grazia distinguió la figura esbelta de Andrea, inescrutable, con su enorme abrigo extranjero. El *ferry* fue acercándose al muelle. Cuando el hijo más joven de Bepe metió la marcha atrás, el fino cabello del *conte* se alborotó con la brisa marina y a ella le pareció verlo tiritar bajo el viento como una brizna suspendida en el aire, como si realmente no estuviera allí.

Aquella noche, Maria-Grazia acudió una vez más, por las calles laterales y los *vaneddi*, a la villa de los d'Isantu.

Santino Arcangelo apareció al otro lado del portón, como de costumbre, haciendo ostentación de su habitual sonrisa insolente, aunque ahora le costaba mucho esfuerzo andar con aire arrogante debido a sus implantes de cadera.

—*Signora* Maria-Grazia —dijo, acercándose a la puerta con sus muletas—. No es posible. *Signor il conte* no te recibirá. Ya deberías saberlo, después de todo este tiempo.

Maria-Grazia le había llevado una bandeja de berenjenas al horno envueltas en papel de aluminio, como si aquella fuera una visita de cortesía convencional.

—Entonces esperaré hasta que esté dispuesto. Estas *melanzane* son para *signor il conte*. Por favor, ¿podrías dárselas de mi parte?

Tenía la sensación de que había llegado el momento de dejar atrás todas las tonterías del pasado, así que pasó las berenjenas por debajo de la verja de hierro y, sentándose en el antiguo poste para atar los caballos, junto al portón, se dispuso a esperar con las manos entrelazadas.

Santino dejó las berenjenas donde estaban, se volvió y emprendió el camino hacia la villa.

Por la carretera pasaban los pescadores, que volvían del mar.

—¡Maria-Grazia! —exclamó Bepe, burlón—. ¿Qué haces aquí, sentada en la

puerta del *signor* d'Isantu como una mozueta enamorada?

—Nada, solo me ocupo de mis propios asuntos —replicó ella—. ¿Y qué haces tú, *signor* Bepe, andando por la calle? ¿Vas de camino a una cita con la *signora* Ágata la *pescatrice*?

Bepe, un poco avergonzado, dejó sus bromas y se alejó cojeando detrás de sus sobrinos. La carretera quedó vacía de nuevo. La noche cayó de repente al sumergirse el sol bajo el horizonte del mar. Maria-Grazia cambió de postura para refrescarse la nuca acalorada. Bueno, lo peor había pasado ya, así que podía seguir esperando hasta que ocurriera algo.

Debió de quedarse amodorrada o dormida, porque cuando despertó, una luna llena grande y redonda bruñía las hojas de las palmeras y el canto de las cigarras se desvanecía ya. Las berenjenas de la bandeja cubierta con aluminio habían desaparecido, y alguien estaba de pie entre las sombras, al otro lado de la verja.

—¿Para qué has venido? —preguntó por fin.

Era la primera vez que Andrea le dirigía la palabra desde hacía medio siglo, y aquella ruptura del silencio, o quizá su abrupto despertar, le produjeron vértigo. ¿Era esa realmente su voz, tan seca e insustancial, tan de viejo?

—*Signor* d'Isantu —dijo—. Quiero hablar contigo.

Andrea se quedó un buen rato detrás del portón, mascullando algo sin apenas mover los labios. Estaba inquieto, al otro lado de los barrotes, y Maria-Grazia oía su respiración jadeante. Entonces, finalmente, *il conte* dio tres pasos y abrió la puerta. Tenía las manos demasiado débiles para levantar la pesada cadena, que cayó repiqueteando al suelo cuando trató de agarrarla. Maria-Grazia la recogió y, sujetándola con ambas manos, lo siguió al otro lado de la puerta.

Poco después del regreso de Andrea d'Isantu, una noche de otoño en la galería del bar, Lena oyó hablar de su abuela a la viuda Valeria, que tenía una mercería frente a la tienda de comestibles de Arcangelo.

—Ella lo visita cada domingo después de misa —susurraba en tono malicioso a los viejos jugadores de *scopa*—. Beben oporto de Palermo en el porche, y se ríen y recuerdan el pasado. Ella pasa allí varias horas cada vez. No sé cómo el *signor* Roberto lo tolera. Y a su edad... —La propia Valeria tenía casi noventa—, a su edad es indecente, una vergüenza.

Lena no dijo nada de todo eso a sus mayores, pero lo guardó en el corazón. No tuvo que esperar mucho para oír más chismes.

—Me han dicho que el *signor* d'Isantu ha cambiado su testamento —murmuró la florista Gisella, cuya tienda estaba justo al lado de la oficina del abogado Calogero—. Y no es ningún secreto que los Espósito se beneficiarán, porque se dice que él está

tan enamorado de ella como cuando era joven.

Era verdad que la abuela de Lena solía salir los domingos vestida con sus mejores galas, dejando el bar al cuidado de Sergio y Robert. Y a veces no volvía hasta las cinco o las seis de la tarde. Entretanto, a Lena le parecía que su abuelo se mostraba exasperantemente tranquilo al respecto; se limitaba a extender las palmas y a seguir bebiendo a sorbitos su *arancello*, nada dispuesto a contar lo que sabía.

—Confío en Mariuzza —decía—. Sé que no es ningún asunto amoroso. Ella me lo ha dicho. ¿Por qué tendría que justificarse por esos chismes del bar?

Pero a Lena la impacientaba que capitulara de esa forma, y su aceptación le parecía debilidad. En aquellos tiempos, la muchacha se mostraba intranquila con todo: arremetía a golpes de palo contra las enredaderas en lugar de podarlas y arrojaba los vasos al lavavajillas a lo loco, sin saber muy bien por qué estaba tan alterada. Los clientes más antiguos tenían sus sospechas. El joven Enzo se había ido a Roma a estudiar bellas artes. Con un imperdible en una oreja, un rosario de santa Ágata colgando del espejo retrovisor del coche y la radio permanentemente sintonizada en emisoras extranjeras en las que grupos estadounidenses interpretaban a gritos canciones desbordantes, había sido el taxista de la isla hasta que Castellamare se le quedó pequeña y la abandonó el verano anterior dejando tras él una nubecilla de humo del tubo de escape. Desde entonces, aunque Enzo le enviaba a Lena unas cartas apresuradas en las que le aseguraba que seguía considerándola una hermana, nada había salido a derechas en Castellamare, y Lena se embarcaba en sus dieciséis años con el corazón lleno de inquietud.

Como su bisabuelo Amedeo antes que ella, lo remediaba sumergiéndose de lleno en sus lecturas.

—Pero ¿qué te pasa? —se quejó Concetta una tarde mientras la ayudaba a lavar las pesadas cubetas de helado al tiempo que su padre, Sergio, barría las cartas de *scopa* dobladas y las colillas del suelo—. Enzo y tú sois iguales. Él no iba a quedarse satisfecho hasta que se fuera de la isla. Y tú, Lena, no haces más que leer esos libros extranjeros de tu padre como si también nos fueras a abandonar.

Lena, humillada, dejó a un lado *Guerra y Paz*.

—Eso no significa que vaya a irme.

—Cuando una persona lee libros tan gordos como ese —declaró Concetta—, es que está pensando en irse.

Ante el fregadero, Lena echaba chispas en silencio mientras rascaba los restos multicolores de las cubetas de helado y los echaba por el desagüe.

—A veces pienso que yo lo haría si pudiera —admitió Concetta—. A veces pienso que me habría gustado salir de esta isla e irme a una ciudad como es debido, como mi Enzo. Pero entonces me acuerdo de que soy vieja y de que esta es mi casa, y se me pasa.

Aquel verano, siguiendo la sugerencia de Concetta, Lena fue a visitar a Enzo a Roma. Se llevó la maleta de cartón que en tiempos había pertenecido a su *zio* Flavio llena de pasta de *melanzane*, *limoncello* y *marmellata* de su tía Concetta. Él se puso muy contento al verla y nada parecía haber cambiado, excepto por el hecho de que, en el largo paseo que dieron en torno a las excavaciones arqueológicas, durante el cual le rodeó los hombros con el brazo como un hermano, le confió que estaba enamorado de un chico de Turín al que había conocido en su clase de historia del arte. No debía contárselo a nadie («Exceptuando a mi *zia* Concetta y a tu *nonna* y al *signor* Roberto, porque ellos lo entenderán»). La historia del chico de Turín, que Lena contó por teléfono a su *nonna* entre grandes sollozos aquella noche, no le había roto el corazón en absoluto, juraba con furia. Pero el caso es que Lena pasó los tres meses de vacaciones escolares que quedaban con su madre, en Inglaterra.

En años anteriores, Lena había telefoneado cada noche a su padre y la añoranza le producía dolor de estómago solo con oír los sonidos del bar: el rugido de triunfo cuando algún jugador de *scopa* ganaba una mano, el silbido de la cafetera, el roce de las bisagras de la puerta. Se quedaba junto al teléfono en el salón, con los ojos cerrados, sosteniendo ante sí los sonidos de la isla como un vaso de agua, procurando no perderse ni un solo murmullo. Aquel año, por el contrario, las llamadas telefónicas la impacientaban.

—Voy a perderla —se quejaba su padre—. Pamela va a quedársela allí. Lo sé.

—No, Sergio, no... —lo consolaba Maria-Grazia—. Solo necesita tiempo.

Pero un domingo por la tarde, cuando Mariuzza volvió de la gran villa del *conte*, se quitó los zapatos —tan deformes ahora como lo estuvieron en otro tiempo los de Pina— y dejó el bolso sobre la mesa ante la estatua de santa Ágata, oyó sonar el teléfono y supo con certeza premonitoria que quien llamaba era su nieta y que iba a darles una mala noticia.

—*Cara* —respondió—. Cuéntame, ¿cuándo vas a volver a casa con nosotros?

—No voy a volver —dijo Lena con un hilo de voz—. Me quedo aquí una temporada.

Lena, cuya inteligencia habían alabado sus mayores, iba a quedarse en Inglaterra y a estudiar medicina, como su bisabuelo Amedeo.

Y ahora la Casa al Borde de la Noche parecía un lugar vacío; ahora sus muros contenían la ausencia de Maddalena igual que antaño habían albergado la maldición del llanto. Todo el mundo lamentaba su partida: los ancianos jugadores de *scopa*, que buscaban con la vista a la chica vivaz con su bandeja en alto; las viudas de Santa Ágata, que ya no tenían una querida jovencita a la que colgar sus rosarios; Sergio, detrás de la barra, que tenía la sensación, una vez más, de que la isla era demasiado

pequeña, demasiado estrecha, y que se había convertido de nuevo en *il ragazzo di Maria-Grazia*; y por supuesto también Robert, cuya medalla, olvidada, languidecía empañada en la mesa del vestíbulo junto a la estatua de santa Ágata, porque nadie la cogía para pulir su cara de bronce. Maria-Grazia incluso pilló a Concetta llorando en una ocasión, la primera vez en su vida que había visto a su amiga derramar lágrimas por algo.

—He sido una vieja tonta —confesó—, porque esperaba que esos dos se casaran, Mariuzza... Sí, de verdad. Y que se hicieran cargo de la Casa al Borde de la Noche.

—Bueno —respondió Maria-Grazia—. ¿Y no podrían llevar Lena y Enzo la Casa al Borde de la noche de todos modos? ¿Por qué tienen que estar casados para hacerlo? —Porque ella, al igual que le había pasado en las semanas que siguieron a la partida de sus hermanos, se negaba con vehemencia a creer que la muchacha no volvería. No, se decía igual que se lo decía a Sergio, Lena solo necesitaba tiempo.

Entretanto, fueron pasando las semanas, y luego los meses, hasta que su nieta llevaba fuera casi un año entero. Maria-Grazia solo iba sobreviviendo de domingo a domingo, que era el día en que Lena solía telefonar para darles noticias. Había hecho progresos en sus estudios y aprobado una serie de exámenes de inglés importantes, con unas notas que, según entendía Maria-Grazia, eran impecables. Para alivio de su abuela, hablaba de otro chico.

—Volverá a casa —le susurraba Maria-Grazia a Robert las noches de los domingos, tendida en la cama de la habitación de piedra junto al patio sin poder dormir.

Y Robert la asía de la muñeca, como solía hacer en sueños las tardes de verano cuando hacía poco que eran amantes, y murmuraba:

—*Lo so. Lo sé.*

Al final fue una especie de visión lo que la hizo volver, o así se lo explicaría Lena a su abuela años más tarde. Aquella tarde en particular, cuando subía desde la estación de metro envuelta en una ráfaga de aire caliente, ocurrió una cosa extraña: la asaltó el aroma de la buganvilla. Al principio solo fue un leve rastro en el perfume de una mujer. Luego la rodeó por todas partes, una lluvia invisible de flores, cercana y lejana a la vez. La intensidad del recuerdo hizo que se detuviera en seco. Se había perdido, dos años seguidos, las fiestas de Santa Ágata.

Cuando fue consciente de ese hecho en la penumbra de la calle, le pareció tan espantoso que se echó a llorar.

Una camioneta dio un volantazo, una moto pasó con un largo bocinazo. Ella se acogió a la seguridad de la acera y el perfume desapareció.

No decidió volver a casa aquel día; todavía no. Pero a partir de aquel momento, una gran inquietud se apoderó de ella, y se volvió tan irritable como Ágata la pescadora cuando hacía mal tiempo. La isla se había impuesto en sus pensamientos,

como si algo fuera horriblemente mal. Tal como le contó después a su abuela, fue como si hubiese percibido que el bar tenía problemas. Y eso era extraño, pensaba Maria-Grazia, porque si durante aquellos últimos meses del año 2007 se había estado gestando alguna clase de problema, fue como los temblores que venían justo antes de un terremoto, demasiado débiles para detectarlos con aparatos y agujas especiales, y nadie había reparado en ellos todavía.

Aquel otoño, cuando Lena seguía aún en Londres, Enzo el de Concetta volvió a Castellamare.

—¿Por qué? —preguntó Maria-Grazia cuando Concetta llegó corriendo al bar con la noticia—. Creía que lo único que deseaba era estar lejos de aquí.

—¡Sentía añoranza! —exclamó Concetta a medio camino entre la alegría y la frustración—. ¡Dice que tenía añoranza! Quiere conducir el taxi de nuevo, y hacer estatuas de la santa. Maria-Grazia, me temo que se ha vuelto completamente loco.

Pero la verdad era que Enzo había hecho las paces con la isla. Al parecer, estando lejos de Castellamare se había visto aquejado de una extraña dolencia. En Roma, en la escuela de bellas artes, para su consternación, cada dibujo que acometía acababa convirtiéndose entre sus manos en una escena de la isla: su iglesia, su plaza, sus hileras irregulares de chumberas, las cabras que ramoneaban en las laderas de su bahía, el *Santa Madonna* hundido con su quilla oxidada, la avenida de palmeras que llevaba hasta la villa del *conte*. Y una y otra vez la imagen de santa Ágata. De modo que volvió, una tarde ventosa, tres inviernos después de su partida, para conducir el taxi de nuevo.

—Pero ¿por qué volver aquí? —le reprochaba Concetta, aunque había llorado mucho cuando se fue, maldiciendo sus ambiciones—. Ibas a convertirte en un artista de moda, en Roma o en Estados Unidos, con exposiciones y galerías y no sé cuántas cosas más.

En cuanto llegó, Enzo empezó a trabajar en lo que acabaría convirtiéndose en su obra maestra. En el antiguo estudio de su antepasado Vincenzo se alzaba desde que los isleños tenían memoria un bloque de piedra apenas desbastado, una roca procedente de las cuevas junto al mar. En algún momento del siglo anterior, Vincenzo había encargado a los pescadores que la sacaran con unos cabrestantes, con la intención de convertirla en una imagen a tamaño natural de la santa. Ahora, Enzo había decidido completar la estatua.

Trabajaba en los contornos de la piedra con un cincel, y la contemplaba frunciendo el ceño, pálido y ensimismado, con el pelo cubierto de un polvillo ceniciento.

—No sale bien —decía, hablando como si su *zia* Concetta no estuviera presente—. No consigo que funcione.

Concetta, entornando los ojos, le preguntó:

—¿Qué se supone que debe llegar a ser?

—Santa Ágata. —Enzo tocó un pliegue de la túnica de la santa—. Y aquí, a sus pies, se supone que tiene que haber un mapa de la isla. Aquí están las barcas de los pescadores, con todos sus nombres... Y el borde de la túnica se convierte en el mar. Mira, aquí están la *En Dios confío*, la *Santa Madonna*, la *Santa Ágata salvadora*, la *Santa Maria della Luce*, aquí la *Maria Concetta* y la *Estrella de Siracusa*. Todas las barcas que han navegado hacia esta isla o desde ella, las que sobreviven y las que naufragaron.

Gesticulando y tendiendo la mano como si quisiera coger algo, Enzo acabó por rendirse y dejó caer los brazos a los costados.

—La roca volcánica es demasiado porosa, demasiado quebradiza. Pero Vincenzo especificó que tenía que hacerse con este bloque en particular. Debía de tener algo especial en mente. Está ahí, en algún lugar del interior de la piedra.

Concetta no sabía si alegrarse o desesperarse con su sobrino. Se quedó allí sentado, encorvado sobre la figura de la santa, y a altas horas de la noche se oyó el golpeteo de su cincel a través de las ventanas abiertas del viejo estudio.

—Quizá Lena también vuelva a casa —murmuró Maria-Grazia a Robert aquella noche, llena de expectación.

Y eso hizo, finalmente, cruzando en el *ferry* de Bepe a principios del verano siguiente. Había pasado fuera dos años enteros. Sentada en la bancada de madera barnizada, en la proa de la embarcación de Bepe, se sentía muy debilitada, como si el tiempo hubiese viajado dos veces más rápido desde que se fue de la isla. Ya no tenía la piel tan curtida y resistente como antes, y había olvidado cómo picaba aquel sol, el aire que se abatía sobre ti en oleadas calientes, el blanco puro en el que acababan convirtiéndose todos los colores bajo su luz.

El *ferry* viró a contramarea, con el agua arremetiendo contra el costado izquierdo, y Castellamare se alzó ante ella. Y de pronto estaba en el embarcadero y ascendía por la antigua ladera, y la isla la asaltó con la intensidad del recuerdo: el siseo hidráulico del mar, el olor familiar de aquella tierra, cálido y polvoriento. Y, sin embargo, la vio también con los ojos de su madre: vio que las calles por las que subía estaban llenas de aire viciado y las aceras cubiertas de excrementos de perro, que las fachadas de la iglesia y de las tiendas estaban desconchadas, y que todos los habitantes parecían encontrarse en diversas fases de la vejez. Era uno de esos lugares que no pueden amarse sin esfuerzo, y aun así, ahora comprendía que era el único en la faz de la tierra que ella adoraba.

En la hilera de sillas del exterior de la tienda de Arcangelo, la gente se quedó mirándola fijamente.

—¿Es esa Lena Espósito? —preguntó en susurros bien audibles la viuda Valeria—. ¿Es Maddalena Espósito, la chica de Sergio?

—Sí, *signora* Valeria —respondió Lena, intentando evitar que alguien la irritara el día de su llegada—. He vuelto a casa.

—Está mucho más alta... ¡y muy pálida! Como un pequeño fantasma, ¿a que sí? —susurró Valeria al farmacéutico mientras levantaba la mano para saludar inocentemente a Lena.

Pero ahí estaba la plaza. Ahí estaba el porche con su maraña de buganvillas. Ahí estaba su abuela... Y, sin embargo, vaciló un instante al acercarse: ¿era de verdad tan pulcra y menuda, tan vieja? Maria-Grazia dejó la bandeja que llevaba... Y de repente echó a correr como si le fuera la vida en ello, con los brazos abiertos para abrazarla y exclamando a cada paso:

—¡Lena, Lena, Lena!

Sus gritos llegaron hasta Robert, que salió también, incrédulo, protegiéndose los ojos de la blanca luz del sol con una mano. Y ahí estaba su padre, Sergio, que abandonó una bandeja de bebidas y se lanzó a la carrera para llegar antes que ninguno de ellos. Lena dejó que la enterraran en sus abrazos, ya sin pensar en volver a irse.

—¡Lena está aquí! —gritó Maria-Grazia a los clientes, que se habían quedado mirando—. ¡Mi nieta está en casa! ¿No os decía yo siempre que volvería?

Y así fue como Lena se convirtió en la primera Espósito que abandonaba Castellamare y volvía de nuevo.

—Me quedo aquí —le dijo a su abuela—. Ya me haré médica en otro momento.

Una mañana de septiembre, Maria-Grazia encendió el televisor del bar y se encontró con unas imágenes impactantes: hombres con trajes impecables que surgían de edificios de cristal hacia la noche neoyorquina iluminada de verde con cajas en las manos.

—¿Un atentado? —exclamó, temiendo incendios o crímenes, porque los hombres se movían muy despacio, con los ojos muy abiertos.

—No, no —contestó Sergio—. Han perdido sus empleos.

—¿Y por qué se van así, cargando cajas de esa manera? —preguntó Ágata la pescadora—. ¿Qué decías? ¿Son ingleses como el *signor* Robert o son *americani*? ¡Sube más el volumen...! ¡No lo oigo!

—¿Que no lo oyes? —replicó con energía uno de los viejos jugadores de *scopa*—. ¡Somos nosotros los que no oímos nada, porque cada día subes más el volumen del televisor y esos chicos de ahí no paran de armar ruido en el fútbol...!

Estalló una discusión acalorada, y los detalles de la noticia se perdieron por completo. Cuando Maria-Grazia consiguió calmar a sus clientes, los hombres con sus cajas habían desaparecido de la pantalla para verse reemplazados por calamidades más familiares.

Maria-Grazia fue a ver a Robert, que estaba intentando dominar un poco la buganvilla del porche, una tarea que debía acometerse casi cada mes en cuanto empezaba el verano.

—Pasa algo raro —dijo, sentándose a su lado y cogiéndole la mano entre las suyas—. Algo raro está pasando en el mundo de ahí fuera.

—Esta casa ha sobrevivido ya a muchos problemas —contestó Robert, besándole la palma de la mano.

Lena también estaba preocupada. A lo largo de toda aquella semana, y a pesar de que se suponía que estaba preparando —por orden de su abuela— una solicitud para una facultad de medicina en Sicilia, que al fin y al cabo no estaba tan lejos de casa, examinó los periódicos en busca de una explicación. Poco a poco fue comprendiendo que los bancos ingleses y estadounidenses empezaban a derrumbarse.

—Como en el veintinueve —intervino Ágata la pescadora—. Una Gran Depresión.

—No, no —dijo Bepe—. Esto parece algo distinto. —Aunque desconfiaba del banco del *conte* por principios, sentía un gran respeto por aquellos emporios de las finanzas del otro lado del mar.

En el bar no se ponían de acuerdo sobre cuál había sido el origen de los problemas, porque todos los periódicos parecían explicar las cosas de distinta manera. Algunos parroquianos mantenían que todo había empezado con dos estadounidenses

acaudalados, Freddie y Fannie; otros, que la cosa la habían desencadenado dos hermanos llamados Lehman, y otros más que todo tenía que ver con una ciudad llamada Northern Rock. Algunos recordaban que, a finales del año anterior, la caja de ahorros había dejado de conceder préstamos. El dinero que hacía una década había fluido milagrosamente, ahora se retenía. Pero ¿cómo podía estar relacionado eso con aquellos problemas al otro lado del mar? En la Casa al Borde de la Noche, Maria-Grazia examinaba los periódicos y mantenía el televisor encendido en el canal de noticias.

Poco a poco la crisis fue avanzando hacia ellos, como una marea.

—Será mejor que tengáis cuidado —aconsejaba Ágata la pescadora—. Un negocio como el vuestro puede ir a la ruina en dieciocho meses, y en otros dieciocho, no quedaría ni rastro de él.

—Eso es una tontería y lo sabes perfectamente —decía Bepe—. Piensa en todas las tormentas que ha aguantado este bar. Las dos guerras, un montón de escándalos, dos terremotos. Incluso a ese *stronzo* de Arcangelo abriendo un negocio rival allá abajo, al pie de la colina. Apenas lo notamos cuando los *americani* sufrieron la Gran Depresión. ¿Qué nos importaba a nosotros todo aquello?

Ágata la pescadora no dijo nada. Su familia siempre había tenido un don prodigioso para predecir las inclemencias del tiempo.

La primavera siguiente, los problemas llegaron a las puertas de la Casa al Borde de la Noche.

Lena estaba detrás de la barra buscando en los periódicos noticias sobre la crisis y escuchando al mismo tiempo los sonidos matutinos de la isla. El bar ya estaba bastante lleno: pescadores, los viejos jugadores de *scopa*, el padre Marco, que había acudido a comprobar los resultados del fútbol, como cada mañana. También estaba Tonino el albañil, que esperaba a que se cerrase una contrata con el hotel del *conte* y mientras tanto se ocupaba en el estudio diario de *La Gazzetta dello Sport*. Robert, en el porche, hizo una pausa con los libros de cuentas y vio a Filippo Arcangelo subir los escalones con andares furiosos. Así que el *signor* Arcangelo tendría varios testigos cuando irrumpió en el bar con su delantal a rayas y sus chancletas de plástico, recién salido de detrás del mostrador de su tienda de comestibles, y anunció:

—Vengo por una deuda. ¿Está aquí el *signor* Tonino?

El albañil, avergonzado, se puso de pie, sospechando ya su humillación.

—Me debes... —Aquí Filippo Arcangelo hizo una pausa y pasó a leer de una lista muy larga mientras hacía cuentas con los dedos de una mano—, ochocientos ochenta y nueve euros y diecisiete *centesimi*. Debes pagármelo todo cuando acabe el próximo día laborable. Llevo tres meses vendiéndote comestibles a crédito, y hasta aquí hemos llegado, Tonino.

—Es que... no lo tengo —contestó Tonino—. Sigo esperando a que salga la

contrata del nuevo hotel. Y lo sabes perfectamente, *signor* Arcangelo.

Al oír eso, algunos de los viejos jugadores de *scopa* se pusieron de pie, en defensa del albañil.

—¡Mira que venir aquí, delante de todo el mundo, qué poca vergüenza! ¿No sabes que está esperando la contrata?

—¿Y qué, acaso no se me debe pagar? —Filippo Arcangelo dio la vuelta en redondo con un cuerpo recio como el de su padre, ahora que ya rondaba la mediana edad, y miró hacia todos lados, en una apasionada búsqueda de justicia—. ¿Acaso no tengo yo también mis derechos? He enviado varios avisos al *signor* Tonino. Lleva meses evitando mi tienda porque sabe que ha acumulado una factura enorme. Se niega a contestar a la puerta cuando llamo a su oficina o a su casa. Estas son deudas personales con mi tienda. ¿Acaso no merezco que me pague por la comida que se ha comido y por el vino que se ha bebido?

En ese punto, las tornas cambiaron un poquito.

—Sí —murmuró Bepe desde el rincón—. El *signor* Arcangelo tiene que cobrar, de una forma u otra, eso es cierto.

—Pero ¡no sirve de nada pedirme dinero cuando no lo tengo todavía! —exclamó Tonino, herido y buscando la revancha—. ¿Cómo iba yo a saber que la contrata con el hotel iba a retrasarse tanto?

—¡Voy a recuperar lo que se me debe! —gritó Arcangelo, frenético—. Todos vosotros tenéis cuenta en mi tienda, y todos me vais diciendo que pagaréis cuando acabe el verano. No es solo Tonino. ¿Cómo voy a encargar más mercancías y pagar mis propias facturas? ¿Es que ninguno de vosotros lo ha pensado? Yo también tengo una deuda con el banco de d'Isantu, y debo pagarla.

—*Signor* Arcangelo —dijo Sergio—, los negocios no van muy bien para nadie fuera de temporada. Lo sabes perfectamente. Cada año nos permitías comprar cosas a cuenta y pagarte al final de la estación turística. Así han funcionado las cosas hasta ahora. Los turistas vienen, nuestros negocios prosperan y te pagamos.

Arcangelo miró a su alrededor buscando la atención de todo el mundo.

—Está pasando algo en el extranjero, por si no lo habíais notado. Cuando acabe el verano, la mitad de vuestros negocios habrán desaparecido. Quizá no vengan más turistas. Quiero mi dinero ahora.

Entonces ocurrió una cosa muy extraña. El bar cobró vida, lleno de indignación, y los isleños recordaron otras deudas que tenían con sus vecinos y, más importante incluso, las deudas que sus vecinos tenían con ellos.

—¿Y mis diez mil liras? —exclamó uno de los jugadores ancianos de *scopa*—. ¡Se las presté al *signor* Mazzu para comprar una cabra en 1979 y no recuerdo que nunca me las haya devuelto!

—¿Y el dinero que puse para la casa del *signor* Donato cuando la destruyó el terremoto?

—¿Y la inversión que hice en la plantación de limoneros del *signor* Terazzu en el

cincuenta y tres a cambio de casar a su hija con mi hijo?

Una nueva locura se apoderó por completo de Castellamare, como había ocurrido al final de la Gran Guerra. Los propietarios de todos los negocios (la imprenta, la panadería, el estanco, el carnicero, la tienda de electrodomésticos, la farmacia, la peluquería) empezaron a pelearse unos con otros, ruidosamente y en público, sobre quién debía qué a quién. Asustadas por aquella exhibición de pánico, las viudas de Santa Ágata, con su luto respetable, hicieron una visita a la caja de ahorros, tras haber oído de una fuente fiable que esta iba a correr el mismo destino que los gigantes de las finanzas de allende los mares.

La empresa hizo salir al sobrino de Bepe —el único isleño que trabajaba en la Caja de Ahorros y Préstamos de Castellamare— para hablar con los clientes. Aunque tenía cuarenta y tres años, Bepino todavía parecía un chaval con su traje y su corbata baratos. El sol brillaba a través de sus grandes orejas y le sudaba la nariz.

—No podéis sacar todo vuestro dinero de golpe de esta manera —dijo—. ¿Qué estáis haciendo aquí?

La viuda Valeria fue la primera en hablar:

—Hemos oído que el banco va a cerrar sus puertas.

—¿Es cierto? —exigió Bepe a su sobrino—. Tienes que contestarme con sinceridad. ¿Va a incumplir sus obligaciones la caja de ahorros?

—Sí, *zio* —contestó Bepino, que no podría haber mentido a las viudas de Santa Ágata ni que hubiera querido—. Es verdad.

—¿Qué significa eso de «incumplir»? —quiso saber la cabecilla de las viudas, la *signora* Valeria—. Si pasa algo en el banco, quiero que me devuelvan inmediatamente todo el dinero que metí en él.

—Tiene usted siete mil en su cuenta, ¿verdad? —dijo Bepino.

—Siete mil doscientos veintisiete euros. —La mujer blandió una libreta de ahorros con la insignia amarilla y azul del negocio del *conte*—. Puedes sacarlos del montón que tienes guardado en esa caja fuerte tuya. La he visto, la tenéis en la habitación de atrás, que antes era el salón de Gesuina, que Dios la tenga en su gloria.

—¿Que lo saque de la caja fuerte? —replicó Bepino—. No hay suficiente dinero en esa caja fuerte. Habrá unos pocos miles, como mucho.

La viuda puso una mano firmemente en la puerta, dispuesta a dar un empujón y entrar en cuanto Bepino la abriese.

—Pues muy bien —dijo—. De momento a mí me basta con esos pocos miles de euros.

Pero entonces se alzó un clamor entre los presentes:

—¿Y los ahorros de mi pensión? ¿Y mi cuenta de inversión, con casi once mil euros? *Il conte* en persona me la vendió en el noventa y dos y ha ido aumentando desde entonces.

—Lo siento —dijo Bepino, comprendiendo el problema—, pero no tenemos el dinero aquí. No podemos devolverlo todo de golpe de esa manera. No os preocupéis,

el dinero volverá a vosotros al final, de una forma u otra.

—Entonces, ¿dónde está? —quiso saber Bepe—. Tienes que decírnoslo ahora mismo. Si lo coges de un vecino para prestárselo a otro, sin tener suficiente para cubrirlo, es un truco muy feo lo que estás haciendo, Bepino, y me sabe muy mal que estés metido en una cosa así.

—No, no es así. Pero no lo tenemos aquí, no está en la caja.

—¿Y adónde ha ido?

—Pues al extranjero —contestó Bepino, cuyos conocimientos sobre el tema eran bastante incompletos—. A bancos extranjeros, más grandes.

—Entonces que os lo devuelvan —gritó Bepe, frustrado—. Por Dios, Bepino, ¿es que acaso te has quedado sin el poco seso que tenías al nacer?

—Es que las cosas no funcionan así. Ellos tampoco lo tienen —explicó Bepino—. Probablemente se lo habrán dado a otras personas, creo yo.

—¿Y así es como hacéis negocios? —exclamó Bepe, furioso—. ¡Pues me alegro de haber guardado mi dinero en una bolsa debajo del colchón, incluso cuando llegué a tener doscientos millones de liras! ¡Y no me importa decírtelo a la cara, Bepino!

—¡No es culpa mía! —protestó el joven, acalorado y abochornado ante las miradas acusadoras de los isleños, luchando contra la marea de su incomprensión y su decepción—. Esto funciona así —les suplicaba a todos, y su voz temblaba un poco por la vergüenza.

—¡No tendríais que haber invertido aquí! —gritó Bepe—. No deberíais haberlo hecho. ¿Cuántas veces tengo que deciros que *il conte* es un mal hombre?

El calor que hacía a la hora de comer en Castellamare parecía tener una fuerza propia, y aquel día consiguió templar la furia de la isla. Mandó a los tenderos al interior de las casas, a los gatos callejeros a la sombra y puso freno a las viudas enfundadas en sus poco prácticos atuendos negros hasta casi detenerlas del todo. De puertas adentro, la habitual quietud de primera hora de la tarde presidía el bar. Pero la indignación de Maria-Grazia ante las despreciables peleas por las deudas no se calmaba con tanta facilidad. Iba andando por la calle hacia casa de Concetta, porque aquel era precisamente su día de descanso, y la encontró sentada ante su puerta con una olla de cobre entre las rodillas, llena de judías que iba desbullando. Mientras Maria-Grazia se lamentaba, Concetta, sin pausar su diestro trabajo con el cuchillo, intentaba consolarla.

—Nunca, en toda la historia de Castellamare, ha habido tantas peleas por una cosa como el dinero —decía Concetta—. Porque nadie tenía nada, y siempre nos hemos llevado la mar de bien. Piensa cuántos cafés has servido a crédito. Por ejemplo, el padre Marco no paga nunca cuando pide algo. No estaría bien. Tonino tampoco... ¿y cómo íbamos a cobrarle si está esperando esa contrata? Todo esto pasará.

Pero a medida que los inquietos días de abril iban transcurriendo, Maria-Grazia empezó a ver con claridad que las cosas seguirían pintando mal en la isla durante mucho tiempo. Filippo Arcangelo había enviado cartas con amenazas a todo el mundo que le debía dinero, aunque fueran cincuenta céntimos. El panadero tenía problemas, y también el carnicero, porque confiaban en servir al gran hotel del *conte* y la comida de la festividad de Santa Ágata, ambas cosas bastante limitadas aquel año. Y resultó que la mitad de los isleños habían hipotecado sus tiendas años atrás con la fiebre general de coches y televisores que había arrasado toda Castellamare; coches y televisores que ya estaban estropeados o no valían nada.

Incluso los turistas, aquella primavera, eran escasos.

—¿Sobrevivirá el bar? —preguntaba Lena—. ¿Tendrá problemas el negocio? Eso es lo que yo quiero saber.

Lena y Maria-Grazia llevaban los libros de contabilidad, y con la ayuda de Robert, que siempre había tenido una cabeza muy fría para ese tipo de cosas, intentaron calcularlo. Pero en aquel mundo incierto, sin la caja de ahorros para sostener la economía de los isleños, podía ocurrir cualquier cosa.

En cuanto al *conte*, se había negado a hablar con nadie de todo aquello. Pero dos semanas después de que empezaran los problemas, hizo acudir a Maria-Grazia a la villa enviándole una nota garabateada a mano. En el bar, después de que ella se fuera, se discutió un poco y se murmuró en las mesas de *scopa*.

—No debería relacionarse con él —aseguraba Bepe—. No está bien.

—Venga, cállate ya —decía Ágata la pescadora—. Maria-Grazia debe de tener sus motivos.

—Pensad en el pobre *signor* Robert —se quejaban los ancianos jugadores de *scopa*.

Lena, con la nuca ardiendo de indignación, los interrumpió, arriesgándose a una reprimenda.

—¡Me estoy enterando de todo lo que decís! —exclamó—. Y deberíais decírselo a mi abuela a la cara, y no andar criticando a sus espaldas.

—Yo se lo diré a tu abuela —murmuró Bepe—. Lo haré en la próxima reunión del Comité de Modernización.

Aunque nunca lo habría admitido, a Lena le incomodaba un poco lo que hacía su abuela; eso de que se viera medio a escondidas con Andrea d'Isantu, como si de verdad estuvieran teniendo una aventura secreta. Aquella noche se acercó a la habitación de piedra que había junto al patio, donde Maria-Grazia se ponía la crema de noche ante el espejo desconchado.

—*Nonna* —susurró, apoyando la cabeza en el hombro de su abuela—. Todo el mundo te critica.

—Ya lo sé, *cara* —contestó Maria-Grazia—. Ya lo sé. Pero ya me han criticado mucho otras veces, y me atrevería a decir que esta vez también lo soportaré.

—¿Por qué te hace ir a la villa? —se lamentó Lena—. ¿Qué tiene que decirte? ¿Y

por qué tienes que acudir siempre que te llama, como si todavía ejerciera algún poder sobre ti?

Maria-Grazia solo murmuró:

—*Cara, cara.* —Y acarició el pelo de su nieta—. Ya te lo contaré a su debido tiempo —concluyó—. Ahora mismo, no tengo libertad para hablar de ello.

Entretanto, *il conte* aguardaba a otro visitante. Había corrido el rumor de que la caja de ahorros esperaba a los representantes de un banco extranjero, que iban a hacer los arreglos necesarios para hacerse cargo de la situación. Y efectivamente, llegaron a final de mes y los recibieron en la villa, donde estuvieron conversando con *il conte* en la terraza, hojeando grandes fajos de documentos. Aparte de aquellos forasteros y de Maria-Grazia, *il conte* no hablaba con nadie.

Y una vez más, Maria-Grazia se encontró con que volvía a ser la guardiana de los secretos de la isla. Porque, en la barra del bar, sus vecinos vertían todos sus problemas: los plazos de la hipoteca que no podían pagar; los negocios cuyos ingresos eran más bajos de lo que debían ser, ruinosamente bajos en aquel momento de la estación; los hijos e hijas que pensaban en irse al continente, como habían hecho sus antepasados entre las dos guerras.

Aquel año, cuando llegó el mes de las fiestas, Mariuzza conocía las dificultades de todos y cada uno de ellos.

Mientras tanto, Maria-Grazia estaba decidida a resolver el asunto de la hipoteca del bar con la caja de ahorros.

—Solo nos quedan unos cuantos meses para liquidar ese préstamo —le dijo a Robert—. Trece meses y todo estará pagado. Tres mil quinientos euros. ¿No podríamos pedírselos a Giuseppino?

—No lo sé —contestó Robert. Nunca había aprobado lo de pedir dinero a su hijo menor—. Creo que es mejor dejarlo en paz e intentar solucionar el problema nosotros solos. Ahora Lena está en casa, y se le dan muy bien los negocios. Entre todos nos las arreglaremos.

Aun así, Maria-Grazia invitó a Giuseppino a casa para las fiestas de aquel año.

En los primeros meses de la temporada turística, la empresa de albañilería de Tonino perdió su contrata con el gran hotel del *conte*. Había empezado a construirse una extensión del edificio, ahora abandonada, y otra edificación nueva, el bloque de apartamentos turísticos que se suponía que iba a mantener ocupados a cinco hombres de la isla todo el verano, se paró antes de empezar siquiera. Un esqueleto de vigas se alzaba solitario, ante el mar.

Aquellos días inciertos de principios del verano, Concetta se sintió un poco avergonzada al encontrarse rezando ante la estatua de santa Ágata, la del corazón

sangrante. Después nunca estaría segura de por qué lo había hecho. Solo sabía que la había visto allí, en el salón de Maria-Grazia, cogiendo polvo, y que todo le había dado mucha lástima: el bar de la Casa al Borde de la Noche; su sobrino, Enzo, cuyo taxi permanecía sin usar entre las matas de alcachofas pinchudas durante semanas enteras; la joven Lena, que a ese paso nunca sería médica. Arrodillada en el vestíbulo, encendió una velita y dirigió unas palabras a la santa.

—Nunca te he pedido nada en toda mi vida, ni que trajeras a Robert a casa durante la guerra, ni que acabaras con la enemistad con mis hermanos, ni que ayudaras a los Espósito cuando sus hijos se fueron al otro lado del mar. Pero ahora te pido que ayudes al bar y a la isla. Han pasado años desde la última vez que hiciste un milagro para nosotros, santa Ágata. Nos trajiste el milagro de los gemelos que nacieron de diferentes madres, de la *professoressa* Vella y de la *signora* Carmela, y también el milagro del rescate de Robert del mar. Y nos trajiste a Maddalena a casa desde Inglaterra y a mi Enzo desde Roma. Ahora te pido solo un milagrito pequeño, por favor. Solo que Giuseppino vuelva para la fiesta de Santa Ágata y se reconcilie con su hermano, que se acabe su absurda pelea. Porque Maria-Grazia también lo echa de menos, lo sé. Y que des a los Espósito el dinero suficiente para que la Casa al Borde de la Noche siga funcionando otro año más. Y también que ayudes a los demás negocios. A Valeria, a Tonino, incluso a mis hermanos, Filippo y Santino. ¡No dejes que quiebren, por favor!

La santa le devolvió la mirada con la cabeza ladeada y una mano levantada, como si dirigiera el tráfico. La luz de la vela reflejada en su rostro pintado hacía que, en la semipenumbra, pareciera muy amable e increíblemente triste.

Durante las semanas que siguieron, otros isleños empezaron a rezar a la estatua de santa Ágata en el vestíbulo de los Espósito. Porque alguien recordó que aquel objeto daba buena suerte, que en otros tiempos se guardaba en la capillita junto a la *tonnara* y que en su corazón albergaba una reliquia santa, el pulgar derecho de la santa en persona.

Fuera esto cierto o no, la viuda Valeria decidió un día rezar a la estatua, y solo una semana más tarde ocurrió un milagro turbador y extraño.

Valeria, que tenía casi cien años, había pedido a la estatua doscientos veinte euros para pagar su plazo de la hipoteca a la caja de ahorros. Estaba prácticamente sorda y los clientes del bar la oyeron con claridad lamentarse en dialecto: «Y *pi fauri, signora la santa*, doscientos veinte, solo lo suficiente para pagar mi hipoteca, porque el Señor sabe que Carmelo está teniendo muchos problemas para encontrar trabajo, y la pobre Nunziata, con lo mal que tiene las rodillas...».

A la mañana siguiente, cuando se levantó antes del amanecer, la nieta de la viuda Valeria, Nunziata, despertó a media ciudad con sus gritos. Había descubierto, metidos bajo un lateral de la maceta de albahaca que tenía su abuela ante la puerta principal, un fajo de billetes. Exactamente doscientos veinte euros, como bien sabía la santa.

—¡Es un milagro! —exclamaron los viejos jugadores de *scopa* cuando Valeria

entró en el bar arrobada, arrastrando los pies, para dar las gracias a la estatua de la santa.

Ágata la pescadora se inclinaba a mostrarse escéptica.

—Todos la oímos hablar sin parar de sus doscientos veinte euros. Podría habérselos dejado allí cualquiera de los que estaban en este bar.

Aun así, aquella tarde se formó ante la estatua una cola de isleños muy devotos, por si acaso.

El siguiente en beneficiarse de un milagro, sin embargo, fue alguien que no había rezado en absoluto ante la estatua, un joven pescador y mecánico llamado Matteo, que, como señaló una indignada Valeria, ni siquiera iba a misa desde que era pequeño. El joven, que se tomaba un café en la terraza del bar cada tarde después de volver del mar, se había pasado varias semanas varado en tierra firme por falta de un motor fueraborda y lamentando su pérdida ante cualquiera que quisiera escucharlo. Ahora acababa de encontrarse uno nuevecito, embalado aún, en el pequeño cobertizo que se encontraba frente a la puerta de entrada, en casa de su madre. Alguien se lo había dejado allí por la noche. Era cierto que Matteo no asistía a misa desde pequeño y que nunca se había arrodillado ante la estatua de santa Ágata, pero a medida que pasaban los días continuaron produciéndose una serie de extraños milagros: fajos de billetes metidos en un sobre por debajo de la puerta de negocios en quiebra; piezas nuevas para camionetas estropeadas escondidas en patios en lo más oscuro de la noche; tejas para tejados con goteras que aparecían en los escalones de entrada antes del amanecer. Cuando los habitantes de la casa en cuestión se despertaban, allí estaban todas esas cosas, sin más, inquietantes y perturbadoras.

Algunos atribuían aquellos hechos extraños a la santa. Otros, como Ágata la pescadora, se inclinaban más bien a pensar que se debían a causas terrenales.

—Alguien tiene claro lo que necesita cada uno —mantenía—, y va a escondidas por toda la isla con buenas intenciones.

—Pero ¿quién puede tener tanto dinero? —replicaba Concetta.

La cantidad empezaba a alcanzar una suma importante. Lena la calculó en la parte de atrás del libro de contabilidad, y era más de lo que habían pensado que pudiera encontrarse en todo Castellamare.

—Quizá sea el *signor* Arcangelo —dijo alguien, y todo el mundo se echó a reír a carcajadas.

No encontraron ningún regalo milagroso en la galería de la Casa al Borde de la Noche, aunque Concetta y Lena buscaban cuidadosamente cada mañana antes de abrir el bar, un tanto embriagadas por el aire general de milagrería que se vivía en toda la isla.

—Estos problemas financieros pasarán de una manera u otra —decía Concetta, conciliadora, porque Lena tendía a sentirse descorazonada en tales momentos—. Esta vez Giuseppino vendrá y, como siempre, con el dinero necesario para arreglar las cosas... Sergio tendrá que tragarse su orgullo.

En su fuero interno, sin embargo, Maddalena albergaba dudas. ¿Y si todo aquello no pasaba? ¿Y si esa crisis, a diferencia de lo que había ocurrido con la guerra o con el terremoto, suponía el final de la Casa al Borde de la Noche?

—No digas esas cosas —le aconsejaba Bepe—. No se trata de una crisis real. Para 2010 ya habrá terminado, y todo el mundo se habrá olvidado de que ocurrió alguna vez.

Unas semanas antes de la festividad de Santa Ágata, se convocó una reunión especial del Comité de Modernización. Aquella noche, mientras los isleños estaban reunidos en el bar, una gran tormenta se abatió sobre la isla. Arremetió contra las ventanas de la Casa al Borde de la Noche con tanta furia que empezaron a dar sacudidas; recorrió los desagües y las ramas de buganvilla del porche con un sonido gutural. Alcanzó tal intensidad que Maria-Grazia tuvo que levantarse y gritar:

—¡Tenemos que conseguir que estas fiestas de Santa Ágata sean tan buenas como todas las anteriores! Aunque no nos quede dinero para pagar ninguna más.

De hecho, la Caja de Ahorros y Préstamos de Castellamare siempre había financiado, al menos en parte, la festividad de Santa Ágata. El banco llevaba tanto tiempo pagando que los isleños se habían olvidado ya de dónde procedía el dinero. Pero ahora, ¿quién cubriría los gastos de las flores de la iglesia y la procesión tradicional de músicos traídos especialmente de Sicilia? ¿Y los de los puestos con sus frutos secos garrapiñados y sus recuerdos de plástico, los de las camionetas llenas de vallas, generadores y focos y amplificadores que debían traerse por mar en el *ferry* de Bepe e instalarse en la plaza la víspera? A lo largo de las dos décadas anteriores, con la intención de atraer a más turistas y el deseo de complacer a los isleños que volvían cada año para celebrar el día de Santa Ágata, la fiesta había ido convirtiéndose en una celebración cada vez más impresionante, y ahora debían mantener el nivel.

Mientras discutían los preparativos, la lluvia fue intensificándose.

—Santa Ágata está furiosa —murmuró Ágata la pescadora en el rincón del bar desde donde seguía con la mirada a los jugadores de fútbol en la pantalla del televisor. Juventus contra Inter. En su vejez, Ágata se había vuelto una especie de forofa del fútbol—. Eso decíamos siempre cuando nos encontrábamos con una turbonada como esta. Santa Ágata está furiosa. Una tormenta así solo cae sobre un barco de pesca cuando a bordo alguien tiene el alma culpable.

Un par de los ancianos jugadores de *scopa* miraron de reojo a Maria-Grazia, porque no era ningún secreto que seguía pasando las tardes de los domingos en la villa del *conte* por motivos que ella se negaba a confesar a nadie excepto al *signor* Robert.

—Creo que se avecina un milagro —declaró Concetta—. Eso es lo que significa. No hay que ser tan pesimista, *signora* Ágata.

En un raro momento de calma gris, dos semanas antes de la fiesta, ocurrió un extraño milagro a medias. Cuando el *ferry* de Bepe surcaba las aguas turbulentas entre Siracusa y Castellamare, una sombra se aproximó al transbordador por debajo del agua. Cada vez se acercaba más al casco, inquietando a los turistas.

—Tiburones... —murmuró alguien.

De pronto, la sombra emergió a la superficie. Como si se tratara de una bala de agua en movimiento, quedó suspendida un instante y luego cayó con estrépito sobre la cubierta del *ferry*. No era un tiburón, sino un delfín. Tan gris como la lluvia, con el vientre rosado, se agitó sobre la superficie de metal oxidado del transbordador de Bepe, bramando y chillando en su propia lengua extraña, y dispersando a los turistas.

—¡Tranquilos! —exclamó Bepe—. Tranquilos. Permítanme que me acerque a él y vea qué es lo que quiere de nosotros.

Bepe había visto por primera vez un delfín listado cuando era joven, pero solo a cierta distancia y desde la proa del *Santa Maria della Luce*. Ahora que esta criatura había invadido su moderno *ferry* con su olor a pescado y chasqueando los dientes de una forma bastante desagradable, no tenía nada claro qué debía hacer con él. Así que agarró su bichero, apagó el motor y se acercó.

—Venga, venga —murmuró—. Chis, delfín. Deja de hacer esos ruidos. Buen chico. *Stai bravo*.

El delfín clavó un ojo brillante en el viejo pescador, que empezó a empujarlo con precaución y lo deslizó hacia un costado del barco. Entonces, de repente, el animal dio un furioso coletazo e hizo retroceder trastabillando a Bepe. El delfín saltó por encima de la borda del barco y se zambulló en el agua. Los turistas se agolparon en la barandilla y lo vieron aparecer de nuevo y quedarse flotando justo por debajo de la superficie del agua, mirándolos con sus ojillos negros, hasta que dio un giro repentino y se alejó, dejando solo el mar vacío.

Cuando el *ferry* llegó al embarcadero de Castellamare, los pasajeros no podían creer que aquello hubiese ocurrido de verdad. Y cuando Bepe contó la historia en el bar, nadie lo creyó tampoco.

—No, es imposible, eso no ha ocurrido nunca —decía Ágata la pescadora, chasqueando la lengua con incredulidad—. Un delfín listado jamás saltaría a un barco de esa manera tan atrevida, como una de esas focas que actúan en el zoo.

—Pues lo ha hecho —insistía Bepe—. Ha saltado a mi barco.

—Ya, a ese enorme *ferry* tuyo, ¿no es eso? Te estás haciendo viejo —soltó Ágata la pescadora—. Con todos los respetos, *signor* Bepe, empieza a fallarte la memoria.

—¡Es verdad! —exclamó el barquero—. Lo he visto con mis propios ojos. Y tú no eres precisamente quién para llamarme viejo, *signora* Ágata, ya que naciste el mismo invierno que yo.

Ninguno de los dos se había casado nunca, pero no era ningún secreto que habían mantenido una discreta aventura durante los últimos cincuenta años, y ahora, en la vejez, discutían con la familiaridad de una pareja antigua.

—No seas tonto, *stronzo* —replicó Ágata la pescadora en tono afectuoso—. Eres un bobo de campeonato. ¡Un delfín listado subiendo de un salto a bordo de un barco!

Aquella noche, sin embargo, el pescador más joven, Matteo, y el bisnieto pequeño de Rizzu, a quien todo el mundo llamaba Rizzulinu, llegaron a su vez con extrañas historias. Subieron la cuesta hasta el bar con sus vaqueros llenos de agujeros

y sus camisetas manchadas de sal —que llevaban estampadas las caras de grupos de música estadounidenses— y confirmaron entre murmullos la historia de Bepe. Sí, era posible, desde luego. Ellos también habían visto delfines surcando grandes olas junto a Morte delle Barche hacía dos días. Y un día al amanecer un gran banco de peces voladores había caído sobre ambos lados de su barca, la *Provvidenza*, como piedras de granizo. Y no hacía mucho, cuando pescaban bien entrada la noche con las luces apagadas, habían parado el motor y oído en las profundidades, debajo de ellos, el lamento de una ballena.

—Todo se ha vuelto muy extraño... —decía Ágata la pescadora, que ahora, después de que lo confirmaran otras fuentes, creía sin reservas en la historia de Bepe—. Parece que esté a punto de ocurrir algún milagro. Los peces también deben de darse cuenta.

Entretanto, circulaban muchos rumores extraños sobre *il conte*. Aunque seguía sin recibir a nadie salvo a Maria-Grazia, de la villa al final de la avenida de palmeras habían empezado a salir curiosos paquetes. Algunos eran rectangulares, como si fueran cuadros envueltos en papel de estraza, pero también trasladaban grandes cajones de embalaje, y en una ocasión incluso una caja que hacía ruido al moverla, como si dentro hubiera candelabros de latón sueltos.

—Está vendiendo sus posesiones —informaba Bepe, que se lo había oído contar al ama de llaves—. Todo lo que perteneció a sus padres. Los antiguos retratos, la cubertería de plata con el escudo de los d'Isantu grabado, las mesas y sillas francesas. Incluso los frescos de las paredes del salón. Supongo que se ha convertido en comunista en la vejez, desde la quiebra del banco.

—Pues yo creo que se habrá vuelto loco —decía Ágata la pescadora.

—No siente respeto alguno por el viejo *conte*, su padre —murmuraban los ancianos jugadores de *scopa*—. He ahí lo que significa eso.

Las tormentas continuaban. El viento derribaba las vallas de la festividad de Santa Ágata y el escenario improvisado que levantaron los albañiles Tonino y 'Ncilino se cargó tanto de agua que, cuando lo probaron, el centro cedió, haciendo caer a la banda de música boca arriba en el barro. Una mañana, Maria-Grazia y Lena abrieron los postigos del bar y descubrieron que medio porche se había venido abajo. Los travesaños, con sus guirnaldas de vegetación empapada, pesaban demasiado y no aguantaron.

La casa misma parecía estar desintegrándose. En el tejado había goteras de las que caían gotas sobre el sofá de terciopelo de Amedeo, de manera que su superficie estaba permanentemente mojada. Una de las ventanas del piso superior se quedó abierta una noche, y la madera del marco se hinchó de tal manera que no hubo forma de volver a cerrarla, así que las visitas al baño corrían peligro de volverse lluviosas y ventosas. La pintura del vestíbulo se había puesto rugosa, y la mitad de los libros de

la biblioteca estaban abarquillados. Sergio se sentó detrás de la barra del bar y fue secándolos uno por uno con el secador de pelo de Lena para salvarlos de sufrir un daño permanente.

Los isleños nunca habían tenido que enfrentarse al problema de la lluvia en las fiestas de Santa Ágata. Sin embargo, según Concetta, podía estar a punto de ocurrir un milagro, una mejora del tiempo, después de todos aquellos días de confusión.

—No ha habido ningún milagro importante desde que Robert surgió del mar —decía—. Ya toca, ya va siendo hora.

Siguió lloviendo durante toda aquella semana, así que el número de turistas iba disminuyendo: una pequeña tragedia, en un verano ya tan duro y decepcionante.

—Tienes que llamar ya a tu hermano, Sergio —decía Maria-Grazia—. Si lo llamas tú mismo y lo invitas a las fiestas, a lo mejor esta vez viene.

Pero la línea telefónica estaba cortada; en la esquina de la Casa al Borde de la Noche, la buganvilla la había arrancado al caer abruptamente sobre el porche. No había manera de llamar a Giuseppino.

Lena vagaba por las habitaciones de la casa como un alma en pena, pero Maria-Grazia había tomado una férrea decisión.

—No pienso abandonar la isla. Mi intención es morir aquí, como mi padre, Amedeo, y como mi madre, Pina. Moriré en esta casa, que ha sido nuestra durante noventa años. En esta casa donde todavía vive el espíritu de mi padre, donde yo nací. Y Robert no puede irse. Está unido a este sitio.

—Las cifras son las cifras —dijo Sergio en tono sombrío—. Los números son los números. No podemos sacar dinero de la nada.

—¡Pues parece que eso es lo que han hecho todos los demás! —replicó Maria-Grazia, antes de subir la escalera pisando fuerte hasta la buhardilla para contemplar desde el antiguo escritorio de su padre el mar gris y embravecido.

Como nadie más parecía dispuesto a hacerlo, Lena empezó a revisar cosas y a hacer el inventario anual, temerosa de los inspectores que trabajaban para el gran banco del continente, a quienes se había visto en la isla vecina llamando a las puertas y amenazando con llevarse microondas y televisores. El siguiente pago a la caja de ahorros estaba previsto a finales de aquella semana, y corrían el riesgo de no poder satisfacerlo. Lena empezó a primera hora de la mañana a sacar montones de papeles y catálogos antiguos para tirarlos a la basura, limpió y sacó brillo a la cafetera y a la máquina de helados hasta dejarlas relucientes y preparó las cajas del televisor y el futbolín para poder guardarlos de nuevo rápidamente. Se dedicó luego a las reservas de la despensa: zumo de melocotón, patatas a la paprika y galletitas de almendra pequeñas y duras para acompañar el café; *arancello*, *limoncello*, *limettacello*. Sí, había suficiente para la fiesta. Anotó todas esas cosas en el libro de contabilidad. Maria-Grazia la observaba con los labios apretados y frunciendo el ceño igual que lo habría hecho su padre, Amedeo.

—Hasta que se hayan terminado los preparativos para la fiesta, no hablaremos

más sobre lo que ocurrirá después —declaró Maria-Grazia cuando Lena hubo terminado—. Tenemos demasiado que hacer. Hay que decorar todo el bar, hacer tres mil pastelitos. Hay que limpiar bien las ventanas, colgar las bombillas de la buganvilla; fregar las baldosas del porche y hacer algo con esa enredadera caída que gotea por todas partes en el sitio donde se tendría que bailar. Hay que preparar las botellas de *arancello*, *limettacello* y *limoncello*, sacar las jarras de café del aparador y mezclar bien el helado en las cubetas para que no se estropee. Cuando Giuseppino vuelva para las fiestas, le pediremos que nos ayude con esta deuda, y con eso ganaremos un poco más de tiempo.

«Si es que Giuseppino vuelve», pensó Lena, aunque no dijo nada.

Sergio se quedó toda la noche preparando bolas de arroz y pastelitos, trabajando en silencio con su delantal y la camisa arremangada. Hacia las once, Enzo llegó para echarles una mano durante una hora, pero acabó quedándose hasta la mañana. El sobrino de Concetta trabajaba la masa como si fuera arcilla, con unos dedos delicados de artista, y todos sus pastelitos adoptaban la forma de la santa. Mientras tanto, Lena y Concetta salieron corriendo bajo la lluvia y cortaron guirnaldas de buganvilla que colgaron dentro del bar. Las ramas goteaban en el suelo, formando charcos oscuros. Las tres mujeres, encaramadas en sillas en el bar cada vez más oscuro, colgaban del techo banderines de la santa.

Ya no había florista que proporcionara los pétalos para la festividad —la tienda de Gisella había sido la primera en cerrar—, así que aquella noche, meciéndose bajo unos paraguas que se agitaban, las mujeres de la isla salieron con cubos, cestas y bolsas de la compra, como habían hecho antes de la guerra, y empezaron a despojar todas las plantas y bancales de sus flores. Se colocaron luces en los restos del *Santa Madonna* y en los arcos de la *tonnara* de los pescadores, y cuando Maria-Grazia y Lena subieron la ladera de nuevo, vieron que al final la fiesta podría celebrarse, que ya daba comienzo, con aquel mágico silencio que impregnaba la oscuridad lavada por la lluvia.

Y en aquel silencio se internó Giuseppino, que había desembarcado del último *ferry* del día cargado con su equipaje. Con su flamante traje gris, arrastrando la maleta de ruedas sobre los adoquines, resultaba una figura extraña, encogida. Los isleños no lo reconocieron cuando cruzó el pueblo, empapado y tan furtivo como *zio* Flavio a su regreso después de la guerra. Solo cuando Concetta entró corriendo en el bar y gritó «¡Tu hijo está aquí, Mariuzza! ¡Tu hijo!», Maria-Grazia bajó del porche en la oscuridad y reconoció a su chico. Giuseppino se detuvo ante ella y se sacudió la lluvia del poco cabello que tenía. Lena se secó tímidamente las manos en el delantal, porque no reconocía a Giuseppino; en realidad, no lo había visto nunca.

—*Salve* —dijo él muy tieso en el italiano que llevaba décadas sin hablar—. Estoy en casa.

La alegría que sintió Maria-Grazia en aquel momento ante su hijo no podía compararse con ninguna que hubiera sentido antes o que sentiría después.

Atraído por el ruido y las exclamaciones, Sergio se acercó al extremo del porche entornando los ojos bajo la lluvia. Bajó los peldaños y accedió a estrechar la mano que su hermano le tendía. Concetta y Lena se apartaron, con la sensación de que por fin se había producido un milagro, pues Sergio había empezado a hablar precipitadamente mientras jugueteaba con los cordones del delantal.

—Un préstamo, Giuseppino. Mil euros, quizá dos mil... Lo suficiente para pagar la letra del banco y que el bar siga funcionando durante el invierno... De otro modo lo perderemos todo. Yo voy atrasado en los pagos, ya sé que no debería pedirte...

Giuseppino se sentó. Se frotó el pecho y apoyó la maleta contra una silla empapada. Al fin, dijo:

—No puedo ayudarte, Sergio.

—*Pi fauri*, Giuseppino.

—No puedo ayudarte porque no tengo dinero. Mi negocio se ha ido a pique.

Maria-Grazia se adelantó entonces y asió a Giuseppino por los hombros.

—¿Qué quieres decir?

—Que he tenido que declararme en bancarrota... La empresa ha cerrado...

De pronto, Maria-Grazia pareció una persona de gran envergadura, gigantesca, como su padre, Amedeo.

—¡Bancarrota! —exclamó—. ¡Mírame a la cara, Giuseppino! Explícame qué has hecho.

El hijo, bajo la mirada acusadora de su madre, habló con tono más tajante, irritado.

—Comerciaba con el futuro, y ahora ya no. El dinero ha desaparecido. La crisis. El negocio ha fracasado.

—Pero tu trabajo, tan importante... —murmuró Maria-Grazia sin entender nada.

—No es un trabajo tan importante —replicó Giuseppino—. Compro y vendo contratas. Vosotros, los isleños, os pensáis que soy rico... Pero ¡solo he estado a punto de serlo! ¿Qué os creéis que puedo hacer yo, una especie de milagro? —Su voz se volvió quebradiza de puro desdén. Unos cuantos vecinos se habían congregado en el extremo del porche, atraídos por la promesa de escándalo.

—Pero tu apartamento... —continuó Maria-Grazia—. Los coches caros...

—¡Lo compré todo a crédito!

—¡Ay, ay, ay, Giuseppino! —exclamó Concetta con un lamento espontáneo—. ¿Qué ha sido de ti desde que dejaste esta isla?

Giuseppino agachó la cabeza un poco más, exponiendo la calva circular que tenía en la coronilla y que hacía juego con la de Sergio.

—¡Ay, Giuseppino! —exclamó Maria-Grazia—. ¿Qué diría tu abuelo Amedeo si estuviera aquí?

—¿Acaso no os he enviado siempre dinero? —replicó Giuseppino, finalmente

ofendido y dispuesto a contraatacar—. Aquellos dos millones de liras para las reformas. Siempre he hurgado en mis bolsillos para que hicierais reparaciones, para compensar que la cosa no diera beneficios, una y otra vez, pese a que Sergio me apartó de todo lo que tuviera que ver con este bar desde el principio. ¡Vosotros también os habéis aprovechado, mamá! Sergio y tú, papá y todos los demás. Queríais una furgoneta, y luego quisisteis arreglar el tejado, comprar televisores nuevos... ¡todos queríais estar en el ajo, no solo yo!

Sergio, que se había quedado en el umbral sin hablar, se encontró entonces convertido en el foco de la atención de los vecinos, colocado a la fuerza en la posición, poco familiar para él, de ser el hijo con más éxito. Vio a su hermano encogido, vencido, y el triunfo le dejó un sabor amargo en la garganta, como de vino picado.

—Mamá, *zia* Concetta, ya basta —murmuró—. Giuseppino, ven adentro.

Su hermano se levantó de la silla y dejó el cuaderno de historias de Amedeo en las manos de su madre.

—Aquí tienes —dijo—. Te lo devuelvo. Al menos nadie puede acusarme de haberlo robado, porque siempre dije que lo devolvería cuando regresara a la isla, y así ha sido.

Al final, para él supuso un cierto alivio seguir a su hermano y entrar al bar, y aceptó la vuelta a casa como lo haría un vagabundo del cuaderno de historias de su abuelo: empequeñecido, sin un céntimo, reducido a su estatura original.

Maria-Grazia no podía dormir, así que se sentó detrás de la barra del bar y fue hojeando las páginas del cuaderno de cuentos de su padre. La historia del loro y la de la chica que se convirtió en pájaro; la historia de Nariz Plateada y de Cuerpo sin Alma. Y mientras leía y leía, sentada detrás de la barra aquella fría madrugada, bajo la antigua fotografía llena de manchas de su padre, descubrió también una extraña maravilla: historias que no había leído antes, cuentos que su padre debió de recordar en los días previos a su muerte, escritos con la letra adolescente y garrapata de Sergio y que Giuseppino se había llevado lejos de la isla antes de que los demás pudieran leerlos.

Maria-Grazia despertó a Giuseppino, que dormía en el sofá de terciopelo, en la buhardilla.

—*Caro*, ¿qué es esto? —preguntó, mostrándole los cuentos desconocidos.

A Giuseppino se le puso el cuello rojo y lleno de manchas, como siempre le ocurría de niño cuando lo pillaban.

—Los últimos no los fotocopíé —murmuró—. Me quedé sin dinero y no pude hacerlo. Imaginé que, de todos modos, Sergio se acordaría de ellos. Él fue quien los escribió.

Pero ¡ella nunca había conocido su existencia! Y ahora Maria-Grazia descubría de pronto las últimas historias de su padre, como si él estuviera con ella de nuevo por arte de magia, susurrándole sus cuentos sobre la isla para acunarla hasta que se durmiera, como hacía cuando era pequeña y llevaba aparatos ortopédicos en las piernas. Pasando las páginas del cuaderno, leyó cuentos de la isla sobre subastas de burros, rescates en el mar, discusiones entre vecinos, una espectacular captura de peces en 1913 («que me contó en 1922 la *signora* Gesuina»), un gran desprendimiento de tierras en el año 1875 («transmitido por la familia Mazzu»), y luego, en las páginas finales, un cuento relativo a santa Ágata. Esta última historia no tenía ni la fecha ni el nombre del narrador, de modo que ella lo asociaría ya para siempre solo con su padre y con la festividad, convencida de que él lo había escrito para que ella lo descubriera en ese preciso momento, justo la víspera del día de la santa, noventa y cinco años después del primero que él había presenciado.

Santa Ágata, escribía su padre, fue vista en una ocasión en el cementerio que había junto a la ciénaga. Se le apareció de forma un poco inquietante al sepulturero, suspendida sobre el portón con las manos extendidas. Cuando el hombre volvió a la tumba que estaba excavando, vio que su pala había desaparecido y que el agujero se había tapado, como si no lo hubieran abierto nunca. A regañadientes, se vio obligado a abandonar su trabajo y volver a casa.

Eran tiempos de terremotos. Y aunque el sepulturero intentó cavar de nuevo, la

tierra no cooperaba, estaba dura como el mármol. Hasta que un día, después de un gran temblor, se despertó y encontró todas las tumbas abiertas, una visión espantosa.

Entonces comprendió que la santa o bien estaba ofendida o bien quería que se enterrara a los muertos en otro lugar.

Los isleños convocaron una reunión y decidieron obedecer a la santa y trasladar a sus muertos a una morada más segura. En aquellos tiempos, no obstante, había un gran temor a las enfermedades, así que los isleños se negaban a que se enterrara a los muertos cerca de sus casas y sus pozos. Como se negaron a obedecer los deseos de la santa, la isla tuvo problemas de nuevo. Los isleños, una vez más, se vieron afectados por una epidemia de llanto.

Una mañana, la santa se apareció de nuevo ante unos isleños en la carretera que salía del cementerio. Parecía hacerles gestos, y unos cuantos pescadores la siguieron. Ella los condujo por toda la isla, un viaje milagroso por campos, acequias y olivares, hasta que al final llegaron a las cuevas junto al mar. Allí, la santa se sentó al fondo de la cueva y esperó. Los isleños, tras deliberar un poco, decidieron que no quedaba otro remedio que trasladar a sus muertos a las cuevas.

Allí encontraron un segundo milagro: pequeños compartimentos ya llenos de huesos donde albergar los ataúdes de sus antepasados y sus urnas funerarias, y unas grandes piedras, ya cortadas, con las que sellarlos.

El día de la procesión fue tormentoso. Los isleños estaban indecisos, pero la santa continuó apareciéndose por toda la isla, insistiendo en que tenían que llevar a los muertos a las cuevas. Todo el pueblo se reunió y la procesión se prolongó casi toda la tarde, hasta que al final llegaron a las cuevas.

Entonces, mientras los isleños estaban allí, dentro de las cuevas, un terremoto sacudió Castellamare hasta los cimientos. Grandes surtidores de lava brotaron bajo la villa del *conte* y la isla se agitó y convulsionó. Sus habitantes se encogieron de miedo en las cuevas, y cuando salieron y miraron hacia el horizonte, vieron que el pueblo entero había quedado arrasado, que no había un solo edificio en pie salvo la iglesia, la villa y la Casa al Borde de la Noche.

Entonces comprendieron que la santa no solo había protegido a los muertos, sino también a los vivos, porque ni un solo isleño murió en el terremoto, y todos ellos quedaron al amparo de las antiguas piedras de las cuevas.

Y cuando acabaron de enterrar a los muertos, ocurrió un tercer gran milagro. La roca que estaba al fondo de la cueva, que había caído durante el terremoto, adoptó fugazmente la forma de la santa. El artista Vincenzo la extrajo para hacer una estatua y, para siempre jamás, los isleños supieron que la cueva no era un lugar maldito, sino un lugar sagrado.

«Y así fue, Mariuzza, *cara* —escribía su padre—, como los isleños pusieron fin a la maldición del llanto».

Ahí estaba Robert. De pie en el umbral, jadeando un poco por el esfuerzo de recorrer el pasillo; ella se vio obligada a aceptar finalmente que era un hombre viejo. Maria-Grazia le puso la libreta en las manos.

—Alguien debería haber escrito todas las demás historias —dijo.

Porque, después de su padre, Amedeo, ¿quién se había acordado de hacerlo? ¿Qué pasaba con el rescate del mar de Ágata la pescadora? ¿Y con la aparición del propio Robert? ¿Y con el día de los barcos, cuando su padre y ella los vieron en fila en el horizonte, como gotas de lluvia en un alambre? ¿Y con la historia del fantasma de Pierino o con la doma de Enzo, la construcción del gran hotel y el milagro de los fajos de dinero que aparecían cuando caía la noche ante las puertas de los isleños? ¿Qué pasaba con todas las historias que habían quedado sin escribir? Alguien tendría que dejar constancia de esas cosas.

—Bueno —dijo Robert—. ¿Y no puedes escribirlas tú?

—*Caro*, ya soy demasiado vieja para eso. Los dos lo somos. Mira cómo han pasado los años. Apenas nos queda tiempo para nada...

Cogiéndolo muy ligeramente por la muñeca, ella lo condujo de nuevo a su habitación de piedra junto al patio. Mientras andaban, Robert se apoyaba un poco en ella, un hecho que todavía la desconcertaba, porque siempre había sido al contrario. Pero por fin ella comprendía que su tiempo casi se había agotado. Robert también parecía creerlo, porque llevaba las gafas puestas y la lamparita para leer de su lado de la cama estaba encendida, así que quedaba claro que también había permanecido despierto, pensando. Maria-Grazia cerró la libreta de su padre y la dejó en la mesita de noche.

—¿Tú tampoco podías dormir? —dijo.

—No, *cara*. He estado haciendo planes.

—¿Sobre qué?

—Ahora que tenemos al fin a los dos chicos en el mismo sitio, me parece que es hora de que les hablemos del futuro del negocio.

—¿De qué futuro? —quiso saber Maria-Grazia, un poco sobresaltada.

—Si Maddalena quiere —contestó Robert—, creo que deberían dejárselo a ella. Eso es lo que pienso. A ella siempre le ha gustado mucho este sitio, desde que nació. Es dura y sabrá llevarlo durante esta crisis. El bar debería ser suyo después, igual que debería haber sido tuyo durante todo este tiempo. Yo siempre quise mucho a tu padre, el viejo doctor, pero me parece que en eso se equivocó.

Algún orgullo tozudo de su interior, un rastro del espíritu de Pina Vella, todavía se empeñaba en que la chica fuera a la Facultad de Medicina.

—No va a ir —informó él con suavidad cuando ella puso objeciones—. Está reuniendo el valor necesario para decírtelo, *amore*. Ya me lo ha dicho a mí.

Maria-Grazia, de alguna manera, ya lo sabía; sabía que Lena, en el fondo, era tan

ambiciosa como su abuela y su bisabuelo antes que ella, y que era más capaz que nadie de proteger el bar.

El día de Santa Ágata amaneció gris, con el mar oculto por la bruma. La misa de la mañana, en el exterior de la iglesia, se celebró bajo una falange de paraguas.

—¡Alabados sean *Gesù* y santa María! —exclamó el padre Marco contra el viento, protegiendo la santa de yeso con su sotana extendida—. ¡Alabados sean santa Ágata y todos los santos!

La procesión fue fangosa y resbaladiza. La estatua, antiquísima, hecha de yeso por el retatarabuelo del artista Vincenzo, nunca había soportado la lluvia, y en el camino de grava que conducía a las cuevas junto al mar ocurrió una pequeña tragedia. La estatua empezó a deshacerse. La túnica perdió su tono morado en vetas abigarradas y en el rostro de la santa aparecieron las huellas de unas lágrimas negras como las que habían caído en otros tiempos de los ojos de Carmela.

—¡Rápido, Rizzulinu, Matteo! —gritó el sacerdote—. ¡Meted a la santa en las cuevas de inmediato, y protegedla de la humedad!

El padre Marco, ahora que ya era un anciano, se había vuelto tan devoto de santa Ágata como el que más.

Los pescadores se dirigieron a toda prisa a las cuevas junto al mar. Subieron por las rocas, llevaron a la santa al interior seco y oscuro y la pusieron a cubierto, seguidos por el resto de los isleños.

—¿Ha sufrido algún daño? —exclamaron las viudas del Comité de Santa Ágata.

Flamearon los encendedores, se iluminaron algunos móviles. La santa, bajo el resplandor de un centenar de luces, despedía un brillo lastimero, con la cara cambiante, como si estuviera viva, un poco más pálida que antes de la tormenta.

—No podemos volver a sacarla con esta lluvia —dijo el padre Marco—. La pintura se correría y el yeso acabaría deshaciéndose. Tendremos que dejarla aquí y esperar a que la tormenta amaine.

Y de ese modo, cuando los inspectores de Sicilia llegaron a Castellamare para empezar a reclamar las deudas de los isleños, no encontraron una sola casa habitada y nadie respondió a sus llamadas. Toda la isla estaba desierta, y todas las tiendas, cerradas, como si el lugar estuviera abandonado. Y finalmente se vieron obligados a guardar sus órdenes judiciales y sus documentos en los maletines y a marcharse.

Entretanto, en las cuevas empezó a reinar cierto desacuerdo.

—Estaremos aquí hasta el fin del mundo —advirtió Ágata la pescadora.

—Otra media hora más —dijo el padre Marco.

La media hora se convirtió en una hora, la hora en hora y media. Ya amenazaba con desatarse una discusión cuando Concetta alzó la voz:

—Enzo tiene otra estatua.

De pronto, su sobrino se convirtió en el centro de la atención de la multitud. Las pocas personas que habían visto su gran figura de piedra asintieron para mostrarse de acuerdo. Sí, sí, era cierto, la suya era también una estatua de la santa.

—Cojamos la santa Ágata de Enzo —propuso Concetta—. No le afecta el agua. Ya había planeado esculpirla su tío abuelo, el artista Vincenzo. Está casi terminada. Podríamos hacer la procesión con ella.

Los ancianos jugadores de *scopa* asintieron. Podían usar la otra santa Ágata. Al fin y al cabo, ¿no era una imagen de la misma santa?

—Pesa demasiado —dijo Bepe—. Está hecha de piedra. La santa Ágata normal es de yeso. ¿Cómo van a levantarla seis pescadores?

—Puede levantarse —explicó Enzo—. Es de roca volcánica. Es porosa, como la piedra pómez. Ya encontraremos la forma de hacerlo.

Al oír eso, hubo algunos murmullos sobre la maldición del llanto.

—Id a buscar esa estatua —intervino el padre Marco, mientras guiaba la vieja imagen de yeso más hacia el fondo de la cueva, donde ningún chaparrón pudiera alcanzarla.

Pasó otra media hora antes de que los pescadores volvieran atravesando la bahía, y cuando lo hicieron hubo gritos de júbilo: habían cargado la estatua de Enzo en el antiguo carro de Rizzu, del que tiraba un burro. Nadie había pensado en él en veinte años. El carro apareció al otro lado de la bahía y avanzó lentamente, titubeando, adornado con las historias de la isla pintadas en verde y amarillo. Lo llevaban entre todos, los pescadores y sus descendientes: Tonino, Rizzulinu, Matteo, 'Ncilino, Calogero.

Y en medio de la tormenta, los isleños pasearon a su santa por todas las costas de la isla. Pasaron por la villa del *conte*, cerrada a cal y canto. Unos cuantos isleños levantaron la vista hacia las ventanas, esperando ver allí a d'Isantu dando su bendición a la procesión con un gesto, como solía hacer su padre, pero no apareció ningún rostro tras los cristales. La estatua siguió adelante, con los pescadores respirando agitadamente detrás del carro, apuntándolo en las cuevas. Dejaron atrás el rocoso extremo sur de la isla y el anfiteatro griego, ahora lleno de maleza y de cardos, recorrieron los acantilados por encima de las cuevas del mar y pasaron ante las puertas del nuevo hotel, donde antes estaban las tierras de Mazzu. El hotel se veía muy apagado; las tumbonas de plástico junto a la piscina estaban volcadas, y los parasoles, cargados de agua, pero en las puertas aparecieron unos cuantos turistas y se unieron a la procesión. Mientras tanto, la nueva imagen de la santa, con el agua formando ríos y torrentes en los pliegues de su ropaje de roca volcánica, se balanceaba en la parte trasera del carro, con una mano en alto.

—¡Vamos! —animaba Maria-Grazia—. No queda mucho.

Estaba sin aliento debido a la ansiedad, deseando que la estatua completase su peregrinaje como si fuera la santa misma la que se balanceaba allí en el carro, como si durante el milagroso silencio de la noche se hubiera producido una especie de metamorfosis.

En el muelle, ante la antigua *tonnara* y los restos oxidados de la barca *Santa Madonna*, el padre Marco rezó para que la santa les concediera su misericordia. Acercaron a algunos bebés para que los bendijera. Las cosechas de los campesinos, que se pudrían bajo aquella tempestad constante, fueron consagradas de todos modos. Y finalmente, en medio del aguacero, el padre Marco vertió una botellita de agua bendita sobre la proa de una de las nuevas barcas de pesca de la isla, la *Provvidenza* de Matteo.

Aquella tarde la lluvia llevó beneficios al bar.

—¿Por qué hay tanta gente? —se preguntó Maria-Grazia—. ¿Es que todo el mundo se ha compadecido de nosotros y han decidido tomarse un *arancello* cada uno para mantener el bar abierto un verano más?

Concetta se abrió paso entre la multitud, con los ojos brillantes por la alegría contenida.

—Acabo de enterarme —susurró—. El bar de Arcangelo se ha inundado, igual que en el invierno del sesenta y tres cuando hubo tantas tormentas... ¡Mi pobre hermano!

—¡Un milagro! —exclamó Ágata la pescadora—. ¡Te lo dije! ¡Para eso era esta lluvia!

Los empapados clientes del bar de Arcangelo, un poco avergonzados, entraban en busca de licor y té caliente. Filippo Arcangelo esperó algo indeciso en el porche hasta que Concetta lo agarró del brazo y lo hizo entrar.

Aun así, mientras observaba a sus hijos y a su nieta atender las mesas atestadas de la Casa al Borde de la Noche, Maria-Grazia sabía que no sería suficiente. Necesitaban más que unos cuantos cafés a noventa céntimos o unos vasitos de licor a un euro. La lluvia había vuelto impracticable la galería del porche, y el helado se cristalizaba en las cubetas, sin consumir. Ni siquiera a los turistas les apetecía, con aquel tiempo.

En la plaza, cuando cayó la noche, el baile se celebró de todos modos, entre los grandes charcos de agua y bajo los empapados estandartes de la santa, que vertían sus cascadas de agua tibia en la cabeza de los bailarines. Bajo la luz de unos potentes focos alquilados, colocados en sus soportes, los isleños daban vueltas al son del *organetto* de Bepe. Maria-Grazia, sentada en el extremo del porche junto a Robert bajo el enorme paraguas de golf de Giuseppino, le contaba a su marido cómo había sido la primera noche que pasó su padre en la isla. Amedeo le había relatado la historia cuando era pequeña: que se maravilló ante la estatua rodeada por un centenar de velas rojas, que se produjo un silencio mágico cuando *il conte* pasó entre la multitud...

Qué distinto de la fiesta de aquel instante, con el rugido de los generadores, las

luces de colores que parpadeaban en los tenderetes y la música machacona que bailaban en un rincón los jóvenes, que ya no se dejaban seducir por las canciones quejumbrosas de la isla. Ahora también había turistas con sus cámaras, tomando cien mil fotografías, cuando en aquella primera noche su padre solo hizo una, la primera, la foto que contenía en sí misma todo lo que vendría después. Y esta vez no había *conte*. Aunque nadie salvo ella misma estaba dispuesto a admitirlo, y menos que nadie los miembros del Comité de Modernización, la fiesta quedaba de alguna manera deslucida sin su presencia.

Y entonces, de pronto, Bepe y sus sobrinos, corriendo como jovencitos, irrumpieron en el húmedo desorden de la plaza.

—¡Hay una urgencia! —gritó Bepe—. ¡El *ferry* se ha estropeado!

—¿Estropeado? —preguntó Tonino.

—Esos malditos peces voladores... ¡Un banco entero! Se han quedado atorados en el motor. ¡*Puttana* de tormenta!

—Olvídate del *Santa Maria* —aconsejó Tonino, dando una palmada al viejo Bepe en el hombro—. Estás empapado... Te pediré un *arancello* y ya lo arreglaremos mañana, cuando estemos todos sobrios y haya parado de llover.

—¡No, no! —gritó Bepe—. ¡No lo entendéis! ¡El *Santa Maria del Mare* se ha roto y hay gente a bordo! ¡Y mucha más gente esperando para cruzar! ¡Debemos ir a buscarlos!

Aquello produjo cierta confusión. ¿Turistas que venían al gran hotel del *conte*?

—No —resopló Bepe—. Toda clase de gente. Visitantes de Sicilia. Isleños que vuelven a casa. Primos terceros de los Mazzu, o eso me han dicho, que han viajado desde Estados Unidos para estar aquí, y los tíos de los Dacosta que vienen de Suiza... Creo que incluso he visto a Flavio Espósito. Y turistas también. Han oído hablar de nuestra fiesta y hacen cola en el muelle de Siracusa. Quieren que los traiga a la isla para ver a la santa. Y ahora el *ferry* se ha estropeado y no puedo.

Maria-Grazia se puso en pie, presa de una firme determinación.

—¿Flavio? ¿Mi hermano Flavio? Hay que traerlo aquí. Tenemos que enviar las barcas pequeñas. ¿Dónde están los pescadores? ¡Matteo, Rizzulinu!

Rizzulinu abandonó el baile con esfuerzo, retorciéndose la parte baja de los vaqueros mojados.

—Solo podemos llevar a cinco o seis en la *Provvidenza* —dijo cuando Ágata la pescadora le explicó el problema.

—¿Cuántos hay, Bepe?

El viejo barquero hinchó los carrillos y soltó un bufido:

—Pues no lo sé. Muchos más.

—¿Quién más tiene una barca? —exclamó Maria-Grazia—. ¿Quién más puede ayudar?

Los más jóvenes de los Terazzu dieron un paso al frente, junto con uno o dos más. Eso era todo.

Entonces Ágata la pescadora se irguió en toda su estatura, imponente, apoyándose en la barra del bar.

—¡Cogeremos las barcas antiguas! —dijo—. Botaremos las que están guardadas en la *tonnara*. Las barcas viejas con las piedras blancas pintadas, las que usábamos antes de la guerra. Hay diez o doce allí.

Los isleños empezaron a moverse. Bajaron por la carretera del muelle corriendo, en coches y camionetas, en bicicleta o a pie, llevando linternas como pequeñas estrellas blancas. Maria-Grazia cogió los prismáticos de los Balillas de Flavio, y ella y Lena los siguieron en el motocarro. En la oscuridad, que de repente era menos tormentosa, menos lluviosa, los jóvenes de la isla botaron las barcas. De las aguas de la bahía zarparon una vez más la *Santa Ágata salvadora*, la *En Dios confío*, la *Santa Maria della Luce*, la *Provvidenza*, la *Maria Concetta* y la *Estrella de Siracusa*.

Lena y su abuela se quedaron en tierra con el resto de los isleños, contemplando las luces que se alejaban de ellas. Y allí, al borde del mar, a Maria-Grazia le pareció ver la isla como aparecía ante aquellas barcas que navegaban alejándose de ella y como la veían aquellos Espósito que la habían abandonado: su hijo, sus hermanos, su nieta. Una roca entre un remolino de vapor de agua, que iba retrocediendo en la superficie nubosa del agua como un barco que soltase amarras.

—¿No querías ir tú también en las barcas? —le preguntó a Lena.

—No, yo me quedo aquí a preparar el bar para cuando vuelvan.

Pero Maria-Grazia, que estaba pensativa, quiso quedarse mirando las barcas un poco más. Tal vez, por algún milagro, realmente alguna de ellas llevara a su hermano. Lena le dejó las llaves del motocarro y volvió a casa corriendo bajo los últimos chaparrones. De modo que, cuando el capataz, el hijo de Santino, llegó a la carrera al embarcadero con una nota empapada escrita de puño y letra por Andrea d'Isantu en la que la convocaba a la villa por última vez, Maria-Grazia se encontraba sola.

Cuando Concetta llegó a la plaza, con la música abandonada y las sillas del porche patas arriba, buscando a su amiga, se encontró con un cambio extraño. La caja de ahorros tenía encendida la luz fluorescente blanca, y sus puertas deslizantes estaban abiertas. Detrás del mostrador estaba sentado Bepino.

Justo en ese momento, las viudas del Comité de Santa Ágata se abalanzaban hacia el interior, seguidas del resto de los isleños. Empapados por la lluvia, dándose empujones, entraron y se apoyaron en el mostrador amarillo.

—¿Qué es todo esto, Bepino? —exclamó Valeria—. ¿Estás haciendo negocios ahora, en medio de la noche y durante las fiestas?

—El banco abre solo un par de horas —respondió Bepino, ceremonioso, y se aclaró la garganta—. Se supone que tengo que deciros que recuperaréis vuestro dinero. El dinero de las cuentas, el que tenéis depositado aquí.

—Pero ¡el banco ha quebrado! —dijo Concetta—. No se puede deshacer una

quiebra.

—El banco ha quebrado, sí, pero vosotros recuperaréis vuestro dinero, como os prometimos.

Pero ¿quién podía pagar tanto dinero? Maravilladas, las viudas de Santa Ágata empezaron a retirar sus ahorros y pensiones.

—¿Será el banco extranjero? —insistía Concetta—. Dínoslo claramente, Bepino. ¿Son ellos?

—No son ellos.

—Entonces ¿quién? ¿Es alguien del extranjero que quiere invertir dinero en nuestra isla?

Bepino negó brevemente con la cabeza, pues ¿qué inversor extranjero habría hecho semejante cosa?

—Ya sé quién ha sido —exclamó Ágata la pescadora—. Es la misma persona que escondía dinero en las puertas de todos, la misma persona que dio a ‘Ncilino las tejas para su tejado y a Matteo el motor fueraborda.

—Santa Ágata —exclamó uno de los ancianos jugadores de *scopa*.

A esa escena de consternación llegó al fin Maria-Grazia en el motocarro. Se detuvo bajo la palmera y se apeó, y Concetta se asustó mucho al ver que lloraba.

—¿Qué ocurre, Mariuzza? —exclamó.

Pero Ágata la pescadora, que no había visto las lágrimas de Maria-Grazia entre la humedad del aire nocturno, la cogió por el hombro y le dijo:

—Ven y ayúdanos a resolver este misterio. Alguien nos devuelve todo nuestro dinero, *signora* Maria-Grazia. Tú eres la única que has conocido siempre los secretos de todo el mundo, y tú precisamente tienes que saber quién es.

—Sí —dijo Maria-Grazia sin dejar de llorar—. *Il conte*.

Las orejas traslúcidas de Bepino se pusieron de un color rosa intenso.

—Se suponía que nadie iba a decirlo —susurró.

—Ahora, Bepino —exclamó la anciana Valeria, cogiéndolo por la muñeca—, tienes que contárnoslo todo.

—No debería hacerlo —repuso Bepino. Pero Valeria era la persona más anciana de la isla, y ni siquiera él se atrevía a desobedecerla, de modo que acabó por confesar—. Ha enviado a Santino Arcangelo aquí con un montón de dinero en efectivo. Quiere que se lo devolvamos a todo el mundo. Así que no perderéis lo que se os debe cuando el banco desaparezca.

—¿Por qué? —preguntó la viuda Valeria.

—¿No tenéis problemas con vuestros negocios? ¿No necesitáis todos que se os devuelva este dinero?

Era cierto... Pero, de todos modos, *il conte*?

—Le dio una paliza al pescador Pierino —dijo Ágata la pescadora sin comprender nada—. No es un hombre bueno. No es como su padre, el antiguo *conte*. Si quiere arreglar las cosas, es demasiado tarde.

De repente, Maria-Grazia sintió una compasión tan profunda que casi notó su sabor en la boca, como el de una tormenta llegada de alta mar.

—Nunca ha sido tan malo como pensáis todos vosotros —murmuró—. No se merece que lo culpéis.

—Tú deberías saberlo mejor que nadie, Maria-Grazia —replicó Valeria—. Si es un buen hombre, ¿por qué has ido allí a todas horas del día y de la noche escondiéndote por los callejones y *vaneddi*, como una chica perdidamente enamorada?

Pero ahí estaba Robert, un poco jadeante, que había llegado al borde de la multitud sin ser visto.

—Vamos, *signora* Valeria —dijo—. ¿Acaso la está acusando?

La anciana retrocedió un poco, porque nunca había visto al *signor* Robert dirigirse a nadie en la isla con tanta determinación.

—Aquí nadie está haciendo acusaciones —murmuró.

—Mariuzza —dijo Robert, tocándole la mano—. Cuéntales la verdad.

Y Maria-Grazia lo hizo:

—*Il conte* está muy enfermo. Se está muriendo. Fui a verlo porque estaba preocupada por él, y resultó que necesitaba mi ayuda, así que he seguido visitándolo. No tiene familia. Será el último *conte*. Tampoco tiene a nadie a quien dejar sus posesiones y se perderá todo: la villa, los terrenos de caza de su padre, el banco, los edificios de la plaza que han pertenecido a su familia durante trescientos años. Así que cuando volvió a la isla y vio los problemas que venían del otro lado del mar, decidió vender todas sus propiedades para ayudarnos un poco a todos con las deudas. Quizá para compensar lo de pegar a Pierino, porque el Señor sabe cuánto le hemos hecho sufrir todos por eso.

—Sigue —la animó Robert—. Sigue.

—Fue él quien tuvo la idea de dejar en secreto regalos por toda la isla. Las tejas, el motor fueraborda, los fajos de dinero. Quería que pensarais que era la santa. Pero ¿cómo podía hacer todo eso cuando lleva meses postrado en el lecho? ¿Y cómo podía saber quién tenía problemas en la isla, quién necesitaba su ayuda, cuando ninguno de vosotros le hablabais ya, cuando ninguno de vosotros le ha dirigido la palabra desde que murió su padre hace ya cincuenta años?

—Pero ¿por qué tú, Maria-Grazia? —se quejó Valeria—. Podría habérselo pedido a cualquiera. A Santino Arcangelo, o a sus ayudantes forasteros...

Concetta, al comprenderlo, dijo:

—Porque ninguno de ellos podía hacerlo. Tenía que ser alguien que conociera los problemas de los demás. ¿Y quién mejor que Mariuzza?

Porque siempre, desde niña, Maria-Grazia había sido la depositaria de los secretos de la isla, desde que se llevó a la salvaje Concetta al bar y la domesticó con amabilidad y *limonata*.

—¿Y es eso lo que has estado haciendo, *signora* Maria-Grazia? —quiso saber

Valeria.

—La *signora* Maria-Grazia y yo —contestó Robert.

Valeria seguía sin estar satisfecha.

—Hay alguna relación impía entre ellos dos —murmuró—. Algo que no está bien. Tú lo visitabas, Maria-Grazia, mucho antes de que empezaran los problemas. Todos los domingos por la tarde, si podemos fiarnos de los rumores.

Maria-Grazia, irguiéndose como su madre, Pina Vella, contestó:

—Por supuesto que existe una relación entre nosotros. Somos hermanastros. Y todos vosotros lo sabéis, así que podríais haberlo dicho en lugar de chismorrear y murmurar por los rincones como lleváis haciendo noventa y cinco años.

Los ancianos jugadores de *scopa*, sintiéndose muy modernos, mascullaron algo sobre la necesidad de pruebas de ADN y análisis de sangre antes de emitir juicio alguno sobre el tema.

—¡Ya los hemos hecho! —exclamó Maria-Grazia, presa al fin de la irritación—. Nos hicimos una prueba de ADN hace tres años. Asunto zanjado. Robert lo sabe. Y ahora, ¿podéis dejarnos en paz de una vez?

—Bueno —dijo Valeria, lanzando un desafío final, aunque ya desgastado—, ¿y qué hacías allí esta noche?

—He ido a la villa porque *il conte* se está muriendo —explicó Maria-Grazia—. Y no hay ninguna otra persona en este pueblucho de mala muerte que esté dispuesta a visitarlo.

Maria-Grazia se dio cuenta de que había ido demasiado lejos en su ira, de que había sido cruel, porque en realidad amaba la isla tanto como cualquiera de ellos. Pero Robert la cogió suavemente de la muñeca. Y seguía dándose el hecho de que Andrea d'Isantu estaba muriéndose. Ochenta y ocho años... La misma edad, exacta, que el fantasma del tío Tullio, cuyo retrato juvenil aún colgaba en la escalera de la Casa al Borde de la Noche, cuya presencia embrujaba los caminos de cabras, las noches tranquilas. A Andrea le habían diagnosticado un cáncer de hígado terminal, y ahora lo estaba consumiendo. Estaba demasiado enfermo incluso para asistir a la fiesta.

Entonces las viudas de la isla empezaron a soltar murmullos de compasión pensando en aquel hombre moribundo en su villa, a las afueras del pueblo, sin visitas, sin duelo. La música se había detenido y nadie sabía ya qué hacer o qué decir. Incluso Valeria se ablandó un poco, avergonzada.

—Debemos ir a verlo, Mariuzza —dijo Concetta al fin—. Debemos llevarle regalos, como solíamos hacer con su padre, *il conte*. ¿Cómo es posible que nos hayamos olvidado de esa parte de la celebración?

—Está muy enfermo —repuso Maria-Grazia—. El padre Marco y la doctora siciliana están con él... Ya es demasiado tarde... No nos dejarán entrar.

—De todos modos debemos ir —insistió Concetta—. Es lo correcto.

En la habitación de tonos rosa y ámbar con los querubines en el techo, Andrea d'Isantu yacía en la misma cama en la que había nacido. Llevaba un rosario enrollado en la mano derecha y el padre Marco le administraba agua bendita. A su lado, la doctora se disponía a marcharse y enrollaba el estetoscopio con un gesto cansino que Maria-Grazia reconoció de cuando su padre volvía a altas horas de la noche en los casos en que ya no había nada que hacer. Los isleños llegaron a esa habitación sin anunciarse, dejando un rastro de agua de lluvia en las baldosas.

—*Signor il conte* —declaró la viuda Valeria—. Hemos venido a traerle las ofrendas de la fiesta de la santa. Ahora ya sabemos la verdad. Sabemos lo que ha hecho por nosotros.

Immensamente viejo, como una tortuga, Andrea d'Isantu levantó la cabeza de las almohadas con esfuerzo. Su cuello parecía una jarcia de cabos muy tensos. Observó a los isleños que tenía delante y luego dejó caer la cabeza otra vez y cerró los párpados apergaminados. De pronto, alguien rompió filas y se adelantó con una bandeja de berenjenas asadas que le depositó en el regazo. Otro más dio unos pasos, cargado con un pollo en una caja de cartón que dejó en manos de la doctora. Concetta ofreció una gran tajada de atún envuelta en plástico. Y entonces toda una marea de isleños que portaban regalos desafió la desaprobación de sus vecinos para acercarse a aquel hombre muy anciano, el último *conte* de Castellamare.

El viejo volvió a levantar brevemente la cabeza, y luego fue estrechando, una por una, las manos de sus isleños.

Y así, cuando los inspectores que acechaban al otro lado del mar regresaron no encontraron en la magnífica villa de Andrea d'Isantu ni un solo mueble que llevarse, ni una sola pintura ancestral o candelabro de plata, ni un solo cristal pendiendo de los cables cortados de las arañas de luces, pues todo se había vendido, todo se había desvanecido en motores fueraborda, tejados reparados, barcos de pesca y casas antiquísimas. La villa al final de la avenida de palmeras acabó en poder de una promotora inmobiliaria, y el banco, los terrenos de caza y las casas vacías se parcelaron y terminaron en otras manos. Pero los últimos vestigios de la gran riqueza del conde se los tragaría la tierra que los había engendrado, devueltos a los descendientes de los isleños sobre los que había gobernado su padre, y ya no quedaba nada de ellos.

Maria-Grazia y Robert se fueron andando a casa cogidos del brazo, por los callejones y *vaneddi*. Por fin había dejado de llover. Una procesión de luces avanzaba carretera arriba desde el embarcadero. Los visitantes del continente. Enzo se les había adelantado.

—¡Rápido, preparadlo todo! —exclamó desde detrás de la barra—. ¡Va a ser la fiesta de Santa Ágata más sonada que hayamos visto nunca!

Pero Maria-Grazia se dejó caer en una silla del porche y se quedó allí un buen rato. La mano de su marido le asía la muñeca con una presión tranquila, como había hecho en otro tiempo, cuando él era un joven soldado y ella una muchacha que acababa de quitarse las férulas, a la sombra de la guerra.

—La única persona que me ha importado siempre eres tú, ya lo sabes.

—*Lo so*, cara —contestó Robert.

Entretanto, Lena había trabajado con ahínco y tenía el bar listo. Había fregado para recoger el agua de lluvia del suelo, había dispuesto botellas de *arancello*, había cargado con mesas y sillas y sacado brillo a los espejos hasta borrar las huellas de la condensación. Ahora, una por una, dejaba caer bolas de arroz en manteca para que quedaran crujientes y doradas a la perfección. Daba órdenes y hacía correr de aquí para allá a su padre y su tío como si fueran colegiales, para gran diversión de la *zia* Concetta, que a su regreso de casa del *conte* se había dedicado a disponer las sillas en el porche para quitarse de en medio.

Los visitantes iban llegando a la plaza lentamente, como si llevaran a cabo su propio peregrinaje. Se zambullían en la noche, en la que volvía a reinar la música del *organetto*, para arrebujarse en su cálida penumbra. Y veían lo que había visto Amedeo un siglo antes: un lugar pequeño y cerrado, lleno de la fragancia de la albahaca mojada, en los oscuros confines del mundo. Y también presenciaban milagros: una santa iluminada desde abajo por un millar de velas, una casa extraordinaria que se alzaba en el extremo mismo del pueblo, en equilibrio sobre el acantilado. En sus caras, Lena veía la misma expresión maravillada que debió de mostrar también la del joven doctor al encontrarse al final de su viaje con una isla como aquella.

Los visitantes cruzaban el umbral del bar. Lena atendía las mesas. Servía café, chocolate, *limoncello*, *arancello*, *limettacello* —la limonada que su abuela le había enseñado a preparar, sin azúcar y con miel fragante, típica de los tiempos de la guerra—. Servía capuchinos interminables, que hasta entonces nunca le habían pedido más tarde de las once de la mañana en la Casa al Borde de la Noche. Servía tantos helados, pese al fresco que hacía todavía, que Sergio y Giuseppino tuvieron que ponerse a batir una nueva remesa en la trastienda del bar. Servía bolas de arroz y pastelitos en un papel encerado que los visitantes acababan lamiendo con tanta glotonería como Concetta de niña.

—¿Cómo es que hay tanta gente? —Se maravillaba Bepe—. Y ni siquiera son turistas, no todos ellos, porque veo a mucha gente corriente de la isla vecina.

—Después de la guerra ocurrió lo mismo —murmuró Ágata la pescadora—. En cuanto hay el más leve indicio de problemas en el mundo, el interés de la gente por los milagros se renueva.

Era verdad que los visitantes de aquel año eran distintos, más venidos a menos,

más corrientes. Y, sin embargo, no paraban de comer. Solo con las propinas que iba guardando en la vieja cajita con el rosario y las velas, Lena se encontró con que habían sacado casi lo que debían pagar aquel mes a la caja de ahorros.

—Ojalá pudiéramos haberles servido gratis a todos —comentó Maria-Grazia en un tono un poco tristón, con la mano todavía en la de Robert—. Eso hacíamos en los viejos tiempos cuando una persona necesitada acudía a nuestra puerta.

—¿Por qué *signor il conte* no te ha dado dinero a ti? —quiso saber Robert—. Llevo todos estos meses preguntándomelo, puesto que ha ayudado a todos los demás.

—Creo que sabía que nos apañaríamos sin él. Al fin y al cabo, la Casa al Borde de la Noche siempre lo ha hecho.

Lena apareció en el extremo del porche. Dejó la bandeja de bebidas que llevaba y se acercó a sus abuelos.

—*Nonna* —dijo—, siento haber hecho caso a esos chismes sobre ti y el *signor* d'Isantu. Y... tengo algo que decirte. El abuelo ya lo sabe. Quiero quedarme aquí y ocuparme del bar.

Aquella muchacha podría haber sido médico, igual que su bisabuelo. Y, sin embargo, en medio de las ruidosas emociones de la festividad de la santa, a Maria-Grazia aquella renuncia no le pareció una pérdida tan grande como lo habría sido en una ciudad. ¿Qué otra cosa podía hacer Lena que volver a su isla cual barco perdido en la mar, como el *Santa Madonna*, igual que si una brújula invisible la atrajera a las costas de Castellamare? En su nieta se había asentado algo, había cambiado. Qué curioso que en aquella isla —donde todos estaban al corriente de tus asuntos antes que tú, donde las viudas te agobiaban con sus rezos, los viejos jugadores de *scopa* te regañaban y los pescadores sabían tu nombre antes de que hubieses nacido siquiera— alguien pudiera ser tan profundo como el mar, tan insondable como la oscuridad más allá de las cuatro paredes del bar. Ahora comprendía que Lena emprendería un eterno regreso a aquel lugar durante toda su vida. Al igual que lo había hecho Amedeo, y Pina la maestra, y la propia Maria-Grazia; como todos ellos, los vivos y los muertos. Lena volvería siempre para recorrer los mismos caminos de cabras que había recorrido su bisabuelo Amedeo, con su maletín de médico en una mano y la cabeza llena de historias; Amedeo el expósito, el fundador, el drenador de ciénagas, el sanador de enfermedades, el protector incondicional de aquel lugar.

De repente, con un resplandor grisáceo, la noche se tornó crepúsculo. Y entonces, desde todas las ventanas tuvo lugar el despliegue de flores. Los isleños arrojaban a la lluvia puñados de pétalos de buganvilla y adelfa blanca, de madreselva de trompeta y jazmín azul. Flavio Espósito, de pie y temblando en un extremo de la plaza, dio por fin unos pasos para adentrarse en la lluvia de flores. El aire quedó saturado de ellas; los sitios de pago para ver aquella cascada floral se habían agotado y los bailarines daban traspies bajo la avalancha, ciegos, vacilantes, siguiendo el canto del *organetto*. Locos de emoción con todo aquel ruido, los dos críos más pequeños de los Dacosta

tiraban petardos. Y a través del refrescante amanecer, el fantasma de Pierino y el espíritu del *conte* emprendieron juntos el vuelo, verdes y translúcidos, en busca de otras costas. Izaron a la santa de piedra poco a poco, a hombros de los pescadores, hasta que por fin se alzó triunfal y resbaladiza de lluvia, y santa Ágata se bamboleó una vez más sobre la isla de Castellamare, llevando a buen recaudo todos los milagros en la mano derecha.

Agradecimientos

La isla de las mil historias jamás habría visto la luz sin las obras de tres grandes cronistas de cuentos populares sicilianos e italianos: Giuseppe Pitrè, Laura Gonzenbach e Italo Calvino. Pitrè, el médico y coleccionista de historias reales en cuya vida se inspira el personaje de Amedeo Espósito, rescató de la oscuridad cientos de cuentos populares, y *The Collected Sicilian Folk and Fairy Tales of Giuseppe Pitrè*, traducido al inglés por Jack Zipes y Joseph Russo, fue mi primer punto de inspiración. Otra fuente importante fue *Beautiful Angiola: The Great Treasury of Sicilian Folk and Fairy Tales*, de Laura Gonzenbach (también traducido por Jack Zipes). Mi versión de «Los dos hermanos» es una adaptación del relato de Andrew Lang, que se basa a su vez en la versión de Gonzenbach de la historia. El libro *Cuentos populares italianos*, de Italo Calvino, fue mi introducción a muchas de las evocadoras y preciosas historias de varios rincones de Italia que se abrieron camino hasta el cuaderno rojo de Amedeo. La historia que he titulado «El barco naufragado» está inspirada en la versión de Calvino de «El barco con tres cubiertas», y la que he llamado «La ciudad de los muertos» es una adaptación de la versión de Calvino de «El palacio del hombre muerto». El fragmento de «El hombre de algas», al principio de la segunda parte, lo he tomado de la traducción al inglés de 1980 de los cuentos italianos de Calvino, a cargo de George Martin. El relato sobre la maldición del llanto, no obstante, es obra mía.

Por su valiosísima ayuda en mi investigación sobre los primeros años de vida de Amedeo, les estoy muy agradecida a la *dottoressa* Lucia Ricciardi y al archivo y biblioteca del Istituto degli Innocenti, en Florencia, así como al libro *Figli d'Italia: Gli Innocenti e la Nascita di un progetto nazionale per l'infanzia*. En *La isla de las mil historias* he aportado una versión novelada de esa noble e innovadora institución, el asilo para niños expósitos de Florencia; cualquier error es solo obra mía.

Para la investigación de la vida bajo el fascismo me fueron de enorme ayuda el libro de R. J. B. Bosworth, *Mussolini* (editado en español por Península), y el relato personal de Fausto Nitti sobre su fuga de una prisión isleña, «Prisioneros de Mussolini». Por su crónica informativa y muy gráfica de la Operación Husky, estoy en deuda con el libro de Rick Atkinson *El día de la batalla: La guerra en Sicilia y en Italia, 1943-1944* (editado en español por Crítica); y por el sensible retrato de la difícil situación de los desertores en la Segunda Guerra Mundial, a la obra de Charles Glass *Desertores: Una historia silenciada de la Segunda Guerra Mundial* (editado en español por Planeta). Finalmente, me inspiré también en dos grandes cronistas de la Sicilia de posguerra, Danilo Dolci y su libro *Inchiesta a Palermo* («Pobreza en Sicilia») y Carlo Levi y su obra *Las palabras son piedras* (edición en español de Platina, de Buenos Aires).

Hay varias personas sin cuyo enorme apoyo nunca habría escrito *La isla de las mil historias*. En primer lugar, quisiera dar las gracias a mi agente Simon Trewin, el mayor paladín del libro, que, como siempre, ha formado parte de este proyecto desde la primera página. En segundo lugar, a mi agente en Estados Unidos, Suzanne Gluck, por su apoyo y su pasión por *La isla de las mil historias*, ambos increíbles. Gracias también a Tracy Fisher, una agente internacional extraordinaria, y a Matilda Forbes-Watson por su valiosísimo y muy apreciado apoyo en cada etapa del proceso. Mis correctoras, Jocasta Hamilton y Kate Medina, han abogado tanto por mí como por el libro con un cuidado y una sabiduría infinitos; me hace sentir muy afortunada que *La isla de las mil historias* haya estado en sus manos desde el principio. También me gustaría dar las gracias a Derrill Hagood por su apoyo y su guía durante el proceso de edición, y a Robin Duchnowski por ayudarme a comprender cosas importantes. Los equipos de Hutchinson y Random House, así como mis editores de todo el mundo, han constituido una ayuda inestimable, y me siento más agradecida de lo que soy capaz de expresar por la forma en que han creído en *La isla de las mil historias* y en la importancia de contar esta historia sobre la crisis financiera, una población pequeña y la historia de Europa.

Muchos amigos y parientes me han ayudado durante el largo proceso de escritura de *La isla de las mil historias*, y les estoy enormemente agradecida por su amor y su apoyo inmensos. En particular, me gustaría dar las gracias a mi madre, Jane Wheare, mi hermana y mi padre, Michael Banner, así como a Sally-Ann Gannon, Marta Ruth, Roberto Galloni, Michela Joppolo, Alessandro Galloni, y a toda mi familia, tanto la inglesa como la italiana, y a los amigos que me ofrecieron su colaboración y ayuda de mil formas distintas durante la escritura de este libro.

Finalmente, y sobre todo, quiero darle las gracias a mi marido, Daniele Galloni, a quien está dedicado este libro. Me ha prestado un apoyo tan inquebrantable y ha creído en mí de manera tan absoluta que tengo la sensación de que este libro es tan suyo como mío.



Catherine Banner nació en Cambridge (Reino Unido) en 1989 y escribió su primera novela juvenil a los catorce años. Estudió Literatura Inglesa en el Fitzwilliam College, en Cambridge, y trabajó como profesora de educación secundaria en Durham. Es autora de *The Last Descendants*, una exitosa trilogía de ficción para lectores jóvenes.

La isla de las mil historias es su primera novela para adultos y ha aparecido en las listas de los mejores libros de 2016 en medios tan prestigiosos como Kirkus Reviews, la National Public Radio o New York Magazine. Su obra se ha traducido a veintidós idiomas.

Actualmente vive en Turín con su marido.